

Con la guadaña al hombro

ABEL MATEO

PRÓLOGO DE JUAN JOSÉ DELANEY



Disparos
EN LA BIBLIOTECA



EDICIONES
BIBLIOTECA
NACIONAL

Con la guadaña al hombro

ABEL MATEO

Con la guadaña al hombro

ABEL MATEO

PRÓLOGO DE JUAN JOSÉ DELANEY



Disparos
EN LA BIBLIOTECA



EDICIONES
BIBLIOTECA
NACIONAL

Mateo, Abel

Con la guadaña al hombro / Abel Mateo ; prólogo de Juan José Delaney. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Biblioteca Nacional, 2023.

656 p. ; 20 x 13 cm. - (Disparos en la Biblioteca / 1)

ISBN 978-987-728-168-2

1. Novelas Policiales. I. Delaney, Juan José, prolog. II. Título. CDD A863

BIBLIOTECA NACIONAL MARIANO MORENO

Dirección: Juan Sasturain

Subdirección: Elsa Rapetti

Coordinación de Publicaciones: Sebastián Scolnik

Producción y diseño editorial: Ediciones BN

COLECCIÓN DISPAROS EN LA BIBLIOTECA

Coordinación: Mariano Buscaglia

Ilustración de tapa: Panchopepe

© 2023, Biblioteca Nacional

Agüero 2502 (C1425EID)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

www.bn.gob.ar

IMPRESO EN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

Prólogo	9
por Juan José Delaney	
Con la guadaña al hombro	19
Acto primero	31
Acto segundo	121
Acto tercero	247
Acto cuarto	329
Acto quinto	433
Acto sexto	545
Epílogo	621
Abel Mateo. Bosquejo para una bibliografía	649

Prólogo

La publicación de la novela *Con la guadaña al hombro* en Montevideo, en 1940, significó para su autor, Abel Mateo, el inicio de una fecunda carrera literaria concentrada casi exclusivamente en la narrativa policial. Amigo de los seudónimos, Diego Keltiber fue el nombre que Mateo creó para firmar su primer libro.

El autor, que vivió mucho tiempo en Uruguay donde estudió Humanidades y fundó, en la capital, una librería, gestionó él mismo, a los veintisiete años, la publicación de su obra inicial.

A más de ochenta años del lanzamiento de la novela en una tirada limitada, es muy difícil hallar hoy un ejemplar de aquella historia con la que Abel Mateo y Fernández (tal su nombre completo) contribuyó a cerrar un ciclo de nuestra incipiente narrativa de misterio: la etapa que arrancó en 1877 con las novelas *La huella del crimen* y *Clemencia*, firmadas por Raúl Waleis, seudónimo del jurisconsulto Luis V. Varela (1845-1911). Así, junto con otras, la propuesta de Abel Mateo conformó el establecimiento del género y precedió a la “época de oro del policial”, iniciada en 1941 con la publicación del cuento “El jardín de senderos que se bifurcan”, de Jorge Luis Borges, y que al año siguiente —el *annus mirabilis*— se robusteció con “La muerte y la brújula”, del mismo autor, los relatos reunidos en *Seis problemas para don Isidro Parodi*, que Borges y Adolfo Bioy Casares escribieron a cuatro manos, y la colección de cuentos

Las nueve muertes del Padre Metri, que Leonardo Castellani presentó bajo el seudónimo de Jerónimo del Rey.

En efecto, Abel Mateo —junto con Sauli Lostal (anagrama de Luis A. Stallo), autor de *El enigma de calle Arcos* (novela publicada por entregas en el vespertino *Crítica* en 1932 y un año después en formato libro por el sello Am-Bass); Jacinto Amenábar, áter ego del periodista Alberto Cordone, creador de la novela *El crimen de la noche de bodas*; a los que se suman cuentistas como Víctor Juan Guillot, Roberto Arlt con sus publicaciones en los medios masivos *El Hogar* y *Mundo Argentino*, Nicolás Olivari, Alfonso Ferrari Amores y Enrique Anderson Imbert— marcó el final de una etapa de formación en que convivieron la traducción, la imitación, el homenaje, la parodia y hasta el plagio, estableciendo, así, la incorporación de la narrativa policial y de misterio a nuestra cultura.

Con la guadaña al hombro es una novela policial de enigma que se inscribe dentro de la denominada escuela clásica o deductiva, que consiste en la presentación de un misterio, una investigación y el esclarecimiento del enigma por vía racional. Edgar Allan Poe dio inicio a esta línea con la creación de C. Auguste Dupin, sagaz exhumador de verdades ocultas en los cuentos “The Murders in the Rue Morgue” (“Los crímenes en la calle Morgue”), publicado en 1841; “The Mystery of Marie Rogêt” (“El misterio de Marie Rogêt”) y “The Purloined Letter” (“La carta robada”). Otros referentes importantes son Arthur Conan Doyle, creador del detective Sherlock Holmes y del Dr. Watson, su elemental asistente; Gilbert Keith Chesterton, que imaginó a un sacerdote católico, el Padre Brown, investigador de la realidad inmediata y la del alma; y la prolífica Agatha Christie con su detective más famoso, Hercule Poirot. La obra de Abel Mateo acusa la clara influencia de los escritores Chesterton, S. S. Van Dine y Ellery Queen.

Novela de extensión considerable, *Con la guadaña al hombro* se inicia con el asesinato de una mujer que acaba de modificar su testamento; previsiblemente, la sospecha sobre la autoría del crimen recae en los nuevos beneficiarios, siguen sucesivos homicidios y en el lugar de los crímenes el asesino dispone siempre un simbólico juguete. Las muertes y su impacto aparecen despojados de dramatismo debido, acaso, a la atmósfera trascendente que campea en la obra toda; según tal visión la muerte es una instancia más de la vida, no necesariamente la última.

Escrupuloso, el narrador inicia la historia con el programa de su narración, segmentada en seis actos y un epílogo. La alusión teatral o cinematográfica obedece a que, en más de un sentido, el texto funciona como un guión cuyos incesantes diálogos animan el extenso relato.

Un breve Noticiero, firmado por el ficticio Marcial de Areva, padrino de Diego Keltiber (testigo de hechos y discursos) y dueño del diario *Prensa Gráfica*, “que llenó un papel interesante en el desarrollo de los acontecimientos”, declara el *modus operandi* de la escritura de esta ficción y brinda algunas claves. En línea con su admirado S. S. Van Dine —seudónimo de Willard Huntington Wright (1888-1933), el filósofo que abandonó la metafísica para consagrarse a la composición de notables novelas de misterio—, en cuyo famoso reglamento para el arte de escribir historias detectivescas señala que el narrador debe practicar el *fair play* con el lector, es decir: jugar limpio con él de manera de que tenga las mismas posibilidades que el detective para resolver el enigma, el prologuista especifica que en la novela “se han incluido todos los detalles y pormenores del célebre asunto tratado”. (En rigor, y como se verá, el escritor porteño no respetó *todas* las reglas de las veinte sugeridas por el narrador norteamericano).

En otro sentido, Marcial de Areva presenta también al detective investigador Bernal Cheste, doctor en Filosofía y Letras, dramaturgo y, según se ha dicho de él, “un poeta de lo trascendente”, detrás de cuyo nombre se oculta, junto con Ellery Queen, otro de los modelos del escritor: Gilbert Keith Chesterton (1874-1936). Cheste es primo del narrador testigo, y lo más importante que aquí se predica de él es que “hay un terreno en el que parece terriblemente original: las ideas religiosas”. Con la creación de este detective, Abel Mateo se suma a la lista de autores que, en la práctica del género, acudieron a la parodia.

La acción, que transcurre en Buenos Aires, a fines de la década de 1930, en un ámbito aristocrático, empieza con el Noticiero mencionado, lista e identifica a los personajes y presenta el recorte de una noticia periodística tomada de *Prensa Gráfica* cuyo título reza: “Trágico desenlace de un rapto sensacional”; un componente que precede a la serie de crímenes. Otros recortes del mismo medio se interpolan en la novela brindando noticias sensacionalistas, datos, situaciones y conjeturas que contribuyen al avance de la trama.

Con la guadaña al hombro es una historia verosímil animada por actores, también creíbles, pertenecientes a familias “distinguidas” de la clase alta. El mencionado Cheste, cuya voz impostada remite al Padre Brown chestertoniano, inicia los prolegómenos de la investigación. Lo hace pese a que están presentes autoridades oficiales como el inspector y el comisario, víctimas de la sagacidad del investigador *amateur* que los humilla o ridiculiza en una tradición que se remonta a los orígenes del género. Asistimos, además, al lugar más o menos común por el cual uno de los sospechosos es el mayordomo; también, a esquemas, planos y un cuadro genealógico, complementos más o menos frecuentes en modelos clásicos. Citas en latín por parte de Cheste y del juez constituyen una rareza que, como otras

referencias culturales, acusan la franja sociocultural de los destinatarios de esta novela policial de consumo supuestamente popular. Hasta los signos del zodiaco encuentran lugar en las profusas peripecias.

Lo religioso atraviesa la narración. De hecho, el acápite de la historia consiste de una cita tomada del Evangelio de Mateo (X, 26): “porque nada está encubierto que no se haya de descubrir, ni oculto que no se haya de saber”. Hay otras: “si mal no recuerdo, en cierto capítulo del *Libro de Job* se cita una frase parecida a esta: ‘Él puso un sello en la mano de todos los hombres para que cada uno reconozca sus obras’”.¹ Y acaso la más significativa, la agustiniana, proferida por el investigador Cheste, quien la toma de las *Confesiones*: “Me pasa lo que a San Agustín: ‘Si no me lo pregunta nadie, lo sé; pero si intento explicarlo, ya no lo sé’”.² Son referencias que, más allá de la intención, contribuyen a cierto ambiente gótico en el que imperan la oscuridad, los cirios, las puertas que encierran misterios, la noche, elementos que promueven en una de las protagonistas la idea de que esa casa “es el nido del pecado”. Por lo demás, y en el contexto de una conversación relacionada con los hechos investigados y sus resortes últimos, en el Cuadro Noveno el doctor Cheste afirma su creencia en el libre albedrío: “Dios nos ha hecho libres; esto es, nos ha dado la facultad de elegir”.³

En otro sentido, importa señalar y destacar que la época en que el autor compuso el libro (durante 1939, según se indica al final) y que es, por otra parte, aquella en la que situó la acción, se corresponde con la denominada Década Infame, período

¹ Abel Mateo, *Con la guadaña al hombro*, Montevideo, Ediciones Maygu, 1940, p. 130.

² A. Mateo, *op. cit.*, p. 199.

³ A. Mateo, *op. cit.*, p. 292.

decisivo de nuestra historia nacional, que empezó con el primer golpe de Estado cívico militar que, encabezado por José Félix Uriburu, derrocó al presidente radical Hipólito Yrigoyen. El Estado autoritario propuesto por el nacionalismo, la represión desatada por el gobierno, el fraude electoral mediante el cual los sediciosos extendieron su permanencia en el poder, y la prolongada afixia económica que tangos y rancheras lamentaron (“¿Dónde hay un mango, viejo Gómez?”),⁴ constituyeron, entre otras maldiciones, el marco histórico y social en el que Abel Mateo concibió y escribió su novela. Es, por otro lado, la época en que Victoria Ocampo fundó la europeizante y evasiva revista *Sur* (1931), se publicaron obras como *Historia universal de la infamia* (1935), exquisita aunque distante colección de narraciones de Jorge Luis Borges, y en la que optaron por el suicidio Horacio Quiroga, Alfonsina Storni y Leopoldo Lugones. A propósito de aquellas muertes, el senador Alfredo Palacios afirmó: “Algo anda mal en la vida de una nación cuando, en vez de cantarla, los poetas parten voluntariamente, con un gesto de amargura y desdén, en medio de una glacial indiferencia del Estado”.⁵ Tales incidencias explican más de un dardo de corte político en la novela de Mateo. Dice Cheste: “Pues yo había llegado a suponer que el fraude electoral era una institución legalmente consagrada en este país [...]”;⁶ justifica, asimismo, la incorporación de un ingrediente que acusa la influencia del Roberto Arlt de *Los siete locos* (1929). Se trata de la sociedad secreta denominada los Curiosos de Mitra, que integran siete individuos y que, según declara el texto, “pretenden implantar en nuestro país un gobierno

⁴ Con letra de Ivo Pelay y música de Francisco Canaro, la pieza se estrenó en 1933.

⁵ Alfredo Palacios, *Boletín de la Cámara de Senadores*, Buenos Aires, 21 de noviembre de 1938.

⁶ A. Mateo, *op. cit.*, p. 70.

totalitario, siguiendo la huella de algunas potencias europeas”.⁷ Cierta atmósfera expresionista insinuada desde el principio de la narración se intensifica a partir de la existencia y los discursos atribuidos a esta agrupación, cuyo nombre remite al mito pagano; entiende que es evidente la decadencia de la civilización llamada occidental, anticipa tiempos catastróficos y declara que el país tiene una responsabilidad continental y la nación, una misión redentora, por lo que debe crear el imperio a costa de las repúblicas que carecen de genio guerrero. Se trata de despojar al continente “indoamericano [...] de los brotes bastardos de una religiosidad sentimentalista, de una cultura disolvente y de una moral afeminada”.⁸ Estas y otras definiciones del programa de los Curiosos de Mitra son consideradas demenciales. Por sobre el sentido y la función de la sociedad en el relato, el autor ignora la regla número 13 de la normativa de S. S. Van Dine, según la cual “sociedades secretas, camorras, mafias y demás no deben tener cabida en una historia de detectives”.

Estas dos características —la intención moral, edificante y el subliminal mensaje político— constituyen, como en Raúl Waleis, una novedad en la producción inicial de nuestra narrativa; Abel Mateo vislumbró en la literatura policial posibilidades que la exceden más allá del placer por el enigma, el misterio, la mera adivinanza y el juego: cuestiones filosóficas, sociales y hasta teológicas que están en la raíz del problema del bien y del mal, parece entender el novel escritor, tienen justa y funcional cabida en este tipo de escritura.

Mateo fue singular por ser uno de nuestros pocos autores consagrados casi totalmente a la narrativa policial y de misterio,

⁷ A. Mateo, *op. cit.*, p. 313.

⁸ A. Mateo, *op. cit.*, p. 316.

ya que lo común fue el abordaje ocasional de estos géneros literarios y, en muchos casos, de manera subterránea, bajo seudónimos, alimentando a la demandante industria editorial que buscaba satisfacer a un público numeroso y fiel, sobre todo durante las décadas de 1940 y 1950. El motor para los escritores era económico y el hecho de que se tratara de una literatura entonces desprestigiada los llevaba a esconderse detrás de seudónimos, recurso del que, como hemos señalado, el mismo Mateo se sirvió.

El epílogo acusa una proyección apocalíptica y las palabras finales desnudan una intencionalidad que, reiteramos, va más allá de las convenciones del género.

Unos pocos años después de la publicación de su novela, Abel Mateo ofreció al agente literario Lawrence Smith negociar la edición en lengua inglesa. Residente en la Argentina, el irlandés Smith representaba los intereses de importantes y numerosos autores anglosajones. El agente envió el libro a Anthony Boucher para que lo evaluara. Boucher (1911-1968), profesor de lenguas que dominaba el francés, el español y el portugués, y prestigioso crítico, editor y autor de historias de misterio y ciencia ficción, era conocido por su empeño en promover nuevos autores. En una de las cartas a su amigo y traductor Donald A. Yates, Rodolfo J. Walsh transcribe literalmente, en inglés, el informe de Boucher sobre la novela de Mateo. He aquí algunas afirmaciones que traducimos: “[...] Keltiber escribe dentro de la escuela de Van Dine y del primer Queen; y sin que importe cuánto Van Dine es estimado como clásico, no hay un editor en América que esté dispuesto a dar a conocer a un nuevo autor dentro de la línea de Van Dine. El libro es imperdonablemente largo [...] Francamente tras la lectura de casi medio libro, yo ya estaba aburrido hasta la muerte; y solo la curiosidad por saber qué es lo que causa asombro en la Argentina me llevó a continuar con la lectura. Después de eso, por supuesto, las

cosas empezaron a ponerse más o menos maravillosas. Una vez que Cheste realmente empezó a esclarecer el significado zodiacal y el de los Curiosos de Mitra y similares, quedé atrapado [...] Las deducciones de Cheste se inscriben dentro de la mejor tradición, y los mecanismos de la resolución aparecen excelentemente manejados. Hasta cierto punto, la única leve mancha en la segunda parte del libro es la imprecisa naturaleza de las motivaciones del asesino”. Boucher termina diciendo que para el mercado americano lo que la novela necesita es una reescritura, “poda, condensación, ritmo”.⁹ La carta está fechada en febrero de 1944. Boucher nada dice sobre la materialidad del texto: las voces arcaicas, la convivencia del tuteo y del voseo, los lugares comunes, los problemas de puntuación y de una escritura, en fin, no pocas veces desmañada.

Más allá de todo cuestionamiento, lo cierto es que la novela-problema *Con la guadaña al hombro* constituye un momento importante en el desarrollo y la afirmación de la narrativa policial y de misterio en la Argentina. En su aproximación inteligente al género —en el que aparece como uno de sus pocos cultores exclusivos—, Abel Mateo entrevistó, por sobre el entretenimiento, hondas posibilidades que generaciones posteriores incorporaron y expandieron.

Otras obras de Abel Mateo que se inscriben dentro del género son *Un viejo olor a almendras amargas* (pieza teatral publicada en 1948), *El asesino está en la cárcel* (1953), *El asesino cuenta el cuento* (1955), *Reportaje en el infierno* (1956), *El detective original* (1956) y *El bosque y cinco árboles* (1960).

⁹ Véase Rodolfo J. Walsh, *Cartas a Donald A. Yates (1954-1964)*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 2021, pp. 25-26. En la página 19, correspondiente a la segunda de sus misivas, escribe Walsh: “Ameltax Mayfer es uno de los varios y extraños seudónimos de Abel Mateo, incluido en mi antología. [...] Es un hombre que tiene talento e ingenio, pero que inexplicablemente no logra cristalizarlo en lo que escribe”.

El último texto publicado por el autor fue el relato “La posada del ojo de Dios”, incluido por Juan Jacobo Bajaría en su selección de 1964 titulada *Cuentos de crimen y misterio*. La antología fundacional de Rodolfo Walsh difundida en 1953, *Diez cuentos policiales argentinos*, había incluido el cuento “Crimen en familia”.

Gran parte de su obra permanece inédita.

Abel Mateo, que había nacido en Buenos Aires el 4 de marzo de 1913, murió en la misma ciudad el 20 de diciembre de 1966.

Juan José Delaney

Con la guadaña al hombro

Cinedrama en seis actos y un epílogo

Noticario

Fue una noche del último abril. Cenaba yo con mi ahijado Diego Keltiber en el Ameltax Club, cuando, en un giro de la conversación, surgió el tema de aquel famoso caso de los juguetes, de cuya investigación fuera él asiduo espectador.

En razón de esta última circunstancia, e inspirado por ella, me decidí a sugerirle la publicación de una novela, de forma policial, basada en aquella memorable encuesta que comentábamos. En un principio, opuso cierta resistencia a mis instancias, pero terminó por acceder. Es lo que pasa siempre...

En *Con la guadaña al hombro* se han incluido todos los detalles y pormenores del célebre asunto; muchos de los cuales habían permanecido inéditos, y que constituyen el protoplasma, por así decirlo, del más asombroso y extraordinario de los casos a que se viera abocado el secretario de Investigaciones Criminales, rama autónoma del Departamento de Seguridad con jurisdicción federal.

Keltiber actuó personalmente al lado de los jefes de la pesquisa, no siéndole desconocida ninguna diligencia oficial; lo que, añadido a su estrecha vinculación con su primo Bernal Cheste, que revelara entonces las maravillosas condiciones que le permitirían llegar a la solución del misterio, le presta una indiscutible autoridad para hacer la historia de los sucesos que, hasta ahora, polarizaron la atención de todo el continente.

Por un singular designio de la suerte, *Prensa Gráfica*, diario que dirijo desde 1931, jugó un papel interesante en el desarrollo de los acontecimientos, lo que provocó de mi parte un mayor interés en su evolución, permitiéndome enriquecer los archivos editoriales con una extensa documentación al respecto, de la que ha usado Keltiber para fijar sus recuerdos.

Cuando a fines de diciembre, mi ahijado llegó a *Prensa Gráfica* con su novela terminada, mi satisfacción sufrió un eclipse al indicarme él que, en mi carácter de instigador de su obra, me correspondía prologarla.

En realidad, yo nunca he escrito un prólogo, ni creo que llegue a escribirlo jamás. Empero, no pudiendo negarme abiertamente a su solicitud, no me queda otro camino que tratar de eludir el compromiso, dándole largas...

Claro que podría empezar considerando la personalidad de Bernal Cheste, ese joven doctor en Filosofía y Letras metido a dramaturgo, para quien todos los aspectos de la vida parecen asumir caracteres de argumento teatral.¹

Y siguiendo con él, me vería obligado a decir que, de no mediar su inteligente intervención, el asunto de los juguetes no se habría resuelto jamás. Ni se hubiera penetrado su raíz verdadera... Porque nadie se hubiese atrevido siquiera a intentarlo.

También podría tentar una nota biográfica, como he visto que suele hacerse en los prólogos de repertorio, y mi originalidad radicaría en no hacerla sobre el autor del libro.

Y quizá comenzara así.

¹ Esa verdadera obsesión de Cheste ha hecho posibles sus mayores triunfos en la dramaturgia contemporánea. *Tierra a los ojos* y *Lo que cuesta ser hombre* reúnen una belleza de forma y una profundidad de concepto tales que hacen de su autor, según un conocido crítico, "un poeta de lo trascendente".

Bernal Cheste nació en la ciudad de Buenos Aires...

Y puesto a hablar de fechas, diría que hace veintisiete años... Sin olvidarme de citar a sus padres.

Luego tendría que referirme un poco a sus años infantiles y hacer mención de Torre de Agua, la vieja casa solariega, ubicada allí donde convergen las avenidas Vértiz y Luis María Campos...

Después hablaría de la escuela, esa venerable institución que la cursilería normalista ha vuelto intransitable, y tal vez no resistiera la tentación de decir que “ya desde niño se veía...”.

Y llegaría el turno del colegio donde Bernal cursara el bachillerato; y recordaría su adolescencia y sus primeras impresiones... El sentido de la vocación, el ansia de ser alguien...

Más tarde, el viaje a España, la Universidad de Salamanca, el doctorado... La gira por Europa, la visita a Oriente... Un regreso triste...

Y aquí, su vida. Con sus inquietudes, sus ambiciones, sus esperanzas, sus ideales, sus obras...

Y su herencia.

Tampoco podría faltar el párrafo de las actividades deportivas... Y citaría sus trofeos de tiro, sus asaltos de esgrima, sus temporadas de “andinismo” en Puente del Inca, su 9 de *handicap* en polo... Y su indiferencia por el golf.

Así, poco a poco, iría desarrollando su presentación, sin omitir, por cierto, su insaciable afán de cultura, que lo llevó a emprender con entusiasmo el estudio de todas las ciencias, el cultivo de las artes y el, para él, más dilecto ejercicio de las letras...

Pero Bernal Cheste es, por encima de todo, un hombre íntimo y no le haría gracia una tan metódica disección de su vida privada.

Cheste: —Desde luego, amigo mío. ¡Haga usted el favor...!

Yo: —¿No lo dije? Bueno, ya termino.

Cheste: —¡De ninguna manera! Primero va usted a aclarar...

Yo: —¡Ya salió aquello...!

Y no tendría más remedio que establecer debidamente la hispanidad de su apellido, ya que no falta quien se lo britanice agregándole una “r” que él considera del todo heterodoxa.

Naturalmente que debería hacer su descripción física... Y para ello, nada mejor que una ficha antropométrica, que no incluiría por elementales razones de discreción. Aunque tal vez dijera que su armonioso desarrollo muscular no corresponde al tipo de atleta moderno, ya que este atrofia sus oblicuos en el necio afán de estilizar la silueta. Pero probablemente me limitara a declarar su talla de 1,81 m, su peso de 80 kg, su envergadura de 1,87 m, su pecho expirado de 1,10 m, y su capacidad pulmonar de siete litros... Que ya es algo.

En cuanto a su filiación, dejaría que el lector la fuera imaginando a medida que avanzara en la lectura de la novela.

¡No iba a decirlo yo todo!

Y con esto, no faltaría otra cosa que hacer un resumen de sus cualidades abstractas..., pero tampoco lo haría. Es comprometido y enojoso. Sin embargo, y para no defraudar del todo a los curiosos...

Bernal Cheste no es ni espiritual ni intelectualmente perfecto, pero sí es lo bastante capacitado como para saber equivocarse de vez en cuando. Lo que hace con mucha serenidad...

Pero hay un terreno en el que parece terriblemente original: las ideas religiosas.

Porque Cheste no solo respeta las creencias de los demás, sino que hace algo que nunca acabarán de entender liberales ni fariseos. ¡También respeta las suyas propias...!

Y, claro está, esto desconcierta a mucha gente, que ha terminado por calificarlo de excéntrico.

Y para terminar...

Para mejor y más rápido aclimatamiento del lector en el ambiente de la novela, estaría muy bien que me refiriera a la definitiva instalación de Cheste en Torre de Agua, en compañía de Diego Keltiber y de su común amigo el capitán Cristián Yarce, quien fuera nombrado prefecto del Secretariado de Investigaciones Criminales (SIC), poco tiempo antes de inaugurarse la escalofriante cadena de los juguetes.

De esta manera, los lectores podrían enterarse de algunos detalles que pesarían en el texto, pero que no molestan en el prólogo.

¡Como casi nadie lo lee...!

Todo esto tendría yo que considerar, si no pudiera evitar cumplir el pedido que me formulara Keltiber a fines de diciembre. Pero no, no haré nada tan complicado, y si mi ahijado tuviera la desconsideración de insistir, me acercaré a los personajes de su cinedrama y les diré, con frase grata a los oídos de Bernal Cheste...

Señores: ¡a escena...!

Marcial de Areva

Buenos Aires, enero de 1940

*... porque nada está encubierto que
no se haya de descubrir, ni oculto
que no se haya de saber.*

MATEO X, 26

Personajes

(Los personajes, escenarios y sucesos de esta novela son absolutamente imaginarios. Por consiguiente, cualquier semejanza que alcanzaren con la realidad deberá atribuirse a mera coincidencia involuntaria).

ANTONIO RUIZ HAEDO: Jefe del Partido Conformista (senador).

CARLOS Y PABLO: Hermanos mellizos. Hijos de Antonio R. H.

RAQUEL: Hija menor de Antonio R. H.

GERTRUDIS RUIZ HAEDO: Hermana mayor de Antonio R. H.

PEDRO RUIZ HAEDO: Contralmirante (hermano de Antonio y Gertrudis).

ESTHER LATOUR: Esposa de Pedro R. H.

JULIO ZELADA: Médico (primo de Antonio, Gertrudis y Pedro).

HAROLDO PINEL: Senador conformista (sobrino de Antonio, Gertrudis y Pedro R. H.).

RUBÉN ESCUDERO: Secretario de Antonio R. H.

ENRIQUE AYALA: Ayudante naval de Pedro R. H.

FEDERICO SALCEDO: Político conformista (médico).

AUGUSTO LASCANO: Jefe del Partido Renovista (senador).

REINALDO LASCANO: Hijo de Augusto L. (abogado).

MÉNDEZ: Mayordomo de Antonio R. H.

WIFREDO Z. QUELÑO: Juez de Instrucción.

CRISTIÁN YARCE: Prefecto del Secretariado de Investigaciones Criminales (SIC).

LAIN XIQUENA: Médico forense.

PATRICIO CASTIL: Comisario de la División Homicidios.

BERNAL CHESTE y TEUDIS: Expertos del Servicio Técnico del SIC.

Agentes de la Brigada Especial; periodistas; criados; etc.; etc.

La acción, en Buenos Aires. Época actual.

ACTO PRIMERO
Los cuernos de la cabra

PRENSA GRAFICA

Director: MARCIAL DE AREVA

Año XVII.

Buenos Aires, Martes 11 de Mayo de 1937.

N.º 6184

EN FRANCIA.

parlamentaron con antes de la sesión Socialistas que en batian, siendo rebardeo soportan en queridas opiniones, repitiéndose en el provocación de las sultado.

GINEBRA.

nico anuncian re frente a las dele fué disperso por el licia.

el acto naval destilleros más con a potencias del in o de los mejores y fama mundial.

PA CENTRAL.

dapest considerado el tratado Danulovaquia si es que existe entre ellas, de todos los de firmantes.

E 500 MUERTOS.

rros de la gue siendo atacado dierzas rebeldes bajo Madrid ocasionaron retaguardia en la leculan unos 500 o hombres y mujeres roni volaron sobre ra, más del número dado cuando entrabastante penoso. iente de l's arro merables ruinas y metros.

TRAGICO DESENLACE DE UN RAPTO SENSACIONAL

Ayer falleció la niña Olga Lascano

Víctima de la fiebre tifoidea que contrajera durante su secuestro en una isla del Delta, falleció ayer la niña Olga Lascano.

Como recordarán nuestros lectores, la hija del senador Augusto Lascano desapareció de su casa en la noche del 26 de abril pp. pdo.

Aun perdura en el ambiente la sensación de estupor provocada por los anónimos raptos cuando, en la tarde del 3 de mayo, ellos mismos comunicaron telefónicamente a la Prefectura del S. I. C. que dejaban a la pequeña en una isla del Tigre, atacada de fiebre tifoidea, reclamando su asistencia inmediata.

Aunque la criatura fué hallada en el paraje señalado, dos horas después de recibido el aviso, y a pesar de que los funcionarios del S. I. C. comprobaron de visu que la niña no había carecido de nada y que los delincuentes llegaron a requerir servicios facultativos, el mal ya había evolucionado en forma desfavorable.

En la mañana de ayer, este sonado asunto ha tenido el desgraciado epílogo que se preveía.

La Prefectura del S. I. C. ha redoblado sus esfuerzos en pro de la identificación y captura de los responsables, habiendo destacado una comisión de la Brigada Especial con el fin de lograr la individualización del médico que prestó asistencia a la secuestrada.

El senador Augusto Lascano, que había caído enfermo a raíz de la desaparición de su hija, sufrió ayer a mediodía un ataque cerebral, siendo asistido por el doctor Julio Zelada.

Si bien su estado no reviste una gravedad que pueda considerarse inquietante, se teme que la muerte de su hija le haya producido una impresión tan violenta que llegue a perturbar su razón.

FUE A TUCUMA

El senador de l candidato de su d N. Tome, habiendo de unas merecidas para su fracción.

LA CONVENCION

Ha sido citado, el nuevo plantel de la cual preside el nos Aires.

El Partido se re juventud reclaman chocan con la mi ce crisis permanen tor Salcedo.

CUATRO PUNT

El programa de mócratas populares tituye la plana de del organismo rad pación.

Les afiliados es lo autoriza y reco mina.

LA PROVINCIA.

Cada vez que se Obras Públicas so nador el ingeniero sobre el río de la sito de intereses, cereales.

EL GOBERNAD

Llegará mañana, Santiago del Ester

En su estadia p gestionará sobre el préstamo federal al latura santiagueña anual.

Cuadro primero

Miércoles 22 de diciembre de 1937, a las 22 hs. En Torre de Agua

— ¡E sto no puede ser! —exclamó Bernal Cheste, cerrando de un golpe aquel libro de tapas rojas.

El capitán Yarce levantó su vista del diario que leía, sorprendido por la frase de su amigo. Luego continuó la lectura, encogiéndose de hombros.

—Es una crueldad refinada... —siguió monologando mi primo, con la mirada fija en el suelo y un dejo de burla en la voz.

—¿Qué tonterías estás diciendo? —lo increpó Yarce, dejando de lado su periódico—. Desde que te ha dado por la Fisiognomanía, no haces más que discutir con sus textos como si ellos pudieran enterarse.

—¿Quién te ha dicho que no pueden enterarse? —inquirió Cheste, arrugando su alta frente combada—. Nada hay más elocuente que el silencio de los libros...

Cristián Yarce, que no era por cierto el extracto de la paciencia, comenzaba ya a agitar su pequeña cabeza maciza en un prelude de cólera.

—¡No me vengas con sentencias! —casi gritó—. Y si no te satisface lo que lees, busca otra...

—Un lamentable derroche de énfasis... —interrumpió mi primo, elevando un índice reprobador—. ¿No crees?

—Yo no creo nada, ¡y ya puedes dejarme en paz! —estalló el flamante prefecto del SIC con violento ademán.

—¡Cómo agría el cuartel...! —murmuró Bernal, meneando la cabeza con suavidad. Y contemplando a Yarce como si apreciara su juego escénico—. El ceño fruncido, los ojos duros y, sobre todo, ese mentón saliente, revelan el ánimo beligerante. —Hizo una pausa prolongada, mientras una sonrisa distendía sus labios—. Claro que si yo estuviera de acuerdo con lo que acabo de leer...

El capitán no respondió, pero no pudo evitar el mirar a Cheste con interés mal disimulado. Casi a hurtadillas.

—Pero no, no hay derecho a que una persona lleve en la cara el anuncio de su desdicha —prosiguió mi primo, con aire de sibila.

Cristián Yarce atascaba su pipa mecánicamente, mientras su atención pendía de las palabras de Cheste, como si de ellas fuera a surgir alguna verdad hasta entonces ignorada.

—Que una disonancia facial pueda llevar a una persona a enfrentarse con la catástrofe no es fácil de creer, ¿verdad? —Bernal se echó hacia adelante, recogiendo las piernas—. Sin embargo —concluyó—, la Fisiognomanía lo pretende cierto.

El prefecto salió de su rencoroso mutismo.

—Algo debe haber de positivo —insinuó—, pero tu espíritu de contradicción no se aviene fácilmente a acatar principios establecidos por autoridades científicas que...

—¡Oh, mágico poder de la resignación! —comentó Cheste, alzando los brazos al cielo en busca de testigos superiores. Se volvió a Cristián y abarcó en un gesto el rostro ancho y macizo del militar—. ¡Con esa cara, y hablando de acatar principios fisiognomónicos! —Su asombro parecía legítimo. Y no lo era.

—¿Qué tiene mi cara? —demandó el capitán en tono airado, provocando un condescendiente suspiro de mi primo.

—Tu conformación quinaria —le dijo con voz grave— corresponde al tipo cuadrado, propio de las naturalezas enérgicas...

Inconscientemente, Yarce se palpaba la cara, al parecer, satisfecho.

—¡No...! —el índice oscilante de Bernal cristalizó la negativa—. No sonrías complacido, porque no hay armonía en tus características ternarias. Y eso, eso es grave.

—¿Grave?

—¡Y tanto! —Agitó la cabeza de arriba a abajo—. El tercio superior de tu rostro es normal, pero el mediano...; tu nariz es larga y convexa, y debiera ser angulosa, con base ancha y ventanillas dilatadas.

El capitán Yarce no se dejaba impresionar.

—¡Ah! ¿Sí?, ¿y qué significa eso? —inquirió en tono divertido. O por lo menos lo parecía.

—Que tu construcción es defectuosa y revela una predisposición catastrófica. —Cheste lo observaba preocupado, enarcando sus cejas finas y regulares—. Y acatando los principios establecidos por los fisonomistas, según tu punto de vista libremente manifestado, debemos convenir en que eres un imán de calamidades y que, por consiguiente, tu compañía se hace peligrosa. ¿Te enteras?

—Así que mi compañía... —murmuró el amostazado capitán.

—Se torna inflamable —ratificó Cheste, sacando su pitillera de jade y extrayendo de ella uno de sus aromáticos Perahuí de tabaco blanco.

—De modo que la Fisiognomía...

Bernal luchaba con un rebelde encendedor automático.

—¡Diablos!, ¡esto no prende! —Yarce le alcanzó una cerilla—. ¡Gracias, Cristián! —Y lanzó al espacio una serie de aureolas concéntricas—. Sí, de acuerdo con la Fisiognomía pronto estarás en presencia de acontecimientos desagradables.

—Creo que lo estoy ya —replicó el prefecto, ensayando una ironía.

Mi primo tabaleó en el brazo de su sillón, con mano impertinente.

Fue un extremo silencio el que siguió, con rumor de presencias...

El capitán volvió a su olvidado periódico.

Cheste fumaba con la cabeza recostada en el respaldo, observando las negras vigas del techo.

La entrada del verano se hacía sentir aquella noche de diciembre. Por la ventana abierta al jardín, penetraba un vaho caliente, espeso, tanto, que creía flotar en él.

(En la saeta, yo, aislado por el silencio. Quiero leer, como Yarce, pero mi atención se opone. Rebelada. Y se fija, al azar, en los cristales de la ventana, empañados. No sé por qué, pero eso me preocupa; maquinalmente, me levanto y los limpio. Vuelvo a la lectura; no puedo, la ventana me atrae. Miro y, otra vez, los vidrios empañados de las hojas abiertas me ofrecen un reflejo amarillento del interior. Quiero pensar, como Cheste y me estremezco porque siento que no puedo, que tengo la mente opaca, como los cristales. La inercia me aplasta; me levanto y camino. Bernal me observa; lo miro a los ojos y reanudo mi paseo. Él también presente...).

Un timbrazo impaciente rompió la calma...

Y aquella estridencia fue el anuncio de la horrorosa tragedia que se desarrollaría con estrepitosa jactancia de tergiversada sutileza criminal. Porque la consiguiente entrada del comisario Patricio Castil nos pondría frente a un caso complicado no solo por los extraños elementos de que se componía, sino también por la jerarquía de los personajes que habría de afectar.

—Buenas noches —saludó el recién llegado, dejándose caer sobre una silla que Yarce le indicaba.

—¡Hace un calor insoportable! —se quejó, enjugándose el rostro con un pañuelo de color—. ¡Y la carrera que me he dado!

El comisario Castil, de la División Homicidios del Secretariado de Investigaciones Criminales, era un hombre gigantesco, de facciones enérgicas y astutos ojos saltones siempre alertas. De toda su persona emanaba una fuerte simpatía, que se concretaba en su sonrisa franca y cordial. Aparentaba de cuarenta y dos a cuarenta y cinco años. Tenía la nariz aplastada.

El capitán lo interpeló con acentuado tono de interés en su voz.

—¿Qué pasa, comisario?, ¿ha ocurrido algo?

—Yo mismo he querido venir a informarle, capitán —manifestó con su voz gruesa—. Se trata de una extraña llamada recibida en el SIC, y como es el primer caso interesante que se presenta desde su nombramiento... —parecía un poco confuso—. ¡Qué embromar!, yo quería que usted estuviera —terminó con súbita decisión.

—Me parece muy bien, pero ¿de qué se trata? —lo apremió el prefecto, con amistoso ademán.

—Pues bien; serían más o menos las diez y veinte cuando sonó el timbre del teléfono de mi despacho. Apenas hube atendido, una voz agitada me pidió con angustia que enviara auxilio a casa de la señora María Urrutia de Ruiz Haedo... —el comisario habló en un murmullo—. Después de aquello, la voz se interrumpió bruscamente, y oí el ruido de un cuerpo derribado. Luego se hizo el silencio.

—¿Hablaban un hombre o una mujer, comisario? —indagó Cheste, con displicente gesto.

—Un hombre, por lo que me pareció.

—Entonces iré con ustedes —manifestó mi primo, poniéndose de pie, murmurando como para sí—. No es tan complicado.

Y aquello decidió la intervención de Cheste.

Cuadro segundo

El mismo día, a las 22:45 hs. En casa de María Urrutia

Bernal Cheste detuvo su Hispano en la esquina de Paraná y Arenales, casi frente a una casa de construcción antigua, de dos plantas, techos altos y frente recientemente restaurado, con dos balcones de mármol.

Yarce descendió con decisión, acompañado por Castil.

—¡Mire, capitán! —le indicó el segundo, señalando delante de sí—. La puerta de la calle está entornada... —Y corriendo hacia ella, la abrió de un empujón.

—¿Es esto lo que llaman una aventura? —preguntó Cheste, apartando a Castil para entrar primero.

Y tuvo una respuesta inesperada.

Porque un grito de mujer llegó hasta nosotros desde el interior de la casa. Fue un alarido prolongado, que zigzagueó en el silencio de aquella quietud.

Bernal abrió la puerta cancel. Alcanzamos a oír una carrera de pasos cortos, con repiqueteo de tacones. Una sombra se proyectó en el reflejo de luz que daba en el vestíbulo...

Y una mujer cayó en los brazos de mi primo.

—¡Oh...! —exclamó, echándose atrás—. ¡Pasa algo terrible! —Y se torcía las manos, excitada, volviendo la cabeza.

Cristián Yarce había encendido la luz del zaguán.

—¿Es usted la señora Urrutia de Ruiz Haedo? —preguntó a la muchacha que, azorada, miraba la puerta con ansias de fuga.

Tendría unos veintiséis años. De talla mediana, delgada y flexible, la joven acusaba una vigorosa personalidad. Sin ser físicamente hermosa, la expresión de su rostro la hacía por demás interesante. De boca más grande que pequeña, mejillas hundidas y pómulos salientes, hubiera sido de poca significación; pero el extraño dibujo de su nariz, de punta levantada y ventanillas circulares, le prestaba un aire de atracción delicadamente femenino. Al par que la decisión de su barbilla, la mirada de sus ojos verdes la revelaba enérgica y tenaz. Vestía un traje sastre de franela blanca. Y zapatos de sport.

—No..., no... —replicó con sorprendida extrañeza la pregunta del capitán, dilatando su nariz—. Hay un hombre adentro, caído en el suelo..., ¡muerto!

Al oír aquellas palabras, el comisario Castil inició una rápida entrada a lo que suponíamos el vestíbulo. Pero Cheste lo contuvo, tomándolo de un brazo.

—No se precipite, comisario —le advirtió con acento levemente imperativo—. Tal vez esta joven no quiera acompañarnos...

—¿Acompañarlos?, ¿volver adentro...? —La aludida señaló con una mano el interior de la casa. Luego se volvió al prefecto y, alzando la mirada, escrutó por un instante el severo rostro del capitán—. ¿Por qué no? —Y arrugó su frente como una rúbrica a su resolución.

Cruzado de brazos, Yarce contemplaba a la joven con fiijeza analítica.

—¿Quién es usted, señorita? —demandó, con acento incoloro.

—Soy Raquel Ruiz Haedo, y mi padre es el senador...

—Ya hablaremos más tarde de su padre —cortó el prefecto con suavidad. Y atravesó la cancel.

Lo que yo había tomado por vestíbulo, era un patio cerrado, pavimentado con grandes losas cuadradas blancas y negras.

Su mobiliario consistía en unos sillones de mimbre caprichosamente dispuestos y un perchero de pie. Sobre la chimenea, un retrato que, acertadamente, supuse de la dueña de casa.

Siguiendo al capitán, penetramos en una habitación abierta a nuestra derecha. Era un recibidor de medianas dimensiones, iluminado por una araña de caireles.

Raquel nos guio hasta un rincón donde había una mesa caída; esparcidos por el suelo, los restos de una estatuilla de porcelana y un teléfono con el auricular quebrado. Con mano temblorosa nos señalaba el cuerpo de un hombre que yacía de bruces, exánime, casi oculto por la mesa.

Cheste se adelantó hacia el caído y le tomó el pulso, asiéndolo una muñeca.

—No está más que desmayado —anunció, mientras levantaba el cuerpo del hombre y lo depositaba en un sofá.

—¡Pero si es Enrique...! —exclamó la joven, llevándose las manos a la cabeza.

—¿Lo conoce usted? —indagó Yarce, con un tono en el que vibraba una nota de recelo.

—¡Ya lo creo! —asintió Raquel, con viveza—. Es el teniente de navío Enrique Ayala, ayudante de mi tío Pedro. —Luego se encaró con el prefecto—. Y ustedes, ¿quiénes son? —interrogó con desafío.

El comisario Castil se volvió bruscamente.

—Vea, señorita; este señor —indicó a Yarce— es el prefecto del SIC y yo soy comisario de la División Homicidios. —E inclinándose levemente...— ¿Está satisfecha?

Raquel Ruiz Haedo movió la cabeza como dándose por enterada. Y dedicando una mirada a Cheste y otra a mí, se encogió de hombros. (¿Y estos dos...?). Pero no dijo nada.

—Comisario —le dijo Cheste—, ¿qué le parece si cierra la puerta de calle? —Y dirigiéndose a Raquel—... Mientras tanto,

señorita, si usted quiere quedarse un momento con el capitán Yarce, yo iré a buscar agua para tratar de reanimar a su amigo. —Cuando llegó a la puerta se volvió a mí—. ¿Vamos, Diego?

Salimos al patio y llegamos a una escalera de madera que conducía al piso alto. Frente a nosotros, la doble puerta acristalada del comedor, con las cortinas corridas. Detrás de la escalera, un oscuro corredor llevaba hasta el segundo patio.

—Siento que algo maligno flota en derredor —murmuró Cheste, encendiendo su linterna de llavero. Y avanzamos por el pasillo.

Aquella casa me producía una inexplicable sensación de malestar. La tristeza del lugar, la opacidad de las habitaciones entrevistadas, las paredes estucadas de vejez y el amarilleo de los derrengados cuadros familiares enrarecían aquella atmósfera sombría.

Llegamos al segundo patio.

Bernal proyectó la luz de su linterna, trazando círculos. Varias puertas comunicaban con otras tantas habitaciones.

—¡Qué patio enorme! —murmuré, tratando de calcular su área.

—¿Dónde habrá una canilla? —contestó mi compañero. E iluminó hacia la derecha.

Aquel muro estaba pintado de gris. Una escalera de mano se apoyaba en él. Haciendo ángulo, un aljibe de piedra.

¿Quién habría derribado a Ayala?

—Podríamos llevar agua del aljibe... —insinuó Bernal, tocándome en el brazo—. Debe estar más fresca...

Nos acercamos al brocal de la cisterna. Tenía la tapa levantada y el balde desaparecía en el interior, colgado de la soga. El otro extremo de esta estaba atado al arco de hierro que, pintado de rojo, sostenía la roldana. Cheste guardó la linterna y asió la cuerda.

(¡Cuic... cuic... cuic...!)

Nos quedamos inmóviles. Expectantes.

Como si en la sombra se moviera algo...

Porque un sonido lejanamente familiar había quebrado el hosco silencio.

(¡Cuic... cuic...!).

Un aprensivo temor me invadía. Aquel pitido emergía de lo profundo del pozo. Y semejaba un quejido enervante y monótono. Que se debilitaba... Lentamente...

—¿Qué es eso? —Y me aproximé a mi primo.

Sin responderme, desató la cuerda del arco de hierro, y trató de izar el balde.

—¡Diablos! —En su frente apareció una arruga de preocupación. Y se volvió a mí—... ¡Aquí hay algo muy pesado, ayúdame a sacarlo!

En aquella penumbra de noche estrellada, comenzamos a recoger la soga, tirando de ella, buscando distancia. Al compás de nuestras brazadas, aumentaba la frecuencia de los chiflidos, combinados ahora con el áspero chirriar de la roldana.

(¡Cuic..., cuic..., cuic..., cuic...!).

Era como un piar de ave prisionera.

Soltando la tralla, Cheste dio un paso hacia el brocal y se asomó. Pero inmediatamente enderezó el busto, retrocediendo. Espantado.

—¡Santo Dios...! —Y su voz temblorosa fue devuelta por el eco de la bóveda...

—*(¡Santo... Dios...!)*—en un murmullo apagado.

¿Qué habría visto Cheste?

(Sostengo la cuerda y sigo tirando, poco a poco, con la derecha... con la izquierda... Hasta que, a la palidez lunar, aparece un cuadro horrendo. Una rigidez fría va tomando posesión de mi cuerpo; el siniestro hechizo que surge del pozo me fascina... Me hipnotiza: no puedo mover un solo miembro, ni emito el menor sonido. Mi voluntad parece aniquilada por la visión. Dejo resbalar la soga, que

me quema las manos... Y de pronto, el ominoso silencio es sustituido por un estrépito infernal. Y entre el erizante girar de la roldana, habilitada por el paso precipitado de la tralla, y acompañado en su caída por una horrisona sinfonía de pitidos, que repite en mil sonidos el eco de la cisterna, el rostro desencajado de María Urrutia torna a sumergirse en lo profundo del aljibe).

—¡Cuidado! —me gritó Cheste, sobresaltándome—. ¿Qué haces? —Y dando un salto, consiguió sujetar la cuerda fugitiva, afirmándose hacia atrás.

La voz de mi primo rescató mi lucidez. Sacudí la cabeza y, siguiendo sus movimientos, recogí la soga.

Oímos ruido de pasos.

Alguien se acercaba. Un instante después, la corpulencia del comisario Castil se hizo visible. El capitán lo enviaba a ver por qué demorábamos el agua. Accediendo a un pedido de Bernal, se unió a nosotros, terciando en la macabra tarea de izar el cuerpo de la anciana.

El inarmónico *crescendo* de chillidos, continuo y lacerante, anunciaba la guiñolesca reaparición de la ahorcada.

(¡Cuic..., cuic..., cuic...!).

Y otra vez la pesadilla.

Al nivel del brocal, apareció la blanca cabeza de la mujer, que pegaba en la cuerda a cada tirón. Pero no era eso lo más espantoso, ni tampoco el desfigurado rostro de la muerta, ni siquiera el desgarrado cuello del cadáver; sino *algo*, cuya sola presencia en aquel sitio, enloquecía de terror.

—¡Por Júpiter! —exclamó Castil, pasando su gruesa mano por la frente que tenía perlada de sudor.

Mi respiración se aceleró a la vista de aquello: traté de desviar los ojos, sin conseguirlo. Aun más que la dantesca escena de la horca fantástica, impresionaba lo grotesco de lo *otro*.

Porque atado a la cuerda, a la misma altura de la cabeza de la anciana, había un juguete de goma. Una insignificante cabrita blanca, con una cintita rosa, y un chifle en el vientre.

¡Era aquello lo que sonaba al mover la tralla!

Entre los tres desatamos el cadáver, y lo depositamos sobre el embaldosado del patio, donde sus vestidos empapados formaron un charco.

Castil nos miró.

(*¡No voy a llevar de esta agua...!*). —Y se alejó en busca de una canilla.

Mi primo guardó la cabrita en un bolsillo. Y regresamos al recibidor.

El capitán Yarce estaba furioso.

—¡Aquí, un hombre desmayado, y se les ocurre curiosear por ahí! —decía agitando los brazos—. ¿Y el agua?, ¿dónde está Castil?

—Creo que fue a buscar agua —replicó Cheste, desplomándose negligentemente en un sillón—. Y tú, ¿qué has hecho? —preguntó con dulzura.

El prefecto caminó hasta la mesa, que había sido levantada, y tomó de ella dos objetos que mostró a Bernal.

—Aquí está lo que he encontrado detrás de la mesa. —Y se los arrojó de mala manera. Fastidiado.

Eran una cachiporra de goma y un lápiz de plata.

—Me parece bien que un policía recoja todo lo que encuentre —murmuró Cheste, examinando ambas cosas—. Deberían andar con una bolsita... —Y añadió con sarcasmo—: ¿No has encontrado cenizas de cigarro?

Yo estaba impaciente por referir el hallazgo del cuerpo de María Urrutia, y ya me disponía a hacerlo, cuando Cheste levantó una mano en señal de advertencia.

(*¡Todavía no...!*).

Y se volvió a Raquel.

—Dígame, señorita, ¿es usted pariente cercana de la dueña de esta casa? —inquirió amablemente.

La joven, que estaba sentada al lado del sofá en que se encontraba Ayala, levantó los ojos.

—No, no, señor —pronunció en tono indeciso—. Ella es viuda de un hermano de mi abuelo. ¿Por qué?, ¿ha ocurrido alguna desgracia? —Y en su voz ansiosa noté un acento de angustia. O por lo menos de aprensión.

Yarce no dominaba su impaciencia.

—¡Ese Castil, que no viene...!

En aquel momento entró el comisario con una jarra de agua. Y mientras él se ocupaba de Ayala, Bernal refirió al prefecto y a Raquel las ya relatadas circunstancias.

La muchacha permaneció dueña de sí, sin manifestar señales de abatimiento. Aunque no ocultó su repugnancia por los detalles macabros del suceso.

El capitán escuchaba atentamente. Y en seguida se dirigió al segundo patio. Raquel prefirió permanecer en el recibidor.

—¡Es inaudito! —exclamó Yarce, cuando estuvimos en presencia del cadáver—. ¿Qué motivos...? —Y se rascaba el prominente mentón. Perplejo.

—No es eso lo que me preocupa —puntualizó Cheste, con la mirada brillante—, sino la naturaleza del impulso que movió al criminal a realizar este alarde de escenografía espeluznante.

Sacó un Perahuí y lo encendió.

A la llama del fósforo, el óvalo de su cara cobró contornos espectrales.

—¿No hubiera sido más sencillo, y hasta más normal, dejar el cadáver en el lugar del crimen? —continuó, como hablando consigo mismo—. Porque tengo la impresión de que esto —señaló el aljibe— fue tenido en cuenta después del asesinato.

—Eso lo veremos más tarde —replicó el capitán, con acento huérfano de convicción—. Por ahora, debemos esperar la llegada del médico forense. Ya le dije a Castil que le avisara.

—¿Y qué opinas del juguete?

—Debe ser la obra de un loco —musitó el prefecto, con la seguridad de quien ha resuelto una cuestión.

Yo me planteaba un dilema: el juguete era de María Urrutia o del asesino. Descartando el primer punto por poco probable, quedaba el segundo. Y entonces me preguntaba: ese juguete, ¿fue traído ex profeso para dejarlo en la soga?, ¿o fue una idea que se le ocurrió al asesino en el lugar del hecho? En el primer caso, si había sido su afición a lo grotesco lo que provocó la trágica humorada, era indudable la concurrencia de una mente extraviada. En el segundo caso...

Pero Bernal Cheste interrumpió mis reflexiones.

—Volvamos al recibidor —dijo, tomándome de un brazo—. Quizás el marino haya reaccionado. —Y la colilla de su cigarrillo precipitada al espacio, se hundió en la cisterna.

Patricio Castil había conseguido que el desvanecido Ayala diera señales de volver en sí. Le hizo beber un poco de ginebra que llevaba en una cantimplora de bolsillo, y el teniente de navío logró incorporarse, aunque su cabeza permaneció caída sobre el pecho. Una expresión de dolor se reflejaba en su fisonomía de rasgos definidos, al tiempo que se llevaba ambas manos al occipital.

La llegada del médico forense fue anunciada por un reico aldabonazo. Era un hombre de mediana estatura, grueso y sanguíneo, que transpiraba copiosamente. Todos los trazos de su cara se reducían al común denominador de una risa permanente. Mechones de cabellos grises coronaban su cabeza casi esférica, de cuyos flancos emergían dos amplios pabellones auriculares en forma de asa. Frisaba los sesenta años.

—¡Hola, muchachos! —nos saludó con espontánea alegría—. ¿Hay muchas novedades? —Y reparando en Ayala—

¡Cómo...!, ¿me llaman antes de que se muera? —bromeó, incli-
nándose sobre él.

Me hice la reflexión de que aquella jovialidad no la había
adquirido en el ejercicio de su cargo.

—Por ahora no es cliente para mí —dijo, golpeándole
amistosamente en un hombro—. Apenas un garrotazo...

Guiado por Castil, el doctor Lain Xiquena salió a exami-
nar el cadáver de la señora María Urrutia de Ruiz Haedo.

Dejando a Enrique Ayala a cargo del comisario, que había
regresado al recibidor luego de ayudar a Xiquena a transportar
el cadáver a una de las piezas interiores, Bernal Cheste, obede-
ciendo a una seña del prefecto, se acercó con él al sillón ocupado
por la hija del senador Ruiz Haedo.

—Supongo que usted sabrá algo sobre la anciana, ¿ver-
dad? —comenzó el prefecto, tratando de ser amable. Y encendió
su pipa, luego de cargarla cuidadosamente.

—Sí, capitán —repuso la joven, mirando pensativamen-
te al suelo, descansando un brazo en su rodilla izquierda, cuya
pierna tenía apoyada en el travesaño de la mesa.

Según lo manifestado por Raquel, María Urrutia de Ruiz
Haedo, viuda de un tío abuelo de la declarante, era una mujer
inmensamente rica, algo excéntrica y de temperamento solita-
rio. Desde hacía muchos años la señora vivía sola en aquella
casa, resistiéndose a aceptar toda clase de compañía. Solo tenía
una sirvienta que hacía los trabajos de la casa y que se retiraba
invariablemente a las seis de la tarde, dejando ya preparada la
frugal colación de la anciana.

—En esas condiciones fue muy sencillo para el criminal
aprovecharse de... —El capitán se interrumpió abruptamente,
mirando a Raquel con singular intensidad—. ¿Qué vino a hacer
usted aquí, señorita? —indagó, entornando los párpados.

La joven posó en el prefecto una mirada enigmática.

—Sí, muy sencillo —murmuró—. En cuanto a mí... —subrayó el pronombre— vine a cumplir un encargo de mi padre.

—Dígame, señorita —intervino Cheste, con la manera más afable de que era capaz—, ¿tendría usted inconveniente en confiarnos la naturaleza de ese recado?

—Ninguno —replicó ella, con aplomo.

—Entonces... —insinuó él.

—Mi padre era el administrador de los bienes de María Urrutia, y me envió aquí a buscar una suma de dinero que ella me entregaría —explicó la muchacha, observando alternativamente a Cheste y a Yarce.

(¿Qué pensarán de mí...?).

—¿A qué hora llegó usted aquí? —La voz del capitán no tuvo matices.

—Acababa de llegar cuando ustedes...

—¿Quién le abrió la puerta? —La pregunta fue hecha a boca de jarro.

Raquel desvió la cabeza como ensimismada.

—Estaba entornada —replicó al cabo de un instante.

—Y entró sin llamar, ¿no? —apremió el prefecto.

—Yo diría que no. —La voz de Cheste tenía un fondo somnoliento.

—Y acertaría —aseguró Raquel, antes de que Yarce pudiera hablar—. Después de llamar repetidas veces, sin que nadie acudiera, empujé un poco la puerta y observé que por debajo de la cancel se filtraba una débil claridad.

—Y bien... —la animó Bernal.

—Entonces entorné nuevamente la puerta de calle y decidí entrar, suponiendo que María Urrutia estaría en el recibidor. Como era medio sorda... Llegué al patio y luego al recibidor.

Al principio, no me di cuenta de nada, pero cuando vi la mesita volcada, comencé a inquietarme. —Se agitaba a medida que iba recordando—. Después... Divisé el cuerpo caído, detrás de la mesa, creí que estaba muerto... Y grité, grité presa del terror..., y corrí hacia afuera... A la calle.

Mi primo miró significativamente al capitán Yarce.

—Está bien, señorita —dijo el segundo—. Muchas gracias por las informaciones que nos ha proporcionado. —Y llamando a Castil—... Comisario, haga el favor de acompañar a esta señorita hasta su casa.

Raquel agradeció con una sonrisa de circunstancias.

—No vivo tan lejos como para precisar escolta —le dijo, sacudiendo la cabeza en un gesto de altivez.

—Dígame, señorita, ¿podría hacerme el favor de concretar su dirección? —Cheste se puso de pie, avanzando hacia ella.

—Una cuadra más al norte —replicó ella con desganó—. Juncal y Paraná..., por si me precisan —terminó con rabioso retintín. Y se alejó rápidamente, seguida por el paso vigilante de Castil.

Cuando llegaron los expertos del SIC, el comisario ya había regresado. De inmediato comenzaron su tarea. El fotógrafo y su ayudante sacaron numerosas placas de distintos sectores de la casa. Y del cadáver, desde diversos ángulos. En cuanto a los técnicos en Dactiloscopia y Huellas y Pisadas, iniciaron un detenido examen de todas las dependencias.

Entretanto, Xiquena había terminado su trabajo.

—Esa señora ha muerto alrededor de las nueve —nos aseguró entrando al recibidor—. La causa del deceso debe atribuirse a un fuerte golpe aplicado en la nuca con un objeto contundente que...

—¿Podría ser esto? —le interrumpió Cheste, tendiéndole la cachiporra que encontrara Yarce.

—Muy probablemente —replicó el forense, después de examinarla con atención.

—¡Eh...! —le advirtió Bernal— no la manosee tanto, que va a confundir las impresiones digitales... —Y recobrándola, se la entregó al experto, que la guardó cuidadosamente, envuelta en un pañuelo.

¿Por qué la colgarían en el aljibe?

—Por lo visto, esa cachiporra prestó buenos servicios —comentó Xiquena, observando al marino, que miraba distraídamente los movimientos del experto en pisadas.

—¿Así que al meterla en el aljibe...? —insinuó el prefecto, como buscando una ampliación a las palabras del médico.

—Eso no fue más que un baño post-mortem —señaló Xiquena con profesional desaprensión.

—¡Pero estaba colgada...! —protestó el capitán, algo picado por la ligereza del forense.

—Ya va a ver cosas peores —le dijo, palmeándole la espalda amistosamente—. Bueno, bueno; le agradeceré que haga llevar el cuerpo al depósito para hacerle la autopsia—. Luego se despidió, en cordial saludo—: ¡Adiós, muchachos!, ¡buena suerte!

—¡Qué hombre singular de orejas plurales! —comentó Cheste, viéndolo alejarse—. No le ha faltado más que ofrecer nos sus servicios... —añadió, sentándose frente a Yarce, que interrogaba al teniente de navío.

—Veamos, ¿quién es usted? —comentó el prefecto, como si no conociera su identidad.

—Me llamo Ayala —manifestó con voz ronca—. Enrique Ayala, y soy teniente de navío de la Armada.

Era un hombre alto y delgado. De aspecto nervioso y reacio, cara alargada y ojos claros de mirada fría; boca desdeñosa y nariz recia. Tendría unos treinta y siete años, y usaba bigote rubio. Vestía de civil.

—¿Fue usted quien llamó por teléfono al SIC? —le preguntó Castil atropelladamente.

—Será mejor que les haga un relato de lo ocurrido —manifestó, dando señales de fatiga.

Ayala había llegado a casa de María Urrutia alrededor de las 22:10 horas. Llamó insistentemente a la puerta de calle que encontró cerrada, aunque sin llave, y le extrañó no obtener respuesta, pues le constaba que la anciana rara vez salía.

Aunque su conocimiento de la viuda era muy superficial, el marino decidió entrar, temiendo que pudiera haberle sucedido algo.

—¿Encendió usted alguna luz? —inquirió Yarce, con marcado interés.

—Sí, la del recibidor. Pero conforme acababa de entrar, experimenté una sensación extraña... como de peligro próximo. —El oficial de la Armada pasó una mano por sus cabellos rubios, peinándolos hacia atrás—. Entonces di voces, llamando a la dueña de casa, pero nadie contestó. Sin embargo, los lentes de María Urrutia, de los que tenía entendido que ella nunca se separaba, estaban allí, sobre una silla. Rotos.

—De ahí concluyó usted que ella no había salido, ¿verdad? —demandó Castil, estirando su cuello de toro.

—En efecto —confirmó el marino, agitando la cabeza—. Y eso fue lo que me decidió a llamar al SIC; y estaba hablando...

—Cuando lo pusieron duro de un garrotazo —concluyó Cheste, estudiando atentamente la fisonomía de Ayala.

¿Dónde estaría el dinero que fue a buscar Raquel?

—Por lo que veo —Yarce señaló la mesilla del teléfono—, su agresor debió entrar por esa puerta. —Se refería a la que, comunicando con la pieza contigua, se abría casi frente a la mesa señalada.

—Desde luego —confirmó el teniente de navío—. De venir por la otra —indicó la que daba al patio, por la que nosotros habíamos entrado—, yo lo hubiera visto.

El comisario Castil se rascaba la cabeza. Pensativo.

(¿Será cierto...?)

—¿Y qué recado venía a cumplir usted aquí? —le preguntó a quemarropa. Cruzándose de brazos.

Ayala levantó los ojos al cielo, suspirando profundamente.

(Ya sospechan de mí...)

—¿Cómo sabe que se trataba de un encargo? —dijo golpeando el suelo con un pie. Provocativo.

—Supongo... —en tono insinuante.

—Pues bien; vine a buscar una valija de mano del doctor Zelada. —Miró en derredor—. Por ahí debe andar... —indicó con displicencia.

—¡Ajá! —Castil fue incrédulo—. Conque una valijita, ¿eh? —Y oscilando la cabeza—... ¿Quién es ese doctor Zelada?

Ayala levantó los ojos al cielo, suspirando profundamente.

—Julio Zelada era el médico de María Urrutia —declaró—. Esta tarde vino a visitarla y olvidó su maletín —terminó en tono condescendiente.

—¡Qué oportuno! —musitó Cheste con suspicacia, levantando una ceja—. Debe vivir lejos de aquí el doctor Zelada, ¿verdad?

—No... —El marino no perdía la calma—. Vive al lado, en Arenales casi Montevideo —respondió, sonriendo con indiferencia.

—¡Al lado! —exclamó el capitán Yarce, sin ocultar su asombro—. Y entonces, ¿por qué no vino él?

—No sé... —sin darle importancia—. Creo que no podía venir, y me pidió que le hiciera el favor —se encogió de hombros. —A mí no me costaba nada...

—Cuando Zelada se lo pidió, ¿vino usted en seguida a buscar la valija? —Cheste hizo la pregunta sin demostrar mayor interés.

Pero Ayala comprendió muy bien el sentido de la frase.

—No —negó con sequedad—. Pasaron unas dos horas entre su pedido y mi venida, ¿por qué?

—Quería saberlo —Bernal encendió un Perahuí, des- preocupándose de Ayala. Y de todos.

El marino no veía el momento de marcharse. Fue después que Castil anotó su domicilio y demás referencias personales, que Yarce lo autorizó a retirarse, lo que hizo de inmediato.

—¿Qué te parece? —El capitán se inclinó hacia mi primo.

—Demasiado alto —le respondió este, como pensando en otra cosa.

Era cerca de medianoche cuando uno de los agentes de la Brigada Especial, que había llegado junto con los expertos, abrió la puerta de calle para dar paso al juez de Instrucción.

Wifredo Z. Quelño era un hombre de unos cuarenta años, de porte distinguido y maneras arrogantes. Hacía cierto tiempo que había ingresado en la judicatura, en la que había realizado una brillante carrera. Su rostro triangular cobraba una viva animación en el continuo movimiento de sus pequeños ojos maliciosos, que miraban inquisitivamente a través de sus quevedos. Era calvo.

—Ta, ta, ta, ta..., ya están ustedes por aquí, ¿eh? —dijo, después de saludarnos. Y dirigiéndose a Yarce—: Por la muestra, usted estaba impaciente por estrenar su autoridad, y yo considero...

—No es preciso madrugar mucho para llegar antes que la Justicia —sentenció Cheste, con gesto de burla.

—Conque la Justicia, ¿no? —masculló Quelño, recogiendo cuidadosamente las piernas de su pantalón al tiempo que se sentaba—. Pues sepa usted, joven irreverente, que constituye la virtud de las virtudes...

—Ya lo dijo el difunto Platón —apuntó Bernal, buscando en vano un cenicero—. Se nota que aquí no vivía ningún hombre —murmuró, arrojando su colilla al patio.

—Algo necesario, imperiosamente necesario... —prosiguió el juez, sin reparar en la interrupción—. *Justitia est fundamentum regnorum...*

—¡Naturalmente...! —aprobó Cheste, con exagerado énfasis.

—Cicerón la expuso como cometido *neminem nocere y reddere cuique suum*. —El magistrado reincidía en sus latines.

—Nada más exacto —corroboró mi primo, con insostenible gravedad—. ¡Figúrese usted!...

Zenón, Santo Tomás, San Agustín y San Ambrosio la hacen consistir en el *cuique suum*, que de acuerdo con el concepto...

—Sí, sí, efectivamente —lo atajó Cheste, justamente alarmado—. O como dijo Ulpiano: *Constans et perpetua voluntas jus suum cuique tribuendi*, ¿no es eso? —Y ante la legítima sorpresa de Quelño, se dejó caer sobre el respaldo, con gráfico ademán. Juntando las manos.

(*¡Por qué me habré metido con la Justicia...!*)

Cristián Yarce creyó oportuno intervenir y puso a Quelño al corriente de todo lo sucedido. En pocas palabras.

En el vano de la puerta del patio apareció un hombre rechoncho, con un formidable sentido de la gesticulación. De frente baja y poco desarrollada, tenía el aspecto característico del pesquero profesional. Mordía un toscano de emanaciones homicidas. Pero no tenía el sombrero puesto.

—Ha llegado el furgón para recoger el cadáver —anunció el recién llegado sargento Chamorro, dirigiéndose a Castil.

Para cumplir con las formalidades inherentes a su cargo, Wifredo Z. Quelño se molestó en ir a ver el corto y magro cuerpo de la octogenaria asesinada.

Cinco minutos después, dos empleados de la morgue depositaron el cadáver de María Urrutia sobre una camilla. Y se lo llevaron.

¿Dónde estaría la valija del doctor Zelada?

—¿Ya se han ido los expertos? —se interesó el prefecto, interrogando a Chamorro.

—Sí, capitán. —Y recordando súbitamente—: No, capitán; todavía está Peña, el de Huellas y Pisadas.

—¿Se ha encontrado algo de interés? —terció Quelño, como para justificar su investidura.

—No, señor; nada que valga la pena.

Cheste se incorporó en su sillón.

—Usted dispense, sargento. Verdaderamente... ¿nada?

Chamorro puso mala cara. Y sin decir una palabra, fue hasta la mesa del patio, regresando enseguida.

—Tome, capitán —le dijo a Yarce—. Aquí tiene unos líos de trapos que hemos encontrado en un balcón, y que maldito si sé para qué pueden servir. —Y se los entregó, accionando caudalosamente. Al retirarse, pasó por delante de Cheste, agitando la cabeza. Con disgusto.

(¡Estos doctorcitos...!).

Mi primo observó cómo el sargento abandonaba la estancia.

—¿Será posible? —se preguntaba, alisando sus ligeramente ondulados cabellos castaños—. Quizá... sí, es probable. —Y añadió—: Es muy original, pero tal vez haya exagerado.

El juez Quelño oía sin comprender.

—¿Qué está usted diciendo? —lo increpó, golpeándolo en un brazo.

—Sugiero que esos trapos debe haberlos usado el criminal para envolverse los pies. Simplemente.

—Y por eso Ayala no oyó sus pasos —se adhirió Castil, con una mirada de inteligencia.

El prefecto examinó detenidamente los pedazos de franela.

—Yo no sé en qué te fundarás... —murmuró—. Pero...

—¿Pero qué? —apuró Quelño, impaciente por saberlo todo.

—Aquí hay manchas, al parecer, de betún y de alubián.

¡Y huelen a cera!

Quelño desvió la mirada hacia el piso.

—¡Hum...!, no hace mucho que han encerado aquí...

Patricio Castil se inclinó a examinar el parquet poniéndose en jarras. Y silbó asombrado.

—¡Por Júpiter!, aquí el encerado es más pálido que alrededor, como si hubieran frotado para borrar alguna huella. No sé, no sé... —Y se pasaba la mano por la cara en sentido inverso al de las agujas del reloj.

¿De quién sería el lápiz de plata?

El sargento Chamorro regresó acompañado por Ladislao Peña, un hombre bajito, de aspecto modesto, que se frotaba las manos constantemente. Como un prestamista.

—He tomado copias de todas las pisadas encontradas, capitán —le informó el experto, a su pedido—. Me las llevo al SIC para su clasificación.

Cheste observó con interés la expresiva fisonomía del funcionario.

—Dígame, amigo, ¿no ha encontrado nada de particular en su trabajo?

El perito captó la idea con rapidez.

—En efecto —confirmó—, hay algo interesante. Tanto en este salón como en la escalera de madera que lleva al piso alto, y también en el dormitorio, se aprecian señales de que alguien ha frotado el piso con un trapo, como queriendo borrar alguna huella o señal...

Cuando el experto se hubo retirado, recrudecieron los comentarios sobre los trapos encontrados. Y las teorías.

El prefecto del SIC entregó las franelas a mi primo.

—Parece evidente que el asesino borró sus pisadas con estos trapos, sirviéndose de los pies —manifestó, con dicción incisiva y rápida—. Pero esto último no lo sabremos de cierto, hasta que el análisis químico confirme si las manchas son, en realidad, de betún y alubián.

Wifredo Z. Quelño se volvió al sargento Chamorro, que permanecía junto a la puerta.

—Usted, sargento, no le concedía ningún interés a esos trapos que encontró en uno de los balcones —le dijo, en tono protector—. Sin embargo, yo creo que el asesino los usó, no para borrar las huellas, sino porque sus pies, su calzado, tienen algo de particular que le conviene ocultar.

Chamorro no contestó. Y siguió fumando su toscano. Y nosotros tosiendo.

Bernal Cheste estiró las piernas, sacó su pitillera, de la que extrajo uno de sus inevitables Perahuí, lo aplicó a su boquilla de ámbar y lo encendió.

—¡Sargento! —le dijo sonriendo—. Usted debiera fumar de estos cigarrillos, porque sus tagarninas enrarecen el ambiente. —Y alzando la cabeza—... ¡Aquí no hay quien respire!

—¿Qué le parece mi punto de vista? —Quelño se dirigió a Cheste que, echando una última mirada a los trapos, se los devolvió al capitán.

—Muy interesantes —manifestó mi primo, sin atender al juez—. Se prestan a la especulación abstracta.

—¿Eh...?

—¡Naturalmente! —Cheste distendió las inclinadas comisuras de sus labios delgados. Y enarcó las cejas—. Yo creo que la persona que ha usado esos trozos de franela, no es tan descuidada como parece. Porque los trapos han sido abandonados deliberadamente —aseguró, golpeando con el puño en

el brazo del sillón—. Y digo deliberadamente, porque tiene que habérselos desatado, y afirmo que los llevaba atados, porque si no, no estarían sucios de betún, y sí solo de alubián. —Y encarándose con Quelño—: ¿Está claro, mi querido romanista?

—*Vir bonus dicendi peritus* —pronunció el magistrado, en tono declamatorio.

—Y aún hay algo más concluyente —afirmó Bernal.

—¿Y es...?

—Que el asesino no pudo perder los trapos a menos que hubiera salido por el balcón en que fueron hallados. —Y agregó con una sonrisa—: Claro que las persianas estaban cerradas por dentro...

Cristián Yarce estaba desorientado.

—Sí, eso parece cierto... —concedió—. Pero, ¿a qué viene?

—Viene, o mejor dicho va, a demostrar que al asesino no le importa que sospechemos de las pretendidas particularidades de sus pies, a que Wifredo se ha referido. —Dio una chupada a su Perahuí y expelió el humo en espirales, agregando con energía—: Más aún, el criminal tiene interés en que busquemos esos pies.

—¡Pero es absurdo...! —protestó el prefecto, alzando los brazos. Y agitándolos.

La respuesta de Cheste fue pronunciada como al descuido.

—No creo que sea para tanto...

Observé los trapos que el capitán me tendiera. Eran dos pedazos de franela gris, del tamaño aproximado de una hoja de diario, cada uno. En su centro, y a espacios intermitentes, se notaban pequeñas líneas curvas, en apariencia de alubián, que parecían formar un elipsoide. Medido a lo largo, había unos treinta centímetros de distancia entre los puntos extremos. A seis o siete centímetros, a izquierda y derecha de las supuestas

marcas de alubión, había unas manchas de un negro más opaco, probablemente de betún. Por el reverso, la tela estaba lustrosa y despedía un penetrante olor a cera.

Cuando el prefecto tuvo nuevamente las telas, se las entregó al sargento Chamorro, a quien ordenó que las llevara a la oficina química del SIC, para su análisis.

Cuando el hombre salía, Cheste se volvió al capitán. Lo miró de hito en hito, al tiempo que dejaba caer sus palabras...

—Esto no me gusta nada, Cristián... —y sacudía su bien formada cabeza—. Este cliente te va a dar mucho trabajo... —vaticinó. Había un tono de aprensión en su sonora voz de barítono.

Los expertos del SIC habían hecho un concienzudo estudio de todas las dependencias de la casa, estableciendo que no había señales ni rastros de violencia. Todo estaba en orden.

—Parece que el robo no ha sido el móvil del crimen —opinó Castil, con desaliento.

Yarce abandonó su silla y comenzó a pasearse.

—Si Raquel vino a buscar dinero, es evidente que María Urrutia debería tenerlo en su casa —reflexionó en voz alta.

Dejando al militar entregado a sus cavilaciones, Bernal me hizo una seña y salió de la habitación. Yo lo seguí.

Subimos al primer piso. Constaba de un dormitorio, un vestidor, una sala de costura y un cuarto de baño.

Entramos en la alcoba.

De primera intención, mi primo se dirigió a un sofá de pana gris y tomó un maletín de cuero de cerdo, con dos iniciales grabadas en oscuro: J.Z.

—Esto es lo que vino a buscar Enrique Ayala —dijo, poniéndolo encima de la cama.

Pronto su atención fue reclamada por un bargueño de alto pie, situado en la pared opuesta al lecho. A un costado.

—Veamos esta imitación siglo XVII. —Y se acercó a él, según creí, en un principio, para satisfacer su interés artístico. Pero el clic de una cerradura me abrió los ojos. Y a Cheste, el bargueño.

Sin que nosotros lo advirtiéramos, Yarce y Quelño habían entrado en la habitación.

—¡Bernal...! —gritó el prefecto, con voz ruda—. ¿Quién te ha autorizado a violar ese mueble?

El interpelado se volvió al capitán, con aire de candor.

—Tenía la llave puesta... —fue su parca disculpa—. Ya sabes que soy débil a ciertas sugerencias... —añadió con leve acento de ironía. Y sin entrar en más explicaciones, comenzó a revisar el bargueño con entusiasmo.

Yarce no estaba muy dispuesto a ceder y miró a Quelño como consultándolo.

—¡A ver, a ver...!, ¿qué hay ahí dentro? —Y el juez se acercó con curiosidad, restregándose las manos.

El prefecto capituló.

Bernal sacó un voluminoso legajo de papeles que fue examinando cuidadosamente, dejando de lado, a medida que los revisaba, los que no le merecían importancia. Entre un montón de paquetes de dinero, apareció una cubierta lacrada y sellada.

En el sobre, un membrete: Rubén Escudero. Escribano.

Una inscripción: Mi testamento.

Y una firma: María Urrutia de Ruiz Haedo.

—Ese debe ser el dinero que venía a buscar Raquel —indicó Quelño, señalando los fajos de billetes. Y tomando el sobre cerrado, que guardó en un bolsillo.

—Probablemente... —admitió Cheste, contándolo y volviéndolo a guardar—. Hay diez mil pesos —dijo, silbando por lo bajo, cuando hubo terminado. Luego, cerró el bargueño y entregó la llave al magistrado.

—¡Es increíble! —decía Castil cuando, de regreso en el recibidor, Yarce le comunicó la novedad—. ¡Diez mil pesos..., estando la llave puesta! —Y sus dedos se perdían entre los negros cabellos hirsutos.

El capitán esperó a que cesaran los transportes del comisario.

—Vea, Castil —le dijo—, sería conveniente que usted se encargara de proveer un servicio de imaginarias para vigilar la casa.

—Y ordene que el maletín del doctor Zelada le sea entregado —agregó Quelño, cuando el comisario salía.

¿Por qué habrían abandonado la cachiporra?

—Bueno, ya está todo dispuesto —anunció Castil, regresando—. Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó, recostándose en la pared.

Cheste ahogó un bostezo.

—Creo que es hora de irse a acostar —replicó, poniéndose de pie. Y consultando su Audemars-Piquet...— Son casi las dos...

Ya en la calle, nos despedimos del juez Quelño.

—Mañana los espero en el Almetax,² a las cuatro y media —nos gritó, subiendo a su auto.

—Mañana es hoy..., porque hoy ya es ayer —murmuró Cheste, como entre sueños, recostado en el asiento de su Hispano. Y partimos.

² Este club, situado en la acera norte de la avenida Santa Fe, desde Cerrito a Carlos Pellegrini, fue fundado en 1919 por un grupo de universitarios radicados en las afueras de la Capital. Aunque el Ameltax Club se ha convertido hoy en un círculo mundano, no ha perdido por ello su primitiva característica residencial.

Cuadro tercero

Jueves 23 de diciembre, a las 17 hs. En el Ameltax Club

—Lo malo es que no tengamos ningún indicio del criminal —se lamentaba Wifredo Z. Quelño, acariciando su hendido mentón.

—¡Epa... epa...! —Cheste alzó sus manos afiladas, en señal de protesta—. ¿Qué es eso de que no tenemos indicios?

El capitán Yarce lo miró asombrado, con la tetera en la mano.

—Pues tú dirás... —Y terminó de servirse.

Bernal Cheste se arrellanó en su butaca, retirando la taza de su Pekao.

—¿Pero usted sabe algo...? —Quelño casi se abalanzó sobre mi primo, a fuer de impaciente.

—Bastante... —sonrió Bernal, encendiendo un Perahuí, mientras contemplaba el dibujo de la pequeña alfombra que se extendía delante de la mesa—. Yo diría que el asesino es un hombre, que mide probablemente más de 1,70 m, que viste de azul, que era conocido de María Urrutia, y que no siente simpatía por una persona que tiene un pie defectuoso, lo que requiere el uso de calzado especial.

—¿Nada más? —se mofó el magistrado.

—Sí, todavía sé más —replicó Cheste sin inmutarse. Y extrajo de su bolsillo el lápiz de plata que encontrara Yarce—. Por ejemplo, sé que ayer hubo un visitante en casa de María Urrutia, cuya existencia ustedes desconocen. —Una sonrisa

burlona apareció bajo su poblado bigote castaño—. Del que ustedes no tienen la menor idea —recalcó.

—¡Como no sea el asesino...! —murmuró el prefecto, ingiriendo una tostada.

—Yo no sé si será el asesino —Cheste hizo cabalgar una pierna sobre la otra—pero sé que tiene el pelo negro.

El juez Quelño estaba decepcionado. Y molesto.

—Si usted cree que la situación se presta para hacer bromas... —le reprochó, apurando su tercera taza de té, ante la mirada absorta de mi primo. Elocuente.

(¡Si trabajara como come...!).

—No es ninguna broma, mi pantagruélico amigo —le dijo—. Me he limitado a establecer que el escribano Escudero tiene el pelo negro.

Wifredo Z. Quelño se atragantó.

—¿El escribano Escudero? —preguntó, sacando las palabras de atrás de su servilleta, puesta sobre la boca.

—Puedes comprobarlo por ti mismo. —Bernal entregó el lápiz al prefecto, que se lo había pedido con un gesto.

El capitán revolvió el lápiz entre sus dedos.

—Por las iniciales que tiene grabadas en el cabo, puede convenirse que su propietario sea Rubén Escudero —manifestó, arrugando su frente, adoselada por lacios cabellos cobrizos—. Pero lo que no comprendo es de dónde sacas que tiene el pelo negro; ¿acaso lo conoces?

—No lo he visto en mi vida —concretó Cheste, mirando a Quelño de reojo.

—Usted se cree muy gracioso, ¿verdad? —lo apostrofó el juez.

—¿Cómo lo sabes? —insistió el capitán, prescindiendo de Quelño.

Bernal se volvió hacia Yarce.

—Lo sé porque Escudero debe tener la mala costumbre de rascarse la cabeza con el lápiz..., y un cabello ha quedado enganchado en el soporte. —Y agregó con sorna—: Sencillo, ¿no?

—¡Bah...! —desmereció Quelño, en tono rencoroso—. Usted se luce porque yo no había visto el lápiz...

—Pero vio los trapos... —lo desafió mi primo.

—Naturalmente que los vi; y ya ve usted cómo he logrado ciertas conclusiones irrefutables. —Y satisfecho de sí mismo, se regaló con un habano de Vuelta Abajo.

—Lo malo para sus conclusiones... —señaló Bernal—, es que el asesino tiene los pies normales. —Cristián Yarce medió en la contienda.

—Yo admito que Escudero haya estado ayer en casa de María Urrutia y que perdiera su lápiz —dijo, atascando su pipa de guindo—. Lo interesante es determinar si estuvo antes o después del crimen.

—O durante —amplió el juez.

—O establecer si vestía de azul —abundó Cheste.

El prefecto lo miró con interés.

—Es la segunda vez que dices eso... —observó con voz lenta—. ¿Qué te hace pensarlo?

—¡Eso, eso! —apoyó el juez de Instrucción—. ¿Qué lo autoriza a usted a decir que el asesino es un hombre..., que mide más de 1,70 m, que era conocido de María Urrutia... —con el índice de la mano derecha iba separando los dedos de la izquierda a medida que hablaba— etc., etc.?

Cheste lanzó al espacio una fina columna de humo grisado, aplastando su cigarrillo contra un cenicero lotiforme, de ágata verdosa.

—Digo —y levantó un índice dogmático— que el asesino es un hombre, porque las huellas impresas en los trapos son de calzado de hombre. Que probablemente mide más de 1,70 m,

porque no es fácil que un hombre de menor estatura calce cuarenta y dos de pie, que es lo menos que puede presumirse acerca de la huella dejada. Que viste de azul, por lo menos en el momento del crimen, porque en los trapos había una pelusa de ese color, que suele desprenderse de los tejidos de casimir de lana. Y que era conocido de María Urrutia, porque de otra manera no hubiera tenido fácil acceso a la casa; siendo claro que fue ella misma la que le franqueó la entrada.

El capitán se convenció a medias.

—Hasta ahí está bien —admitió a regañadientes—. Pero, ¿y lo de que no siente simpatía por alguien que tiene un pie defectuoso?

Cheste habló con displicencia calculada.

—Eso me lo reservo..., por ahora —expresó—. Bástele saber que me he fundado en una de las para él irrefutables conclusiones de nuestro latinizante amigo.

El aludido sacudía la cabeza con aire disgustado.

—Yo no debo haber visto bien esos trapos... —murmuraba para su coleteo.

El capitán Yarce sabía muy bien que era inútil insistir cuando Cheste no quería hablar. Y guardó silencio.

Yo observé la viril fisonomía de mi primo, buscando en su expresión el reflejo de sus pensamientos. Pero mis esfuerzos fueron vanos como los de un cesante.

Cuadro cuarto

El mismo día, a las 18:30 hs. En el SIC

Hacía una media hora que habíamos llegado al Secretariado, después de acompañar a Quelño hasta la puerta de los Tribunales, cuando un ordenanza entró en el despacho del capitán Yarce, anunciándole que un señor deseaba hablar con él.

Ante un gesto afirmativo del prefecto, el doctor Julio Zelada fue introducido en la sala.

Era un hombre de talla mediana, de andar oscilante y sonrisa cínica. Ceremonioso y desenvuelto.

—Buenas tardes, caballeros —saludó inclinándose, tendiendo a un costado su brazo derecho en cuya mano sostenía el sombrero.

Después de dedicarnos una sonrisa a cada uno, miró a su alrededor como buscando algo, y con un gesto de satisfacción, colocó su panamá en una percha. Con precauciones.

Cheste observaba con interés un paquetito que el visitante traía pendiente de su mano izquierda, cuyo antebrazo conservaba horizontal.

—Me llamo Julio Zelada, soy médico, tengo cuarenta y seis años y permanezco soltero —nos dijo con insinuante acento informativo—. ¿Puedo sentarme? —Y sin esperar respuesta, con el misterioso envoltorio colgado de sus dedos apiñados, el elegante personaje se ubicó en una butaca, cruzó las piernas y volvió a sonreír.

El prefecto miraba al visitante, con ceño adusto.

(¡Se necesita descaro...!).

—Bien, señor, ¿cuál es el motivo de su visita? —dijo por fin.

Sin decir palabra, el doctor Zelada se puso de pie y avanzó hasta la mesa, sobre la que depositó el intrigante paquete. Insinuó una reverencia y volvió a su asiento con aire de expectativa.

—¿Y esto qué es? —inquirió Yarce, con cara de pocos amigos.

—Un huésped de mi maletín —replicó el médico con voz nasal, levantando las cejas.

Con mano recelosa, el capitán comenzó a desatar el envoltorio, abriendo el papel. Y extrajo dos pedazos de franela gris, idénticos a los hallados en el balcón de la casa del crimen.

Eran los restos de lo que debió de ser un batón de María Urrutia. Todavía conservaba las mangas.

—¿De dónde sacó esto? —indagó Yarce, con áspero tono conminatorio.

—Creo haber oído que de su maletín —terció Cheste, sentado en el alféizar de la ventana abierta en la ochava de Libertad y Viamonte.³

—¿Y qué hacían allí...? —insistió Yarce, encarándose con Zelada.

—Descansaban de sus fatigas —replicó Cheste, acercándose a la mesa.

—Yo he venido aquí, precisamente, a ver si logro una explicación de ustedes —repuso el visitante, al tiempo que introducía un dedo entre su cuello y el de la camisa. Y fruncía la cara—. Pero resulta que me la piden a mí; ¿qué lío es este?

³ Como nadie ignora, el edificio del Secretariado de Investigaciones Criminales fue construido en la manzana limitada por las calles Libertad, Viamonte, Córdoba y Talcahuano, en los terrenos que ocupara la antigua quinta de Miró.

—Sería mejor que nos dijera cómo realizó el hallazgo —sugirió Bernal, señalando los despojos del batón.

Julio Zelada nos informó que la noche anterior, a eso de las doce menos cuarto, Enrique Ayala había ido a su casa, refiriéndole lo sucedido en la de María Urrutia.

—Por cierto, tenía un chichón de proporciones... —apuntó, comentando el incidente.

Como el teniente de navío no le llevara el maletín, Zelada se había visto obligado a ir a buscarlo por la mañana, siéndole entregado por uno de los agentes.

—Fue al abrirlo en mi clínica, que me encontré con los restos de un batón, que yo sabía de María Urrutia —explicó, inclinando la cabeza a un costado. Persuasivo.

—Y usted los trae para que tengamos el batón completo, ¿verdad? —inquirió mi primo con leve trazo de ironía.

—Los traigo para que me expliquen por qué he sido yo el elegido. —Y se golpeaba el pecho con ambas manos, como Tarzán en la selva.

—Yo se lo diría si usted me explicara por qué se olvidó del maletín. —En la ambigüedad de Cheste había un eco reticente.

Zelada contempló a mi primo con un gesto de extrañeza. Luego, a nosotros. Y se encogió de hombros.

Hubo un momento de silencio. Mejor dicho, una plenitud de forma en las tres actitudes...

Yarce miraba a Cheste.

(¿Por qué has dicho eso...?)

Cheste a Zelada.

(¿Qué hay detrás de tu calma...?)

Y Zelada a mí.

(¿Qué quiere decir...?)

El paso firme y seguro de Patricio Castil alivió la incipiente tensión.

—Esto ya está pronto —dijo al entrar, poniendo sobre la mesa del prefecto varias hojas de papel.

—Son los informes de los expertos —nos explicó Yarce, examinándolos. Después de leerlos detenidamente, el capitán levantó la cabeza y se dirigió a Zelada.

—¿Qué hora era cuando usted le pidió a Ayala que fuera a buscar su maletín a casa de María Urrutia? —preguntó con aire preocupado.

—Serían las ocho y cuarto; antes de sentarme a cenar —replicó el interpelado, sin dar importancia a su respuesta.

—Supongo que anoche tendría usted que hacer algo muy importante, ya que viviendo tan cerca, no podía ir a buscar su maletín, ¿verdad? —Y fijó su vista en los informes, tratando de parecer indiferente.

El médico agitó la cabeza, fingiendo fastidio.

—Usted se mete en mi vida privada, capitán —le advirtió con suave entonación—. Pero en fin..., para que no se murmure de mi adhesión a las autoridades, le diré que tenía una cita de características apropiadas a mi estado civil. —Y sonriendo socarronamente, acompañaba sus palabras pausadas, con un particular movimiento de la mano derecha, que ondulaba en el aire.

(¡Cuic..., cuic..., cuic...!).

Zelada se volvió bruscamente hacia Cheste, que jugaba con la cabrita.

—¿Sabe usted si Ayala poseía una cachiporra de goma? —demandó Yarce al médico, dedicando a Cheste un boceto de sonrisa y una mirada asesina.

—Es la primera vez que oigo semejante cosa —se admiró Zelada, rascándose una oreja. Y torció la cabeza en dirección a Bernal, contemplándolo.

—Dígame, ¿le interesa este juguete? —inquirió mi primo, mostrándoselo con la mano en alto—. ¿O le resulta cara conocida?

—No, ¿por qué? —replicó el otro, en perfecto tono de sorpresa—. ¿Es acaso una pieza de convicción? —Y en su interés había un acento positivamente falso.

—Pienso si no le traería recuerdos de infancia —murmuró Cheste, sin mirarlo.

—En confianza —el médico se acercó a Bernal, bajando la voz—; mi memoria suele ser infiel. —Y separaba las manos, como excusándose.

—Trate de cuidarla —le aconsejó Cheste en el mismo tono confidencial—. Sobre todo, no la deje salir de noche, después de cenar... —terminó, con manifiesta segunda intención.

—Me parece que es hora de marcharme —dijo Zelada, frotándose las manos y mirando a Cheste con el rabillo del ojo.
(*¡Este no cree lo del maletín...!*)

Acababa de salir el médico, cuando Castil tomó la palabra.

—¿Qué le parecen los informes, capitán? —demandó, apoyando sus manos sobre la mesa.

—En realidad, no esperaba esto.

—¿Qué dicen los peritos? —indagó Cheste, sin mayor interés.

—Peña dice que las pisadas examinadas no aportan ninguna novedad interesante. Todas corresponden a personas cuya visita conocemos. —El capitán apartó la primera hoja.

—¿Y el químico?

—Certifica que las manchas de los trapos son, efectivamente, de betún y de alubión.

—Todavía falta lo mejor —prometió Castil, rasgando la envoltura de un chicle.

—¿Alguna impresión digital inesperada?

—En toda la casa no se ha encontrado ninguna cuya presencia no esté justificada —contestó el prefecto, releendo el informe de Solano.

—¿Y en la cachiporra?

—Ahí está lo inexplicable —murmuró Yarce, mordisqueando la boquilla de su pipa apagada.

—¿Tiene las huellas de Zelada? —aventuró mi primo.

—No, ¿por qué precisamente las de Zelada?

—Digo yo...

El capitán Yarce retiró su pipa de la boca y habló con voz metálica.

—Aparte de nuestras impresiones y las de Xiquena, aparecen nítidas en el mango de la cachiporra, las del teniente de navío Enrique Ayala.

Cuadro quinto

Viernes 24 de diciembre, a las 10 hs. En el despacho de Quelño

La víspera habíamos convenido con Wifredo Z. Quelño celebrar una reunión en su despacho de los Tribunales, a la que sería citado el escribano Rubén Escudero.

Poco antes de las diez, un joven alto, de buena presencia y modales afectados, tomó asiento en un sillón ubicado frente al escritorio del magistrado.

—¡Qué horror, señor juez! —Se tapó el rostro con una mano excesivamente cuidada—. La muerte de esa pobrecita anciana me ha impresionado tanto... ¡Tanto...! Usted no se figura, señor juez. —Y puso los ojos en blanco.

Cheste estaba aterrado.

Y Yarce.

Y Quelño.

—Este..., este... —vacilaba el juez, sin saber cómo empezar—, ¡ejem...!

(¡Caramba con el niño...!).

El prefecto comenzó a pasearse por la habitación.

—Vea, joven —le increpó con severidad—, lo hemos hecho venir para que nos explique la presencia de esto en la casa del crimen. —Y le entregó el lápiz de plata.

—¡Oh...!, ¿estaba allí?, y yo que lo he extrañado tanto... —Y lustraba el lápiz en la manga—. ¡Muchas gracias, capitán!

—¿Cuándo estuvo usted por última vez en casa de María Urrutia? —insistió Yarce, reanudando su paseo.

Escudero trató de alisar su rizada cabellera.

—¡A ver...!, deje que piense... —Y apoyaba un índice en la mejilla—. Creo que fue el miércoles por la mañana..., sí, ahora recuerdo bien. Debo haber olvidado mi lapicito en la mesilla del teléfono...

Cheste se decidió a intervenir.

—Dígame, amigo, ¿nunca vio cabritas en lo de María Urrutia?

—¡Ah...!, ¡pero qué ocurrente...!, usted bromea, ¿verdad?

—No, no, no bromeo —replicó Cheste con toda seriedad—. Le pregunto si no vio cabritas que hicieran cuic, cuic... —Y abría y cerraba una mano, como apretando algo entre sus dedos.

El escribano alzó un hombro. Despectivo.

(¡Antipático...!, se burla de mí...).

Quelño golpeaba el borde de su mesa con un cortapapeles.

—Tengo entendido que usted era el escribano de María Urrutia... —comenzó con voz monótona.

—Sí, señor juez. Y lo seguiría siendo...

—Desde luego, desde luego... —le interrumpió el magistrado—. ¿Usted ha autorizado algún testamento hecho por la occisa?

—Es verdad; pero, francamente, señor juez, no veo qué lo lleva a interrogarme de esta manera...

—Hemos hallado esta copia en el bargueño de su cliente —repuso Quelño, sacando de una gaveta el sobre encontrado.

—¡No es posible, señor juez! Debe haber un error... —Y su voz atiplada se perdió en una escala de gallos.

Yarce no disimuló su asombro.

—Cómo que no es posible, ¿qué quiere usted decir?

—Que yo no he hecho ninguna copia del testamento otorgado por María Urrutia.

—¿Y ese sobre con su membrete?

—¡Usted me tortura, capitán! —Y se oprimía ambas sienes—. El instrumento que yo autoricé está escriturado en mi protocolo. No me explico de dónde habrá sacado ese sobre...

—Dígame, señor juez —terció Cheste con risueña deferencia—; ¿por qué no pregunta usted en qué fecha fue redactado el testamento de la causante?

Wifredo Z. Quelño clavó en mi primo una mirada oblicua. *(Conque... señor juez, ¿eh?)*.

—Si le interesa tanto ese detalle, no tengo inconveniente en decirle que fue en marzo del año pasado —dijo Escudero, dirigiéndose a Cheste.

La voz neutra del magistrado adquirió un tono de decisión.

—Entonces —concluyó—, esto debe ser un testamento ológrafo posterior a esa fecha.

—¡Ay, qué mala idea...!, figúrese usted si la señora Urrutia, que me apreciaba tanto, iba a hacer nada sin consultarme. ¡Sería para mí un disgusto terrible! —Y dando pataditas en el suelo...— No pudo hacerlo, ¡nunca..., nunca...!

A pesar del tono empleado, había firmeza en sus palabras. Y una convicción arraigada.

Quelño estaba impaciente por terminar la entrevista.

—Bien, bien. Creo que lo mejor será que haga usted una copia de ese testamento que tiene protocolizado, y la remita al juez competente, a la brevedad posible. Yo, por mi parte, haré lo mismo con este. —Y se puso de pie.

—De acuerdo, señor juez —convino el notario, imitándolo—. Pasado mañana la enviaré al juzgado en lo Civil. —Luego se despidió, rozándonos apenas las manos—. ¡Hasta pronto, caballeros!, he tenido mucho gusto... —Y se alejó casi en puntas de pie.

Indiferente y movedizo, como un títere.

Cuadro sexto

Lunes 27 de diciembre, a las 11 hs. En el Juzgado L. en lo Civil

De acuerdo con lo dispuesto por el juez de turno, aquella mañana tendría lugar la lectura del testamento de la señora María Urrutia, viuda de Ruiz Haedo.

Fuimos los últimos en llegar. Cuando penetramos en el juzgado, Wifredo Z. Quelño salió a nuestro encuentro.

—Ya están todos aquí —nos dijo en voz baja, señalando con la cabeza el interior de la sala.

Los asistentes conversaban en grupos. Junto a la mesa, el juez departía con Rubén Escudero, quien parecía darle indicaciones acerca de su protocolo. Al vernos, el escribano agitó los cinco dedos de su diestra por encima de su cabeza, a guisa de saludo, sonriendo por los ojos.

En medio del despacho y ocupando sendos sillones, tres personas comentaban el asesinato en forma un tanto acalorada. Una de ellas era el teniente de navío Enrique Ayala, quien nos saludó con una fría inclinación de cabeza. Sus compañeros me eran desconocidos.

—El que está a la derecha de Ayala —nos informó Quelño, indicándonos a un hombre de unos cincuenta y cinco años— es su jefe, el contralmirante Pedro Ruiz Haedo.

Era un caballero de mediana talla, más alto que bajo, delgado, de movimientos nerviosos y mirada movediza. Su rostro estaba enérgicamente modelado y su nariz aguileña parecía contraerse en cada cambio de expresión. Su frente

era amplia y despejada; sus cabellos, grises y claudicantes. Tenía tipo de actor.

—El otro, el que está a su izquierda —prosiguió Quelño, con aquel aire de importancia— es el doctor Federico Salcedo, antiguo discípulo y ahora colaborador del doctor Zelada. —Y añadió bajando la voz—: Es el caudillo de la juventud conformista.

Su aspecto era atrayente. Alto y musculoso, moreno, de figura recia y facciones regulares. Su mirada tranquila inspiraba confianza. Sonreía con franqueza y sus movimientos eran lentos. Tendría treinta y cinco años.

En un rincón, apartado de los demás circunstantes, Julio Zelada dialogaba animadamente con un hombre de estatura regular, grueso, de cabeza grande y expresión grosera. Era su primo, el senador Antonio Ruiz Haedo.

A primera vista, aquel hombre inspiraba repulsión. Sus ojos traicioneros nos midieron torvamente cuando contestamos el gentil saludo de Zelada. En contraste con las correctas facciones de su hermano Pedro, el senador ofrecía una nariz abultada y ancha, que torcía en un casi permanente gesto de desagrado. De labios húmedos, el inferior temblaba perceptiblemente. Próximo a los sesenta años, no los representaba. Se apoyaba en un bastón.

Luego de que el juez del fuero civil hubo reconocido las firmas del escribano Escudero y de los testigos Ayala y Salcedo, que a su vez certificaron como legítima la de la testadora, se dio por enterado de las causales que motivaban la ausencia del otro testigo firmante.

El tercer testigo, Roberto Aguilera, había desaparecido en un vuelo que realizara a la región de los lagos, sin que jamás se tuviera noticias acerca de su paradero. Tampoco se hallaron rastros del avión que tripulaba. Hacía ya cinco meses que había partido de la Capital en dirección al sur y se le

consideraba definitivamente perdido, suponiéndolo víctima de un accidente fatal.⁴

Y se leyó el testamento autorizado por Rubén Escudero el 16 de marzo de 1936.

Quedaban instituidos herederos, el senador Antonio Ruiz Haedo y el doctor Julio Zelada.

Se establecía como condición para la vigencia de la cláusula anterior, el plazo de un año, a contar desde el día en que se leyera el testamento.

En caso de muerte de uno de los herederos, antes de cumplirse la condición, el sobreviviente heredaría el total.

Si fueran ambos los fallecidos antes de cumplirse la condición, se llamaría a la sucesión a los colaterales legítimos, hasta el sexto grado.

Seguían las firmas: María Urrutia de Ruiz Haedo; Rubén Escudero; Federico Salcedo; Roberto Aguilera y Enrique Ayala.

Tratándose de un testamento abierto, sus disposiciones eran por todos conocidas, y su lectura no despertó otro interés que el que le prestaba su sanción oficial.

En cambio, el sobre cerrado que el juez comenzó a rasgar, atrajo las nerviosas miradas de los herederos. Y la curiosidad de los demás.

No se oía el más leve rumor cuando la voz clara del actuario anunció que se trataba de un testamento ológrafo, fechado el 22 de diciembre de 1937.

Por la sala pasó una ráfaga de estupor.

(¡El día del crimen...!).

En aquel documento postrero, la anciana modificaba en

⁴ Roberto Aguilera fue uno de los actores más brillantes del cine argentino, siendo notoria la perfección con que lograba los parecidos más asombrosos en sus magníficas caracterizaciones. En la época de su desaparición, acababa de cumplir cuarenta y dos años.

forma sustancial las disposiciones contenidas en su testamento solemne.

Designaba heredero de sus bienes al senador Antonio Ruiz Haedo.

Establecía como condición para la vigencia de todas las cláusulas testamentarias, la fecha de la muerte de la señorita Gertrudis Ruiz Haedo, hermana mayor del heredero.

En caso de fallecer el heredero antes de cumplirse la condición, instituía sustitutos en primer grado a Carlos y Pablo Ruiz Haedo, hijos del heredero.

Previendo el deceso o la renuncia de estos, designaba sustituto en segundo grado al contralmirante Pedro Ruiz Haedo, hermano del heredero.

Disponía tres legados. Uno de \$100.000, para el escribano Rubén Escudero. Otro de \$50.000 para el teniente de navío Enrique Ayala. Y un tercero, también de

\$50.000, para el doctor Federico Salcedo.

En caso de muerte de uno de los legatarios, antes de cumplirse la condición, su parte acrecería las de los otros dos.

Si fueran dos los fallecidos, sus partes acrecerían la del sobreviviente.

Si hubieran muerto los tres, la suma de los legados acrecería la parte del heredero.

Si muerto el heredero, también lo fueran sus sustitutos, su parte acrecería las de los legatarios.

Designaba albacea a la señora Esther Latour de Ruiz Haedo, esposa del contralmirante.

Las últimas cláusulas fueron escuchadas dentro de un ambiente enrarecido, enervante.

Más que la fecha de la institución, más que la fundamental transformación de la voluntad de la testadora, la inusitada condición establecida, que supeditaba el cumplimiento de las

disposiciones a la muerte de Gertrudis Ruiz Haedo, había paralizado el ánimo desprevenido de los presentes.

Pero la reacción no se hizo desear.

—¡Ese testamento es falso! —rugió una voz alterada.

Y Julio Zelada abandonó su asiento, avanzando hacia el estrado del juez con aire púgil y expresión concreta.

Escudero juntó las manos, en actitud suplicante.

—¡Julio..., por Dios...! —imploró, arrastrando las vocales. Y una silla—. ¡Ah...!, ¿cómo puede decir semejante cosa?

—¡Esa condición es estúpida! —gritaba el contralmirante.

—¡Esto es una lotería...! —se admiraba Salcedo.

—¡Se tiene que morir Gertrudis!

—... o no hay herencia —respondió una voz anónima.

—¡Es una incitación al crimen...!

—¿Que cómo puedo decir que es falso? —Zelada se congestionaba—. ¡Si la mataron el mismo día...!

—¡Calma, señores...! Todo ha de arreglarse. —Este era el juez letrado en lo civil, consciente de su carácter. Y del escándalo.

—¡Qué disparate!, ¡mi mujer albacea...!

Escudero tomó de la mesa el testamento que el actuario acababa de leer. Y lo examinó.

—¡Albricias..., albricias...! —exclamó, palmoteando alborozado—. ¡La firma es legítima...!

—¡Buenos días, señores! —Este era el actuario que prefería marcharse. Y hacía bien.

—¿Legítima...?!, ¡es medio millón que me roban! —Zelada se abalanzó sobre Escudero, arrancándole el testamento de la mano. Y un grito de la garganta.

—¡Cuidado..., lo va a romper...! ¡Ah..., qué hombre tan rudo...!

Enrique Ayala guardaba silencio, observando a su alrededor. Una sonrisa leve vagaba por sus labios apretados.

—¡Cien mil pesos al escribano...! —dijo alguien.

—¡Y cincuenta mil a cada testigo presente...!

—¡Antonio hereda todo...!

—Si no se muere antes...

—¡Quién le habrá sugerido semejante condición! —El contralmirante sacudía la cabeza. Y fijó su mirada en Escudero.

Aquello era un tumulto. Las protestas de Zelada habían provocado los juicios más diversos. Y los caballeros gritaban..., se apostrofaban..., se amenazaban....

Parecían concejales.

—¡Está escrito de su puño y letra...! —afirmaba el escribano, atacando un agudo.

El testamento ológrafo pasó de mano en mano.

—¡Es cierto...!

—¡Es cierto...!

—¡Es cierto...!

Y tuvimos que admitirlo.

Zelada parecía recobrar su calma habitual. A cambio del documento.

—¡Muy bien! —expresó, con acento de transigencia—. Pero exijo que sea examinado por un perito calígrafo.

—Es necesario evitar que esto trascienda... —sugirió Antonio Ruiz Haedo, hablando por primera vez. Sinuoso.

—Estoy de acuerdo —convino su primo—. Pero insisto en ello, porque considero imposible que María Urrutia redactara un testamento concebido en esos términos... —e indicando a Escudero—... sin la asistencia de un escribano.

—Opino lo mismo —apoyó Salcedo—. A pesar de que el nuevo testamento me favorece, no puedo menos de reconocer que ha sido otorgado en circunstancias demasiado sugestivas. —Y dirigiéndose al juez en lo civil—... Me refiero a la fecha...

—¡Ah, no...!, ¡usted está equivocado, Federico! —lo contradujo Escudero—. María Urrutia pudo muy bien alterar su testamento sin decirle nada a nadie. Usted especula con la casualidad...

Cristián Yarce no pudo más.

—¡Un momento, señor mío! —lo atajó—. ¿No dijo usted el viernes que era imposible que la señora Urrutia hiciera nada sin consultarlo? —Y en su mirada severa había un reflejo de sospecha.

Escudero pareció desconcertado. Pero se repuso.

—¡Oh...!, ¿yo dije eso?, ¡qué simpleza! No haga usted caso, capitán. —Y con acento que sonó a falso—... Sería por amor propio profesional...

—¡Un amor propio bien cotizado...! —subrayó Cheste, a media voz.

Zelada se volvió a Enrique Ayala.

—¿Qué le parece?, ¿no encuentra extraño este segundo testamento fechado el día del crimen?

El teniente de navío arrugó la frente, levantando el párpado izquierdo, habitualmente entornado.

—A mí lo que me parece raro es que María Urrutia me deje cincuenta mil pesos por el hecho de haber sido testigo de su primer testamento. —Y agitando su largo brazo derecho—... No creo que me haya visto más de cinco veces...

Quelño nos miró con ojos asombrados.

—Esta declaración tiene su importancia... —nos dijo, golpeándose un pulgar con los quevedos, que tenía en la otra mano—. Refuerza la posición de Zelada...

—¡Grave error..., joven marino! —protestó Escudero, estirando el cuello—. La simpatía puede arraigar en poco tiempo, y usted, Enrique, ¡tan serio..., tan formal...!

Antonio Ruiz Haedo murmuró algo entre dientes y levantó su cabeza redonda, mirando a Ayala de través.

Julio Zelada se acercó a nosotros.

—Yo creo, capitán —dijo, inclinándose hacia él—, que de este asunto pueden extraerse consecuencias interesantes. —Y casi en un murmullo, haciendo pantalla con su mano izquierda—. Hay un buen motivo para el crimen.

—Lo que yo digo... —Quelño habló en general— es cómo pudo la señora Urrutia redactar un testamento tan complejo sin poseer conocimientos jurídicos.

—¡Ah..., señor juez! —se quejó el notario, entrelazando las manos y llevándolas hacia adelante, con las palmas hacia afuera—. Usted prejuzga, ¡sí...!, prejuzga... —Y se acompañaba con un movimiento de busto—. Si me hubiera preguntado, yo hubiera tenido mucho gusto en decirle que en ocasión del primer testamento —señaló el protocolo que dormía sobre la mesa— María Urrutia me pidió prestado un ejemplar del Código Civil, y yo me permití obsequiárselo... De modo que ella bien podía saber...

Bernal Cheste se puso de pie y se adelantó hasta la mesa. Tomó el protocolo y lo examinó largamente. Luego tomó el sobre que guardaba el testamento ológrafo y se dirigió a Escudero.

—Dígame..., este sobre, ¿no lo habrá hecho imprimir la señora Urrutia sin consultarlo? —Y le señalaba el membrete.

—¡Ay... Qué loco! ¡Mire si iba a hacer eso... —Y dejó oír una risa falsa, como un cacareo.

—Usted no sabe de dónde pudo salir ese sobre, ¿verdad? —demandó Yarce, agresivo.

—¡Tanto como eso...!, quizá se lo di yo a mi cliente en otra ocasión.

—¡Esto es el colmo! —masculló Quelño en tono irritado. (*¡Farsante!*).

—El viernes no dijo usted lo mismo —insistió el prefecto, con sequedad.

—¡Esto es una picardía..., capitán!, ¡ustedes quieren confundirme...! ¿Qué interés puede tener el sobre? Además, cualquiera podría haberlo tomado de mi despacho...

Era la una de la tarde.

La protesta de Zelada quedaba planteada y las partes habían convenido someter el documento de marras al peritaje de la oficina técnica del SIC.

El juez en lo civil prometió a Quelño pasarle los antecedentes del caso, junto con el instrumento otorgado, para que él dispusiera lo que hubiere lucrar conforme a derecho.

Los presentes se retiraban.

El senador Ruiz Haedo salió en compañía de su hermano Pedro y del escribano Escudero. Ayala y Salcedo los precedían.

La mirada del capitán Yarce seguía, con extraña fijeza, los pasos de alguien que cojeaba ligeramente. Tenía una pierna más corta que la otra, y su botín izquierdo destacaba una gruesa suela niveladora.

Era el senador Antonio Ruiz Haedo, que caminaba apoyándose en un bastón.

Cuadro séptimo

El mismo día, a las 13:30 hs. En el Ameltax Club

A la salida del Juzgado, Julio Zelada había manifestado interés en hablar con nosotros, en vista de lo cual, fuimos a almorzar juntos al club.

Durante la comida no hubo otro tema que el de los dos testamentos. Julio Zelada se manifestaba indignado contra Rubén Escudero a quien llegó a acusar, si no de falsificación, por lo menos de haber influido poderosamente en el ánimo de la anciana, calificándola de heredípeta.

—A propósito, ¿Escudero no estuvo ese mismo día en casa de la difunta? —preguntó Quelño, atacando un succulento calamar de tenebroso aspecto.

—¡Claro que estuvo! —ratificó el prefecto—. Lo raro es que la anciana no le comunicara la existencia del testamento ológrafo.

—Yo sé por qué no se lo dijo —afirmó el médico, poniendo los cubiertos sobre el plato—. No se lo dijo porque ella tampoco lo sabía.

—Parece usted muy seguro de eso —señaló Yarce.

—¿Quiere decir que fue Escudero quien se lo impuso a ella? —indagó Quelño, castañeteando los dedos.

—En efecto —respondió Zelada—. Eso he querido sugerir. Y no digo más, porque parece ser que el testamento es de puño y letra de María Urrutia, que si no...

—Por lo visto no tiene usted mucha confianza en Escudero.

—No tengo ninguna —concretó el médico, sonriendo afablemente—. ¿Quiere más conejo?

—Bueno, si no le molesta demasiado... —Y tendió los brazos para recibir la fuente, colocada en una mesita de ruedas, al lado de Zelada.

Bernal Cheste había permanecido callado, entretenido en ver comer a Quelño, que no desmentía su fama de insigne gastrónomo.

Zelada se dirigió a mi primo.

—Y usted, doctor Cheste, ¿qué opina del nuevo testamento?, ¿no cree que es demasiado sugestivo?

Cheste pareció salir de su abstracción.

—No me lo pregunte a mí, que soy ignorante —replicó con modestia—. Eso es cosa de los cuatro evangelistas... —Y se tomó una copa de *sauterne* ante la mirada sorprendida del médico, que agitaba las manos y miraba en derredor como buscando testigos.

Mientras servían el café, Cristián Yarce comenzó a atascar su pipa.

—¿A cuánto asciende la fortuna dejada por María Urrutia? —preguntó, cuando hubo terminado.

—Se calcula en un millón de pesos, aproximadamente —repuso Zelada, echándose azúcar.

—Quiere decir que el medio millón que le correspondería a usted de acuerdo con el testamento solemne, se reparte en el ológrafo entre Antonio Ruiz Haedo, Escudero, Ayala y Salcedo, ¿no es así?

—Usted lo ha dicho. Antonio recibe ahora ochocientos mil...

—El senador Ruiz Haedo era el administrador de los bienes de la muerta, ¿verdad?

—Efectivamente.

—¿Sería esa la causa de que lo instituyera heredero?

—No, capitán. Eso forma parte de una pequeña historia. Y a continuación, Julio Zelada nos enteró de ciertos antecedentes de interés.

Antonio Ruiz Haedo había nacido pocos días después de la muerte del único hijo de su tío Vicente Ruiz Haedo y de María Urrutia de Ruiz Haedo, niño que falleció a los tres meses de edad.

Como la madre de Antonio era muy débil, su concuñada se había encargado de la crianza del pequeño. Y de ahí vino el profundo cariño que toda su vida le profesara.

Cuando Antonio fue un hombre, su madre de leche le confió la administración de su fortuna, haciéndolo su apoderado. Años después, lo instituyó su heredero.

—Y usted, ¿en mérito de qué fue designado coheredero?

Zelada era hijo de Celia Ruiz Haedo, hermana del marido de María Urrutia y del padre de Antonio. Cuando terminó su carrera de médico, tomó a su cargo la asistencia de su tía política, a la que debió operar en diferentes ocasiones.

Fue en reconocimiento a sus cuidados que María Urrutia, que carecía de parientes próximos, le dejaba la mitad de su patrimonio.

—Pero mi actitud hacia ella no varió jamás, ni la de ella hacia mí —recalcó el médico con voz súbitamente incisiva—. El mismo día del crimen estuve en su casa por la tarde y tengo la certidumbre moral de que su testamento no había sido modificado todavía.

—Pero Escudero fue por la mañana... —opuso Yarce.

Zelada frunció los labios en un gesto de duda.

—Eso dice él... —respondió al cabo.

—¿Hay algún nexo entre Escudero y Antonio Ruiz Haedo? —interrogó el juez Quelño, aspirando el humo de su habano.

—Desde luego que sí. —El médico se admiró de la pregunta del magistrado—. Escudero es el secretario privado de

Antonio, que, como usted sabrá, es el jefe civil del Partido Conformista.

—¿Y tiene mucha devoción por su jefe?

—¡Cómo no! Hay que tener en cuenta que todo se lo debe a él.

—¿Ah, sí?

—Sí; y eso también tiene su historia.

Rubén Escudero era hijo de un capataz de la estancia de los Ruiz Haedo. Cuando estuvo en edad escolar, Antonio lo llevó a la Capital, encargándose de su educación y alojándolo en su casa.

Años más tarde, cuando el joven Escudero obtuvo su título de escriba, su protector lo inició en política, haciéndolo su secretario.

—Gracias a eso y a su habilidad para la intriga, que lo hace muy peligroso aun para los primates del partido, Escudero es hoy, a los treinta años, una de las figuras más destacadas de la guardia joven del conformismo —explicó Zelada. Y en su tono advertí un dejo de reserva.

(¡A pesar de sus modales...!).

Wifredo Z. Quelño carraspeó con afectación. Y habló.

—¿Cómo se explican las palabras de Ayala acerca de su poco conocimiento con María Urrutia?

—¿Es cierto que no se vieron más que cuatro o cinco veces? —añadió el prefecto del SIC.

—Es exactísimo. Ayala me ha acompañado en algunas de mis visitas a la anciana y también sirvió de testigo en el testamento solemne. —Y haciendo un amplio gesto con las manos—... En eso consistía su amistad, si es que así puede llamarse.

—¿Y el doctor Salcedo?

—Federico Salcedo había sido uno de los discípulos preferidos del doctor Zelada, cuando este desempeñaba la

cátedra de Química Biológica en la Escuela de Medicina, de la Facultad de Ciencias Médicas. Al terminar sus estudios, Zelada lo había incorporado a su clínica, haciendo de él su brazo derecho. Cuando, hacía dos años, Julio Zelada fue a Estados Unidos en viaje de estudios, el doctor Salcedo quedó a cargo de su clientela.

—Y en esos diez meses que estuve ausente —nos hizo notar—, Salcedo visitó regularmente a María Urrutia, trabando con ella esa confianza particular, característica de las relaciones entre médico y paciente.

—¿Y podría eso justificar el legado?

—No en mi detrimento —se apresuró a subrayar nuestro espontáneo informante.

—Y otro argumento a mi favor —continuó— es la condición establecida.

—Parece como si la testadora quisiera evitar que Gertrudis llegara a disfrutar de sus bienes —comentó Yarce, rascándose la nuca.

—¡Y eso es absurdo...! —protestó el desheredado, con vehemencia—. María Urrutia jamás pudo pensar nada semejante; ella quería mucho a toda la familia. —Y moviendo la cabeza significativamente—. A pesar de que mi prima Gertrudis...

—¿Qué tiene su prima Gertrudis?

Zelada echó el busto hacia adelante, como si fuera a hacernos una gravísima confidencia.

—Es insoportable —dijo con voz apenas audible.

Nos habíamos instalado en uno de los saloncitos de conversación que daban a la calle Santa Fe.

—Por lo que puedo entender —comenzó Cheste, introduciendo los pulgares en las sisas de su chaleco—, el testamento ológrafo ha sido hecho en su exclusivo perjuicio, ¿no?

—No es lo único que se ha hecho en mi perjuicio.

Julio Zelada impresionaba como decidido a revelar algo que hasta entonces reservara.

—Quiero comunicarles un hecho extraño que sucedió hace más o menos un mes. —Y resbaló la frase, haciéndola insinuante.

Estaba sentado en medio de un sofá, con los brazos acodados sobre sus piernas, agitando las manos a medida que hablaba.

—Es algo que nunca les hubiera referido, de no mediar el segundo testamento. Pero esto me ha hecho pensar, y creo que aquello puede tener que ver, si no con el asesinato de María Urrutía, por lo menos con su última voluntad. —Y nos miraba alternativamente.

El médico se animaba con su propia charla, y toda su jovial locuacidad había reaparecido. Lo mismo que su mímica.

—Es el caso, estimados señores —dedicó una inclinación de cabeza a cada uno—, que en el viaje a Estados Unidos a que me referí durante la comida, tuve oportunidad de practicar un deporte que está allí muy en boga. Se trata del tiro al arco.

—Cosas del atavismo... —Las palabras de Bernal se elevaron en una columna de humo de su cigarrillo.

—Pues bien —Zelada miró a mi primo con aire indiferente—, a mi regreso traje varios de esos utensilios para mostrarlos a mis amigos, y entre ellos surgió la idea de constituir una especie de club para la práctica del juego.

—Usted sería el instructor, ¿verdad? —se interesó Quelño.

—Naturalmente, puesto que era el único que sabía. —Y estirando las cejas—. Como les iba diciendo, constituido el núcleo de aspirantes a tiradores, Antonio dispuso en el jardín de su casa un espacio para el ejercicio y mandó fabricar los blancos correspondientes.

—¿Y dónde está lo extraño? —se impacientaba Yarce.

—Un poco de calma, capitán —Zelada sonrió excusándose—. Una tarde del mes pasado nos reunimos, como de costum-

bre, para hacer un poco de práctica. Yo soy siempre el primero en tirar y lo hago para que los demás puedan apreciar la posición correcta del arquero. —Y poniéndose de pie—... Tomo el arco...

El médico recogió cuidadosamente sus dos mangas con los pulgares e índices de las manos opuestas, moviendo la cabeza a su compás. Se volvió al sofá, simulando tomar algo del mismo, luego se afirmó en ambos pies, adelantando la pierna izquierda, estiró el brazo izquierdo, llevó el derecho hacia atrás, cerró un ojo y agitó la cabeza como buscando puntería.

Y nos miró sonriente, solicitando nuestra opinión.

—Un poco más de soltura en el brazo tensor —observó Cheste, estudiándolo en conjunto—. Eso..., así está bien... —Y continuó fumando—... tiéndalo, y disparo. Mas..., hete aquí que recibo un golpe en el pecho—. Y abrió los brazos en actitud de sorpresa.

—¿Un golpe en el pecho? —inquirió el siempre curioso Quelño.

—Sí, señores —Zelada volvió a sentarse—. ¡Un golpe en el pecho! —Y se lo palmeaba con énfasis.

—¿Quiere usted explicarse...? —exigió el prefecto, un poco soliviantado por los ademanes del narrador.

—¡Había hecho centro...!

—¿Rebotó la flecha? —demandó Quelño, entre ingenuo y asombrado.

—No, señor. —El médico levantó su diestra a la altura de sus ojos—. La flecha fue..., y lo que vino... ¡Era una bala...!

Cheste nos envolvió en una mirada de suficiencia.

—¡Un verdadero caso de invulnerabilidad! —comentó con sarcasmo.

—¿Acaso no fue herido? —preguntó Yarce, en tono perentorio.

—No, capitán —sonrió afablemente—. No fui herido...

—El doctor Zelada suele veranear en la laguna Estigia —apuntó Cheste, dirigiéndose a nosotros. Irónico.

Wifredo Z. Quelño no dominaba su deseo de saber.

—¿Y de dónde salió la bala?

—La bala salió de una pistola —respondió el galeno, con aire de misterio—. Y esa pistola estaba colocada detrás del blanco.

—Pero..., ¿cómo puede ser?

—De acuerdo con lo declarado por Zelada, el blanco estaba situado delante de un seto; y la pistola fue fijada en un arbusto, apuntando al pecho del arquero. Justo detrás del centro del blanco había sido colocada una madera que jugaba sobre un eje dispuesto horizontalmente en la parte media de la dicha tablita. Un resorte elástico sostenía el borde de arriba de esta, manteniéndola en posición oblicua. Ahora bien, cuando una flecha pegaba en el centro del blanco, la parte de abajo de la madera cedía a su impulso y la de arriba tendía el resorte elástico. Al volver la tablilla a su posición primitiva, su parte superior golpeaba en la cola del disparador de la pistola, que había sido despojada de su arco de guardamonte. Y el disparo se producía.⁵

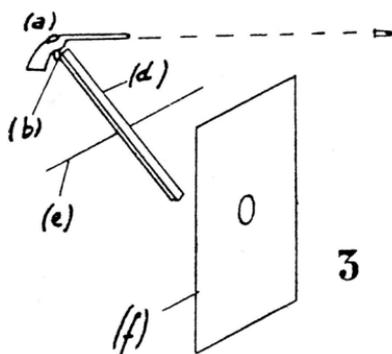
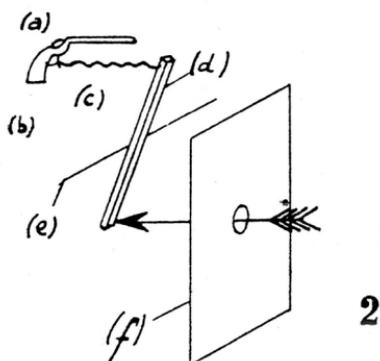
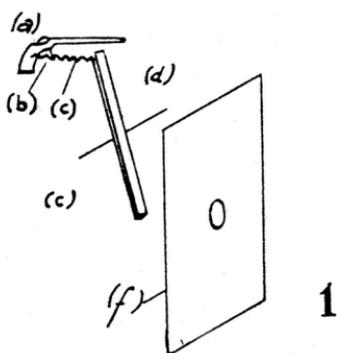
—¿Tiran invariablemente desde un lugar determinado? —indagó el capitán, dando muestras de gran interés.

—Naturalmente; hemos hecho una marca en el suelo.

—Pero nada indica que esa bala estuviera destinada a usted —reflexionó Quelño—. Cualquiera pudo hacer centro...

—Desde luego, pero la bala estaba destinada al primero que lo hiciera. Además, es bien conocida mi costumbre de tirar primero, y yo..., señor juez, siempre hago centro.

5 Ver esquema en página siguiente.



- (a) pistola
- (b) gatillo o cola de disparador
- (c) resorte
- (d) tablilla
- (e) eje
- (f) blanco

—Menos en los testamentos ológrafos —salvó Cheste, en son de chanza.

—Aún no ha sido dicha la última palabra a ese respecto —repuso el médico, levantando las manos tendidas, como deteniéndolo.

—¿Las flechas atraviesan el blanco? —demandó Quelño, buscando una explicación.

—Apenas lo suficiente como para pegar en la tablilla. —Y sonrió enigmáticamente.

—Dígame, amigo, ¿quiénes son los que se han empeñado en hacer el indio? —inquirió mi primo, en tono festivo.

—Pedro, Antonio, Pablo y Raquel Ruiz Haedo, por los locales —contó con los dedos y luego inclinó la cabeza llevándose la mano al pecho—. Por los visitantes, Federico Salcedo y el senador Haroldo Pinel.

—¿También conformista? —El juez Quelño se moría por hablar de política. Y preguntaba lo que de sobra sabía.

—También conformista. Y de los más conspicuos.

—¿Estaban todos presentes cuando el balazo incruentado? —insistió Bernal, encendiendo un Perahuí con la colilla del que tiraba.

—En todas sus partes —satisfizo el médico, en tono irónicamente rotundo.

—¿Y qué pasó? —lo asedió Quelño. Implacable.

—Pues que..., cuando mis compañeros se dieron cuenta de lo que ocurría, empezaron a buscar y hallaron la trampa que les he descrito. Después me llamó Antonio...

—Y le hizo prometer que usted no daría parte a las autoridades, ¿verdad? —Mi primo no olvidaba la frase del senador en el Juzgado en lo Civil. Zelada le dedicó una mirada expresiva. (*Creo que nos vamos conociendo...*).

—Efectivamente, y no tuve más remedio que acceder.

Máxime que él hizo hincapié en la circunstancia de que yo no estaba herido...

—¿De quién era la pistola? —preguntó Cheste.

—Cuando sacamos el cargador aún contenía cinco proyectiles...

—¿De quién era la pistola?

—Ya que se empeña... —Y miró a Cheste en la cara—. Era de Rubén Escudero.

—¡De Escudero...! —Queñño se hubiera mesado los cabellos. Pero cubrió con sus manos la reluciente calva—. ¿Y qué dijo él?

—Escudero llegó al jardín cuando los comentarios eran más animados y se encargó de interpretar un paso de comedia. Con ese modo que a ustedes no les habrá pasado inadvertido, se abandonó a su desesperación—. Poniéndose de pie, el médico parodió al escribano. —Se oprimía delicadamente los parietales, y no cesaba de lamentarse: “¡Ay, qué vida..., qué vida...!”.

—¿Nada más?

—Sí, cuando consideró que ya era bastante, se ofreció a investigar por su cuenta.

—¿Y averiguó algo?

—Preguntar eso es no conocerlo, capitán.

—Todo lo aclara usted —observó Bernal—, pero aún no nos ha dicho por qué no lo hirió la bala. ¿No le parece que ya es tiempo? —insinuó, jugando con la cadena del reloj.

Zelada esperaba, indudablemente, la pregunta.

—Ya le he dicho que cuando examinamos la pistola aún tenía cinco balas de acero, ¿no?

—No dijo que fueran de acero. —El semblante de mi primo se iluminó, como si hubiera adivinado la verdad.

(¿Será posible...?).

El médico metió la mano en un bolsillo de su chaleco, del que extrajo algo.

—Esta es la bala que disparó la pistola de Escudero. —Y abriendo su diestra, nos mostró una masa informe.

¡Era una bala de cera!

Cuadro octavo

Lunes 10 de enero de 1938, a las 17 hs. En el SIC

El examen caligráfico del testamento ológrafo de María Urrutia de Ruiz Haedo se había visto demorado, y las esperanzas que en esa diligencia pudieran abrigarse para avanzar en la encuesta criminal, fueron casi desvanecidas por el ulterior dictamen de la oficina respectiva.

Fue en la tarde del 10 de enero cuando el perito en Caligrafía, Fadrique Guillén, entró en el despacho del capitán Yarce, portador de su informe.

—¡Por fin ha terminado ese trabajo! —exclamó el prefecto, luego de contestar a su saludo e indicándole que tomara asiento.

—Ha sido bastante laborioso, capitán —replicó Guillén en tono reposado, sin que sus palabras pretendieran traducir una disculpa.

—¿Y qué conclusiones ha obtenido?

—En realidad, son un poco extrañas...

—¿Es falso el testamento?

—No. —La negativa careció de vigor—. Las diversas pericias realizadas revelan que los rasgos del testamento coinciden exactamente con distintas muestras de escritura de María Urrutia, que me han sido facilitadas.

—Pues para llegar a eso no era necesario tanto tiempo —rezongó el capitán, completamente defraudado—. Además, no encuentro nada que no sea normal...

—Lo anormal es el pulso alterado de la mano que escribió el testamento.

—¿Quiere usted decir que...?

—Sostengo que cuando María Urrutia redactó su segundo testamento, se encontraba presa de una gran excitación nerviosa —replicó el experto, con dignidad profesional.

Bernal Cheste intervino.

—Dígame, amigo, ¿podría hablarse de coacción... o de amenaza?

Guillén lo contempló con interés.

—Es muy difícil establecer la naturaleza de la impresión sufrida por la anciana al redactar el documento, aunque... —el perito movió la cabeza dubitativamente—... no sería descabellado suponer que estuviera asustada...

—Entonces se trata de un testamento forzado... —reflexionó el prefecto, visiblemente molesto.

—Quizá pudiera llamarse así, teniendo en cuenta los diversos factores concurrentes. —Guillén no las tenía todas consigo—. Pero no creo que sea fácil demostrarlo. No se anula un testamento ológrafo, reconocido auténtico, porque el experto en caligrafía añade a su dictamen un comentario sobre el pulso de la testadora.

—¿Pero usted no está seguro? —reclamó el capitán, exigente.

—¿Cómo podría estarlo? —Guillén no comprometía su responsabilidad técnica, mientras careciera de una constancia irrefutable.

Y abandonó el despacho.

—La cosa se complica... —enunció Yarce, con pesimismo—. Ahora estamos peor que antes. —Cheste fumaba con aire preocupado.

—Estoy pensando qué tendrá que ver la cabrita con el testamento —murmuró, mirando a través de la ventana.

—¿Y qué me cuentas de la bala de cera?

—Que no es la mejor manera de eliminar a una persona que molesta.

—Pero puede ser una amenaza...

—¿De qué...?

—Pues..., acerca del testamento...

—No me parece... —Bernal se repantigó en el sillón—. Esa bala de cera quiere decir otra cosa...

—¿Otra cosa...?

—Hay alguien que toma precauciones. Digo yo...

—Supongo que en esas precauciones incluirás el hecho de que el asesino haya marcado los dedos de Ayala en el mango de la cachiporra, para que sus huellas digitales quedaran impresas en él. —El prefecto se mostró burlón, fastidiado por la suficiencia con que mi primo se expresaba.

Durante la semana anterior, el comisario Castil había entrevistado a Enrique Ayala, hablándole acerca de la presencia de sus marcas digitales en la cachiporra de goma. El marino negó rotundamente haberla visto jamás.

—Así que nuestro Desconocido, además de pegarle un garrotazo, quiso complicarle la vida a Ayala, ¿no? —Chesté movió lentamente la cabeza de arriba a abajo—. Sin embargo, no me parece muy claro... —Se puso de pie y comenzó a pasear por el despacho—. No es posible pretender que los demás crean que alguien se pega un golpe en la cabeza..., y marcar sus huellas en el arma.

Cristián Yarce siguió por un momento las evoluciones de Chesté. Luego, retornó a sus papeles.

—Además —prosiguió Bernal—, tampoco es lógico suponer que el Desconocido obligue a su víctima a redactar un segundo testamento y que establezca como condición la muerte de Gertrudis Ruiz Haedo sin causa grave que lo determine.

El prefecto irguió la cabeza.

—La causa está bien clara —expresó en tono despectivo—. El Desconocido, como tú le llamas, quiere quedarse con toda la fortuna...

—Y pone esa condición para verse obligado a matar a Gertrudis, ¿verdad? —interrumpió mi primo, con sarcasmo—. ¡Todo un deportista del asesinato! —Y en actitud perpleja, hundió su mano izquierda entre los aladares prematuramente grises.

¿Qué ocultaría la condición...?

Acompañado por el comisario Castil, Wifredo Z. Quelño entró en el despacho con gallardo continente. Eufórico.

Antes de que el juez pudiera hablar y previendo su catarática verbosidad, el capitán Yarce se apresuró a informarle de las conclusiones obtenidas por Guillén.

—¡Magnífico! —se regocijó el magistrado—. Esto abre un nuevo camino a la investigación.

—¿Usted cree...? —Mi primo habló sin mirarlo.

—¡Naturalmente! —repuso Quelño, dilatando sus pequeños ojos—. ¿No comprende que hemos hallado el móvil del crimen?

—¡Nunca lo hubiera sospechado, señor juez! —pronunció Cheste con fingida emoción. Y se dejó caer en el sofá que tenía más cerca.

Quelño le dedicó una mirada de impaciencia.

(¡Hasta cuándo...!).

—El doctor Zelada me espera en los Tribunales —le explicó a Yarce, acercándose a la puerta—. Y creo que se va a alegrar cuando conozca el resultado del peritaje practicado.

—Me parece que tiene más por qué lamentarse —opinó el prefecto con voz opaca—. No se olvide de que la letra del documento ha sido declarada auténtica.

Prometiendo encontrarnos al día siguiente en el Ameltax, el juez de Instrucción se despidió de nosotros. La mirada de Castil le seguía...

—Yo creo que el juez es demasiado optimista —declaró el comisario, volviéndose de espaldas a la puerta.

—Esos estados se adquieren en la mesa —observó Bernal, con intención—. Y se conservan en jugos gástricos.

—Entonces, vámonos a merendar —decidió Yarce, en un raptó de humorismo.

Cuadro noveno

Martes 11 de enero, a las 19 hs. En el Ameltax Club

—¿Y qué le ha dicho a usted ese moderno sagitario? —preguntó Cheste al juez de Instrucción, que acababa de llegar.

Wifredo Z. Quelño acercó una butaca a la mesa, en que nos habíamos ubicado, y se sentó con gran despliegue de ademanes.

—El doctor Zelada, a quien presumo ha querido usted referirse —comenzó en tono solemne—, me entrevistó ayer tarde en mi despacho de los Tribunales, detalle que, por otra parte, obraba ya en su conocimiento. —Hizo una pausa cuando el mozo le sirvió su Kola doble—. Y contra lo previsto por el capitán Yarce, se mostró satisfecho por el resultado de la pericia caligráfica.

—Sin embargo, no les deja lugar a muchas esperanzas —musitó el prefecto, asido a los bordes de la mesa.

—También en eso está usted equivocado, Cristián —reconvino el juez—. Zelada es hombre de muchos recursos y...

—Más tendrá si hereda —comentó Cheste, catando su Chamberí. Y contemplando el vaso, distraído.

—Quiero decir que es un hombre sagaz —aclaró el magistrado, con acento terminante.

Cheste asintió con la cabeza, sin mirarlo. Y asintió burlesco. (*¡Lo que yo digo...!*).

—Y no solamente alienta esperanzas —continuó Quelño, en tono persuasivo—, sino que ha logrado que la otra parte acepte un juicio arbitral que decidirá sobre la validez del testamento.

—¿Un juicio arbitral? —La noticia sorprendió a Yarce—. No esperaba yo que fuera tan fácil...

—Y no lo ha sido —repuso Quelño, tratando de apresar una aceituna anárquica—. Esta tarde a primera hora, Zelada fue a verme y me lo refirió todo.

Wifredo Z. Quelño nos informó, a su vez, de las gestiones realizadas por Julio Zelada. Cuando el juez le comunicó el resultado de la pericia, el médico, sin ocultar su regocijo, había salido precipitadamente, manifestando que iba a verse con Antonio Ruiz Haedo.

Al parecer, los dos primos llegaron pronto a un acuerdo, y no faltaba otra cosa que obtener la aprobación de los tres legatarios.

En la mañana de aquel martes 11 de enero, Enrique Ayala y Federico Salcedo habían accedido a lo propuesto por Zelada, sin entrar siquiera a discutirlo.

—Esos dos caballeros parecen tener muy buena voluntad hacia Zelada... —comentó el capitán, con cierta desconfianza, mientras echaba hielo en su agua tónica.

—Desde luego, ya lo demostraron la mañana de la lectura —convino el magistrado, sin concederle importancia.

—Es muy edificante esa solidaridad... —apuntó Bernal—... teniendo en cuenta el precio a que la pagan...

En cambio, la actitud del escribano Rubén Escudero significó una decidida oposición a las pretensiones de Zelada. De ninguna manera admitía el notario el arbitraje, sosteniendo que, si el testamento ológrafo era legítimo, el recurrente no tenía derecho a nada, y que si el médico no lo consideraba así, debería dirigirse a los tribunales ordinarios.

—Ese Escudero defiende mucho su parte... —masculló el prefecto, espaciando las sílabas. Intencionado.

—Cualquiera en su lugar haría otro tanto —trató de justificar el juez.

—¿Usted preferiría el pleito? —inquirió Cheste maliciosamente.

—No, amigo mío, yo sé lo que son esas cosas y...

—¡Ah...! —sonrió mi primo—. Un abogado tiene por qué saber, ¿eh...?

Quelño se hizo el desentendido.

—Oponiéndose Escudero, ¿cómo lograron el acuerdo? —demandó el capitán, volviendo al tema.

—Porque Antonio Ruiz Haedo lo presionó para que aceptara el procedimiento —explicó el juez, pinchando un berberecho.

Julio Zelada había propuesto, para integrar el tribunal arbitral, al senador Augusto Lascano, jefe del Partido Renovista y la figura más destacada de la oposición.

—A pesar de su filiación política adversaria, el senador Lascano goza de la consideración y la amistad de los Ruiz Haedo —aclaró Quelño, que había notado la expresión de asombro del capitán Yarce—. Y a propósito del senador Lascano —dijo con viveza—, ¿no se ha sabido nada acerca de los autores del secuestro de su hija Olga? —Y agregó, como excusando su pregunta—: Nunca ha tenido oportunidad de conversar a fondo sobre el tema con mi colega de segundo turno, que entendió en el sumario.

—Desde la muerte de la niña no se ha progresado nada —replicó el prefecto, con gesto sombrío—. Casi podría decir que la renuncia de mi antecesor fue provocada por el fracaso de las investigaciones tendientes a esclarecer el suceso. —Y bajando la voz—: Todavía se trabaja en el asunto, pero...

—Sin embargo, él hizo todo lo posible dentro de sus atribuciones... —consideró el magistrado, quitándose los lentes—. Aunque se ha murmurado que su gestión se estrelló contra ciertas influencias políticas que, al parecer, tenían interés en que... —y no terminó la frase. Reticente.

A aquella hora el bar comenzaba a llenarse de socios, y el bullicio de los demás favorecía la reserva. Nadie reparaba en nuestra conversación.

El capitán Yarce y el juez Quelño se referían al sonado secuestro de Olga Lascano, desaparecida de su casa en la noche del 26 de abril de 1937. Como se recordará, no se tuvo noticias de la niña hasta una semana después, cuando apareció en una isla del Delta, enferma de fiebre tifoidea.

Uno de los detalles que más llamaron la atención fue que en ningún momento se exigiera rescate, y que fueran los mismos ignorados raptos quienes avisaron a la Prefectura del SIC el lugar en que se encontraba la pequeña.

En realidad, el secuestro fue considerado frustrado por la enfermedad de Olga; circunstancia que obligó a los secuestradores a desistir de sus planes. Con todo, la niña murió al poco tiempo, víctima de la dolencia contraída durante su cautiverio.

—Tengo entendido que el senador Lascano se alejó un tanto de la política a raíz de la muerte de su hija, ¿no es así? —Yarce se inclinó sobre la mesa, hablando quedamente.

—Eso se dijo en un principio —repuso Quelño en el mismo tono—. Pero no hace mucho que, a pedido de sus correligionarios, ha reasumido la jefatura civil de su partido.

—Con gran disgusto de los conformistas, ¿eh? —advirtió Cheste, rascando la etiqueta de una botella.

—Naturalmente —asintió Quelño, encendiendo un habano—. Pero no es posible abusar de las circunstancias. Bastante los favoreció el rapto de la niña...

—¿Qué...? —exclamó Yarce, sorprendido—. ¿Cómo es posible?

El juez lanzó una bocanada de humo antes de contestar.

—¿Que cómo es posible, pregunta usted? —se inclinó hacia el prefecto—. Pues, escúcheme. Augusto Lascano iba a impugnar el diploma de un senador electo por una provincia cuyana, de filiación conformista. Tenía una copiosa documentación sobre la irregular elección de la Legislatura y...

—¿Irregular...? —Mi primo enarcó las cejas—. Pues yo había llegado a suponer que el fraude electoral era una institución legalmente consagrada en este país —suspiró con resignación—. Nunca llegaré a comprender las sutiles diferencias que nuestros políticos han establecido en materia de adjetivos.

Wifredo Z. Quelño miró sonriendo a su interruptor.

—Eso se llama política dirigida, mi escéptico amigo —le aclaró, limpiando los cristales de sus quevedos.

—¿Dirigida?, ¡a pedal...! —fue la subversiva respuesta de Cheste.

El juez continuó, sin apartar su mirada de mi primo.

—Como decía, Augusto Lascano estaba prolijamente informado del origen espurio de la credencial de aquel senador electo, y el sector oficialista del Senado estaba alarmado. —Volviéndose a Yarce—. La sesión estaba fijada para el 27 de abril, pero como el secuestro ocurrió en la noche del 26, Lascano no asistió al Congreso, y el diploma pasó sin dificultad. —Y añadió en un susurro—: Ustedes recordarán que, en ciertos mentideros políticos, la responsabilidad del secuestro fue achacada a indeterminados dirigentes conformistas. —Y guiñó un ojo significativamente.

(No sé si me explico bien...).

—Pues yo no me detendría, llegado el caso, ante los mismos obstáculos que mi antecesor —declaró el capitán con

energía—. Ni Ruiz Haedo, ni Pinel, ni Salcedo, ni todo el conglomerado conformista que gobierna, tendrían fuerza bastante para impedir el castigo de un solo criminal. —Y golpeó violentamente en la mesa, tirando un vaso.

La voz de Cristián Yarce se había endurecido, y noté un principio de rigidez en sus facciones. Enérgicas como el granito.

—Bien, bien, bien... Muy loable ese concepto del deber, pero..., ¿no estábamos hablando de un arbitraje que decidiría sobre el testamento ológrafo de María Urrutia? —El tono indolente de Cheste retornó la conversación a su perdido carril.

Quelño se volvió lentamente hacia él.

—Todo parece estar ligado en este asunto. Y no es la política lo más ajeno al caso... —dijo con acento reflexivo—. Consideremos la constitución del tribunal arbitral: por un lado, Augusto Lascano, cabeza indiscutida del renovismo; y por otro, Haroldo Pinel, sobrino de Ruiz Haedo y su más probable sucesor en la jefatura del conformismo.

—¿Así que es Pinel el árbitro elegido por Ruiz Haedo y los legatarios del testamento ológrafo? —interpretó Yarce, con interés mal disimulado.

El juez asintió con la cabeza.

—No es difícil comprenderlo —manifestó, en tono condescendiente—. Antonio Ruiz Haedo, además de ser su tío, es su más íntimo amigo; Salcedo y Escudero son figuras principales del partido, y el teniente de navío Ayala es un hombre que siempre está de acuerdo con lo que le proponen.

—Consecuencias de la disciplina militar... —comentó Bernal, mirando a Yarce de reojo.

—¿Debe interpretarse que Zelada es renovista? —demandó el prefecto, arrugando el entrecejo.

—No —rectificó el magistrado—. A pesar de que no se mezcla en política, sigue la tradición conformista de su familia.

Y si ha elegido al senador Lascano, se debe a motivos puramente personales. Me consta que además de ser su médico, mantiene con él una estrecha amistad —terminó, orgulloso de la atención con que era escuchado.

(Wifredo Z. Quelño era así).

—Usted nos ha dicho quiénes son los árbitros nombrados por las partes —observó Yarce—, pero no a quién han elegido los nombrados; porque creo que ese es el procedimiento, ¿no?

El juez esperaba la pregunta. Y se regocijó con ella.

—Augusto Lascano y Haroldo Pinel han tenido el tacto de elegir como miembro presidente del tribunal a la persona más capacitada para desempeñar tan delicado puesto.

—El doctor Wifredo Z. Quelño —intuyó Cheste, con acento almibarado.

—Usted lo ha dicho, mi joven amigo —ratificó el magistrado, calándose los quevedos, aparatosamente—. Yo llenaré, en el seno de ese tribunal, la difícil tarea de postergar el laudo, hasta que no estén debidamente deslindadas las concomitancias que se presuman existentes entre el testamento ológrafo y el asesinato de María Urrutia de Ruiz Haedo. —Y apuró de un sorbo el contenido de su vaso.

Cuadro décimo

Lunes 17 de enero, a mediodía. En Torre de Agua

En el almuerzo del lunes 17, nuestro mayordomo Teudis tuvo oportunidad de ofrecer a Bernal el estudio de una probabilidad que él no había considerado.

Con aquella su característica primera persona del plural, que parecía autorizar su condición de secretario colectivo y factótum general, se dirigió a Cheste, tendiéndole un ejemplar de la edición meridiana de *Prensa Gráfica*.

—Suponemos que esto debe ser para nosotros, señor —dijo, señalando con su enguantada diestra la segunda columna de la tercera plana.

Mi primo lo interrogó con la mirada, teniendo la boca ocupada en otros menesteres.

(¿De qué se trata?)

—Es algo que nos parece interesante, señor. —E inclinándose ligeramente—... Si el señor nos permite, podríamos leerlo mientras los señores almuerzan.

Nuestras miradas se pusieron de acuerdo.

Y Teudis comenzó la lectura, con la castiza prosodia que adquiriera en Salamanca, en el viaje que realizó acompañando a Bernal.

“Señor director de *Prensa Gráfica*:

“He leído con gran interés las crónicas de su diario, referentes al último crimen, cuyo misterio aún no ha sido develado. Y he prestado preferente atención a las teorías formuladas por el

doctor Bernal Cheste acerca de los trapos hallados en un balcón de la casa de María Urrutia.

”Sin pretender establecer una posición en pugna con tan autorizada opinión, e inspirado por un deseo de colaboración con los dirigentes de la pesquisa, me permito sugerir una teoría que no ha sido contemplada. Al menos en forma pública.

”El juez Quelño y el doctor Cheste coinciden en la idea de que los trapos fueron usados por el asesino y luego abandonados por él. El primero sostiene que el criminal usó los trapos para disimular las huellas que un pie defectuoso, o su calzado, hubiera dejado. El segundo, sin definirse, opina entre otras cosas que el criminal es un hombre que no siente simpatía por alguien que tiene un pie defectuoso.

”Ignoro los fundamentos en que se ha basado el doctor Cheste para formular su hipótesis, que por mi parte estoy lejos de suponer definitiva.

”Para no distraer por más tiempo la atención del señor director, trataré de concretar mis impresiones.

”No existe ningún indicio que nos obligue a suponer que el asesino envolvió sus pies con los trapos abandonados en el balcón. Pudo muy bien usar otros para ocultar sus huellas y limpiar las ya dejadas, dejando en el balcón los objetos que, con ese propósito, podía llevar preparados. De esa manera, además de lograr el incógnito para sus pies, abandonaba al juicio de los investigadores una pista completamente falsa.

”Es por eso que considero que las conclusiones obtenidas por el doctor Cheste, que el criminal es un hombre, que mide probablemente más de 1,70 m, que vestía de azul y que no siente simpatía por alguien que tiene un pie defectuoso, pueden ser la consecuencia directa del estudio de indicios fraguados.

”Saludo al señor director con la mayor consideración,

”Un lector”.

A poco de comenzada la lectura, Cheste y Yarce hicieron patente su profundo interés. Cuando Teudis terminó de leer, observé en mi primo una actitud de intensa meditación.

Hubo un silencio prolongado. De expectativa.

Fue quebrado.

—Por lo visto —comenzó Cheste—, ese espontáneo colaborador sigue muy de cerca las alternativas de la pesquisa.

—¿Qué opinas de esa carta? —interrogó Yarce, abordando de lleno la cuestión.

—No deja de ser ingeniosa —respondió mi primo en tono indefinible.

—¿Ingeniosa...? ¡Es inobjetable! —definió el prefecto, tomando su café.

Bernal Cheste jugaba con la tapa del azucarero.

—Despacito por las piedras... —advirtió—. Solamente interesante... —Hizo una pausa breve—. Un lector, que insinúa lo que no dice, quiere hacernos creer que el Desconocido puede ser una mujer, que puede tener cualquier estatura, que viste de cualquier color, y a quien puede serle indiferente algún mortal que tiene un pie defectuoso.

—Y eso te molesta, ¿verdad? —desafió el capitán.

Cheste lo miró con piadosa indulgencia.

—¡Figúrate...! —respondió—. ¡Me desespera!

Traté de penetrar lo que velaba su ironía. En vano.

Bernal me miró, comprensivo.

—¿Quieres saber lo que pienso?

—¡Claro!

—En primer lugar, considero que, lo mismo que la de Un lector, merecerían ser estudiadas todas las insinuaciones que a costa de los trapos nos fueran sugeridas. Y como el número de estas puede ser tan extenso como permita la capacidad especulativa de la mente humana, pasaríamos el tiempo extrayendo conjeturas a porfía.

—De manera que no piensas tenerla en cuenta...

Cheste encendió un Perahuí.

—No —dijo con resolución—. Pero antes voy a rebatirla.

—¿Y cómo...?

—Desde luego, Un lector ha hecho un buen esfuerzo, un encomiable esfuerzo. Empero, se ha equivocado —manifestó con suficiencia.

—Veamos cómo lo demuestras... —provocó Yarce, apartando su silla de la mesa.

—Muy fácilmente —Cheste se puso cómodo—. Si, como dice Un lector, hubo dos juegos de trapos, tenemos tres posibilidades que considerar. Primera: que sea una mujer. Esta mujer comete el crimen, se envuelve los pies en unos trapos para no dejar huellas, con los mismos borra las dejadas a su entrada, y al irse, abandona otros trapos con huellas de calzado de hombre. ¿Qué pretende esta mujer?

—Hacer creer que el asesino es un hombre.

—Bien. Sin embargo, de no dejar los trapos, nada haría suponer que el asesino fuera una mujer. Es más: el hecho de que la víctima haya sido colgada en el aljibe, lleva insensiblemente a pensar en un criminal hombre. De manera que la precaución de esta mujer resultaría inútil, cuando no perjudicial. Siempre dejaría un rastro tras de sí.

—En eso estoy de acuerdo —admitió el prefecto—. Yo tampoco creo que sea una mujer. —Se inclinó a mi primo—. Pero creo que el asesino puede ser un hombre de pie defectuoso, que abandona un segundo juego de trapos para que creamos en la normalidad de sus pies.

—¿Ah, sí...? Ese es mi segundo punto —Cheste se volvió jovial—. A un hombre, en las condiciones que tú dices, le interesa sobre todas las cosas, ocultar sus pies para que no sean reconocidas sus huellas, ¿verdad?

Yarce afirmó con un gesto.

—Pues por eso se envolvería los pies con los trapos —continuó Bernal, desarrollando el segundo punto—. Pero de ninguna manera podría abandonar un segundo juego, tratando de sugerir la normalidad de sus pies, porque lo natural es que, si no existe nada en contrario, se suponga que un hombre tiene los pies normales. Sería suficiente ocultar sus huellas y llevarse los trapos. Aun hay más; ese deseo ilógico de demostrar pies normales, puede despertar sospechas sobre su normalidad. —Expiró una espesa bocanada de humo—. Y esto mismo puede aplicarse a la mujer, en su deseo de pasar por hombre. ¿Estamos?

Teudis había permanecido escuchando atentamente tras la puerta de cristales.

—¿A usted qué le parece? —le consultó Bernal, que apreciaba en mucho al viejo servidor.

—Si el señor nos permite... —se inclinó Teudis—. Damos por demostrado que el asesino difícilmente tenga un pie defectuoso, y por descartada la existencia de un segundo juego de trapos, para ese caso. Sin embargo, y con licencia del señor, opinamos que pudo ser un hombre de pies normales que dejó un segundo juego de trapos, impresos con una huella de calzado de distinta medida que el propio. Decimos nosotros...

Cheste sonrió aprobador.

—¡Muy bien, Teudis! Ese es, justamente, mi tercer punto. —Y prosiguió—: A un hombre de pies normales le interesa, simplemente, no dejar huellas; y para eso usaría los trapos, que debe llevarse. No tiene razón de ser el dejarlas, ni abandonar un segundo juego con huellas más grandes o más chicas que las propias. Hay infinidad de personas que calzan una misma medida; y tanto puede ser la que el asesino oculta, como la que pretende. Caben las dos posibilidades, y ni una ni otra quitan ni

añaden interés. —Se puso de pie, y realizó unas flexiones—. A pesar de esta brillante demostración —dijo sonriendo—, vuelvo a declarar que el asunto de los trapos no importa por lo que el asesino quiso hacer, o insinuar, sino porque constituye su primer error. Y ya es algo...

Mi primo se desplomó en el sillón cercano a la chimenea. Y cerró los ojos con expresión beatífica.

El capitán Yarce se le aproximó, tocándolo en un hombro. —Creo que tengo derecho a descansar... —gruñó Bernal. Yarce insistió.

—No sin antes contestarme una pregunta —le dijo.

—Sea —consintió mi primo, en un soplo.

—¿Por qué has dicho que el asesino no siente simpatía por un hombre que tiene un pie defectuoso?

Cheste habló sin abrir los ojos.

Como en sueños.

—¿Todavía eso...? —se quejó—. El asesino que usó los trapos tiene ambos pies completamente normales. Las manchas de betún y de alubián, confirmadas por Olmedo, son terminantes en su simetría. Si uno de los pies fuera defectuoso, la disposición de las manchas en la franela que lo envolvió, revelaría claramente su irregularidad. Hemos establecido que el criminal abandonó los trapos deliberadamente. ¿Para qué? Yo presumo que para insinuar que tiene un pie defectuoso, pretendiendo que por esa causa usó los trapos. Su error consistió en no reparar en que sus zapatos, recién lustrados, nos darían su verdadera huella, al manchar las franelas en la forma vista. —Hizo una pausa tan larga, que llegamos a temer que se hubiera dormido—. Y termino; si he dicho que el asesino no siente simpatía por alguien que tiene un pie defectuoso, es porque me parece clara su intención de achacarle, si no la responsabilidad, por lo menos...

—¿Hacerlo sospechoso...? —creyó interpretar Yarce.

—Ya amanece... —replicó Cheste, metafórico.

El prefecto no capitulaba.

—A pesar de todo, no puedes negar que el Desconocido pudo usar zapatos de distinto tamaño que los suyos, y en esa forma, tu presunción sobre su estatura se desvirtúa.

Cheste abrió los ojos, miró al capitán y los volvió a cerrar.

(No acabarás de entenderlo...).

Y se durmió.

ACTO SEGUNDO

Se rompe el cántaro de agua

Cuadro primero

Jueves 20 de enero, a las 21:15 hs. En Paraná 1280

Habíamos cenado en el Ameltax, en la terraza que da sobre la calle Cerrito. Aquella noche iríamos, acompañando a Quelño, a tratar con Rubén Escudero ciertos detalles referentes al testamento solemne de María Urrutia, asesinada hacía ya un mes.

Enseguida de comer, Cheste había subido al departamento que teníamos arrendado en el quinto piso.

Cristián Yarce y yo fumábamos apoyados en la balaustrada. Wifredo Z. Quelño limpiaba los cristales de sus quevedos, previamente empañados con su aliento. En el preciso instante en que yo miraba mi reloj, oímos llegar a Bernal.

—Las nueve y cuarto —contesté a una pregunta del capitán.

Mientras el juez se calaba los lentes, guardando su pañuelo, Cheste se acercó.

—¿Vamos...? —invitó mi primo.

—Cuando usted quiera —replicó Quelño, poniéndose de pie—. La cita es a las nueve y media...

—Entonces podríamos ir caminando despacio; no son más que seis cuabras... —propuso Cheste, al tiempo que espantaba una mosca—. ¿Qué sarcasmo llamar “domésticas” a estas fieras...! —murmuró, defendiéndose de una nueva acometida.

Descendimos al piso bajo, y al salir al vestíbulo, un botones vino a nuestro encuentro, distribuyendo los respectivos sombreros.

Los cuatro, en silencio, tomamos por Santa Fe hacia el oeste; y al llegar a Paraná, torcimos a la derecha. No pude reprimir un estremecimiento cuando, después de cruzar Arenales, pasamos frente al N° 1212 de Paraná. ¡La casa de María Urrutia...! A través de las cerradas persianas de los ya descritos balcones del piso bajo, parecían revivir los dramáticos episodios de la antevíspera de Nochebuena...

Setenta metros más al norte, nos detuvimos delante de la puerta señalada con el N° 1289. Era la entrada a las habitaciones que el escribano Rubén Escudero ocupaba en la casa del senador Antonio Ruiz Haedo. A la derecha de la puerta se abría una ventana baja. A la izquierda, otra más pequeña, de una sola hoja.

Wifredo Z. Quelño llamó con suavidad. Nadie acudió.

—Es extraño... —musitó, alzando el aldabón para insistir. Sonó lúgubre.

La luz se filtraba por las entornadas celosías de la ventana baja. Como en fuga.

—Llamemos por Juncal... —sugirió el prefecto.

Un criado de impecable librea nos recibió con profesional frialdad. Quelño dio a conocer los motivos de nuestra visita. Y pasamos a un amplio zaguán, que era también entrada para coches. A su término había una puerta con vitrales decorativos, y a mano derecha la puerta de acceso a la casa.

Entramos a un amplio *hall* extrañamente decorado. Por una escalera de madera encerada, que llevaba a las habitaciones superiores, descendía otro criado, altanero como un senescal. Y lo era.

—¡Méndez...! —llamó quien nos abriera—. Los señores están citados con el señor Escudero —le informó, cuando el maestresala se detuvo junto a él.

El llamado Méndez nos saludó con una reverencia inexpressiva, como su rostro.

—El señor Escudero está en sus habitaciones —dijo—. Los anunciaré...

—Sin embargo —observó Quelño—, hemos llamado por Paraná sin obtener respuesta.

—Es raro... —articuló el mayordomo, tomando nuestros sombreros y el bastón de Quelño, que pasó al mucamo—. Con todo, permítanme los señores que los conduzca.

Nos guio a través de un mal iluminado corredor y se detuvo ante una puerta cerrada, a la que llamó.

Yarce olfateaba el aire, como si su sensible pituitaria hubiera captado un olor particular.

La puerta era maciza, de roble pulidamente barnizado. En ella se destacaba el brillo metálico de un picaporte Schlage.⁶

El llamado de Méndez fue tan baldío como los de Quelño en el 1280 de Paraná. Por dos veces.

—No debe estar —expresó el juez, por decir algo.

Yarce puso la mano sobre el picaporte, que cedió a su presión. Y la entrada quedó franqueada.

—Esperaremos aquí —decidió.

Méndez lo miró hostilmente, con los párpados semicerrados.

Había algo en aquel hombre, en su figura o en sus gestos, que me recordaba otra personalidad. También enigmática.

El mayordomo de Antonio Ruiz Haedo era un hombre alto, delgado y nervudo. Moreno y de ojos grises, de mandíbula inferior prominente y aguda, era la personificación de la

⁶ La particularidad de esta clase de picaportes reside en que pueden cerrarse por dentro, oprimiendo un botoncito, dejando la puerta infranqueable, la que solo puede abrirse desde el interior, haciendo girar el pestillo, lo que hace saltar el resorte. Por la parte de afuera, es imprescindible el uso de la llave adecuada para soltar el cierre mecánico. Me detengo en esta explicación, al parecer imprecisa, porque aquel picaporte habría de cumplir un importante papel en el posterior desarrollo de los acontecimientos.

antipatía. Por otra parte, sus modales eran corteses y acordados. Su nariz larga parecía buscar la intersección con sus labios finos que movía apenas para hablar.

Pasaba larga la cuarentena.

¿A quién se parecía Méndez?

Bernal Cheste cruzó el umbral, seguido por nosotros. En cuanto entramos, comprendí por qué el capitán había olfateado el aire con tanta insistencia. Un suave pero inconfundible olor a gas llegaba hasta nosotros.

La habitación era amplia. Tres puertas, a la sazón cerradas, comunicaban con ella; dos eran de madera corrida, la tercera lucía un cristal esmerilado y, probablemente, daba a un cuarto de baño. Sentí una extraña aprensión al comprobar que el olor a gas venía de allí.

Mi primo se dirigió rápidamente a la puerta acristalada y la abrió. Una tufarada carbónica invadió la estancia. El prefecto, tirando a Cheste hacia atrás y protegiendo su rastro con un pañuelo, penetró en el cuarto de baño, que tal era, abriendo la ventana.

¿Por qué estarían encendidas todas las luces?

La entrada del aire consiguió despejar la atmósfera y, a poco, el lugar se volvió habitable.

Yarce reapareció con expresión preocupada. No precisé mirarlo dos veces para comprender lo sucedido.

—¡Muerto...! —respondió a una muda interrogación de Quelño.

Obedeciendo a una indicación del prefecto, Méndez, sin mostrarse impresionado, entró en la pieza y puso una rejilla de madera delante de la puerta.

El cuarto de baño era de regulares dimensiones, tendría dos metros de ancho por tres y medio de largo. La puerta se abría en el extremo derecho del rectángulo, frente a ella, la ventana abierta por Yarce nos mostraba un cielo semicubierto. A la derecha de

la puerta, un lavatorio verde nilo, con dos jabones secos en sus jaboneras. En la pared opuesta, una bañera del mismo color que el lavabo abarcaba todo su largo: en su cabecera, un calefón a gas. Frente al pie del baño, una pequeña puerta cerrada.

La bañera rebosaba de agua, que caía en el piso. Una canilla de agua fría, fijada en la pared, alimentaba con monótono chorro la bañera desbordada. El capitán cerró la canilla con brusquedad, como si el rumor del agua al caer le taladrara los oídos.

Dentro del baño, con la cabeza caída hacia atrás, yacía inerte el cuerpo de Rubén Escudero. La luz de la lámpara colgada del techo le daba oblicuamente en la cara, que tenía semi-sumergida en el agua. Su cuerpo desnudo se balanceaba suavemente con el movimiento de esta, hasta entonces batida por la que caía de la canilla.

La causa de aquella muerte me pareció evidente. El gas había hecho una nueva víctima entre los imprudentes...

El ambiente estaba purificado por completo, merced a la intervención de Yarce quien, al abrir la ventana, se había cuidado de cerrar la espita del calefón.

Al retirar mi vista del cadáver la posé sobre una salida de baño, que colgaba de una percha colocada en ángulo recto con el lavatorio. A la derecha de este, una toalla de baño pendiente de un toallero y sobre una repisa, debajo del espejo del lavatorio, se veían una brocha y una navaja de afeitar. Dentro de un vaso, un cepillo de dientes.

Cheste sumergió una mano en el agua de la bañera. Turbia.

—Está completamente fría —me dijo. Y agregó, tomándome de un brazo—: Haz el favor de acompañarme a la alcoba.

En el dormitorio, normal a la pared de la derecha, se extendía una elegante cama de nogal con veladores adosados a

ambos lados. A la derecha de la puerta de entrada, un ropero de tres cuerpos y a la izquierda de aquella, un perchero de pie. Delante de la cama, a sus pies, una mesa de tres patas, flanqueada por dos sillones arbitrariamente dispuestos. En el ángulo nordeste de la pieza, un amplio sofá-biblioteca y un mueble-bar formaban agradable contraste, resaltando la sencillez de líneas de una cómoda recostada en la pared norte. Un espejo estaba colgado sobre ella. Una araña de tres luces iluminaba el lugar. Varias prendas de vestir, sobre la cama y los sillones, completaron mi primera impresión de aquel dormitorio.

Bernal Cheste se dirigió al centro de la habitación. Sus vivaces ojos me parecieron más verdes que nunca, recorriéndola en toda su extensión.

—Quería observar... —murmuró, pensativo—. ¡Qué extraño es todo esto...!, ¿verdad?

Estaba de pie, con su brazo izquierdo cruzado sobre el pecho, acariciándose el labio inferior con la uña del pulgar de su mano derecha. Algo así como su postura favorita de reflexión.

—¿Qué es lo extraño? —pregunté.

—Esta muda preparada para después del baño —replicó, señalándome la que estaba sobre la cama. Y antes de que yo tuviera tiempo de comprender, se acercó al sillón más próximo a la mesa, inclinándose sobre él.

—Esta ropa..., ¿no te da la impresión de estar limpia?

—Efectivamente —convine—. Si estuviera doblada como la otra, será difícil determinar la usada.

—Es lo que yo pienso —terminó, con acento preocupado.

El capitán Yarce y Méndez entraron al dormitorio, desde el cuarto de baño. Seguidos por Quelño.

El prefecto se detuvo frente a la puerta que se abría al vestidor, y desde allí estudió detenidamente el aspecto de la estancia. Pronto se vio interesado por los movimientos de Bernal.

Mi primo caminaba inclinado hacia adelante, mirando fijamente el piso encerado, en el trayecto que seguimos desde la entrada hasta la puerta del baño. De regreso, se paró ante unos zuecos de baño, que examinó durante un rato. Estaban en el suelo, a la izquierda de la puerta que daba al pasillo, entrando.

El ruidoso taconeo incierto de alguien que se acercaba por el corredor, desvió nuestra línea de atención.

Méndez interpretó una mirada de Yarce, saliendo. En seguida reapareció anunciándonos al dueño de casa.

El senador Antonio Ruiz Haedo entró apoyándose en su bastón, con el particular balanceo a que lo obligaba su cojera. Sus ojos porcinos recorrieron lentamente las cuatro paredes. Y el piso.

—¿Es una desgracia...? —inquirió con su característico ceceo, que ya notara otra vez. Cuando la lectura...

El prefecto lo acompañó en una rápida inspección del cuarto de baño. Cuando regresaron, el abotagado rostro del senador se contraía en una mueca de preocupación.

—Es mejor que vayamos a la biblioteca, señores —nos dijo con voz ronca.

Antes de salir, Ruiz Haedo ordenó a su mayordomo que hiciera colocar el cadáver sobre la cama y que fuera puesto en condiciones para cuando llegaran los hombres de la funeraria.

Cheste pasó al lado de Méndez, hablándole disimuladamente. Después de disponer la limpieza del cuarto de baño, el senador abandonó el dormitorio acompañado por nosotros. Yarce se rezagó hablando con el mayordomo.

Wifredo Z. Quelño aparejó al senador, trabando conversación con él, precediéndonos. En el camino nos cruzamos con un muchacho rubio, delgado y de mediana altura, que caminaba no

muy seguro de sus pasos. Sus ojos azules brillaron jovialmente al dejarnos paso en el estrecho corredor.

El capitán se nos unió en la biblioteca, Ruiz Haedo tomó asiento delante de su viejo escritorio, mientras nosotros nos arrellanábamos en sendos sillones de cuero castaño y muelles fatigados, cuyos respaldos pasaban en mucho el nivel de nuestras cabezas.

El lugar distaba de ser agradable. Parecía como si en su ambiente flotara alguna amenaza indefinida. Nada lo demostraba, pero era imposible sustraerse a su influencia.

Ruiz Haedo, acodado en su bufete, descansando su cara entre las manos y con la mirada vagando inquisidora, ocupaba el primer plano de la escena.

—Como ustedes comprenderán, caballeros —comenzó, con voz áspera—, la muerte de Rubén es un rudo golpe para mí. Lo quería como a un hijo; además... era mi más valioso apoyo.

Una voz alegre llegó desde el corredor. Pasando de largo.

—“Cayó la flor al río...” —recitaba—. “Los temblorosos círculos concéntricos...”⁷ —Y se perdió en un rumor de pasos vacilantes hacia el interior de la casa.

—Es mi hijo Carlos... —explicó el senador, con expresión contrariada—. Nos cruzamos con él en el camino... —Y agregó, con disgusto—: ¡Siempre está borracho...!

Ya entonces empecé a aquilatar la pintoresca personalidad de Carlos Ruiz Haedo, a cuya alcohólica frivolidad habría de acostumbrarme. ¡Pero aquella su reacción ante el cadáver de Rubén Escudero, sumergido en la bañera...!

—Es una sensible pérdida... —prosiguió el senador—. Rubén era una figura de excepción en el partido...

⁷ Juan Zorrilla de San Martín, *Tabaré* (Libro primero, Canto II, primera estrofa).

Estoy seguro de haberme equivocado, pero me pareció que sus palabras de pesar eran dictadas por el temor. Un absurdo temor.

La puerta que se abría en la pared opuesta al corredor, cedió al empuje de alguien que entraba decidido.

—Buenas noches, Antonio —saludó con desgarro.

Al reparar en nosotros, el doctor Julio Zelada tuvo un gesto de sorpresa.

—¡Caramba, ustedes por aquí...! —dijo, echándose hacia atrás. Y dirigiéndose a Quelño—: ¿Cómo anda ese tribunal...?

—Bien, bien... —repuso el juez, sin mayor convicción—.

Es un asunto que va para largo...

Antonio Ruiz Haedo se sentía molesto.

—Hay mucho tiempo para hablar de eso... —dijo, como deseando evitar el tema—. Más que el testamento de María Urrutia, importa ahora la muerte de Rubén.

Zelada ni pestañeó. Seguramente ya lo sabía.

—¿Cómo ha podido ocurrir? —preguntó, frotándose las manos nerviosamente.

La respuesta del senador fue evasiva.

—¡Vamos allá...!

Regresamos al departamento de Escudero. El cuerpo del escribano yacía en la cama, cubierto con una sábana. Zelada lo descubrió, examinándolo. Entre tanto, Yarce y Quelño departían con Ruiz Haedo. Y Cheste fumaba.

—Ha muerto entre las nueve menos cuarto y las nueve y media, aproximadamente —dictaminó Zelada, con frialdad.

Se dirigió a su primo...

—Extenderé el certificado de defunción —ofreció—. Sin duda alguna, asfixia por óxido de carbono —diagnóstico Zelada, contemplándonos sucesivamente.

—Te lo agradeceré, Julio —manifestó el senador, con ansiosa entonación. Inexplicable.

Bernal Cheste hizo un gesto, cuya elocuencia no se me ocultó.

(¡Parece que hay apuro...!).

Zelada se despidió amablemente, prometiendo regresar más tarde. Ruiz Haedo se excusó y salió acompañando a su primo, cerrando la puerta tras de sí.

Cheste hizo jugar el resorte del Schlage y se dirigió resueltamente al cuarto de baño.

—Quisiera saber por qué está tan mojada —musitó, palpando la salida de baño colgada del perchero.

—Creo que puedo decírtelo... —expresó el capitán—. Méndez me ha dicho que Escudero se bañó a las seis.

—¿Que se bañó a las seis?! —se extrañó Bernal.

—Sí; eso es —confirmó el prefecto, mirándolo fijamente. Cheste se apoyó en el lavatorio.

—Dime lo que sepas —le pidió, interesado.

—Según Méndez —comenzó Yarse—, Escudero le dijo a las cinco de la tarde que le hiciera preparar el baño y una muda de ropa. El mismo mayordomo se encargó de hacerlo.

—¿Un baño tibio? —inquirió mi primo, arqueando las cejas.

—Exactamente —ratificó el otro—. Le pregunté si no habría olvidado cerrar el gas, pero Méndez fue terminante en su respuesta: está seguro de haberlo cerrado. También me dijo que vio entrar al escribano en estas sus habitaciones a las cinco y media, y que a las seis y diez lo encontró en el hall, bañado y afeitado.

A través de la ventana que daba a la calle Paraná, Cheste contemplaba el cielo que se nublaba amenazante.

—¡Sorprendente...! —silbó—. También afuera va a llover... —añadió con frase absurda.

Hacia rato que Wifredo Z. Quelño quería decir algo. Se dirigió a mi primo.

—¿Qué le dijo usted al mayordomo, cuando fuimos con Ruiz Haedo a la biblioteca?

Cheste lo contempló, sonriendo.

—Que dejara esa puerta abierta —respondió, señalando la que comunicaba el dormitorio con el corredor. Y sin darnos tiempo a nada, giró sobre sí mismo, quedando de frente al lavatorio.

—Los jabones están secos... —observó, como yo lo había hecho antes—. Sin embargo, el agua en que estaba sumergido Escudero era ligeramente jabonosa; y estos jabones hace más de tres horas que no se usan. —Luego miró en derredor—. Ya no queda nada que hacer aquí —dijo—. Volvamos al dormitorio.

Antes de salir dirigió una mirada a la toalla limpia que colgaba del toallero. Sacó uno de sus Perahuí, lo encendió y entró en el dormitorio, precedido por el humo que expelía.

—Parece imposible... —pensó en voz alta—. Sin embargo, es inevitable...

Fue al vestidor y abrió la puerta que estaba entornada.

Era una pieza pequeña. La ocupaban un tocador de gran espejo y una banqueta. Clavada en la puerta, por dentro, una percha. De ella descolgó otra salida de baño, que trajo consigo.

—Esto es lo que buscaba —expresó con satisfacción—. Observen que está completamente seca.

Era de tela afelpada. Salvo el color, igual a la que habíamos hallado mojada.

—Esto es muy raro... —comentó Yarce, tomando la prenda.

—Es extraordinario —aseguró Cheste, entregándosela.

Me acerqué a la ventana enrejada que se abría a la izquierda de la cabecera de la cama, en la pared sur. Daba a un jardín interior, en cuyo fondo había una pequeña construcción, rematada por un pararrayos. Altos cipreses hacían triste el conjunto. La lluvia empezó a caer. Torrencial.

Me volví a mis amigos.

—Todo es raro...

—Lúgubre...

—Tenebroso...

—Interesante, ¿eh?

—El gas... —murmuró Yarce—. La canilla abierta...

Llamaron a la puerta del corredor. Cheste fue a abrir. Y lo hizo con cuidado, tomando los bordes del picaporte con los dedos y haciéndolo girar.

—Perdonen que los haya hecho esperar —se apresuró a explicar el senador Ruiz Haedo, entrando—. Ustedes comprenderán...

—No hay de qué disculparse... —cumplimentó Cheste, con voz opaca.

—Muy amable de su parte —agradeció el senador, mirándolo receloso—. Ha llegado la gente de la funeraria —nos anunció.

A renglón seguido, unos hombres penetraron en la estancia. Y un ataúd salió llevando el cuerpo de Rubén Escudero. La capilla ardiente había sido instalada en la sala.

Volvimos a quedar solos en el dormitorio, que había recobrado su aspecto normal. Nos miramos en silencio.

¡Cómo aísla la duda...!

Los ojos de Cristián Yarce parecían hablar.

(El gas abierto... la canilla fría... ese pie izquierdo...).

Quelño lo interrogó.

—¿Qué lo preocupa? —Y lo miraba curiosamente.

—Hay algo... —moduló el capitán, golpeando su pipa sobre un cenicero de plata boliviana—. Según declaró Méndez, Escudero se bañó entre las cinco y media y las seis, por primera vez. ¿No es así? —Y sacó su tabaquera del bolsillo.

—Sí —convino el magistrado—. Pero, ¿qué tiene de particular? —objetó, con aire desorientado.

—Nada —repuso el militar, atascando su pipa—. Pero sospecho que esto no es un accidente.

Quelño frunció el entrecejo.

—¿Qué quiere decir?

—Que Rubén Escudero se ha suicidado —replicó Yarce, en tono convencido.

Cheste escuchaba sentado en el sofá-biblioteca. Pensativo, miró su reloj.

—Van a ser las once —dijo en un murmullo.

Un fuerte aldabonazo sonó en la puerta de calle. Alguien golpeaba en el 1280 de Paraná.

Cuadro segundo

La misma noche, a las 23 hs. El mismo escenario

Cristián Yarce levantó los brazos, pidiendo silencio. Y esperó con el oído alerta.

Un repique de aldabadas multiplicó la expectativa, poblando de agoreras resonancias el ámbito de aquellos aposentos.

El prefecto se decidió a obrar, dirigiéndose al pequeño vestíbulo. Abrió la puerta de calle, y percibimos una voz cascada que pronto fue cubierta por la fuerte y ruda del capitán.

Un leve portazo prologó el regreso de Yarce, que lo hizo acompañado de un caballero de tipo anacrónico.

El recién llegado tendría 1,72 m de estatura, era extremadamente delgado y su cabeza ovoide se mantenía siempre erguida sobre un alto cuello almidonado, que rodeaba una corbata negra de nudo caído. De cara huesuda, sus facciones parecían talladas en madera. Sus sienes hundidas flanqueaban la frente dilatada por una progresiva calvicie, que el laborioso peinado de sus cabellos blancos no conseguía disimular. Sobre su boca rasgada de expresión burlona, la desproporcionada nariz sostenía unos lentes armados en oro y sujetos a un botón de la chaqueta mediante un cordoncito de seda, detrás de cuyos cristales brillaba la mirada fría de sus ojos orientales. Vestía de luto riguroso, lo que acentuaba su ancianidad. Probablemente, no pasaría de los sesenta y dos años. Tenía aspecto de loco.

Wifredo Z. Quelño se precipitó a su encuentro, haciendo cortesías.

—¡Senador Lascano...! —saludó en tono adulator—. ¡Qué placer inesperado...!

Augusto Lascano no ocultó el asombro que le produjo nuestra presencia en las habitaciones del escribano. Y nos lo dijo sin rodeos, después de que el obsequioso Quelño se complugo en las presentaciones.

—Francamente, no esperaba encontrar a nadie... —murmuró, con cierta contrariedad—. Creí entender que la entrevista sería privada... —Y añadió con acento zalamero—: Aunque la compañía no puede ser más escogida... —Y se frotaba las manos, satisfecho del cumplido.

—¿Usted estaba citado con Escudero, senador? —inquirió el juez de Instrucción—. Porque a mí me rogó que viniera a las nueve y media... —Y en su tono había un dejo de fastidio.

Lascano no hizo esperar su respuesta.

—Yo quedé en venir a las nueve —replicó—. Pero no pudiendo hacerlo a esa hora hablé por teléfono a las nueve y diez para avisar que llegaría a las once. Por cierto que no hablé con él porque, según me informaron, se encontraba en el baño. —Y cambiando súbitamente de tono—: Pero..., ¿dónde está ese muchacho?

Wifredo Z. Quelño tomó a su cargo el ingrato cometido de explicar los detalles de la tragedia.

Yo observaba atentamente el rostro del hombre. Y advertí en él una contracción de músculos, que podía haberse interpretado como un gesto de apenada sorpresa.

—¡Así que ha muerto Escudero...! —murmureó al cabo, meneando la cabeza—. ¡Y yo que venía a hablar con él a propósito del arbitraje...!

El capitán Yarce se interesó por los puntos de vista del senador Lascano acerca del segundo testamento de María Urrutia.

—Aún no me he formado una opinión definitiva... —manifestó el interrogado, con frialdad—. Pero me inclino a suponer

que las objeciones de Zelada carecen de la fuerza necesaria para lograr un laudo favorable. —Y dirigiéndose a Quelño en particular—... Claro que la muerte de Escudero allana, en cierto modo, el camino del acuerdo, ¿verdad?

Luego de unos minutos de plática, el senador Lascano expresó su deseo de retirarse para hacer acto de presencia en la capilla ardiente.

—Yo lo acompañaré, senador —se ofreció Cheste—. Creo que ha sido instalada en la sala. —Y se acercó a la puerta del corredor, abriéndola con las mismas precauciones de hacía un rato—. Voy a hablar por teléfono —nos advirtió cuando salía. Y se alejó acompañando a Lascano, como si fuera el dueño de casa.

Y nosotros lo esperamos. Intrigados.

—Decía usted..., Cristián... —insinuó Quelño, refiriéndose a la conversación que mantenían cuando llegó Lascano.

El capitán se sentó en un sillón, poniéndolo frente a su interlocutor, instalado en el sofá-biblioteca.

—Entre otras cosas —comenzó—, Méndez me ha revelado algunos datos interesantes. Me ha dicho que a las nueve menos veinte vio pasar a Escudero rumbo a este departamento, acompañado por Raquel Ruiz Haedo. Parece que el escribano detuvo al mayordomo para decirle que, si lo necesitaban, o alguien reclamaba su presencia, le avisara en su dormitorio. A las nueve y diez, cuando el senador Lascano preguntó telefónicamente por el notario, Méndez vino aquí y llamó a la puerta del corredor. Como no recibiera respuesta, golpeó nuevamente, pero con más energía. Nadie contestó. Quiso entrar, pero la puerta estaba candada.

Cheste había regresado.

—¿Que quiso entrar...? —preguntó, buscando una confirmación—. ¿Y para qué? —No esperó respuesta—. Era lógico suponer que, si la puerta estaba cerrada con llave y nadie contestaba, Escudero habría salido, pese a la advertencia que hiciera a Méndez.

—Eso mismo pensé yo —concordó el prefecto—, y así se lo manifesté al mayordomo. Pero me aclaró que había oído el murmullo del agua al caer en el baño, de lo que indujo que Escudero se estaba bañando. Por eso quiso entrar, para comunicarle el llamado del senador Lascano, a través de la puerta acristalada.

Quelño no desperdició la oportunidad de intervenir.

El ruido del agua le habrá impedido oír los golpes dados por Méndez en la puerta del corredor...

Bernal lo miró significativamente.

(... *Si estaba vivo*).

El juez se volvió a Yarce.

—Lo que usted dice, Cristián, me interesa enormemente —reconoció con gravedad—. Haga el favor de proseguir.

Pasó un minuto.

Y Yarce habló con seguridad...

—Existen cuatro preguntas capitales que no tienen respuesta adecuada. —Levantándose, comenzó a pasear, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón—. Solo la hipótesis del suicidio las satisface claramente.

Cheste entornó los ojos. Incrédulo.

—¿Claramente...?

—Sí, claramente —recalcó el capitán. Y sin detenerse en la interrupción, prosiguió—: Son las siguientes: primera: ¿por qué se bañó Escudero, haciendo apenas tres horas que lo había hecho?

—Porque tendría calor... —opinó Quelño, chanceándose. El prefecto se inclinó hacia adelante.

—¿Ah, sí...? ¿Y por qué se bañó en el agua sucia?

Quelño eludió la respuesta, formulando otra pregunta.

—¿De dónde saca usted que Escudero se bañó en agua sucia? —Y agregó, con acento de triunfo—: El agua se ensució por haberse bañado en ella.

Yarce fue explícito.

—El agua de la bañera estaba jabonosa; y los jabones del lavatorio estaban secos. No habiendo otros jabones en el cuarto de baño, es indudable que el agua que nosotros vimos, fue la usada por Escudero en su primer baño.

Wifredo Z. Quelño no respondió. Y miró para otro lado.

—Esa es la segunda pregunta —aclaró el prefecto—. La tercera no es menos interesante. ¿Por qué abrió Escudero la canilla de agua fría del baño?

—Eso es una adivinanza —se desentendió el magistrado.

—Es elemental suponer —aseguró el capitán, enderezándose— que si la bañera no fue vaciada, estaría casi llena. Con el débil chorro de agua que caía de la canilla abierta, el baño se hubiera llenado completamente en un cuarto de hora, a lo sumo. A partir de ese tiempo, el agua debió rebasar y caer al suelo. Sin embargo, Escudero no cerró la canilla; ¿por qué no lo hizo? —Y meneando la cabeza, afirmó—: El gas no pudo hacer sentir sus efectos antes de ese plazo.

—Desde luego —aprobó Cheste—. Eso demuestra que Escudero no quiso cerrar la canilla... o que no pudo.

Yarce se preguntó a sí mismo:

—¿Por qué no quiso? —Y luego de una pausa, concluyó—: No quiso, porque a un suicida no le interesa ese detalle; ¡qué diablos...!

Mi primo enarboló una discrepancia.

—Poco a poco... —dijo, conteniendo al capitán—. Lo que tú dices no refleja exactamente la realidad.

—¿Por qué no? —se resistió el militar.

Bernal se sentó en el borde de la cama, cruzando las piernas.

—Por lo siguiente —dijo, con firmeza—. Cuando nosotros llegamos, el piso del cuarto de baño estaba mojado, es cierto; pero a simple vista se notaba que no hacía mucho que la

bañera se había desbordado. Si fuera como tú dices, debería de haberse inundado el cuarto de baño, pasado el agua al dormitorio. Sin embargo, no fue así; ¿por qué? Sencillamente, porque la bañera no estaba casi llena de agua sucia. Al contrario, apenas contendría una tercera parte del agua correspondiente al primer baño de Escudero; lo demás era agua limpia.

Se detuvo para encender un Perahuí. Y continuó:

—Lo comprueba el hecho de que el agua que nosotros vimos era poco jabonosa, no lo bastante como para suponer que alguien, enjabonado, se hubiera bañado en ella. Es probable que, cuando murió Escudero, al baño le faltara mucha agua para llegar a desbordarse. —Se encaró con Yarce—... Tú preguntas, ¿por qué Escudero abrió la canilla de agua fría?; y eso no tiene importancia. La pregunta es otra: ¿por qué vació solo dos terceras partes de la bañera? Un poco más y se hubiera sumergido en agua limpia. ¿No te parece que tengo razón?

La forma en que el prefecto continuó hablando fue una tácita aprobación de lo manifestado por mi primo.

—Si yo he preguntado por qué Escudero abrió la canilla del agua fría, es porque mi cuarta pregunta es la siguiente: ¿por qué abrió el calefón si habría de bañarse en agua fría?

—Comprenderás, Cristián —dijo Cheste, amablemente—, que esas dos preguntas son, en realidad, una sola.

—No lo veo —replicó el otro, contrariado.

—Es axiomático —subrayó Bernal, golpeándose una rodilla con la palma de la mano—. Si abrió la canilla de agua fría, ¿por qué abrió la espita del calefón?; si abrió la espita del calefón ¿por qué abrió la canilla de agua fría? Es la misma pregunta con dos enunciados. Digo yo...

Yarce agitó la cabeza, como si no lo dejaran hablar.

—Eso forma parte de la respuesta que doy a mi cuarta pregunta —arguyó con impaciencia.

Wifredo Z. Quelño se dirigió al prefecto en tono solidario.

—Me interesa conocerlo todo... —le dijo untuosamente—. Este asunto debemos resolverlo entre los dos. —Y miró de reojo a Cheste, quien torció la cabeza contemplándolo a ojos cegarritas.

El capitán pareció entonado por el apoyo judicial.

—Bien —dijo con arrogancia—. Entiendo que un baño higiénico debe ser caliente o tibio; uno refrescante, frío. Sabemos que Escudero se bañó a las cinco y media, que se cambió de ropa. Podemos suponer que ese fue un baño higiénico. Por consiguiente, el segundo lo sería refrescante. Lo apropiado hubiera sido una ducha, porque no es común un baño frío de inmersión. Además, no es razonable abrir la espita del gas para darse un baño frío, ni lo sería tampoco abrir la canilla de agua fría para tomar un baño caliente.

—Pudo haber abierto la canilla de agua caliente, cerrarla, y abrir la fría para entibiar el agua —objetó Quelño.

—Ciertamente, pudo haberlo hecho. Pero..., ¿cómo se apagó la llama del calefón sin cerrar la espita?

Un relámpago tembló afuera. Fugaz.

Y el trueno retumbó, alongando su fragor.

—Un hombre se encierra en el baño —continuó el prefecto, aspirando el humo de su pipa—. Abre el calefón, o mejor dicho, su espita, pero no lo enciende, lo que es inexplicable. Abre la canilla fría, que no se cuida de cerrar. Se sumerge en agua sucia, desalojando dos terceras partes de la bañera, nada más, y deja que un débil chorro caiga sin interrupción... —resumió—. No es posible: no puede ser un accidente. —Y terminó, con firme inflexión de voz—: No me cabe la menor duda: Rubén Escudero se eliminó voluntariamente.

Bernal Cheste se mostró escéptico.

—Me gustaría coincidir contigo —declaró sin mayor entusiasmo—. Pero antes necesito interrogar al mayordomo. —Y

mirando burlonamente a Quelño—... Yo confío en que ustedes dos puedan resolver este problema, pero me temo que resulte más complicado de lo que han supuesto.

Cristián Yarce se encaminó hacia la puerta del corredor.

—Comunicaré a Ruiz Haedo las conclusiones a que hemos arribado —manifestó—. Y de paso, haré venir a Méndez para...

—Para que pueda llegar a comprender —remató Quelño, lanzando a Cheste una mirada de suficiencia.

—Dijo un quídam —murmuró mi primo, reprimiendo un bostezo. Y se adelantó a abrir la puerta.

Acompañé al prefecto. En la biblioteca, Ruiz Haedo conversaba con el senador Lascano. Al divisarnos, se excusó con él y vino hacia nosotros.

—Quisiera hablar unas palabras con usted, a solas —le requirió Yarce.

Antonio Ruiz Haedo accedió a su pedido. Y escuchó las revelaciones de mi compañero. Cuando este terminó, por la cara del jefe conformista pasó una sombra de duda.

—Nunca lo hubiera sospechado. —Y a pesar de la expresión de su semblante, el tono de su voz contenía un acento de alivio—. Pero en realidad, no debiera sorprenderme. Rubén andaba preocupado últimamente.

—¿Podría interrogar al mayordomo? —La pregunta fue hecha de improviso.

—No tengo inconveniente. ¿Lo precisa ya? —inquirió con fingida solicitud.

—No inmediatamente. Si le parece bien, dentro de una hora —replicó el capitán—. Lo esperaremos en el departamento de Escudero. —Y agregó cortésmente—: Con su permiso, pensamos permanecer un par de horas en la casa.

—Lo que ustedes gusten —concedió el senador, emboscando en las palabras el disgusto que se advertía en su mirada.

(¡Acabarán por darse cuenta...!).

Nos separamos. Él volvió con Lascano y nosotros regresamos a las habitaciones del muerto.

Cheste y Quelño discutían.

Mi primo nos recibió, bostezando horrorosamente. Fue hasta la puerta y la cerró oprimiendo el botón del picaporte. Regresó al centro del dormitorio y se acostó tranquilamente en la cama que fuera de Escudero, ante la mirada extraviada del magistrado.

—¡Es el colmo! —masculló este, escandalizado—. ¿No tiene usted donde sentarse?

—Sí... —admitió Cheste con mansedumbre—. Pero lo que quiero ahora es acostarme...

Wifredo Z. Quelño se irguió, tribunicio, buscando entre sus latines la frase definitiva que lapidara al insolente.

Pero no la halló. Y hubiera sido vana.

Porque Bernal dormía plácidamente. Como un buen proyecto en las carpetas del Senado.

Era pasada la medianoche.

Cuadro tercero

Viernes 21 de enero, a la 1 de la mañana. El mismo escenario

Un tañido lejano nos trajo la hora. La una.
Cheste saltó de la cama. Dinámico.

—El sueño aclara las ideas —manifestó, desafiando la irritada mirada de Quelño—. Ahora trataré de efectuar algunas comprobaciones —anunció, flexionando los brazos—. Cristián, haz el favor: ve al cuarto de baño, cierra la puerta y llena la bañera hasta una tercera parte de su capacidad. Luego abres la canilla del agua fría y dejas caer un chorro de agua, tal como el que encontramos.

Yarce le miraba con desconfianza.

—¿Qué te propones? —inquirió, concretándola.

—Ya lo verás... —replicó mi primo, dirigiéndose hacia la puerta del corredor. La abrió, cuidando de no manosear el pestillo, y salió, cerrándola.

El agua caía en el baño. Sonoramente.

Bernal golpeó en la puerta del dormitorio. Y fue terminante cuando respondió a la pregunta de Cheste.

—Los golpes dados en la puerta se han oído claramente —le dijo. Y agregó—: Era imposible no oírlos.

Cheste atajó al capitán, cuando este salía del cuarto de baño para entrar al dormitorio.

—Desde el corredor, no se oye el murmullo del agua al caer —estableció, señalando a su espalda.

Wifredo Z. Quelño seguía aquel experimento con despectiva indiferencia.

—¿Y qué significa eso? —indagó, por cumplimiento.

—Significa que el mayordomo ha mentido —replicó el prefecto, sin ocultar su despecho.

Cheste no se apresuraba a condenarlo.

—O que la puerta del baño estaba abierta cuando Méndez vino a avisar a Escudero —adujo con aplomo—. Repitamos la experiencia dejando abierta la puerta del baño.

Volvió a salir al corredor. Y Yarce abrió nuevamente la canilla.

—Con esa puerta abierta, se oye perfectamente —expresó Cheste, cuando hubo entrado.

Echó una mirada a Quelño.

(¿Qué me cuentas de esto...?).

Luego se volvió a Yarce, con aire de reproche.

—¿No te parecería muy policial comprobar si existen impresiones digitales en los picaportes de las puertas? —preguntó con festiva entonación.

El juez de Instrucción se enderezó.

—Ya hace rato que me tiene intrigado con la protección que le brinda a ese pestillo. —Y señaló el de la puerta del corredor—. ¿Lo encuentra muy desamparado? —Y se rio, festejando su ocurrencia.

—No tanto como su cabeza... —replicó mi primo, contemplando la brillante calva del magistrado. Que se llamó a sosiego.

Cristián Yarce emitió un suspiro de condescendencia.

—No veo la necesidad... —dijo—. Pero si te parece...

Cheste afirmó con la cabeza.

—¿Qué picaportes quieres examinar? —inquirió el capitán.

El zigzag de una centella rasgó la bóveda negra del cielo.

Bernal se acercó a la puerta del corredor, que había candado al entrar.

—Exceptuando el del lado de afuera, y los del cuarto de baño, me interesan todos —manifestó—. Lo único que temo

es que, pese al cuidado que he puesto, y que tanto preocupa al hombre de la balanza... —Se dirigió a Quelño—: El hombre de la balanza es usted, señor juez... —Y otra vez a Yarce—... pueda haber borrado las impresiones que hubiera en este —terminó señalando el que fuera objeto de sus precauciones.

El capitán Yarce se inclinó sobre el picaporte indicado.

Puedes estar tranquilo, porque no es así —dijo, examinándolo—. Hay varias impresiones nítidas aquí...

Sacó de su bolsillo una cajita conteniendo un polvo blanco y fino que extendió sobre el pestillo.

—Carbonato de plomo —explicó. Sopló ligeramente y, con una lupa, estudió las impresiones desarrolladas.

Y repitió la operación en las demás puertas.

—En el vestidor no hay nada que hacer —expresó, meneando la cabeza—. Están muy manoseadas... Pero, en la puerta del corredor hay huellas distintas de las que pude hallar en ese pestillo—. Y señaló la puerta que daba al escritorio, que había abierto.

Miré a través de su vano. La pieza no era grande. Un escritorio americano, cerrado, se encontraba a la derecha, arrimado a la pared. Frente él, una biblioteca de medianas dimensiones. Un cortinaje separaba esta pieza del reducido vestíbulo.

Cheste revolvía rápidamente los cajones de la mesa de luz, desoyendo los reproches de Yarce.

Quelño se agitaba en su asiento. Nervioso.

—Y... ¿qué hay ahí?, ¿encontró algo? —preguntaba.

—Por aquí tiene que estar... —murmuró Cheste, dirigiéndose al ropero e inspeccionando su interior.

De pronto su rostro se iluminó. De una gaveta había extraído una libreta de enrolamiento, que entregó a Yarce, quien la abrió.

Estaba a nombre de Rubén Escudero.

El prefecto había interpretado. Seguido por Quelño, se dirigió a la puerta del escritorio y se inclinó sobre el picaporte.

—Saque la cabeza que no me deja ver... —le dijo al juez, apartándolo.

—¡Qué...!, ¿coinciden? —interrogó este.

—Evidentemente son iguales —afirmó Yarce, irguiéndose. Y volvió a examinar la impresión contenida en la libreta—. Ahora falta identificar las otras huellas encontradas.

Fue interrumpido por alguien que llamaba en la puerta del corredor. Dos golpes suaves. Como de mucamo.

Cheste avanzó hacia la puerta y, oprimiendo el botón, hizo saltar el resorte.

—¡Adelante...!

Méndez entró. Su rostro enjuto era más equívoco que antes. Y cada vez me lo parecería más... Hasta llegar a pensar en una máscara...

Cheste cerró la puerta y le señaló el sillón más alejado de la cama.

—Siéntese ahí, haga el favor —le indicó.

El mayordomo se adelantó sin dejar de mirar a Cheste, y se sentó en el borde del sillón indicado.

—El doctor Ruiz Haedo me ha ordenado ponerme a disposición del capitán Yarce —hizo notar Méndez, con voz lenta.

El prefecto paseaba pensativo.

—¿Hace mucho que sirve en la casa? —interrogó.

—Va a hacer diez años, señor —contestó con desdén. Cheste miró significativamente a Yarce. (¡Déjame a mí...!).

—¿Podría decirme si Escudero era hombre de costumbres metódicas? —preguntó mi primo, acariciándose la oreja izquierda, pequeña y bien modelada.

Méndez se mantuvo impassible.

—Sí, señor. Era tal vez exagerado en eso. —Y agregó, con levísimo acento de desprecio—: Demasiado exagerado...

Cheste se sentó frente a Méndez.

—Dígame, ¿cree usted que Escudero hubiera ido al baño, descalzo y cubierto con una salida mojada?; ¿o tal vez desnudo? El mayordomo fue conciso.

—No, señor. No lo creo así.

—¡Ah!, muy bien. Y, ¿le extrañaría que se hubiera bañado en agua sucia?

Méndez no se extrañaría nunca de nada. Pero, con todo...

—¿En agua sucia? ¡Hum...!; no era, precisamente, su costumbre.

Bernal se inclinó hacia adelante. Acercándose a su interlocutor.

—Dígame, amigo... ¿A qué hora se sirve la cena en esta casa? —preguntó con suavidad.

El maestresala alzó ligeramente las cejas. Y durante un momento, sus ojos calculadores se posaron en los de mi primo.

—A las ocho en punto, señor —repuso con frialdad.

—Es un poco temprano, ¿no le parece? —Se volvió a mí—... Es casi de día; ¡ni que fuera un sanatorio...!

(Hasta se muere la gente...).

—Ellos lo prefieren así, señor —replicó Méndez.

—¡Ajá! Y pregunto yo... —prosiguió mi primo— ¿Escudero cenó en la casa esta noche?

—Sí, señor.

—¿Hasta qué hora se prolongó la cena?

El mayordomo se mostró sagaz.

—El señor Escudero se retiró de la mesa a las nueve menos veinte —declaró.

—Por lo visto, usted se fija en todo, ¿eh?

—Son exigencias del oficio, señor.

—¿Acostumbraba Escudero a bañarse después de cenar?

—No, señor. Sufría de dispepsia nerviosa.

Cheste agitó la cabeza.

—¡Qué original..., un suicidio por apoplejía! ¿Verdad, Cristián? El nombrado prefirió no contestar.

De las ulteriores declaraciones de Méndez, concluimos que Escudero dejaba siempre sus zuecos de baño en el cuarto de vestir. Que la ropa interior que se quitaba la dejaba en la banqueta, de donde la recogía el mucamo. Y que no era habitual en él mudarse tres horas después de haberlo hecho.

Pese a la corrección con que se desempeñaba Méndez, había algo de furtivo, que me previno. Quizás el movimiento de sus manos... Tal vez sus ojos...

Yarce seguía con interés el cuestionario desarrollado por Bernal.

—Vamos a ver —continuaba este—, ¿Escudero llevaba consigo las llaves de las puertas?

—Sí, señor. Son esas que están sobre la mesa de luz de la derecha. —Y su diestra sarmentosa nos señaló un llavero.

Cheste fue por él.

—¿Es el único juego? —dijo tomándolo. Y se lo entregó al capitán.

—Sí, señor —respondió el impasible mayordomo.

—¿Está usted seguro? —insistió Quelño, acercándose a la mesita.

—Sí, señor juez. Completamente seguro.

El magistrado se agachó delante del velador y recogió algo del suelo. Debió parecerle importante porque puso en ello mucho cuidado. Sacó un sobre de su tarjetero y guardó en él lo recogido.

Cheste lo contempló sonriendo.

Según manifestó Méndez, ante consecutivas preguntas de Bernal, no existían otras llaves iguales a las del llavero de Escudero. Y a pesar de los consejos del senador Ruiz Haedo, que le había sugerido la confección de duplicadas por si las primeras llegaban a extraviarse, el escribano prefirió no hacerlo. También declaró que

Escudero tenía la costumbre de candar sus habitaciones cuando salía, llevándose las llaves. Había sido por esa causa que el cuarto de baño no fue limpiado después del primer baño de Escudero. Y añadió que en varias ocasiones había tenido necesidad de entrar en el departamento en ejercicio de sus funciones, encontrando siempre la puerta cerrada con llave. Es decir, con el resorte jugado.

El capitán paseaba por el cuarto, deteniéndose en cada puerta. Se dirigió a Méndez...

—¿Cuándo han limpiado los picaportes? —indagó, contagiado por fiebre interrogativa de Chesté.

—Esta tarde a las cinco, cuando preparé el baño del señor Escudero, les pasé una gamuza.

Yarce clavó en el mayordomo la mirada dura de sus ojos oscuros.

—Una última pregunta —le anunció—. ¿Qué servidumbre tiene el senador Ruiz Haedo?

El interpelado sostuvo imperturbable la mirada del prefecto del SIC.

—En la casa sirven: Carmen Barreta, la cocinera; Aurora García, mucama de adentro; Armando Soto, el mucamo que les abrió la puerta; y, además, una limpiadora y un chofer que tienen fijado un horario de servicios durante el día.

—¿A qué hora se retiran los dos últimos?

—Por lo general, a las ocho de la noche.

Wilredo Z. Quelño volvió a intervenir.

—¿Hace mucho que presta servicios esa gente? —inquirió.

—Sí, señor juez. El que menos, hace cuatro años que está en la casa. —Y con cierta acritud en el tono, agregó—: Excepción hecha del mucamo Soto, que ingresó a principios de agosto del año pasado.

—Tiene usted buena memoria... —observó el juez.

—Quizá, señor juez —el mayordomo sonrió imperceptiblemente—. Pero si recuerdo ese detalle con tanta claridad, es

porque Soto se presentó con un certificado de buena conducta extendido por el Sr. Roberto Aguilera.

Quelño se frotó las manos, satisfecho por la información.

—Ese señor Aguilera, ¿es el mismo que desapareció en un vuelo a los lagos? —se apresuró a preguntar.

—Sí, señor juez. Por eso se me ha grabado la fecha, porque Soto se presentó en esta casa a los quince días de haberse perdido el señor Aguilera —terminó Méndez, con acento insidioso. Que no trató de disimular.

—Muy bien. Puede usted retirarse —lo despidió el prefecto.

El mayordomo abandonó el aposento, con tiesura. Cerrando la puerta tras de sí, ajeno al cuidado con que la abriera Cheste.

La mirada de Quelño lo siguió hasta que hubo desaparecido.

—Sombrío —comentó.

—Nebuloso —abundó Yarce.

—Sí. Parece de humo —definió Cheste, contemplando el de su cigarrillo, que se elevaba en forma sinuosa.

Guardamos silencio. Nos mirábamos como provocando la palabra que todos temíamos.

Seguía lloviendo.

Meses más tarde habría de comprender la trágica coincidencia de las circunstancias. Escudero estaba muerto... ¡y llovía...!

Quelño fue el primero en hablar. Y lo hizo con gusto.

—Usted pregunta mucho..., pero no ve lo que tiene delante —le dijo a Cheste, con acento de sorna.

—¡En cambio usted...! —repuso este con indulgente ironía—. ¡Hasta recoge la masilla del suelo!, ¿verdad?

La sonrisa del juez hizo mutis por una comisura.

—¡Masilla...! —fingió sorprenderse.

—¡Sí, hombre...! —ratificó Bernal, con hastiada entonación—. Los trozos de masilla que recogió usted al pie del velador y que guardó celosamente en un sobre.

Quelño cambió de táctica.

—¡Ah...!, ¿se refiere usted a eso? —expresó con indiferencia—. Podría ser una pista interesante..

—¡Una pista...!, ¿y para qué? —terció Yarce.

—Pues..., para lo que resulte —titubeó el magistrado, no muy seguro del terreno que pisaba.

—No se lo figura usted bien... —vaticinó Cheste, dirigiéndose al juez—. Permítame ese sobre, haga el favor —le solicitó.

Wifredo Z. Quelño volvió a exhibir su sonrisa.

—Ya que dice haber visto la masilla, que debió interesarle, ¿por qué no la recogió usted? —demandó al tiempo que extraía el sobre de la cartera—. ¿O es que usted la descubrió cuando yo la guardaba? —insinuó con petulancia.

Mi primo tomó el sobre. Mirando al juez a los ojos.

—Dígame, ¿nunca se ha detenido a pensar por qué los cazadores dejan correr a los perros? —le preguntó con suavidad. Y luego de examinar los pedazos de masilla, los pasó a Yarce.

El prefecto los revolvió entre sus dedos, y al cabo los restituyó a Quelño.

—En realidad, no sé qué estamos haciendo aquí —musitó, meneando cabeza.

Cheste se acercó a él.

—Es necesario —le dijo— obtener dactilogramas de los habitantes de esta casa y de los que la frecuentan.

El capitán lo contempló fijamente. De hito en hito.

—Ya es hora de que expliques los motivos de tu conducta —le indicó—. No es posible continuar así...

Cheste buscaba el efecto teatral y no desperdició la coyuntura.

—Siempre ha sido hora... —observó—... desde que supe el asesinato de Rubén Escudero.

Una mano serena tabaleó en la puerta del corredor.

Y nuevamente, Cheste se encargó de abrir.

—¡Buenas noches, señores! —saludó el cortesano Teudis—. Por fin hemos llegado, pensarán los señores, pero es una noche imposible. —Y golpeando los tacones—... Rogamos a los señores que excusen nuestra demora —e inclinó la cabeza.

Wifredo Z. Quelño miraba sorprendido a nuestro mayordomo, que, abriendo el calado paraguas, fue a depositarlo en la bañera. Luego regresó a la alcoba y se mantuvo a respetuosa distancia.

—El señor dirá para qué nos ha hecho venir —le dijo a Cheste, conteniendo un estornudo y tratando de parecer grave.

Comenzamos a comprender.

—¿Fue para avisar a este hombre que habló usted por teléfono? —inquirió Quelño, señalándolo con la mirada.

—Se vuelve usted sutil, señor juez —replicó Cheste. Y golpeando a Teudis en la espalda, le preguntó—: ¿Trajo lo que le pedí?

—Sí, señor. Aquí está. —Y sacando de su bolsillo una pequeña cámara fotográfica, se la tendió.

—Muy bien... —aprobó Cheste, rehusándola—. Ya puede usted empezar.

Teudis preparó la cámara y su lámpara, sacando luego fotografías del pestillo que preocupara a Bernal. Después, y siempre dirigido por Cheste, se ocupó de imprimirlas desde distintos puntos del dormitorio y el cuarto de baño.

Cuando Teudis terminó su trabajo, mi primo limpió los picaportes con su pañuelo de seda blanca.

—Bueno, esto es asunto terminado —dijo. Y dedicando un guiño a Yarce, agregó—: Me refiero al picaporte...

El capitán pasó el índice de la mano derecha sobre su larga nariz bruscamente convexa. Perplejo.

—¿En qué te fundas para afirmar que Escudero fue asesinado? —le preguntó.

Cheste fue evasivo. Y frunció la boca y la frente en un gesto de “qué sé yo”.

—Te gustaría saberlo, ¿eh?

—Es que tengo derecho —alegó el otro. Incisivo.

—¿Ah, sí? Pues, no pienso decírtelo... por ahora.

—Nadie puede decir lo que no sabe —sentenció Quelño, poniéndose de pie—. ¿Qué les parece si vamos un rato a la biblioteca?, ¡debe haber mucha gente...! —propuso, cambiando de tono, con los ojos brillantes de curiosidad.

Cheste fue a cerrar las persianas de la ventana enrejada que se abría al jardín.

—¡Eh...!, ¿qué es esto? —exclamó, apartándose ágilmente.

Un objeto entró por la ventana, rozándole la cabeza. Y fue a caer casi a los pies de Yarce, que lo recogió.

Era un sobre arrugado. Con una piedra adentro.

—Alguien ha querido romperte la cabeza —díjole en tono de burla.

—¿Qué dice en ese sobre? —indagó Quelño, con ansiedad.

—¡Un momento...! —le contuvo Cheste—. Ese sobre es para mí. —Y se acercó a Yarce, tendiendo la mano.

Mi primo examinó el sobre estrujado que le entregara el capitán, extrajo de su interior un papel doblado en cuatro que desplegó.

—¡Caramba!, un poco violento el mensaje, pero no está mal. Aunque me parece que no era yo el destinatario...

Nos entregó el papel, que leímos con avidez. Tenía una sola palabra, escrita a máquina con mayúsculas espaciadas...

CRIMEN

Las seis letras danzaban ante mi vista fascinada. Parecían agrandarse hasta cubrir enteramente el papel. Lo desbordaban, esparciendo sus perfiles por la pieza. Gigantescas, llenaban el espacio con el eco mudo de su trazo. Todo desapareció ante mí. Solo veía la palabra... Terrible... Siniestra... Inexorable...

Cuadro cuarto

El mismo día, a las 3 hs. En Juncal 1502

Había escampado. Por indicación de Cheste, Teudis se encargó de ir a buscar el Hispano que había quedado estacionado en el subsuelo del Ameltax Club. Luego nos esperaría en la calle.

Y nosotros fuimos, una vez más, a la zona de la casa ocupada por la familia del senador Ruiz Haedo, con fachada a la calle Juncal y cuya puerta de entrada señalaba el número 1502.

Antonio Ruiz Haedo conversaba con Enrique Ayala en la puerta de la biblioteca. Al vernos pasar, el marino nos saludó cortésmente, mientras su párpado caído se levantaba en un gesto de extrañeza.

(¿Qué hacen estos aquí...?!).

¿A quién se parecía Ayala?

En el hall, ahora lleno de gente, experimenté la misma sensación de lo maligno que había captado cuando entramos por primera vez, conducidos por Soto.

El murmullo que trascendía de la sala llegó hasta mí como un eco triste, ahogado, agorero...

Como el rumor estigio...

Bernal Cheste me tocó en un hombro.

—¡Mira...! —susurró a mi oído.

Mis ojos siguieron la dirección que los suyos me marcaban.

Seis hachones encendidos marginaban el féretro en que yacía Rubén Escudero. Era la única luz en la sala. La oscilación

de las llamas salpicaba las paredes de sombras contorsionadas, animadas de mímica grotesca. Era una pesadilla macabra, una proyección atávica de danza fúnebre rodeando el túmulo.

Como un batir de alas...

El contralmirante Ruiz Haedo conversaba con el senador Lascano, que en aquel momento se despedía.

El doctor Federico Salcedo se acercaba acompañado por un hombre alto, de apuesta figura e impecablemente vestido. De fisonomía inteligente, la mirada de sus ojos acerados era como la sintética expresión de su carácter vigoroso. La sobriedad de sus movimientos parecía regida por un calculado estudio del ambiente que lo rodeaba. Daba la sensación de poseer un amplio dominio de sí mismo. Una sonrisa triste asomaba con frecuencia a sus labios descoloridos. Los abultados arcos superciliares afectaban canalizar en su nariz recta las imperceptibles arrugas de su frente despejada. Un mentón enérgicamente cuadrado remataba aquel rostro que reflejaba un espíritu ambicioso de poder. A los cuarenta y cinco años, tenía toda la prestancia de un galán afortunado.

Era un hombre de mundo.

—El senador Haroldo Pinel... —nos presentó Salcedo, deteniéndose ante nosotros.

Pasados que fueron los cumplidos de rigor, el sobrino de Antelio Ruiz Haedo entró con nosotros en amena conversación. Su voz cálida y rica en matices tenía la virtud de interesar, aun tratando los temas más áridos.

Sin embargo, había en él algo que chocaba. Como si estuviera siempre en guardia...

—Es inexplicable el suicidio de Rubén... —decía Pinel abordando aquel asunto—. Esta tarde hemos tenido aquí una reunión de todos los interesados en el testamento de María Urrutia, y él era, por cierto, el que más calor ponía en la conversación. Hasta llegó a

decir que su legado era para él una garantía de porvenir. —Y separando las manos, como queriendo recalcar el contraste—. Yo interpreté eso como una manifestación de su ansia de vivir...

Wifredo Z. Quelño limpió sus quevedos de carey antes de formular su pregunta. Como si más que oírla, quisiera ver la respuesta.

—¿Quiénes asistieron a esa reunión, senador? —inquirió con acento meloso.

Pinel no se extrañó por la interrupción de Quelño. Indudablemente había llegado a conocerlo en las varias conferencias sostenidas por los tres miembros del tribunal arbitral.

—Creo haber dicho que todos los interesados —repliqué—. Vale decir: Antonio Ruiz Haedo, Rubén Escudero, Enrique Ayala, Julio Zelada, el senador Lascano, Esther Latour y nosotros dos —terminó, abarcando en un ademán a Salcedo y a él.

—¡Esther Latour...! —se asombró Yarce.

—Sí, capitán —confirmó Salcedo—. ¿No recuerda usted que fue designada albacea del testamento ológrafo?

—En realidad, es muy extraño ese segundo testamento —comentó Pinel, meneando la cabeza—. Y no creo que pueda llegarse a ninguna solución ecuánime, mientras no esté esclarecido el asesinato de esa infortunada anciana.

—Sería monstruoso que semejante vandalismo hubiera sido inspirado por el interés —estableció Salcedo, con voz temblorosa de indignación.

¿Quién habría arrojado el sobre a través de la ventana enrejada?

Bernal Cheste se dirigió a Pinel.

—¿Cree usted imprescindible la solución del crimen para lograr un laudo justiciero? —le preguntó.

—El tribunal coincide unánimemente en ese punto —declaró Quelño, celoso de su calidad de presidente.

Haroldo Pinel hizo un gesto elocuente. Sonriendo a Cheste.

(Ya lo ve usted...).

Momentos más tarde, Salcedo y Pinel fueron requeridos por Pedro Ruiz Haedo, quien nos saludó con efusivo apretón de manos.

Cuando los tres se alejaban, el mucamo Soto se acercó con una bandeja en la que humeaban varias tazas de aromático café.

El magistrado fue el primero en servirse, con la satisfacción pintada en su semblante.

(¡Ya era tiempo...!).

Buscábamos ubicación para nuestros pocillos vacíos, cuando el solícito Zelada se apresuró a proporcionárnosla.

Con él llegó un joven moreno, de mediana talla. Excepto por el color de sus cabellos, era físicamente idéntico a Carlos Ruiz Haedo. Su misma frente despejada, ampliada por sendas entradas que ganaban terreno a sus cabellos ondulados. El mismo corte de cara, sumida y triangular; igual dibujo en la nariz aguileña, que hacía pares sus perfiles, y muy semejantes los tonos de sus voces.

Empero, eran fácilmente reconocibles. Ambos mellizos se distinguían, más que por el color de su cabello, por el contraste de sus expresiones. Pablo Ruiz Haedo era triste, Carlos, alegre; reservado el uno, expansivo el otro; el primero, reflexivo, el segundo, espontáneo. Carlos se entregaba a la bebida, y Pablo llevaba en su rostro las huellas que delatan el abuso de las drogas. Además, un tic desagradable contraía periódicamente su boca y su nariz, por las que incesantemente arrojaba el humo de los cigarrillos que fumaba con nerviosa continuidad. Con solo treinta años, Pablo impresionaba como de mucha más edad. Tenía cara de degenerado.

—Yo no creo que Rubén se haya matado —nos dijo Pablo, mirándonos de través—. ¡Nunca se hubiera atrevido...!

—¡Ajá!, ¿y qué es lo que usted supone? —indagó mi primo, elevando una ceja.

—Estoy seguro de que lo han asesinado —silabeó.

Zelada lo contempló, extrañado.

—¿Ah, sí? —exclamó, torciendo la cabeza en dirección a Pablo.

—¿Qué le hace a usted decir eso? —exigió el prefecto, en tono perentorio.

Pablo arrojó su cigarrillo al suelo, extinguiendo el fuego con su pie. Como si aplastara una alimaña.

—El testamento... —susurró—. Primero María Urrutia, luego Escudero... —Y se interrumpió bruscamente.

—¿Qué más? ¡Siga, hombre...! —lo instó Quelño, agitando las manos.

—Yo no sé nada —repuso Pablo, con acento receloso—. Ustedes deben buscar...

Y se alejó tirando de Zelada, que trató de justificarlo con un gesto.

(No hagan caso... Está excitado).

Méndez nos observaba desde lejos, como vigilándonos. Lo que aprovechó Cheste para llamarlo y pedirle nuestros sombreros.

Al notarlo, el contralmirante se aproximó a nosotros.

—¡Cómo!, ¿se retiran ya? —se interesó amablemente.

—Sí, contralmirante —replicó mi primo—. Lo sentimos mucho, pero ya son las cuatro de la mañana...

Pedro Ruiz Haedo se empeñó en acompañarnos hasta la puerta, donde nos despidió.

—¿A qué hora es el entierro? —preguntó Quelño, cuando le estrechaba la mano.

—A las cinco de la tarde, doctor. —Y agregó, mientras cerraba la puerta—: ¡Buenas noches, caballeros!

Teudis nos esperaba en el auto, detenido frente al 1502 de Juncal.

—¿Lo llevamos a su casa, Wifredo? —ofreció Cheste, poniendo el motor en marcha—. Su señora ya debe estar preocupada...

—¿A casa? —Quelño se mostró sorprendido—. Vea, Bernal, yo quisiera comer alguna cosita... Casualmente, conozco un restaurante en la calle Corrientes donde sirven una pavita fría que... ¡hay que ver, amigo...!

Cuando terminamos la oportuna colación propuesta por el juez de Instrucción, este recordó a Bernal el ofrecimiento de llevarlo hasta su casa.

—No es por mí, sabe... —decía con indiferencia—. Pero no quiero que mi señora se sienta intranquila...

Cheste le dirigió una mirada tolerante. Luego se volvió a Yarce.

—¿Cerraste bien las puertas del departamento de Escudero? —le preguntó.

—Estate tranquilo —respondió el capitán—. Tanto la del 1280 de Paraná, como la que da al corredor están candadas y las llaves en mi poder. También cerré las hojas de la ventana enrejada y me ocupé de apagar la luz.

Llevamos a Quelño hasta su casa, donde se despidió hasta la tarde.

—¿Me esperan a las tres?

—A las tres —confirmó Cheste.

Tomamos la avenida Alvear, camino de Torre de Agua.

—¿Qué supones de los trocitos de masilla? —inquirió el prefecto, dirigiéndose a Bernal.

Mi primo frenó violentamente, a tiempo para no embestir a un carro de riego.

Aquella madrugada soñé que seis figuras fantasmales, con una tea en la mano, llevaban en hombros una bañera a través de un bosque de cipreses... Canillas abiertas derramaban lluvia incesante, apagando los relámpagos que vomitaba un calefón. Dos zuecos de baño abrían la marcha, cojeando, hacia una tumba abierta en el viento, que silbaba en el follaje... crimen... crimen... crimen...

Cuadro quinto

El mismo día, a las 15 hs. En Torre de Agua

A aquella tarde del viernes 21 de enero, el capitán Yarce interpelló a Bernal Cheste. Y fue apremiante.

—Tienes que decirme en qué te fundas para afirmar que Escudero ha sido asesinado. —Y el énfasis de su acento pareció ahondar los rasgos acusados de su rostro.

Cheste volvió hacia él una cara de aspecto resignado.

—Me lo temía —confesó en tono fatalista. Se echó hacia atrás, reclinando la cabeza en el respaldo. Sacó su pitillera de jade, extrajo un Perahuí que embutió en una boquilla de marfil, se dispuso a fumar tranquilamente.

—Este tabaco blanco es excelente —dijo, exhalando una bocanada de humo—. ¿Qué decías, Cristián?... ¡Ah!, ya sé; quieres saber por qué afirmo que Escudero fue asesinado, ¿no? Sí, no hay duda, eso está claro. —Dio la impresión de estar en otra parte—. Le diré a Teudis que abra la ventana.

El mayordomo obedeció.

Cheste seguía fumando. Yarce lo pulverizaba con los ojos. El recién llegado Quelño sonreía. Y yo esperaba.

—Pues bien —comenzó perezosamente—, reclamo atención para mis palabras. —Todavía hizo una pausa—. Antes de que tú, Cristián, formularas tu teoría de suicidio, yo sabía, sabía, que Escudero había sido asesinado.

El prefecto hizo un movimiento de disgusto, agitando su pequeña cabeza.

—Lo que me mostró el camino cierto —prosiguió Bernal— fue la muda limpia que estaba sobre la cama. No era una evidencia, pero sí un punto de partida. ¿Cómo es posible que un hombre que piensa matarse, disponga una muda de ropa que nunca se ha de poner? Esto da la impresión de un deseo frustrado, ¿no es así?

—¿Quiere usted decir que Escudero pensaba ponerse esa ropa y que algo se lo impidió? —preguntó Quelño—. Pues bien, ahí tenemos un detalle favorable al accidente —terminó en tono de advertencia.

—Nada de eso; el accidente está completamente descartado. Si usted prestara atención a lo que oye, ya estaría al cabo de la calle. —Cheste se arregló el nudo de la corbata—. Lo que quiero decir es que Escudero no pudo pensar en ello porque no fue él quien dispuso la ropa sobre la cama.

El prefecto no lo veía claro.

—¿Y eso...?

—Es indudable —aseguró Cheste—. Si va a suicidarse, no se preocupa por la muda limpia y no la prepara; si es accidente, se preocupa y la prepara. —Se detuvo para sacudir la ceniza de su cigarrillo—. Demostrado que no puede ser accidente, quedaría lo primero: esto es, que no se preocupa por la muda y no la prepara. Sin embargo, la muda está sobre la cama. ¿Qué se concluye de esto?

No encontramos respuesta.

—Pues se concluye que la muda fue puesta sobre la cama por otra persona que no es Escudero. Y de ahí se va, como de la mano, a formular la hipótesis del asesinato. —Su rostro ambarino sobre fondo mate quedó envuelto por el humo gris de su cigarrillo. Aplastó este en un cenicero de lapislázuli y prosiguió hablando pausadamente—: El segundo punto que tomé en consideración fue la constancia de que un hombre de las

características de Escudero pudiera dirigirse al baño cubierto por una salida mojada, teniendo en el vestidor una seca. Y esto está corroborado por la declaración de Méndez, que no cree que Escudero se dirigiera al baño en esas condiciones, ni tampoco desnudo. Sin embargo, encontramos en el cuarto de baño una salida mojada siéndonos lícito presumir que no la llevó él.

—¿Quién, entonces?

—El mismo que puso la muda sobre la cama.

—Yo no sería tan rotundo.

—¡Pues yo lo soy! —declaró con arrogancia—. Y aún tenemos los zuecos —recordó, cambiando el tono—. En el cuarto de baño no iremos encontrando calzado de ninguna naturaleza. Eso parecería indicar que Escudero fue descalzo, pero esto tiene la misma respuesta que el punto de la salida mojada, y también es apoyada por la declaración de Méndez. —Miró cómo Quelño encendía su habano—. ¿Cuál es el calzado indicado para dirigirse al baño?

—Zapatillas o zuecos —respondió Yarce.

—Y quieren ustedes decirme, ¿qué hacían los zuecos al lado de la puerta del corredor? Comprenderán que es absurdo pretender que Escudero los llevara allí, en lugar de ponérselos para ir al baño.

—¿Insinúas que...?

—... los puso allí la misma persona que se entretuvo en poner la ropa sobre la cama, colgar la salida en el cuarto de baño, y... matar a Escudero —terminó Bernal, con indiscutible seriedad.

—Supongamos que es cierto. —Yarce aún tenía sus reservas—. Pero, ¿para qué diablos puso los zuecos en ese sitio?

—Preguntas más que lo que sé. Aunque puedo decirte que eso es más sugerente de lo que parece.

Wifredo Z. Quelño no se daba por satisfecho.

—¿Y con eso solo quiere usted demostrar que se trata de un crimen? —Y sus diminutos ojos castaños brillaron burlescamente.

—Con eso y con esto que añadiré: Escudero cenó anoche.

—¡Extraordinario!, y quizás escuchó radio, ¿no le parece?

—Usted lo ha dicho. Extraordinario en un hombre que se va a suicidar dentro de un baño de agua fría y que sufre de dispepsia nerviosa —repuso Bernal, envolviendo a Quelño en una mirada de protección.

—¿Y eso qué...? —desafió el prefecto—. Cabe la posibilidad de que la idea del suicidio lo asaltara después de cenar.

—Cabe, es cierto. Pero entonces no se hubiera metido en el agua. Es muy distinto morir por gas que de apoplejía. Además, en un sillón no solo evitaba el ataque, sino que hubiera estado mucho más cómodo. —Y añadió con aire concentrado—: ¡Hay que ver lo duras que son las bañeras...!

Yarce se quedó pensativo y observaba a Quelño, tratando de penetrar su pensamiento. Pero en vano.

Porque Quelño no pensaba en nada.

—Realmente, no veo qué necesidad puede tener un suicida de desnudarse para consumir su propósito —reflexionó Cheste—. ¿Y tú, Cristián?

—¿Yo qué...?

—Digo si tú ves esa necesidad. O la de meterse en el baño.

—¡No...! —fue la seca respuesta del militar.

Cheste se volvió a Quelño.

—Y ahora, mi querido Wifredo, quiero que me conteste unas preguntas que, de no haber crimen, le resultarán fáciles. Creo yo...

—Pues ya puede empezar —repuso el juez, aprestándose a considerarlas.

—Bien. Si cuando Méndez fue a avisar a Escudero, este estaba en el baño y la puerta del corredor cerrada con resorte, ¿cómo nosotros la encontramos abierta? No creerá usted que la abrió Escudero, ¿verdad?, porque en ese caso se exponía a que Méndez, cuyo llamado debió oír, conforme al experimento hecho por nosotros, volviera y frustrara sus propósitos suicidas. Además, tuvo que ir descalzo; el piso del cuarto de baño estaba húmedo de su primer baño y no había huellas de pisadas en el parquet, que yo me cuidé de examinar.

—Eso no es argumento, porque Escudero pudo secarse los pies antes de pasar al dormitorio.

—¡Magnífica precaución en un inminente suicida! Probablemente se le hiciera penoso mojar el piso encerado, ¿verdad? —dijo con sorna—. Y aun dándolo por probable, ¿con qué se los secó?

—Con la toalla.

Bernal Cheste permaneció silencioso. Y movía la cabeza, como si esa posibilidad no se le hubiera ocurrido.

—Bueno, bueno... —expresó Quelño con suficiencia—. Así que usted no pensó que una toalla es lo más indicado para secarse, ¿eh?

—Tiene usted razón. No se me ocurrió pensar en eso —admitió Cheste, en tono zumbón—. Pero ahora que usted lo dice...

—Así me gusta... —Quelño sonrió complacido—. Celebro que reconozca lealmente su ligereza—. Y agregé en tono campanudo—: Aunque debe agradecer a mi despierto criterio...

—Su despierto criterio me crea una dificultad —lo interrumpió Cheste, con divertido reproche.

—¿Cuál...? —indagó Quelño con indiferencia.

—¿Quién lavó y planchó la toalla que pendía del toallero? Porque debe usted recordar que la encontramos intacta. Y como era la única...

—Estaba la salida de baño... —alegó el juez, perdiendo la confianza en su despierto criterio.

—Más mojada que los pies de Escudero, de modo que mal podría secarlos en ella —puntualizó Cheste, rematando la frase con irónica dulzura.

Hubo un silencio.

Yarce lo quebró, dirigiéndose a Cheste.

—¿Por qué hiciste que Teudis fotografiara el picaporte interior de la puerta del corredor?

—Creí que lo sabías —dijo con desgano—. Lo hice por la sencilla razón de que Méndez pasó una gamuza por todos los picaportes del departamento cuando preparó el primer baño del escribano, y porque, según declaró el mismo Méndez, nadie entraba allí en ausencia de Escudero, ya que este tenía la costumbre de candar las puertas, llevándose las llaves.

—¿Quieres decir que ese picaporte tenía las huellas del asesino? —inquirió Yarce, visiblemente agitado.

—Si no las del asesino, son las de alguien que estuvo en el dormitorio de la víctima después de que Méndez llamó a la puerta y antes de que nosotros llegáramos. —Y en otro tono—... Además de las que tiene que haber dejado Escudero cuando abandonó el departamento después de su primer baño, entre cinco y media y seis de la tarde. Recuerda que cuando tú examinaste ese pestillo con la lupa, dijiste que había en él impresiones distintas de las de los demás y que cuando te di la libreta de enrolamiento de Escudero, el dactilograma en ella contenido lo consideraste igual a las huellas observadas en los diferentes picaportes, haciendo la reflexión explícita de que faltaba saber a quién pertenecían las estudiadas en el primero.

Indiscutiblemente, la exposición de Cheste resultaba clara a pesar de su aparente complejidad. Y el mismo Quelño debió reconocer lo atinado de la actitud de Cheste al usar tantas

precauciones con el ya famoso picaporte interior de la no menos mentada puerta del corredor.

El capitán Yarce rompió su última lanza en pro de la hipótesis del suicidio.

—Si Escudero fue asesinado, como tú supones...

—Como es la verdad...

—¿Cómo se las arregló el criminal para matarlo? —inquirió Yarce, mirando a mi primo de soslayo.

—No pretenderás convencerme de que el asesino abrió la espita del gas, se marchó, y Escudero aguardó dócilmente a que llegara la muerte. O que el criminal esperó a que el escribano estuviera muerto, porque, en ese caso, también habríamos encontrado su cadáver. ¿No te parece, Bernal?

—Muy atinada la objeción —reconoció Cheste, atusándose el bigote—. Pero trata por un momento de ponerte en lugar del criminal: ¿cómo hubieras procedido?

—¿Buscando, también, dar al crimen la apariencia de un suicidio?

—Desde luego.

—Pues hubiera tratado de inmovilizar a Escudero en alguna forma, dándole un puñetazo, un golpe en la cabeza o narcotizándolo.

—¿Y no crees que también eso se le pudo ocurrir al asesino? —dijo Cheste, con acento persuasivo.

—Sí, muy bien; pero..., ¿quién es capaz de demostrarlo?

—El adiposo doctor Xiquena.

Cristián Yarce se volvió al juez de Instrucción.

—Ya lo ha oído usted, Wifredo —le dijo en tono de consulta—. ¿Qué le parece una orden de autopsia?

Wifredo Z. Quelño reasumió toda su importancia.

—Yo no tengo inconveniente... —manifestó, haciendo sentir su condescendencia—. Pero..., si se trata de un crimen,

¿cómo se explican los errores cometidos por el criminal que, pretendiendo dar la sensación de un suicidio, permitió con ellos que se llegara a establecer el asesinato?

—¿Qué errores? —preguntó Cristián.

—Poner la salida mojada en lugar de la seca; dejar los zuecos al lado de la puerta del corredor, en vez de ponerlos en el cuarto de baño; sacar una muda limpia y dejarla sobre la cama; abrir la canilla del agua fría en vez de la caliente; sumergir el cuerpo de su víctima en agua sucia y lo que es el colmo, ¡dejar sus impresiones digitales en el pestillo!

—Ha puesto usted el dedo en la llaga —afirmó Cheste en tono velado—. Pero no sé por qué tengo la sospecha de que esos errores... —hizo una pausa, agitando la cabeza—, son más bien habilidades emboscadas.

—Aún tengo una dificultad —previno Yarce—. Si fue el asesino el que cerró la puerta y caminó por el cuarto de baño, cuyo piso estaba húmedo, ¿cómo no dejó huellas de sus pisadas en el parquet?

—Esperaba eso, y aunque no tengo una respuesta terminante, pienso en lo que hubiera hecho yo en caso de ser el criminal —solventó Cheste, con aire desenvuelto.

—¿Y qué hubiera hecho el sagaz doctor Cheste? —preguntó Quelño, picado por la facundia replicante de mi primo.

—Pues me habría descalzado para andar por el cuarto de baño, y al pasar al dormitorio, me hubiese puesto los zapatos —fue la sencilla explicación de Bernal. —Y de esa manera, no hubiera dejado huellas de humedad en el piso encerado.

El prefecto reflexionaba.

—Queda por explicar el mensaje que arrojaron a través de la ventana —dijo por fin, con la mirada perdida en el vacío.

Cheste lo observó largamente.

—Creo que estaba bien claro..., ¿no?

—¡Lástima no saber quién lo tiró! —se lamentó Quelño.

—Yo sé quién arrojó la piedra... —aseguró Cheste, abandonando su asiento y estirando las piernas—, aunque no le vi la mano...

—¿Quién fue? —demandó Quelño, ansioso.

—Esperemos que no sea el asesino —respondió Cheste, sonriendo mefistofélicamente.

Cuadro sexto

El mismo día, a las 18:30 hs. En Paraná 1280

Cristián Yarce había resuelto hacer una visita al departamento que fuera de Rubén Escudero. Con ese objeto y para evitar comentarios entre la concurrencia que a aquella hora debería llenar la casa del senador Ruiz Haedo, el prefecto del SIC había telefonado al dueño de casa previniéndole nuestra entrada por la puerta de Paraná.

Cuando llegamos, el capitán extrajo el llavero que perteneciera al escribano y, valiéndose de la llave adecuada, abrió la puerta referida.

Una vez en el dormitorio, Quelño abrió las persianas de la ventana enrejada, y la estancia se inundó de luz. Cheste se había sentado en uno de los sillones que colocó casi de espaldas a la puerta del corredor. Yarce ocupó el otro, allende la cama. Quelño y yo, en el sofá-biblioteca. Observé a mi primo, que tenía los ojos fijos en el lecho, como si lo atrajera aquella colcha prolijamente estirada.

—Por lo visto se trabaja rápido, ¿eh? —Bernal silbó suavemente, mientras alisaba el cabello de su nuca—. Pero no alcanzo a comprenderlo. —Se puso de pie y nos habló en general—: ¿Conoce alguno de ustedes la hacendosa mano que se cuidó de arreglar la colcha? Muy hospitalario el gesto, ¿no? —Y avanzando un paso, se tendió en la cama.

(No puedo rehusar...).

Yarce comenzó a pasear agitadamente.

—¡No es posible...! —murmuraba—. Yo tengo la llave, y no existen otras... —Se detuvo frente al sofá-biblioteca—. Cuando nos fuimos, la colcha estaba arrugada... —Se dirigió a Quelño y a mí—: ¿Alguno de ustedes arregló la cama antes de que nos fuéramos esta madrugada?

—No —replicamos al unísono. Quelño con más énfasis que yo.

—Y entonces..., ¿quién ha entrado aquí y cómo se la compuso? —exclamó Yarce, golpeando un puño contra la palma de su otra mano. Y apretando los dientes.

—Por lo menos traía guantes —anunció Cheste, serenamente.

—¿Guantes?! —barbotó el prefecto.

—Sí —Bernal fue casi despectivo—. De un color negro clarito, con botón negro.

Yarce estaba sofocado.

—¡No seas idiota!, que no estoy para bromas.

—Bueno..., pero insisto en una cosa.

—¿Qué cosa, Bernal? —preguntó Quelño de inmediato.

—En que no soy idiota... —su sonrisa era francamente impúdica—... y en que trajo guantes.

—¡Doctor Cheste...! —dijo el capitán con rabiosa ironía—. Tenga la magnanimidad de decirme cómo lo sabe.

—Es muy fácil, capitán —respondió mi primo con suavidad—. Lo estoy viendo.

—¡Quéee...! ¿Y en dónde?

Cheste señaló la cómoda que estaba frente a la cama.

—Allí...

Cuando Yarce se dirigía al sitio indicado, Cheste terminó la frase:

—... debajo de la cama, hacia la derecha.

Y allí estaba: pequeño, amarillo, con un botón negro.

Había un aire de mano cortada en la crispación de sus dedos vacíos.

El prefecto se precipitó sobre el guante, examinándolo nerviosamente.

—Cosa rara perder un guante, ¿no? —comentó Cheste distraídamente.

—Sí —asintió Yarce, entregándoselo—. Pero esto nos puede llevar a dar con el criminal.

—¿Tú crees? —dudó mi primo, recibéndolo.

—Naturalmente. Podría constituir una pista valiosa.

Durante un momento Cheste observó el guante con detención, por dentro y por fuera. Lo olió, y se lo pasó a Quelño, que lo examinó en mi compañía.

Era un guante de hombre, de la mano izquierda, de pecarí amarillo, número 9.5, muy gastado en la palma, y con la punta de los dedos mordisqueada.

—¡Muy interesante! —calificó el juez—. Pero me parece difícil sacar nada en concreto. —Se volvió a Cheste, con una sonrisa retadora—... Aunque tal vez usted, *Petrus in cunctis*, pueda decirnos algo...

Cheste agitó la cabeza, con aire de modestia.

—Y..., no mucho... —respondió—. Claro que se podría buscar a un hombre soltero y sin compromiso matrimonial, que usa reloj pulsera, muy detallista en el vestir y que, probablemente, ejerce la medicina. —Cheste cruzó las manos debajo de su cabeza, que reposaba en la almohada. —¡Ah!, y que tiene auto o que, por lo menos, lo maneja con frecuencia.

Yo no sé si Quelño quedó convencido, en aquel momento, de las palabras de Cheste. Pero no lo contradijo.

—¿Cómo se las arregló para ver el guante debajo de la cama, si usted estaba sobre ella, reincidiendo en su vituperable gesto de anoche? —le preguntó, atacando por otro lado.

—Algún día aprenderá usted a usar los espejos —repuso mi primo, reconviéndolo—. Colgado sobre la cómoda, hay uno.

El prefecto se movía impaciente.

—No me importa cómo pudiste verlo —le dijo a Cheste, hablando con rapidez—. Quiero saber de dónde sacas todos los detalles que nos has dicho sobre su propietario.

—Los saco del mismo guante —explicó él—. Un hombre casado, o comprometido, suele usar una alianza en el anular de la mano izquierda. Calzando guante en esa mano, el anillo debe dejar una señal en la parte interior, dilatando levemente el cuero. El que hemos encontrado, no tiene esa señal; por consiguiente, puedo presumir que su propietario es soltero y sin compromiso. En la parte superior del puño del guante, en su cara interna, se ve la marca de una corona de reloj y la de su caja. De ahí concluyo que el dueño de esa prenda usa reloj pulsera y que abrocha el botón de su guante, detalle reforzado por el hecho de que el ojal está estirado y que es propio de personas detallistas. Además, está muy gastado en la palma, lo que me hace pensar que es usado para conducir un auto. Y eso es todo —terminó Bernal, incorporándose en la cama.

—¡Todo no! —protestó el capitán—. Tú has dicho que, probablemente, ejerce la medicina.

—Es verdad, sí. Huele a fenol; por eso dije que es probable, solamente. Quizá sea farmacéutico o químico.

Quelño lo contempló con insolencia.

—Seguramente sabrá quién es el dueño del guante, ¿no? —dijo con retintín.

—Sí. —La voz de Cheste fue candorosamente afirmativa—. Es el que tiró la piedra con el mensaje dentro del sobre, ¿por qué?

—¡Por nada...! —gritó Yarce en tono incendiario, yéndose a sentar de espaldas a mi primo. Indignado.

Cheste se puso repentinamente serio. Se tiró de la cama y se acercó al prefecto.

—Lo que interesa de momento —dijo afablemente, poniéndole un brazo sobre el hombro—, es que alguien ha entrado en este cuarto, a pesar de que nos han dicho que no existen otras llaves, y que ese alguien, además de olvidar un guante, se ha entretenido en alisar la colcha.

Yarce meneó la cabeza.

—¡Extraña tarea para quien debió obrar impulsado por motivos poderosos!

—Es indudable que el guante no estaba cuando nosotros abandonamos la casa a las cuatro de la mañana —continuó Cheste—. En cuanto al arreglo de la cama, es algo que no me cabe en la cabeza, es verdaderamente absurdo.

El capitán se puso de pie, dedicándose a examinar los picaportes de las puertas. Cuando terminó su revista tuvo un gesto de contrariedad.

—Es muy original este visitante... —dijo con despecho—. Pierde guante y, sin embargo, no deja huellas digitales.

Wifredo E. Quelño no ahorró su comentario.

—Habrás progresado desde que cometió el crimen —opinó—. Debía estar borracho entonces...

—Caso de ser él el criminal —advirtió Cheste.

¿De quién sería la huella digital del picaporte?

Llamaron a la puerta del corredor.

Era el senador Ruiz Haedo, que venía a avisarnos que el cortejo fúnebre iba a salir. El juez Quelño se dirigió al dueño de casa.

Y le comunicó que, confirmadas las sospechas que Yarce le adelantara en la conversación telefónica mantenida esa misma tarde, él, Wifredo Z. Quelño, juez de Instrucción de Primer Turno, iniciaría el sumario correspondiente, tomando para sí la

responsabilidad que pudiera emanar de sus actuaciones. Asimismo, le manifestó que la casa quedaría bajo vigilancia siendo clausuradas las habitaciones que ocupara en vida el escribano Rubén Escudero.

—Y espero de usted, senador —terminó el magistrado—, que proporcionará al capitán Yarce todas las facilidades tendientes a simplificar la gestión del Secretariado.

Antonio Ruiz Haedo no reflejó la impresión que la novedad debió producirle. Se mantuvo frío, sin que su rostro grasiento delatara la más ligera emoción.

Antes de salir, Cristián Yarce se puso al habla con el comisario ordenándole su inmediata presencia en la casa, acompañado por cuatro agentes de la Brigada Especial.

Cuadro séptimo

El mismo día, a las 18:30 hs. En Paraná 1280

A las seis y media de la tarde de aquel memorable viernes 21 de enero, estábamos de regreso en la casa del crimen.

En la puerta de Juncal 1502 nos recibió el agente Despores, un hombre bajo, de más de cuarenta y cinco años, fornido, y que lucía grandes bigotes de enhiestas guías. El susodicho nos informó que el comisario Castil estaba en el interior de la casa.

La oscura mansión parecía vacía. Era un silencio pesado y agobiante. Como de paredes inclinadas.

Y era una ausencia desconfiada, tensa, alerta...

Nos dirigimos resueltamente al departamento de Escudero. Castil estaba en la puerta, en compañía del sargento Chamorro.

—Buenas tardes —nos saludó el comisario—. Vine en cuanto recibí su orden, capitán —le dijo a este.

El sargento parecía disgustado.

—Sí, y nos recibió un mayordomo con cara de momia, que no deja de espiarnos —se quejó, torciendo el gesto.

Castil no hizo caso de él.

—En la puerta de Paraná aposté a Orduña, y Fresnedo anda por el jardín a ver si encuentra algo —informó a su jefe.

—Muy bien, comisario —aprobó el prefecto—. ¿Han tenido alguna dificultad?

—En absoluto, capitán. No nos han agasajado, pero tampoco se han opuesto a nuestras disposiciones.

Chamorro se encaró con su inmediato superior.

—¡Usted no habrá tenido dificultades!, pero lo que es yo... —Y se volvió a Yarce—. Me topé con una arpía vestida de mujer, que casi me araña. ¡Es una fiera...! —Y otra vez a Castil—. ¿Usted no la ha visto?, ¡ya la va a ver...!

Cristián Yarce no pudo menos que sonreír.

—Bien, bien; pero, ¿dónde está la gente de esta casa?

—Están encerrados en sus habitaciones —replicó el comisario—. Sienten más nuestra presencia que la muerte del finado.

—No piense mal, comisario —reprendió Cheste con suavidad—. Lo que pasa es que a las familias distinguidas no les divierte la policía, aunque sea del SIC.

—La policía no le divierte a nadie, aunque la acompañe un famoso dramaturgo —amplió Quelño, abstraído.

Yarce sacó el llavero, abrió la puerta del departamento, y entramos.

Una vez instalados, Bernal ofreció cigarrillos y encendió el suyo.

—Sargento, háganle el favor de decirle al mayordomo que venga —le pidió.

—Buena idea, doctor —aplaudió Chamorro, trasladando de un lado a otro de la boca su pestilente toscano—. Tengo ganas de avispar a ese mochuelo.

Cuando llegó Méndez, Cheste le indicó el sillón en que había estado hasta poco antes. El hombre se sentó, nos miró de reojo, paseó su vista por la habitación y la detuvo en la cama, retirándola en seguida. Sus ojos brillaron extrañamente.

—Quiero saber si nota usted la falta de algo en este departamento —indagó Bernal, displicente.

El mayordomo no contestó. Se levantó y escudriñó por la pieza. Abrió el ropero y la cómoda, revisando su contenido, e

hizo lo mismo con las mesas de luz. Del cajón del velador de la derecha, extrajo una cajita de metal, que viera Cheste la noche anterior. La observó sin mayor interés, levantó la tapa, y su torpeza fue tal que se le cayó de las manos. Y la jeringa hipodérmica que contenía se partió contra el suelo.

Cheste se adelantó a recoger los pedazos de cristal, que guardó en un sobre que le tendiera Quelño.

—Menos mal que no se ha roto el émbolo —murmuró mi primo—. Otra vez trate de fingir mejor sus emociones —increpó a Méndez—. ¿Por qué la tiró?

El maestresala se encerró en el silencio. Que indignó a Castil.

—Vea, che —dijo con prepotencia—, aquí se ha cometido un crimen, si usted no habla, yo me encargaré de que lo haga.

—Se me cayó, señor —articuló hurañamente el mayordomo.

Yarce iba a hablar, pero Cheste se adelantó.

—Es una verdadera lástima, pero ¡en fin...!, ya está hecho. —Se encaró con Méndez—: Siga buscando, y no abra tanto las manos, que se le van a caer los dedos.

—Está bien, señor —acató con calma desesperante. Luego entró en el cuarto de baño, en el vestidor y por fin, en el escritorio.

—Es extraño... —anunció, regresando—. Falta el cortapapeles del escritorio.

Castil le lanzó una mirada expresiva.

(¡Lo habrás robado, farsante...!).

—¿Cómo era ese cortapapeles? —preguntó Yarce, con rudeza.

—Era un puñalito de acero, con mango de Eibar —explicó Méndez. Agregando—: El contralmirante Ruiz Haedo se lo había regalado al señor Escudero.

—Conque el contralmirante, ¿eh? —murmuró Cheste.

—¿No falta más que eso? —insistió el prefecto.

—No, señor.

El mayordomo no sacaba la vista del suelo. Permaneció así un momento, parecía reflexionar. Al fin se decidió...

—No, señor; no falta nada más que eso. —Y levantó los ojos para mirar a Yarce—. Pero en cambio...

—¿En cambio qué...? —lo apuró Quelño.

—En cambio..., hay algo que sobra.

—¿¡Que sobra! —se admiró Cheste—. Quiere decir... ¿algo que antes no había en este departamento?

—Así es, señor.

—¿Y qué es?, ¡diga, hombre! —se impacientaba el juez.

Sin alterarse, Méndez introdujo una mano en un bolsillo de su librea. Y extrajo algo.

—Esto es lo que he encontrado... que sobra.

Nos quedamos atónitos. Porque aquello..., aquello era, en realidad, fantástico. ¡Un muñeco de hojalata con un cántaro en la mano!

—¡Otro juguete...! —exclamó Yarce.

—¡Por Júpiter...! —invocó Castil.

—¡El mismo asesino...! —balbuceó Quelño.

—¡El Desconocido...! —afirmó Cheste.

Un minuto después, la reacción se manifestó en preguntas.

—¿Por qué no lo dijo antes?

—¿Dónde lo encontró?

—¿Cuándo...?, ¿cómo...?

Méndez permaneció sereno.

—Lo encontré anoche, en la bañera.

—¡Termine de una vez! —exigió el capitán, malhumorado—. ¡Y hable claro...!

—Muy bien, señor. —Y el mayordomo apartó su mira-

da, fijándola en la puerta acristalada—. Cuando el cadáver del señor Escudero fue retirado de la bañera, yo me encargué de vaciarla. Y en su fondo estaba ese juguete.

—Pero no puede ser, si yo mismo vi que en la bañera...

—El agua estaba turbia, Cristián —le advirtió Cheste, interrumpiéndolo.

Castil se encaró con el criado.

—Si lo encontró anoche, ¿por qué no lo dijo hasta ahora?

—No creí que tuviera importancia, señor, y lo guardé en el bolsillo para entregárselo al señor Antonio. —Hizo una mueca de contrariedad—. Luego, debido a las circunstancias, se me pasó por completo.

—Y lo recuerda ahora... —pronunció Yarce, con acento receloso.

—Sí, señor. Como ustedes me preguntaron si faltaba algo...

Mi primo observaba curiosamente el muñeco. Y habiendo hallado la llavecita que accionaba su mecanismo, comenzó a darle cuerda. Un instante después, y puesto sobre la mesa, el muñeco de lata empezó a mover los brazos rítmicamente, de derecha a izquierda, volcando el cántaro, como si arrojara agua. Y aquella cabeza que giraba a cada movimiento de los brazos..., ¡cómo parecía mirarnos alternativamente con su metálica indiferencia casi burlona!

Porque era, en realidad, grotesca, aquella escena que ofrecían seis hombres, absortos en la contemplación del diminuto autómatas. Y, sin embargo, en él estaba el secreto de la muerte de Rubén Escudero.

¡Testigo y heraldo del crimen..., como la cabrita blanca de María Urrutia!

Cuando los mecánicos estertores anunciaron el próximo reposo del muñeco, Cristián Yarce estiró una mano con

instintivo impulso, y asiendo la llavecita fija en la espada, le dio cuerda por segunda vez.

Y se reprodujo la absurda escena de seis pares de ojos pendientes de una mímica de lata...

Pero, al cabo, nuestras miradas se fueron sustrayendo al desazonante embrujo para buscarse entre ellas.

Y nos miramos en silencio.

Un silencio grávido de insinuantes reflexiones, que cedió a la voz de Cheste.

—Ahora comprendo por qué no desalojaron toda el agua del primer baño —dijo, guardando el juguete en su bolsillo.

—¿Por qué? —lo atropelló Quelño.

—Porque se cansó el muñeco —replicó serenamente.

Y sin reparar en las coléricas miradas de Yarce y Quelño, se volvió al mayordomo, con gesto displicente.

—Dígame, ¿conoce usted este guante? —Y le mostró el hallado hacía casi tres horas.

—No, señor —respondió el criado, luego de contemplarlo con escaso interés.

Cheste arrojó su Perahuí por la ventana enrejada, encendiendo otro casi en seguida. Y tornó a preguntar.

—¿Sabe usted qué quería el senador Lascano cuando llamó a Escudero por teléfono?

—No, señor. No hizo más que preguntar por él.

—¿No dijo nada cuando usted le contestó que Escudero estaba en el baño? —insistió Cheste, cambiando la frase.

—Sí, señor. Me pidió que advirtiera al señor Escudero que él llegaría tarde a la cita porque se encontraba un poco indispueto.

—¿Y usted pasó el aviso?

—No, señor. Yo esperaba que el señor Escudero saliera de sus habitaciones...

Cheste hizo una seña a Yarce, indicándole que había terminado sus preguntas. Y el prefecto, después de consultar a Quelño, autorizó al mayordomo a retirarse.

—Usted que es tan amable, Bernal, ¿me podría contestar una pregunta? —inquirió Quelño, con aire socarrón, cuando el criado hubo salido.

Cheste sonrió de soslayo, jamándose la partida.

—¡Cómo no, Wifredo...! —accedió complaciente—. Siempre que no sea sobre el origen de los juguetes, ¡eh...!

El capitán Yarce estaba sentado en un sillón, con la cabeza apoyada en una mano, cuyo brazo lo estaba, a su vez, en el del sillón.

—A mí me preocupa también el agua —musitó, golpeando en el suelo con un pie.

—¿Qué agua...? —se extrañó y preguntó el magistrado—. ¿El agua turbia?

—El agua turbia de la bañera y el agua del aljibe —concretó el prefecto del SIC—. María Urrutia fue colgada dentro de un aljibe, y Rubén Escudero sumergido en la bañera... —señaló con vehemencia—. Además, el segundo juguete es un autómata que parece que arrojara agua... —Y terminó—: ¡Aquí hay agua por todas partes...!

—Y también llovía... —añadió Cheste.

A pesar de tanta agua, Wifredo Z. Quelño no lo veía muy claro.

—Sí, eso es verdad —concedió—. Pero yo considero más importante la presencia de los juguetes. El significado de los juguetes.

Patricio Castil tosió, como para llamar la atención.

—Podría ser la firma del Desconocido... —insinuó.

—De ser así, hubiera dejado el mismo juguete en los dos casos —discrepó el prefecto—. Yo me inclino a creer en el trágico humorismo de un desequilibrado.

—O en los, para nosotros, incomprensibles símbolos de alguna venganza... —sugirió Quelño con gravedad.

Cheste avanzó el busto, procurando reflejar en su semblante toda la solemnidad que el momento requería.

—Tal vez los Reyes Magos... —susurró.

El primer instante de estupor fue pronto desplazado por la repentina indignación del capitán, que la oportuna entrada del sargento Chamorro impidió cristalizar.

—Ahí viene el senador —anunció, abriendo la puerta del corredor.

Fue un Antonio Ruiz Haedo de expresión taimada el que entró en el dormitorio.

—Buenas tardes, caballeros —saludó—. ¿Cómo va esa investigación?

—Así, así, senador —respondió Yarce, adelantando una mano ondulante.

—¿Qué pasa? —inquirió, sentándose—. ¿Hay alguna complicación?

Cristián Yarce entró directamente en materia.

—¿Sabe usted de alguien que tenga llave de este departamento? —demandó.

El senador negó con la cabeza.

—No, capitán —puntualizó—. Yo aconsejé a Rubén que hiciera sacar un duplicado, pero no me hizo caso. Las suyas son las únicas que existen.

Hubo una pausa.

—¿Qué significa esa pregunta? —indagó al cabo, el senador. En tono agresivo.

—Sencillamente, creemos que existe otra llave —respondió Yarce, con aplomo.

El senador enrojeció.

—Pues no existe, caballeros —aseguró con sequedad.

Bernal Cheste se dirigió a él. Interrogante.

—Después de que Escudero se levantó de la mesa y fue a sus habitaciones, ¿volvió usted a verlo con vida?

—No. Terminada la cena me dirigí a la biblioteca y en ella permanecí hasta que Soto me dijo que algo raro debía ocurrir aquí. Entonces vine y me encontré con ustedes, imaginándome la tragedia —declaró, mirándolo torvamente.

—Y estando usted en la biblioteca, ¿no vio pasar a nadie hacia estas habitaciones después de las nueve menos veinte?

Antonio Ruiz Haedo no quitaba sus ojos de los de mi primo.

—Tanto como ver, no, porque estaba sentado de espaldas a la puerta. Pero oí pasar al mayordomo, que venía en esta dirección.

El prefecto hizo un movimiento, como disponiéndose a hablar. Pero Ruiz Haedo, creyendo comprender su impulso, se le anticipó.

—Serían, más o menos, las nueve y cuarto —dijo en tono despectivo—. Y ya saben ustedes que habló el senador Lascano... —advirtió, más ceceoso que nunca.

Cheste sacó un sobre de su bolsillo y extrajo de él las dos mitades de la jeringa rota y el émbolo intacto.

—¿Conoce usted esto? —preguntó al senador.

Por los ojos de este cruzó una expresión delatora.

(¿Cómo podrá tenerla?!).

—Aparte de que está rota, ¿encuentra algo extraño en ella? —insistió Bernal, insinuante y avizor.

Ruiz Haedo se levantó y comenzó a caminar con las manos en la espalda.

—No, no veo que pueda haber nada raro en una jeringa común —contestó por fin, sin volver la cara.

Cuando yo esperaba que Cheste intensificara el interrogatorio, lo dio por terminado.

—Muchas gracias, senador. Eso es todo.

Dejando a cargo del comisario Castil las actuaciones de rutina, abandonamos el departamento, dirigiéndonos al hall de Juncal en procura de nuestros sombreros.

Ruiz Haedo se ofreció a acompañarnos.

Daban las ocho en el reloj de la biblioteca, cuando pasamos por delante de su puerta.

Ya había oscurecido, empero, las luces no habían sido encendidas todavía.

El senador sostuvo la puerta de vaivén, que separaba el corredor del hall, y salimos a este.

Una voz helada, hostil, llegó hasta nosotros, cimbreña como un latigazo.

—¡Antonio, echa de aquí a esos intrusos! No les importa lo que pasa en esta casa.

La voz bajaba del barandal del piso alto.

Levantamos la vista.

Y vimos que una mujer vestida de negro, incierta en la penumbra, nos miraba desafiante como a enemigos.

El prefecto del SIC se dirigió a ella en tono severamente cortés.

—Señora, lamentamos causar molestias, pero, tratándose de investigar un crimen, nuestra presencia es indispensable.

La mujer se irguió, airada.

—No es aquí donde deben buscar...—Y sus palabras parecieron, más que dichas, arrojadas. Luego se perdió en la sombra, con un gesto de desprecio.

Antonio Ruiz Haedo trató de paliar el exabrupto.

—Mi hermana pasa por un período de sobrecitación nerviosa... —explicó—. Esa extraña condición del segundo testamento.... —Y agregó—: Les ruego que olviden el incidente.

Wifredo Z. Quelño y Cristián Yarce asintieron con una leve inclinación de cabeza.

Mi mirada encontró la de Cheste. Elocuente.

(Esa mujer está loca...)

Y dijo, volviéndose a Ruiz Haedo, que lo observaba con fijeza:

—No tiene importancia, senador. Estamos seguros de que su señorita hermana nos resultará muy agradable.

Ya en la calle, el jefe conformista nos despidió con glacial cortesía.

Pero Cheste aún no había terminado.

—Dígame, senador, ¿conservaba Escudero los juguetes que fueron solaz de su tierna infancia? —le preguntó, con alegre deferencia.

—¡No! ¿Por qué? —reaccionó el otro.

—Porque tengo un compañero para la cabrita blanca...

Un violento portazo cortó el diálogo.

Cuando subía al Hispano, Bernal Cheste era la expresión del regocijo.

—El honorable caudillo se ha resentido —comentó, abriendo la llave de contacto.

Cuadro octavo

Sábado 22 de enero, a las 14 hs. En Torre de Agua

Aquella mañana, el juez Quelño había ordenado la exhumación del cadáver de Rubén Escudero, disponiendo que le fuera practicada la autopsia.

A mediodía, Teudis entró en la salita en que nos encontrábamos, llevando un sobre en la mano.

—Con permiso de los señores... —solicitó, chocando los tacones—. Ya hemos revelado el positivo de la foto del pica-
porte. —Y agregó, entregándoselo a Cheste—: Esperamos que nuestra labor contribuya a la solución del caso que investigamos. —Luego, deteniéndose junto a la puerta, nos anunció—: La mesa está servida.

Después de almorzar pasamos al salón de fumar, donde nos servirían el café.

Casi en seguida, y como atraído por el aroma del moka, Wifredo Z. Quelño hizo su inesperada aparición tras el cortinado recogido por Teudis.

—Buenas, buenas... —saludó familiarmente—. Veo que me esperaban... —dijo, sentándose frente a un pocillo de espumoso café—. ¿Ya tiene azúcar?

Bernal le alcanzó el azucarero, con aire resignado.

—Teudis, me hace el favor de otra tacita... —le pidió, mirando a Quelño de soslayo.

(¡Es peor que la langosta...!)

—No sé si ustedes sabrán —comenzó el desaprensivo juez, luego de catar su café— que Xiquena me ha prometido efectuar la autopsia pasado mañana, lunes.

—Así que hasta entonces, no hay nada en concreto... ¿verdad? —observó el capitán, no muy satisfecho.

—¡Ah...!, eso desde luego. Hasta el lunes no sabremos la verdad —concordó Quelño. Y volviéndose a Cheste—: Estaba bueno el café, ¿eh?

—Tiene usted razón, Wifredo; estaba...

Teudis tosió desde la puerta.

—Señor Yarce, el señor Solano nos espera en el teléfono —anunció.

El prefecto salió a atender la llamada del técnico de la oficina dactiloscópica del SIC.

—Dentro de un momento vendrá Gaspar Solano con las copias de las impresiones digitales de las personas que habitan y frecuentan la casa de Antonio Ruiz Haedo —nos comunicó, cuando hubo regresado.

Cheste sacó de su bolsillo el positivo revelado por Teudis y se lo tendió a Quelño.

El magistrado observó la copia fotográfica con aire de entendido. Sin entenderla en absoluto.

—Está bien esto, ¿eh?... muy bien. —Y se quedó tan fresco como un periodista.

Un cuarto de hora después, llegó Gaspar Solano con un portafolios bajo el brazo.

Era un hombre pequeño, delgado, con el rostro curtido. Tenía la apostura de un maestro de escuela y hablaba con característico acento provinciano.

Sacó de su cartera las copias que había traído y las fue comparando sucesivamente con las que Teudis obtuviera.

—Esta foto es de una gran nitidez —dijo, refiriéndose a la del picaporte—. Tiene unas huellas que reconozco como pertenecientes a Rubén Escudero, pero las otras son de una misma persona que falta determinar.

A simple vista pudimos comprobar que las impresiones de Méndez no correspondían a las del picaporte.

—Como pueden ver —prosiguió Solano, mostrando el dactilograma de Méndez—, la disposición de las líneas es completamente distinta de la que ofrece la foto del picaporte. Las huellas dactilares —explicó con su pintoresco “cantito”— se dividen en dos grandes grupos: al primero pertenecen las formadas por simples curvas, y al segundo, las formadas por ángulos limitados por líneas llamadas directrices. Este segundo grupo tiene tres diferenciaciones; la primera presenta los ángulos a la derecha, y las directrices se prolongan a la izquierda; la segunda presenta los ángulos a la izquierda, las directrices se prolongan a la derecha; y en la tercera hay dos ángulos, uno a cada lado, circunscribiendo las directrices en forma de óvalo, círculo, espiral, etcétera. De aquí resultan cuatro grupos fundamentales que Juan Vucetich llama: Arco Presilla Interna, Presilla Externa y Verticilo. La del criado Méndez es del tipo Arco, mientras que la del picaporte pertenece al rol de Presilla Externa.

Bernal Cheste frunció el ceño.

—Dígame, amigo; ¿no podríamos saber primero a quién corresponden las huellas del picaporte?

El experto lo miró sorprendido.

—Sí, señor, sí... —repuso, con timidez.

Gaspar Solano siguió examinando los dactilogramas que trajera, y cuando hubo pasado cinco, se detuvo en uno que observó minuciosamente.

—Este parece tener los doce puntos de contacto que se hacen indispensables para establecer una identificación. Su similitud con la huella del picaporte es tan acabada que no puede menos de corresponderle —terminó el experto, tendiéndonos un dactilograma junto con la copia fotográfica del Schlage.

En efecto, las impresiones de los dedos pulgar, índice y mayor, de la mano izquierda, eran idénticas en ambas muestras dactilares.

¡Y el dactilograma escogido por Solano pertenecía al senador Antonio Ruiz Haedo!

Considerando terminada su misión, Gaspar Solano nos saludó apresuradamente y abandonó la casa.

Cristián Yarce tomó la palabra.

—Si, como todo hace suponer, las huellas impresas en el picaporte pertenecen al asesino, y este es el mismo que mató a María Urrutia, es indudable que el senador Ruiz Haedo es el Desconocido que buscamos.

Cheste le contempló pensativo.

—Quisiera que me aclararas un punto —le dijo.

—Tú dirás...

—Para llegar a esa conclusión, ¿te has inspirado, acaso, en las Sagradas Escrituras?

—¡No seas impertinente! ¿Qué tiene que ver esto con las Sagradas Escrituras?

—Nada, pero si mal no recuerdo, en cierto capítulo del Libro de Job se cita una frase parecida a esta: “Él puso un sello en la mano de todos los hombres para que cada uno reconozca sus obras”.

El capitán no contestó, pero su aire de víctima reemplazó con ventaja a la más oportuna de las réplicas.

(¡Cuándo escarmentaré...!).

Fuimos interrumpidos por Teudis.

—El comisario Castil nos espera en el departamento que perteneció al señor Escudero —dijo, enterándonos de su llamado telefónico.

—¡Es verdad! —exclamó el prefecto, guardando los dactilogramas en una carpeta—. Yo mismo lo cité para las tres. Esta tarde comenzaremos los interrogatorios.

Cuadro noveno

El mismo día, a las 15:30 hs. En Paraná 1280

Patricio Castil nos esperaba en la puerta de Paraná, conversando con el sargento Chamorro. Parecía contrariado.

—Están todos durmiendo —nos informó en son de queja.

—No importa; esperaremos aquí —respondió Yarce, entrando en el departamento.

Cheste y Quelño proseguían la discusión iniciada al salir de Torre de Agua.

—¡No es posible! —decía el juez—. Me parece disparatado suponer que el senador Ruiz Haedo sea un asesino.

Bernal remolcó un sillón hasta ponerlo frente al sofá que ocuparon Yarce y Quelño.

—No, Wifredo —rebatió—, no es disparatado. Hay suficientes indicios como para tomar en serio esa posibilidad.

—¿También sospecha usted del senador?

—Considero prematuro hablar de sospechas. Pero reconozco que existen algunos factores circunstanciales que perjudican al jefe del conformismo.

El prefecto encendió su pipa y se echó hacia atrás, montando una pierna sobre la otra.

—Todo crimen o delito —comenzó— presenta varios elementos, conocidos en forma general bajo la denominación de circunstanciales. No es posible eludir la consideración de esta clase de factores, pues, en caso de hacerlo, sería muy difícil determinar la responsabilidad de un delincuente. Resulta claro

que nadie, por arriesgado que sea, se decide a perpetrar un delito fríamente, en presencia de testigos. —Nos miró detenidamente, buscando nuestra aprobación.

—Haga el favor de continuar —le pidió Quelño.

—Bien. Los elementos circunstanciales a que me refiero, se resumen en estos: a) Motivo: es el elemento básico del que deriva la concepción del hecho; b) Oportunidad: es la ocasión de consumir el delito; c) Decisión: es el elemento habilitante que determina la comisión del crimen; d) Coartada: consiste en demostrar la imposibilidad de haberlo cometido.

Cheste se levantó y fue hasta el pequeño despacho que fuera de Escudero, regresando con un diccionario en la mano. Volvió a sentarse, poniendo el libro sobre sus rodillas.

—¡Ahora sí!, esto es lo que me hacía falta. —Nos miró con una sonrisa absurda, y se dirigió a Yarce—: ¿Qué decías, Cristián?

—Todo hace presumir que el segundo testamento es absolutamente legítimo: ¿no? —continuó Yarce, oscilando la cabeza—. Por consiguiente, debemos admitir que María Urrutia desheredó a Zelada por motivos hasta ahora desconocidos. Suponiendo que Antonio Ruiz Haedo fuera enterado de ello por la misma testadora, es fácil concluir que el senador creyera ser el único heredero sin sospechar siquiera los tres legados instituidos. —El capitán hizo una pausa efectista—. Y aquí está el motivo: Antonio Ruiz Haedo asesinó a María Urrutia, creyendo heredar el millón y sin imaginar, siquiera remotamente, la condición que subordinaba la vigencia del testamento ológrafo a la muerte de su hermana Gertrudis.

Quelño no estaba de acuerdo.

—Usted afirma que Ruiz Haedo mató por interés, ¿cómo explica, entonces, que haya aceptado el arbitraje? —observó.

—Si bien no ha logrado el millón, ha visto su parte considerablemente aumentada, y lo único que le interesa, ya que no

puede evitar los legados, es conseguir que sea anulada la condición a que me he referido, aunque le cueste unos miles de pesos, que recibiría Zelada —arguyó el prefecto, en tono persuasivo.

Cheste había sacado una barajita del bolsillo y estaba haciendo un solitario sobre el complaciente tomo que le servía de mesa.

—Yo encontraría más práctico matar a Gertrudis —murmuró, sin levantar la cabeza—. ¡Comisario, si usted me consiguiera una sota...! —dijo luego, volviéndose a Castil.

Yarce y Quelño prosiguieron su diálogo, sin preocuparse de Cheste.

—Aun concediendo a su hipótesis un fundamento que no tiene —expresó el juez—, ¿por qué mataría el senador a Escudero?

—Comprendo su pregunta, pero antes de contestarla, permítame que desarrolle lo que se me ocurre una reconstrucción de la muerte de María Urrutia —replicó Yarce.

—Me gustaría oírlo. —El tono de Cheste era indiferente.

—Expuesto el motivo —siguió el capitán—, trataré de probar la oportunidad. Resuelta a desheredar a Zelada, María Urrutia llamó a Ruiz Haedo a su casa, comunicándole su determinación y añadiendo, probablemente, que él, Ruiz Haedo, saldría beneficiado. Claro está que la anciana se refería al aumento de su parte, y él lo interpretó como un beneficio total. Temiendo una rectificación de la viuda de su tío, el senador se resolvió a obrar y, aprovechando las circunstancias favorables que le brindaban las costumbres de la anciana, y su vida solitaria, las que le garantizaban una gran libertad de acción, consumó el asesinato.

—Como muestra de imaginación, no está mal... —comentó Cheste, siguiendo con sus naipes.

Quelño se puso de pie y caminó por la pieza.

—Eso explicaría la cuestión de los trapos —reflexionó—. Ruiz Haedo habría subido al piso alto, encontraría el batón, lo desgarraría, se envolvería los pies con unos

pedazos, guardando los otros en el maletín de Zelada luego bajaría, y...

—Colgaría el cadáver en el aljibe... —remató Cheste, remedando el tono del juez.

—¡Eso tiene su explicación...! —exclamó el prefecto con viveza—. Metió el cuerpo en el aljibe para que no fuera hallado demasiado pronto, y luego mandó a su hija Raquel no a buscar dinero, sino para que esta certificara más tarde que María Urrutia no estaba en su casa a esa hora.

—¡Pero muy bien...! —aprobó Cheste con sorna—. Y la cabrita blanca..., ¿la puso de centinela?

—¡Eso es lo extraño...!

—Lo extraño es suponer que un individuo que mata por interés, deje cabritas de goma custodiando a su víctima —manifestó Bernal—. Además, de acuerdo con tu fantástica teoría, Ruiz Haedo llegó a casa de María Urrutia ignorante de la resolución tomada por su madre de leche, de modo que aún no podía haber planeado el asesinato.

—¿Y eso qué?

—Pues..., ¡que tendría que haber llevado la cabrita antes de concebir el crimen!

Quelño se detuvo al lado de la cama.

—Yo creo que lo mismo que se ha dicho del senador Ruiz Haedo, podría aplicarse a cualquiera de los legatarios que conociera las disposiciones del testamento ológrafo —opinó, recostándose en el sillón vacío—. En cuanto a la decisión, teniendo en cuenta la evidente inferioridad física de la anciana y el factor adicional de la sorpresa, cualquier persona se sentiría capaz de dominarla. Y resta la coartada...

—El senador no tiene coartada, y en su misma carencia está su perfección —manifestó Yarce.

—Se pone usted paradójal...

—Nada de eso. Antonio Ruiz Haedo sabe que nadie se atreverá a sospechar de él, por lo menos en los primeros días siguientes al descubrimiento del crimen, por lo que no le interesa establecer una coartada. Cuando las sospechas se dirijan hacia él, habrá transcurrido un tiempo lo suficientemente largo como para declarar que el día del suceso, a su misma hora, estaba en un lugar cualquiera acompañado de Fulano y Mengano, que no vacilarán en ratificarlo, posiblemente de buena fe. De esta manera resultaría poco menos que imposible demostrar lo contrario; ¿quién puede acordarse de lo que hizo hace quince o veinte días a una hora determinada?; solo en el caso de que hubiera sido un día memorable por cualquier concepto, y esta probabilidad es ínfima.

—También eso puede aplicarse a otras personas que no son el senador Ruiz Haedo... —objetó Quelño, con gesto discrepante.

Bernal Cheste guardó la baraja en el bolsillo derecho de su chaqueta, se puso de pie dejando el diccionario sobre el asiento, se arregló la ropa, hizo una profunda inspiración y habló...

—¡Es tener ganas de discutir...! —bostezó.

—¿Qué está usted diciendo? —le preguntó Quelño, con extrañeza.

—Digo, que estoy aburrido de soportar razonamientos caprichosos. Y si ahora se empeñan en discutir por qué Ruiz Haedo pudo matar o no a su secretario, y Cristián vuelve a aplicar la regadera de los elementos circunstanciales, ustedes perderán el tiempo y yo la paciencia.

—¿Qué quieres que hagamos? —Yarce fue agresivo—. De alguna manera hay que salir de esto.

—Entonces, elige la más directa...

—¿Y cuál es? —se interesó el juez.

—Preguntar, y no tratar de adivinar...

—Quiere decir que...

—Propongo una amable tertulia con esta hospitalaria familia, que nos brinda su techo —terminó Bernal.

Castil se adhirió calurosamente a la idea.

—¡Muy bien dicho! —aplaudió—. ¿Qué le parece si empezarnos por los criados? Esa gente siempre tiene chismes que contar.

Yarce accedió. Y Castil llamó a Chamorro, siempre de guardia en la puerta, a quien ordenó que hiciera venir al mucamo Soto.

Poco después, un hombre de aspecto vulgar y de mediana edad, que parecía llevar peluca, ocupó el asiento que le señalaba el prefecto del SIC.

El mucamo concentró su atención en la primera pregunta que le fue formulada.

—¿Cuánto hace que está usted en la casa? —interrogó el capitán con voz cansada.

—Desde principios de agosto, señor.

—¿En qué casa sirvió usted antes? —demandó Quelño, de improviso.

—En casa del señor Aguilera.

—¿Cuándo dejó usted su servicio?

—Pocos días antes de su viaje al sur.

—¿Qué estaba usted haciendo el jueves veinte, o sea anteayer, entre las nueve menos veinte y las nueve y media de la noche? —intervino Cheste, prescindiendo de rodeos.

—Cuando los señores terminaron de cenar, yo me retiré a mi pieza, de donde salí para atender la puerta cuando ustedes llegaron.

—¿Lo vio alguien entrar en su pieza?

—Para llegar a mi cuarto tengo que pasar por la cocina. Y en ella estaban la cocinera y la mucama que me vieron cruzar.

—¿Cómo está considerado Escudero en la casa?

Soto vaciló antes de contestar. Me dio la impresión de no querer comprometerse en apreciaciones de índole familiar.

—Hable sin temor —lo tranquilizó Yarce. Nada de lo que usted nos diga saldrá de nosotros.

—Gracias, señor —respiró el mucamo—. El señor Escudero era considerado de la familia, pero últimamente... —El hombre se interrumpió.

—¿Qué...? —urgió el prefecto.

—Últimamente el senador Ruiz Haedo solía discutir con su secretario.

—¿Por qué motivos...?

—No lo sé de cierto, señor. Pero creo que era por el testamento de la señora Urrutia.

—¿Y no sabe qué decían?

—No, señor. Pero según comentó Méndez en la cocina, el señor Escudero no quería aceptar no sé qué juicio...

—¡Ah...!

Yarce cambió con Cheste una mirada de inteligencia.

—Y esas discusiones, ¿tuvieron alguna consecuencia? —continuó el prefecto.

—No podría decirlo, señor.

—¿Y cómo se llevaba el escribano con el resto de la familia?

—En general, bien, señor.

—¿Y en particular? —inquirió Cheste.

Soto reflexionó un instante.

—La señorita Gertrudis lo trataba muy bien —dijo al cabo—. Y la señorita Raquel lo estimaba mucho, pero...

Quelño sonaba los dedos, impaciente.

—¿Pero qué...? —lo apuró.

—Y..., yo no sé...; pero según decía Méndez, el señor Escudero estaba enamorado de ella, y la señorita Raquel... Usted me entiende, ¿no? Bueno, a ella no le gustaba.

—¡Ajá!, conque esas teníamos, ¿eh? —comentó Cheste en voz baja—. Y dígame, ¿tenía algún rival Escudero? —indagó, subiendo el tono.

—Sí, señor, y según Méndez, afortunado.

—Bien, bien, y según Méndez, ¿quién es el galán?

—Lo he oído hablar del doctor Reinaldo Lascano —contestó el criado, un tanto confundido.

—¿El hijo del senador? —se apresuró a inquirir Quelño.

—Sí, señor.

El capitán Yarce parecía muy interesado.

—Y los mellizos, ¿cómo andaban con Escudero? —planteó.

—Más bien les era indiferente, señor. Aunque uno de ellos solía burlarse de su manera de ser...

—Carlos, ¿verdad?

—Sí, señor.

Cheste se había desentendido del mucamo, yéndose a parar al lado de la ventana enrejada, donde encendió un Perahuí.

—¿Y qué tal es el ambiente de esta casa? —demandó el juez.

—Vea, señor, resulta un poco desagradable. —El criado parecía inquieto—. De no saber que es una familia, podría suponerse que se trata de extraños que se desconfían mutuamente. Y hace dos meses...

—¿Qué pasó?

—Hubo un alboroto en el jardín. Habían ido a tirar con flechas y casi asesinan al doctor Zelada.

—¿Casi lo asesinan? —repitió Quelño, con viveza.

—Le habían preparado una trampa con una pistola, detrás del blanco. ¡Menos mal que la bala era de cera! —terminó Soto, con increíble candidez.

—¿No sabe nada más? —insistió el magistrado.

—Sí, señor. Varias noches he visto que alguien se pasea por el jardín a horas muy avanzadas.

—¿Quién es?, ¿cómo va vestido?

—No he podido verle la cara, señor. Pero va vestido de oscuro.

—¿Y usted qué hace levantado a esas horas? —preguntó Yarce a quemarropa.

Soto le miró azorado.

—A veces queda abierta la puerta del patio que da al jardín, señor. Y cuando se golpea, yo bajo a cerrarla.

—¿Es entonces que lo ha visto?

—Sí, señor. Pasea entre los cipreses...

—¿Y usted no ha ido a ver qué hacía?

—No, señor. No me hubiera atrevido...

—Pero, por lo menos, le habrá contado al senador...

—Sí, señor. Y me ha dicho que eran fantasías mías.

Terminado el interrogatorio, Soto se retiró con el encargo de avisar al mayordomo. Chamorro lo acompañó.

En el ínterin comentamos las declaraciones del mucamo.

—Este hombre parece sincero —dijo Yarce, agitando sus gruesas manos velludas.

—No sé por qué el senador Ruiz Haedo encuentra fantástica la idea de un hombre paseando por su jardín... —Quelño meneó la cabeza.

—Yo creo que debe tener que ver algo con él... —opinó Castil, armando un cigarrillo de tabaco negro.

Cheste permaneció callado.

El nuevo interrogatorio de Méndez no aportó ninguna novedad, y Yarce ya se disponía a despedirlo, cuando Cheste lo detuvo con un gesto.

—Dígame, Méndez, cuando usted fue a avisar a Escudero que el senador Lascano lo llamaba por teléfono, ¿miró usted a la biblioteca?

—Sí, señor.

—¿Y vio en ella al senador Ruiz Haedo?

—Sí, señor.

—¿Podría haberlo confundido con otra persona?

—¿Con quién, señor?

Yarce lo miró severamente.

—Conteste a lo que le preguntan —ordenó con sequedad. Méndez se volvió a él, con calma crispante.

—Está bien, señor. —Y luego a Cheste—. No, señor, no me parece que pudiera ser otra persona. Aunque lo vi al pasar, estoy acostumbrado a ver al doctor Ruiz Haedo sentado en el sillón circular, de espaldas al corredor.

—Se vuelve usted locuaz—notó Cheste—. Cuando usted regresó, después de llamar a la puerta de Escudero, y pasó nuevamente por delante de la biblioteca, ¿continuaba el senador en su sillón? —insistió mi primo.

—No, señor. No lo volví a ver hasta que él vino aquí, estando con ustedes.

—Acláreme bien, ¿no estaba o usted no se fijó?

—No me fijé, señor.

—Entonces, usted no puede decir si estaba o no.

—No, señor, no puedo decirlo —expresó el criado, con su característica impasibilidad.

—Una última pregunta: ¿cómo se llevaban Zelada y Escudero?

Méndez lo observó largamente a través de sus pestañas.

—Hasta hace un tiempo se llevaban muy bien, y el doctor Zelada se divertía mucho con el escribano —replicó—. Pero, a raíz de cierta broma algo pesada que parece le hiciera el señor Escudero, el doctor Zelada comenzó a tratarlo con frialdad.

—¿Se refiere usted a la trampa de la pistola?

—Sí, señor.

—¿No ha habido otro motivo de disgusto entre ellos?
—presionó Cheste.

—Sí, señor. El testamento de la señora Urrutia.

Cuando Méndez se hubo marchado, Yarce interpeló a Bernal.

—¿Qué te movió a hacerle esas preguntas al mayordomo?

—El deseo de conocer sus respuestas —repuso Cheste, sonriente.

El sargento Chamorro, que había ido a buscar a la cocinera, regresó con ella, quedándose apostado en la puerta.

Carmen Barreta, una mujer gorda de cara arrebatada, era el arquetipo de las cocineras. Cuando Yarce comenzó a interrogarla, aún se mostraba impresionada, pero la suavidad de maneras del prefecto consiguió serenarla.

—Veamos, Carmen —comenzó—. Quisiera que usted me contestara una pregunta. ¿Cómo andan las relaciones entre Méndez y Soto?

La mujer hizo un gesto de alivio. Seguramente esperaba que el interrogatorio fuera más comprometido.

—No creo que sean buenas —pronunció con voz chillona—. Méndez es muy odioso y siempre trata de perjudicarnos delante de los señores. Soto es mucho más amable, pero no sé si será sincero. Estoy segura de que querría desplazar a Méndez.

El capitán encontró su pipa en el bolsillo interior del saco y la atascó de tabaco, encendiéndola.

—¿Cree usted que Soto o Méndez serían capaces de cometer un delito, aunque fuera leve?

La cocinera no reparó en la importancia de la pregunta y la satisfizo con ingenuidad.

—Soto creo que no; pero Méndez... es tan sombrío...

—¿Qué clase de muchachos son los mellizos? —indagó Quelño, jugando con sus quevedos.

—¡No me hable..., señor! —se quejó la mujer, levantando una mano—. Uno de ellos, el señor Pablo, se pasa el día encerrado y cuando sale de su pieza, camina hablando solo y mirando de una manera extraña. Yo creo que debe estar loco. —La cocinera rubricó la frase, barrenándose la sien con el índice de su mano derecha.

—¿Y el otro?

—El otro es una calamidad —definió—. Cuando está fresco, es tolerable; pero cuando está borracho..., y le ocurre casi todos los días, no para de hablar —Carmen suspiró exageradamente—. Se presenta en la cocina, y me suelta mil discursos con palabras que nadie entiende; otras veces le da por recitar versos... En fin, que no me deja trabajar.

El prefecto sonrió y tornó a preguntar...

—¿Qué me puede decir sobre la señorita Gertrudis?

—Yo no sé, señor. —Carmen movió la cabeza a derecha e izquierda—. En esta casa todos parecen locos, pero la señorita Gertrudis debe serlo de veras. Cuando murió el señor Escudero, se empeñó en que apagaran las luces de la sala y no dejó encender más que seis velas gordas. Es de lo más beata y cualquier desgracia que ocurre le da motivos para decir que esta casa es el nido del pecado.

—Y eso, ¿cómo le sienta al senador?

—Si yo no fuera tan discreta como soy, le diría que tienen unas peleas terribles, señor. Se insultan y se dicen de todo, pero el senador tiene que ceder siempre, y ella se hinca en cualquier lado que esté y empieza a gritar dando gracias a Dios por haberla protegido.

—¡Qué ambiente encantador...! —murmuró Bernal, mirándome significativamente.

(¡Cualquiera contraría a esa señora!).

Luego se dirigió a Carmen.

—Dígame, ¿nunca ha visto a nadie paseando de noche por el jardín?

La cocinera lo miró con ojos desorbitados.

—Sí, señor —replicó sorprendida—. Hace pocos días...

—¿Cómo fue, Carmen?

—Fue la semana pasada. A eso de las doce, cuando todos se habían ido a acostar, yo estaba en mi cuarto, cosiendo, y se me ocurrió mirar por la ventana que da al jardín. Entonces vi una figura vestida de blanco que andaba entre los cipreses. No le vi la cara porque tuve tanto miedo que me metí en la cama, tapándome hasta la cabeza. —La mujer se santiguó aprensivamente—. Desde aquel día cierro mi cuarto con llave y atranco la ventana.

—¿Está usted segura de que el paseante iba vestido de blanco? —preguntó el capitán—. ¿No sería de oscuro?

—No, señor. Blanco y bien blanco, me acuerdo bien, nunca me olvidaré.

—Iría de *palm-beach*... —opinó Cheste, sin darle importancia.

Dando por terminado el interrogatorio. Yarce despidió a la cocinera, pidiéndole que llamara a la mucama.

—Esta mujer es el perfecto testigo —dijo Quelño, haciendo visajes—. ¡Cómo habla...!

—No es que hable, ¡hay que ver lo que dice!: es de una franqueza tal que no puede dudarse de su palabra —afirmó el prefecto.

—Eso de la figura blanca parece extraño, ¿verdad? —reflexionó Cheste—. Yo creo que un intruso que no quisiera ser visto, trataría de pasar desapercibido...

—Y no vestirse de blanco —terminó Yarce, captando la idea.

—Ciertamente —apoyó Castil.

Quelño prefirió encender un habano.

La entrada de la mucama Aurora García nos impresionó favorablemente. Era una joven bonita y agraciada, de vivaces ojos oscuros que bailaban continuamente al compás de su perenne sonrisa.

—Usted es la mucama de adentro, ¿verdad? —inquirió Yarce amablemente.

La mucama asintió con un coqueto mohín.

—Sí, capitán —confirmó, arreglándose el peinado.

—La noche que murió Escudero, ¿qué hizo usted después de cenar?

—Después de recoger la mesa, me quedé en la cocina conversando con Carmen.

—¿Vieron ustedes pasar a alguien?

—Sí, capitán. Vimos pasar a Soto que entró en su pieza.

—¿No volvió a salir?

—Sí, capitán. Fue a abrir la puerta cuando tocaron el timbre. Serían las nueve y media. —La muchacha estiró su falda, cruzando luego las piernas.

—No le faltan buenas razones en que apoyarse —murmuró Cheste, tocándome con el codo.

(¡Lástima que no tenga más que dos...!).

—¿Puede usted recordar los movimientos de las personas de la casa, entre las seis y las ocho de la tarde del día en que murió Escudero? —prosiguió Yarce.

—¡Cómo no, capitán! —respondió la vivaracha doncella—. La señorita Gertrudis y los tres jóvenes estuvieron en la sala con el contralmirante y con el hijo del senador Lascano. El señor Antonio y el señor Escudero tuvieron una reunión en la biblioteca, que duró hasta la hora de cenar.

—Muy bien. ¿Podría decirme quiénes asistieron a esa reunión?

—Creo que sí. —Aurora pensó un momento, apoyando su barbilla en la mano derecha—. Yo vi al senador Lascano, al doctor Salcedo, al doctor Zelada, al senador Pinel, al teniente de navío Ayala y a la señora Esther. Me parece que no había nadie más —concluyó, acentuando su sonrisa.

—¿No sabe de qué trataron? —indagó Quelño.

—Según dijo Méndez en la cocina, estuvieron hablando del testamento de la señora Urrutia.

—¿Conoce usted a alguien que quisiera mal al señor Escudero? —interrogó abruptamente Castil.

—Yo no sé..., pero más bien lo tomaban a chacota —repuso Aurora, torciendo la cabeza—. ¡También!

Cheste interrumpió de pronto.

—Dígame, Aurora, ¿tiene novio la señorita Raquel?

La muchacha sonrió con picardía, dedicando a Cheste una guiñada de comprensión.

—Que yo sepa... —Y meneó la cabeza—. Aunque he oído decir que el señor Escudero la festejaba, no creo que tuviera éxito. —Y terminó, con mucha seguridad—: No era hombre para ella...

—¿Y Reinaldo Lascano?

—Bueno, ve, por ese lado sí... —Y agregó, con gesto avisado—: Aunque..., yo creo que a ese le gustan todas...

Cheste la miró detenidamente.

(Tú tendrás por qué saberlo...)

Aurora sostuvo su mirada, francamente divertida.

Castil fue hasta la puerta del corredor y, abriéndola, ordenó a Chamorro que fuera a averiguar si los miembros de la familia estaban dispuestos a comenzar el interrogatorio a que serían sometidos.

El sargento fue a cumplir la orden recibida, y Castil volvió a sentarse. Dejando la puerta entornada.

Bernal se repantigó en su sillón sin apartar la vista de la mucama, que lo miraba provocativamente.

—Dígame, Aurora, ¿suele usted asomarse al jardín por las noches?

La joven levantó unos ojos sorprendidos.

—A veces, señor. Cuando hace calor me acerco a la ventana —replicó sin entender del todo la pregunta.

Bernal aplastó su cigarrillo en un cenicero e inclinó el busto hacia adelante.

—¿Y no ha visto a nadie rondando por el jardín durante la noche?

La muchacha se encogió de hombros, con la extrañeza pintada en su risueño semblante.

—¡Cómo!, ¿usted no ha visto al fantasma? —insistió Cheste, sonriendo.

—¿Al fantasma...? —El asombro de Aurora iba en aumento. De pronto rompió a reír—. Bromitas, ¿eh? —Y agitó una mano con desenfado en amistosa amenaza.

Alguien abrió la puerta del corredor.

—¡Mi querido colega...!, ¿dónde está ese fantasma? —Y el recién llegado se dirigió a Cheste, con los brazos abiertos.

Era un Carlos Ruiz Haedo bullicioso el que entraba.

Lo que no pude comprender fue que lo llamara colega a Bernal. Pero no tardaría en saberlo.

Castil avanzó al encuentro de Carlos.

—¿Quién diablos...?

Mi primo lo detuvo.

—No se precipite, comisario. Veamos qué nos dice este adorador de Baco. —Se volvió a Carlos—. Mi joven amigo, se trata de un hijo de la noche...

—¿Un hijo de la noche...? —El ebrio se mordió un dedo, pensativo—. Por la noche, hay junta de leones en los jardines...

—Y se dejó caer sobre un sillón. Casi encima de Quelño.

Cristián Yarce lo miraba, con la impaciencia propia de su temperamento.

—¡Qué poético un león amante de las flores!, ¿verdad?
—dijo Carlos, dirigiéndose al magistrado—. ¡Esos rugidos armoniosos..., la melena flotando al viento...! ¡Qué aire de jungla...!
—Y aspiró profundamente.

Wifredo Z. Quelño lo miró de reojo, haciéndose el desentendido.

—¡Oh..., el encanto de la selva!, ¡cuánta poesía! —prosiguió Carlos. Y dirigiéndose a Cheste—: Usted es poeta, ¿verdad? Cheste le sonrió, alzando las cejas.

—Eso dicen —repuso con sencillez—. Habladurías de la gente...

—¡Yo también soy poeta! —exclamó Carlos, con regocijado orgullo—. ¿Usted sabe lo que es un poeta?

—He llegado a suponerlo.

—Un poeta es el confidente lírico...

Bernal dejó a Carlos, que continuó monologando...

—... que derrama en perfiles de letra el eco eterno de lo inmortal...

Aurora paseaba sus ojos expresivos de uno a otro de los presentes. Y los detuvo en Cheste.

Mi primo sacudió una imaginaria mota de polvo de su manga y despidió a la mucama.

—Muchas gracias, señorita. La llamaremos si llegamos a precisarla.

—Estoy a su disposición, señor —respondió ella, en tono zalamero. Y se alejó, contoneando su cuerpo juncal.

Bernal contempló el andar airoso de la muchacha hasta que hubo franqueado la puerta. Entonces se volvió a mí, haciendo un gesto de inconfundible traducción.

(*¡Era lo que faltaba...!*).

—Las declaraciones de esa criada han sido de gran interés —dijo el capitán—. Nos van a servir de mucho.

—Y estoy convencido de que será una fiel aliada nuestra —añadió Quelño, mirando a Cheste maliciosamente.

—... es el traductor de las esencias abstractas... —continuaba el borracho, agitando un índice indeciso.

Yarce parecía dudar. Por un momento creí que sacaría a Carlos por el cuello. Pero no lo hizo.

—¿Qué esperas obtener de este caballero? —le preguntó a mi primo.

—*In vino veritas* —se apresuró a decir Quelño, que confiaba ingenuamente en que Carlos hiciera alguna revelación.

—¿Usted cree, Wifredo? —inquirió mi primo, escéptico.

—... el reivindicador de las manifestaciones humanas...

Patricio Castil estaba molesto. Se movía nerviosamente, mirando de vez en cuando al beodo, de quien nosotros nos habíamos desentendido. Por fin decidió llegarse hasta la puerta, haciéndolo al tiempo que entraba el sargento Chamorro.

—Ya podemos empezar con la familia... —anunciaba este, escupiendo pedazos de toscano.

—¿Qué te parece, Bernal? —consultó el prefecto.

—Considero indicado un parrafito con Raquel. ¿Estás de acuerdo?

—Desde luego —convino Yarce. Y volviéndose al juez—: ¿Y usted, Wifredo?

—Como les parezca —contestó algo amoscado—. Desde que mis funciones han sido usurpadas por un mozalbete... —Y completé la frase, señalando a Cheste con un movimiento de cabeza— desnaturalizadas por el culto adocenado de la apariencia...

—¿Voy a buscar a la señorita, capitán? —demandó Castil. El prefecto se dirigió a nosotros.

—Estoy pensando que podríamos ir a la biblioteca...

—No es mala idea —apoyó Quelño.

—Sí; aquellos sillones son más cómodos —rubricó Bernal.

—... es un contemplador de la naturaleza, de la vida...

—¿Qué hago con este pájaro cantor? —gruñó Castil.

—¿Pájaro...?, se eleva como un pájaro, buscando la sustancia de lo bello...

Cuando nos levantamos para dirigirnos a la biblioteca, Yarce lo tomó de un brazo, sacándolo al corredor.

—Vamos, Carlos.

Luego cerró la puerta con llave, y nos alejamos.

Chamorro quedó vigilando la entrada, junto con el agente Romero, hombre ya entrado en años, alto y seco, de piel apergaminada, que montaba guardia en una puerta de barrotes de hierro que, al término del corredor, allí donde hacía un martillo, se abría al jardín.

—¡Comisario! —invocó Cheste—. Haga el favor, a ver si alguno de sus hombres puede encargarse de este fulano. —Y señalaba a Carlos que, tambaleante, se caía encima de él—. Que le den un *ginger ale*.

—... creando poesía que es forma de línea pura...

El agente Fresnedo, uno de los hombres más capacitados de la Brigada Especial, de cara nerviosa, nariz aguilena y mirada dura, se ocupó de Carlos, llevándose lo.

Cuadro décimo

El mismo día, a las 17:40 hs. En Juncal 1502

No hacía mucho que esperábamos en la biblioteca, cuando el mucamo Soto nos anunció la presencia de Raquel Ruiz Haedo.

La joven entró echando hacia atrás un mechón de cabellos rojos, como certificando su actitud altanera. Vestía un traje de hilo amarillo, de dos piezas. Chaqueta ajustada, con grandes bolsillos cuadrados, y falda que cubría apenas las rodillas. Un pañuelo de lunares castaños rodeaba su cuello.

—Veo que vuelven a precisarme... —dijo, mirando a Yarcé con ojos desafiantes.

—Es cierto, señorita, aunque no será por mucho rato —replicó el prefecto, tratando de ser amable.

E inició el cuestionario.

—¿Recuerda usted, señorita, a qué hora abandonó la mesa el escribano Escudero, la noche que murió?

—Sí, señor —afirmó ella, con su agradable voz cristalina—. Rubén y yo dejamos la mesa alrededor de las nueve menos veinte.

—¿Recuerda usted adónde fue él?

—Yo lo acompañé hasta la puerta de su departamento. Y allí me dijo que permanecería esperando al senador Lascano, con quien estaba citado.

—¿Se detuvo usted mucho rato con él?

—Unos cinco minutos.

—¿Y regresó usted por el corredor hasta el hall?

—Sí, señor.

—¿No encontró a nadie en su camino?

—Encontré a mi padre, que entró aquí.

—¿Cuánto tiempo estuvo con su padre?

—Tres o cuatro minutos, a lo más.

—¿Qué hizo usted después?

—Me reuní con mi tía y mis hermanos, que me esperaban en el antecomedor para jugar al bridge.

—¿Hasta qué hora jugaron?

—Hasta las diez menos veinte; hora en que mi tía se levantó indignada porque mi hermano Carlos no dejaba de beber.

La entrada del senador Ruiz Haedo puso fin a la entrevista.

—Buenas tardes, caballeros. Ustedes dispensen... —Y se dirigió a su hija—: Raquel, tu tía te precisa.

La atractiva muchacha salió saludándonos con una sonrisa nada espontánea.

No fue menester una elevada dosis de perspicacia para comprender que nuestra presencia no resultaba grata al senador conformista. Ni mucho menos.

—Hay un hecho grave que le concierne a usted directamente, y que debemos considerar —le dijo Yarce.

—¿De qué se trata? —inquirió Ruiz Haedo con mal disimulada impaciencia, al tiempo que se sentaba delante de su escritorio.

—Es el caso que nos hemos enterado de que los picaportes de las puertas del departamento de Escudero, fueron repasados inmediatamente después del primer baño de su secretario.

—¿Y qué hay con eso? —El senador clavó en Yarce una mirada viscosa.

—Que cuando encontramos el cadáver del escribano, hallamos en el pestillo interior de la puerta del dormitorio, que

da al corredor, unas huellas digitales que fotografiamos. Del examen de esas impresiones, hemos concluido en forma terminante, que una de ellas corresponde a los dedos pulgar, índice y mayor de su mano izquierda.

—No tiene nada de particular que Rubén...

—De su mano izquierda de usted —lo interrumpió el prefecto, recalcando con energía la última palabra.

—No comprendo, capitán.

—Me comprenderá mejor cuando le diga que eso demuestra que usted ha estado en el dormitorio de Escudero, después de que su secretario entró en él por última vez —remachó Yarce en el mismo tono enfático—. En una palabra: usted se encontraba en el dormitorio del muerto, durante el crimen o inmediatamente después. —Y agregó, bajando la voz—: Tenga usted en cuenta que cuando Méndez golpeó a la puerta de Escudero, esta estaba cerrada con el resorte, y que, según usted mismo ha declarado, no existe otra llave de la citada puerta.

El senador impresionaba como un tigre acorralado.

(¡Maldito seas!).

Y barbotó, casi amenazante, una respuesta que no era tal...

—¿Es que pretende usted insinuar...?

—Que su situación no es del todo clara —concluyó serenamente el prefecto.

Antonio Ruiz Haedo contrajo los músculos de su cara, tratando de borrar toda expresión. Y en la sonrisa sarcástica que luego dibujaron sus labios hocioides, creí sorprender la huella sinuosa de sus pensamientos.

(¡No va a ser tan fácil...!).

E inclinándose sobre el escritorio, se encaró con Cristián Yarce.

—¿En qué se basa para decir eso? —le preguntó con acento conciliatorio—. Supongo que no será en esa huella

digital; considere que pude haberla dejado en cualquier otro momento.

—¿En cuál? —demandó Cheste, contrayendo las comisuras de sus labios burlones.

—Pues... en una de las veces que entré en el cuarto —respondió el senador, con desdén.

—¿Ah, sí?, ¿entró muchas veces?

—No me he entretenido en contarlas.

—¿No? ¡Qué lástima! —exclamó Bernal, con aire desconsolado.

—Lamento no poder ayudarlos en eso —dijo el senador, buscando terminar con la cuestión.

—No se aflija demasiado —replicó Cheste—. Yo me acuerdo muy bien de sus entradas en el dormitorio. —Y agregó con acento conmemorativo—: Desde que descubrimos el cuerpo de Escudero, usted visitó tres veces el departamento antes de ser fotografiado el picaporte. La primera, poco después de llegar nosotros; la segunda, con Zelada, cuando este reconoció el cadáver y la tercera, con los empleados de la funeraria. —Y cambiando el tono—. En esas tres ocasiones, yo me cuidé muy bien de que usted no tocara el pestillo que me interesaba, y lo que hice con usted, lo he hecho con todo el mundo. A eso añada que mientras Escudero estaba ausente de sus habitaciones, ni usted ni nadie podían entrar en ellas, por cuanto él candaba sus puertas, llevando consigo las llaves. Y como no existen más que las de su llavero... —Bernal dejó resbalar la frase.

Antonio Ruiz Haedo lo midió con expresión retadora.

—No le tolero esa reticencia.

—Perfectamente. Le prometo retirarla si usted me solventa una pequeña dificultad. —Con un gesto atajó al senador, que amagó hablar—. No me interrumpa, haga el favor. —Y prosiguió—: Cuando nosotros nos retiramos del velorio,

a las cuatro de la madrugada de ayer, el departamento quedó cerrado con llave, y esa llave única estaba en el llavero de su secretario, del cual se incautó el capitán Yarce. Ahora bien, el capitán no se separó de nosotros, luego, afirmo que él no pudo entrar después de nuestra partida. Tampoco se ha separado de la llave, luego, nadie ha podido entrar con esa llave. Empero, es evidente que alguien ha entrado, pues tenemos suficientes pruebas de ello. Para entrar, es indudable que necesitaba llave, por consiguiente, existe otra llave. —Se encogió de hombros, con una sonrisa indefinible—. A menos que el incógnito visitante, que perdió un guante en su expedición, haya entrado por ósmosis...

El jefe conformista palideció visiblemente. Parecía aplastado por el razonamiento de Cheste. Permaneció silencioso, pero había un pensamiento claro que reflejaba su mirada.

(¡Un guante...!).

Ante su mutismo, Bernal insistió.

—Le reitero mi pregunta, senador: ¿sabe usted quién entró en el departamento de Escudero y con qué llave?

El interpelado eludió la respuesta.

—No se me oculta el alcance de sus palabras —dijo con su pluvioso ceceo—. Veo claramente que sobre mis huellas digitales se ha elaborado una grave sospecha contra mí. Muy bien, los desafío a que me acusen criminalmente, que yo sabré proceder como corresponda —terminó con insolente desprecio.

Wifredo Z. Quelño intervino, tratando de suavizar la situación.

—Se precipita usted, senador —advirtió, en tono transigente—. En mi carácter de juez de Instrucción que entiende en el caso, declaro que no está usted bajo sospecha, más que cualquiera otra persona que frecuente su casa. —Y agregó con leve reproche—: No nos mueve ninguna prevención contra usted;

sin embargo, usted se muestra beligerante. Lo exhorto a que recapacite y no ponga obstáculos a nuestra encuesta, que ya tropieza con demasiadas dificultades.

Antonio Ruiz Haedo no depuso su hostilidad, aunque masculló unas palabras de desdeñosa aquiescencia.

—Está bien, está bien... —Y miró para otro lado.

Yarce se arrellanó en el sillón que ocupaba, y dejó oír su voz incisiva.

—Cuando usted se levantó de la mesa la noche del crimen, vino a la biblioteca, ¿verdad?

—Sí —respondió el otro, torciendo la boca.

—¿Recuerda usted dónde se sentó?

—De espaldas a la puerta, en aquel sillón circular —explicó el senador, señalando el que se encontraba frente a una mesita, en el ángulo noroeste de la estancia.

—Usted ha declarado ayer que oyó pasar a Méndez en dirección a las habitaciones de Escudero, ¿podría recordar qué hora era cuando regresó?

—No, no me sería posible.

—Pero recordará usted si tardó mucho en volver... —terció Cheste, insinuante.

Ruiz Haedo lo miró intensamente.

—No puedo dar una respuesta categórica, pero creo que Méndez no tardó más de tres minutos entre los dos viajes que hizo por delante de esa puerta —repuso, señalando la de la biblioteca que daba al corredor. Y añadió, con un dejo de ironía—: Si es eso lo que usted quiere saber...

—Exactamente; eso es.

—¿Cree usted que alguien pudiera entrar al corredor por la puerta enrejada que da al jardín, sin que usted lo oyera? —demandó Yarce, distendiendo sus cejas espesas.

El senador se quedó estupefacto.

—¿La puerta enrejada...? —exclamó—. ¡Si hace dos años que no se abre...!

—¿Cómo es eso?

—Muy sencillo. La llave se perdió, quedando la puerta candada, y nadie se preocupó por ella. Por otra parte, era una salida que apenas se usaba.

—¿Está usted seguro de que nadie se preocupó por ella? —inquirió Cheste, encendiendo un Perahuí.

—Seguro, no puedo estarlo, pero no creo que tenga importancia ese detalle —replicó el senador, con displicencia.

Un momento después, se excusó pretextando un compromiso y subió a sus habitaciones.

Yarce se llevó una mano a la cabeza, rascándose pensativamente la nuca.

—Ese hombre tiene la inquietud del culpable, ¿no les parece? —planteó.

—Acepto que está inquieto, que algo lo preocupa, pero no por eso ha de ser culpable —arguyó Cheste, lanzando coronitas de humo.

—Quizá Escudero sospechara de él... —sugirió el prefecto, buscando reforzar su posición.

—No me parece suficiente esa posibilidad de motivo —opuso Quelño, alzando un brazo. Y agitando la mano.

—Puede que tenga usted razón, pero, en cambio, los demás factores se prodigan con largueza —contestó Yarce—. Sobre las oportunidades que tuvo el senador Ruiz Haedo para asesinar a su secretario, los hechos son más elocuentes que las más atinadas deducciones.

Bernal Cheste fumaba plácidamente, escrutando los estantes repletos de libros. Habló sin abandonar su laxitud.

—Si tu hipótesis fuera exacta, deberíamos convenir que el asesino de María Urrutia y el de Rubén Escudero son dos personas distintas.

—¿Cómo...?

—Así —manifestó Bernal—: El asesino de María Urrutia cometió la espantable idiotez de abandonar unos trapos en el balcón. De las manchas de esos trapos pude extraer varios detalles sobre la personalidad del individuo, y ese sujeto tiene ambos pies normales. Ruiz Haedo no; por consiguiente, no es Ruiz Haedo, mejor dicho, no es Antonio Ruiz Haedo.

—Pero la muerte de Escudero...

—En la muerte de Escudero, el senador nos ha regalado sus preciosas huellas dactilares en el picaporte interno de la puerta del corredor.

—¡Nada menos...!

—Y nada más... —retrucó Cheste—. Eso no demuestra que él haya cometido el crimen. Personalmente me inclino a suponer que Ruiz Haedo entró en el dormitorio con ánimo pacífico, casi distraído. Porque si hubiera ido dispuesto a matar a Escudero, no habría cometido el error de entrar sin guantes, cuyo porte es la precaución fundamental de todo delincuente.

—Muy bien, entró con espíritu pacífico, casi distraído... —se mofó Yarce—. Pero una vez dentro, mató a Escudero.

—Y se volvió tan precavido que no dejó señales en ninguna parte, ni siquiera en la canilla o en el calefón —comentó Cheste, con indolente sarcasmo—. En cambio, nos abandonó la marca del picaporte. ¡Qué cosa!, ¿no?

El prefecto del SIC movió la cabeza lentamente como un péndulo.

—Los criminales —empezó diciendo— obran siempre bajo la influencia de estados anormales que provocan la comisión de yerros, favorables luego al investigador. Además, nuestro hombre pretendió hacernos creer en una muerte casual...

Bernal Cheste detuvo su mirada en las cortinas que ocultaban la puerta que daba al comedor.

—Una muerte casual, ¿no? —pronunció quedamente, sin apartar su vista del cortinado, que se agitaba apenas—. Puede pasar, señora —invitó de repente—. Aquí estará más a gusto.

La cortina se abrió como si se rasgara, dejando paso a Gertrudis Ruiz Haedo. Vestida de negro, como cuando la vimos en lo alto de la escalera.

Era muy parecida a su hermano Pedro, y de su misma estatura. Delgada y tiesa, rodeaba su cuello descarnado y largo con una gargantilla de seda negra. Su abundante cabello blanco lo recogía detrás de sus orejas, de las que colgaban sendos zarcillos de azabache. Pendientes de su cintura llevaba unos impertinentes armados en oro. La fiereza de sus ojos grises, la reciedumbre de su mandíbula y la magnitud de su boca de labios finos, daban a su persona una expresión masculina, que se veía reforzada por el tamaño de sus pies. Usaba cofia blanca.

Se detuvo a pocos pasos de la puerta, mirándonos alternativamente. En sus pupilas fulguraba un desprecio infinito.

—Ya les dije que no es aquí donde deben buscar —dijo, arrojándonos las palabras—. No me han hecho caso, y el asesino se burla de ustedes. ¡Je, je...! —Su risa chirriante era como el sonido de un cuchillo raspando en el plato.

Un gato negro entró en la biblioteca, saltando a los brazos de su ama.

—No entiendo lo que usted quiere decir... —manifestó el capitán.

—No entiende porque no quiere —replicó la anciana—. ¿Se fijaron acaso en la puerta enrejada que da al jardín? —Se acercó lentamente al prefecto—. Una tarde yo estaba en el jardín y oí voces que partían del corredor. Al levantar la cabeza noté que la puerta enrejada se abría, y alguien vino hacia mí preguntándome por Raquel.

—¿Quién era ese alguien? —preguntó Quelño, ansioso.

—¡Je, je...! —volvió a reír—. ¿Todavía no comprenden?
—Hizo una pausa—. Era Reinaldo Lascano.

—¡...!

—Y aún no dije nada —previno Gertrudis, acariciando la cabeza del gato—. Al día siguiente yo quise pasar por esa puerta y la encontré candada.

Sin esperar más, Castil salió precipitadamente de la habitación.

—La dichosa puerta está cerrada con llave —anunció cuando hubo regresado.

—Ayer de madrugada, cuando tiraron el sobre con la piedra, yo salí con ánimo de revisar el jardín y la puerta estaba candada —observó Yarce, con aire meditabundo.

La mujer no prestó atención a las palabras del prefecto. Tomó asiento en un sillón y dejó el gato en su regazo. Nosotros, que nos habíamos levantado a su entrada, también nos sentamos. Por segunda vez, Gertrudis Ruiz Haedo nos observó a través de los cristales de sus impertinentes. Que lo eran.

—Como ustedes sabrán —comenzó en tono glacial—, la casa de mi hermano Pedro comunica por los fondos con esta. Continuamente, Antonio y sus hijos van allá pasando por el jardín, y lo mismo hacen los otros para venir aquí. —Y añadió con aspereza—: Yo jamás piso esa casa; nada hay bueno en ella. Sin embargo, tengo que soportarlos...

—¿Qué nos dice usted? —fingió sorprenderse Cheste—. Yo creía que el contralmirante era una buena persona.

—Es un ambicioso, capaz de cualquier cosa con tal de lograr sus fines.

—¿Capaz de matar...?

Gertrudis Ruiz Haedo miró largamente a mi primo.

(¡No me harás decir lo que no quiera...!).

—Mi hermano tiene un carácter muy irascible... —dijo al cabo.

—Sin embargo, me han dicho que usted es muy amiga de su esposa —expresó Cheste, poniendo cara de ingenuo.

—¿Yo...? ¿yo... amiga de esa mujerzuela impía? ¡Usted delira, señor mío...! —Su indignación era legítima. Y su voz, chillona.

—Pues yo tengo muy buenas referencias de ella.

—Sí, sí, ¡buenas referencias...! Nadie sabe de dónde vino Esther Latour... ¡Es una aventurera...! —pronunció con desprecio—. Tengo entendido que fue bailarina —murmuró luego con una mueca de desagrado.

—¡Pero, señora...! —protestó Cheste—. Una bailarina puede ser una buena mujer...

—¡Una desvergonzada, eso es lo que es! ¡Buena mujer, y bailaba casi desnuda, vestida con cuatro plumas, delante de un público degradado!

—¡Pero estaba en el escenario...! —arguyó Cheste.

—¡Y qué...!, ¿pretende acaso disculparla?

—No, señora, si usted la condena —repuso Bernal, con falsa galantería—. Pero, ¿usted ha oído hablar de Adán y Eva?

—¿Cómo si he oído?! —se extrañó la vieja dama—. Sepa usted que he leído mucho sobre nuestros primeros padres.

—¿Y cómo cree usted que estaba Eva en el Paraíso? —demandó mi primo, con amable sonrisa.

Gertrudis no contestó.

Prefirió ensañarse con su cuñada. Nos dijo que había engatusado al contralmirante, obligándolo a casarse para disfrutar de su fortuna. Que era veinte años menor que él y que le gustaba salir con hombres jóvenes. Que era gran amiga del teniente de navío Enrique Ayala y que la gente murmuraba... En fin, que era una mujer escandalosa.

Yarce creyó oportuno interrumpir tanta malsindad y desvió la conversación.

—¿Cómo sabe usted, señorita, que el asesino se burla de nosotros? —preguntó, con cierta brusquedad.

—La puerta enrejada puede abrirse...

—Pero Reinaldo Lascano...

—Eso pasó una sola vez —interrumpió la mujer—. Por el jardín se viene de casa de mi hermano Pedro...

Gertrudis Ruiz Haedo se puso de pie, depositando el gato en el suelo. Luego se irguió altivamente y se dirigió a la puerta.

—No olviden, policías, que el crimen es un hijo de la pasión.

Me sentí molesto. No sé si el dictado de policía tendría que ver en ello, pero lo cierto es que estaba incómodo.

—¡Vamos, Benito! —animó la anciana, llamando a su gato.

Y se fueron.

Wifredo Z. Quelño siguió con sus ojos la lenta marcha del felino.

—¡Mire que llamarlo Benito...! —murmuró entre dientes.

—¿Le parece un nombre demasiado patricio para un mamífero carnívoros? —se interesó Cheste, con afable solicitud.

—¡No es que sea patricio...!, pero, al fin y al cabo, es nombre de persona.

—¡Y bueno...!, como tiene el pelaje negro tan espeso, parece que llevara camisa —justificó Cheste. —Y las camisas, mi querido magistrado, suelen usarlas las personas —terminó, con intencionada sonrisa.

(Y algunos políticos...).

Cristián Yarce odiaba las digresiones. Era un hombre lleno de buen sentido, pero carecía de sutileza y no se apartaba nunca del tema central de sus conversaciones.

—Lo que no puedo comprender —dijo— es por qué el criminal puso los zuecos de baño al lado de la puerta del corredor por qué sacó una segunda muda limpia.

—Sin embargo —replicó Cheste con voz cansada—, es fácil de comprender.

—¿Te parece?

—Sí. El asesino hizo todo eso para que nos diéramos cuenta de que era incomprensible. O sea, para que tuviéramos la prueba de que se trataba de un crimen.

El prefecto saltó de su asiento como galvanizado.

—¡Estás loco! —gritó, gesticulando—. No puede ser; es completamente absurdo.

—¡Ilógico! —apoyó Quelño, de buena gana.

—Precisamente por eso —alegó mi primo, con serenidad—. Porque es ilógico para nosotros, porque es aparentemente absurdo, es lógico para el Desconocido, terriblemente lógico.

—No entiendo —confesó Castil.

Desde luego, Castil era el más sincero de todos nosotros. Pues en realidad, ninguno había entendido.

Cheste se acercó a Yarce, permaneciendo de pie y apoyándose en el escritorio de Ruiz Haedo.

—Quiero decir que nuestro Desconocido ha cometido su segundo crimen, dándole la apariencia de un suicidio —explicó, hablando pausadamente—. Ahora bien, los hechos que nos parecen absurdos, como meter el cadáver en el baño, poner los zuecos al lado de la puerta del corredor y sacar la muda limpia, han tenido un fin determinado, han sido realizados por algo. Ese algo no pudo ser otro que pretender insinuar el asesinato. Y así ha sido: gracias a esos indicios hemos establecido la existencia del delito. —Hizo una pausa, que aprovechó para encender un cigarrillo—. Y además, por si no nos bastaba con eso, nos dejó el juguete en el baño.

—Será como tú dices... —admitió Yarce—. Pero yo no veo la lógica del criminal. La vería si pretendiera disimular su crimen, pero que busque hacernos creer en el suicidio, para luego convencernos él mismo de que fue un asesinato, es algo que para mí no tiene asidero. ¡Es una locura!

—Exactamente —corroboró Cheste—. Es una locura, una peligrosa locura. Porque el Desconocido quiere que sepamos que se trata de un crimen, y lo quiere... —Se interrumpió, mirando fijamente a su interlocutor—. La Fisiognomía, Cristián, la Fisiognomía... —le dijo—. Tu signo catastrófico se cumple... Ya estás frente a lo desagradable, a lo siniestro, a lo tortuoso...

—¿Por qué lo quiere...? —estalló el prefecto, iracundo.

—¿Por qué lo quiere, me preguntas? —Bernal meneó la cabeza—. Pues, para que otro pague por su crimen.

—¿¡Qué dices...!?

—Para que pague por su crimen alguien a quien busca perder. Quizás un hombre con pies defectuosos...

—¿Crees que...?

—Puede que así sea —intervino Quelño, súbitamente—. Pero, ¿por qué entró a arreglar la colcha?; ¿qué necesidad tenía?; ¿dónde está la lógica?

Cheste lo contempló con cara de aburrido.

—Si usted supiera quién fue el que arregló la colcha, encontraría muy natural que lo hiciera.

—¿Acaso sabe usted quién es?

—¡Natural, hombre! Hace rato que lo sé.

—¡Ah...!, muy bien —aprobó el juez, en son de burla—. Y naturalmente, también sabrá quien perdió el guante, ¿no?

Bernal Cheste se apartó del escritorio.

—Sí —respondió con displicencia—. Y a propósito de guante, ¿no les parece hora de marcharnos? Ya son las siete —concluyó, consultando su Audemars-Piguet.

Cuadro onceno

Domingo 23 de enero, a las 10 hs. En el SIC

Aquella mañana nos habíamos reunido con el juez Quelño y con el comisario Castil, en el despacho del capitán Yarce.

El prefecto leía un resumen de las actividades de los habitantes de la casa del senador Antonio Ruiz Haedo en las horas que precedieron a la muerte de Rubén Escudero.

Helo aquí:

17:00 hs. Escudero ordena a Méndez que le haga preparar un baño y una muda de ropa.

17:30 hs. Escudero se dirige a su departamento.

18:10 hs. Escudero es visto por Méndez en el vestíbulo. Bañado y afeitado.

18:15 hs. Escudero asiste a la reunión de los interesados en el testamento de la señora María Urrutia de Ruiz Haedo.

20:00 hs. Escudero cena con la familia Ruiz Haedo.

20:40 hs. Escudero se dirige a sus habitaciones, acompañado por Raquel.

20:45 hs. Raquel deja a Escudero y se dirige al vestíbulo, encontrando a su padre en el camino.

20:49 hs. El senador Ruiz Haedo entra en la biblioteca. Y Raquel se reúne con su tía y sus hermanos para jugar al bridge.

21:10 hs. Méndez atiende la llamada telefónica del senador Lascano.

21:13 hs. Méndez se dirige al departamento de Escudero para comunicarle el llamado de Augusto Lascano. Al pasar por

delante de la biblioteca, ve sentado a Antonio Ruiz Haedo de espaldas a la puerta. Golpea en la puerta del dormitorio del escribano, que halla candada. Oye el ruido del agua al caer en el baño.

21:30 hs. El juez Quelño llama en el 1280 de Paraná, sin obtener respuesta.

21:40 hs. Se encuentra el cadáver de Escudero.

Cuando terminó de leer, Yarce puso la hoja sobre su mesa. Echó hacia atrás su sillón giratorio y cargó su pipa.

—¿Qué puede extraerse de este apunte? —preguntó, en general.

Wifredo Z. Quelño se creyó lo suficientemente autorizado como para satisfacer la pregunta.

—Que el senador Ruiz Haedo no puede ser culpable —expresó, seguro de sí mismo—. Ni tampoco su hermana Gertrudis, ni los mellizos, ni Raquel. Creo que está bien claro.

El comisario Castil no compartía su punto de vista.

—Entonces nadie puede ser, ¿verdad? —dijo con rabioso acento—. Si no fue suicidio y nadie pudo matarlo, ¿cómo diablos se murió? —Tomó la hoja de encima de la mesa y la leyó lentamente. De pronto, se irguió y comenzó a medir la estancia dando zancadas.

—¿Qué le preocupa, comisario? —indagó Cheste, frotándose las uñas distraídamente.

Castil se encaró con mi primo.

—Me preocupa el mayordomo. Él pudo cometer el crimen —afirmó, rascándose su aplastada nariz—. Hemos tomado sus declaraciones como ciertas, ¿y si hubiera mentido...?

—Continúe, comisario —lo animó Yarce.

—Méndez ha declarado que cuando él golpeó la puerta del dormitorio de Escudero, para comunicarle el llamado del senador Lascano, dicha puerta estaba cerrada, con el resorte del Schlage

corrido. Y que él, Méndez, no insistió porque oyó el ruido del agua al caer en el baño y supuso que el escribano se estaba bañando.

—Y bien...

—Supongamos que Méndez nos ha engañado y que el resorte no estuviera corrido. ¿Qué hace Méndez? Abre la puerta, entra, mata a Escudero, hace todo el lío de los zuecos y la segunda muda, y sale dejando la puerta cerrada, sin el resorte, como la encontró. Vuelve al teléfono y contesta al senador Lascano que Escudero está en el baño.

Cuando terminó de hablar, Castil paseó por nosotros una mirada de triunfo.

—Muy bien, comisario. Su teoría es digna de alabanza —aprobó el prefecto—. Y de ser cierta, Méndez se habría creado una espléndida coartada, que nos resultará difícil destruir.

—¿Por qué difícil...? —inquirió Quelño.

—Porque, si bien Méndez ha sido el único en declarar que la puerta estaba candada cuando él llamó, nadie más que él ha admitido haber llegado hasta ella. Por eso es imposible desmentirlo —solventó el prefecto.

Castil aún no había terminado.

—No olvide, capitán, que el senador Ruiz Haedo no recuerda con seguridad el tiempo transcurrido entre ambos pasajes de Méndez por delante de la puerta de la biblioteca.

Confieso que no me costó mucho trabajo admitir la culpabilidad del mayordomo. Aunque, en realidad, suponía que no fuera más que un instrumento del verdadero responsable, de un instigador. Porque estando la muerte de Escudero tan relacionada con la de María Urrutia, no veía yo por dónde podría Méndez sacar provecho de la desaparición de la anciana.

Sin decir una palabra, ni hacer un gesto de asentimiento o discrepancia, mi primo tomó el teléfono de Yarce y discó un número que consultó en la guía.

—¡Hola...! ¿Con el senador Lascano?

—...

—Bernal Cheste. ¡Buenos días, senador!

—...

—Muy bien, gracias. Me permito molestarlo, para hacerle una pregunta de capital importancia. ¿Recuerda usted su llamada a Escudero en la noche del jueves 20?

—...

—¿Cuánto tiempo esperó usted la respuesta?

—...

—¿Cómo...? ¿Unos cuatro minutos?

—...

—Muy bien, senador. Muchas gracias y dispense...

—...

—¡Adiós, senador..., buenos días!

Colgó el tubo y se volvió a nosotros. Cinco arrugas surcaban su despejada frente.

—¿Creen ustedes que Méndez pudo ir hasta el departamento, matar a Escudero, fraguar la puesta en escena y regresar al teléfono, todo en cuatro minutos?

Castil permaneció pensativo, como si todavía creyera que su hipótesis no estaba del todo descartada.

(¡Ese hipócrita de Méndez pudo volver...!).

Cristián Yarce contemplaba con aire ausente el rostro cuadrado del comisario.

—Acepto que Méndez no haya tenido tiempo —dijo, volviéndose a Cheste—. Pero Antonio Ruiz Haedo dispuso del necesario... Antes o después del paso de Méndez.

—Hay algo más, capitán —observó Castil, liando un cigarrillo de tabaco negro—. El senador Ruiz Haedo no supo decir la hora en que Méndez pasó de vuelta, y Méndez ha declarado que no vio al senador en la biblioteca, cuando volvía del depar-

tamento de Escudero, siendo necesario que el doctor Cheste le planteara un dilema explícito para que él admitiera que no se había fijado.

—De acuerdo con lo que el senador Lascano ha contestado hace un rato, Méndez pasó, con seguridad, tres minutos después de su primer viaje —señaló el prefecto—. Pero Ruiz Haedo pedía no estar en la biblioteca.

Cheste dilataba sus ojos pardo verdosos, girando la cabeza y contrayendo los músculos del cuello.

—¡Pero cómo...! ¿Algo tan vulgar como que una persona no reparó en otra, o que esta no sepa la hora en que pasa la primera, puede dar lugar a teorías...? —se extrañó.

Cuadro doceno

Lunes 24 de enero, a las 15 hs. En el SIC

Por aquellos días todos los periódicos de Buenos Aires, y de la república entera, se ocupaban en forma especialísima de la muerte del escribano Escudero y de su indudable conexión con el asesinato de la señora María Urrutia de Ruiz Haedo.

Los diarios sensacionalistas multiplicaban su tirada, agitando el señuelo de los grandes titulares. Las ediciones extras lanzaban al comentario público toda suerte de detalles sobre el suceso y sobre las personas directa o indirectamente vinculadas al muerto.

Se escudriñaba la vida privada de cada uno, se ponía en tela de juicio la honestidad de todos y se deformaban los hechos, al paladar de cualquier redactor desaprensivo. Hasta la política rastrera hizo su baza en aquella timba del escándalo.

Era el pasquinismo desbordado.

Estábamos en el despacho del prefecto, hojeando los diarios de la mañana y de mediodía, comentando las noticias publicadas, ciertas unas y no tan ciertas las más, cuando Mauricio Baena, reportero policial de *Prensa Gráfica*, irrumpió en la habitación.

Era un muchacho pecoso, de cara risueña y figura atlética. De ojos vivarachos y acción resuelta. Vestía un saco ladrillo, a la cazadora, y pantalón de franela gris.

—Aquí tiene, señor —dijo, tendiendo a Yarce un sobre azul de tipo comercial—. El director me mandó para que usted la leyera antes de publicarla. Es otra carta de Un lector.

—¿De Un lector?

—Sí, señor —confirmó el periodista.

—Parece que se ha entusiasmado por la publicación de la primera y ahora se lo ha tomado en serio —comentó, con desenfado.

—Veamos eso —solicitó Cheste, con afectada indiferencia.

—¿Quieres que la lea? —demandó Yarce.

—¡Claro, hombre...!

El prefecto se aclaró la garganta y, recostándose en el sillón giratorio, comenzó la lectura.

“Señor director de *Prensa Gráfica*:

”Aprovechando la buena acogida que en pasada ocasión me brindaran sus columnas, voy a reincidir en mi propósito de colaboración.

”He seguido con insaciable curiosidad las alternativas de la investigación que lleva a cabo el Secretariado de Investigaciones Criminales, tan eficazmente asesorado por el doctor Cheste, y de todo ello saco conclusiones que se me antojan interesantes.

”Creo vislumbrar cierta estéril obstinación en discutir la posible injerencia del senador Ruiz Haedo, personalidad a la que considero por encima de toda sospecha. Y nuevamente me permito manifestar mi opinión, basada en los hechos divulgados por la prensa y aislada por selección de miras, si se me excusa la frase.

”El comisario Castil ha tenido una idea feliz al decir que no comprendía cómo podía haber muerto Escudero si nadie lo había matado. Descartada la intervención del mayordomo Méndez, sugerida por el mismo comisario, se volvió a la situación anterior, esto es, que nadie pudo matarlo. Y si nadie pudo matarlo y su muerte no fue casual, es evidente, señor director, que Escudero se suicidó.

"Es cierto que hay detalles sugerentes de crimen en el escenario del suceso, pero no son indicios de asesinato, sino insinuaciones de un inminente suicida que, decidido a eliminarse, pretende hacer responsable de su muerte a un tercero, a quien quiere perder.

"En mi concepto, la incógnita no es el asesino, como se supone, sino la persona elegida por Escudero para hacerla aparecer como su asesino.

"Saludo al señor director con mi mayor estima,
"Un lector".

Terminada la lectura, Cristián Yarce envolvió a mi primo en una mirada irónica.

—¿Cómo rebates esto, querido Bernal? —le preguntó con no disimulada malicia.

Bernal Cheste carraspeó. Sacó una pitillera de carey y extrajo de ella uno de sus inevitables Perahuí, lo encendió con lentitud desesperante, guardó su encendedor en un bolsillo del chaleco, lanzó una bocanada de humo y no contestó.

—No tienes nada que decir..., ¿eh? —provocó el capitán, toreándolo.

Cheste lo miró con lástima.
(*¡Pobre ingenuo...!*).

Luego, se decidió a hablar. Y lo hizo en tono aburrido. Desganado.

—La carta de Un lector me sugiere una teoría definitiva, que da la solución de todo.

—¿Ah, sí?

—Naturalmente; si Escudero se suicidó, todo se resuelve. Él forzó el segundo testamento, mató a María Urrutia y quiso culpar a Ruiz Haedo, porque este no solo aceptó el arbitraje, sino que rehusó la cantidad que le había prometido por el aumento que recibía. —Dejó caer la ceniza de su cigarrillo, y suspiró profundamente—. ¡Admirable..., eh!

Yarce no ocultó su desagrado.

—¡Búrlate...!, ya que no eres capaz de refutar lo que has oído —le dijo, con aspereza.

—Olvidas un pequeño detalle —señaló Cheste, sin perder la calma.

—¿Cuál...?

—La autopsia que del cadáver de Escudero habrá ya realizado el doctor Xiquena.

Pasado un momento. Mauricio Baena se dirigió al prefecto.

—El señor de Areva me encargó que le preguntara si no había inconveniente en publicar la carta de Un lector.

—Desde luego que no —repuso Yarce, sonriendo al joven cronista—. Y dígame que agradezco mucho su deferencia.

Mi primo detuvo al muchacho, que ya se retiraba.

—¡Un momento, Baena, permítame ese sobre!

Cuando lo tuvo en su mano, lo examinó atentamente y luego hizo lo mismo con la carta.

—Nada de particular... —murmuró, devolviendo ambas cosas al reportero.

No hacía aún un cuarto de hora de la marcha de Baena, cuando fue anunciada la llegada de Wifredo Z. Quelño.

El magistrado entró hablando agitadamente.

—¡Ya está...! —decía—. Aquí traigo el informe de la autopsia. —Se detuvo frente a la mesa de Yarce, blandiendo un papel—. ¡Algo imprevisto...! —adelantó.

—¿Qué dice? —indagó Yarce, estirando una mano para recibir el informe.

Pero Quelño no se lo dio.

—De la autopsia en sí, no se ha obtenido resultado alguno —expresó el juez de Instrucción—. En las vísceras no se ha encontrado nada que pudiera haber ocasionado la muerte.

Yarce no reprimió una sonrisa de suficiencia.

Cheste tenía la vista clavada en el juez.

(Sin embargo, lo mataron...).

—No obstante —continuó Quelño—, el doctor Xiquena dictaminó que el deceso fue provocado por una parálisis cardíaca, descartando formalmente la asfixia por óxido de carbono.

—¿Un ataque al corazón?

—¿Muerte natural?

Wifredo Z. Quelño no cabía en sí de satisfacción. Él era el eje, el centro, el punto de mira... Y eso, eso le gustaba mucho al ínclito magistrado.

—Es algo más extraordinario —manifestó—. El doctor Xiquena, consciente de su responsabilidad, no se conformó con la autopsia y requirió el concurso del químico de los Tribunales.

—¿Para qué...? —se sorprendió el prefecto.

—Con el objeto de realizar un análisis de la sangre de Escudero... —repuso el juez, haciéndose desear.

Cheste fumaba tranquilamente, sin preocuparse demasiado por las noticias que Quelño nos suministraba en pequeñas dosis, que graduaba su prurito de impresionar.

Y esto disgustaba al magistrado.

—Usted, usted que se hace el distraído... —dijo, encarándose con Bernal—. ¿A que no sabe qué encontraron en la sangre de Escudero.

—Digitalina... ¿Por qué? —replicó Cheste, con dulzura.

Todos los colores del espectro desfilaron por el rostro sorprendido de Wifredo Z. Quelño.

—¿Cómo puede saberlo? —profirió, tratando de digerir su desencanto.

—Muy sencillamente. Ayer por la tarde me entretuve en analizar la jeringa que Méndez dejó caer el viernes...

—¿Y halló digitalina?

—Sí, digitalina —confirmó Bernal—. Yo no sabía que aquella jeringa fuera el arma homicida, pero en cuanto usted habló de parálisis cardíaca, ya no tuve dudas.

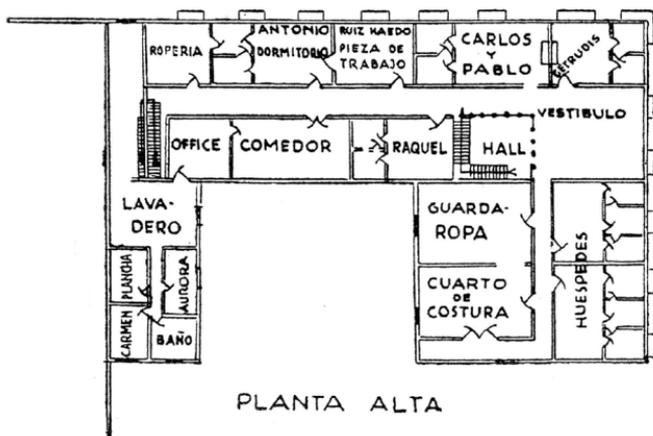
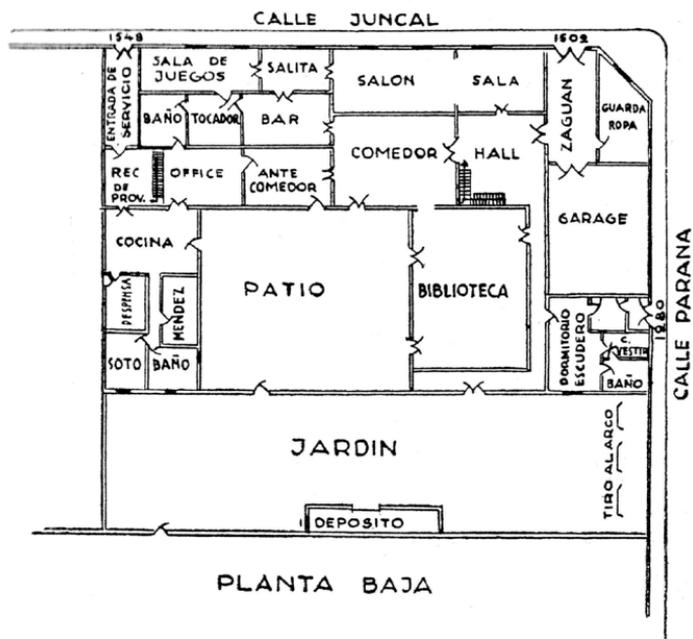
—¿Es eso cierto? —gritó Yarce, tomando a Quelño por un brazo.

Quelño asintió con la cabeza y, tomando el informe de Xiquena, lo leyó en voz alta.

—“La parálisis cardíaca que determinó la instantánea muerte de Rubén Escudero, fue provocada por la inyección intravenosa de una elevada dosis de digitalina”.

¿De quién sería la jeringa hipodérmica?

ACTO TERCERO
Un delfín perdido



Residencia de A. Ruiz Haedo

Cuadro primero

Miércoles 26 de enero, a las 18 hs. En Montevideo 1215

—**N**o, contralmirante —le decía Chestre a Pedro Ruiz Haedo, en el despacho de su casa—, no pudo ser suicidio. El doctor Xiquena ha sido terminante: la muerte de Escudero fue instantánea y, por consiguiente, si fuera lo que usted supone, la jeringa hipodérmica habría sido hallada al lado del baño.

El contralmirante Ruiz Haedo se movió inquieto en su silla. Ciertamente, hubiera preferido que Escudero se suicidara. O que nosotros lo creyéramos.

—¿Y dónde han encontrado la jeringa? —inquirió astutamente.

—Ese es un punto muy importante —respondió Chestre. Agregando—: ¿Sabe usted de alguien con motivos suficientes como para matar a Escudero?

—No lo sé y si lo supiera, no se lo diría.

—Perfectamente, quedamos en que lo sabe y no me lo dice.

—Como usted quiera —terminó el marino, encogiéndose de hombros.

Hubo un silencio embarazoso. Que quebró Yarce.

—Su hermano Antonio era un gran amigo de Escudero, ¿verdad? —preguntó a quemarropa.

—¡Oh, sí!; mi hermano lo quería como a un hijo. Y en su casa todos lo consideraban como de la familia.

—¿Qué impresión tiene usted del segundo testamento de María Urrutia?

—Ninguna. Todavía no he llegado a comprenderlo.

—¿Y sobre la muerte de Escudero?

—¡Ah!, eso parece una consecuencia, ¿verdad? —Los movedizos ojos del marino adquirieron un brillo malicioso—. Por de pronto, Ayala y Salcedo se benefician en cincuenta mil pesos cada uno...

Julio Zelada entró en la habitación, saludándonos afablemente.

—¡Qué tal..., qué tal...! —dijo, con su habitual ceremonia—. ¿De quién se sospecha ahora?

Yarce hablaba con el contralmirante.

—¿Tiene usted inconveniente en que conversemos dos palabras con su señora?

—¿Con mi señora...?

—Sí, con su señora. ¿Le parece raro?

—No, pero... Ahora no está, ha salido. Sí... eso es, ha salido.

Cheste interrogó a Zelada.

—Dígame, ¿qué cuarto ocupa usted en esta casa?

—En el segundo piso, en el costado este, tengo mi dormitorio. ¿Quiere usted verlo? —ofreció el médico, un poco escamado por la pregunta de Cheste.

—Con mucho gusto —aceptó Bernal, poniéndose de pie.

Pedro Ruiz Haedo permaneció en su despacho. Yarce y yo acompañamos a Cheste, a quien Zelada condujo hasta una escalera situada en el hall, por la que subimos al piso alto. Atravesamos una salita y salimos a un pequeño corredor, deteniéndonos delante de una puerta: la del cuarto de Zelada. Y entramos.

Cheste se asomó a una ventana, y nosotros lo imitamos. Daba al jardín y desde ella se veía también una parte del de la casa de Antonio. El campo visual terminaba en la puerta enrejada cuya llave se había perdido, y por donde Gertrudis

viera pasar a Reinaldo Lascano. No se divisaban ni la ventana enrejada del cuarto de Escudero, ni la puerta del palo que se abría al jardín del senador, desde donde Soto viera al incógnito paseante nocturno.

A una pregunta de Cheste, Zelada contestó que el suyo era el único cuarto de donde se veía el jardín de la finca de Antonio.

—¿Nunca ha visto nada de particular desde su ventana? —indagó mi primo.

—No, no tengo la costumbre de asomarme —replicó el médico, con cara ambigua—. Además, yo paso casi todo mi tiempo en el laboratorio... —Y nos señaló una pequeña construcción de material, adosada a la casa, sobre la calle Arenales.

Cheste reflexionaba en voz alta.

—¡Es raro...! En fin..., ya veremos.

Zelada lo miraba sin comprender.

—Sí, muy raro..., ¡rarísimo! —convino, con seriedad.

(¿Qué querrá decir...?).

Cheste extrajo de su bolsillo el guante que encontrara en el piso del cuarto de Escudero, la tarde de su entierro.

—¿Conoce usted este guante? —preguntó a Zelada, mostrándoselo.

—¡Cómo no...!, ¿dónde lo encontró?

—Lo encontré en el dormitorio de Escudero, el viernes por la tarde —explicó mi primo—. Si tenemos en cuenta que todas las puertas del departamento estaban candadas desde poco antes de las cuatro de la mañana de ese día, hora en que yo me retiré con mis amigos, y que no existen otras llaves confesadas que las que guarda el capitán Yarce, mi hallazgo resulta interesante, ¿verdad?

—Claro que sí —admitió el médico—. Interesante y sugestivo. ¿Ya sabe de quién es?

—Quizá lo sepa usted mejor que yo... —respondió Cheste, en tono insinuante.

—Posiblemente.

—¿Cuándo lo echó de menos?

—¡Quién...! ¿yo...? —demandó Zelada tocándose con ambas manos el pecho inspirado—. ¡Pero ese guante no es mío..., doctor Cheste!

—¿Ah, no? —resistió Cheste, desconfiando.

—De veras que no —aseguró el médico, con breve reverencia mocha—. Yo lamento causarle un desengaño, pero ese guante es de Federico Salcedo...

Bernal Cheste se mordió los labios.

(¡Menos mal que no está Quelño...!).

—¿De Salcedo?! —saltó Yarce, en el colmo de la sorpresa.

—Sí, capitán, de Salcedo —ratificó Zelada—. ¿Lo sorprende tanto que un médico use guantes...?

—No, pero...

—Pero si fuera mío, no lo hubiera asombrado tanto... ¿eh...? —lo interrumpió Zelada, riendo socarronamente.

Mi primo estaba contrariado. Pero no mucho.

—En realidad, no había pensado en Salcedo... —confesó, meneando la cabeza.

—Agradezco la preferencia de que fui objeto —cumplimentó Zelada, saludando como un caballero de capa y espada.

—En tren de equivocarme... —expresó Cheste, con buen humor—, ¿por qué tiró usted el mensaje con la piedra, a través de la ventana enrejada?

La tranquilidad con que Cheste pronunció sus palabras estuvo en razón inversa del efecto producido.

—¿Cómo lo sabes?, ¿de dónde lo sacas? —las preguntas del prefecto se atropellaban entre ellas.

Cheste lo contempló serenamente.

—La única persona que pudo mandar un mensaje diciendo que se trataba de crimen, era el doctor Zelada —afirmó, rotundo.

El aludido no se alteró.

—¿Por qué la única...? —indagó.

—Porque fue la única que, pudiendo suponer el crimen, salió al jardín, para regresar a su casa. Además, usted es médico y se precipitó demasiado cuando ofreció a su primo Antonio extender el certificado de defunción. Usted tuvo que comprender que Escudero no había muerto asfixiado, ¿no es así?

Zelada sonrió.

—Es verdad —admitió—. Cuando examiné el cadáver de Rubén, comprobé que había muerto del corazón.

—¿Y por qué no lo dijo? —increpó Yarce.

—Porque el asunto se presentaba muy extraño. Yo no podía conciliar una muerte natural con todo el aparato escénico que se había montado alrededor del cadáver. Era claro que el gas jugaba un papel importante, y que Escudero no había entrado en la bañadera por su voluntad. Fue por eso que decidí extender el certificado para evitar el escándalo y decirles a ustedes que era un crimen, como yo sospechaba, en la forma que lo hice.

—No está mal..., no está mal... —murmuró Cheste.

—¡Qué...! Mi actitud le parece sospechosa, ¿no?

—Yo no digo nada... —repuso Bernal—. En cambio, alguien me ha dicho que por el jardín se llega a casa del senador, su primo, y que la puerta enrejada se abre de vez en cuando...

—¿Cree usted que yo soy el asesino de Escudero? —inquirió Zelada, sin demostrar emoción.

—Prefiero no suponerlo —contestó mi primo, con gravedad—. Pero es indudable que alguien lo es. —Sacó un cigarrillo, y se puso a fumar apoyado en el alféizar de la ventana, mirando hacia la casa de Antonio Ruiz Haedo.

Cuando volvimos al despacho del contralmirante, este aún se encontraba allí. Yarce lo interrogó amablemente.

—¿Podría usted recordar lo que hizo durante el velorio de Escudero?

—¿En toda la noche?

—Si prefiere usted, después de las cuatro y media de la mañana.

—Eso es fácil. —El marino suspiró exageradamente y nos miró abriendo mucho los ojos—. Estuve en la biblioteca, fumando y conversando con el senador Pinel.

—¿Hasta qué hora?

—Hasta las siete, hora en que se retiró mi sobrino.

El contralmirante se sintió algo molesto por la inesperada llegada de su esposa, a quien acompañaba el teniente de navío Enrique Ayala.

Y fue entonces cuando me di cuenta del parecido físico que había entre Ayala y el mayordomo Méndez.

Pedro Ruiz Haedo nos presentó a su mujer, que nos acogió con muestras de simpatía.

Esther Latour de Ruiz Haedo arrojó sobre una silla el sombrero de paja natural que traía en la mano. Y ella se sentó en otra, cruzando sus piernas desnudas, mientras aliñaba el escote alto de su vestido verde oscuro, sobre el que se destacaba un collar de perlas grandes.

Era una mujer que pasaba apenas la treintena. Tri-gueña, más baja que alta, y de figura ondulosa, sonreía dulcemente, marcando dos hoyuelos en sus carnosas mejillas, que parecían encerrar su nariz pequeña y ancha. Su cabello negro caía en flequillo sobre la frente trapezoidal, bajo cuyos arcos brillaban sus grandes ojos oscuros. No tenía tipo de mujer fatal.

Enrique Ayala se acercó al prefecto del SIC.

—¿Ya sabe quién es el asesino, capitán? —preguntó con leve acento de burla.

—Todavía no —replicó Yarce, con severidad—. Hemos venido aquí a ver si ustedes pueden ayudarnos a descubrirlo... —Y añadió, con intención—: ¿Usted no sabe nada?

—¿Nada de qué? —Ayala fue evasivo.

—Me refiero a la muerte de Rubén Escudero.

—No, no sé nada —negó, lacónico.

Enrique Ayala saludó con una inclinación de cabeza y se retiró con su característico paso largo. El contralmirante no ocultaba su sorpresa por la actitud de su ayudante. Se había quedado de pie, con la boca entreabierta y una mano extendida, cual si hubiera pretendido detenerlo. En sus ojos se leía la duda.

(¿Qué significa...?)

—¿Le extraña, contralmirante? —demandó Cheste.

El interpelado lo miró como si no entendiera.

—¿Qué...? No, desde luego que no.

—Creía...

—¿Qué cosa?

—Nada.

—¡Ah!

Yarce se volvió a Esther Latour.

—Y usted, señora, ¿no tiene nada que decirnos?

—Me gustaría ayudarlos. Pero no sé cómo.

—¿Sabe usted algo de Escudero?

—Muy poco. No éramos amigos.

—¿Y de María Urrutia?

—Menos todavía.

—¿Y cómo la nombró a usted albacea de su segundo testamento?

—No tengo la menor idea.

—¿Sabe usted si...?

—Esther no puede saber nada —interrumpió su marido. Yarce lo miró entre indignado y curioso.

—¡Ah, no!, ¿y por qué?

—Porque no ha tenido ocasión.

—Parece usted muy seguro.

—Tengo mis razones para estarlo.

—Me gustaría conocerlas.

—Son asuntos particulares que no tengo por qué revelar.

—Se trata de un asesinato.

—Al que somos ajenos.

—Razón de más para no ocultar nada.

—Mi vida privada...

—La vida de Escudero...

Esther Latour escuchaba el diálogo entre su marido y el prefecto, con mal disimulada impaciencia. Quería decir algo; y las palabras contenidas afloraban en sus labios entornados.

(¡No quieres que hable...!).

Y de pronto rompió a hablar.

—¡Sí, yo sé! —exclamó.

—¿El qué, señora? —inquirió Cheste, solícito.

—Yo sé que ese testamento ha envenenado los espíritus.

—Estaba transformada. Sus ojos fulguraban, su pecho palpitaba agitado, sus narinas temblaban convulsivas; toda ella se volvía tensa, traducándose en palabras—. Gertrudis teme..., y hace respirar a todos un ambiente de recelo.... de duda...

—¡Calla, Esther...! —Pedro Ruiz Haedo saltó amenazador, imperativo. Con los antebrazos alzados y las manos colgando como un banderillero.

—¿Por qué?, si es verdad... —Y continuó—: Gertrudis desconfía de Antonio, Antonio de Gertrudis, los hijos del padre, el padre de los hijos, la tía de los sobrinos...

—¡Te has de callar! —El contralmirante se enmarañaba el pelo, con gesto teatral. Y con la mano derecha.

—Y desconfían de ti —afirmó Esther, señalando a su marido—. Y de Ayala y de Salcedo... ¡Y Escudero ha muerto...!

Pedro Ruiz Haedo abrió los brazos en un gesto de impotencia. Vencido. Y suspiró resignado.

(¡Bueno..., di lo que quieras...!).

Esther Latour se calló un instante para tomar resuello y luego prosiguió...

—¡Y a mí me odia, esa mujer! Y me calumnia. Dice que soy mala, porque trabajé en el teatro; que engaño a mi marido, porque soy más joven que él; que soy una cualquiera, una aventurera...

Julio Zelada presenciaba la escena, cruzado de brazos. Y miraba a Esther con simpatía. Cuando creyó que esta había terminado, dirigió su vista hacia nosotros.

(¡¿Qué me dicen...?!).

Con la misma rapidez con que se había enardecido, Esther Latour volvió a serenarse. Y nuevamente su sonrisa amable dejó ver la blancura de sus dientes regulares.

Y abandonó el despacho del brazo de Zelada, luego de estrecharnos las manos con graciosa cordialidad.

El contralmirante buscó su mejor expresión facial para dirigirse al prefecto.

—Lo deploro infinito —dijo, excusándose—. Desde luego no tendrán en cuenta el raptó impulsivo de mi señora, ¿verdad? Está un poco atacada de los nervios y no puede dominar sus emociones.

Cheste le contempló burlón.

—El dominio de las emociones es un acto estrictamente volitivo; lo esencial, lo interesante, es experimentarlas —expresó, con aplomo.

—¿Qué quiere usted decir? —gruñó el marino, agresivo.

—Piense mal, y acertará.

—Si no se tratara de usted... —amenazó el otro, perdiendo los estribos.

—Se trata de mí, precisamente.

La situación empeoraba. Ya habíamos oído bastante, y un altercado con el irascible dueño de casa no podía conducir a nada bueno. Era preferible evitarlo; Yarce lo comprendió así y se despidió del contralmirante, que nos vio partir con ojos impacientes. Y cabeza oscilante.

En el hall se nos acercó Zelada. Caminaba cautelosamente, como si temiera ser visto por alguien de la casa.

—Tengo que hablarle, capitán.

—Usted dirá...

—Es algo muy importante, grave, diría. —Se interrumpió, mirando en derredor—. Vengan conmigo.

Cruzamos el hall, atravesamos el comedor, salimos a un patio, y por él, al jardín. En este había un rosedal en ángulo recto, en cuyo vértice se destacaba la estructura circular de una glorietta. Frente a ella, adosado a la pared medianera, un pabellón cerrado.

—Quisiera ampliar mi declaración de esta tarde —dijo Zelada a Yarce.

—¿Ha omitido usted algo?

—Debo reconocerlo. Supuse que hacía bien en callarme, pero las cosas han cambiado. De cualquier manera, se lo diré con carácter confidencial.

—Antes de que me diga nada... —advirtió el prefecto—. Tenga en cuenta que usaré su declaración como mejor convenga a la pesquisa.

—No se verá obligado a publicar el origen, ¿verdad?

—Respecto a eso, puede estar tranquilo.

—Muy bien —aceptó Zelada—. La noche que mataron a Escudero, a eso de las nueve, salía yo del laboratorio, que es esa construcción que les mostré desde mi ventana, para entrar en la casa, cuando vi que un hombre pasaba de este jardín al de mi primo Antonio.

—¿Por esa puerta? —Yarce señaló la que comunicaba ambos jardines.

Era una portera que cerraba una hoja de madera corrida, pintada de verde, de unos dos metros de alto.

—Sí, por esa puerta.

—¿Y quién era ese hombre?

—Enrique Ayala.

El capitán se paró en seco.

—¿Está usted seguro de lo que dice? —demandó, mirándolo con ojos desconfiados.

—Segurísimo —ratificó el otro, señalando el farol fijo en el dintel de la portera—. Con esa luz era imposible equivocarme.

Cheste caminaba pensativo.

—¿A las nueve, dice usted?

—Exactamente. Recuerdo haber mirado mi reloj al salir del laboratorio.

—¿Estaba usted solo? —volvió a preguntar mi primo.

—Completamente.

—¿Lo siguió usted?

—No; desgraciadamente no se me ocurrió. Y subí a mi cuarto.

—¿Y no miró desde su ventana?

—Tampoco.

—Es una lástima que no lo haya hecho —lamentó Cheste—. Usted debería adquirir la costumbre de asomarse a la ventana.

—No suelen darme serenatas —repuso Zelada, mirándolo de reojo.

—Pero tengo entendido que en el jardín de su primo Antonio pasan cosas muy interesantes por la noche...

El médico se disponía a contestar, pero Yarce no le dio tiempo.

—¿Qué motivos lo movieron a ocultar esto en su declaración de esta tarde?

Zelada vaciló. Y frunció los labios.

—No sé si debo...

—Tiene usted la obligación —lo apremió el capitán.

Cheste respondió por él...

—Lo comprendo. Al ver salir a Ayala de este jardín, usted creyó que se confirmaban ciertos rumores que corren por ahí, ¿no es eso?

—Usted lo ha dicho. Me pareció que si hablaba armaría un escándalo tremendo.

—¿Y por qué lo hace ahora? —presionó Yarce.

—La actitud de Ayala en el despacho, al negarse a hablar, me hizo pensar que...

—Que el escándalo no era por el lado que usted suponía, ¿eh? —interpretó Cheste.

Pasamos al jardín de Antonio. A mano derecha encontramos un antiguo pabellón que había sido destinado a depósito. Además de los útiles de jardinería y otras herramientas, se encontraban en él varios arcos y flechas, recostados contra una pared, al lado de unos blancos de mimbre forrado.

El depósito estaba rodeado de frondosos cipreses que apenas abrían un sendero por donde caminar. En el costado este, casi contra el muro, había un espacio dispuesto para los blancos, cuyos bastidores estaban separados de la tapia, por un seto de arbustos.

—¡Aquí fue la cosa...! —dijo Zelada, plantándose dentro de un círculo marcado con un fleje pintado de blanco, a unos

quince metros del muro este—. Desde aquí disparé la flecha cómplice... —Y volvió a repetir la pantomima que hiciera a fines de diciembre, en un saloncito de conversación del Ameltax Club.

—¿Dónde guardaba Escudero su desconcertante pistola? —indagó Cheste, estudiando la disposición de los blancos en el seto.

—En un armario del depósito —satisfizo el médico.

—¿Suelen poner blancos en los tres bastidores?

—No; no se usa más blanco que el del medio —explicó Zelada—. Los otros bastidores se utilizan para marcar los impactos, con la inicial del tirador.

Bernal Cheste se adelantó hasta la puerta enrejada que daba al corredor, cuya llave hacía dos años que había desaparecido. La misma puerta por donde Gertrudis Ruiz Haedo viera salir a Reinaldo Lascano, que iba en busca de Raquel. Mi primo apoyó una mano sobre el pestillo, haciendo presión sobre él. Pero la puerta estaba candada.

Después de una ligera inspección que Yarce realizó en el jardín de Antonio Ruiz Haedo, y luego de dar nuevas instrucciones al agente Fresnedo, que estaba apostado en la puerta del patio, volvimos al jardín del contralmirante, y por su casa a la calle, en cuya puerta nos despidió Zelada.

Mientras nos dirigíamos a Torre de Agua, yo reflexionaba sobre lo extraño que resultaba el detalle de la puerta enrejada.

¿Habría dicho Gertrudis la verdad?

Cuadro segundo

Jueves 27 de enero, a las 10 hs. En casa de Haroldo Pinel

Bernal Cheste y yo llegamos al Ameltax Club, donde nos esperaba el capitán Yarce en compañía de Wifredo Z. Quelño.

El magistrado recibió a Cheste con una risita de suficiencia.

—Ya me he enterado... —le dijo, frotándose las manos—. Conque el mismo que tiró la piedra con el sobre, ¿eh? —Separó las manos y meneó la cabeza—. Claro, claro..., los dos son médicos, solteros, usan guantes, reloj pulsera... ¡Qué lástima que no tuviera las iniciales...!, ¿eh?

Cheste aguantó el chubasco, con aire resignado.

—Lo reconozco, Wifredo..., es como usted dice —admitió, en tono compungido—. Aunque espero que usted comprenderá...

—¡Desde luego...! —lo atajó Quelño, abriendo los brazos aparatosamente—. *¡Errare humanum est...!* —pronunció luego con acento de clemencia.

Cheste hizo un gesto de negación.

—¡No...!, lo que yo espero que usted comprenda, es que solamente pueden equivocarse los que son capaces de pensar... —Y dejó resbalar la frase, mirándolo significativamente.

Wifredo Z. Quelño se puso repentinamente serio y se volvió a Yarce.

—Habíamos quedado en ir a lo de Pinel, ¿verdad? —recordó poniéndose de pie...

—Sí, Wifredo —confirmó Yarce, disimulando una sonrisa.

Eran poco más de las seis, cuando llegamos a la casa que el senador Haroldo Pinel ocupaba en el barrio de Belgrano. Un gigantesco negro, que parecía lustrado a mano, nos franqueó la entrada dedicándonos una amplia sonrisa. Digna de un anuncio de pasta dentífrica o de un director de jazz.

El sobrino y segundo de Antonio Ruiz Haedo nos esperaba en una salita artísticamente decorada. Al vernos entrar, salió a nuestro encuentro pronunciando frases de bienvenida.

Luego de unas palabras de introducción, que estuvieron a cargo de Quelño, el capitán Yarce entró directamente en materia.

—Venimos aquí —comenzó—, con la esperanza de que usted nos proporcione todos los datos que, obrando en su conocimiento, puedan ser útiles al desarrollo de nuestra encuesta.

—Con mucho gusto, capitán —respondió Pinel, guardando sus manos en los bolsillos de la chaqueta—. Estoy a su disposición.

—Muchas gracias, senador —dijo Yarce, ocupando un sillón—. ¿Cree usted que el testamento ológrafo de María Urrutia pueda haber provocado el asesinato de Rubén Escudero?

Pinel alzó las cejas, como certificando su perplejidad.

—No estoy en condiciones de darle una respuesta, capitán —contestó—. Su pregunta es tan comprometida como peligrosa.

Cheste creyó oportuno intervenir.

—Prescindiendo de posibles beneficiados —planteó—, ¿podría considerarse alguna relación?

El senador conformista meditó largamente su respuesta.

—Personalmente, me inclino a suponer que se trata de dos hechos independientes entre sí —declaró al cabo de un rato.

Cheste encendió un Perahuí, después de ofrecer su pitillera a todos y cada uno.

—En realidad —expresó, expeliendo el humo—, nadie nos dice nada; y nosotros sabemos poco. Por ejemplo: sabemos que el criminal tiene una llave del departamento de Escudero, y él cree que nadie sabe que la tiene. ¿No le parece curioso?

Hubiera jurado que Pinel palideció al oír estas palabras, pero mi impresión duraría poco. Otras más profundas habrían de reemplazarla.

—Esa llave a que se refiere mi amigo —señaló el prefecto—, la usa el asesino, entre otras cosas, para olvidar guantes en el dormitorio de Escudero.

El senador Pinel lo miró bajo la impresión del estupor. Que le impidió hablar.

(¡Olvidar guantes...!).

—Y tenemos la seguridad —continuó Yarce—, de que el hombre del guante es uno de los que estaban en el velorio, después de las cuatro de mañana.

—Pues ya tienen algo adelantado —comentó Pinel, sonriendo finamente—. ¿Y cómo han obtenido esa seguridad?

Fue Quelño quien contestó.

—Porque sabemos quién es el propietario del guante perdido —aseguré.

Un ruido de pasos nos hizo volver la cabeza.

—Ese guante perdido, ¿no será el mío? —preguntó Federico Salcedo, entrando en la salita.

Fue evidente que Salcedo no esperaba encontrarse con nosotros. Porque al notar nuestra presencia, se detuvo en seco. Pero pronto se hizo cargo de la situación, interesándose por lo que se hablaba.

—¿De qué guante se trata? —indagó, dirigiéndose a Pinel.

—De este —repuso Cheste, extrayendo de su bolsillo el que hallara la tarde del entierro de Escudero.

—Pues es el mío —afirmó Salcedo, con no fingida extrañeza—. ¿Dónde lo encontró?

—En el dormitorio de Escudero —contestó mi primo—. Y usted, ¿cuándo lo echó de menos?

—El día que lo enterraron.

—¿A qué hora?

—Verá usted. A las cuatro y media de la mañana estando yo en el velorio, recibí una comunicación telefónica y, acompañado por el doctor Zelada, fui a visitar a un enfermo que había empeorado. Recuerdo que me puse los guantes para manejar, y a mi regreso los dejé en un bolsillo del impermeable, que colgué en el perchero del vestíbulo. Más tarde, a eso de las siete, cuando abandoné la casa de Ruiz Haedo, noté su falta, y supuse que lo habría perdido.

—Así que usted salió con Zelada a ver a su enfermo, media hora después de retirarnos nosotros, ¿no es eso?

—Así es.

—¿Y a qué hora regresó de la visita?

—Alrededor de las cinco. El enfermo vive en Callao y Posadas —aclaró Salcedo.

—Cuando usted volvió, ¿se había retirado alguno de los que estaban presentes en el momento de su salida?

—No. Después de las tres de la mañana, solo ustedes abandonaron la casa.

—¿No se le ocurre cómo pudo llegar su guante hasta el escenario del crimen?

—En absoluto.

—Quizás haya alguien interesado en complicarte —opinó Pinel, mirando pensativamente a su correligionario.

—Podría ser... —titubeó Salcedo—. ¡Pero quién...!

—Eso es lo que va a averiguar el capitán Yarce —prometió Quelño, con la seguridad de quien no tiene que hacerlo.

El prefecto del SIC encendió su pipa y se dirigió a Federico Salcedo.

—Cuando usted regresó a casa de Ruiz Haedo, a las cinco de la mañana, ¿se alejó enseguida del vestíbulo? —le preguntó.

—Sí, capitán. Fui con Zelada a sentarme al término del corredor, frente a la puerta enrejada, y allí estuvimos hasta las seis.

—¿Se separaron a esa hora?

—Sí. Zelada regresó al hall y yo me quedé en compañía de Enrique Ayala, que llegó en ese momento. Permanecimos allí durante más de un cuarto de hora y luego fuimos a la biblioteca.

—Y durante todo ese tiempo, ¿no vio rondar a nadie por las cercanías de la puerta del departamento de Escudero?

—No, capitán. Puedo asegurarle que nadie entró en esas habitaciones hasta pasadas las seis y cuarto.

—¿Siguió Ayala en su compañía?

—No; en la puerta de la biblioteca se separó de mí. Me dijo que tenía que ir no sé adónde.

Yarce le miró fijamente un instante, y luego se volvió a Pinel.

—¿Y usted..., senador? —demandó, lacónico.

—Yo lamento desilusionarlo, capitán —pareció excusarse el dirigente conformista—. Pero estuve toda la noche en la biblioteca, fumando y charlando con el contralmirante Ruiz Haedo.

—¿Hasta qué hora?

—Hasta las siete de la mañana, en que me retiré en compañía de Salcedo. —Y lo señaló con un movimiento de cabeza—. No sé si usted sabrá que somos vecinos...

—Y yo paso aquí gran parte de mi tiempo... —agregó el aludido.

La imponente presencia del negro portero casi obturó la puerta de la salita. Y anunció con voz pastosa la llegada de Reinaldo Lascano.

—Hoy parece día de recibo —murmuró Pinel, poniéndose de pie para recibir al hijo del senador Lascano. Que entró caminando lentamente, con una mano en el bolsillo.

Era un hombre de buena estatura, moreno y fuerte, sin llegar a parecer robusto. Su rostro ovalado tenía huellas de cansancio moral, y dos arrugas profundas unían en triángulo las comisuras de sus labios con las alillas de su nariz de tabique saliente. La mirada triste y firme de sus ojos oscuros parecía protegida por las espesas cejas recias, que terminaban la frente espaciosa, coronada de negros cabellos casi ensortijados. Un fino bigote mellado cubría su labio superior, como queriendo disimular el dibujo de su melancólica sonrisa. Lo espontáneo de su simpatía y la natural elegancia de sus movimientos hacían magnética su personalidad.

Era un caballero.

Cumplidas las exigencias sociales, el recién llegado tomó asiento al lado de Pinel.

El motivo de su visita era, según le dijo, comunicarle en nombre de su padre ciertas apreciaciones relativas al segundo testamento de María Urrutia de Ruiz Haedo.

Antes de retirarnos, Cristián Yarce quiso aprovechar la ocasión que le brindaba la presencia de Reinaldo Lascano, para formularle algunas preguntas.

—Espero que no tendrá usted inconveniente en facilitarme ciertas respuestas aclaratorias, ¿verdad? —le insinuó.

—Estoy a sus órdenes, capitán. Supongo que tendrán que ver con la desgraciada muerte de Escudero, ¿no?

—Efectivamente. De eso se trata. ¿Sabe usted algo sobre el particular?

—No he oído más que comentarios.

—¿Sospecha usted quién puede haber sido el criminal?

Reinaldo Lascano se frotó la nuca con la mano izquierda y miró a su interlocutor, haciendo un gesto negativo.

—¿Conoce usted a alguien que tuviera motivos para cometer el crimen? —insistió el prefecto.

El interpelado vaciló.

—No estoy en condiciones de aventurar una opinión —repuso al cabo.

—¿Tenía usted resentimientos con Escudero?

—No sé qué inspirará su pregunta, pero como probablemente le hayan dicho algo que la justifique, le agradeceré que sea más explícito.

—Quiero decir que si por alguna causa le convendría a usted que Escudero haya desaparecido.

—No, capitán; su muerte no me proporciona ninguna ventaja.

—¿En ningún sentido?

—De ninguna índole.

Wifredo Z. Quelño terció en la conversación.

—¿Asistió usted al velorio? —demandó a Reinaldo, con gravedad.

—Naturalmente.

—Pues nosotros no lo vimos... —desconfió el magistrado.

—Tampoco yo a ustedes... —respondió el joven Lascano, con leve sonrisa.

—¿A qué hora se retiró usted? —Quelño creyó adivinar la respuesta.

(¿También a las siete...?).

—A las ocho de la mañana.

Yarce tornó a preguntar.

—¿Ha pasado usted alguna vez por la puerta enrejada que comunica el corredor de la casa del senador Ruiz Haedo con su jardín?

—Sí, capitán. Una vez que, yendo en busca de Raquel, su padre me dijo que la encontraría en el jardín.

—¿Y no encontró nada extraño?

—No. A menos que pueda llamarse así la sorpresa con que me vio llegar su tía Gertrudis...

—No era para menos... —comentó Pinel—. ¡Como que esa puerta no se abría hacía dos años...!

—¿No recuerda cuándo fue eso? —prosiguió Yarce.

—No exactamente. Pero debe haber sido alrededor del 20 de diciembre pasado.

Bernal Cheste se decidió a hablar. Y lo hizo en general.

—¿Conoce alguno de ustedes una plegadera con mango de Eibar, perteneciente a Escudero? —preguntó inesperadamente.

—¿Se refiere usted a una que le regaló mi tío Pedro? —inquirió, a su vez, el senador Pinel.

—A esa misma.

—¡Cómo no habría de conocerla...!, se la he visto muchas veces...

—Y yo también —admitió Salcedo.

—¡Vaya por la unanimidad...! —completó Lascano, con festivo énfasis.

—Pues bien..., ha desaparecido el día del crimen —les informó mi primo.

—¿El día del crimen...? —se extrañó Pinel.

—Más exactamente, entre la hora del crimen y las seis y media de la tarde del entierro.

Minutos más tarde, abandonamos la casa en compañía de Federico Salcedo, que no quiso estorbar la entrevista entre Reinaldo Lascano y Haroldo Pinel.

Y yo salí con la sensación de que el dueño de casa sabía más de lo que había dicho. Y con la certidumbre de que Gertrudis Ruiz Haedo no había mentido en lo tocante a la puerta enrejada.

—¿Va para el centro, Salcedo? —se interesó Cheste, invitándolo a subir al Hispano.

—Bueno —aceptó el otro—. Le agradeceré que me acerque a casa de Zelada.

—¿Va usted a verlo? —demandó Quelño.

—Efectivamente. Tenemos que celebrar una consulta...

Mientras el automóvil rodaba por la calle Cabildo, con rumbo al centro de la ciudad, el doctor Salcedo fue hilvanando una sucinta historia de sus relaciones con el doctor Zelada, de quien fuera discípulo dilecto.

—Y dígame... —lo interrumpió Cheste cuando pasábamos por delante del Jardín Botánico—. A propósito de Zelada, ¿María Urrutia nunca le habló de él?

Federico Salcedo no esperaba la pregunta. Y vaciló antes de satisfacerla.

—Sí —afirmó—. En cierta ocasión...

—¿Y qué le dijo? —le apremió Quelño.

—Me dijo... —titubeaba el médico— que pensaba prescindir de los servicios de Zelada, y que quería que yo lo reemplazara definitivamente.

—¿Y no le explicó por qué? —indagó Yarce.

—Sí. Porque ella creía que Zelada descuidaba su asistencia, desde que se supo su heredero.

—¡Ah! ¿Y usted qué contestó?

—Yo le aconsejé que hablara primero con Zelada... —Y añadió—: Porque estaba seguro de que su disgusto era pasajero..., y que no tardaría en arrepentirse.

—¿Y Zelada habló con ella?

—No lo sé de cierto; pero supongo que sí, porque él fue a visitarla al día siguiente, como era su costumbre.

—¿Y qué día habló usted con María Urrutia de ese asunto? —interrogó Cheste, mirando a Salcedo por el espejo del parabrisas.

Salcedo hubiera preferido no responder. Pero lo venció el competente silencio de nuestra expectativa.

—La víspera de su muerte... —repuso al fin, con voz apenas audible.

Cuadro tercero

Martes 1º de febrero, a las 14 hs. En Juncal 1502

Después de almorzar nos habíamos instalado en la galería, donde unas esteras colgantes nos resguardaban del sol, haciendo de aquel lugar el más fresco de Torre de Agua.

La llegada de Teudis despabiló al amodorrado Yarce.

—¿Qué pasa...? —inquirió.

—El comisario Castil los reclama por teléfono, señor.

El capitán fue a atender la llamada, regresando enseguida.

—La puerta está abierta... —pronunció, con acento preocupado.

—Dile a Teudis que la cierre —aconsejó Cheste, con placidez.

—¡La puerta enrejada del jardín del senador Ruiz Haedo! —aclaró el prefecto, colérico—. ¡No te hagas el gracioso...!

—¡Ah..., la puerta enrejada! —murmuró mi primo—. Entonces es Méndez quien debe cerrarla.

Daban las dos, cuando entramos en el hall de la casa de Antonio Ruiz Haedo.

—¿Quién ha descubierto que la puerta estaba abierta? —preguntó Yarce a Castil, cuando este fue a su encuentro.

—La señorita Gertrudis, capitán.

—¿Se lo dijo ella?

—Yo estaba sentado en el corredor y oí un chirrido que me pareció proveniente del jardín. Me dirigí hacia la puerta para

ver de qué se trataba y me encontré con ella que, abriendo la puerta, me lo hizo notar.

—¿Sabía la señorita Gertrudis que usted estaba cerca o se mostró sorprendida?

—No sabría decirle, capitán, pero mi presencia no pareció molestarla como otras veces.

¿Quién tendría la llave de la puerta enrejada?

Mientras yo me hacía esta reflexión, el prefecto examinaba la puerta.

—Esta puerta se abre con cierta frecuencia... —anunció, después de revisar la cerradura y los goznes.

—¿Por dentro o por fuera? —interrogó una voz sibilante, a nuestras espaldas.

Nos volvimos súbitamente.

Y vimos a Gertrudis Ruiz Haedo, que nos contemplaba con malsana curiosidad.

—¿Qué le parece a usted, señora? —replicó Cheste, formulando otra pregunta.

—Me parece que a usted le gustaría que yo dijera que por fuera. —Y rio desagradablemente.

—Más le gustaría a usted decirlo..., ¿verdad?

Gertrudis Ruiz Haedo no pronunció una palabra más. Acarició el lomo del gato que dormía en sus brazos, y envolviendo a Cheste en una mirada cuyo sentido no pude penetrar, se alejó hacia el interior de la casa. Con el punto blanco de su cofia coronando la negra perpendicular de su atavío.

El agente Romero vino a comunicarnos que el dueño de casa deseaba hablar con el capitán Yarce. Y nos dirigimos a la biblioteca, donde nos esperaba el jefe conformista.

Luego de interesarse someramente por el desarrollo de la investigación, el senador Ruiz Haedo planteó a Yarce la cuestión de fondo. Quería saber si existía algún inconveniente en

que su familia se ausentara a Nahuel Huapi, donde veraneaba todos los años. Él permanecería en Buenos Aires, hasta terminar un trabajo sobre la nueva carta orgánica de su partido, que había emprendido en colaboración con el senador Pinel. Después iría a reunirse con los suyos.

El capitán Yarce manifestó que tanto el senador Ruiz Haedo como su familia tenían completa libertad de acción.

—¿Cuándo parte su familia, senador? —indagó luego.

—El jueves 3, o sea, pasado mañana.

Y nos separamos.

En el hall encontramos a Pablo Ruiz Haedo. Al vernos, una sonrisa hipócrita asomó a su boca contraída y su mirada se hizo fugitiva.

Yarce lo abordó sin rodeos.

—¿Era usted muy amigo de Escudero? —lo interrogó.

—No —respondió hoscamente—. Y no creo que a nadie le importe.

—¿Nunca ha visto gente en el jardín durante la noche?

—Es la primera vez que oigo semejante estupidez.

—¿Qué le parece Esther Latour?

—Está casada con mi tío.

—¿Sabe de alguien que deseara la muerte de Escudero? —insistió el prefecto.

Pablo lo miró torvamente.

—¡Ya lo creo...! —contestó—. Conozco por lo menos tres...

—“Calla o di algo superior al silencio” —le advirtió su hermano Carlos, que bajaba la escalera.

Después de saludarnos alegremente, el recién llegado entró en el comedor.

—Si ustedes me permiten —nos dijo—, voy a presentarles al responsable de muchos crímenes.

En un principio nos quedamos de una pieza, pero cuando lo vimos regresar...

Empujaba una mesita rodante, sobre cuya bandeja tintineaban los vasos contra una botella de whisky y un sifón de soda, que los separaban de un baldecito de plata conteniendo hielo.

Carlos Ruiz Haedo nos sirvió, escanciando generosamente la bebida, y luego empezó a beber sin preocuparse de nosotros. De vez en cuando nos dedicaba una sonrisa, con la que parecía querer excusarse, y volvía a servirse sin reparar en que aún quedaba soda en el sifón.

—¿Qué les estaba diciendo Pablo? —nos interpeló risueñamente, al cabo de dos vasos.

—Nos decía que él conoce a tres personas que deseaban la muerte de Escudero —replicó Yarce, expectante.

—No le hagan caso —nos recomendó Carlos, palmeando a su hermano—. Él cree que conoce, pero la realidad es que ni se lo figura.

—Pero...

—Lo que pasa, no, es que Pablo está mentalmente cansado —continuó Carlos—. Estudia una barbaridad, ¡y nada menos que Física...!

—¿Física?

—Y también Química. Pero eso sería lo de menos: lo malo es que anda buscando no sé qué fórmula, y de noche no me deja ni dormir...

—Eso es grave —murmuró Cheste, entre dos sorbos.

—¿Y por qué no puede usted dormir? —inquirió Yarce, dirigiéndose a Carlos.

—Porque se pasa hasta las tres o las cuatro de la mañana hablando en voz alta..., y discute y se enoja consigo mismo.

Mientras su hermano hablaba, Pablo permanecía silencioso y quieto. Ni una protesta, ni un ademán, solo el tic que contraía su labio superior.

Cuando Carlos promediaba su cuarto vaso de whisky, Cheste dejó el suyo sobre la bandeja.

—¿Le gusta mucho el bridge? —le preguntó de sopetón.

—¡Cómo no...! Antes de la muerte de Rubén Escudero hacíamos grandes partidas.

—¿No han vuelto a jugar desde entonces?

—No; aquella noche jugamos por última vez, y Pablo ocupó el sitio de Rubén.

Bernal se dirigió a Pablo...

—¿Usted no es aficionado?

—No mucho, prefiero estudiar. Aquel día jugué a pedido de mi tía Gertrudis —se detuvo, como recordando—. Rubén tenía que hacer...

—A Pablo no le gusta jugar —explicó Carlos— porque nosotros empleamos el sistema Culbertson, que él no conoce.

—Comprendo —dijo Cheste—. Es difícil entenderse...

—Sí, sí... —lo atajó Carlos—. Será muy difícil, pero en la segunda mano Raquel hizo un pequeño Siam maravilloso.

—Muy bien —musitó Bernal. Y volviéndose a Pablo—: ¿Usted hacía pareja con su hermana?

—Desde luego; si yo ocupaba el sitio de Rubén...

—¿Y cuántas manos jugaron? —siguió mi primo.

—¡Ajá! —exclamó Carlos—. El poeta se interesa en el juego ¿eh?

—¡Qué quiere usted...!, yo me intereso por todo.

—Pues estábamos jugando la tercera mano cuando interrumpimos la partida.

—¿Quién la jugaba?

—Yo —repuso Pablo, dedicando a Cheste una mirada llena de recelo.

—Sí —confirmó Carlos—. ¡Figúrese que para hacer tres piques tardó tanto como Raquel en el pequeño Siam!

Cheste se volvió a él.

—¿Usted juega rápido? —le demandó.

—¡Y claro...!, yo despaché la primera mano en cinco minutos, y eso que tuve que hacer *finesses* muy difíciles.

—¡No hables más, Carlos! —ordenó Pablo, con rabia mal contenida.

—¿Qué te molesta? —inquirió su hermano—. ¿Acaso no te diviertes?

—¿No comprendes que sospecha de nosotros? —reconvino el otro—. Con sus preguntas traicioneras quiere saber si alguno se levantó durante el juego.

Por la cara de Cheste pasó una sombra de disgusto.

—¿Ninguno lo hizo? —indagó con aplomo.

—¿A usted qué le importa? —barbotó Pablo, pálido de ira.

—Me importa saberlo.

—Nunca lo hubiera creído... —dijo Carlos, levantándose con el vaso en la mano, discretamente borracho—. “¡El hombre es un lobo para el hombre!” —Y se alejó haciendo esos.

—¿Quiere saberlo? —provocó Pablo—. Pues bien, nadie se levantó. ¿Está conforme?

—Estoy consolado —replicó Cheste, con sarcasmo.

El capitán Yarce volvió a lo de marras.

—Todavía no nos ha dicho quiénes son las tres personas que deseaban la muerte de Escudero.

Pablo Ruiz Haedo se puso de pie, miró fijamente al prefecto y le respondió con voz opaca. Casi en la cara...

—Pregúnteselo a Enrique Ayala. —Y dándole la espalda, subió la escalera.

Cuadro cuarto

Lunes 7 de febrero, a las 18 hs. En casa de Enrique Ayala

Durante el resto de la semana no había habido novedades de importancia. El capitán Yarce había prometido al senador Ruiz Haedo retirar la guardia policial de su casa, lo que se hizo efectivo el miércoles 2.

En la madrugada del jueves 1, la familia de Antonio Ruiz Haedo, su hermana incluso, salió para Nahuel Huapi.

Y el viernes 4, Esther Latour de Ruiz Haedo partió inesperadamente para Cacheuta, en compañía de unas amigas.

Enrique Ayala, que se había ausentado a Puerto Belgrano, regresó a Buenos Aires en la mañana del lunes 7.

Bernal Cheste y yo acompañamos al capitán Yarce en la visita que este hizo al departamento del teniente de navío.

Ayala nos recibió fríamente. Y su afectada cortesía no logró disimular la prevención que tenía contra nosotros.

Era un hombre minuciosamente preparado para la negativa, el que nos brindó asiento en los sillones de su despacho.

—¿En qué puedo servirles? —nos preguntó, después de ofrecernos cigarrillos, que Yarce rehusó para encender su pipa.

—Quisiera que me explicara qué hacía usted el 20 de enero, a las nueve de la noche, en el jardín de Antonio Ruiz Haedo —replicó el prefecto, con suave entonación.

Ayala acusó el impacto, pero no perdió la serenidad.

—¿A las nueve de la noche? —inquirió, como haciendo tiempo.

—Exactamente —confirmó el capitán.

—¡Ah..., a las nueve de la noche! ¿Y por qué me lo pregunta?

—¿Estaba o no?

—Debió empezar por preguntarme eso.

Yarce se mordió los labios.

—Si usted me vio —continuó el marino—, ¿qué hacía usted allí?

—Soy yo el que interroga —puntualizó el prefecto, impacientándose.

—Desde luego. ¿Qué quiere usted saber?

—Quiero que me aclare su situación —exigió el capitán—. Alguien lo vio a esa hora en el jardín.

—¿Y sabe usted lo que hacía ese alguien?

—Naturalmente.

—Supongo que estaría solo, ¿no?

—¡Eso no le interesa a usted! —gritó Yarce, fuera de sí.

—Ya lo creo que me interesa. —Ayala no perdía la calma—.

Porque se me acusa sin fundamento.

Bernal Cheste decidió intervenir.

—¿Niega usted haber estado allí? —demandó al marino.

—Usted me ha interpretado —sonrió este.

—Entonces... —balbuceó el prefecto.

—Lo han engañado a usted, capitán. —Y agregó, acariciándose el cráneo—: Yo escarmiento al primer garrotazo...

Cheste sacó su pitillera de jade y extrajo un Perahuí, que encendió calmosamente.

—Uno no puede fiarse de nadie —dijo con sorna. Y ofreciendo lumbre a Ayala, prosiguió—: Seguramente lo han confundido a usted con el paseante vestido de blanco. Como su uniforme es de ese color...

—¡Pero si yo visto casi siempre de civil...! —opuso Ayala.

—Entonces no lo han confundido a usted —respondió mi primo, sonriendo sutilmente.

—No lo entiendo a usted —expresó el marino.

—Yo creo que los dos nos entendemos, ¿verdad?

—Es usted muy perspicaz.

—Y usted muy cauto.

—Ya que usted lo dice... —concedió el teniente de navío, encogiéndose de hombros.

—Y pasando a otra cosa, ¿se dedica usted a cazar leones? —interrogó Bernal, señalando la cabeza de uno, que estaba colgada en la pared de la chimenea.

Ayala dirigió al trofeo una mirada indiferente.

—No —contestó con calculada frialdad—. Eso es un obsequio del senador Pinel.⁹

Cristián Yarce torció el gesto, disgustado por el giro que tomaba la conversación. Y se dirigió a Ayala, que contemplaba a Cheste con ojos cegarritas.

—Volviendo a lo primero, ¿conoce usted a alguien que deseara la muerte de Escudero? —le preguntó.

El teniente de navío envolvió al prefecto en una mirada preñada de recelo.

—Sencillamente, capitán, me niego a contestar —manifestó con dureza—. Su pregunta es capciosa. —Y poniéndose de pie, nos acompañó hasta la puerta—. Si llegan a volver por aquí —nos advirtió burlonamente—, no se olviden de traer una orden de arresto firmada por su amigo Quelño.

⁹ Tanto como por sus actividades políticas, Haroldo Pinel era conocido por sus hazañas deportivas. Además de ser uno de los mejores *yachtmen* de América del Sur, su intervención en numerosas cacerías realizadas en el continente africano lo habían convertido en un famoso cazador. Fue particularmente memorable la expedición que realizó en 1931 a la cuenca del Zambeze, en compañía de los exploradores Ocal, Lambel y Miztli.

Y nos cerró la puerta.

—Haces bien en irte, Cristián —aprobó Cheste, cuando salimos a la calle—. Si te hubieras quedado un rato más, y con el carácter que tiene Ayala, no me habría sorprendido que te echara.

El prefecto estaba tan despechado que no prestó atención a las palabras de Bernal.

Y fue mejor.

Una ventana se abrió en el piso de Ayala, recortándose en ella la elevada silueta del marino.

—¡Hasta pronto, capitán! —lo despidió, agitando un brazo. Y sonriendo maliciosamente.

Yarce subió al automóvil sin contestar al saludo.

—¡Conque escarmientas al primer garrotazo...! —murmuró, mordiéndose la boquilla de su pipa.

Cuadro quinto

Viernes 18 de febrero, a las 19 hs. En el Ameltax Club

Desde aquella famosa entrevista mantenida con Enrique Ayala, y por orden expresa del capitán Yarce, el teniente de navío fue objeto de una discreta y continua vigilancia.

Empero, el mismo Ayala habría de ser un motivo más de complicación, y desconcertante como ninguno lo fuera hasta entonces.

Todas las tardes se recibía en el SIC un informe de los agentes Orduña y Fresnedo, que se turnaban en la vigilancia del marino sospechado.

El texto de los partes era poco variado, pues los movimientos de Ayala no daban para mucho. Pasaba su tiempo en el Arsenal de Marina, del que Pedro Ruiz Haedo era director, en la casa de este, en el Centro Naval y en su domicilio particular.

Sin embargo, cuando el vigilado notó que lo era, comenzó a dilatar sus viajes por la ciudad, realizando trayectos contradictorios, rodeos innecesarios, salidas furtivas y todo lo que le pareció a propósito para desorientar a sus seguidores.

En la mañana de aquel viernes 18 de febrero, Bernal Cheste se empeñó en que yo lo acompañara a *Prensa Gráfica*, de cuya hemeroteca quería sacar algunos tomos.

No fue pequeña la sorpresa de mi padrino, Marcial de Areva, cuando vio a Cheste en plena tarea de despojo. Que llevó a cabo, secundado por Mauricio Baena.

Según me explicó Bernal más tarde, quería leer en aquellos ejemplares todos los sucesos relacionados con los dos crímenes, sus posibles relaciones con hechos anteriores y los antecedentes inmediatos de las personas complicadas en ellos.

Hasta la hora de almorzar, Cheste permaneció encerrado en la biblioteca de Torre de Agua, consagrado a la lectura de los diarios y fumando incesantemente.

Durante la comida había estado inusitadamente serio y silencioso, sin atender a nuestras solicitudes. De vez en cuando un monosílabo pronunciado al influjo de sus pensamientos, polarizaba nuestra atención alrededor de conceptos siempre semejantes: “increíble”, “fabuloso”, “inverosímil”, y así por el estilo.

Y fue aquel atardecer cuando empezó la cosa.

Nadie estaba preparado para ello y, sin embargo, en aquella conversación vespertina comenzó a dibujarse la inconcebible naturaleza del problema que se investigaba. Por caprichosas que nos parecieran las palabras de Bernal Cheste, ellas lo encauzaron por sus verdaderas vías directrices. Y estas parecían afirmarse en el terreno más absurdo e irrazonable que nos fuera dado imaginar.

Nos habíamos reunido con Wifredo Z. Quelño en un saloncito del Ameltax Club.

—Cristián me ha informado de su interrogatorio sobre la partida de bridge... —decía el magistrado, dirigiéndose a Cheste—. Pero usted no me ha dicho lo que sacó en limpio de las declaraciones obtenidas. Y con esta, es la cuarta vez que se lo pregunto.

—¿La cuarta ya...? ¡Cómo pasa el tiempo! —chanceó mi primo, encendiendo un Perahuí.

—¿Cree usted que se levantó alguno de los jugadores? —insistió el juez, curiosamente.

—Pese a la negativa de Pablo, existe la posibilidad de que él se hubiera levantado mientras jugaba Raquel, o que se levantara esta mientras jugaba Pablo.

—¿Habrían tenido tiempo de...?

—Si llegáramos a comprobar que uno de ellos abandonó la mesa mientras jugaba el otro, su situación se tornaría delicada.

—¿En qué se funda para suponerlo?

Cheste arrojó su cigarrillo, sacudió la ceniza que le había caído en el pantalón y sacó de su bolsillo un anotador encuadrado en piel de tapir.

—La partida comenzó a las nueve menos diez y fue interrumpida a las diez menos veinte: por lo tanto, duró cincuenta minutos —dijo, guardando la libreta—. Descontando cinco minutos que pueden haber demorado en preparativos, nos quedan cuarenta y cinco de tiempo neto. Según su declaración, Carlos jugó la primera mano en cinco minutos, lapso que su tía pudo aprovechar para levantarse. Según el mismo Carlos, Pablo tardó en la tercera mano tanto como Raquel en la segunda, y como el juego se interrumpió jugando Pablo, a las diez menos veinte, podemos calcular que cada uno tardó en hacer su juego veinte minutos aproximadamente, durante los cuales el otro pudo levantarse.

Yarce había seguido atentamente las consideraciones de mi primo.

—De acuerdo con lo que dices —insinuó, meneando la cabeza—, Raquel...

—Exactamente. Como tú supones —confirmó Cheste, sonriendo.

Un camarero nos anunció la presencia de Julio Zelada.

—Yo lo he citado aquí —explicó Yarce, contestando a una muda pregunta de Cheste.

El médico entró saludando a derecha e izquierda. Repartiendo sonrisas.

—Tengo entendido que Ayala se divierte enormidades jugando al escondite con las pesquisas —expresó alegremente, sentándose frente a Chesté.

—A propósito de Ayala —saltó el prefecto, observando al recién llegado—, ¿está usted seguro de haberlo visto en el jardín la noche de la muerte de Escudero?

—Tanto como usted de verme ahora —ratificó Zelada—. Ya supuse que lo negaría.

—¿Y por qué lo supuso? —indagó Quelño.

—Porque aceptarlo era comprometerse demasiado.

Cristián Yarce miró largamente al médico.

—Así que usted cree que admitir como ciertas las declaraciones de terceras personas es comprometerse demasiado... ¿no? —le dijo, reticente.

—Depende de las circunstancias... —contestó Zelada, separando las manos.

—Usted visitó a María Urrutia el día del crimen, ¿verdad?

—Por la tarde, capitán —concretó.

—¿Y podría usted decirme de qué hablaron?

Julio Zelada se puso en guardia. Y contempló a Yarce con ojos escrutadores.

(¿Quién te lo habrá dicho...?!)

—Pues..., hablamos de enfermedades... —respondió al cabo.

—¿Y de nada más, doctor? —sondeó el prefecto, en tono insinuante.

Zelada puso las cartas sobre la mesa.

—Sí, hubo algo más —afirmó—. María Urrutia era una mujer exageradamente aprensiva. Creía padecer todas las enfermedades imaginables y, sin embargo, gozaba de perfecta salud. Años atrás fue necesario operarla en tres ocasiones, pero se re-

puso completamente y hasta el día de su muerte se conservó no solamente sana, sino también vigorosa.

—¿Y fue de eso de lo que hablaron? —demandó el decepcionado Quelño.

—Eso fue lo que provocó que habláramos —satisfizo el médico—. Yo la visitaba diariamente porque ella así lo deseaba, pero nunca consideré necesario someterla a un tratamiento especial.

—¿Y ella se lo reprochó?

—Eso fue lo que me dijo la última vez que la visité. Se quejó del abandono en que la tenía y me amenazó con cambiar de médico si yo no le recetaba algo con que aliviar sus hipotéticas dolencias.

—¿Y nada más? —insistió el prefecto.

—Parece que conmigo también ha habido tercera persona, capitán... —comentó Zelada, con leve sarcasmo—. Pues bien, todavía más... María Urrutia llegó a echarme en cara el haberme hecho su heredero, agregando que mi descuido, según ella, databa desde que consideré segura su herencia.

—Y a pesar de eso, ¿salió usted de casa de la anciana con la certidumbre moral de que el primer testamento no había sido modificado todavía? —inquirió Yarce, con cierto tono de brusquedad.

—Sí, capitán. A pesar de eso —replicó Zelada, con indulgencia—. Porque cuando nos despedimos, estaba encantada de mis servicios profesionales.

—¡Pero cómo...!, ¿en qué quedamos?

—Usted comprenderá, capitán. Ante su actitud, yo no tuve más remedio que encontrarla enferma y, por consiguiente, indicarle una serie de inyecciones.

Yarce y Quelño rivalizaron en sus manifestaciones de condena.

—¡Su conducta es vergonzosa...!, usted estaba obligado a tratar a su enferma de acuerdo con su estado. —¡Usted carece de ética profesional...! Si ella quería cambiar de médico, que cambiara..., pero usted no tenía derecho a engañarla.

—Ni a recetarle inyecciones tal vez nocivas...

Julio Zelada alzó los brazos, pidiendo calma.

—¡Un momento, señores...! —reclamó—. Las inyecciones recetadas eran simplemente tónicas... inofensivas. —Y sonriendo cínicamente, se dirigió a ambos por separado—. Además..., usted, capitán, y usted, señor juez, ¿no creen que valía la pena por medio millón...?

Bernal Cheste tenía otros temas que tratar.

—Dejando de lado ese veleidoso medio millón... —comenzó, con aire negligente—. Yo necesito de usted, doctor Zelada, la confirmación de un dato.

—Usted dirá... —accedió el médico.

—Dígame: el famoso disparo de la bala de cera, ¿no fue hecho, por casualidad, el 23 de noviembre?

Zelada meditó un momento. Tratando de recordar.

—Efectivamente, fue ese día —repuso al fin.

—¡Lo que yo suponía...! —musitó Cheste, con acento preocupado.

—¡Cómo lo que usted suponía...! —se asombró Zelada—. ¿Quiere decir que no se lo había dicho nadie?

—Nadie.

Wifredo Z. Quelño no pudo contenerse.

—Entonces..., ¿cómo lo supo? —le exigió.

Cheste clavó sus ojos en los del magistrado, antes de contestar.

—Lo supe porque Escudero se llamaba Rubén —pronunció sin el menor asomo de burla—. Y porque la causa fue una flecha...

Quelño se puso serio.

—Vea, Bernal, ¿no le parece que pasa de broma? —lo reconvinó.

—No hay tal broma, Wifredo —respondió—. Y todavía sé más.

—Pues dilo —requirió el escéptico Yarce.

—Sé que mañana puede ocurrir un hecho grave estrechamente vinculado con los crímenes que investigamos. —Hizo una pausa, agitando la cabeza—. Tal vez un nuevo crimen..., quizás un nuevo extraño atentado... Y el agua se hará notar otra vez.

—¿Tratas de predecir la muerte de Gertrudis Ruiz Haedo, ahogada en las aguas de Nahuel Huapi? —interrogó Yarce, con desembozada ironía.

—Sé que algo puede ocurrir, pero no el qué... —puntualizó Cheste, con gravedad.

Para decir la verdad, ninguno de los presentes dio crédito a las afirmaciones de Bernal. Y aun las tomaron a broma.

—¿No tiene alguna otra primicia? —indagó Quelño, con festiva entonación.

—No sé si será primicia para usted, pero puedo decirle quién anda detrás de todo esto —replicó Cheste, con aire complaciente.

—¿Quieres hacernos creer que has descubierto al Desconocido? —demandó el prefecto, saltando en su asiento.

—Si no al Desconocido, por lo menos al que le señala el camino.

—¿Y quién es? —apuró Quelño, tan asombrado como ansioso.

—Pues..., ¡el Sol!

PRENSA GRAFICA

Director: MARCIAL DE AREVA

Año XVIII Buenos Aires, Domingo 20 de Febrero de 1935 N. 6469

ER Y MUSSOLINI

era propaganda, verdadero, aunque su adhesión al documento que certifica mantener en con- Alemania en testi- el "eje" principal- firma del pacto en algunos días antes res, los buques de zona de guerra pa- publicano.

TERVENCION

antes se insistía, atraerse la muche- es. Londres y Pa- vanamente o con- citos aliados en es- de su "Caudillo" tosa situación de urgencia el abando- Francia y sobrep- o exterior. icit en compara- solini y Franco a de su acuerdo en ma el documento, han firmado al es- en el pacto anti- as Hitler.

DEL JAPON

dos japoneses en ente a Gran Bre- en a las declara- reses en el posible lejano Oriente. te. Sabemos muy a también que son tas potencias uni- occidentales con los de Asia.

ENRIQUE AYALA HA DESAPARECIDO

¿Fuga o secuestro?

Un lacónico comunicado de la Oficina de Prensa del Secretariado de Investigaciones Criminales nos anuncia que en la noche de ayer ha desaparecido el teniente de navío Enrique Ayala.

Aunque en un principio su figura no intereso mayormente a la Prefectura del S. I. C., gracias a la circunstancias en que fué hallado al descubrirse el asesinato de la señora María Urrutia de Ruiz Haedo, su posterior actitud al investigarse la muerte del escribano Rubén Escudero le colocó bruscamente en la primera línea de sospechosos. Situación que le valió ser sometido a una estrecha vigilancia por parte de los agentes de la Brigada Especial, cuyo celo logró burlar anoche, internándose en el Río de la Plata a bordo de una gasolinera de la Armada.

Todas las apariencias de este inesperado suceso, cuya importancia sería inútil ocultar, llevan a suponer que el teniente de navío Ayala ha emprendido la fuga; conducta que asumiría marcados caracteres de autoacusación. No embargante, y según datos confidenciales que obran en nuestro poder, en ciertos círculos oficiales se contempla la posibilidad de que la desaparición de Enrique Ayala haya sido consumada contra su voluntad.

EL SENADOR A. RUIZ HAEDO INICIO SU VIAJE AL SUR

A las 22 y 30 h. de ayer, el Jefe Civil del Partido Conformista abandonó la Capital con rumbo a la región de los Lagos, donde se reunirá con su familia que veranea a orillas del Nahuel-Huapi.

PRONTO COMEN

Todavía es posible salvarse y guardar en el buen porte fil impasible de la Obelisco.

ES INUSITADA L

Hace poco nos haba cabida a la para aquel volum foles.

No nos detendre en éste un sentimi sentiríamos enorme pequeño pero firm que es muy compr dumbre.

EL NUEVO PRES

Las obras comen que transitaban por vistosos edificios d zando con la firme do en ella como tendente Municipal quien no pone obst fuerzo alguna para a fin de lograr Paraná.

A la entrada de vanta el vasto y inmortal, edificado lar.

El departamento, dispuesto en tal m diques magníficos y dos ríos, que dan ciudad a toda la la Nación; en la Provincias el prog torios.

Cuadro sexto

Lunes 21 de febrero, a las 9 hs. En el SIC

Fue un agente Orduña, pálido y desencajado, el que penetró en el despacho del prefecto, a las nueve de la mañana del lunes 21 de febrero.

Era un hombre alto y elegante, de maneras suaves y exageradamente cumplido. Por su aspecto hubiera sido imposible adivinar su profesión.

—¿Qué tiene usted que decirme? —le preguntó Yarce, tratando de dominar su cólera.

Según declaró Orduña, él había tomado servicio frente a la puerta de la casa de Enrique Ayala, el sábado 19 a las ocho de la noche. A las ocho y media había llegado el marino, y el agente Fresneda, que lo seguía, entregó su guardia al declarante. A las nueve y media, Ayala había vuelto a salir, dirigiéndose a Puerto Nuevo en un colectivo. Orduña lo siguió en un taxi. Una vez en Puerto Nuevo, el teniente de navío se embarcó en una lancha a motor, internándose en el río. Aunque el agente Orduña logró conseguir una embarcación, la niebla era tan espesa que toda persecución hubiera resultado vana.

—¿Qué hizo usted, entonces? —demandó el capitán, suavizando el tono.

—Consideré que lo más prudente era regresar a casa de Ayala y aguardar allí su retorno.

—¿A qué hora lo relevaron?

—A las cuatro de la mañana me relevó el agente Despores.

—Está bien, Orduña. Puede retirarse.

Cuando Despores acudió al llamado de su jefe, se convirtió en el centro de todas las miradas. No obstante, sus informaciones carecieron de importancia. Él había estado apostado desde las cuatro de la mañana hasta el mediodía del domingo, y Ayala no había aparecido.

El agente Fresnedo, que había reemplazado al anterior, declaró que no había habido novedades en la casa de Enrique Ayala hasta las ocho de la noche del domingo, en que fue relevado nuevamente por Orduña.

Por otra parte, el comisario Castil había iniciado una rápida pesquisa tratando de ubicar el paradero de Ayala.

El primer resultado obtenido fue el hallazgo, en el puerto de Olivos, de la lancha empleada por Enrique Ayala en su misterioso viaje nocturno.

En la misma localidad norteña se presentó espontáneamente ante las autoridades, un chofer de taxímetro que declaró haber conducido a un marino, cuyas señas personales coincidían con las del teniente de navío desaparecido, hasta la Plaza de la República de esta capital. Interrogado sobre la hora en que dejó a su pasajero, el taximetrista manifestó que aquella oscilaría entre las diez y media y las once menos veinte de la noche del 19 de febrero.

Y allí se perdían las huellas de Enrique Ayala. ¿Qué habría sido de él?

Bernal Cheste había presenciado las anteriores escenas con insolente despreocupación. Paseaba su mirada por las paredes, silbando suavemente. De vez en cuando posaba su vista en Yarce, y sonreía piadosamente. Dejando de silbar. Porque no podía hacerlo a un tiempo.

Por fin terminaron los informes de los funcionarios.

Durante un momento permanecimos callados. Aunque las miradas que Yarce y Quelño dirigían a Cheste eran por demás elocuentes.

(¿Qué esperas para explicarte...?).

(¡Cómo lo habrás adivinado...!).

Pero aquello pasó pronto.

Porque el prefecto comenzó a hablar incisivamente.

—¡Déjate de suficiencias, Bernal! —lo increpó casi gritando—. ¡Sí, acertaste..., ocurrió algo grave! Pero, ¿cómo pudiste predecirlo?

Cheste encendió un cigarrillo, haciéndose el interesante. Y lográndolo.

—Muy sencillamente, Cristián... Porque el Sol camina en el cielo.

Yarce intentó una respuesta enérgica. Pero las palabras huyeron de su boca.

Y Quelño no hizo más que abrir la suya.

Cheste nos contempló bondadosamente.

—No comprendo esta sorpresa... —dijo—. Pero si yo supiera que los tranquilizaba, les diría que hace cinco mil años no hubiera sido el Sol el inspirador...

—¿No hubiera sido el Sol? —preguntó Quelño, mecánicamente.

—No, Wifredo. Hubiera sido la Luna...

Yarce golpeaba su pipa contra la palma de su mano izquierda.

—¿La Luna...? —repitió, distraído.

Cheste frunció el ceño.

—Sí, la Luna —ratificó—. ¿Acaso has olvidado que en aquel tiempo los animalitos estaban en el “camino amarillo”? —lo reprendió, extrañado.

Decir que nuestro asombro fue infinito, traduciría una lamentable pobreza de léxico. Yarce sacudió la cabeza como para desechar alguna idea malsana y se miraba las manos, que contraía nerviosamente.

—Pero... —tartamudeó el capitán—. ¡Bernal...!, ¿qué te pasa?

—¿A mí...? Nada. ¿Y a ustedes?

—A nosotros se nos está acabando la paciencia —replicó el prefecto, demostrándolo—. ¿Quieres terminar de una vez con tus charadas?

—Que no tienen la gracia que usted supone —remachó Quelño, con acento de fastidio.

Cheste tuvo el cinismo de agitar la cabeza afirmativamente y consumir su cigarrillo antes de hablar.

—En realidad —comenzó—, esto es más bien un problema de zoología; hay que estudiar el significado de los animalitos. Y podríamos empezar por la cabra...

—¿La de María Urrutia? —creyó interpretar Quelño.

—No, no, la otra —rectificó Bernal—. Yo me refiero al monstruo marino, no al juguete de goma. —Y prosiguió—: Sin embargo, parece un asunto de índole sideral. Yo creo que Flammarion, el abate Moreux y el padre Rodés, con sus estudios de astronomía, harían mucho más en este caso que Fabre, el investigador de los insectos o que Maeterlinck, el poeta de las abejas y las termes. Empero, son los animalitos los que nos podrán llevar a la solución. ¿No les parece?

Buscó en nuestros rostros una respuesta, pero no halló más que estupor. Un estupor insuperable.

—Veo que no estamos de acuerdo —manifestó con desaliento.

—Escucha, Bernal... —musitó Yarce, definitivamente resignado—. Creo que has descubierto algo, pero vayamos

por partes... ¿Qué tiene de particular que Escudero se llamara Rubén?

—De particular, nada —contestó mi primo, con desgano—. Pero según la Biblia, Rubén es una corriente de agua.¹⁰

—¿Una corriente de agua...?! —Yarce se esforzaba por comprender.

—¡Claro, hombre! —exclamó Cheste—. Y ahí tienes explicado por qué se desbordaba la bañera... —Se interrumpió y meditó un instante—. Aunque no estoy muy seguro de que la lluvia fuera por eso...

Wifredo Z. Quelño dudaba entre la indignación y el desprecio. Y terminó hablando...

—El que Escudero se llamara Rubén... ¿también explica la presencia del muñequito de lata? —inquirió en son de burla.

—Naturalmente, señor juez —repuso Cheste en el mismo tono—. Aunque a usted le parezca mentira, la insignia que blasonaba el estandarte de la tribu de que fuera fundador, era la figura de un hombre arrojando agua.

—¡Siempre el agua...! —Yarce dio un puñetazo sobre la mesa—. Y Ayala se fue en una lancha... —Se encaró bruscamente con Cheste—: Tú dijiste que el agua se haría notar otra vez, ¿cómo lo sabías?

—Lo sabía porque el agua es el elemento natural de los peces —respondió el otro con suavidad.

Teniendo en cuenta su carácter, parecía increíble que Yarce hiciera aquella mañana semejante alarde de paciencia.

—Bueno, Bernal, pero, ¿no podrías ser más explícito?

¹⁰ Génesis 49, 4.

—Yo creo que usted no sabe lo que dice —rezongó Quelño, dirigiéndose a Cheste.

—Quizá... —concedió este, sonriendo finamente—. Me pasa lo que a San Agustín: “Si no me lo pregunta nadie, lo sé; pero si intento explicarlo, ya no lo sé”.¹¹

—Pero tú tienes suficientes elementos de juicio, los cuales te permitieron determinar la fecha del absurdo atentado contra Julio Zelada —arguyó el prefecto.

—¡Julio Zelada...!, eso es lo que me desorienta —confesó Cheste, meneando la cabeza—. Para mí sería todo mucho más claro si se llamara José...

—¡Es intolerable! —estalló Quelño, poniéndose de pie—. Usted no hace otra cosa que confundir la investigación, buscando impresionarnos con frases teatrales. ¡Esto no es un escenario, doctor Cheste! Yo había supuesto que usted trataría de colaborar con nosotros, pero me ha defraudado...

Cheste esperó tranquilamente a que el juez de Instrucción se desahogara. Y luego habló él...

—Es cierto, Wifredo —convino—. Usted debería buscar al único hombre que sería capaz de atajar al Desconocido. Y yo se lo podría indicar...

—¿Usted?!, ¿y quién es?

—Josué, hijo de Nun, que detuvo al Sol en su carrera...¹²

¹¹ *Confesiones* XI, 14.

¹² Josué X, 12.

Cuadro séptimo

El mismo día, a las 16 hs. En casa de Enrique Ayala

Por resolución del señor juez de Instrucción de primer turno, doctor Wifredo Z. Quelño, aquella tarde debería practicarse un registro en el domicilio particular del teniente de navío Enrique Ayala.

Y allá fuimos.

Un criado anciano, enteco, de rostro curtido y andar marinero, acudió al llamado del juez, abriéndonos la puerta.

Cuando penetré en el despacho donde hacía poco fuera interrogado el marino, pareció resonar en mis oídos su burlona frase de despedida: “Si llegan a volver por aquí, no se olviden de traer una orden de arresto...”.

Mientras Yarce y Quelño registraban el departamento, el comisario Castil se encargó del criado, que dijo llamarse Agustín Bañales.

Luego de revisar prolijamente el despacho y el comedor, el prefecto debió reconocer que allí no había nada que pudiera interesarle. Ni tampoco a Quelño.

Y pasamos al dormitorio.

—¡Qué cerradura más ordinaria! —decía Cheste, mientras forzaba un cajón del ropero.

Castil entró en la alcoba en pos de Bañales, que parecía temer los probables empellones del indignado comisario.

—Este pájaro no quiere hablar... —gruñía el pesquisa, en culto lenguaje policial.

—He dicho todo lo que sé —protestó el mucamo, en tono agrio.

—Oigamos eso —terció Cheste, que había sacado un estuche de cuero rojo del cajón que forzara.

—Mi patrón salió el sábado a las nueve y media de la noche, y no lo he vuelto a ver —manifestó Bañales.

—¡Ah..., ya!, ¿y no le dijo adónde iba?

—No, señor. Me dijo que salía a cumplir una misión privada.

—¡Y tan privada! —murmuró Cheste. Luego se dirigió a Castil—: ¿Tiene una palanqueta, comisario?

El interpelado sacó de su bolsillo un cortaplumas de dos hojas, lima, sacacorchos, destornillador, tijeras, etcétera, y se los alcanzó a Cheste.

—¡Pero esto es una ferretería...! —se regocijó mi primo, abriendo la hoja más fina.

Bernal tomó el estuche con su mano izquierda, introdujo el acero bajo la lengüeta del cierre, hizo palanca hacia arriba y la tapa saltó. En seguida tomó lo que había dentro, presentándolo a nuestros ojos.

—¿Qué me dicen de esto? —pronunció, sorprendido.

Era una cinta collar de seda verde, de la que pendía una medalla de plata. Grabada en el anverso, había una piedra cónica de la que salía un niño desnudo tocado con un gorro frigio. Y una inscripción latina: *Natalis Solis Invicti*. Por el reverso, un arquero disparando una flecha contra una roca, de cuya herida manaba agua.

Cuadro octavo

Miércoles 2 de marzo, a las 19:30 hs. En Paraná 1280

La última semana de febrero había transcurrido sin otras alternativas que las obligadas actuaciones rutinarias.

Tanto el contralmirante Pedro Ruiz Haedo como las autoridades navales negaron haber confiado ninguna misión especial al teniente de navío Ayala.

Y eso era casi todo.

En la tarde del miércoles 2 de marzo me hallaba yo en mi gabinete, decidido a terminar de una vez el artículo que mi padrino me encargara para el suplemento financiero de *Prensa Gráfica*.

Dos golpes dados en la puerta me distrajeran del trabajo. Pese a la suavidad del parco repique.

Y Bernal Cheste entró en la habitación, cerrando la puerta tras de sí. Sigilosamente.

—Quiero que me acompañes... —pidió en voz baja.

—¿Adónde? —inquirí, sin comprender su reserva.

—En la calle te lo diré.

Lo seguí casi a mi pesar. Quizá por curiosidad.

—¿Se puede saber...? —comencé cuando nos instalamos en el Hispano.

—A Paraná 1280 —me interrumpió, lanzando el coche a gran velocidad. Y a mí una mirada de satisfacción.

(*¡Lo que es tú no te bajas...!*).

Sin atender a las preguntas que le formulaba acerca de sus propósitos, Cheste concentraba su atención en el manejo del coche, sorteando hábilmente las dificultades del tránsito.

—¿Por qué no viene Cristián? —demandé al cabo de un rato.

—Porque está intoxicado de legalidad.

—Pero, ¿qué es lo que vas a hacer?

—Voy a registrar la casa del Honorable Caudillo.

—¿Sin mandato judicial?

—¡Al diablo el mandato judicial!

—¿Y Quelño?

—Cristián no quiere comprometerlo. Ni creo que él se decidiera...

—¿Cómo vas a entrar?

—El prefecto del SIC ha sido víctima de mi abominable desprecio por los prejuicios codificados —respondió, mostrándome el llavero del escribano asesinado.

—¿Le robaste las llaves?

—He sufrido una pequeña distracción moral ante la posibilidad de obtenerlas..., si te parece lo mismo.

—Bueno, está bien. Pero, ¿qué te ha decidido?

—Mi querido primo. Ayala desapareció la noche del 19 de febrero, y casi a la misma hora Antonio Ruiz Haedo iniciaba su viaje a Nahuel Huapi.

—No veo la relación...

—Te aconsejo que reflexiones sobre la circunstancia de que en la casa del senador no hay nadie, y que tengas en cuenta ambos jardines...

—¿Cómo sabes que no hay nadie? Puede haber cuidadores... —argüí.

—He dejado sonar el teléfono durante un cuarto de hora y nadie ha contestado.

—¿Entonces supones que...?

En ese momento llegábamos a la esquina de Vicente López y Montevideo. Cheste detuvo el coche, y descendió.

—¡Vamos...! —me apuró—. Haremos una cuadra a pie...

Cuando estuvimos frente a la puerta del departamento que fuera de Escudero, Cheste se calzó un par de guantes. Y ante mi estupor, me tendió otro, de mi propiedad.

—Póntelos y no te los quites por ningún motivo —me indicó, sin entrar en explicaciones.

Una vez dentro, y luego de verificar que ninguna luz podría verse desde la calle, Cheste dio vuelta al conmutador. En seguida comenzó a actuar con gran seguridad de movimientos. Revisó el escritorio, la alcoba y el cuarto de baño. Sin resultado.

—¿Buscas rastros de Ayala? —le pregunté.

—Busco de todo. Rastros de Ayala y..., ¿te acuerdas de los trocitos de masilla que guardó Quelño cuando Méndez nos señaló las llaves?

—Sí y también recuerdo que no se volvió a hablar de ellos.

—Pues ahora lo oirás —me dijo, cerrando la puerta del baño—. Eran los restos de la masilla empleada para sacar el molde de una llave.

—¿De la puerta del corredor?

La respuesta quedó postergada indefinidamente. Cheste había abierto la puerta que comunicaba el dormitorio con el vestidor y no había acabado de hacerlo cuando, de un salto, se precipitó en su interior. Lo seguí a tiempo para ver que se inclinaba sobre la banqueta.

—Conque casi siempre de civil..., ¿eh? —murmuró mi primo, moviendo lentamente la cabeza.

Cuidadosamente doblado sobre aquella banqueta se encontraba un uniforme de marino, con el sable encima y la gorra sobre él. En el suelo y bajo el asiento, un par de zapatos blancos.

Bernal desdobló la chaquetilla, comprobando que las insignias correspondían a las de teniente de navío.

—¡Es el uniforme de Ayala! —exclamé, sin poder contenerme.

—Sería extraordinario que no lo fuera —me replicó Cheste, examinando cuidadosamente todas las prendas.

—¿Encuentras algo de particular? —indagué.

—Nada —contestó, haciendo un gesto de extrañeza—. No me lo explico; pero es muy raro que haya abandonado su uniforme precisamente aquí.

Nos quedamos silenciosos. La vista de aquellas vestiduras me había puesto intranquilo.

¿Estaría Ayala en la casa?

¿Nos estaría observando?

Por un momento temí que se abriera la puerta del corredor y apareciera el teniente de navío sonriendo apretadamente, con una pistola la mano.

La primera campanada de la iglesia de las Esclavas llegó hasta mí como un eco jadeante, desgranándose en ocho sonidos, que yo fundí en un solo escalofrío.

Mi primo dejó el uniforme como lo había encontrado, y salimos del vestidor.

—Revisemos la casa —decidió, apagando las luces.

Cheste sacó su linterna de bolsillo y la encendió. Abrió la puerta que daba al entonces oscuro y callado corredor, y seguimos por él. Llegamos a la biblioteca, escudriñando las tinieblas con la luz. En el patio comprobamos que la puerta que daba al jardín estaba candada. El haz luminoso se proyectó sobre la cortina que nos separaba del antecomedor, formando un disco perfecto.

¿Nos acechaba alguien en la sombra?

Mi corazón latía al ritmo desacompasado del miedo. Estaba excitado, con los nervios tensos, con las sienas palpitantes...

—Vamos arriba —propuso Cheste, con voz serena.

Subimos la escalera, que crujía quejosamente. Toda la casa parecía crujir. ¡Lamentos de casa deshabitada...!

Entramos en la primera pieza, abierta a nuestra derecha. La luz de la linterna nos mostró dos camas: las de Carlos y Pablo Ruiz Haedo. Y sus rayos, iluminando luego las paredes, se detuvieron sobre una cabeza de león colgada sobre la chimenea, en el muro de la derecha.

—Otro obsequio de Haroldo Pinel —comentó Bernal, tocándome con el codo.

Abandonamos aquella estancia y tentamos la puerta de la contigua. Que estaba cerrada.

¿Qué fue aquello? Dudaba..., ¿sería sugestión? ¡No!, era realidad. Un chirrido hirió nuestros oídos. Lento..., creciente..., espantoso en su cautela... Cuando comprendí, la sangre huyó de mi cerebro.

¡Era la puerta enrejada que se abría...!

Cheste apagó la linterna. Sentí su aliento en mi cara. Tuve un pensamiento que me pareció nacido en otra mente, y me deslicé por el pasamanos.

Cuando llegué al pie de la escalera, choqué con un cuerpo. Creí que el intruso me atacaba, y busqué su cuello en la oscuridad.

—¡No seas bárbaro! —me susurró Cheste, desasiéndose.

Él había llegado antes que yo. Lo que supuse mi pensamiento, había sido su voz. Tan baja, que el entendimiento la captó antes que el oído.

Caminando a tuestas, pegados a la pared, avanzamos por el corredor. La puerta del dormitorio que fuera de Escudero estaba abierta, dejando pasar la luz. Bernal corrió hasta ella felinamente. Yo lo seguí, entrando tras él en el departamento del escribano asesinado.

Un hombre se dirigía al escritorio. De pronto, se dio vuelta, sobresaltado. En su mano derecha brillaba el acero empavonado de una pistola automática.

—Buenas noches, doctor Zelada —saludó mi primo, con calculada cortesía.

Cuadro noveno

El mismo día, a las 21 hs. En Torre de Agua

—**M**enos mal que no llegó a entrar en el vestidor —decía Cheste cuando regresábamos a nuestra casa—. De ninguna manera nos convenía justificar que viera el uniforme.

—¿Te convencieron las razones que dio Zelada para justificar su presencia allí?

Cuando se encontró frente a nosotros, Julio Zelada había bajado el arma que empuñaba, murmurando palabras de sorpresa. A las que no parecía ajeno el alivio experimentado.

Luego nos explicó que desde su ventana había visto una luz que se movía tras la puerta enrejada. Como en la casa no había nadie, sospechó que alguien aprovechaba esa circunstancia para entrar subrepticamente. Decidido a averiguar de qué se trataba, se había echado una pistola al bolsillo, bajando al jardín. Atravesó el portón que separaba ambas fincas y, queriendo entrar en la casa por la puerta del patio, la halló candada. Fue entonces que recordó el impulso de Cheste al pretender abrir la puerta enrejada y, suponiendo que algo lo habría motivado, decidió probar. Empuñó el picaporte, empujó hacia adentro, y la puerta cedió a su presión, chirriando ruidosamente. Alumbrándose con cerillas llegó hasta la puerta del departamento de Escudero, que encontró entornada. Acababa de encender la luz y se disponía a revisar las piezas que lo componían, cuando nosotros lo sorprendimos.

—Por lo menos las acepté sin discutir las —respondió mi primo.

—¡Qué lástima que no haya venido Cristián! —lamenté. Cheste hizo un gesto de espanto, frenó bruscamente y me miró desconsolado.

—Tú no sabes lo que dices... —murmuró—. Si hubiera venido, esta noche no cenábamos. ¡Y hoy no es día de ayuno!

—¡Pero tiene que saberlo...! —objeté.

—No me opongo a una amable tertulia de sobremesa —concedió, soltando el freno.

Y llegamos a Torre de Agua.

Durante la comida, Bernal no habló una palabra. Masti-caba concienzudamente y bebía con no menos devoción.

—Les propongo jugar una partida de tresillo —invitó Yarce, cuando nos levantamos de la mesa.

Cheste, que se disponía a encender un cigarrillo, levantó la cabeza.

—No es mala idea, Cristián... —dijo con desgano—. Pero el tresillo lo prefiero de cuatro y no somos más que tres...

—Pero si se puede jugar lo mismo... —alegó el prefecto.

—No es lo mismo, no. Jugando de tres, no hay “penetro”...

—No creo que eso tenga tanto interés...

—¿Cómo que no? Casualmente, esta tarde hice uno muy interesante...

—¿En dónde?!

—En el departamento de Rubén Escudero —concluyó mi primo, encendiendo el Perahuí que tenía entre sus dedos.

Yarce se palpó los bolsillos instintivamente. Un sonido metálico pareció tranquilizarlo.

—¿Ah, sí? —se burló al cabo—. ¿Y cómo fue eso?

—Pues verás: es algo que todavía no me explico —repuso Cheste, desplomándose en un sillón—. Figúrate que esta tarde, a eso de las siete y media, se me ocurrió salir de paseo con Diego. Yo no sé lo que le pasaría al novelista, pero el caso es que me

hizo una serie de preguntas extrañas, distrayéndome en medio de un tránsito caudaloso. Quizás influido por su curiosidad, metí una mano en el bolsillo derecho del saco y, ¡oh sorpresa!, encontré en él un llavero polizón.

A medida que Bernal hablaba, Yarce iba cambiando de color.

—En un principio —continuó Chesto, imperturbable—, supuse que me habría puesto una chaqueta ajena, pero no era...

—¡Me robaste las llaves! —lo interrumpió el capitán, súbitamente enfurecido.

—¡Qué palabra grosera, Cristián! —reprochó mi primo, con afectado disgusto.

—¿Pero cómo diablos...? —gritó el prefecto, esgrimiendo en su diestra las llaves de Escudero.

Chesto lo contempló con resignación.

—Debo reconocer que es un llavero errante —musitó.

—¿Errante...? —masculló el otro—. Lo que debieras reconocer es que no tienes vergüenza.

—Te prometo considerarlo.

—No contento con sacarme el llavero, a raíz de mi negativa, has tenido el cinismo de deslizarlo en mi bolsillo a tu regreso.

—Tu sagacidad se vuelve peligrosa, capitán.

Yarce no pudo soportar más. El irónico dictado de Chesto lo sacó de las casillas.

—¡Has abusado de mi amistad! —Subrayó las palabras con ira concentrada—. Cuando me propusiste registrar la casa del senador Ruiz Haedo, te dije que no podría ser mientras no obtuviéramos una orden judicial. Y te expliqué bien claro que yo no quería comprometer a Quelño sin ofrecerle un fundamento serio. —Se incorporó, acercando su cara a la de Bernal—. ¿Te has figurado, acaso, que tu capricho está por encima de las leyes?

—“Aumento de leyes, aumento de crímenes”. Según Lao-Tsé.

El prefecto comprendió que por el camino de la indignación no llegaría a ninguna parte. Y decidió abrirle un paréntesis.

—¿Se puede saber qué beneficios rindió el “penetro”?

—¡Psh!, casi me dan “codillo”.

—¿Y quién?!

—Otro que quería jugar... con una pistola en la mano. En fin, lo que se dice, una partida entretenida.

—Dime quién era y olvidaré...

—¡Cuánta magnanimidad...! —exclamó Cheste, alzando los brazos—. Era nuestro viejo conocido el doctor Julio Zelada —le informó luego.

—¡Hum..., el médico..., ¿eh? ¿Y qué hacía allí?

En pocas palabras mi primo lo puso en conocimiento de lo sucedido.

—Ese individuo me está escamando —manifestó el prefecto—. Cualquiera día lo meto en una celda.

—Y obtendrás la animosidad del clan Ruiz Haedo.

—¡Me importa un higo!

—¿Y Ayala?

—¡Ayala!, ¿qué sabes de Ayala?

—De Ayala, nada. Pero su uniforme reposa plácidamente en la banqueta del vestidor de Escudero. ¿Te enteras?

Yarce se levantó impulsado por incógnitos resortes.

—¡Cómo!, ¿es cierto eso? Vamos allá inmediatamente.

Cheste meneó la cabeza, chascando la lengua suavemente.

—Eso es imposible —expresó con gravedad.

—¿Imposible?, ¿y por qué?

—Porque tus arrebatos deben ser legalizados por una orden de allanamiento —replicó el otro, blandiendo un índice preceptivo.

Yarce cerró el paréntesis.

—¡Vete al infierno...!

—No me sienta el clima.

El prefecto ya subía la escalera en dirección a su aposento.

Bernal oprimió un timbre y esperó la llegada de Teudis, a quien indicó que preparara el ajedrez en el salón de fumar.

—¿Te quedas conmigo? —preguntó, volviéndose a mí.

Yo accedí, satisfecho de eludir una segunda visita a aquella casa.

Yarce regresó, listo para salir.

—¡Cómo!, ¿no vienes? —inquirió, dirigiéndose a mi primo.

—No. Ya he visto cuanto tenía que ver —rehusó el interpelado—. Además, no quiero ser cómplice de una violación de domicilio. ¡Es algo incalificable!

El capitán abrió los ojos como dos ventanas. Y permaneció tieso, inmóvil. Como un rascacielo.

Cuando reaccionó, no se le ocurrió respuesta más adecuada que salir dando un portazo. Y así la dio.

A los cinco minutos nos hallábamos empeñados en una partida de ajedrez que se prometía brillante.

Cheste era un eximio jugador, y en todos los círculos ajedrecísticos se reconocía su habilidad como finalista. Por la calidad de su estilo estaba considerado como un discípulo de Reti, y así lo demostraba el ataque combinado de alfiles y caballos que desarrollaba contra el peón de mi alfil de rey.

Eran las once y media, y pensaba yo en la conveniencia de abandonar el juego, cuando el inesperado retorno de Yarce distrajo la atención que teníamos concentrada en el tablero.

—¿Qué clase de broma es esta? —rugió el capitán—. ¡Allí no hay ningún uniforme! ¿Tienes algo que decirme?, ¿eh?, ¡contesta!

Cheste consiguió dominar un gesto de asombro.

—¿Quieres decir que no lo has encontrado?

—No. Ni en el vestidor, ni en el dormitorio, ni en toda la casa —concretó el prefecto, acaloradamente.

—Entonces se lo han llevado. Digo yo...

—¿Cómo es posible...?

—Probablemente, debajo de un brazo —opinó Cheste, en tono perezoso.

Después, volvió su vista al tablero, estudió la posición de los trebejos, pensó un instante y movió una torre.

—Jaque mate —anunció luego, poniéndose de pie.

Cuadro décimo

Jueves 3 de marzo, a las 9 hs. En Torre de Agua

Cristián Yarce estaba nervioso. Y consultó su reloj.

—¡Es una vergüenza! —exclamó—. Son las nueve de la mañana y ese lirón sigue durmiendo.

—Pues vamos a despertarlo —sugirió Quelño, que había llegado hacía un cuarto de hora.

Irrumpimos en la habitación de Cheste.

Como un desafío a la luz del sol que entraba generosamente por la ventana abierta, la veladora mantenía incandescentes sus filamentos. Las ropas estaban desperdigadas por sillas y butacas en el más escrupuloso desorden. En la cama, un cuerpo acéfalo mostraba un brazo que colgaba inerte.

—¡Bernal...! —llamó Yarce, zamarreándolo.

No obtuvo otra respuesta que un vigoroso resoplido.

—¡Que son las diez...! —exageró el capitán.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó una voz ronca, surgiendo de debajo de la almohada. Y Cheste se incorporó, se restregó los ojos, estiró los brazos prolongando un bostezo, sacudió la cabeza y nos miró risueñamente—. ¿Apareció Ayala?, ¿mataron a Gertrudis?

—No, pero...

—Entonces trataré de soñarlo —contestó, echándose de espaldas.

Quelño y Yarce se miraron impacientes.

—Tendremos que ir solos a interrogar a Bañales —expresó el segundo, guiñando un ojo.

Cheste se sentó en la cama. Despabilado.

—¿Dónde está Bañales? —indagó.

—Está citado a las nueve en mi despacho del SIC.

Mi primo echó una ojeada a su reloj de mesa.

—Haz el favor de hablarle a Castil para que lo traiga a Torre de Agua —pidió, saltando de la cama—. Y mientras vienen, tengo tiempo de bañarme.

Media hora más tarde, el comisario entró en el escritorio que Yarce ocupaba en el piso bajo.

—Aquí está el hombre... —dijo señalando a Bañales, que lo seguía.

El criado de Ayala trataba de aparentar una serenidad que no tenía, lo que lo mostraba artificial. Luego de hacerlo sentar, el prefecto procedió a interrogarlo.

—¿No tiene usted nada que añadir a lo que ha declarado sobre la desaparición de su amo?

—No, señor —repuso el titubeante mucamo.

—Hace usted mal en negar. ¿Acaso no sabe usted que Ayala concurrió al domicilio del senador Ruiz Haedo en la noche del 19 de febrero? —aventuró el capitán.

La frase surtió efecto. Bañales palideció intensamente, pero se obstinó en la negativa. Castil acercó su corpulencia, arrimando su cara a la del sirviente.

—Vea, che; conteste a lo que le pregunta el jefe, si no quiere que lo ponga a la sombra —lo amenazó.

La fría mirada del prefecto lo decidió a hablar.

—Yo no tengo la culpa de nada —alegó—. Si no hablé antes fue porque el señor Ayala me lo había prohibido.

—¡Ajá...!, se lo había prohibido, ¿eh? —musitó Cheste.

—Díganos todo lo que sepa —ordenó el juez de Instrucción—. Le aconsejo que sea claro, exacto y, sobre todo, que diga la verdad. ¿Ha entendido?

—Sí, señor. —Y comenzó su declaración—: El 19 de febrero, a las ocho de la noche, yo estaba esperando al señor Ayala para servirle la cena, cuando llamaron por teléfono. Era el senador Ruiz Haedo que preguntaba por mi patrón. Como yo le dije que no estaba, me encargó que cuando llegara, le dijera que telefonara a su casa, que él esperaba su llamado.

—¿Está usted seguro de que era el senador Ruiz Haedo quien hablaba? —demandó Cheste.

—Sí, señor —ratificó el criado—. He atendido muchas llamadas suyas y reconocí perfectamente su ceceo.

—Continúe —se impacientó Yarce.

—Bien, señor. A las ocho y media regresó el señor Ayala y le di el recado del senador; enseguida fue al teléfono y habló con él. Después se sentó a cenar. Y a las nueve y media volvió a salir.

—¿De uniforme o de civil? —inquirió el magistrado.

—De uniforme, señor.

—¿Qué le dijo cuando se fue? —apremió el capitán.

—Al irse me advirtió que iba a cumplir una misión de carácter oficial y que no sabía el tiempo que estaría afuera.

—¿Qué más?

—Me ordenó que no dijera a nadie que el senador lo había llamado, porque el asunto era muy delicado y requería el mayor secreto.

—Muy bien. Ahora puede irse —lo despidió el prefecto, después de consultar a Quelño con la mirada—. Quizá volvamos a necesitarlo, por lo que le conviene estar a nuestra disposición.

—Sí, señor. Cuando usted mande. —Y salió con el aire de quien se ha quitado un peso de encima.

Cheste se dirigió a Yarce

—¿Sería posible que Ayala hubiera vuelto? —le preguntó.

—En absoluto. Fresneda, Despores y Orduña han mantenido la vigilancia sin solución de continuidad.

¿Quién se habría llevado el uniforme?

—Me parece que el senador Ruiz Haedo va a tener que explicar su entrevista con Ayala —reflexionó Yarce—. Casi estoy por mandarle telegrama.

—Y no harías más que ponerlo en guardia —señaló Cheste.

—Podemos esperar... —indicó el juez—. Total, a fines de la semana próxima estará de regreso.

—Pero no puedo permanecer inactivo esperando su llegada —adujo el capitán.

—Claro que no —convino Cheste—. Puedes entretener te conversando con Méndez; tal vez sepa algo sobre la visita de Ayala. —Se volvió a Castil—... ¿No le parece, comisario?

—¡Macanudo, doctor! —aprobó el interpelado—. Yo mismo me encargaré de buscar a ese mochuelo. —Y mirando a Yarce, agregó—: Antes de las once lo tendrán aquí.

Ante la señal afirmativa del prefecto, Castil salió apresuradamente de la estancia.

Mientras aguardábamos su regreso, el capitán Yarce informó a Quelño de la visita clandestina de Cheste al departamento de Escudero, de la que hizo él después de cenar, y de la desaparición del uniforme.

Wifredo Z. Quelño no demostró disgusto por la intromisión de Cheste, antes bien, llegó a lamentar que su condición de magistrado le vedara aquella suerte de emociones.

A las once menos cuarto, Patricio Castil hizo su entrada en compañía del mayordomo Méndez. Las facciones del segundo estaban alteradas por una expresión hasta entonces en él desconocida. No parecía furtivo sino decidido, más que sombrío resultaba cruel.

—Lo hemos hecho venir —explicó Yarce— para pedirle ciertas informaciones sobre lo ocurrido en casa de su amo el día

de su partida al sur. Usted recordará la desaparición del teniente de navío Enrique Ayala, a quien ha visto muchas veces, ¿verdad?

—Sí, señor —admitió Méndez, agitándose imperceptiblemente.

—Pues bien, tenemos motivos suficientes como para suponer que Ayala concurrió a casa del senador Ruiz Haedo en las últimas horas del 19 de febrero. ¿Usted no sabe nada?

—No, señor.

—¿No sabe que el senador llamó por teléfono a casa de Ayala, a las ocho de la noche?

—No, señor.

—¿No sabe que Ayala llamó a las ocho y media a casa del senador?

—No, señor.

—¿No sabe que Ayala acudió a una cita que el senador le dio en su casa?

—No, señor —persistió Méndez, visiblemente desazonado.

—¿Qué es lo que usted sabe?

—Nada, señor.

—¿Qué instrucciones le dio el senador Ruiz Haedo antes de partir? —intervino Cheste.

—Después de almorzar, el senador me dijo que podía tomarme unos días de vacación. Él se iba a Nahuel Huapi a reunirse con su familia, y pensaba regresar el 10 o el 11 de este mes. Me advirtió que dos días antes de su vuelta, me telegrafiaría para que dispusiera una limpieza general de la casa, y que hasta entonces yo no tenía necesidad de ir por ella.

—¿Es eso todo lo que tiene que decir?

—Sí, señor.

—Me parece que usted no nos entiende —observó Cheste—. Veamos: ¿a qué hora salió usted por última vez de la casa, el 19 de febrero?

—A las seis y media de la tarde. Salí para Ciudadela en el tren de las 19:03 hs, de Plaza Once.

—Bien. Cuando usted salió, ¿dónde estaba el senador?

—En la biblioteca, señor. Me dijo que iba a escribir un rato, y que luego iría a cenar al Círculo.

—¿En qué tren se iba el senador en su viaje al sur?

—Ordenó preparar el coche, aclarando que él mismo manejaría.

—Viajaba solo, ¿verdad?

—Así lo interpreté yo, señor.

El prefecto se resignó a dar por terminado el interrogatorio.

—¿Qué le parece? —le preguntó a Quelño, luego de que Méndez se hubo retirado.

—Me parece que Nahuel Huapi está demasiado lejos como para ir en automóvil, una sola persona, y viajando por la noche. ¡Son como setenta horas de marcha neta!

—¿Y a ti, Bernal?

—A mí me gustaría saber por qué Ruiz Haedo no tomó el tren en Constitución.

—¿Y respecto a Méndez?

—Estuvo muy oportuno en tomar el tren de las 19:03 —hizo notar Quelño, jugando con sus quevedos.

—Pues yo creo que Méndez ha visto a Ayala más veces de las que tú supones, Cristián —manifestó Cheste, encendiendo un Perahuí.

—A propósito de Ayala —dijo Yarce, sin reparar mayormente en el sentido de la frase de mi primo—, yo creo que fue él mismo quien se llevó el uniforme del departamento de Escudero.

—Yo pienso igual —concordó el juez.

—Sin embargo, hay dos cosas que no me explico —reconoció el capitán—. ¿Para qué quiere Ayala su uniforme, si lo que le interesa es pasar desapercibido?

—Yo no sé para qué querrá el uniforme, pero está claro que no podemos probar que ha sido visto sobre la banqueta del vestidor —expresó Quelño—. En realidad, no se ha llevado su uniforme, sino una prueba.

—¿Y por qué lo abandonó, si habría de recogerlo luego, precisamente entre la visita de Bernal y la mía? —planteó el prefecto.

—¿De dónde saca usted que lo abandonó? —indagó el magistrado—. Admitiendo que Ayala entró en el departamento de Escudero, como lo demuestra la presencia de su uniforme, podemos suponer que se refugió allí, favorecido por la circunstancia de que la casa permanecería vacía hasta mediados de este mes.

—Todo eso está muy bien... —concedió el capitán—. Pero, ¿de dónde sacaba sus alimentos? Porque, aunque en la casa hubiera provisiones, no le alcanzarían para mucho tiempo. Y tenga en cuenta que hace más de diez días que desapareció.

—Quizás alguien lo ayudaba desde afuera —insinuó Quelño.

—Esa es otra cuestión que podemos solventar más tarde —replicó Yarce—. Lo interesante es que Ayala estaba en el departamento y que, probablemente, cuando tuvo lugar la primera visita, oyó abrir la puerta de Paraná.

—Y entonces se ocultó en algún rincón de la casa —interpretó Castil.

—De la casa o del jardín, pero se ocultó —aseguró el capitán.

El comisario castañeteó los dedos.

—¡Ahora caigo...! —exclamó—. Cuando comprendió que su refugio estaba descubierto, huyó llevando consigo el uniforme.

—Eso parece lo más probable —reflexionó Cheste en voz alta.

El prefecto comenzó a caminar agitadamente.

—Y es Ayala quien tiene la llave de la puerta del corredor —afirmó, deteniéndose delante de su mesa.

—Debe tenerla, porque al venirme dejé la puerta cerrada con el resorte, y él no estaba en el departamento —subrayó Cheste. Y agregó como para sí—: ¡Este asunto de las llaves...!

—Y Salcedo declaró que, después de reunírsele frente a la puerta enrejada a las seis de la mañana siguiente a la muerte de Escudero, Ayala se separó de él en el hall, dándole un pretexto —abundó el capitán.

—Y Ayala se negó siempre a declarar —remachó Quelño.

—¡Ya sé, ya sé! —El prefecto se enardeció súbitamente—. Ayala le robó el guante a Salcedo, entró en el departamento de la víctima, lo arrojó al suelo y, antes de irse alisó la colcha, creyendo haberla arrugado él.

—¡Epa, epa...! —le atajó Cheste—. Discrepo completamente.

—¿Por qué?

—Porque prefiero suponer que el que entró en el departamento de Escudero fue alguien cuyas funciones están más de acuerdo con los actos consumados en aquella ocasión.

—¿Quién? —pregunta Quelño.

—Méndez, el mayordomo del senador Ruiz Haedo.

Yarce era una estatua levantada a la sorpresa.

Cuadro onceno

Sábado 5 de marzo, a las 18:50 hs. En casa de Roberto Aguilera

Aquella tarde, Bernal Cheste debió salir enseguida de almorzar, portador del balurdo que contenía su último drama.¹³

A las tres comenzaría su lectura ante el conjunto que habría de interpretarlo, y que, a partir del lunes 7, se pondría bajo sus órdenes para iniciar los ensayos.

Eran pasadas las cuatro cuando Wifredo Z. Quelño habló por teléfono a Torre de Agua, manifestando al capitán Yarce que se le había ocurrido dónde ir a buscar el uniforme de Enrique Ayala, y tal vez su propia persona.

Con la excitación que es fácil de imaginar, el prefecto reclamó del juez mayores detalles sobre su iniciativa, pero el magistrado se limitó a citarlo para las seis y media en el Ameltax Club.

A la hora señalada llegué al lugar de la cita, en cuyo salón de fumar me esperaban Yarce y Quelño.

—¡Es una lástima que no venga Bernal! —se lamentó el segundo, sonriendo hipócritamente como un tendero.

—Sí... —convino el prefecto, sin afligirse demasiado—. Hoy no oiremos hablar del Sol...

—Pero..., ¿adónde vamos? —indagué.

¹³ *Perdónanos nuestras deudas...* fue estrenada en el teatro Calderón de Buenos Aires, el 25 de mayo de 1938, obteniendo un clamoroso éxito de prensa y público.

—Es verdad que a usted no se lo he dicho... —Y el magistrado carraspeó con afectación—. Vamos a casa de Roberto Aguilera —me informó luego.

Faltaban diez minutos para las siete, cuando nos detuvimos frente al n° 1248 de la calle Paraná, que señalaba la que fuera residencia de Roberto.

Aguilera, famoso actor de carácter de la pantalla argentina, perdido en un vuelo a la región de los lagos.

El juez de Instrucción sacó de su bolsillo la llave que le facilitara el banco administrador de la propiedad, la introdujo en la cerradura; un leve crujido nos anunció que la hoja comenzaba a abrirse...

Y entramos al polvoriento zaguán, que ofreció a nuestros pasos la resistencia papélica de los periódicos e impresos que alfombraban la pedernosa taracea.

Cristián Yarce cerró la puerta de calle y, tentando la llave de la luz, comprobó que la corriente había sido interrumpida. Pero él lo había previsto. Porque en su mano derecha apareció una linterna de dos pilas, cuya luz hendió en sucesivas direcciones la tiniebla ambiente.

Y abrió la cancel...

Ante la umbría soledad de la mansión deshabitada, asaltaron mi memoria los inquietantes enigmas que guarnecían el misterio impenetrado.

Hacía más de dos meses que, en parecidas circunstancias, entrando en otra casa de aquella misma cuadra, un grito de mujer inaugurara la cadena incomprensible.

Y fue el cuerpo de Ayala lo primero. Caído detrás de una mesa, víctima de una agresión consumada mediante una cachiporra que se halló a su vera. Con sus huellas digitales en el mango.

Y el cadáver de María Urrutia sumergido en el aljibe, que señaló por vez primera la injerencia del agua, que tanto preocupaba

a Yarce. Y la cabrita blanca, de inexplicable presencia; el botón desgarrado, que el Desconocido usó para envolverse los pies, y cuyos restos aparecieron en el maletín de Zelada; y el segundo testamento de la octogenaria, condicionado a la muerte de Gertrudis Ruiz Haedo, que desheredaba a Zelada. Y el extraño relato de este acerca del disparo de la bala de cera, provocado por el impacto de su flecha.

Luego, el asesinato de Escudero. La bañera desbordada, batida por el chorro de la canilla de agua fría, y las impresiones dactilares de Antonio Ruiz Haedo en el picaporte de la puerta del corredor. Y los restos de masilla, la desaparición del cortapapeles, la jeringa homicida que Méndez dejó caer... El hallazgo de un guante de Federico Salcedo y el arreglo de la colcha, que Cheste atribuía al mayordomo... Y el segundo juguete: aquel diminuto autómatas de lata que parecía vaciar un cántaro. La puerta enrejada, cuya llave se había perdido hacía dos años y por la que pasara Reinaldo Lascano en busca de Raquel... Y el nocturno paseante del jardín...

¿Cómo habría adivinado Cheste la fecha exacta del balazo de cera? ¿Y qué tendría que ver eso con el nombre de Escudero y con que lo provocara una flecha?

Pero era aún más asombrosa su profecía de que el 19 de febrero ocurriría algo grave... y que el agua tendría que ver.

Porque aquel día desapareció el teniente de navío Ayala, fugándose en una lancha, río afuera...

¡Y las desconcertantes citas bíblicas...!

Aquella comprobación de que la enseña de la tribu de Rubén era un hombre arrojando agua, ¿no constituía una casualidad pasmosa? Pero por ella llegué a penetrar el pensamiento de mi primo cuando dijo que todo sería más claro si Zelada se llamara José.

Porque Bernal buscaba una relación que uniera el desarrollo de los sucesos con aquel "algo" que había descubierto, permitiéndole establecer la fecha en que funcionara la trampa contra Zelada y predecir un importante acontecimiento para el 19 de febrero.

Y la buscaba en la Biblia. Porque, ¿acaso no habla el Génesis de José, a quien “causáronle amargura, y asaeteáronle, y aborreciéronle los arqueros”?¹⁴

Pero Zelada se llamaba Julio.

Y el “algo” que Cheste descubriera, no podía ser más que el Sol, del que llegó a decir que inspiraba los actos del Desconocido. Pero, ¿cómo era posible?

La respuesta la tendríamos aquella noche en la casa de Roberto Aguilera, donde presumía Quelño que estuviera el uniforme, y tal vez la persona, de Enrique Ayala.

La linterna empuñada por Yarce paseó su luz por las paredes del hall, que mostraban su superficie casi cubierta de reproducciones fotográficas de las más culminantes escenas filmadas por el “astro” desaparecido. Y por tercera vez en poco tiempo, tuve oportunidad de contemplar una chimenea en cuyo panel superior había colgada una cabeza de león.

Y pensé en Haroldo Pinel.

En uno de los movimientos de su brazo, el prefecto iluminó el piso. Y dejó escapar una interjección. Que no repetiré.

—Alguien acaba de pasar por aquí... —murmuró luego, señalando las pisadas que se dibujaban claramente en el parquet cubierto de polvo.

—¿Cómo?, ¿dónde?, ¿quién? —ametralló Quelño, tomando por un brazo al capitán.

—Y no ha vuelto a salir... —observó este, indicando las huellas que entraban en la habitación abierta a nuestra derecha.

Y por ella, a la contigua. Trazando un camino que Yarce siguió. Y nosotros tras él.

A juzgar por su aspecto, aquella segunda pieza había sido destinada a estudio. Pero el momento no era propicio a los aná-

¹⁴ Génesis 49, 23.

lisis de ambiente. Porque las pisadas se perdían bajo un tupido cortinaje que nos cerraba el paso.

El prefecto se detuvo, pidiéndonos silencio con un gesto. Y no fue el motivo la cortina, sino el débil pasaje de una luz que se colaba por los pliegos de la orla como una infidencia.

Cristián Yarce asió el paño con ambas manos y lo descubrió violentamente.

Pero fue él el sorprendido.

Porque una voz inesperadamente cordial acogió nuestra presencia.

—¡Adelante, las visitas!

Un velón de cuatro picos iluminaba la estancia. Instintivamente, el capitán guardó su linterna. Frente a nosotros, un guardarropa abierto mostraba la correcta formación de sus perchas colgadas. Y cubriéndolas, una muchedumbre heterogénea de vestidos. Dos grandes espejos colocados en paredes opuestas multiplicaban la escena. Y de pie, tras un sillón, con las manos apoyadas en su respaldo, una figura de perfil nos miraba con ojos vidriosos.

Era Roberto Aguilera.

O mejor dicho, su maniquí.

—¡Hermoso cuadro...! ¿verdad? —dijo alguien, emergiendo del ángulo opuesto, casi a nuestra espalda.

No fue menester mirarlo.

—¡Ah, conque eras tú...! —reprochó el prefecto, rechinando los dientes.

—No iba a ser el maniquí... —repuso Cheste, instalándose en un sillón.

—¿Se puede saber cómo has llegado hasta aquí? —interrogó Yarce, en tono agresivo.

—¿Quién le ha facilitado la entrada en esta casa? ¿O es que vino a llevarse el uniforme? —arremetió el juez, resentido porque Cheste lo precediera.

—¡Calma, funcionarios! —pidió Bernal, extendiendo los brazos—. He llegado hasta aquí porque supuse que ustedes vendrían. He supuesto que ustedes vendrían porque, habiendo llamado por teléfono a Torre de Agua a las cinco, Teudis me dijo que ustedes habían convenido encontrarse a las seis y media, para ir donde el señor juez esperaba hallar el uniforme y tal vez la persona de Enrique Ayala. Y no hay sitio más indicado para despertar el interés judicial que una mansión deshabitada... en esta misma cuadra. ¿No les parece?

Wifredo Z. Quelño no disimulaba su impaciencia mientras Cheste encendía un Perahuí con deliberada lentitud.

—En cuanto a lo otro —prosiguió mi primo—, he tenido el disgusto de comprobar la poca imaginación de nuestros cerrajeros. ¡Es verdaderamente lamentable...! ¡Quiere decir que nuestro sueño no está protegido contra las asechanzas de las gentes sin escrúpulos! Por lo demás, y tocante a lo tercero, puedo informarles que, a pesar de haber revuelto toda la casa, ni Enrique Ayala ni su desconcertante uniforme me han dado oportunidad de capturarlos.

Quelño no parecía convencido del fracaso de su iniciativa. O de su esterilidad.

—¿Quiere decir que no ha encontrado nada? —inquirió, con un dejo de esperanza.

—¡Cómo que nada!, ¿le parece poco lo que hay en esta pieza? —Y Cheste señalaba los objetos a medida que los nombraba—: Aquí tiene un verdadero arsenal de trajes, pelucas, barbas, bigotes, cejas, y toda la parafina necesaria para transformar las facciones más acusadas y personales. De este guardarropa podría salir una legión de impostores fisonómicos, y pasando por él, hasta la propia Gertrudis adquiriría lo que ha dado en llamarse *sex appeal*.

Quelño hizo un gesto de desdén.

—Eso está muy bien para la escena —dijo—. Pero en la vida real, no iría muy lejos quien pretendiera engañarme disfrazándose, por perfecta que fuera su caracterización.

—¡Eso no importa ahora! —terció Yarce, enfáticamente—. Lo que interesa es el paradero de Ayala, o lo que con él tenga relación.

Bernal Cheste sacó de su bolsillo un estuche de cuero rojo.

—¿Esto, por ejemplo? —indagó, sonriente. Acercándolo a las luces del velón.

—¡Es igual al de Ayala! —exclamó el prefecto. Y pronto su mirada desconfiada se posó en Bernal.

(¿No me lo habrás robado?!).

—Pero tiene las iniciales de Aguilera —advirtió mi primo, captando el pensamiento de su amigo.

—¡Déjese de explicaciones y diga qué hay adentro! —lo apremió el curioso magistrado.

—¡Ah...! —Cheste abrió los brazos, en señal de ignorancia—. No puedo saberlo; está cerrado con llave...

—Comprendo —aceptó Quelño, moviendo la cabeza de arriba a abajo—. Sus principios no le habrían permitido abrirlo, ¿verdad?

—Naturalmente —asintió Bernal—. Máxime que, suponiendo su contenido, no iba a estropear mi cortaplumas...

—¿Y dónde lo encontraste? —demandó Yarce, tomando el estuche y examinando su cerradura.

—En un cajón de la mesa del cuarto de estudio.

—¿Estaba abierto? —se interesó el juez.

—Durante un momento —satisfizo mi primo.

El capitán había probado varias llavecitas de su llavero especial, logrando por fin abrir la caja de cuero. Y una cinta verde, de la que pendía una medalla de plata, se alzó en su diestra.

—Como la de Ayala —pronunció, mordiéndose los labios.

—Va a ser necesario admitir que tanto el actor como el marino pertenecían a alguna ignorada cofradía mitríaca —expresó Cheste, fumando pensativamente.

—¡Pero eso es descabellado...! —protestó Quelño en tono rotundo.

—Hay muchos modos de ser descabellado —reflexionó Cheste, contemplando el yermo cráneo judicial.

—El culto de Mitra no es más que un recuerdo histórico —estableció el juez, desoyendo la frase burlona.

—Todo lo histórico que usted quiera —concedió mi primo—. Pero ahí está la medalla. De un lado, un niño desnudo, tocado con gorro frigio, saliendo de una piedra cónica, y la inscripción que nos habla del nacimiento del Sol Invicto, o sea, el dios Mitra. Y por el otro, el mismo Mitra salvando a la humanidad de la sequía, haciendo manar agua de una roca que ha herido con su flecha.

Cristián Yarce tabaleó nerviosamente sobre el estuche.

—¿Otra vez el Sol? —preguntó airado—. ¿Y quién es ese dios Mitra que tira flechas?

—Si yo no hubiera hecho la conscripción, me parecería mentira que un militar ignorara algo tan elemental —manifestó Cheste, en son de reproche—. Pero, en fin, varios meses de experiencia cuartelera me han hecho comprensivo... —Y agregó, con acento indulgente—: Mitra era un dios de origen persa, que representaba la luz, y que pasó al Imperio romano, vía Caldea, por obra y gracia de las legiones que lo veneraban por dios del juramento y de la gloria militar.

—Y fueron los caldeos los que lo identificaron con el Sol —añadió Quelño, que no quiso desperdiciar la ocasión de lucir sus conocimientos.

El prefecto trató de salir del paso.

—Sin embargo, tú hablaste del Sol antes de encontrar la cinta de Ayala —observó, dirigiéndose a Bernal.

—Como que yo no me refería a Mitra, sino al Sol en su calidad de astro, centro de nuestro sistema planetario —aclaró Cheste, recalcando sus palabras.

—¿También se refería al Sol astronómico cuando pronunciaba sus frases absurdas? —planteó Quelño, con leve acento de ironía.

—Indirectamente. Yo sé que el Sol señala el camino del Desconocido, pero lo que me interesa es saber por qué lo hace, y para eso estudio los animalitos.

—¿Acaso los leones? —insinuó Yarce, recordando los trofeos de caza del senador Pinel.

—No, Cristián. Para los egipcios, el león simbolizaba la fuerza de los rayos solares —replicó Cheste—. Pero a mí me intrigan los peces..., por ahora.

—¿Nada más que por ahora...? —masculló Quelño, forzando una sonrisa.

—Eso depende del Sol —repuso Cheste, con dulzura—. Aunque no sería difícil que antes de fin de mes tuviera que ocuparme de un carnero. Si es que las visitas continúan...

—¿De qué visitas hablas y qué nos importa a nosotros ese loco galimatías? —rugió el prefecto, fuera de sí. Sin abandonar su asiento.

Mi primo aspiró con fruición el humo de su cigarrillo y lo vertió en espirales.

—Conque... qué nos importa, ¿eh? —desafió—. ¿Acaso no se trata de crímenes solares? Y los animalitos, ¿no son, por ventura, mojones que señalan la ruta del Desconocido?

Y a la amarillenta luz que prestaban los cicateros picos del viejo velón de azófar, en aquel turbador museo de postizos coagulado de sombras, la más fantástica y abrumadora de las concepciones criminales que ha conocido el mundo nos fue revelada por ministerio de Bernal Cheste.

—El martes 23 de noviembre próximo pasado tuvo lugar el inexplicable disparo contra Julio Zelada. El miércoles 22 de diciembre fue consumado el asesinato de María Urrutia de Ruiz Haedo. El jueves 20 de enero, Rubén Escudero fue hallado muerto en el baño. Y el sábado 19 de febrero, Enrique Ayala desapareció sin dejar otro rastro que su uniforme, que pronto hubo de seguirlo. Y estos son, hasta ahora, los cuatro hechos capitales del caso que nos ocupa.

Nos miró uno a uno. Y su palabra cálida logró forma de camino. Invitándonos a seguirlo.

—Y estas fechas, que son otras tantas visitas del Sol en su peregrinaje sideral, ¿no traducen un significado? ¿No está en ellas lo determinante...?

Habíamos comprendido.

Y una niebla de horror espesó el ambiente.

—Suponer coincidencias —prosiguió, bajando el tono—, es conceder demasiado a la casualidad.

Su frase careció de eco, porque el frío de la realidad había embotado nuestros cerebros, como una pesadilla imposible de aventar.

Y concluyó:

—Por absurdo que pueda parecer, esta es la verdad: tanto el disparo contra Zelada, como las muertes de María Urrutia y Escudero, y la desaparición de Ayala, han sido realizadas de acuerdo con los signos del zodiaco.

El silencio que siguió fue apenas rozado por el murmullo que desbordó nuestra opresiva angustia.

—Sagitario...

—Capricornio...

—Acuario...

—Piscis...

ACTO CUATRO
El albatros de oro

Cuadro primero

Jueves 10 de marzo, a las 18:15 hs. En Juncal 1502

El 9 de marzo regresó de Nahuel Huapi el senador Antonio Ruiz Haedo en compañía de su familia. Pese a la justificada expectativa que había creado la última declaración de Bañales, el capitán Yarce decidió no hacerse presente en la casa hasta la tarde siguiente.

El jefe conformista nos recibió con su casi anatómico gesto de repulsa. Y en su biblioteca.

En pocas palabras, el prefecto enteró a Ruiz Haedo de las novedades producidas durante su ausencia. Como el hallazgo del uniforme de Ayala, igual que otros detalles que fueron reservados, no había sido comunicado a la prensa, su conocimiento constituyó para el dueño de casa una sorpresa poco grata.

—Por lo que usted me dice, queda establecido que el uniforme de Ayala fue encontrado en mi casa, y como el marino desapareció la misma noche en que me ausenté de la Capital, no creo equivocarme al suponer que mi situación es un tanto oscura, ¿no es así? —dijo el senador, interrumpiendo al capitán.

—Usted lo ha dicho.

—Bien. Comprendo que mi nombre es particularmente citado en el comentario público, y que me encuentro mezclado, bien a pesar mío, en una lamentable cadena de sucesos. En primer lugar, se insinuó mi intervención en la muerte de María Urrutia; luego se me complicó, más o menos indirectamente, en

el asesinato de Escudero; y ahora se ha descubierto en mi casa el uniforme de Ayala...

Cuando se hubo callado, Antonio Ruiz Haedo entrecerró sus ojos mirándonos alternativamente.

—Ya que usted se ha referido a la muerte de Escudero —apuntó Yarce—, debo recordarle que usted se ha mostrado ambiguo en sus actitudes y evasivo en sus declaraciones.

—Yo he hecho cuanto estaba a mi alcance...

—Usted ha negado reiteradamente la existencia de una segunda llave. Usted no ha sabido, o no ha querido, explicar la presencia de sus huellas digitales en el picaporte interno de la puerta del corredor. Usted ha tratado de eludir...

La fisonomía del senador experimentó una brusca transformación.

—Basta, capitán. La suerte está echada.

—Julio César —murmuró Cheste, haciéndose el distraído.

—No quiero prolongar por más tiempo una situación que se hace insostenible —agregó el político oficialista—. La llave que usted busca está en un cajón secreto de este mueble. —Y oprimiendo un resorte disimulado en su escritorio, abrió una gaveta de cuyo interior extrajo una llave idéntica a la que figuraba en el llavero del escribano asesinado.

La voz de Yarce pareció afilada por la situación. Y fue cortante.

—Teniendo esa llave en su poder..., ¿por qué insistió usted en negar su existencia? —Y golpeaba suavemente en el brazo de su sillón.

—Porque desde un principio intuí que alguien trataba de comprometerme en el crimen.

—¿Hace mucho que tiene usted esa llave? —indagó Quelño.

—Desde agosto del año pasado.

—¿Pero no dijo usted que Escudero se había negado a obtener un duplicado? —insistió el magistrado.

—Sí...

—¿Y entonces...?

Antonio Ruiz Haedo torció su boca en una mueca de cinismo. Pero no logró sonreír.

—Aunque él se negara, yo no tenía por qué desistir —expresó luego—. Ni él tenía por qué saberlo.

—¿Desconfiaba usted...? —sondeó el juez.

—En materia de política, cuando nuestras hechuras adquieran cierto prestigio, es prudente vigilarlas... —sentenció el jefe conformista—. Suele haber ambiciones impacientes y es mejor prevenir...

—Desde luego —aprobó Cheste—. Máxime si el pueblo cree que votando se gobierna, ¿verdad?

—Usted es demasiado joven para juzgar estas cosas... —advirtió el senador con acento desdeñoso.

—Y usted muy viejo para regenerarlas...

Cristián Yarce se agitó en su asiento. Y se dirigió a Ruiz Haedo. Que tampoco estaba cómodo.

—Prefiero hablar de sus impresiones digitales, senador —le dijo con sequedad, jugando con la llave que este le entregara.

—Como usted quiera... —replicó el interesado, sin ocultar su fastidio—. Como manifesté en otra ocasión, las horas anteriores a la muerte de Escudero las pasé leyendo en esta biblioteca. Haría unos diez minutos que Méndez había pasado para avisar la llamada de Lascano, cuando recordé que mi secretario tenía que entregarme unos borradores. Con intención de pedírselos, fui hasta la puerta del departamento y llamé, sin obtener respuesta; en vista de lo cual, abrí la puerta, que estaba cerrada sin resorte, y avancé hasta el medio de la habitación.

Fue entonces cuando oí el ruido del agua al caer en el baño. Suponiendo que se estaba bañando, resolví dejar el asunto para más tarde.

—Resulta extraño que, habiéndose molestado en llegar hasta el dormitorio, se retirara usted sin dirigir a su secretario, aunque más no fuera, unas palabras que anunciaran su presencia —observó Cheste.

—Es que, en realidad, no tenía mayor urgencia en que Rubén me entregara los borradores. Más que nada lo hice temiendo no acordarme luego. Como se estaba bañando, por lo menos así lo creí, regresé sin decirle nada. Y fue al abrir la puerta para salir al corredor, que mis huellas dactilares quedaron impresas en el picaporte.

—¿Nadie lo vio entrar? —inquirió Yarce.

—Creo que no. De otra manera, mi actitud hacia ustedes hubiera sido distinta —reconoció—. Porque confesar mi entrada en el dormitorio de Escudero en aquellas circunstancias, habría equivalido a acusarme yo mismo del asesinato.

—Teniendo usted una llave de la puerta del departamento, no creo aventurado suponer que fue usted quien entró en él después de que nosotros nos retiramos de esta casa, la noche del velorio —señaló el prefecto.

El senador lo contempló fijamente.

—Es verdad —confesó—. Yo entré en el dormitorio de Rubén a las cuatro y media de la mañana del 21 de enero, pocos minutos después de haber salido Julio Zelada y Federico Salcedo a visitar a un enfermo.

—¿Por qué lo hizo? —demandó el juez.

—Quería hacer un pequeño examen... Porque cuando vi el cadáver en el baño, y la muda sobre la cama, tuve la sensación del crimen..., y la penosa impresión de que las circunstancias me envolvían.

—Procedió usted con mucha precaución, pues no dejó rastros de su visita —indicó Yarce, con acento ligeramente irónico—. Tan solo...

—Llevaba guantes... —le interrumpió el senador—. Y cuidó de colocar todo como lo encontraba.

—Tan solo —repitió el capitán— le falta explicar la presencia del guante, la desaparición del cortapapeles y el arreglo de la colcha.

—Eso no se lo puedo aclarar, porque también para mí es incomprendible —respondió el senador, meneando la cabeza.

—¿¡Qué me dice...!?! —pronunció el prefecto, incrédulo.

—Yo pensaba que lo del guante fuera algo que se les hubiera escapado en su primera investigación, pero lo de la cama no lo acabo de entender —declaró Ruiz Haedo, encogiendo los hombros.

Yarce lo enteró de que antes de retirarnos de su casa, la madrugada del 21 de enero, uno de nosotros había desarreglado la cama, y que, al regresar por la tarde, la habíamos encontrado sin arrugas de ninguna clase. También le manifestó su convencimiento de que la persona que alisara la colcha era la misma que arrojara el guante.

—Será como usted dice —concedió el senador—, pero me parece una enormidad detenerse en semejante tarea en momentos tan poco propicios. —Y añadió, suavizando su expresión—: En cuanto al cortapapeles, esta es la primera noticia que tengo sobre su desaparición. Quizá Rubén lo hubiera prestado.

—¡Tal vez...! —murmuró Bernal.

Ruiz Haedo creyó conveniente reforzar su posición.

—Yo nada sé sobre esos detalles misteriosos. Cuando entré no vi el guante que ustedes hallaron después, por lo que presumo que aún no estaría. La cama parecía haber sido ocupada por un cuerpo extendido, pero me guardé muy bien de tocarla.

Cheste se apresuró a replicarle.

—Usted acaba de decir que había creído que lo del guante era un detalle que nos pasó desapercibido en nuestra primera visita, y ahora presume que, cuando usted entró, aún no debería estar —observó—. ¿No le parece que hay una ligera contradicción...?

El jefe conformista se mordió los labios.

—Tiene usted mucha razón —admitió—. Es indudable que el guante fue perdido después de marcharse ustedes. Pero no crea que me ha pillado, porque llevando yo puestos mis dos guantes, era imposible que perdiera alguno.

—De eso no cabe duda —coincidió Cheste.

El prefecto planteó otra cuestión...

—Convengamos en que usted no sabe nada de todo eso, y contésteme: ¿es posible que algún habitante de esta casa conozca la existencia de la segunda llave y que se haya servido de ella?

—Aunque me resisto a creerlo, debo reconocer que no es imposible —repuso el senador, algo desconcertado.

—Por si usted no lo sabe, le diré que en su casa hay personas muy observadoras —le aseguró Cheste, en tono misterioso.

—No sé lo que quiere decir.

—Es una verdadera pena.

Antonio Ruiz Haedo me producía la impresión de un hombre acorralado que acecha el momento de abalanzarse.

—En pasada ocasión usted me mostró una jeringa hipodérmica hallada en el dormitorio de Escudero —le dijo a Cheste—. Pues bien, esa jeringa...

—Es suya —concluyó Bernal, tranquilamente—. No es una novedad...

—Sí, es mía —confirmó el asombrado senador—. Aún no puedo explicarme cómo pudo llegar a poder de mi secretario,

pues yo no se la presté nunca. Seguramente, el criminal se apoderó de ella, poniéndola en lugar de la de Rubén, y se llevó esta última —opinó luego.

¿Sería posible que aquel hombre llevase su cinismo hasta el extremo de hacer semejante confesión, pretendiendo con ello desviar de sí las sospechas?

—¿Sabía usted que Escudero fue asesinado con esa jeringa? —indagó Cheste.

—No, pero no me sorprende en absoluto.

Cristián Yarce abandonó su sillón y se paró delante de Ruiz Haedo, apoyando sus manos en el escritorio.

—Y bien..., ¿qué tenía usted que decirle a Ayala? —inquirió.

—¿Yo?, ¡que qué tenía que decirle a Ayala!, ¿qué quiere usted decir? —reaccionó el dueño de casa.

—Voy a refrescarle la memoria. El criado de Ayala, Agustín Bañales, ha declarado que a las ocho de la noche del 19 de febrero usted preguntó telefónicamente por el teniente de navío, estando este ausente —puntualizó el prefecto.

—¡Que yo pregunté...! —se escandalizó el senador.

—Y que cuando Ayala regresó, a las ocho y media, llamó a su casa y habló con usted durante unos minutos —prosiguió Yarce, sin atender las exclamaciones de Ruiz Haedo.

—¿Quién de los dos está loco? —gritó este, indignado.

—Y a las nueve y media, Ayala salió de su casa advirtiendo a su criado que no dijera a nadie que usted lo había llamado —terminó el capitán, impertérrito.

—A esa hora yo estaba en el club. Hay infinidad de testigos que pueden comprobarlo —afirmó el senador, mordiendo las palabras.

—¿A qué hora salió usted de su casa?

—A las siete de la tarde. Di un largo paseo en auto, y a las

nueve menos veinte llegué al Círculo donde me esperaban unos amigos. Estuve con ellos hasta las diez y media, hora en que inicié mi viaje al sur.

—Entre diez y media y once menos veinte, Ayala descendió de un taxímetro en la Plaza de la República —apuntó Cheste—. Así lo ha manifestado el chofer que lo trajo desde Olivos, a donde fuera en lancha desde Puerto Nuevo, eludiendo la vigilancia de un agente del SIC que lo siguió hasta el muelle.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso? —demandó Ruiz Haedo, congestionado por la ira.

—No me lo imagino —condescendió Cheste—. Pero desde entonces no se ha vuelto a saber de Ayala...

Wifredo Z. Quelño tomó la palabra.

—Salvo que ha estado en el departamento de Escudero, pues su uniforme fue hallado en el vestidor —hizo notar.

—¿En el vestidor?, ¡no es posible! —protestó el jefe conformista—. ¿Cómo habría entrado?

—Quizás alguien le abrió desde adentro... —aventuró Cheste.

—Y ese alguien, ¿cómo entró? Porque yo puedo concebir que hayan entrado en mi casa por la puerta enrejada del jardín, pero en el departamento que ocupó Rubén... —Y meneó su abultada cabeza como rechazando aquella posibilidad.

—¿Cómo se animó usted a hacer un viaje solitario en automóvil hasta Nahuel Huapi? —interrogó Quelño, con acento meloso.

—¿De dónde saca usted eso? —preguntó Ruiz Haedo, en tono agresivo—. Yo usé mi coche para ir a Cañuelas donde me esperaba mi cuñado, y dejé el auto en su casa. De Cañuelas fuimos en tren hasta Bahía Blanca, de allí a Neuquén también en ferrocarril, cubriendo en ómnibus la última etapa. ¿Se entera usted?

—Cañuelas queda a unos sesenta y cuatro kilómetros, más o menos... —reflexionó el juez—. ¿Cuánto tardó en llegar a la casa de su cuñado, senador?

—Cerca de tres horas. Fui muy despacio, porque no tenía ninguna prisa.

—Es una razón —comentó Cheste a media voz.

—Y a cierta altura del viaje detuve el coche para contemplar la campiña iluminada por la luna.

—No lo creía tan romántico —murmuró Bernal, sonriendo burlonamente. El prefecto parecía meditar.

—Y Ayala se perdió en la niebla... —dijo en un susurro.

—A pesar de su artístico pasatiempo, usted pudo llegar a Cañuelas en menos de dos horas, yendo a marcha normal... —observó Quelño, con cierta severidad.

—Es probable, pero lo cierto es que se me ocurrió ir despacio. Sin embargo, no es esto lo que me preocupa, sino la llamada telefónica que Ayala hizo a mi casa. Puedo pensar que la que se hizo a la suya, lo fuera desde otro aparato e imitando mi voz, ya que no fui yo quien llamó. Pero que Ayala llamara aquí y dijera que yo le contesté es algo inaudito. ¡Si no había nadie...!

—¿Está seguro? —inquirió Yarce.

—Completamente. La única persona que tiene llave de la puerta de Juncal, aparte de los miembros de mi familia, es el mayordomo Méndez... Y este se fue a Ciudadela a las seis y media de la tarde del 19 de febrero.

Cuadro segundo

Viernes 11 de marzo, a las 14 hs. En Torre de Agua

Cumpliendo órdenes directas del capitán Yarce, el comisario Patricio Castil realizó una pequeña investigación en las oficinas de la telefónica, la que dio por resultado la comprobación de las llamadas efectuadas en la noche del 19 de febrero.

Quedó establecido en forma terminante que a las 20:02 hs de aquel día se había registrado un llamado de la casa del senador Ruiz Haedo al departamento del teniente de navío; y que a las 20:35 hs del mismo día, el aparato del senador había contestado una llamada del abonado Ayala.

Fue en la sobremesa del almuerzo del 11 de marzo cuando Bernal Cheste planteó la inquietante cuestión.

—¿No se te ha ocurrido pensar en la posibilidad de que Ayala hubiera sido asesinado? —preguntó suavemente, dirigiéndose al prefecto del SIC.

Yarce contuvo la respiración, reservando energías para el terrible puñetazo que descargó sobre la mesa.

—¡Santos y venerables! —exclamó, alzando los brazos al cielo—. ¡Eso sería magnífico!

—Creo que Ayala no estaría de acuerdo —señaló Bernal.

—Lo lamento por él, pero en esa forma todo se explicaría.

—Naturalmente. Y sobre su tumba grabarías un epitafio de este tenor: “Aquí yace el teniente de navío Enrique Ayala. Sacrificó su vida a mayor gloria del SIC. La sociedad, agradecida”.

—¡Lo que quieras! —Yarce se puso de pie y comenzó a medir el comedor a grandes trancos, siguiendo la vieja costumbre militar de reflexionar caminando—. Pero mis sospechas sobre el senador Ruiz Haedo, que fueron tímidas en el caso de María Urrutia y que se animaron mucho en el de Escudero, se tornan ahora decididamente audaces.

—Eso hay que atribuirlo a las digestiones lentas —dijo Cheste, volviéndose a mí.

El capitán afectó no oír el intencionado comentario de mi primo.

—Hay una llamada telefónica para la que el senador no encuentra otra solución que hacerse el sorprendido —concretó el militar—. Ayala sale de su casa diciendo a su criado que guarde secreto sobre la llamada del senador porque el asunto es muy delicado... Y a los once días se encuentra su uniforme en el vestidor de Escudero, mientras él ha desaparecido misteriosamente. Ayala fue visto por última vez por el chofer que lo dejó en la Plaza de la República, y a esa misma hora Antonio Ruiz Haedo iniciaba su viaje al sur, tardando nada menos que tres horas en cubrir sesenta y cuatro kilómetros de camino. Me parece indudable que el senador tuvo tiempo sobrado para ir a su casa, matar a Ayala, dirigirse al sur, y a cierta altura del viaje detener el coche, no para contemplar estúpidamente el paisaje iluminado por la luna, sino para algo que le interesaba más, algo más práctico y macabro, ¡enterrar el cadáver de Enrique Ayala!

—Ahora comprendo por qué el marino recomendó a su criado que guardara reserva sobre la llamada del senador. No cabe duda de que se trataba de una misión muy delicada —manifestó Cheste con desembozada ironía.

—Antonio Ruiz Haedo, aprovechando su investidura de senador, pudo dar a Ayala un pretexto cualquiera, que a este le resultara plausible para acudir a la cita. Y más tratándose de

un hermano del contralmirante, que era su jefe directo —opinó Yarce, en tono convencido—. Fue el senador quien le abrió la puerta, y una vez dentro lo mató. Luego lo despojó de su uniforme, que dejó abandonado en el vestidor...

—Para que yo lo encontrara, ¿verdad? —interrumpió Bernal.

—Él supondría que nosotros revisaríamos la casa; por eso no tuvo inconveniente en que yo me quedara con las llaves de Escudero —continuó el prefecto—. Desaparecido Ayala, nosotros lo atribuiríamos a una fuga, ya que el marino se había mostrado negativo en sus declaraciones y pasaba como muy sospechoso. Encontrado el uniforme, nuestra opinión de que Ayala era el asesino que había huido sintiéndose descubierto, y que aprovechaba la circunstancia de que la casa de los Ruiz Haedo estaba desocupada, para refugiarse en ella temporariamente, se vería robustecida.

—Muy bonito todo eso... —consideró Cheste—. Pero, ¿quién se llevó el uniforme?

—Un cómplice de Ruiz Haedo. Alguien que tiene llave de la puerta de calle; en una palabra...

—¡No lo nombres...! —lo atajó Bernal—. Méndez es uno de mis predilectos y me corresponde decirlo a mí.

—¡Esa es la verdad! —afirmó el capitán, enfáticamente—. Y si Ruiz Haedo no tiene nada que ver en todo esto, se va a volver loco para demostrarlo. Él mató a Ayala, a Escudero, y a María Urrutia.

—¿Y también preparó la trampa de la bala de cera?

—Estoy dispuesto a creerlo. Pero no es eso lo importante, sino las evidencias que contra él aparecen en la muerte del escribano. Consideremos la jeringa, la llave, la cama y el cortapapeles, y podremos concluir sin esfuerzo que el senador Ruiz Haedo es el único que ha tenido acceso a todas esas cosas. Si lo ha confe-

sado no es porque sea inocente, sino para anticiparse a nuestra próxima o remota comprobación. Creyó que deberíamos pensar: “¡Si fuera culpable no lo iba a decir...!”. Y yo creo que lo dice, precisamente, por ser culpable. Además, tú mismo señalaste una clara contradicción en sus manifestaciones relativas al guante. Primero dijo que su presencia nos habría pasado desapercibida en nuestra primera visita al departamento, y luego afirmó que cuando él entró no lo vio, por lo que presumía que aún no estaría.

—Y no estaba.

—En efecto, no estaba: es decir, no estaba cuando él entró, pero eso no impide que ya estuviera cuando salió. Y como él entró solo, es lícito suponer que el guante pudo ser perdido por él.

—Yo no creo que el senador haya dejado el guante de Salcedo. Antes bien, siempre he supuesto que lo dejó la misma persona que alisó la colcha —rebatió Cheste.

—Y yo estoy seguro de que esa misma persona es el senador Ruiz Haedo —insistió Yarce, con aplomo.

—Y ahí está tu error —observó Bernal, agitando una cerilla encendida—. El que alisó la colcha, ya te lo he dicho, no es otro que el mayordomo Méndez.

El capitán se mostró irritado.

—¡Lo has dicho..., lo has dicho...! ¡Siempre con tu maldita suficiencia! Pero, ¿acaso has podido probarlo?

Cheste no perdió la calma.

—Cuando regresamos del entierro de Escudero —replicó—, lo primero que hicimos fue llamar a Méndez para interrogarlo. En cuanto entró, el mayordomo se fijó en la cama, y yo, que lo observaba atentamente, pude advertir en sus ojos una expresión extraña que no vacilé en calificar de sorprendente. Ahora bien, tú recordarás que al ver la cama arreglada yo me volví a acostar en ella, de manera que cuando Méndez

entró, la vio nuevamente arrugada. ¿Qué podía significar la sorpresa delatada por su mirada? La respuesta es fácil: Méndez se sorprendía de ver la colcha arrugada. Por consiguiente, él contaba con que estuviera lisa. ¿Y por qué contaba con que estuviera lisa?: porque él mismo se había encargado de alisarla.

Aquello me pareció evidente. Pero no alcancé a comprender por qué el mayordomo habría pretendido complicar a Salcedo.

—Está muy bien —admitió el prefecto—. Pero, ¿con qué llave entró?

—Probablemente con la de Ruiz Haedo. Tú mismo preguntaste al senador si no sería posible que alguien de su casa se hubiera servido de ella.

Cristián Yarce no estaba dispuesto a dejarse convencer. Se paseaba agitadamente, meneando la cabeza y gesticulando. De pronto, se detuvo como iluminado por una nueva idea.

—Ruiz Haedo ha confesado que entró en el departamento —recordó—. Parece demostrado que Méndez también lo hizo; y ya tenemos dos visitantes. ¿Por qué no podrían ser tres? ¿Por qué hemos de creer tan ciegamente en la palabra de Salcedo? ¿Por qué hemos de aceptar que le robaron el guante? ¿Por qué no pudo perderlo él? ¿Por qué no suponer que él también entró?

—¿Te has convertido en el *Libro de los por qué*? —preguntó Cheste, arrojando una bocanada de humo.

Yarce lo contempló astutamente.

—¿Te has olvidado de que, muerto Ayala, Salcedo hereda el total de los legados? —demandó, con retintín.

—No. Convengo en que doscientos mil pesos son un bocado sabroso, pero Gertrudis no ha muerto todavía...

—Entonces, ¿no crees que Salcedo...?

—Es indudable que un hombre que entra en una pieza en la que se ha cometido un crimen, y más si lo ha cometido él, toma toda suerte de precauciones para no dejar huellas de su paso. En-

tre todas ellas la más elemental es la de calzarse guantes. Ahora bien, como va lo ha destacado Ruiz Haedo, es imposible que una persona pierda un guante que lleva puesto. Para que eso fuera posible tendría que sacárselo, pero, si se los pone por precaución, es absurdo que se los quite. Por consiguiente, para que una persona que lleva guantes pueda perder uno “involuntariamente”, es absolutamente necesario que lleve, por lo menos, “tres guantes” sobre su persona. Y, ¿quién es el que entra en el escenario de un crimen, aunque sea inocente, y lleva otros guantes que los puestos, exponiéndose a perder uno? ¿Quién puede padecer un entendimiento tan irremisiblemente zoológico? ¿Eh...? No, Cristián, el guante no fue perdido. Fue arrojado “voluntariamente”.

—Pero, ¿por qué tuvo que ser Méndez? ¿No pudo haber sido el criminal?

—No. El Desconocido, que mató a Escudero dejando una serie de indicios contra Ruiz Haedo, no pudo entrar en el departamento para tratar de complicar a Salcedo. Sería una implicación inadmisibile; porque, ¿a quién quiere comprometer?, ¿al primero o al segundo?

—Es que yo sostengo que el asesino es Ruiz Haedo —afirmó Yarce, calurosamente.

—Lo que no te impide sospechar de Salcedo —señaló Cheste.

—Porque el guante es suyo.

—También la pistola era de Escudero.

—Por eso pudo usarla el senador.

Mi primo tosió como si algo se le hubiera atragantado.

—Como veo que tu perversa imaginación insiste en condenar al senador, considero llegado el momento de comunicarte una impresión que se ha hospedado en mi cerebro —dijo, golpeando su cigarrillo con el índice de la mano que lo sostenía, haciendo caer la ceniza.

—Veamos ese inquilino —musitó Yarce, con leve sarcasmo. Bernal Cheste sabía hacerse desear. Contempló largamente al prefecto, se sirvió una copa de cognac, aspiró voluptuosamente su *bouquet*, tomó un sorbo y sonrió satisfecho.

—Agradable combustible... —comentó, paladeándolo—. ¿No te parece?

Yarce no dijo esta boca es mía. Se sentó frente a Cheste y tamborileó a dos manos sobre los brazos del sillón.

—Debo decirte —continuó mi primo pausadamente— que estoy casi seguro de que el Desconocido entró a matar a Escudero por la puerta de la calle Paraná y que salió por ella.

El prefecto saltó en su asiento como si lo hubieran pinchado.

—¿Qué...?

—Eso.

—¡Pero cómo...!

—Lo que nos indujo a suponer que la puerta del corredor fuera el lugar de acceso, fue que esta se encontrara practicable después de que Méndez la halló candada. También el par de zuecos contribuyó a desorientarnos, pues su presencia al lado de la puerta tenía por objeto, no tanto hacernos pensar en un crimen, sino sugerirnos que el homicida los dejó allí antes de salir. De otra manera no se explicaría por qué el asesino abrió la puerta que el mayordomo encontró cerrada con resorte. Sin embargo, esa puerta no fue abierta para que saliera el criminal; lo fue para hacernos creer que salió por ella. Y esa es la verdadera coartada del verdadero Desconocido, que no puede ser Antonio Ruiz Haedo.

—Entonces, Ayala no fue asesinado —arguyó el prefecto.

—No por Ruiz Haedo. Si este dice verdad al negar que él llamó por teléfono al marino, deberemos reconocer que existe una persona que lo hizo imitando su voz y fingiendo su ceceo.

Una persona que tuvo la audacia de entrar en la casa del senador, vía departamento de Escudero.

—¿Por dónde?, ¿con qué llave?

—Con una que hizo fabricar sobre el molde que tomó en la de la puerta de Paraná que estaba en el llavero que Méndez nos indicó. No otra cosa pueden significar los trocitos de masilla que Quelño recogió del suelo la noche del crimen.

—Eso no son más que teorías —repuso el irreductible capitán—. Y mientras no sean demostradas, el senador Antonio Ruiz Haedo es mi sospechoso número uno.

—Muy bien —concedió Cheste—. Entonces no te falta más que preguntarle por qué mata de acuerdo con los signos de zodiaco.

—Eso es lo único que me detiene. Pero no tardaré en saberlo.

—Celebro tu optimismo... —sonrió Bernal—. Aunque debes apresurarte, porque el carnero está en puerta.

—Ya veremos. Por de pronto, hoy mismo ordenaré una prolija búsqueda a todo lo largo del camino a Cañuelas.

—No es mala idea. ¿Quién te dice que no aparezcan los peces?

Cuadro tercero

Domingo 13 de marzo, a las 16 hs. En el Hidro Club

Mientras en el seno del Partido Conformista se caldeaban los ánimos y se partían las opiniones a raíz de las presuntas responsabilidades que podrían caer al senador Antonio Ruiz Haedo en los apasionantes sucesos que llevamos relatados, en los círculos náuticos y casi alrededor de los mismos hombres, se creaba una intensa expectativa mantenida por muy distinta suerte de razones.

Porque en la mañana de aquel domingo 13 de marzo tendría lugar en aguas del Tigre la ya famosa Caza del albatros, que organizaba el Hidro Club Argentino.¹⁵

Pero eso no era todo..., sino que, por derecho de conquista y ejercicio de defensa, el “albatros” no sería otro que nuestro conocido Federico Salcedo. Y entre sus “cazadores” figurarían,

¹⁵ Esta prueba, reservada para lanchas a motor del tipo fuera de borda, fue creada en 1936 por el comodoro Felipe Monroy, quien hizo una adaptación náutica del juego hípico denominado Caza del zorro, instituyendo para su disputa, como trofeo *challenger*, una copa de oro rematada por un albatros.

De acuerdo con la reglamentación establecida para esta competencia, conquistaba la copa, siendo designado “albatros” para el año siguiente, quien lograra darle caza en un plazo máximo de dos horas, continuando en posesión de ella el “albatros” que no hubiera sido habido por sus perseguidores en el mismo lapso. Como recordarán los aficionados, la primera vez que se celebró esta prueba fue elegido “albatros” el vencedor de una carrera especial realizada con ese fin.

entre otros, Carlos Ruiz Haedo, Haroldo Pinel y Reinaldo Lascano...¹⁶

En realidad, aquello no tenía nada de particular. Ni de esotérico. Era, simplemente, una competencia anual entre uno que defiende lo que tiene y varios, que no lo tienen, y procuran arrebatarárselo.

Más bien parecía vulgar. Y reflexionando un poco, resultaba frecuente. Cotidiano. Claro que eso era reflexionando... Porque calculándolo, quizá no se advirtiera esto, pero se fundaría un partido político muy avanzado.

Yo no creo que influyera en nosotros cosa alguna ajena a la caza en sí. Pero no me habría extrañado. Porque a pesar de su intrascendencia, algún espíritu demasiado sensitivo podría llegar a imaginar cierto simbolismo... en la persecución.

Y no hubiera sido fácil sustraerse.

El caso es que Bernal Cheste tenía ganas de ir al Tigre aquella mañana. Y nosotros también. Por eso fuimos.

No hacía aún cinco minutos que llegáramos a la terraza del Hidro Club, cuando una detonación anunció la partida del albatros, que se perdió veloz entre los riachos, hurtando a nuestra vista la blanca silueta de la pequeña embarcación. Y pasado el breve intervalo reglamentario, un segundo estampido dio suelta a los impacientes cazadores, pronto dispersados en busca de la presa. Pero unidos por el mismo roncar estrepitoso de aquella verdadera jauría de motores, que Dios maldiga.

Por un momento, y merced al primer alejamiento de las lanchas, llegué a suponer que aquel surtidor de zumbidos adultos no pasaba de prólogo, pero... ¡sí, sí...! ¡Como que el refinamiento de

¹⁶ Los restantes deportistas inscriptos para la caza de 1938 fueron Jorge Olazábal, Joaquín Dávila, Horacio García Osario y Ricardo Soler, destacándose las probabilidades de los dos primeros, veteranos ases del fuera de borda.

su barbarie acústica estaba en la intermitencia, en la regularidad casi consciente con que aquellos bólicos llegaban y pasaban!

Y se revolvían en idas y venidas. Dando la impresión más acabada de lo monótono. Como un planeta en su órbita. O un locutor de radio.

Sin embargo..., ¡cuánto material para una crónica mundana! No había más que oír a los periodistas que trasmitían noticias a sus respectivas redacciones. Y la libertad de imprenta adquiría contornos conmovedores en aquellas metáforas telefónicas conjuradas contra el indefenso público lector.

Pero los optimistas tienen razón: todo pasa. Y después de dos horas de “fuerte brisa mañanera” y “heridas blancas de espuma”, una sirena libertadora señaló el término de la prueba. Que lo fue de verdad.

Los burlados cazadores regresaron al embarcadero entre los piadosos aplausos de lo que se ha convenido en llamar selecta concurrencia, formando en una línea a la espera del escurridizo albatros. Y Federico Salcedo llegó, por fin, a marcha moderada, indiferente a los vítores de la multitud que lo recibió como a un descubridor. Que regresa, desde luego.

Durante la comida con que el Hidro Club Argentino agasajaba a sus socios e invitados, no dejó de llamarme la atención el extraño empeño que todos los personajes más o menos complicados en los crímenes ponían en ser vistos por el capitán Yarce, a quien saludaban con sospechosa cordialidad.

No faltaba más que Gertrudis Ruiz Haedo. Y eso era explicable. Aunque no tanto como la ausencia de Enrique Ayala.

La sobremesa fue en extremo animada, prolongándose en medio de los generales comentarios vertidos acerca de las incidencias de la estéril cacería.

Eran casi las cuatro de la tarde cuando se disgregó la reunión, fraccionándose en grupos. Nosotros nos instalamos en

un saloncito contiguo al comedor, en compañía de Haroldo Pinel y Federico Salcedo.

Y allí estábamos. Tres personas normales, el albatros y un senador. En total, cinco columnas de humo.

No hacía mucho que comenzara la improvisada tertulia, cuando Federico Salcedo formuló la esperada pregunta.

—¿Qué novedades hay en la investigación, capitán?

—Ninguna, amigo mío —respondió el interpelado, mintiendo con aplomo—. Nada más que las publicadas en los diarios, que usted ya debe conocer.

Salcedo asintió con la cabeza.

—En efecto —confirmó—. Y también he visto que la situación del senador Ruiz Haedo no es nada cómoda —agregó, mirando expresivamente a Pinel, como disculpándose por los conceptos que vertía acerca de su tío—. Las sospechas que recaen sobre él afectan directamente a nuestro partido, y gravitan sobre la responsabilidad de sus dirigentes. Yo, como jefe de la juventud conformista, estoy abocado a un problema muy delicado, pues ya son muchos los correligionarios que exigen que Antonio Ruiz Haedo aclare públicamente su posición.

—No hay duda de que es desagradable... —terció Pinel, con apatía—. Pero no hay motivo para preocuparse mayormente. Esas exigencias son manifestaciones propias de la juventud, que el ejercicio de la razón y el juicio de la experiencia desbaratan sin esfuerzo. Indudablemente, estos países que se llaman democráticos y que gozan de exageradas libertades, pagan tributo a la flexibilidad de sus leyes. Es por eso que el desorden...

Haroldo Pinel se interrumpió al notar que Cheste lo miraba con no disimulada sorpresa. Y trató de suavizarla.

—Veo que se asombra usted... —dijo afablemente—. Desde luego, yo reconozco que, a primera vista, el sistema democrático parece más lógico...

—No es que lo parezca a primera vista... ¡Es que lo es! —rectificó Bernal con amable firmeza—. Y ahí está su vicio, su pecado original...

—Aunque por distintas razones, podríamos llegar a coincidir... —sondeó el senador.

—No lo crea usted.

—¡Bah...!, por todos los caminos se llega a Roma.

—Y a Múnich. Por eso le digo que no lo crea usted.

—Pero, ¿de veras no cree usted en el Estado-Poder? ¡Sea usted franco!

—¿¡Franco...!?! Me pide usted demasiado, senador —repuso Cheste con irónica gravedad.

—¡Cómo demasiado! —se extrañó Pinel—. Yo no sé qué le impedirá definirse. Pero me resisto a creer que usted siga aceptando ciertas teorías que han llegado a la quiebra fraudulenta.

—Quizás... Aunque la incomprensión que usted me reprocha podría atribuirse a mi ignorancia del sánscrito...

—¡Del sánscrito...!

—Sí. ¿Le sorprende el esdrújulo?

—No. Pero, no lo entiendo a usted.

—Sin embargo, es sencillo. Porque a despecho de ciertos impostores, el sánscrito es el idioma de los arios puros. Si no me fallan los textos... —terminó Cheste, encogiéndose de hombros.

—Eso no es formal... —reconvino Pinel, con gentil condescendencia.

—No será formal, pero es verdad —contestó mi primo, sin inmutarse—. Y a propósito de los arios puros, ¿no sabe usted de ninguno que tuviera interés en la muerte de los que sabemos?

Haroldo Pinel no estuvo solo en su gesto de asombro. Ni fue el suyo el más acusado.

—Tal vez deba preguntarle qué quiere usted decir —articuló el senador, algo incomodado.

—Nada extraordinario. Pero como la cruz svástica simboliza, o ha simbolizado, la rotación del Sol...

—Cuando yo digo que la libertad de expresión es el germen disolvente... —murmuró Pinel, agitando la cabeza con desconcierto.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro. Tanto los jóvenes, como los viejos y los niños, no deberían tener derecho más que a la disciplina.

—Pero eso sería muy aburrido... —opuso Cheste, sin tomarlo muy en serio.

—Peor para usted —fingió lamentar el senador conformista. Que no lo parecía tanto.

—Así que usted se opone a la iniciativa privada en materia intelectual...

—Naturalmente. Solo el Estado es capaz de cultivar nacionalmente el pensamiento.

—Tal vez en los jardines... —replicó Cheste volublemente, ante la honrada estupefacción de Pinel.

Federico Salcedo rompió el molesto silencio. Y se dirigió al prefecto del SIC.

—Si yo pudiera ser útil en algo, capitán, no vacile en disponer de mí como de uno de sus subordinados —ofreció con sincero acento—. Casualmente, hace pocos días tuve oportunidad de hablar con el juez Quelño, en una de las reuniones realizadas a causa del testamento, y me puso en antecedentes de la interesante exposición de factores circunstanciales que usted le hizo. No creo lisonjearlo al decir que me pareció tan acertada, que he decidido poner a su disposición tanto mi persona como mis conocimientos profesionales en la medida que fuere necesaria.

—Muy loable, Federico —aprobó Pinel, antes de que Yarce pudiera hablar—. Me parece bien que un hombre de tus condiciones busque colaborar con la autoridad. Pero, sin negar la indiscutible capacidad del capitán Yarce, considero que sus puntos de vista son algo anticuados. Hay sistemas más modernos de investigación criminal que ofrecen más ancho campo de posibilidades.

El prefecto logró disimular el mal efecto que le produjeron las palabras del senador Pinel.

—Tenga la seguridad —le dijo cortésmente— de que me será muy grato escuchar sus opiniones sobre ese particular.

—Ya que la sesión se promete larga —intervino Cheste, sacando su pitillera—, háganme el favor de aceptar cigarrillos. Las palabras se hacen más llevaderas con el humo...

—Con mucho gusto —cumplimentó Pinel, mirándolo de soslayo—. Y ahora, si ustedes me lo permiten, voy a comenzar con una breve referencia al arte.

—Puede usar cuanto guste de la por usted calumniada libertad de expresión —concedió Cheste, inclinando la cabeza.

—Pues bien... El arte es una concreción física de aspectos espirituales subconscientes, anímicos, que, al manifestarse, dejan ver la influencia temperamental del artista en determinado sentido. Reflejándose el temperamento individual subconsciente en toda creación artística, el crítico puede, mediante el análisis del estilo, identificar la personalidad creadora con absoluta seguridad. Ahora bien, todo crimen científico tiene similitud con una creación estética, en cuanto a los elementos que lo constituyen. Los principales de entre estos son: unidad, proporción, técnica, carácter, imaginación, orden, simetría y concepción. Todos estos factores son expresados en forma particular por los artistas o por todo aquel que ejecuta una obra, y esa forma particular constituye el estilo. A este lo podríamos definir como la modalidad

diferencial dentro de una misma disciplina. Y analizándolo, encontraríamos que es la característica personalísima que nos permite inducir la identidad del creador. De donde se extrae la siguiente conclusión ya señalada: el crítico de arte puede determinar la mano ejecutora de una obra cualquiera, con solo el estudio detenido del estilo de la obra de que se trata. Sustituyendo “mente artística” por “mente criminal”, y aplicando la similitud de que antes hablé, el investigador puede llegar a determinar, con absoluta seguridad, la identidad del criminal cuya obra ofrezca suficientes rasgos como para caracterizar un estilo.

Haroldo Pinel paseó la mirada sobre su atento auditorio.

—En mi opinión —concluyó—, este es el procedimiento indicado para la investigación de crímenes ejecutados por mentalidades brillantes como la del caso que nos ocupa.

Bernal Cheste se aclaró la garganta, disponiéndose a hablar. Y siempre he considerado que sus palabras de entonces nos dieron a conocer la posición más exacta acerca de los valores que deben considerarse para la determinación correcta de una personalidad criminal inteligente.

—Sugestiva y casi convincente teoría —manifestó, dirigiéndose a Pinel—. No negaré que los factores básicos de una obra de arte puedan, con mayor o menor justeza, aplicarse a un crimen realizado con criterio intelectual. Es más, yo acepto el postulado de que las características inherentes a un crimen y a una creación estética pueden ser las mismas por lo menos en un sentido paralelo. Pero esto solo tiene importancia como una forma de clasificación, mereciéndome ciertos reparos la conclusión de que el detective, en función de crítico de arte, pueda descubrir al autor de un crimen por solo el análisis de su estilo. Para hacer más accesibles mis objeciones, me referiré a la opinión de una autoridad mundial en materia de crítica artística, el profesor suizo Enrique Woliflin, cuya obra *Conceptos funda-*

mentales en la historia del arte publicada durante la Gran Guerra, creo que en 1915, usted habrá leído, ¿verdad?

—Naturalmente, ningún aficionado al arte podría dejar de leerla —repuso Pinel, escandalizado ante la idea de que así no fuera.

Bernal Cheste arrojó su cigarrillo al río, a través de la ventana, dedicando a su interlocutor una mirada de comprensión.

(Me lo figuraba...)

Luego se arrellanó en su butaca, montó una pierna sobre la otra y siguió hablando...

—Si tomamos cuatro pintores y los hacemos pintar un mismo aspecto de la naturaleza, veremos que los cuatro cuadros parecen cosas distintas; y es que cada artista “pinta con su sangre”. Esto es debido a que existen diferencias en la manera de expresar las formas; en algunos casos serán las líneas las que establecerán la desemejanza; unas veces serán redondeadas y otras rectas, en ocasiones tenderán al ensanchamiento o serán más sobrias. Otras veces, la diversidad se hará patente en la luz o en el color; nada puede impedir que un tono sea más cálido o más frío, que una sombra sea delicada o de rasgos endurecidos. Esas diferencias fundamentales del estilo permiten identificar al artista que pintó el cuadro. La diferenciación se puede establecer aun por las partes más insignificantes de una tela: un pliegue, una hoja, las alillas de la nariz, bastan para señalar al autor con certeza. —Se interrumpió para beber un vaso de agua mineral—. Así como en una misma ciudad, y dentro de una misma época, se pueden establecer estas diferencias, podríamos decir lo mismo de dos ciudades pertenecientes al mismo país, de dos países distintos y de dos épocas diversas. Es la influencia del clima y del ambiente, de la nación y de la raza. De esa manera, a un estilo individual se sobreponen correlativamente, un estilo regional, uno nacional y finalmente, uno racial. Estos estilos están influidos por el de la época. Los

diferentes estratos culturales de la humanidad han generado un estilo propio, diferenciado de aquellos de otras épocas, pero conservando, sin embargo, la característica sustancial que representa el estilo nacional a través de las edades. De esto deducimos que el estilo nacional es la expresión de la sensibilidad colectiva, realizada por un artista que es su intérprete.

—¡Muy bien! —aplaudió Pinel, con entusiasmo—. Y si usted aplica esos brillantes conceptos que ha vertido sobre el arte, a un crimen científico, verá cómo es posible determinar la raza, la nacionalidad, la región en que ha nacido o se ha criado el autor, y el ambiente en que vive. Agregando a eso sus cualidades temperamentales, no le será difícil establecer su identidad.

—Permítame, senador, que aún no he llegado al punto de la discrepancia. —Cheste cambió de postura y encendió otro Perahuí—. Si observamos un cuadro que represente a la Virgen María sentada, podemos señalar a su autor. Existen centenares de artistas que la han representado así, destacando en el vestido un pliegue entre las rodillas. Este constituye el ejemplo más típico y el que presenta más dificultades; a pesar de ello, se puede determinar a qué artista se debe la tela. —Respiró profundamente antes de proseguir—. Pero eso es en un cuadro; llevar la generalización hasta aplicarla a la identificación del autor de un asesinato, es exagerado. Allá tenemos el cuadro completo, comparable con otros del mismo autor o de pintores ajenos a él. Hemos estudiado las modalidades que les son características para expresar la forma, y por eso podemos atribuir la paternidad de la obra a su verdadero creador.

Haroldo Pinel tenía concentrada su atención en Cheste, al que observaba fijamente. Parecía como si quisiera penetrar el sentido oculto de las palabras que pronunciaba y la potencia del pensamiento que las dictaba.

—Un crimen es distinto —concretó Bernal, enérgicamente—. Pese a las semejanzas que pueden asimilársele con

una obra de arte, es indudable que nos muestra un aspecto desconocido de la personalidad que lo ejecuta, que no nos permite reconocer su “firma” con exactitud. ¡No tenemos otros crímenes del mismo autor con qué compararlo! Si aun las personas que conocemos mejor suelen sorprendernos con reacciones insospechadas en ellas, es evidente que existe la imposibilidad de aprehender el complejo psicológico integral de un ser humano. El estudio del estilo de un crimen nos permitirá, a lo sumo, ubicar al criminal dentro de una clasificación; dedicado a una profesión, consagrado a cierta disciplina, perteneciente a un grupo psicológico, la pauta de su capacidad intelectual, etcétera. Sin la ayuda de otros factores, entre ellos las circunstancias favorables, no será posible descubrir a un asesino por el análisis de su estilo. Sería menester que todos los complicados ofrecieran manifiestas diferencias de tipo, y aun así nos veríamos confundidos por la semejanza de matices.

—Ese último punto no lo veo muy claro —confesó ingenuamente Salcedo.

Cheste acogió su frase con una sonrisa, disponiéndose a satisfacer su interés.

—A guisa de ejemplo —dijo—, voy a citar un detalle que nos ha llamado la atención en la muerte de Escudero: me refiero al par de zuecos. ¿Podríamos identificar al autor del crimen por la manera de dejar los zuecos, como determinamos al pintor de la Virgen por la forma de pintar el pliegue? A cuarenta personas de tipo esencialmente distinto se les podría ocurrir dejar los zuecos en la puerta del dormitorio, y probablemente con diseños diferentes. Sin contar con que unos los pondrían juntos y normales a la pared, otros separados y paralelos a la misma, otros en cruz, y otros volcados; y a pesar de todas estas variantes, los zuecos no nos dirían nada por su apariencia. Fueron puestos allí para hacernos creer en el acceso por la puerta

del dormitorio, y para nada más. Y esto se lo debemos a la lógica y no al estudio del estilo. Ahora bien, el pliegue está en el cuadro porque se presume que una túnica lo forma, y se pinta por eso; no para hacer creer nada, ni para dar idea sobre nada, solo por el cuadro. El asesino mata y el pintor pinta. Pero el asesino cuida los rastros, arregla la escena y fragua indicios, porque teme a la policía y la sanción de la Justicia. El pintor hace su obra y nada más, ni arregla ni fragua ni desvirtúa nada, porque no teme a nadie. La tarea del asesino tiene dos partes: la sustancial del crimen y la aparental de la coartada; el trabajo del pintor es solamente pintar, y pintar “personalmente”. Si el asesino busca confundir y despistar al pesquisante, es lógico presumir que tratará de deformar su personalidad en lo que le sea posible, buscando disimularla entre facetas superficiales.

Bernal Cheste hizo una pausa prolongada y mirando por la ventana su vista pareció perderse en la vegetación marginal del río.

—Es por todo esto —concluyó—, que sostengo que el análisis del estilo no puede ofrecer en un crimen las mismas seguridades que en la obra de arte. Además, el menosprecio de los factores circunstanciales me parece impropio, no solo son una guía, a pesar de que en ocasiones los hechos son los que llevan a error, sino que, en última instancia, son los que servirán para comprobar la culpabilidad del sospechoso. Aunque tampoco tienen razón los que los ponen por encima de todo. En materia de investigación criminal, me declaro por el sistema ecléctico, considerando que debe tomarse lo bueno de cada método y reírse discretamente de las teorías absolutas.

Bernal se inclinó hacia la mesa en busca de cerillas, mirando a Pinel con expresiva intención.

(Y así es en todo...)

Cuadro cuarto

Martes 15 de marzo, a las 15 hs. En Paraná 1280

Aquella mañana, antes del almuerzo, Bernal Cheste había manifestado su interés en hacer una visita a la casa de los Ruiz Haedo. Y también insinuó la conveniencia de que se trasladara a ella el comisario Castil.

Aún no habían dado las tres cuando llegamos a la calle Juncal, en cuyo número 1502 nos esperaba Castil, que fuera avisado por el prefecto.

Fuimos recibidos por el mayordomo Méndez, quien nos escoltó hasta el departamento que ocupara Escudero.

—¿Desean los señores que avise al senador? —nos preguntó el maestresala, con voz extrañamente untuosa.

—No, no es necesario que lo moleste —decidió mi primo—. Es con usted con quien queremos hablar.

Luego de estas palabras, Cheste se acercó a Castil, hablando con él en voz baja. A renglón seguido, el comisario salió de la habitación, con expresión radiante.

—Siéntese, Méndez —le invitó Bernal—. Y dígame, ¿qué sensación experimentó usted al ver la jeringa hipodérmica del senador Ruiz Haedo en la cajita metálica donde debería haber estado la de su secretario?

—Sorpresa, señor.

—¿Sabía usted que Escudero fue asesinado con esta misma jeringa?

—No, señor.

—¿Creyó usted que alguien trataba de complicar a su amo?

—Mis ideas eran confusas, señor.

—¿Vio usted entrar en este cuarto al senador Ruiz Haedo a las cuatro y media de la mañana del 21 de enero?

—¡...!

—¿Esperó usted a que saliera y lo siguió para ver dónde guardaba la llave?

Méndez se movía inquieto en la silla, tratando de dominar su agitación, inútilmente. Pero en silencio.

—¿Vio usted que la guardaba en el cajón secreto del escritorio? —insistió Bernal.

—¡...!

—¿Fue usted a tomarla para entrar, a su vez, en este departamento?

—¡...!

—¡Confiese, Méndez! —conminó Cheste—. ¿Arregló usted la cama, arrugada por nosotros esa misma noche? ¿Creía usted que era el senador quien la había desordenado involuntariamente durante su visita? ¿No fue por eso que se sorprendió al verla nuevamente arrugada a la tarde siguiente?

El mayordomo se consideró incapaz de resistir, abrumado por la inflexibilidad arrolladora de Cheste. Y capituló.

—Sí, señor; es verdad. Yo vi entrar al senador y esperé a que saliera para ver dónde guardaba la llave, pero me vi burlado porque la conservó en su bolsillo. Como la biblioteca estaba llena de gente, no pude continuar espiando; pero a las ocho de la mañana, cuando todos se habían retirado, logré ver que apretaba un resorte en su escritorio y que guardaba la llave en un cajoncito. Me escondí, esperando que se fuera, y cuando lo hizo, me deslicé en el cuarto, tanteé el mueble en el lugar donde él había apretado y obtuve la llave.

—¿Para qué quería usted entrar aquí? —gritó Yarce, fuera de sí—. ¿No sabía usted que esto estaba clausurado?

—Yo quería ver si el senador había dejado huellas de su paso. Fue por eso que alisé la colcha, pensando que él se habría sentado en la cama sin darse cuenta.

A aquella altura del interrogatorio, Castil irrumpió en el dormitorio enarbolando en su diestra una jeringa hipodérmica.

—¡Aquí está, doctor! —le dijo a Cheste—. Era como usted pensaba. La encontré en la mesa de luz de este sepulturero con levita —explicó, señalando a Méndez.

Bernal Cheste tomó la jeringa en sus manos y se dirigió al mayordomo.

—¿Puede usted explicar la presencia de este objeto en su habitación?

El interpelado cambió de color, permaneciendo callado.

—¿Pertenece a Escudero? —insistió mi primo.

—Sí, señor. La mañana del día de su muerte, él me la entregó para que la limpiara.

—¡Ajá! Y usted la guardó cuando vio que la jeringa del senador ocupaba el sitio de esta, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿Por qué trató usted de romper la jeringa del senador Ruiz Haedo?

—Para que no supieran que era suya —respondió el mayordomo con firmeza. Orgullosa de su fidelidad.

Patricio Castil continuó informando del resultado de su misión.

—El cortapapeles no lo pude encontrar por ninguna parte. Seguramente lo habrá vendido —aventuró.

Méndez se volvió al comisario, con gesto de ira. Pero consiguió disimularlo.

—¡Eso no es cierto! —repuso con dureza—. Yo no toqué para nada el cortapapeles del señor Escudero.

—¿Y el guante del doctor Salcedo? —insinuó Cheste, con suavidad.

El mayordomo se impresionó como si hubiera recibido un garrotazo.

—Tampoco —tartajeó, vacilante.

—¿Está seguro? —apremió Cheste.

—Ya le he contestado, señor —respondió el otro, con algo más de aplomo.

—¿Qué otra cosa hizo durante su visita a este dormitorio? —interrogó el capitán.

—En cuanto arreglé la colcha, salí al corredor, cerrando la puerta.

—¿Y la llave?

—La volví a poner en su escondite.

Cheste hizo una seña al prefecto, que este interpretó.

—Está bien, Méndez —le dijo—. Ahora puede irse, pero tenga cuidado con lo que hace.

—Lo tendré en cuenta, señor. —Y sonriendo enigmáticamente, se dispuso a salir.

—¡Un momento, Méndez! —lo atajó Cheste—. Dígame, ¿hay algún sonámbulo en la casa?

—Sí, señor —replicó el mayordomo, con la sorpresa retratada en el semblante—. El señor Carlos.

—Gracias.

Apenas había Méndez traspuesto la puerta del corredor, que cerré a su paso, sucedió lo inevitable.

Cristián Yarce casi se abalanzó sobre Cheste, agitando los brazos.

—¿Se puede saber qué significa lo del sonámbulo?

Bernal Cheste sonrió ampliamente, luciendo su blanca y bien formada dentadura.

—Significa nada menos que la solución del inquietante enigma de la puerta enrejada —contestó al cabo.

—¿Acaso Carlos tiene la llave?

—Sí. Pero él no lo sabe.

—¿Acabarás de explicarte...? —se impacientó el prefecto.

—En cuanto estornude... —Y llevándose un pañuelo a la cara, procuró contenerlo—. Ahora sí —musitó, guardando el pañuelo—. En el asunto de esa puerta, hubo una cosa que me llamó la atención desde el principio, y era que chirriara al abrirse. Si alguien hubiera escondido la llave con intenciones cualesquiera, desde luego ocultas, su primer cuidado habría sido aceitar los goznes para que, al abrir la puerta, el ruido no delatara su paso. El no aceitarlos significa que no le importaba hacer ruido, por consiguiente, no temía ser descubierto, de donde se sigue que no abrigaba intenciones malignas, de lo que se deduce que no tenía por qué esconder la llave.

—¡Pero la llave desapareció! —arguyó el capitán—. Y la puerta ha sido abierta varias veces.

—Vayamos por partes. Si la llave desapareció, fue porque pudo perderse. Pero si se hubiera perdido, la puerta no podría ser abierta —reflexionó Chesté—. Ya he demostrado que nadie escondió la llave con intenciones aviesas; tampoco es admisible que, perdida la llave, alguien hiciera fabricar otra, porque hacerlo y no revelarlo equivaldría a haberla escondido. De manera que solo cabe pensar que fue ocultada “inconscientemente”.

—Muy bien —aceptó Yarce—. Pero, ¿cómo diablos se abre la puerta? ¡No irás a hacerme creer que se abre sola...!

—Comprenderás fácilmente que, aunque se tratara de una travesura, nadie se expondría, en las actuales circunstancias, a pasar por la puerta y dejarla abierta, teniendo la llave y haciéndolo conscientemente.

—¡Déjate de consideraciones y termina de una vez!
—bramó el capitán.

—No te impacientes, que a eso voy. No habiendo ningún anormal en la casa, la única solución es que el poseedor de la llave sea un sonámbulo. Es bien conocida una particularidad de estos estados, durante los cuales el sujeto esconde cosas en lugares que no recuerda estando despierto.

—De modo que...

—Hace dos años Carlos se levantó dormido, fue hasta la puerta enrejada, sacó la llave y la escondió. Esto es algo que él ignora positivamente. Algunas noches se levanta sonámbulo, va al escondite, saca la llave y abre la puerta. Y esa es la explicación del fenómeno. Otras veces, vuelve al escondrijo, saca la llave y cierra la puerta. Y ya está el misterio completamente aclarado.

Bernal Cheste se puso de pie, cruzó el dormitorio y entró en el pequeño despacho de Escudero. Al cabo de un rato reapareció y se volvió a sentar.

—Vas a contestarme una pregunta —le dijo Yarce, en tono imperativo.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿Insistes en creer que Méndez arrojó el guante?

—Me parece que su confesión fue bien espontánea.

—¡Pero si lo negó!

—Pronunció palabras de negación..., que no es lo mismo.

—Bueno... —concedió el capitán, de mal humor—. Dejemos a Méndez. ¿Qué opinas de Salcedo?

—No me gustan las corbatas que lleva.

—Pues yo te digo que de no ser Antonio Ruiz Haedo, el asesino es Salcedo.

—¿Tanto desconfías del “albatros”? ¡Parece mentira...!, después del amable ofrecimiento que te hizo... —reprochó Bernal, con acento burlón.

—Por eso mismo —concretó el prefecto—. Además, no veo por qué vamos a descartarlo por el solo hecho de que el guante sea suyo, pues el perderlo “voluntariamente” no requiere, imprescindiblemente, que sea ajeno. Si es ajeno, está clara la intención de culpar a su dueño, pero si es propio, es la coartada más genial que se puede concebir. El asesino vuelve al lugar del crimen y arroja un guante de su propiedad. Seguramente, todos vamos a creer que alguien quiere hacerlo aparecer como culpable y lo absolvemos por completo y para siempre. Sin embargo, es el asesino. —Se detuvo, antes de concluir—: Y Federico Salcedo hereda a sus colegatarios..., ¿no hay que olvidarlo!

—Claro que no —convino Cheste—. Pero tres visitantes clandestinos me parecen muchos visitantes...

—Entonces, ¿insistes...?

—Sí; en ese punto mi fe en Méndez es inalterable —afirmó mi primo.

En aquello estaban, cuando sonaron tres golpes en la puerta del corredor. El comisario Castil, que se hallaba sentado junto a ella, consultó con la mirada al prefecto. Y luego abrió.

—Buenas tardes, caballeros —saludó Antonio Ruiz Hae-do, con natural frialdad—. Supongo que ahora estará satisfecho, ¿verdad? —inquirió, dirigiéndose a Yarce y sentándose en el sofá.

—No sé de qué... —repuso el prefecto, extrañado.

—No sabe, ¿eh? Pues los partes pasados a la prensa y que esta ha comentado a su sabor, me han creado un ambiente desfavorable, tanto que el sábado 19, el jefe de la juventud partidaria iniciará una campaña contra mí. No sé qué pretenderá con ello, pero lo que sea no lo conseguirá. —El ancho rostro del senador parecía endurecerse a medida que hablaba—. Ustedes lo conocen bien: es el doctor Federico Salcedo.

—Lamento que usted me atribuya la responsabilidad de sus dificultades —manifestó el capitán, con entereza—. Pero

yo no puedo hacer lo que quiero, sino lo que el desempeño de mi cargo me obliga o permite.

—Comprendo —murmuró el senador, fingiendo deponer su encono. —Pero mientras el criminal no sea habido, yo estaré en una situación muy desairada.

—Por lo menos sabemos que el asesino sigue a los animalitos —expresó Cheste, en tono misterioso.

—¿Animalitos...!? —se sorprendió el recién llegado, hinchando la nariz—. Yo no sé a quién seguirá, pero él es una mala bestia —masculló, subrayando las palabras—. ¡Y la asamblea del sábado! ¿Ustedes no han adelantado nada?

—En verdad, este es un misterio solar incomprensible —replicó Bernal, con acento indefinido.

Yarce le lanzó una mirada furiosa, que Cheste acogió con una sonrisa de satisfacción.

—Si usted quisiera explicarse... —insinuó el senador, prefiriendo disimular su irritación.

—¡Cómo no! ¿Recuerda usted haber visto su jeringa hipodérmica, el día que mataron a Escudero?

De momento, el senador no atinó a contestar.

—Sí —dijo al cabo—. Yo la guardaba en un cajón de mi escritorio, y aquella tarde, antes de subir a vestirme para la reunión, la tuve en la mano pensando darme entonces la inyección. Luego la dejé en su sitio, postergando su aplicación para el día siguiente. No la volví a ver hasta que usted me la mostró rota.

—¿Qué hora era cuando la dejó usted?

—Alrededor de las cinco.

—¿Y qué opina usted del segundo testamento de María Urrutia?

—Que es una astucia del asesino.

¿Lo sería en verdad?

Cuadro quinto

Jueves 17 de marzo, a las 20 hs. En el Armeltax Club

—Por lo que el senador Ruiz Haedo ha declarado tocante a su jeringa —decía Wifredo Z. Quelño, al tiempo de encender un habano—, parece claro que el criminal debe ser alguno de los que estuvieron en su casa la tarde del 20 de enero.

—Desde luego —apoyó Cheste—. Si la jeringa estaba a las cinco de la tarde en un cajón del escritorio del senador, y alrededor de las nueve fue empleada para matar al escribano, es evidente que el asesino tuvo acceso al referido cajón.

—¡Pero son muchos los que pudieron robarla! —objetó el prefecto del SIC—. Tanto los asistentes a la reunión realizada con motivo del testamento, como los que estaban en la sala, que pudieron aprovechar cualquier momento favorable para entrar en la biblioteca sin ser vistos, como los propios miembros de la familia y hasta los mismos sirvientes...

—Yo creo que podemos eliminar a los últimos —consideró Cheste—. Porque no me parece probable que sean capaces de concebir esa fantástica adaptación zodiacal...

—A propósito del zodiaco... —interrumpió Quelño—. Me he ocupado en examinar los meses anteriores a la entrada del Sol en Sagitario, y no he hallado en todos ellos ningún hecho que pueda relacionarse con los crímenes.

Desde que mi primo revelara aquella asombrosa relación que guardaban los sucesos con los signos del zodiaco, Cristián

Yarce se esforzaba por asimilar la nueva situación. Pero no lo conseguía del todo.

—Prefiero no pensar en eso —confesó, con gráfico ademán—. Hay demasiados enigmas sin solución, como para ponerme a estudiar perversiones vesánicas.

Wifredo Z. Quelño hizo un gesto de asombro.

—¡Pero Cristián, no es posible cerrar los ojos a la realidad! —reprendió—. Ya que hemos logrado descubrir la correspondencia zodiacal con las fechas de los sucesos, debemos establecer el porqué.

—Estoy seguro de que usted lo ha procurado —manifestó Cheste, con leve acento de ironía—. Pero le ruego que no nos cite a Ausonio...

El magistrado se mordió los labios, como si en realidad le hubieran sorprendido su intención. Pero no por eso se habría de callar.

—En efecto —admitió con desenvoltura—, he analizado la cuestión desde diversos puntos de vista y creo que debemos tener muy presente la posibilidad de que el Desconocido tenga aficiones astrológicas.

—¡Si a eso le llama usted aficiones...! —observó Cheste, meneando la cabeza.

—Manías..., si le parece mejor —concedió el juez, dedicando a mi primo una mirada de paternal condescendencia—. El caso es que los signos del zodiaco tienen un simbolismo legendario y son de capital importancia para los astrólogos, que los consideran como “las casas del Sol” y se basan en ellos para hacer sus horóscopos. Como ustedes deben saber, estos consisten en la determinación del carácter de un individuo, de sus pasiones y de las desgracias y peligros que lo amenazan. Fatalismo puro, no les quepa la menor duda —definió, con pintoresca suficiencia—. Bien, como les iba diciendo, los astrólogos observan

los aspectos del Sol, la Luna, y los planetas en la posición en que se encontraban unos con respecto a otros, ya sea en el nacimiento o en algún momento importante de la vida del sujeto. Y de ahí extraen sus conclusiones. Se da el nombre de horóscopo al principio de la primera “casa”, o al punto de la eclíptica que aparece en el momento de la observación. —Mientras decía esto, Quelño extrajo unos apuntes de su bolsillo—. Cada planeta tiene una característica y un signo zodiacal que les son propios. —Y comenzó a leer con disimulo... Como algunos diputados.

—“El Sol, bienhechor y favorable, tiene su trono en Leo...”.

—En este caso particular, no demuestra ser muy favorable, aunque tal vez lo sea para el Desconocido... —interrumpió Bernal, con acento indiferente—. En cuanto a lo del trono, ¿insinúa usted que Haroldo Pinel sea el paladín de esa fantástica monarquía?

Las últimas palabras de Quelño habían despertado en mí el recuerdo de los trofeos de caza que adornaban sendas paredes de las respectivas casas de Enrique Ayala y Roberto Aguilera, y del dormitorio de los mellizos Ruiz Haedo. La explícita reflexión de Cheste me produjo una indefinible desazón.

¿Acaso sería él?

—Yo no soy un aficionado, como usted, y no puedo concretar mis impresiones sobre los casos en que actúo, con la frívola ligereza de que usted hace gala —replicó el magistrado, con grave dignidad, y prosiguió—: “Mercurio, inconstante y variable, se asienta en Virgo, es el astro de los filósofos, los poetas y los historiadores. La Luna, húmeda y melancólica, reside en Cáncer, es el astro de los trabajadores nocturnos. Marte, seco y ardiente, domina en Escorpión, es el astro de los guerreros, los médicos y los químicos”.

—O sea, de la muerte... —comentó Cheste, buscando disimular un bostezo muy justificado.

—“Saturno, triste, moroso y frío, influye en Acuario, es el astro de los eclesiásticos, monjes y rentistas”.

—Está usted incurriendo en libelo —advirtió mi primo al impertérrito juez.

—“Júpiter, templado y benigno, reina en Sagitario, es el astro de los sabios y los banqueros”.

—Los extremos se tocan, ¿eh?

—Si ustedes pueden relacionar todo esto con los crímenes —dijo Quelño, sin atender a Cheste—, es posible que obtengan la solución del problema. Por mi parte, creo no ir descaaminado...

—Avísenos cuando llegue —pidió Bernal, en son de chanza.

—¿Es eso todo lo que se le ocurre? —reprochó el juez, con visible desagrado—. ¿Acaso no le interesa lo que he dicho sobre los planetas?

—No es que no me interese, pero hace ya tiempo que lo he leído... —repuso mi primo, dando señales de cansancio—. Si por lo menos hubiera hablado usted de Apotelesmática aplicada...

El cuadernillo de Wifredo Z. Quelño retornó a su bolsillo de origen. Figuradamente avergonzado como un peso falso.

—A pesar de todo —terció Yarce, en tono conciliador—, no estaría de más obtener una lista de las fechas de nacimiento de todos los complicados. Quizá pudiéramos sacar algo, siempre que el Desconocido se hubiera inspirado en la astrología.

Pero este procedimiento habría de verse postergado. Por lo que siguió.

—No me opongo a esa consideración de la ya trasnochada “ciencia de los influjos”, porque todo podría ser —manifestó Cheste, con seriedad—. Pero hay algo más urgente. Vuelvo a insistir en que el próximo domingo 20 de marzo, el Sol entrará

en el signo de Aries, y creo lícito presumir que el Desconocido tratará de añadir un nuevo eslabón a su cadena.

—Es posible... —admitió Yarce, de mala gana—. Pero, ¿qué podemos hacer nosotros? ¿Cómo evitarlo? ¿Cómo adivinar la nueva víctima?

—Desde luego que no podemos hacer mucho —convino Bernal—. Sin embargo, algo podría intentarse. Yo no sé en qué basa el asesino su relación zodiacal. En un principio pensé en la Biblia, fiándome de que Escudero se llamaba Rubén. Pero esto no fue más que una coincidencia.

—Y ahora..., ¿has encontrado algo? —se interesó el capitán.

—Puede que sea otra coincidencia..., pero por el momento, no columbro más camino que la adaptación nominal de los signos.

—Usted elige el más fácil —expresó Quelño, en tono despectivo—. Pero, en fin, ¿cuál es esa segunda probable coincidencia?

—Méndez.

—¿El mayordomo...? —preguntaron Yarce y Quelño casi a un tiempo.

—El mayordomo es uno de los términos.

—¿Cómo uno de los términos...!, ¿y cuál es el otro? —demandó el juez.

—El otro es una ciudad del Egipto inferior, en el antiguo Imperio, cuyos habitantes consagraron un animal, al que hicieron objeto de culto. Y este animal era un carnero...

—¿Y la ciudad se llamaba...? —insinuó el prefecto, temiendo acertar.

—Mendes.

Wifredo Z. Quelño sonrió con suficiencia.

(¡Si no es más que eso...!).

—Estoy de acuerdo en que es una coincidencia —dijo—. Pero el carnero de Mendes no tiene relación con el zodiaco.

—¿Está usted seguro de que el Desconocido piensa lo mismo?

—No, pero...

—Entonces no diga usted más. Porque es atrozmente difícil que el asesino pueda atentar contra el verdadero carnero del zodiaco.

—Naturalmente que no puede hacerlo —aceptó Quelño—. El Desconocido no hace milagros. Solo se limita a realizar adaptaciones.

—En efecto. Y como ignoramos cómo las hace y cómo las desarrolla, debemos prevenir todas las posibilidades.

Cristián Yarce cortó el diálogo.

—Es ocioso discutir cuando nada puede resolverse —sentenció con acritud—. ¡Barajando probabilidades como si se tratara de una carrera...!

—No es una carrera, pero no sé por qué me parece que tiene algo de sorteo —respondió Cheste, con suavidad.

—¡Qué disparate! —exclamó el magistrado—. ¿Quiere decir que al asesino no le importa la persona de su víctima, sino lo que puede representar?

—Más o menos —declaró mi primo—. Porque el común denominador de los sucesos es el zodiaco, y es necesario que la víctima elegida reúna ciertas características que hagan posible su asimilación con el signo en que ha de caer. Y eso no puede hacerse con todos...

—Eso es caprichoso —objetó Quelño—. Porque, ¿puede usted decirme qué hay de común entre María Urrutia y Capricornio?

—Usted se olvida de que yo no soy el Desconocido —se chanceó Bernal—. Pregúnteselo a él, que debe saberlo.

—¡Estamos perdiendo el tiempo! —estalló el prefecto—. ¿Qué importa ahora Capricornio? En cuanto al carnero, no falta mucho para que sepamos a quién tiene en cuenta el Desconocido.

—Faltan tres días —concretó Cheste.

—Aunque faltara uno, sería lo mismo —afirmó el capitán—. Somos impotentes, pero existiendo, aunque más no sea, el barrunto de que el mayordomo Méndez pueda estar amenazado, nuestro deber es ponerlo en guardia y ofrecerle garantías.

Y así se hizo.

Cuadro sexto

Sábado 19 de marzo, a las 21 hs. En Torre de Agua

A las seis de la tarde del sábado 19 de marzo tuvo lugar, en la casa del Partido Conformista, la anunciada asamblea que habría de juzgar la situación del senador Antonio Ruiz Haedo.

Llegamos cuando el local ya rebosaba de fervorosos afiliados. Y empezó aquello.

Los oradores se refirieron a la misión nacional del partido, a la pureza de sus principios y a una serie de lugares comunes que parecen insustituibles en actos de tal naturaleza.

Y hasta hubo quien los tomó en serio.

Cuando Federico Salcedo subió a la tribuna, fue salutado por una impresionante ovación que postergó por breves momentos su despiadado ataque contra el senador Ruiz Haedo, paliado en ocasiones con no muy sinceros elogios. Exigió enérgicamente que el acusado defendiera públicamente su inocencia, o que se retirara del partido, al que perjudicaba con su culpable silencio. Proclamó su convencimiento de la honestidad del senador Ruiz Haedo, pero aclaró que el momento reclamaba soluciones definitivas, no habiendo lugar para las apreciaciones personales. También reclamó para la juventud partidaria el derecho de juzgar a los dirigentes del partido, para derrotar así a los interesados en crear un ambiente de maledicencia que desprestigiaba el patrimonio moral del conformismo.

En estas y parecidas razones abundó el caudillo juvenil hasta el fin de su discurso, que fue rubricado en forma clamorosa por la concurrencia. Que siempre es accesible.

A Federico Salcedo sucedió en el uso de la palabra el senador Haroldo Pinel, candidato virtual a reemplazar a Antonio Ruiz Haedo en la jefatura civil del partido.

Ante la sorpresa general, la pieza oratoria de Pinel fue un vibrante alegato en favor del senador Ruiz Haedo. Y constituyó algo así como el reverso de lo dicho por Salcedo.

El senador Pinel hizo una afortunada defensa de su colega acusado, despreciando los argumentos esgrimidos contra él y afirmando que en aquellos momentos las dudas y sospechas nacidas al calor de las consideraciones circunstanciales, eran otros tantos enemigos del partido. Que no cabía otro sentimiento que la confianza, una confianza absoluta, en la persona y en la conducta del caudillo.

Fue tan arrebatado el tono y tan elocuente la expresión, que aquella verdadera arenga cívica tuvo la virtud de serenar los ánimos caldeados por la catilinaria de Salcedo, disipando en mucho la atmósfera desfavorable al senador Antonio Ruiz Haedo.

Como es de imaginar, a Federico Salcedo le hizo muy poca gracia la actitud de su dilecto amigo, a quien suponía de su parte, y así lo creyera hasta entonces.

Quiso la suerte que saliéramos tras ellos, siéndonos dado observar que discutían en forma acalorada, sobre todo el médico, que daba muestras de gran excitación.

En realidad, a nadie podía extrañar que Haroldo Pinel hubiera defendido con tanto ardor al sospechado jefe pues, al fin y al cabo, era su propio tío. Un hermano de su madre.

Pero siempre hay murmuradores.

Y no faltó quien insinuara que el senador Pinel recelaba del creciente prestigio de Salcedo y por eso se le había puesto de

frente, porque de salir este con la suya quizá dificultara la sucesión del tío por el sobrino. En la jefatura, claro está.

Faltaba un cuarto de hora para las nueve, cuando llegamos, de regreso, a Torre de Agua.

Y nos sentamos a descansar. Porque dos horas largas dedicadas a la estoica audición de oraciones políticas bien lo hacían menester.

Pero estaba escrito que aquello no podía durar.

Aun no se había desvanecido el eco de la novena campañada, cuando Mauricio Baena entró en la salita, precedido por el múltiple Teudis.

—Buenas noches —saludó el joven periodista, sonriendo jovialmente.

No dejó de chocarnos aquella inesperada visita del reportero, pero sus posteriores palabras habrían de trocarla en muy plausible.

—Esta tarde hemos recibido otra carta de Un lector, y don Marcial quiere saber si el capitán Yarce no tiene inconveniente en que sea publicada —explicó—. Porque parece que esta vez se mete en honduras...

Mientras el prefecto tomaba el sobre que Baena le tendía, no pude dejar de pensar en lo poco profesional que resultaba la actitud de mi padrino. Y en que no haría escuela.

La carta decía así:

“Señor director de *Prensa Gráfica*:

”Ante las formidables acusaciones lanzadas contra el senador Antonio Ruiz Haedo, no puedo permanecer impasible, teniendo la absoluta seguridad de su inocencia.

”Meditemos por un momento en la brillante carrera de este hombre tan combatido y vilipendiado, como defendido y ensalzado. En un medio tan resbaladizo como la política, el senador Ruiz Haedo ha consagrado una personalidad destacada,

reconocida hasta por sus más encarnizados adversarios: es el hombre de las situaciones críticas, de mano fuerte y entendimiento alerta. Observador tan profundo como hábil polemista; orador brillante y parlamentario de jerarquía, en todos sus cometidos se desenvuelve con característico sentido intelectual.

"Hasta aquí es el senador Antonio Ruiz Haedo. Consideremos ahora al pretendido criminal Antonio Ruiz Haedo, y veamos cómo se conduce.

"Decide matar a la que fue su madre de leche, para heredar su fortuna. Conocedor o no del segundo testamento, la mata el mismo día en que este es firmado. Al mes siguiente, ya tiene planeado el asesinato de Rubén Escudero, su secretario. Con gran habilidad, monta un escenario complicado donde asesina al escribano, lo desnuda y lo mete en el baño. Él solo sabe por qué no vacía la bañera, y por qué abre la canilla del agua fría después de abierta la espita del calefón; por qué pone los zuecos en el dormitorio, y, para terminar, no solo no se lleva la jeringa homicida, sino que ni siquiera se toma la molestia de lavarla. Antes de abandonar el lugar del crimen toma el pestillo con la mano desnuda; al fin y al cabo, una huella digital no puede preocuparlo. Después regresa a la biblioteca, desde donde oye pasar a su mayordomo Méndez; y cuando este se aleja, vuelve al campo de sus hazañas, dejando la puerta cerrada, esta vez sin el resorte.

"Llegamos a la desaparición de Enrique Ayala: alguien ha supuesto que el marino fue asesinado, no faltando quien atribuyera su muerte al mismo senador Ruiz Haedo.

"Analicemos la hipótesis, basada sobre las llamadas telefónicas. Parece que el senador ha pretendido realizar un crimen perfecto. Veamos cómo. Llama a casa de su futura víctima y deja dicho que esta lo llame cuando regrese; así queda comprobado que él estaba en su casa a las ocho y media, hora en que lo llamó Ayala, y habló con él.

"Luego, como prueba de sagacidad, declara que a esa hora estaba paseando en auto. Pero eso aun es poco; nuestro hombre se supera por momentos. Es extraordinaria la manera como prepara su coartada para la hora del crimen. Sale a la misma hora en que supone acudirá Ayala a la cita que le ha dado, declarando luego que fue directamente a Cañuelas, tardando tres horas en el viaje. Es fácil imaginar la capacidad intelectual de nuestro hombre, con solo considerar la eficacia de su coartada; el que haya tardado tres horas en llegar a Cañuelas no debe sorprendernos, porque estuvo contemplando el paisaje bañado por la luna.

"Y ahora recapacitemos. Toda esta serie de torpezas y coartadas estúpidas se pretende que fueron realizadas por el hombre cuyo talento reconocen amigos y adversarios. Yo podría asegurar que hasta el más obtuso de los rateros hubiera imaginado algo mejor. Porque, señor director, es verdaderamente idiota guardar el uniforme de Ayala en una pieza de la que el senador afirma que no existe más que una llave, aparte de la que está en poder del capitán Yarce, y confesar que esa llave la tiene él. Si el senador es culpable, ha procedido como si quisiera condenarse de antemano, lo que choca con sus protestas de inocencia, que resultarían tan torpes como sus coartadas.

"Es cierto que algunos hechos aislados apuntan en su dirección, pero cuando se quiere ensamblarlos en un conjunto armónico capaz de producir una prueba definitiva, se pone de manifiesto lo deleznable de su condición.

"Es tan clara la incompatibilidad entre el senador Antonio Ruiz Haedo y su pretendida personalidad criminal, que no es posible que ambos sean una misma persona física.

"La mente criminal que planeó estos crímenes es astuta, profundamente astuta, pero no puede ser la de Antonio Ruiz Haedo; porque entonces dejaría de serlo. Es la de alguien que co-

noce muy bien al senador, alguien que debe frecuentar su casa, como lo demuestran la seguridad con que se desempeña y su indudable conocimiento de las costumbres de la familia.

”No me es posible demostrar materialmente la inocencia del senador Antonio Ruiz Haedo, pero considero que ella surge claramente del análisis psicológico que hace visible su contraste con la función criminal que se le atribuye.

”Saludo atentamente al señor director,

”Un lector”.

—¿Va...? —preguntó ansiosamente Baena, cuando se hubo terminado la lectura.

—Va... —asintió Yarce, sonriendo amistosamente.

El periodista buscó algo con la mirada. Pero no pareció hallarlo. Y agitaba nerviosamente la carta.

—¡Por favor..., un teléfono! —casi suplicó—. Tiene que salir en la edición de las diez...

Teudis se encargó de conducirlo. Aunque no tan aprisa como el impaciente Baena deseara.

—Está muy bien esa carta —comentó el prefecto—. Hasta ahora, es la mejor defensa que se ha hecho del senador Ruiz Haedo —agregó, mirando a Cheste de reojo.

—En efecto, podría pasar por absolutoria —replicó este.

—¡Bueno...! —exclamó el capitán, frotándose las manos—. Ya estamos de acuerdo, Bernal. Acepto que Ruiz Haedo no puede ser culpable.

—¿Quién te ha dicho que estamos de acuerdo? —inquirió Cheste, con muy reposado continente.

—¿Cómo...!?

—Que ya no estoy tan seguro de la inocencia del senador.

—Si se trata de una broma...

—Lo digo muy en serio —ratificó mi primo.

—¡Pero esa carta es terminante...!

—¡Ya lo creo! Un lector parece muy interesado en ayudar a Ruiz Haedo. Y no es la primera vez...

—¡No te comprendo, Bernal! —se asombró el prefecto—. Desde la muerte de María Urrutia has tratado de convencerme de la inocencia del senador Ruiz Haedo, y ahora que la acepto, eres tú quien duda.

—Tengo mis razones.

—¿Cuáles?

—La carta de Un lector.

—¡Pero...!

—Sí. Un lector hace una muy hábil defensa de Ruiz Haedo: sin embargo, yo podría demostrar que el senador es culpable, basándome, precisamente, en esa misma defensa psicológica.

—¿De veras...? —indagó el otro, sarcástico.

—De veras, capitán. Voy a demostrar lo peligrosas y elásticas que pueden ser las teorías puramente psicológicas —anunció Cheste, echándose hacia atrás en su sillón, y apoyando las yemas de los dedos de una mano en los correspondientes de la otra—. Las sospechas contra el senador Ruiz Haedo se afirmaron en indicios materiales, y la defensa de Un lector se cimentó sobre la aparente incompatibilidad que se crea entre la capacidad mental de Antonio Ruiz Haedo y su conducta como posible asesino. De ahí se concluye que habría una persona dispuesta y resuelta a responsabilizar a Ruiz Haedo de crímenes cometidos por ella. ¿Quién es esa persona?; la respuesta no es fácil. Entonces es menester fijar las características del criminal, o, como quieren algunos, su estilo. ¿Qué caracteriza a estos crímenes? En primer lugar, lo fantástico de su concepción; en segundo término, la torpeza de su ejecución si el asesino es Ruiz Haedo, o la oblicuidad de la misma, si no lo es. ¿Cómo pudo creer el asesino que con pruebas tan burdas pudiera condenarse al senador? Debemos admitir que, si en realidad hubo

alguien que cometió los crímenes para culpar a Ruiz Haedo, ese alguien debió proceder como si fuera el mismo senador; esto es, inteligentemente. Debió deslizar, para cumplir su propósito, un ligero error que condenara al jefe conformista, pero no esa monumental ristra de desaciertos que le señala desde el primer momento, y que ha servido a Un lector para formular su teoría psicológicamente absolutoria. Esto es muy raro, y tiene que haber una razón que lo justifique.

—¿Acaso la sospechas? —demandó el prefecto.

—Conozco una muy considerable. Aunque no la contemplo más que como simple posibilidad.

—¿Y es...?

—Que Antonio Ruiz Haedo fuera el Desconocido.

—¡Cómo es posible...!

—Muy sencillamente. Antonio Ruiz Haedo mata a María Urrutia, los trapos encontrados sugieren pies defectuosos y él tiene una pierna más corta que la otra. Se lo sabe heredero de la mitad de la fortuna de la anciana, y aparece un testamento ológrafo firmado el mismo día del crimen, en virtud del cual se beneficia con su casi totalidad. Asesina a Escudero y deja tras de sí una montaña de indicios contra él mismo. Desaparece Ayala y su conducta es terriblemente sospechosa; tanto que el uniforme del marino es hallado en su casa. Es tan evidente su culpabilidad, tan enorme el cúmulo de pruebas en su contra, tan inhábiles sus coartadas, que es posible de mostrar, como lo ha hecho Un lector, que el senador Ruiz Haedo no puede ser culpable, por elementales consideraciones de psicología paralela.

Bernal Cheste hizo una pausa, sacó un cigarrillo y lo encendió con toda parsimonia.

—Un lector —continuó— manifiesta que Ruiz Haedo es un hombre inteligente y sostiene su inocencia apoyándose en su premisa; pero no tiene en cuenta que, siendo el asesino,

Antonio Ruiz Haedo sería casi genial, más aún que siendo inocente. Porque sus coartadas son inhábiles, porque deja tras de sí una cordillera de rastros, porque su culpabilidad es evidente, se presumirá que es víctima de un complot abominable. Todos estos términos, en apariencia contradictorios, ensamblan perfectamente en ese todo homogéneo y satisfactoriamente conjugado que reclama Un lector. La cantidad constante es el descuido.

Nos miró como buscando el efecto de sus palabras. Y prosiguió...

—Yo digo sencillamente, aunque parezca una perogrullada: el senador Antonio Ruiz Haedo puede ser culpable porque parece culpable.

Instintivamente acercamos nuestros sillones al de Cheste.

—¡Qué magnífica coartada definitiva! ¡Aparecer tan furiosamente culpable, que de parecerlo tanto, no poder serlo! —pronunció con énfasis—. Y una vez descartado, ¿quién insistirá? Y darse el lujo de indicar que la jeringa homicida es suya, que él tiene la llave, que entró en el dormitorio, que fue a Cañuelas en tres horas... Complicarse por deporte, siendo culpable, para que nadie lo crea tal, porque es inconcebible que el senador Ruiz Haedo, tan inteligente en todas sus manifestaciones, sea tan bruto como asesino. Esa incompatibilidad es preciosa, pues solo con ella, y en virtud de la misma, puede conseguirse lo que podríamos llamar la “coartada reversible”. En resumen, Antonio Ruiz Haedo habría escondido los árboles en el bosque. —Hizo una pausa, aplastando su cigarrillo contra un cenicero de lapislázuli—. Un lector aprecia en mucho los talentos de Ruiz Haedo, pero podría ser que no en la medida necesaria.

Las bien concertadas reflexiones de Cheste hicieron apodíctico su razonamiento.

Y hubo que aceptarlo.

Fue el propio Yarce quien sacudió el silencio que amenazaba prolongarse.

—Entonces —murmuró—, ¿es realmente culpable?

—Podría serlo, Cristián —repuso mi primo—. Depende de la identidad de Un lector.

—¿Eh...?

—Si Antonio Ruiz Haedo fuera Un lector, yo no vacilaría en afirmar que es también el Desconocido.

—¿Y si no fuera Un lector?

—En ese caso su culpabilidad sería problemática.

Por primera vez me pareció ver claro en aquel endiablado asunto. Y consideré que Ruiz Haedo se habría defendido psicológicamente en caso de ser culpable. Porque siendo inocente, hubiera tratado de demostrarlo más concretamente.

Así lo creía yo.

—Las excavaciones realizadas a lo largo del camino a Cañuelas han resultado infructuosas —declaró el prefecto, al cabo de un rato. Ensimismado.

Cheste lo miró largamente.

—Si Ayala hubiera muerto y Ruiz Haedo fuera su asesino, habría completado su coartada reversible enterrando el cadáver en su propio jardín —expresó con lentitud.

La capacidad de asombro del capitán Yarce estaba colmada.

—Es cierto —dijo en tono indiferente—. Daré órdenes para que se busque allí...

Pero prevaleció su genio.

—¡Haré desarraigar los árboles, si es preciso! —gritó, repentinamente airado.

En el crítico momento en que nos sentábamos a cenar, entró Teudis en el comedor anunciando a Yarce que Federico Salcedo lo llamaba por teléfono.

Minutos más tarde, el prefecto regresó de la cabina con el semblante demudado. Caminaba lentamente, medio encorvado, casi abatido. Se dejó caer en su sillón, hablando entre dientes.

—¡Es inaudito...!

—¿Qué estás diciendo...? —indagó Cheste, extrañado.

—Digo que lo atraparé... Porque sitiare su casa... Porque...

—Pero, ¿qué ha pasado...? —insistió Bernal, levantándose y apoyando una mano sobre el hombro del prefecto.

El interpelado levantó la cabeza. Pero no contestó.

—¿Se puede saber qué quería Salcedo? —tornó a preguntar mi ya impaciente primo.

—¡Que qué quería...! —murmuró el otro, moviendo la cabeza de arriba a abajo—. Pues decirme que acababa de ver, paseándose por delante de su casa, a Enrique Ayala.

Eran las diez menos cuarto.

Cuadro séptimo

Domingo 20 de marzo, a las 10 hs. En Juncal 1502

Era el día señalado.

La protección que el capitán Yarce ofreciera al mayordomo Méndez había sido rechazada por este, quien manifestó no necesitarla en absoluto.

En verdad, el criado se mostró más asombrado que reconocido. Y no era para menos. Porque, ignorando lo que nosotros sabíamos, él no encontraba qué temer. Y aunque hubiera estado al cabo de la calle, su orgullo de mayordomo le ocultaba las arbitrarias adaptaciones carneriles de que podía ser objeto.

¡Siquiera fuese perro de pastor...!

La casa de Enrique Ayala había sido estrechamente vigilada desde las diez de la noche última. Pero el marino no aparecía. Ni nadie lo vio por aquellos lugares desde el 19 de febrero. Sin embargo, Salcedo lo había visto pasar por delante de su puerta.

¿Dónde se ocultaría el teniente de navío?

Cristián Yarce se daba a todos los demonios. Y no encontrando mejor cosa que hacer, decidió presentarse en casa del senador Antonio Ruiz Haedo para interrogar a su mayordomo que ya empezaba a escamarlo el que rehusara su protección.

Y Wifredo Z. Quelño volvió a tocar el timbre.

Y el mucamo Soto, a abrirnos la puerta.

El dueño de casa salió a recibirnos con más cortesía que agrado. Pero estaba satisfecho y no se cuidaba de ocultarlo.

—¿Podríamos hablar con Méndez? —demandó el prefecto, apurando el expediente.

—No va a ser posible..., por lo menos aquí —respondió el senador—. Porque está de franco desde anoche a las ocho.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta mañana por la mañana.

Yarce no disimuló su contrariedad. Y no dudé de que pensara ir a Ciudadela, a buscarlo en su propia casa. Pero debí engañarme, porque ni lo mencionó.

—Si usted no tiene inconveniente, quisiera hacerle una pregunta, senador —dijo el zalamero magistrado—. ¿Encuentra usted cambiado a Méndez?

—Sí, el hombre ya no parece el mismo —satisfizo el preguntado, no sin sorpresa—. Antes era mucho más animoso, servicial y atento a su trabajo. Quizá los sucesos lo hayan impresionado más de lo que pudiera presumirse.

Aquella respuesta pareció confirmar algún supuesto de Quelño, a juzgar por sus gestos de complacencia.

Bernal Cheste también tenía algo que preguntar.

—Dígame, senador, ¿recuerda usted aquel absurdo balazo de cera que recibió Zelada al hacer centro con su flecha? —inquirió en un tono desprovisto de matices.

—¡Ya lo creo...! Y muy bien llamado absurdo...

—Sin embargo, podría ser que nos equivocáramos en el adjetivo.

—No veo cómo.

—El criminal desarrolla un plan prolijamente alambicado, y esa bala de cera parece desentonar en el conjunto —replicó mi primo, mirando a Ruiz Haedo en los ojos.

—Pero, ¿cree usted que eso tiene algo que ver con los asesinatos? —indagó el senador, sosteniendo su mirada.

—Estoy completamente seguro. ¿Y usted?

—Yo jamás lo hubiera sospechado.

—Preveía esa respuesta.

—Es muy natural.

—Dígame, senador, ¿cómo es que nadie reparó en el balazo hasta que Zelada se llevó las manos al pecho? ¿Acaso pudieron no oír la detonación?

—Nadie pudo oír la detonación, porque la pistola tenía un silenciador.

—¿Un silenciador...? ¡Pero Zelada no lo mencionó para nada cuando nos refirió el suceso...! —reaccionó Cheste, agitando las manos.

—Lo habría olvidado. Al fin y al cabo, el detalle no tenía mayor importancia —opinó Ruiz Haedo, tratando de restársela.

—¿Y de quién era el silenciador? ¿También de Escudero?

—No precisamente de su propiedad, aunque lo tenía en usufructo. Yo se lo había prestado para que pudiera practicar el tiro sin llamar la atención de la gente que pasaba por la calle —explicó el jefe conformista, sonriendo solapadamente.

—Comprendo. Usted quería hacer de él un político completo —reflexionó Bernal—. Y los desafíos son contingentes...

—El honor suele exigirlos —justificó el senador.

—El honor de las apariencias..., ya que no el de la conducta —repuso Cheste con cierto retintín.

Más que la posible aplicación de aquel silenciador, a mí me preocupaba su origen. Quizás a Antonio Ruiz Haedo le hubiera resultado fácil conseguirlo, dadas las genuflexas franquicias de que gozan los que tienen influencia; pero quisiera yo ver la cara que pondría un armero, si un simple particular le

solicitar un adminículo de esos. Porque, ¿para qué puede querer nadie un silenciador?

Claro que no todos pensamos lo mismo.

Cheste permaneció callado un momento. Que no dilató tanto como quisiera el senador.

—De modo que, si Zelada no hubiera hecho tantos aspavientos, el incidente habría pasado inadvertido, ¿verdad? —deujo mi primo, volviendo a lo de marras.

—Sí. Es lo más probable... —admitió Ruiz Haedo—. Pero Julio tiene una desgraciada propensión a magnificar los hechos y creyó ver ocultas amenazas donde no había más que una broma. De muy mal gusto, lo reconozco, pero broma al fin.

—No hubo tal broma, senador —rectificó Bernal—. Aquello fue muy en serio.

—¡En serio...!, ¿con una bala de cera? —se burló el otro, con admirado acento—. ¡Vamos hombre...!

—Ahí tiene usted el problema. Un atentado con una bala de cera parece ridículo, sin embargo, fue muy en serio.

—Confieso que no soy amante de las paradojas.

—Ellas se lo agradecerán, pero ahora no está presente ninguna —replicó Cheste, con imperturbable calma—. Digo que el atentado iba en serio, y añadido que fracasó. Pero no por torpeza del responsable, sino por la mímica de Julio Zelada que, al provocar el hallazgo de la emboscada pistola, malogró el tortuoso plan del Desconocido.

Antonio Ruiz Haedo trató de sonreír. Y su gesto pareció condescendiente.

(¡Todavía buscando complicaciones...!).

Pero Yarce se había interesado.

—¿Acaso Zelada debió morir? —preguntó.

Y Quelño pedía detalles.

—¿Cómo pudo fracasar el plan? ¿Cuál era su segunda parte?

Bernal Cheste encendió un Perahuí antes de contestar.

—Vayamos con tiento —dijo, expeliendo una bocanada de humo. Si el que preparó la trampa, que no es otro que el Desconocido, tuvo la precaución de poner un silenciador en la pistola, debemos colegir que lo hizo para ahogar la detonación. Y si al recibir la bala de cera, Zelada se hubiese limitado a extrañarse por el inexplicable golpe que sentía en el pecho, nadie se habría enterado del disparo. Y el que acostumbraba a tirar después de Zelada, lo hubiera hecho. Y en caso de hacer centro, la trampa habría vuelto a funcionar; pero ya no con balas de cera, sino con proyectiles de acero... ¡Que había cinco en el cargador...!

Aquello era tan evidente, que mostrarse sorprendido resultaba hipocresía. O disimulo, que es lo mismo.

—Pero, ¿por qué no lo has dicho antes? —reprochó Yarce, siempre celoso de las primicias.

—Porque ignoraba el uso del silenciador. Y aunque la bala de cera no podía convencerme como fin, suponiendo que había sido empleada para no herir al tirador de la primera flecha, el estampido que forzosamente provocaría su disparo, me desorientaba ya que, al oírlo los presentes, cundiría la alarma, y no acertaba yo a imaginar el porqué de la presencia de las balas de acero en el cargador.

—Pero no tenía necesidad de la bala de cera... —arguyó el prefecto—. Con solo...

—Quizá fuera interesante que Zelada tuviera algo que contar después del crimen —lo interrumpió Cheste—. Y a propósito, senador, ¿quién solía tirar después de Zelada?

El interpelado reflexionó un instante.

—Mi sobrino Haroldo Pinel —declaró al cabo, con voz pausada.

—¿Invariablemente?

—Sí—ratificó el senador—. Habíamos establecido el orden de tiro de acuerdo con la eficacia de cada uno.

—¿Quiere decir que era probable que Pinel hiciera centro?

—Era casi seguro —afirmó el dueño de casa—. Haroldo aprendió muy pronto el manejo del arco y era casi tan certero con él como con las armas de fuego.

—Sin embargo, Zelada nos dijo que él tiraba primero para enseñar a los demás la correcta posición del arquero —observó el juez.

—Eso fue al principio —contestó el otro—. Yo no sé si ustedes habrán advertido que mi primo Julio es algo afecto a la exageración, pero de cualquier manera es así. Y eso lo hace aparecer, si no fanfarrón, por lo menos espectacular.

—No hay duda —murmuró el capitán, con aire sombrío.

—Ahora menos que nunca —apoyó el magistrado.

Antonio Ruiz Haedo se dirigió a Cheste...

—De acuerdo con las conclusiones a que usted ha llegado, ¿cree usted que hubo en alguno de los que frecuentan mi casa la decidida intención de matar a mi sobrino Haroldo Pinel?

—Por lo menos creo que él es el verdadero titular de Sagitario —respondió Bernal, con amable solicitud.

El senador hizo ademán de incorporarse para contestar lo que debió considerar una impertinencia. Pero lo pensó mejor.

Y Wifredo Z. Quelño aprovechó para soltar una pregunta que ya le quemaba la lengua.

—Quizá le extrañe lo que voy a decir, senador... —comenzó—. Pero, ¿no conoce usted a nadie que sepa de astrología?

Había acertado. El senador se sorprendió.

—¡Hombre...! Rubén se interesaba últimamente por esas tonterías y hasta llegó a pedirle libros al senador Lascano,

que es toda una autoridad —expresó con leve acento de piadosa ironía.

El juez no le perdonó a Cheste una mirada de triunfo. Que mi primo le cambió por una mueca de hastío. Mientras, Yarce decidía entrar en acción.

—De ser así, tal vez encontremos alguno en su biblioteca —insinuó, poniéndose de pie.

—No sería difícil... —concedió Ruiz Haedo, que no alcanzaba a comprender aquel súbito interés por la ya preterida materia.

Y sin mediar otra palabra, nos encaminamos al departamento que ocupara en vida el escribano Rubén Escudero.

Una vez allí, tanto el juez como el prefecto se consagraron a la indiscreta tarea de revisar la biblioteca. Pero todo fue en vano. Porque no había nada de lo supuesto.

Para no contrariar su escrupuloso celo, el militar quiso buscar también en el escritorio. Y lo mismo.

—¿No estarán en el vestíbulo? —sugirió Cheste, en son de burla.

Yarce no contestó. Pero asiendo la cortina que separaba ambas dependencias, la descorrió de un tirón.

—¡Búscalos tú! —le dijo con rabia.

Pero...

Pronto se echó atrás. Con los ojos desorbitados.

En cuanto a nosotros, quedamos inmovilizados en absoluto.

El estruendo de un rayo al caer habría sonado en nuestros oídos como un eco irreal, mas no hubiera conseguido alterar la inercia del grupo de céricas figuras que integrábamos.

Creí hallarme en un mundo trastornado, donde la angustia fuera la única sensación posible.

Mi vista no se apartaba del suelo de aquel vestíbulo, donde un cuerpo echado de bruces, con los brazos en cruz, y de cuyo cuello emergía una empuñadura con dos caras grabadas en Eibar, señalaba una nueva etapa del Sol en su ruta zodiacal.

¡Aries, el carnero...!

Y la sangre que manaba en abundancia de la mortal herida, surcando de rojo su camino hasta caer en el piso, formaba un charco ya coagulado, una mancha alucinante... Que servía de marco a lo inconcebible. Porque varado en aquel mar de pesadilla y recortando su amable silueta sobre lo negruzco de la pegajosa superficie, había un barquito de papel...

Yo no sé cuánto duró el hechizo.

Pero Cristián Yarce fue el primero en sustraerse a su influencia.

Avanzó hacia el cadáver y levantó su cabeza.

Seguimos sus movimientos con ansia indescriptible. Y la identidad del muerto constituyó para nosotros un golpe tan inesperado como recio.

¡Era el doctor Federico Salcedo!

El que la víspera atacara con tan enérgicas palabras al senador Antonio Ruiz Haedo. Que estaba allí, a nuestro lado.

—¡Salcedo...! —logró articular, el senador. Y su ceceo sonó extrañamente ronco—. ¡Pero no es posible...!

Tras una breve consulta con Quelño, el prefecto decidió llamar al comisario Castil, ordenándole que informara a los expertos. Y que pasara a buscar al doctor Xiquena.

Entretanto, y mientras esperábamos su llegada, regresamos a la biblioteca. Muy preocupados.

—Tengo algo que decirles... —nos anunció el senador, cuya satisfacción anterior había desaparecido del todo.

—¿Qué es ello? —se apresuró a indagar el juez.

—Federico Salcedo vino a verme anoche, pasadas las diez y media.

—¿Después de su discurso de la asamblea?! —se admiró Yarce—. ¿Y qué quería de usted?

—Explicarme su actitud. Me afirmó que había hablado no por animosidad contra mí, sino por el bien del partido. Y me aseguró que la lectura de una carta aparecida en *Prensa Gráfica* lo había convencido totalmente de lo injusto de sus cargos.

—¿Leyó usted esa carta?

—Sí, capitán. Y tengo verdaderos deseos de saber quién es ese amigo anónimo.

—Yo también —murmuró Cheste.

—¿A qué hora se retiró Salcedo? —inquirió Yarce.

—Poco después de la una —replicó el jefe conformista—. Él me había dicho que Pinel vendría a buscarlo a medianoche, pero Haroldo debió olvidar su promesa, porque no apareció.

—¿Quién estaba presente cuando se despidió Salcedo? —preguntó Cheste, afectando indiferencia.

Antonio Ruiz Haedo lo miró oblicuamente.

(*¡Todavía sospechas...!*)

—Nadie más que yo —repuso al cabo—. Soto se retiró a descansar alrededor de las doce. Lo haré venir por si quiere usted interrogarlo...

Pero no hacía falta.

La estridente sirena de un auto policial nos anunció la llegada de Patricio Castil y de los técnicos del SIC.

Un momento después, el comisario entraba tumultuosamente.

—¡Ya estamos aquí, capitán! ¿Qué ha sucedido ahora? —gritó, sin tomar aliento.

Cristián Yarce se limitó a conducirlo hasta el departamento de Escudero, donde le mostró el rígido cuerpo yacente.

—¡Por los cuernos de mil demonios! —exclamó Castil, exasperado—. ¡Alguien se ha propuesto enloquecerme! ¡Tres hombres vigilando la casa de Ayala y el muerto está aquí!

Lain Xiquena apareció agitando su sombrero por sobre los agentes que custodiaban la puerta del corredor.

—¡A ver! —decía, abriéndose paso vigorosamente—. ¿Dónde está? ¡Ya ni los domingos respetan...! ¡Esto es un asco!

En cuanto llegó al lado del cadáver, el forense suspendió las exclamaciones. Y se arrodilló para examinar el cuerpo, mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa de satisfacción.

—Ha sido un trabajo limpio —manifestó, frotándose las manos.

Yarce y yo lo mirábamos hacer. Bernal se nos acercó.

—Es necesario descubrir por qué, o en razón de qué, elige el Desconocido a sus víctimas —nos dijo—. No basta con saber que las identifica con un signo del zodiaco; debemos saber por qué las identifica, y cómo lo hace.

Cuando Quelño advirtió nuestra conversación, se incorporó al grupo.

—Conque el mayordomo Méndez..., ¿eh? —expresó con ironía, dirigiéndose a mi primo.

Este prefirió no contestarle. E hizo bien. Porque ni las circunstancias propiciaban la discusión, ni era prudente suscitársela ante el concurso reunido. Que los oídos indiscretos hacen fáciles las lenguas.

—Cuando sepamos por qué quisieron matar a Pinel en Sagitario —continuó Cheste—: por qué mataron a María Urrutia en Capricornio y a Escudero en Acuario, por qué desapareció Ayala en Piscis, por qué asesinan a Salcedo en Aries; por qué en

esas fechas y por qué precisamente a ellos. Cuando sepamos todo eso, habremos adelantado verdaderamente. Hasta ahora nuestra cosecha es muy pobre...

—¡Pero Ayala no ha muerto...! —adujo el prefecto— Si Salcedo lo vio... —Se interrumpió de pronto, mirando a Ceste con ojos brillantes.

—¿Crees que ha sido Ayala? —captó mi primo.

—Es muy sugestivo que el único que ha logrado verlo, muera asesinado poco después.

—¿No se equivocaría Salcedo?

—No, Bernal —Yarce fue categórico—. Salcedo me aseguró que era Ayala en cuerpo y alma; iba uniformado de blanco, y lo saludó.

—Resulta extraño que hiciera eso al mes exacto de su desaparición —reflexionó Ceste.

—Pero muerto Salcedo, él hereda el total de los legados —apuntó Quelño, con grave inflexión de voz.

El doctor Xiquena no hizo esperar su dictamen.

—La muerte ha sido instantánea —manifestó—. Y su causa está bien clara; el puñal clavado en el cuello. El cadáver presenta una contusión en el occipital, lo que hace presumir que ha sufrido un golpe; probablemente, capaz de producir la pérdida del conocimiento.

—¿A qué hora se produjo el deceso? —indagó Ceste.

—La respuesta no puede ser exacta, pero..., pongamos la una de la mañana, con un margen de error de treinta minutos —contestó el forense, luego de breve cálculo.

Terminada su labor, Lain Xiquena se marchó alegremente.

—¡Adiós, muchachos! —se despidió—. Espero volver a verlos pronto. —Y salió prodigando sonrisas.

Cinco minutos después, dos hombres se llevaban el cuerpo de Federico Salcedo.

—Esta vez ha madrugado el Desconocido —musitó Bernal, siguiendo con la vista la fúnebre camilla. Y guardando en su pañuelo el barquito de papel.

—De acuerdo con su teoría, el asesino debió dejar un carnero de juguete —observó Quelño a su lado.

—Y lo ha dejado —replicó Cheste, con frialdad.

—Pues yo no lo he visto.

—Aquí lo tiene. —Y volviendo a sacar el pañuelo, entregó al juez el manchado barquito—. Fíjese en el papel.

Wifredo Z. Quelño lo examinó atentamente. Y, ahogando un grito, comenzó a deshacer precipitadamente el casero juguete que, volviendo a su primitiva forma, quedó convertido en una hoja de revista ilustrada, cuyo más destacado grabado era un carnero. Un gran campeón de Exposición Rural.

Cristián Yarce no acaba de entenderlo.

Y los demás tampoco.

Cuadro octavo

El mismo día, a las 14:30 hs. El mismo escenario

Ya habíamos regresado de almorzar cuando los expertos terminaron su trabajo. Que no por laborioso dejó de ser estéril.

Como era de esperar, el arma empleada estaba limpia de marcas digitales.

Bernal Cheste observaba con atención aquel puñalito de templada hoja toledana, cuya curiosa empuñadura de Eibar parecía representar las dos caras del dios Jano.

Y debió interesarle mucho. Porque se lo guardó tranquilamente en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Este objeto valioso estará más cómodo en mis manos que en las tuyas —le dijo a Yarce, sonriendo amablemente.

El prefecto no le prestó mayor atención. Había algo que lo preocupaba más.

—Solamente hay sangre en el sitio donde estaba el cuerpo... —monologaba—. Por consiguiente, Salcedo fue herido estando ya en el vestíbulo; es muy probable que se hallara en el suelo, porque no hay salpicaduras de sangre...

—Querrás decir que no las hay lejos de la mancha... —corrigió Cheste, que lo escuchaba.

—Sí, claro... —admitió el capitán, absorto en sus pensamientos—. Y si Salcedo entró aquí con el que habría de ser su asesino, es evidente que no desconfiaba de él... Seguramente lo conocía... Y vinieron juntos... El Desconocido le dio un golpe en la cabeza...

—¿Por qué el Desconocido? —discrepó el juez—. ¿No pudo golpearse al caer?

—No —intervino Cheste—. Porque fue golpeado antes de ser herido. El Desconocido no quería exponerse a errar la puñalada y buscó aplicarla con la mayor comodidad. Por eso derribó a Salcedo de un golpe en la cabeza, que habría de dejarlo a su merced.

—Exactamente —apoyó el capitán—. Además, de haberlo herido estando Salcedo de pie, la sangre hubiera salpicado a su agresor, y nuestro Desconocido cuida mucho los detalles...

—Sin duda —convino Cheste—. Pero lo que más importaba al asesino era tener la certidumbre de que Salcedo moriría. De ahí la herida en región tan vital, y su premeditación en lograrla.

Wifredo Z. Quelño pareció convencido.

—Eso está claro —aceptó—. Y tampoco es dudoso que el asesinato siguiera inmediatamente a la partida de Salcedo. Según Ruiz Haedo, aquel se retiró poco después de la una; y Xiquena establece la misma hora para el deceso, con un posible error de treinta minutos.

—Coincidiendo las horas, no veo por qué no ha de ser cierto —concedió Bernal—. Pero en ese caso, nadie tuvo mejor oportunidad que el propio senador Ruiz Haedo...

—Tal vez Enrique Ayala siguiera a Salcedo y lo esperara... —insinuó el prefecto—. Y luego, con el pretexto de querer mostrarle algo, lo hizo entrar por Paraná...

—¿Yendo de uniforme...? —dudó mi primo.

—Naturalmente —afirmó Cristián—. Por eso cuidó de no mancharse de sangre, porque vestía de blanco.

—No me parece disparatado —expresó Quelño, con judicial gravedad—. Máxime teniendo en cuenta que Ayala ha entrado en este departamento otras veces, que se ocultó en él, y que, por consiguiente, debe tener llave de la puerta de Paraná.

—Quizá no tenga él la llave, sino el que lo llamó por teléfono la noche del 19 de febrero —sugirió Cheste, fumando pensativo.

—Sea como sea, aquí no hacemos nada —dijo Yarce, demostrando su intención de abandonar el departamento.

—En eso estoy de acuerdo —concordó Bernal—. ¿Qué piensas hacer?

—Creo que me gustaría determinar la procedencia del arma.

—No será difícil —repuso Cheste, sonriendo—. Vamos a preguntárselo a Ruiz Haedo.

Cristián Yarce se dio una palmada en la frente.

—¡Eureka...! —exclamó—. ¡Es el cortapapeles que desapareció cuando mataron a Escudero!

—¡La empuñadura de Eibar! —murmuró Quelño, no menos admirado.

—Menos mal... —suspiró Cheste—. Temí que hubieran ustedes perdido la memoria.

Cuando salimos al corredor, percibimos una música no muy lejana, que se hacía más distinta a medida que avanzábamos.

—Alguien quiere sustraerse a la realidad trágica... —murmuró mi primo, apurando el paso.

Llegamos al hall, y nos detuvimos en la puerta de la sala, donde Bernal nos pidió silencio con un gesto.

Porque era allí.

De perfil a nosotros, con la mirada obstinadamente fija en un punto del espacio, y apenas inclinada sobre el enorme Gaveau, Raquel Ruiz Haedo marcaba el ritmo vigoroso de *La puerta del vino*.

La música áspera y casi salvaje de Debussy hizo olvidar a Cheste su enunciado propósito inquisitivo. Pero no influyó sobre el capitán Yarce, que miraba con impaciencia cómo las delgadas manos de la ejecutante se contraían sobre

el teclado, arrancando sus notas con pasión mal contenida, casi con furia...

—¡Bernal...!, ¡que estamos perdiendo el tiempo...! —regaló el prefecto, tomándolo de un brazo.

Pero el interpelado logró desasirse. Y sacando el cortapapeles del bolsillo, se lo entregó.

—¡Toma y calla! —le replicó—. Eso es todo lo que tú precisas...

Ya la estrepitosa escala final se apagaba dulcemente, y las manos de la intérprete resbalaron como abatidas hasta caer en su regazo.

—¡Señorita...! —dijo Cheste, avanzando hacia ella—. Felicitarla sería cortés, pero darle las gracias es más sincero...

Raquel lo miró con sorpresa no exenta de fastidio.

—¿Más sincero...? —repitió con frialdad—. ¿Y si yo las retribuiera?

—Me haría usted merced —respondió mi primo, inclinándose.

—No lo suponía tan galante... —confesó ella, sonriendo. Pero Cristián Yarce iba a lo que iba.

—Usted perdone, señorita —se excusó—. Pero, ¿podría usted decirme si es este el cortapapeles que su tío Pedro le regaló a Escudero?

—Sí, señor —repuso la joven, irguiendo la cabeza.

—¿Está usted segura? —insistió el capitán, entregándoselo.

—Por lo menos me parece estarlo. Aunque tenía entendido que desapareció cuando mataron a Rubén... ¿Dónde lo encontraron?

—Fue con él que asesinaron a Salcedo —contestó Yarce, un poco abruptamente.

Raquel dejó caer el arma con un gesto de horror. Sus pómulos, ya naturalmente prominentes, parecieron acentuarse

más y las oblicuas ventanillas de su levantada nariz se dilataron nerviosas.

—Muy amable de su parte —balbuceó luego, tratando de parecer serena. Y levantándose, se alejó del piano.

El prefecto pareció turbado, no atinando más que a recoger la caída plegadera.

—Tienes un tacto que encandila —le susurró Cheste, en tono resignado.

Wifredo Z. Quelño dudaba entre detener a Raquel, que abandonaba la sala, o secundar a Yarce, que se quedaba.

Y optó por lo salomónico.

Como una resultante.

Bernal Cheste logró alcanzar a Raquel, cuando esta franqueaba la puerta.

—¡Un minuto, por favor! —pidió.

—¿Qué desea? —inquirió ella, volviéndose.

—Que me conteste una última pregunta.

—Si ha de ser la última...

—¿Conocía su padre ese cortapapeles?

—Claro que sí —aseguró la joven—. Lo ha visto y usado muchas veces.

—Gracias.

Ella salió y Cheste la siguió con la vista.

—No deja de ser extraño —murmuró como para sí.

—¿El qué es extraño? —quiso saber el juez.

—Conocer y desconocer —replicó Bernal, enigmático.

Un crujido característico nos anunció la proximidad del senador Ruiz Haedo que, apoyado en su bastón, arrastraba su cojera.

—Los estaba buscando —manifestó en cuanto nos vio.

—Pues ya estamos juntos —respondió mi primo con no excesiva amabilidad.

—Ya lo veo —gruñó el otro, torciendo el gesto.

—Dígame, senador, ¿es ese el cortapapeles de Escudero?
—indagó Cheste, mostrando el que Yarce tenía en la mano.

Ruiz Haedo lo tomó en la suya.

—Este no es el de Rubén... —repuso luego de haberlo examinado—. Es su gemelo y pertenece a mi hermano Pedro.

—¡Su gemelo...! —se admiró Bernal—. Eso significa que puede pasar el uno por el otro, y sin embargo...

Todos esperábamos que terminara la frase. Pero no fuimos satisfechos.

En cambio, habló el senador.

—Pedro estimaba mucho a mi secretario —explicó— y mandó hacer dos plegaderas idénticas, regalando una a Rubén y la otra a Enrique Ayala.

—¿A Enrique Ayala...?! Pero..., ¿no dijo usted que era de su hermano? —terció el asombrado Yarce.

—No me deja usted terminar... —reprendió el interpelado—. Se la regaló a Enrique Ayala, pero como este no la usaba, mi hermano terminó por quedarse con ella.

—Siendo idénticos ambos cortapapeles —planteó Bernal—; ¿cómo sabe usted que este es el de su hermano?

—Lo sé porque Rubén hizo grabar sus iniciales en la hoja del suyo —solventó el senador—. Y como este no las tiene, afirmo que es el de Pedro.

—De modo que, siendo las empuñaduras imposibles de diferenciar, usted las confundiría, ¿no es cierto?

—Sin duda.

—¿Y reconocería usted esas empuñaduras en cualquier parte que las viere?

—Desde luego.

—¡Cualquiera lo diría...!

El prefecto que, como Quelño, no comprendía las reticencias de Cheste, ni su porqué, lo acribillaba a miradas.

(*¿Qué estás buscando...?!).*

—Mi hermano no ha de tardar en llegar —anunció el senador, que no parecía muy a gusto—. Así que si quieren ustedes hacerle alguna pregunta...

Cristián Yarce no despreció la oportunidad. Y acompañamos al dueño de casa, que nos condujo a la biblioteca.

El contralmirante no se hizo esperar. Llegó caminando ágilmente, esbozando una sonrisa de circunstancias bajo su fino bigote teñido. Julio Zelada lo acompañaba.

—Supuse que estarían ustedes... —dijo este último, guiñando un ojo. Satisfecho de su perspicacia.

—Y bien... —alcanzó a modular Yarce, con aire de pocos amigos.

—Nada que... —vaciló el otro—. En fin, siempre es interesante...

—¿El qué...?

—Eso. El que estén ustedes.

—¿También lo es conocer nuestra opinión? —demandó Cheste.

—Naturalmente.

—Pues a nadie le interesa tanto como al que la provoca. Julio Zelada miró en derredor, poniendo cara de asombro. Como un escolar pillado en falta.

El prefecto se dirigió al marino.

—Supongo que estará usted enterado...

—Sí, amigo mío —murmuró Pedro Ruiz Haedo, haciendo un gesto de pesar—. Todo es inexplicable, pero la muerte de ese muchacho...

—Era el tercer legatario —recordó Quelño, con voz pausada.

Y sus palabras produjeron un efecto extraño. Porque todas las miradas coincidieron en Antonio Ruiz Haedo.

—Aun queda Ayala... —hizo notar el senador, sin perder la serenidad—. Nada autoriza a darlo por muerto.

—Legalmente desde luego que no —contestó su hermano—. Pero casi no cabe otra cosa. Al principio yo creía que lo habían secuestrado, y que pronto tendríamos noticias de sus raptos, suponiendo que tratarían de obtener un beneficio. Pero ya ha pasado mucho tiempo...

—Sin embargo, no era Ayala hombre de morder anzuelos —objetó Zelada—. Y aquellas llamadas telefónicas fingiendo la voz de Antonio...

—Dígame, contralmirante —intervino Cheste—; aparte de sus relaciones diarias, ¿tenía usted una particular estimación por su ayudante?

—Sí —admitió el interpelado—. Me place reconocer que lo consideraba amigo antes que subordinado. Además...

—¿Qué...?

Pedro Ruiz Haedo titubeó antes de proseguir.

—Además... fue él quien me presentó a la que hoy es mi esposa —terminó algo confuso.

—¡Ah..., ya! Y usted le está reconocido...

—Precisamente.

—Entonces debo decirle algo. Anoche llamó Federico Salcedo a Torre de Agua para decirnos que acababa de ver a Enrique Ayala...

Durante un momento, contralmirante, senador y médico rivalizaron en interjecciones y modismos admirativos.

Luego, Bernal Cheste cambió de conversación.

—Parecería presumible que el asesino le tendió un lazo a Salcedo —dijo de repente.

Zelada lo miró con ojos entornados.

—Podría ser... —consideró, a media voz—. Aunque no veo el porqué.

—Tal vez sea su método de trabajo —repuso Cheste, encendiendo un Perahuí.

—Quizá...

Cristián Yarce estaba ansioso de mostrar el cortapapeles al contralmirante. Pero Cheste aún no había terminado.

—Dígame, doctor Zelada, ¿en qué fecha nació usted? —le preguntó de improviso.

El médico no se asombró tanto como podía esperarse de él, aunque lo extraño de la pregunta lo hubiera justificado.

—El 30 de octubre de 1891 —replicó, con calculado desganado.

—¡Ajá...! Bajo el signo de Escorpio, ¿verdad?

—Si usted lo dice...

—Por si le interesa, le diré que, para los astrólogos, ese es el signo de la muerte.

—¿De veras...? ¡Qué halagador! —se burló Zelada—. Pero, ¿se puede saber a qué viene eso?

Bernal Cheste sonrió fugazmente.

—¡Oh... no tiene importancia! —declaró—. Era para saber si es usted impresionable. Porque hay en usted, y en sus actos, coincidencias muy curiosas, ¿sabe?, ¡muy curiosas! —sustrayó con énfasis.

—¿Y qué ha sacado de su experimento? —indagó Zelada, con irónica complacencia.

—Que tiene usted varios modos de exagerar.

Julio Zelada permaneció pensativo. Y Yarce pudo hablar.

—¿Conoce usted esto, contralmirante? —preguntó, enseñándole el cortapapeles de marras.

—¡Cómo no... si es mío! —respondió el marino, abriendo mucho los ojos—. Ya lo daba por perdido...

El prefecto lo miraba con fijeza. Lo que lo ayudó a comprender. Aunque todavía dudaba.

—Supongo que no habrá sido con él que...

—Sí, Pedro; con él ha sido —le aseguró su hermano.

—En efecto —confirmó el capitán—. Y yo quisiera que usted me explicara cómo una plegadera de su propiedad pudo hallarse clavada en el cuello de Federico Salcedo.

—¿Y cómo diablos puedo saberlo yo?! —gritó el contralmirante, con voz colérica.

—¿Cuándo echó de menos su cortapapeles?

—El domingo pasado. Cuando regresé del Tigre.

—El capitán querrá más detalles... —terció Zelada, con acento de burlona solicitud.

—Si los quiere, que los pida.

—En eso estamos —estableció Yarce, en tono glacial.

—¡Pero usted sospecha de mí...!

—Es el aire de familia —murmuró Cheste.

—Yo sospecho de todos mientras no sepa que es uno —afirmó el prefecto, con sequedad.

—Usted verá lo que hace.

—Prefiero escuchar lo que tenga usted que decir acerca de ese puñal.

Wifredo Z. Quelño trató de conciliar.

—¡Por favor..., contralmirante! —le pidió—. No ponga reparos a nuestra gestión que, si para ustedes es antipática, para nosotros llega a ser desagradable.

Y lo consiguió.

Porque Pedro Ruiz Haedo se allanó a referir cómo había notado la falta de su plegadera.

—Bueno, terminemos de una vez —rezongó—. Yo suelo aprovechar las mañanas de los domingos para despachar mis asuntos personales, y la del pasado la dediqué a examinar mi

correspondencia con ánimo de contestar las cartas más urgentes. Fue entonces cuando usé por última vez mi cortapapeles, para abrir los sobres.

—¿Lo usaba usted para otra cosa...? —interrumpió Cheste, enarcando las cejas. Extrañado por la aclaración.

—¡Sí...!, para mondarme los dientes —contestó el marino, algo más que irritado. Belicoso.

—No lo tome en serio —advirtió Zelada a Cheste—. Los tiene postizos...

—¿Decía usted, contralmirante...? —requirió Yarce, buscando atajar la peligrosa digresión.

—Si me vuelven a interrumpir, van a tener que adivinarlo —refunfuñó el irascible oficial—. Ya no sé donde iba...

—En los sobres... —apuntó Cheste, con acento obsequioso—. Ahora ponga usted la dirección... La del relato, claro está.

Estoy seguro de que, en aquel momento, el contralmirante hubiera pagado porque Cheste fuera marinero.

O sordomudo.

—Estaba terminando de escribir —prosiguió, mirando a mi primo de reojo—, cuando me anunciaron la presencia de varias personas que iban a buscarme para asistir a la caza del albatros. Antes de que yo saliera a su encuentro, entraron ellas en mi despacho, donde permanecieron sentadas mientras yo subía a vestirme.

—¿Y el cortapapeles? —indagó Yarce.

—Quedó encima de la mesa.

—¿Salió usted con sus amigos? —inquirió el juez.

—Sí.

—Y conmigo —se apresuró a agregar Zelada.

La conversación se desvió un tanto, comentando el viaje al Tigre y el desarrollo de la caza, pero Cristián Yarce se cuidó de volver al tema.

—Por lo que usted ha dicho antes, deduzco que el cor-
tapapeles debió desaparecer en el lapso que medió entre la
llegada de sus amigos y su regreso del Tigre —dijo al contral-
mirante.

—Así parece. Porque esa misma noche fui a buscarlo
para abrir las hojas de un libro, que también lo usaba para
eso... —Y dirigió a Cheste una mirada irónica—. Pero no
pude encontrarlo. Pregunté a mi señora si lo había visto, y
también a la servidumbre, pero nadie supo darme razón de
su paradero.

—Claro que no pensaría usted que lo hubiera tomado
alguno de sus visitantes matutinos... —sondeó Bernal, como
quien no quiere la cosa.

Pedro Ruiz Haedo lo miró con severidad.

—En absoluto —negó, con altivez—. Todos ellos gozan
de mi más amplia confianza. Y no me permitiría yo inferirles
semejante ofensa, ni siquiera de pensamiento.

—¿Y quiénes eran sus amigos? —quiso saber el prefecto,
que no parecía compartir sus escrúpulos.

El contralmirante meneó la cabeza con disgusto. Y luego
miró a su hermano.

(¡Pero esta gente no respeta a nadie...!).

El senador devolvió su mirada. También elocuente.

(Dímelo a mí...).

—Pues usted verá —repuso al fin el marino—. Aparte de
tres oficiales de la Armada, cuyos nombres no pueden interesar-
le, las personas que entraron en mi despacho aquella mañana
fueron mis sobrinos Carlos y Pablo, y Reinaldo Lascano.

El capitán meditó un momento.

—Descartando a esos tres oficiales, que no tienen nada
que ver en el caso, nos quedan los tres muchachos... —murmuró
como para sí.

—Se olvida usted de mí, capitán —observó Zelada, con fingida pesadumbre—. Y de Esther... Cualquiera de los dos hemos tenido más facilidades que estos tres sospechosos.

—Es usted demasiado vanidoso —lo reprendió Cheste—. Porque ese cortapapeles lo pudo tomar otra persona... Alguna que no hubiera ido al Tigre y supiera cómo entrar en aquel despacho, pongamos, por ejemplo. ¿No le parece?

—¿Esto también me lo pregunta para estudiarme? —demandó el médico, con indulgente sarcasmo—. Ahora ya no es la astrología...

Wifredo Z. Quelño tomó de los cabellos la ocasión que le brindaba la última frase de Julio Zelada.

—Hablando de astrología... —dijo—. Quizá conozca usted a alguien que la haya estudiado...

Antonio Ruiz Haedo no disimuló una mueca despectiva. (*¡Este pobre juez...!*).

El contralmirante se quedó perplejo.

Y Zelada, estupefacto.

—Pero..., ¿qué pasa aquí? —preguntó luego—. ¿Acaso la astrología tiene algo que ver con los crímenes?

—El señor juez opina que sí —respondió Cheste con buen humor. Y trata de comprobarlo.

—¿Y usted...? —interrogó el otro, receloso.

—¿Yo...? Bien, gracias.

Zelada estaba desorientado. Pero esta vez no exageraba.

Ni hacía teatro.

—A mí me han preguntado lo mismo —manifestó el senador, dirigiéndose a su primo. Quizá para que no se encontrara tan solo ante la sugestión de Quelño.

—¿También la fecha en que naciste?

—No, eso no.

—¡Ah!

—¡Era lo que faltaba...! —comentó el contralmirante, juntando ambas manos—. ¡Que la policía investigue los crímenes consultando influencias astrales...!

—¿Y si el asesino los cometiera basado en ellas? —opuso el magistrado.

—¡Tendría que estar loco!

—Pues supongámoslo.

Pedro Ruiz Haedo prefirió marcharse. Y se fue.

—Si ustedes me permiten... —se excusó el senador—. Tengo algo que decir a mi hermano.

Pero este regresó antes de que aquel saliera.

—¿Sería usted tan amable de devolverme el cortapapeles? —solicitó el marino, encarándose con el prefecto.

—Siento no poder hacerlo... —respondió el interpelado—. Pero es el arma usada por el asesino y...

—Comprendo —cortó bruscamente el otro—. ¡Buenas tardes, caballeros! —Y se alejó en compañía de su hermano.

Julio Zelada siguió a sus dos primos con la mirada. Luego se levantó y fue hasta la puerta, la cerró y volvió hacia nosotros.

—Ahora que se han ido —expresó, frotándose las manos—, podremos hablar con más libertad. Aquello era, en realidad, desconcertante.

—Pues ya puede usted empezar —indicó Yarce, en tono de expectativa.

—Yo no sé si mi primo Antonio les habrá dicho a ustedes algo sobre las aficiones astrológicas del senador Lascano... —tanteó el médico.

—Más o menos... —replicó el juez—. Solo lo mencionó al decirnos que Escudero le había pedido libros sobre esa materia...

—Pues bien, Augusto Lascano es más que un aficionado, es un fanático de la astrología.

—Usted es su médico, ¿verdad? —indagó Cheste.

—Sí. Y puedo decirles que no es un hombre del todo normal.

—¿Acaso hay alguno que lo sea?

—Bueno... Quiero decir que no parece estar en sus cabales.

—¡Ah, ya!

Cristián Yarce y el juez Quelño cambiaron una mirada de inteligencia.

—¿Tiene usted un caso concreto que citar? —preguntó el primero, dirigiéndose a Zelada.

—No, pero... creí que debía informarles.

—Yo preferiría otra clase de informaciones —manifestó Bernal—. Por ejemplo..., ¿qué podría haber de común entre Enrique Ayala y Roberto Aguilera?

—¿Entre Ayala y Aguilera...?

—Sí —ratificó Cheste, tratando de aprovechar el momento—. A que podría concretarse en una cinta verde y una medalla...

Julio Zelada sonrió sutilmente.

—Entonces ya lo sabe —dijo, arrastrando las palabras.

—No, yo no he visto más que la medalla.

—Pues escuche, que va a oír algo raro.

—No deseamos otra cosa —confesó Quelño, con los ojos brillantes.

El médico se acomodó en su butaca y con una voz en la que vibraba el deseo de impresionar comenzó su, en realidad, extraña revelación.

—En el mes de junio del año pasado se constituyó en Buenos Aires una especie de sociedad semisecreta, con el fin de estudiar los misterios de la religión mitríaca. Los fundadores fueron siete, y creo que su número nunca fue superado. Aunque sí disminuido.

—¿Alguno que se aburrió...? —inquirió Cheste—. Sin embargo, esa no es causa suficiente como para desaparecer...

—¿Lo dice usted por Ayala?

—Y por Aguilera. Que son los dos que me figuro afiliados.

—Yo no creo que se aburrieran —estimó Zelada—. Y menos Aguilera, que fue el padre de la iniciativa.

—¿Quiénes eran los otros cinco? —interrogó Quelño—. ¿Los conocemos nosotros?

—A todos. Y son: Augusto Lascano, Pablo Ruiz Haedo, Haroldo Pinel, y ¡asómbrense ustedes!, Esther Latour.

—Falta uno —observó Cheste, que no perdió tiempo en asombrarse.

—Es verdad. Pero Federico Salcedo ya no es...

—¿También Salcedo formaba parte de eso? —quiso concretar el prefecto.

—Era uno de los siete Curiosos de Mitra. Que así fue bautizada la sociedad —puntualizó el médico.

—A este paso no va a durar mucho la cofradía —comentó Cheste, con acento reflexivo—. ¡Tres bajas en diez meses!

—¿Cree usted que la desaparición de Roberto Aguilera esté relacionada con los sucesos que se investigan? —preguntó Zelada, inclinándose hacia mi primo.

—¿A usted qué le parece?

—Y... francamente, yo pienso que si el actor murió en un accidente, y este fue casual, lo más probable es que haya sido una desgracia por completo ajena a estas de ahora.

—Pues ya está usted contestado.

—Pero no me dice usted su opinión...

¿Para qué? La suya es muy razonable, y debiera satisfacerlo. Pero, en fin, para que no diga que me hago el interesante, voy a comunicarle mi impresión... Me sorprendería muchísimo que Aguilera fuera una víctima del Desconocido.

Wifredo Z. Quelño quería más detalles sobre los neomitriacos. Y los solicitó.

—¿Dónde se celebran las reuniones de esa sociedad? —demandó.

—En el pabellón que hay en el jardín de casa —repuso nuestro informante—. Y tienen lugar una vez por semana.

—¿No han sido interrumpidas? —indagó Yarce.

—Sí, durante el verano. Pero creo que se reanudan el 1° de abril.

—Ha dicho usted que tienen un carácter semisecreto...

—Sí, porque, aunque todos conocemos su existencia y la identidad de sus miembros, nunca ha trascendido lo que tratan en sus sesiones.

—¿No estudian los misterios de Mitra?

—Sí; eso dicen. Y han convertido el pabellón en una especie de santuario.

—No tendrán estatuas... —sondeó Quelño, a punto de escandalizarse.

—¡Claro que las tienen! —respondió Zelada, con cierta energía—. Hay una que representa un cuerpo humano con cabeza de león y con cuatro alas, rodeado por una serpiente en cuyos anillos están grabados los signos del zodiaco.

—¿Los qué?! —chilló el prefecto, saltando en su asiento.

—No tiene nada de particular —lo tranquilizó Cheste—. Se trata de un león mitriaco, el Tiempo Infinito, que se representaba en esa forma fantástica. Además, todo el culto mitriaco está influido por creencias astrológicas.

—Entonces Quelño tiene razón —dedujo Yarce—. Tiene que ser un maniático de la astrología.

—Si Quelño tuviera razón, le costaría la vida —pronunció Cheste, con inusitada gravedad.

—¿Qué está usted diciendo...? —protestó el interesado, no muy satisfecho de lo que había oído.

—Digo que Libra es el primer signo astrológico, y que representa la justicia. Y en este caso, aunque parece un despropósito, la justicia es usted, o por lo menos su ministro.

Julio Zelada no comprendía aquello de Libra ni la reacción de Yarce al oír mencionar el zodiaco. Por eso nos miraba a cada uno de nosotros con expresión interrogante. Pero su curiosidad no fue satisfecha.

Aunque él debía satisfacer la de los demás.

Decididamente, aquello no era justo.

—¿Qué más hay en el pabellón? —le preguntó Quelño, poniéndose de espaldas a mi primo. Y no sé si tocando madera.

—Además de la estatua que les he descrito, hay un bajo-relieve que representa a Mitra sacrificando un toro.

—¿Y eso qué quiere decir?

—No estoy seguro, pero creo que simboliza la redención del género humano.

—Hay dos teorías —aclaró Cheste—. Según unos, la sangre del toro es el manantial de la vida, y de ella saldría todo lo creado. Pero tres autores afirman que significa solo su restauración, apoyándose en las tradiciones que colocan el nacimiento de Mitra junto a un río, donde fue adorado por unos pastores: siendo, por lo tanto, posterior a la aparición de la vida sobre la Tierra.

—Eso parece muy instructivo, pero no es este el momento de tratarlo —objetó Yarce, de mal talante. Y dirigiéndose a Zelada—: ¿Usted ha entrado en el pabellón desde que se fundó la sociedad?

—No. Está candado, y solo tienen llave los afiliados.

—¿Y cómo sabe usted lo que hay dentro?

—Porque me lo ha dicho Pedro, quien cedió el pabellón

con la condición de que le mostraran lo que iban a hacer. Y su esposa lo llevó a verlo cuando todo estuvo terminado.

—Con esa manera de guardar secretos, ya debe saberlo todo Buenos Aires —comentó Bernal, mirándose las uñas.

—No por mí... —contestó Zelada, meneando la cabeza.

Hubo un momento de silencio, durante el cual cada uno pareció ocupado en ordenar sus pensamientos.

—Conque mitríacos... —murmuró Cheste, reanudando la conversación—. Y dígame, doctor Zelada, ¿qué piensa usted de todo eso? Un Augusto Lascano, de cuyo equilibrio mental duda usted, lo que no le impide confiarle su representación en el arbitraje testamentario; un Haroldo Pinel, que lo sigue a usted en el tiro al arco; un Federico Salcedo, que era su más próximo colaborador profesional, luego de haber sido su discípulo; un Pablo Ruiz Haedo, a quien ve usted todos los días; una Esther Latour, que vive en su misma casa; un Enrique Ayala, a quien pedía usted que fuera a buscar su maletín olvidado en casa de María Urrutia, y un Roberto Aguilera, que era su vecino, y que sirvió de testigo en el testamento por el cual heredaba usted medio millón... Estas siete personas, todas de su íntima amistad, y a quienes debería usted conocer bien; estas siete personas, digo, ¿cree usted que podían reunirse para estudiar los misterios de Mitra?

Julio Zelada demoró la respuesta. Y cuando la dio, careció por completo de firmeza.

—Para eso fundaron la sociedad —dijo—. Y arreglaron el pabellón del jardín—. Y mandaron hacer las estatuas y las medallas de plata...

Pero Bernal Cheste insistió.

—Por segunda vez, doctor Zelada —presionó—. Un senador renovista, jefe de su partido, catedrático de Historia, y abogado distinguido, aunque sea aficionado a la astrología; un

senador conformista, cazador de leones y deportista náutico; un médico prestigioso, político conformista también, y también deportista destacado; un licenciado en Física y Química, que sueña con fórmulas nuevas; una ex bailarina casada con un contralmirante; un teniente de navío, de brillante carrera; y un actor de cine, que consagra sus ocios a la aviación... Todas estas personas, ¿cree usted que se constituyan en sociedad para estudiar de verdad los misterios de una religión hace siglos extinguida?

Julio Zelada miró a mi primo a los ojos. Y luego contestó. Esta vez, con sólida convicción...

—No; no lo creo. No puedo creerlo y no lo he creído nunca.

Cuadro noveno

Miércoles 23 de marzo, a las 15 hs. En el despacho de Quelño

La trágica muerte de Federico Salcedo, sumada a la inexplicable desaparición de Enrique Ayala, complicaba notablemente la tarea del tribunal arbitral que entendía en el asunto de los testamentos de la señora María Urrutia de Ruiz Haedo.

Fue por esa razón, y con objeto de cambiar impresiones, que Wifredo Z. Quelño decidió citar en su despacho a los senadores Augusto Lascano y Haroldo Pinel. Renovista el uno, conformista el otro, y ambos Curiosos de Mitra. Amén de árbitros...

Y los estábamos esperando.

En el ínterin, el capitán Yarce recordó las reticencias de Bernal Cheste a propósito del cortapapeles. Y a costa del senador Antonio Ruiz Haedo.

—¿Qué te movió a insistir tanto con la empuñadura? —preguntó, dirigiéndose a mi primo.

—Esa es una pregunta para distraídos, Cristián —respondió Bernal, mirando la hora—. Porque si Ruiz Haedo afirma que reconocería esas empuñaduras en cualquier parte que las viere, y ve una de ellas en el cuello de Federico Salcedo, y no la reconoce, está claro que... —Y dejó resbalar la frase, sin terminarla.

—No quiso reconocerla —concluyó el prefecto, casi mecánicamente.

—También pudo no reparar en ella —terció el magistrado—. Hay que tener en cuenta que la impresión no fue pequeña. La prueba está en que luego no tuvo reparos...

—Cuando vio que no se trataba del cortapapeles de Escudero —lo interrumpió Yarce, incisivo.

La presencia de Haroldo Pinel tronchó el diálogo.

Pero Quelño procuró compensarlo haciendo preguntas al recién llegado.

—Si usted no tiene inconveniente, senador —comenzó—, sería interesante establecer por qué no fue usted a buscar a Salcedo a casa de su tío Antonio, el sábado por la noche.

El rostro de Pinel adquirió una expresión indefinida.

—No tan interesante como usted supone —repuso—. Porque la verdad es que me quedé dormido; y estas razones no suelen ser apasionantes... —terminó, con inconfundible acento de burla.

—¿Dormido...? —se admiró el juez.

—Sí —ratificó el otro—. Me puse a leer, esperando que llegase la hora de ir a buscar al pobre Federico, y el sueño me venció.

—Supongo que leería usted el Diario de Sesiones del Senado... —dijo Cheste, con aire indiferente.

La entrada del senador Lascano nos ahorró la respuesta de Pinel. Planteándonos la incógnita de aquel hombre, a la vez próximo y distante.

—Bueno, señores, ya estoy aquí —anunció, jugando con la cinta que colgaba de sus lentes.

Y una sonrisa inexpresiva asomó a su boca rasgada. Como avalando lo obvio de sus palabras.

—Pues bien, naturalmente, la muerte de Salcedo... —tuteaba Quelño, tratando de iniciar la conversación.

—Un nuevo crimen sin móvil aparente, que parece buscarlo en el segundo testamento de María Urrutia —continuó Pinel.

—Una muerte considerada en ese mismo testamento... —agregó Yarce.

—Un destino cumplido —manifestó Cheste, mirando a Lascano de reojo—. Una voluntad muerta...

—¿Quién pudo preverlo...? —preguntaba el prefecto, en tono reflexivo. Captando la intención de Cheste.

—No creo que usted tenga nada que reprocharse —contempló Pinel—. La sorpresa es un factor al servicio del asesino, su mayor ventaja.

—Un hilo cortado... —expresó Quelfño, que también había comprendido.

—Bajo el signo de la vida...—añadió Cheste, en el tono más solemne de que fue capaz.

Augusto Lascano clavó su vista en el techo. Durante un momento permaneció inmóvil. Casi extático.

—Estaba escrito —dijo luego, con acento irrefutable como si lo hubiera leído.

Y se volvió a nosotros.

—Destino, fatalidad, predestinación... —pronunció pausadamente—. He ahí tres palabras mágicas que reflejan en forma absoluta la verdad profunda de la existencia del hombre.

—Pero el testamento... —ensayó Pinel.

—Un volcán en erupción, un terremoto, una peste, arrasan ciudades enteras y se llevan centenares de vidas, sin que la libertad individual juegue nada en ello —prosiguió Lascano, sin oír siquiera la interrupción de su colega—. Un hombre es conducido por el azar a las más altas posiciones, poniendo de su parte muy poco para lograrlo; en tanto que otro que ha luchado tenazmente, y que es más capaz, no adelanta un solo paso. ¿Qué cuenta aquí la libertad del hombre?, ¡nada! Y en nada influye para nacer inteligente u obtuso, fuerte o débil, hermoso o feo, audaz o tímido... Porque el determinismo es la regla que rige la vida. —Hizo una pausa para cobrar aliento, y continuó en tono cada vez más rotundo—. Estaba escrito que Salcedo moriría

asesinado, y ningún poder en la Tierra hubiese logrado impedirlo. Ninguna voluntad, por poderosa que sea, puede oponerse a los designios prefijados. También murió mi hija...

Guardó silencio. Sumergido en el recuerdo de la pequeña. Y, de pronto, se encaró con Yarce.

—Usted, que anda en pos del asesino, ¡escúcheme! Usted podrá descubrirlo, si ello está determinado; si no, su habilidad y su esfuerzo se estrellarán contra lo inmutable. De nada le valdrán su sagacidad y su astucia, si está escrito que la identidad del que ustedes llaman Desconocido ha de permanecer en el misterio.

Aquello era para desorientar a cualquiera.

Y naturalmente, nos desorientamos.

—Yo creo que todo ser tiene inclinación a seguir una senda determinada —admitió Pinel, al cabo de un rato—. Si se deja arrastrar y conducir por las circunstancias, recorrerá casi exactamente el camino previsto, pero su voluntad, su energía y su acción, pueden llevarlo por derroteros emancipados. Porque es el hombre fuerte quien hace su destino y el débil quien lo cumple.

—Nadie puede apartarse del camino señalado —sentenció Lascano, con espíritu dogmático.

—¿Usted qué opina, doctor Cheste? —inquirió Pinel, buscando apoyo.

Bernal sonrió como disculpándose.

—Yo no opino, senador... —repuso con suavidad—. Simplemente, creo. Pero creo por fe, no por parecer. Aunque también puedo razonarlo...

—¿Y en qué cree usted?

—En el libre albedrío, senador. Dios nos ha hecho libres, esto es, nos ha dado la facultad de elegir.

—Ya he demostrado que el hombre no puede elegir —terció Lascano, con cierta acritud.

—Usted ha establecido que el hombre puede ser arrollado por fuerzas o calamidades naturales, y también ha señalado que la justicia no reina en el mundo, y que el hombre no es libre de nacer como le dé la gana —replicó Cheste—. Sin embargo, el hombre es libre, libre en cuanto hombre y dentro de sí mismo, porque puede resolver su conducta... Y no hay sendero prefijado que valga, ni nada está escrito. Claro está que no puede elegir la fecha ni el sitio de un terremoto, pero el hacer terremotos no entra en la jurisdicción del hombre, ni el hombre es responsable de ellos; porque lo que es libre es el espíritu del hombre, que gobierna un cuerpo que está sometido a condiciones naturales. Y en cuanto al nacer bien o mal dotado, usted tiene razón: el hombre no puede escoger. Pero no puede hacerlo, no porque no sea libre, sino porque todavía no es hombre.

—La verdad es indiferente a las razones —respondió Lascano, con obstinación—. El hombre no ha sido consultado, obedece siempre, creyendo elegir. Usted cree que puede fijar su conducta, pero no, usted obra de acuerdo con lo que para usted está previsto. Nadie puede alterar su destino, pero todos pueden conocerlo.

—Así será más fácil cumplirlo —murmuró Cheste, prefiriendo no discutir.

—El hombre debe elevarse y buscar en el cielo —continuó el senador renovista—. Porque en los astros está escrito...

—No me parece que sea necesario mirar para arriba —arguyó el senador Pinel—. Con mirarse las palmas de las manos...

—O las arrugas de la frente —abundó Quelño, en el mismo tono de zumba.

—Eso es limitado —adujo Lascano, con leve acento de desprecio—. Pero los astros, el universo, la vía infinita...

—¡Hombre...!, yo considero que las características cráneo faciales, además de estar más a mano, pueden resultar más elocuentes —manifestó Pinel, sin mayor entusiasmo.

Bernal Cheste se volvió al capitán Yarce, dedicándole una mirada significativa.

(¡Ya salió aquello...!).

—Y el hombre puede alterar sus características, si su voluntad consigue modificar su carácter —prosiguió el senador conformista—. Creo que esto es claro...

—Las conformaciones exteriores son simples reflejos... —rebató Lascano, con monótona terquedad—. Y nadie cambia la forma de su rostro.

—Quizá la cirugía estética pudiera hacer algo... —insinuó Cheste, con perezosa entonación—. Pero, en fin, de cualquier manera, me parece excesivo pretender que todos los astros se dediquen a publicar primicias sobre los habitantes de nuestro modesto planeta.

Los ojos oblicuos de Augusto Lascano posaron su mirada sobre el rostro sonriente de Bernal.

—Usted, doctor Cheste, habla demasiado —pronunció con una voz que pareció artificial, de tan desmatizada.

—Es mi forma natural de expresión —respondió el interpelado, sin perder la calma—. Además, la palabra es divina. El luminoso Mitra la representa y la escucha con sus mil orejas.

Ninguno de los dos Curiosos esperaba esta ofensiva. Haroldo Pinel levantó bruscamente la cabeza y Augusto Lascano sintió resbalar sus lentes sobre el carnoso tobogán de su nariz.

Quiero decir que estaban asombrados.

Luego se miraron.

—Sí... —ratificó Cheste, con acento reflexivo—. Mitra, el Sr. Invicto, “el amigo”, que lleva en sus alas los vientos cardinales y en sus manos las llaves del cielo... ¿Ustedes no lo conocen?

Yo no sé si ambos interpelados se habrían resuelto a contestar, aunque fuera a regañadientes. Pero, en todo caso, su buena voluntad hubiera sido vana.

Porque unos nudillos que percutieron apremiantes en la puerta del despacho, confiscaron el momento.

Y no fueron solo los nudillos..., sino que toda Gertrudis Ruiz Haedo irrumpió en la habitación, blandiendo un paraguas cerrado.

Con una mano todavía en el picaporte, sus ojos grises recorrieron la estancia, deteniéndose, por fin, en Quelño. Que no pareció muy satisfecho de aquella fijeza.

—¡Señor juez...! —dijo ella, cerrando la puerta, y avanzando hacia la mesa—. Vengo a pedirle que anule el segundo testamento de María Urrutia. ¡Usted tiene que anularlo...!

—Este..., señorita..., habrá que considerarlo... —tartamudeó el de Instrucción, algo intimidado por aquella tiesa figura toda vestida de negro como su paraguas.

Gertrudis Ruiz Haedo no se conformaba con tan poco.

—¡Considerarlo...!, ¿qué tienen que considerar? ¿Acaso no han muerto los tres legatarios?, ¿no conocen ustedes esa maldita condición? ¡Yo estoy amenazada...! —casi gritó, sentándose en un sillón, y contrayendo el cuello—. ¡Sí, estoy en peligro! Me vigilan... Mi hermano Antonio no me deja salir de casa..., me hace espiar por Soto...

Cristián Yarce no pudo contenerse.

—¿Que no la deja salir? ¿Que la hace vigilar...?

El senador Pinel trató de poner las cosas en su punto. Por lo menos, en lo que él creía su punto.

—¡Pero Gertrudis...! —invocó, dirigiéndose a su tía—. No es que la haga espiar, ni que no la deje salir, es que trata de cuidarla... Además, esa condición del segundo testamento no hay que tomarla tan en serio..., no es más que un punto de referencia.

—¿Punto de referencia?! —chilló la áspera señora—. Y eres tú quien lo dice... ¡Todos están contra mí!, quieren que me

muera, que desaparezca, que los deje tranquilos, porque soy un obstáculo a su perversidad...

—¡Cálmese, tía...! —rogó Pinel, con insinuante firmeza.

—¿Que me calme...?! No seas farsante, ¡hipócrita! —le increpó, soltando las palabras entre sus labios apretados—. Tú formas parte del Tribunal, tú puedes evitar mi asesinato... Pero no, no has de querer, porque a ti también te molesto...

Wifredo Z. Quelño veía disminuida su autoridad.

Y no sabía qué hacer.

—¡Usted, doctor Quelño! —prosiguió Gertrudis, señalándolo con un índice largo y huesudo—. Usted puede evitarlo, y si no hace lo que le pido, suya será la responsabilidad. ¡Y de usted, senador Lascano! —agregó, dirigiendo hacia él su dedo acusador—. Mi sangre caerá sobre su cabeza y Dios se lo demandará.

—Si está escrito —murmuró Cheste, disimulando su frase en un suspiro.

Cristián Yarce consideró que aquello era demasiado.

—La excitación es mala consejera, señorita —comenzó, procurando ser amable—. No hay nada de lo que usted supone, tal vez sus nervios necesiten...

—¡Cállese, inepto! —lo apostrofó ella, cortándole la frase—. ¿Cómo se atreve a hablar, habiendo ya cuatro asesinatos...? ¡Usted, que no sabe cumplir con su deber...!

Yarce no pudo contestar. En efecto, era demasiado.

En cambio, Cheste...

—Dígame, señora, si su hermano no la deja salir, ¿cómo está usted aquí? —preguntó, con afectada deferencia—. Diga la verdad, ¿sobornó usted a su carcelero?

Si hubiera, en realidad, miradas fulminantes, Bernal Cheste habría muerto fulminado.

—¡Usted, doctor Cheste..., maldito entrometido...!

—¿Qué, señora? —inquirió, solícito.

—¡Usted..., usted es un mundano! —barbotó Gertudris, sofocada por la ira.

—¿Y qué quería, señora?; ¿que fuera un selenita...? —Y la miró, sonriendo dulcemente.

(A ver si te rindo por cansancio...)

Gertrudis Ruiz Haedo se puso de pie bruscamente.

—¡Me voy! —gritó, castigando el piso con la contera de su paraguas—. ¡Me voy...!

—¿Adónde, señora? —se interesó Cheste, con impecable urbanidad—.

—¡Al templo! —replicó duramente, encaminándose a la puerta—. Voy a pedirle a Dios que los castigue, ¡impíos!

—¿A qué Dios, señora? —indagó Bernal, con cierta intranquilidad.

—¡Cómo a qué Dios...! —se extrañó ella—. ¡Al mío, al vengador...! ¡Al que ha de precipitarlos en el infierno...!

—Menos mal... —suspiró Cheste, aliviado—. Creí que iba a pedirselo al de todos, al misericordioso...

Una risa nerviosa sacudió el delgado cuerpo de aquella mujer sin afectos.

—¡Bah...!, ese no existe, no habrá perdón... —expresó luego, en tono despectivo—. No hay más que el vengador, que castiga los crímenes, inspirando nuevos crímenes... —Y salió.

Haroldo Pinel se despidió apresuradamente, yéndose tras ella. Tratando de alcanzarla.

—Voy a acompañarla —nos dijo—. Está medio trastornada, y es mejor que la lleve a su casa.

Bernal Cheste se había quedado pensativo.

Y Quelño escandalizado.

—¡Es monstruoso...! —condenaba—. ¡El vengador...!

El capitán Yarce también recobró el uso de la palabra.

—Que castiga los crímenes, inspirando nuevos crímenes... —repetía, como si quisiera aprendérselo.

Augusto Lascano formulaba definiciones.

—El criminal no es responsable, porque está señalado desde el principio... —estableció—. Detrás de los crímenes está la voluntad divina...

Cheste tiró bruscamente la cabeza, hasta enfrentarlo.

—¡Esa es la verdad..., la verdad del Desconocido! —exclamó mi primo, cruzando su mirada con la de Lascano.

—¿Cómo...?, ¿qué...? —interrogó Quelño, acercándose.

Pero Bernal no lo oía. Vuelto hacia la puerta por donde saliera la negra silueta vertical que era Gertrudis Ruiz Haedo, sus grandes ojos pardo-verdosos reflejaban la duda.

(¿Lo habrá querido sugerir...?)

Cuando Augusto Lascano se levantó para marcharse, mi primo estrechó su mano con gesto maquinaal.

Ya había salido el jefe renovista, cuando el prefecto del SIC asió a Cheste por un brazo.

—¿Qué te pasa?, ¿en qué piensas? —demandó, sacudiéndolo suavemente.

Bernal parecía vivir en otro mundo.

—¡No puede ser...!, ¡es una fantasía diabólica! —murmuraba—. ¡Es inimaginable...! Y, sin embargo, es la explicación... ¡La explicación! —repetía con énfasis.

Pocas veces he visto a Cheste tan emocionado. Él, de ordinario sereno y jovial, se mostraba ahora dominado por una impresión paralizante.

Pero no tardó en reaccionar, y sacudiendo enérgicamente la cabeza, se volvió al capitán, que permanecía a su lado.

—¡Cristián..., ojalá me equivoque! —le dijo, con desusada gravedad—. Porque si no me equivoco, sería tan tremendo, tan locamente retorcido, como nadie jamás imaginó.

—Pero..., ¿ha descubierto algo? —indagó Quelño.

—No sé. Quizá no exista más que en mi imaginación —repuso Cheste, agitando una mano—. Pero si es verdad, no hay que buscar móviles, no hay que buscar nada, porque no hay más que locura..., una locura trágica...

El tiempo habría de demostrar que no se equivocaba. Aunque no acertó del todo. Porque sí había móviles.

Yarce y Quelño conversaban junto a la ventana.

—Me preocupa el cortapapeles —decía el primero—. ¿Por qué usó el asesino el del contralmirante, si tiene el de Escudero?

—A lo mejor, no lo tiene él... —aventuró el magistrado— Yo considero más grave la situación de Gertrudis. ¡Esa condición que parece pedir su muerte...!

—Yo no creo que esté amenazada. Además, ella cree que Ayala ha muerto y considera que los legados...

—Pasan al heredero —concluyó el juez—. Y Antonio Ruiz Haedo se llevaría el millón, si muriera su hermana.

—Pero Ayala no ha muerto...

—¿Será cierto que Ruiz Haedo hace vigilar a su hermana?

—Ella lo ha dicho —concretó el prefecto.

—¿Qué pretenderá?, ¿por qué no querrá que salga?

—¡Sabe Dios...! Ese hombre es capaz de todo.

Cheste, de espaldas a nosotros, fumaba con aire meditabundo. Pero las últimas palabras de Yarce, interrumpieron sus reflexiones, haciéndole terciar en la conversación.

—¿Ese hombre...?! —pronunció, entre curioso y admirado.

—Sí —ratificó el capitán—. El senador Ruiz Haedo.

—Pues ahí está precisamente el error —replicó mi primo—. Y no podrás resolver el misterio, hasta que no aceptes una verdad que te diré, y que debes grabar en tu cerebro —manifestó, sin cambiar de posición.

—¿Cuál es? —demandó el insaciable Quelño.

—¿Crees que Ruiz Haedo no sería capaz...? —preguntó Yarce, arrastrando la frase inconclusa.

—No se trata de eso.

—Entonces..., ¿dónde está mi error?

—En lo otro —afirmó Bernal, volviendo la cabeza—. Porque para el Desconocido, el senador Antonio Ruiz Haedo no es un hombre.

ACTO QUINTO
La sangre del toro

PRENSA GRAFICA

Director: MARCIAL DE AREVA

Año XVIII Buenos Aires, Sábado 26 de Marzo de 1938 N.º 6503

LA CINTA DE LOS SIGNOS DEL CIELO

En Buenos Aires no se habla de otra cosa. El Zodíaco está de rigurosa actualidad. Y aunque todo el mundo conoce, de vista o de oído, los tan comentados Signos, son muchos los lectores que nos escriben pidiéndonos referencias sobre esa faja celeste, cuya ruta parece seguir el Desconocido de los Juguetes en su fantástica adaptación criminal.

Pues bien; el Zodíaco no es otra cosa que una zona imaginaria que se extiende 8 grados y medio a cada lado de la Eclíptica, circunferencia ésta descripta por el Sol en poco más de 365 días, y que es así llamada por ser en su plano donde se producen los eclipses.

En realidad, se ignora la región exacta en que fué concebido el Zodíaco, aunque se presume que lo fué por los habitantes de la Meseta de Pamir, en el corazón de Asia, hace más de seis mil años; no faltando los eruditos que pretenden una fecha de origen mucho más remota.

En un principio se observó que la Luna y los planetas se desplazan en el cielo sin salirse de una zona de ancho limitado. Y que nuestro satélite la recorre de oeste a este en 27 días y 8 horas, aproximadamente. Cuando se pretendió medir el movimiento de los astros, se tuvo en cuenta el de la Luna, y se convino en dividir su recorrido en partes iguales. Algunos pueblos establecieron 28 secciones, y otros, 27, que fueron llamadas las "moradas de la Luna". Y fué esto lo que los chinos denominaron el "camino amarillo".

Cuando se comprobó que el Sol sigue el mismo camino celeste, y que lo describe aproximadamente en un año, se identificó su curso con el Zodíaco, estableciéndose la división en doce signos, que fueron llamados las "casas del Sol", porque éste permanece un mes en cada uno de ellos.

Esta división duodecimal implantada por los caldeos, fué luego adoptada por los griegos, quienes dieron al Zodíaco el nombre y la representación material que han llegado hasta nosotros. (Zodíaco, del gr., zodion, animalitos). Las fechas de entrada del Sol en los respectivos signos, son las siguientes:

ARIES	20 de Marzo	LEO	23 de Julio	SAGITARIO	23 Nbre.
TAURO	20 de Abril	VIRGO	23 de Agosto	CAPRICORNIO	22 Dbre.
GEMINIS	21 de Mayo	LIBRA	23 de Setbre.	ACUARIO	20 de En.
CANCER	21 de Junio	ESCORPIO	24 de Octbre.	PISCIS	19 de Feb.

Los egipcios consagraron el Zodíaco a sus doce grandes dioses, que presidían los meses del año. Los griegos lo poblaron con los personajes de sus leyendas, y más tarde se quiso ver en los Signos la representación de los doce Trabajos de Hércules. Por su parte, los sacerdotes babilónicos creyeron en manifestaciones sobrenaturales de los Signos, las que les inspiraron la creación de la Astrología; ciencia que tanto habría de influir sobre las religiones orientales, especialmente en el mitraísmo que, oriundo de Persia, alcanzaría su máximo desarrollo en los días del Imperio Romano.

Algunos estudiosos de las tradiciones hebreas, tomando casi al pie de la letra la profecía de Jacob, han llegado a suponer que los Signos del Zodíaco son otros tantos símbolos de las doce Tribus de Israel. Y buscan apoyar su hipótesis en ciertas representaciones del Templo de Jerusalén, en los atributos de sus estandartes, y en las doce gemas del Sumo Sacerdote.

No queremos terminar esta vertiginosa reseña zodiacal, sin mencionar la fracasada tentativa de unos astrónomos de la Edad Media que pretendieron desalojar de los Signos a sus paganos locatarios, para ubicar en ellos a los doce Apóstoles.

Pero, en cambio, no diremos una palabra sobre aquel profesor alemán que propuso la formación de un Zodíaco heráldico, en el que los Signos serían representados por los escudos de armas de las doce familias más nobles de Europa.

Parece que no se decidieron...

Cuadro primero

Viernes 1° de abril, a las 22 hs. En Torre de Agua

Wifredo Z. Quelño cenaba con nosotros. Y merced a su concurso, la sobremesa se hizo pronto.

—Esa joven señora Latour de Ruiz Haedo —decía, encendiendo su inevitable habano—, podría saber algo del cortapapeles de su marido. Además, está afiliada a los Curiosos de Mitra.

—¿Y qué tiene que ver Mitra con el cortapapeles? —indagó Cheste, poniendo cara de asombro.

—¡Cómo qué tiene que ver! Si el asesino usó el cortapapeles para matar a Salcedo, y Mitra es una representación del Sol...

—Sí, eso es verdad. Pero no es a Mitra a quien tiene en cuenta el Desconocido.

—¿Ah, no? ¿Y a quién, entonces?

—Simplemente, a los huéspedes de los signos —repu-so Cheste, aspirando el humo de su Perahuí—. Como usted ya debe saber, en este asunto las asimilaciones están perfectamente claras; solo ofrece dificultades la identificación de Salcedo con el carnero.

—¡Perfectamente claras...! —exclamó Yarce, con acento de legítima extrañeza.

—Sí, Cristián —díjole Quelño, suspirando—. Nuestro desconcertante amigo quiere decir que María Urrutia es la cabra, que...

—Eso es, la cabra —ratificó Cheste—. Que como ustedes saben, fue asesinada por haber criado a Antonio Ruiz Haedo.

—¡Ajá! —subrayó el juez, con sarcasmo—. Y el testamento estaba de adorno, ¿verdad?

—¡Testamento...! —se admiró Bernal—. ¿No querrá usted referirse a los cuernos de la cabra...?

El magistrado no contestó. Porque Teudis entró anunciando la llegada del contralmirante Ruiz Haedo y su esposa.

—¿Qué querrán a estas horas? —murmuraba Yarce, mientras se ponía de pie.

—Vendrá a pedir el cortapapeles... —opinó Quelño, por decir algo.

—¿Habrás traído el tenedor de mango largo? —reflexionó Cheste en voz alta.

En cuanto llegamos al hall, Esther Latour se precipitó a nuestro encuentro.

—He pedido a Pedro que me trajera aquí, porque tengo que decirles una cosa terrible —farfulló a media voz.

—¿Qué es eso tan espantoso? —inquirió Cheste, mirando de soslayo al contralmirante.

—Quizás ustedes no quieran creerlo... —prosiguió la joven señora—. Pero mi marido considera que estoy obligada a decirlo.

—¡Es imprescindible! —aseguró el aludido.

—Pues usted dirá, señora —insinuó el prefecto.

—¡Sí! —afirmó ella, adoptando una actitud teatral—. Sean que hoy estuve con el Desconocido.

Estupor general.

Miramos a Esther Latour como si nos trajera un mensaje de ultratumba.

—¿Quién es?

—¿En dónde?

—¡Cuenta, señora...!

Solo Cheste la observaba serenamente, tamborileando con sus dedos en el brazo del sillón.

—Conviene que lo diga todo —expresó la mujer, satisfecha de la impresión causada—. En junio del año pasado, y por idea de Roberto Aguilera, resolvimos fundar entre varios amigos una sociedad para estudiar los misterios del culto mitríaco.

—Debe ser muy interesante eso —comentó mi primo.

—Es una manera excéntrica de matar el tiempo —trató de explicar el contralmirante.

—Continúe, señora —apremió Quelño.

—Pues bien, limitamos el número de afiliados a siete, que fueron: el nombrado Aguilera, el senador Lascano, Haroldo Pinel, Federico Salcedo, Pablo Ruiz Haedo, Enrique Ayala y yo. Adoptamos como distintivo una cinta verde y una medalla en cuyas dos caras hicimos grabar sendas imágenes del dios Mitra. Y pedimos a Pedro que nos cediera el pabellón del jardín para realizar nuestras reuniones.

A medida que su mujer hablaba, el marino asentía con la cabeza.

—Cuando Aguilera inició su vuelo al sur, suspendimos nuestras sesiones semanales, pero las reanudamos a los quince días, cuando las autoridades lo dieron por perdido —continuó Esther Latour—. Y seguimos reuniéndonos regularmente hasta el verano, resolviendo interrumpirlas durante toda la estación. Hoy era el día fijado para inaugurar el nuevo período...

—Las vacaciones no se han mostrado muy propicias a la sociedad... —interrumpió Cheste, con acento indefinido.

—Tiene usted razón —admitió ella—. Ya no somos más que cuatro...

—Y de no mediar Zelada, no quedarían más que tres —agregó Yarce, terciando en la conversación.

Y a continuación, enteró a nuestros visitantes del verdadero alcance del hasta hacía poco inexplicable atentado contra Julio Zelada.

—¡Así que Haroldo debió ser el primero...! —exclamó el contralmirante, llevándose una mano a la cabeza.

—Ni más ni menos.

¡Pero entonces el segundo testamento...!

—Parece ser fatal —manifestó Quelño—. Ya fueron asesinados la testadora y dos legatarios, y el otro ha desaparecido.

—¡Y todavía la condición...!, ¿es que quieren exterminamos a todos? —gritó Pedro Ruiz Haedo, crispando los puños.

Esther Latour permanecía pensativa, con la cara apoyada en una de sus manos.

—El Desconocido estuvo esta tarde en el pabellón... —musitó.

—¿Cómo es posible? —indagó el magistrado.

—Como ya les dije antes, habíamos resuelto que hoy continuaran las reuniones de los Curiosos de Mitra, que así se llama nuestra sociedad, y a las seis de la tarde nos encontramos en el jardín. Es necesario que sepan ustedes que cada uno de los Curiosos tenemos una llave del portoncito que da sobre la calle Arenales, y otra de la puerta del pabellón. Pues bien; serían las seis y cinco cuando entramos en nuestro local de sesiones, encendimos las luces y candamos la puerta dejando la llave puesta. Enseguida iniciamos las ceremonias recordando a nuestros compañeros ausentes. Haría poco más de una hora que comenzara el acto, cuando me pareció notar que se movía una cortina que, tendida sobre el muro que hace ángulo con el de la puerta, disimula un hueco. Sospechando que algún extraño se hubiera escondido allí para espiarnos, llamé la atención de mis compañeros y guardamos silencio, observando detenidamente los pliegues del cortinaje.

Esther Latour se excitaba recordando aquellas escenas.

—Fue entonces cuando Haroldo Pinel se levantó dispuesto a averiguar de qué se trataba, pero no le dieron tiempo.

Porque apenas habría andado tres pasos, la cortina se abrió de improviso. Y una figura encapuchada avanzó hacia nosotros, empuñando una pistola.

—¿Un encapuchado...? —preguntó Quelño, no muy convencido.

—Sí; tenía puesto un dominó oscuro —ratificó la señora del contralmirante—. Ya pueden imaginarse ustedes nuestra sorpresa. ¿Quién podía tener interés en conocer nuestros asuntos? Nos miramos entre nosotros sin saber qué hacer. Pero Haroldo Pinel se decidió pronto, y encarándose con el enmascarado, le dijo: “Si usted es Enrique Ayala, no tiene necesidad del arma, porque nosotros no lo descubriremos al SIC, pero si no lo es...”. Y sin terminar la frase, el senador dio un paso hacia el intruso, pero este lo encañonó con decisión, y Pinel debió retroceder.

—¡De modo que Pinel no lo habría denunciado...! —estalló Yarce, gesticulando nerviosamente.

—¿Qué más, señora? —se interesó Quelño, sin conceder demasiada importancia a la actitud de Haroldo Pinel.

Esther Latour miró alternativamente al prefecto y al juez, sonriendo graciosamente.

—Cuando se sintió dueño de la situación, el encapuchado se acercó a la puerta, la abrió, sacó la llave y huyó dejándonos encerrados.

—¡Qué novelesco! —comentó Cheste, con displicencia.

—¿Y ustedes no hicieron nada? —demandó Yarce, dirigiendo a Bernal una mirada furibunda.

—En un principio, tratamos de forzar la puerta —respondió nuestra informante—. Pero como no fuera posible hacerlo sin romperla, Pablo comenzó a gritar pidiendo ayuda. A sus voces acudió Zelada, que estaba en su laboratorio y nos franqueó la salida.

—¿Cómo pudo hacerlo?

—Porque el bandido dejó la llave puesta por fuera.

—Eso podría considerarse una verdadera gentileza...

—observó mi primo, en tono aprobador.

—Puede ser... —condescendió la mujer—. Pero cuando pudimos salir ya habían transcurrido varios minutos, y no había ni rastros del criminal.

—Esa es la historia —rubricó el contralmirante Ruiz Haedo—. Ahora ustedes verán lo que deben hacer.

—¡Parece increíble! —exclamó el capitán—. Pero haremos las diligencias necesarias para encontrar al enmascarado. Ese hombre es de una audacia a toda prueba, y no van ustedes descaminados al suponer que sea el Desconocido de los juguetes.

Wifredo Z. Quelño se volvió a Esther Latour...

—Ha hecho usted muy bien en decírnoslo, señora. Y le estamos muy reconocidos por su información, que bien puede llevarnos a descubrir al culpable de los asesinatos —dijo afa-blemente.

—Esther no ha hecho más que cumplir con lo que nosotros consideramos nuestro deber —afirmó el marino, con arrogancia.

—Y estoy encantada de haberles sido útil —añadió ella, dilatando su sonrisa hasta marcar los hoyuelos de sus mejillas.

—Muchas gracias —reiteró el magistrado, con acento melifluido—. Y si llegan a saber algo más, les ruego que me avisen de inmediato.

Pedro Ruiz Haedo titubeó un momento.

—Bueno, ya que estamos aquí... —se resolvió—. Hay algo que nunca les he dicho porque creí que no tenía importancia, y yo no quería comprometer a nadie.

—Lo escuchamos, contralmirante.

—La noche en que murió Escudero...

—¿Está usted seguro de que murió? —lo interrumpió Cheste, con inquisitiva gravedad.

Nuestra solidaridad con el asombro del contralmirante fue absoluta.

—Tal vez pudiera tomar y abandonar su alma a voluntad —opinó Cheste, cambiando de tono. Aunque usted no debe olvidar que todavía dudo de si tenía interés o no por las abejas, puedo decirle que estoy casi seguro de que su origen principesco lo llevó a servir las copas de su dios.

—Pero..., pero... —balbuceó el marino.

—Claro que usted no debe creer que él fuera el regenerador de la humanidad, ni que su padre hubiera sido atormentado por el que habría de ser su protector —terminó Bernal, mirándolo fijamente.

Pedro Ruiz Haedo consiguió reaccionar.

—¡Y claro que murió! —replicó por fin, con voz enérgica. Aunque mirando a Cheste con recelo.

(¿Se habrá vuelto loco...?)

—Si está muerto, no puede ser el asesino —reflexionó mi primo, meneando la cabeza—. ¿Usted no cree?

—¡Sí, Bernal! —gruñó el prefecto, mirándolo severamente. *(¡A ver si te callas!)*

Mientras, Quelño se dirigía al contralmirante

—Explíquenos lo que pasó aquella noche.

—Enseguida... —contestó el marino, mirando a Cheste de soslayo—. A eso de las nueve y diez estaba yo en mi dormitorio, que da a la calle Montevideo, y, al asomarme al balcón, vi que una persona salía de la farmacia que hay en la esquina de Juncal...

—¿A las nueve y diez...?

—Quizá fuera un poco más tarde... —concedió el otro—. Al principio no presté mayor atención, pero luego me pareció reconocer una silueta familiar y me fijé en ella.

—¿Pudo usted identificarla?

—Sí. Era el senador Augusto Lascano.

—¿Y dice usted que no declaró eso antes porque creía que no tenía importancia? —inquirió Cheste, encendiendo un Perahuí.

—Efectivamente.

—¿Y ahora le parece que la tiene?

—No sé... Pero quería decirles todo...

—¿Después de haberlo ocultado tanto tiempo? ¿Por qué cambia usted de sistema?

Pedro Ruiz Haedo pareció algo turbado.

—Porque quiero colaborar con ustedes.

—Ya era hora —observó mi primo—. Pero tenga en cuenta que Salcedo dijo lo mismo, y lo asesinaron a la semana.

Esther Latour se irguió súbitamente.

—¿Quiere usted decir que mi marido puede estar en peligro? —indagó con voz anhelante.

—No te preocupes... —la tranquilizó su cónyuge—. Estoy seguro de que a mí no me pasará nada.

—Así lo espero —manifestó Bernal—. Aunque debe usted tratar de no ver a Ayala...

—¿A Ayala? ¡Salcedo lo vio poco antes...! —casi gimió Esther, agitándose nerviosamente—. Es mejor que nos vayamos, Pedro.

Y así lo hicieron, reiterando sus propósitos de colaborar. Que fueron muy estimados por el juez Quelño y el capitán Yarce. Pero que no lograron conmover a Bernal Cheste, cuya indiferencia, unida a sus palabras anteriores, irritó visiblemente al contralmirante.

Todavía iban ambos esposos camino de la puerta, acompañados por Teudis, cuando Quelño dejó de fingir. Haciendo ver su desagrado por la forma en que se quería complicar al senador Lascano.

—¡Es indignante! —exclamó—. Venir con ese detalle después de dos meses...

—¡Bah!, él tenía razón al no concederle importancia —expresó Cheste, en tono indolente.

—¡Pero si más o menos a esa hora mataron a Escudero...! —arguyó el juez—. Y si el senador Lascano estaba en los alrededores... El senador Lascano habló por teléfono desde la farmacia, por eso lo vio salir el contralmirante...

Cristián Yarce atascó su pipa y la encendió.

—¿Qué buscaría el Desconocido en el pabellón de los Curiosos? —preguntó, lanzando una bocanada de humo gris.

—¿Estás seguro de que era el Desconocido? —inquirió Bernal—. Bien podría ser un curioso de Curiosos...

—Eso no tiene fundamento —contradijo Quelño—. ¿Quién va a tener interés en oír las pavadas que deben decir esos esnobs...?

—¿Acaso lo tendría el Desconocido? —demandó Cheste—. Pero no se preocupe usted por eso, porque estoy convencido de que en esas reuniones no se habla una palabra del dios Mitra.

—¡Pero ese encapuchado...! —insistió Yarce—. ¿Quién puede ser sino el Desconocido?

—Yo no niego que lo sea, pero sostengo que, en caso de serlo, no se ocultó detrás de la cortina en función de Desconocido, sino como espía —aclaró mi primo.

—De cualquier manera, es necesario conocer la identidad del enmascarado. ¡Es imprescindible! —recalcó el prefecto—. Yo no sé qué daría por saberla. Daría..., daría...

—¿Cuánto darías, Cristián? —indagó Cheste, interesado.

—¡Esto no es broma, Bernal! —reprendió Yarce—. Porque supongo que... —Y no terminó la frase, mirándolo con fijeza.

—¡Qué!, ¿ya sabe usted quién es el intruso del pabellón? —interrogó Quelño, con incredulidad.

—Estoy casi seguro de que mis veladas insinuaciones de hace diez días hicieron efecto sobre el espíritu noticioso de Julio Zelada —concluyó Cheste, aplastando su cigarrillo contra un cenicero de plata boliviana.

Cuadro segundo

Sábado 2 de abril, a las 15 hs. En Montevideo 1215

Cristián Yarce no quiso dilatar la comprobación de las últimas palabras que Cheste pronunciara la víspera.

Y aquella tarde nos dirigimos a casa del contralmirante, con el fin de interrogar a Julio Zelada.

Mientras lo esperábamos en el hall, Bernal se puso a hojear unas revistas ilustradas que había sobre la mesa. Y lo hacía con aire distraído. Pero no debía estarlo mucho, porque de pronto se detuvo en una página, ahogando una exclamación.

—En este número de febrero, falta una hoja —señaló mi primo, mostrándoselo a Quelño.

—Es cierto —admitió el juez—. Pero no veo qué puede importarme...

—Espero que cambie de opinión cuando sepa que, con la hoja ausente, se hizo el barquito que encontramos al lado del cadáver de Salcedo —expresó Cheste, consultando su anotador—. Página cuarenta y tres, adjudicación de los premios por razas.

El prefecto se puso en pie de un salto.

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó a Bernal.

—Completamente. El barquito fue hecho con la hoja 43, 44 de una revista que trataba de ganadería, como permite afirmarle aquella fotografía del Gran Campeón Merino. Y en esta que tengo en la mano, dedicada en este número a la Exposición Rural, falta, precisamente, la hoja 43, 44... —explicó Cheste, entregándosela.

—El carnero... —reflexionó el capitán—. Pero, ¿por qué convertirlo en barquito?

La pregunta no era fácil de satisfacer. Y la llegada del contralmirante sacó a Cheste del compromiso, creándose al dueño de casa. Que no se lo esperaba.

—¡Cómo!, ¿estaban ustedes aquí? —exclamó sorprendido.

—Estamos esperando al doctor Zelada —le informó Quelño.

—¡Ah, ya!, creo que se está vistiendo...

—Pero usted también me hace falta... —farfulló el prefecto, agitando la revista en su mano.

—¿Yo? ¿y qué quiere usted de mí?

—¿Esta revista es suya? —inquirió, mostrándosela.

—Sí... ¿Por qué?

—¿Puede usted explicar por qué le falta la página cuarenta y tres?

Una vez más, Pedro Ruiz Haedo fue la imagen del estuor. Que pronto evolucionaría hacia la cólera.

—¡La página cuarenta y tres...! —murmuró.

—Y la cuarenta y cuatro —susurró Cheste.

—¿Y ustedes creen que yo me ocupo en averiguar por qué faltan páginas en las revistas viejas?! —estalló el marino—. ¿Qué se han llegado a figurar?

Bernal Cheste volvió a tomar la palabra. Que siempre tenía cerca.

—Vea, contralmirante... —le dijo—. Usted tendría razón en indignarse, si no se tratara más que de revistas viejas, pero ese número de febrero, a que se refiere el capitán Yarce, es algo más, es nada menos que una revista-astillero.

—Mire, amigo... —repuso su interlocutor, en el mismo tono—. Después de las cosas que le he oído decir a usted, he

llegado a la conclusión de que anda medio perturbado. Quizá sean los dramas...

—Tal vez tenga usted razón, contralmirante —terció Quelño dedicando a Cheste una mirada de burla—. A veces yo también lo pienso.

—Pero no lo digiere... —respondió mi primo, sonriendo con dulzura.

La impaciencia logró voz en boca de Cristián Yarce.

—¡Perdemos el tiempo, señores! —se quejó—. Lo que importa aquí, contralmirante, es que con la hoja que falta de esta revista, fue armado el barquito que se halló junto al cadáver de Federico Salcedo. Y la revista es suya, lo mismo que el cortapapeles...

Pedro Ruiz Haedo no logró articular una respuesta. Temblaba de rabia.

—Dígame, contralmirante, ¿cree usted que el capitán Yarce también está loco? —le preguntó Cheste, con aire sumiso.

—¡Esto es un miserable complot! —rugió el interpelado—. Yo no sé nada de esa página, yo..., yo...

—Entonces, ¿ha prestado usted esa revista? —indagó el prefecto, suavizando el tono.

El marino vaciló antes de contestar.

—Sí —afirmó luego—. Como se trataba de un número dedicado a la industria pecuaria, se lo presté a mi hermano Antonio pocos días antes de su viaje a Nahuel Huapi.

—¿Y cuándo se lo devolvió?

—Después de su regreso.

A todo esto, Julio Zelada había terminado de arreglarse. Y descendía la escalera.

—Lamento haberlo hecho esperar —se excusó, inclinándose levemente la cabeza—. Aunque supongo que la compañía de

mi primo habrá disimulado mi demora. —Y señalando al contralmirante, sonrió cínicamente.

Pedro Ruiz Haedo no ocultó la satisfacción que le produjo la llegada de Zelada.

—Bueno, señores, creo que ustedes tienen que hablar... y que a mí ya no me necesitan —dijo, recalcando el “ya”, inflexión de voz que pareció dedicar al prefecto.

(Ya me has molestado bastante...).

Y penetró en su despacho.

Bernal Cheste contemplaba a Julio Zelada. Este a aquel. Y ambos sonrieron.

—Supongo que sería necesario... —insinuó mi primo.

—Y supone usted bien —replicó el médico.

Cristián Yarce se incorporó en su sillón.

—¡A ver...!, ¿qué tiene usted que decirme? —demandó agresivo.

—El doctor Cheste tiene la culpa —contestó Zelada, encogiéndose de hombros—. Él excitó mi curiosidad.

—Así que fue usted, ¿eh? —lo acusó Quelño—. ¿Y qué ha sacado usted de su intromisión en los dominios mitríacos?

—Un desengaño.

—¿Un desengaño?!

—Sí. Había supuesto que, al verse amenazado por una pistola, el senador Lascano abriera los brazos, diciendo: “Es el destino...”. Pero no lo dijo.

El prefecto se encolerizó tan repentinamente, que las palabras se le atragantaron, inconveniente que aprovechó Zelada para proseguir.

—Y también he descubierto algo sensacional —declaró, con la satisfacción que podría sentir un corresponsal. O una señora de pueblo.

Wifredo Z. Quelño se frotó las manos.

(*¡Esto promete...!*).

—¡Cuenta, hombre...! ¿De qué hablan los Curiosos? —inquirió ansiosamente—. ¿Cómo consiguió entrar en el pabellón? ¿De dónde sacó el dominó?

Julio Zelada trató de contener el aluvi3n judicial.

—No se apure, se1or juez, que todo tiene respuesta —advirtió, levantando una mano—. Pero es mejor que vayamos al teatro del suceso, as3 les explicar3 sobre el terreno...

Y salimos al jard3n.

—Desde que se fund3 la sociedad de los Curiosos de Mitra, yo tuve enormes deseos de saber cu3l era su verdadero objetivo —dec3a el m3dico, cuando llegamos a la puerta del pabell3n—. Yo no pod3a creer que se interesaran por los misterios mitriacos, pero tampoco acertaba a suponer la realidad.

—Sin embargo —objet3 Cheste—, fue necesario que yo insistiera por segunda vez, subrayando las caracter3sticas de los asociados, para que usted admitiera que no cre3a, que no pod3a creer, que los Curiosos lo fueran de Mitra.

—Es verdad, yo no quer3a definirme... Pero fue su insistencia la que inspir3 mi determinaci3n de escuchar, de saber... Y de saber pronto, porque mi impaciencia lo requer3a —asegur3 Zelada—. Por eso decid3 salir de dudas en la primera oportunidad que se me presentara, y fue ayer...

—Est3 bien. Pero, ¿por qu3 quer3a usted saber...? —pregunt3 el prefecto, con severidad.

—Porque comprend3 el verdadero sentido de la insistencia del doctor Cheste —manifest3 el interpelado—. Y quise ayudarlos a ustedes, inform3ndoles de lo que aqu3 sucede, en este pabell3n...

—¿Solamente por eso...? —indag3 Bernal, sonriendo maliciosamente.

—Y, claro..., yo tambi3n quer3a saberlo para...

—Para tener el placer de publicarlo, ¿verdad? —terminó mi primo, enarcando las cejas.

—¡Hombre...!, no creo que sea para tanto... —protestó Zelada, con no mucha energía.

—Bueno, dejemos eso... —cortó el magistrado—. Y díganos lo que descubrió.

Julio Zelada dirigió al juez una mirada de asentimiento. E introduciendo una mano en el bolsillo derecho de su pantalón, extrajo una llave que metió en la cerradura de la puerta del, por él violado, “santuario”.

—¿De dónde sacó esa llave? —interrogó el prefecto con desconfianza.

—Es la de Esther...

—¿Usted se la quitó?

—Hoy no —repuso el médico, meneando la cabeza—. Cuando nos anunciaron la visita de ustedes, le dije a Esther que tal vez fuera necesario visitar el pabellón..., y ella me dio la llave.

Ya estábamos dentro.

El ya famoso pabellón del jardín de Pedro Ruiz Haedo no ofrecía detalles demasiado interesantes. Era una sala rectangular de paredes empapeladas, sin otro mobiliario que una mesa redonda y siete sillas tapizadas. Una ventana, abierta en la misma pared, iluminaba y ventilaba el local.

Lo primero, durante el día, y lo segundo, cuando no estaba cerrada. Que lo estaba casi siempre.

Más o menos en el medio de la pared sur, se hallaba ubicada la estatua del Tiempo Infinito, que nos describiera Zelada, y en la del este, se veía el relieve de Mitra tauróctono, también descrito por el médico en la conversación sostenida en la tarde del 20 de marzo.

—¿Fue ahí donde se escondió usted? —inquirió Cheste, señalando una cortina tendida sobre la pared norte.

—Exactamente —replicó Zelada, levantando el paño y mostrando un hueco que había en la pared.

—Aquí fue.

—Si no he entendido mal, usted debió sustraer la llave de la señora de Ruiz Haedo para poder entrar... —observó Yarce—. Me refiero a la tarde de ayer.

—Naturalmente.

—¿Y cómo no la echó ella de menos? —demandó el capitán, receloso—. Porque usted ya debía estar aquí cuando entraron los asociados...

Zelada sonrió sutilmente.

—Todo lo que usted dice es verdad —admitió—. Pero Esther no pudo echar de menos la llave porque cuando fue a buscarla estaba en su sitio.

—¿Y cómo puede ser eso? —preguntó Quelño.

—Sencillamente. Yo tomé la llave, vine aquí, abrí la puerta, entré y abrí la ventana. Luego salí, candé la puerta y volví a dejar la llave en donde la encontré.

—Después regresó al jardín, se trepó a la ventana y se dejó caer, ¿no es eso? —concluyó Cheste, imitando el tono y los ademanes de Zelada.

—Usted lo ha dicho.

—Pero, ¿de dónde sacó el dominó? —insistió el magistrado.

—El dominó lo compré en una casa de disfraces —respondió el médico, con leve acento de ironía. —Yo no quería exponerme a ser descubierto... Y fue por esta misma razón que me armé de una pistola: para poder salir si mi presencia era notada...

—Por lo visto, usted tenía mucho interés en no ser reconocido —apuntó Yarce.

—Y lo sigo teniendo. Por eso les ruego que no digan que fui yo quien...

—Entendido —convino el prefecto.

De acuerdo con lo relatado por el doctor Zelada, este había penetrado en el pabellón a las seis menos cuarto, escondiéndose detrás de la cortina en aquel hueco providencial. No hacía veinte minutos que esperaba, cuando entraron los Curiosos de Mitra, disponiéndose a iniciar la sesión. Aunque él no podía verlos, no le fue difícil percatarse de que eran cuatro, y que tomaban asiento alrededor de la mesa.

—¡Haga el favor...! —casi suplicó Quelño—. Lo que yo quiero saber es de qué hablaron...

—Enseguida —accedió el médico—. El primero en hablar fue Pablo Ruiz Haedo, quien se refirió a la extraña desaparición de Enrique Ayala. Y no fue muy amable con el teniente de navío, pues dijo que jamás le había merecido confianza, que no era hombre de fiar, que nunca se sabía lo que pensaba, que parecía nadar siempre entre dos aguas... Y que a él, a Pablo, no le extrañaría que fuera el Desconocido. A estas palabras respondió Esther, diciendo que eran injustas, que si bien Ayala no se había distinguido por su fervor militante, no por ello era lícito insinuar su posible traición, ni mucho menos atribuirle la responsabilidad de los crímenes...

—¿Traición...?! —interrumpió el juez, estupefacto—. Pero, ¿a quién podía traicionar Ayala?

—Supongo que a los Curiosos... —opinó Cheste.

—¿Acaso es tan grave lo que tienen entre manos?

—No lo adivinaría usted —dijo Zelada, meneando la cabeza—. Y volviendo a la sesión... Tanto Lascano como Pinel coincidieron en suponer que Enrique Ayala estaría cumpliendo alguna misión en beneficio de los Curiosos, y que no sería extraño que su jerarquía dentro de la Armada...

—¡Espionaje!! —exclamó Yarce, saltando en su silla.

—Algo parecido a eso —afirmó Zelada— Aunque no en provecho extranjero...

—Quiere decir que los pseudo mitríacos no son otra cosa que...

—Exactamente —confirmó el médico, sin dejarlo terminar la frase.

—¡En nombre del cielo...!, dígalo todo de una vez... —apremió al magistrado, visiblemente alterado.

—Pues bien, señor juez, sepa usted que los Curiosos de Mitra pretenden implantar en nuestro país un gobierno totalitario, siguiendo la huella de algunas potencias europeas.¹⁷

—¡Pero eso es una atrocidad...! —se indignó Quelño.

—¡Hay que detenerlos a todos! —tronó el prefecto.

—Considero que sería más cuerdo esperar... —sugirió Cheste—. De cualquier manera, no pueden llegar lejos en sus pretensiones. Los ahogaría el ridículo...¹⁸

—Y dicen que fue Roberto Aguilera el de la iniciativa... —reflexionó Yarce, con acento desdeñoso.

—Eso parece lógico —contempló Bernal—. Al fin y al cabo, Aguilera era un actor... Y en esos regímenes hay mucho de espectáculo y de ficción. Quizás aspirara a emular a cierto personaje que siente debilidad por los uniformes..., y tal vez por eso practicaba la aviación. Digo yo...

Wifredo Z. Quelño se volvió nuevamente a Zelada.

—¿Qué más puede decirnos? ¿Quién es el jefe? ¿Qué papel desempeña cada uno de los conjurados?

—Teniendo en cuenta que la de ayer no fue la primera sesión, es posible que mis respuestas no sean todo lo exactas que usted quisiera —advirtió el interpelado—. Pero, fiándome de lo

¹⁷ Esto sucedió en abril de 1938. Todavía no se hablaba de la Quinta columna. Y sin embargo...

¹⁸ Dos años más tarde, Bernal Cheste no sería tan optimista. Claro que las cosas cambiaron mucho. Y no fueron los Curiosos...

que oí, podría asegurar que el jefe es el senador Augusto Lascano. En cuanto al cometido reservado a cada uno... —Se detuvo, encogiendo de hombros—. Puedo suponer que Esther está encargada de recoger informaciones, de sorprender secretos militares...

—Su marido es el director del Arsenal Naval... —musitó el capitán Yarce, con aire preocupado—. Precisamente. Y ella es una mujer hermosa, capaz de hacer hablar a muchos “incorruptibles”... —agregó Zelada, guiñando un ojo—. Ustedes saben que su pasado es un poco nebuloso...

—¡A ver si va a resultar que Gertrudis Ruiz Haedo tiene razón...! —comentó Cheste, frívolamente.

—Por lo que respecta a Pablo —continuó el médico—, me parece haber entendido que sus funciones son puramente científicas. Realiza estudios físico-químicos tendientes a perfeccionar, y aun renovar, los medios de acción material.

—¡Pero es enorme...! —profririó el juez, abrumado—. ¡Preparándose para la violencia...! ¿Y qué más?, ¿no sabe nada más?

—¿No recordaron a Federico Salcedo? —demandó Cheste, extrañado—. Quizá fuera el mejor dotado de los siete...

—Con tanta pregunta se me había olvidado eso —repuso Zelada, mirando a Quelño de reojo—. ¡Claro que hablaron de Salcedo!, y muy bien, por cierto. Como que los cuatro presentes estuvieron de acuerdo en elogiar las magníficas condiciones que distinguían al pobre Federico... —el médico hizo una pausa—. Parece que esperaban mucho de él, de su habilidad, de su energía, de su fortaleza... Y estoy seguro de que si ellos llegaran a saber quién es el Desconocido, no vacilarían en vengar la muerte de su compañero.

—Pues ayer creyeron que se las debían ver con él —expresó el prefecto—. Porque cuando Esther Latour fue a denunciarnos la presencia del encapuchado en este lugar, no titubeó en afirmar que se trataba del Desconocido.

Julio Zelada se mostró divertido. Pero su risa no llegó a la carcajada.

—Comprendo que mi actitud debió parecerles terriblemente sospechosa —dijo con indulgencia—. ¡Cubierto con un dominó negro y esgrimiendo una pistola! Sin embargo, mi teatral aparición no provocó más que sorpresa, y Pinel llegó a decirme que si yo era Ayala podía guardar el arma, porque estaba entre amigos, entre los compañeros que esperaban los resultados de la misión tan secretamente realizada. Y hasta que el cañón de mi pistola no les hizo comprender mi firme decisión de salir sin ser reconocido, la expresión de sus rostros delataba más expectativa que temor. Solo cuando me acerqué a la puerta pude ver en ellos la rabia de verse descubiertos y un rencor infinito reflejado en sus pupilas.

Las últimas palabras de Zelada provocaron su meditación en cada uno de nosotros. Y se hizo el silencio.

Para mí, resultaba evidente la sinceridad de Esther Latour al decir que el encapuchado del pabellón era el Desconocido. Empero, no acababa de comprender que fuera a denunciar su intromisión. Porque no sabiendo nadie quién era el asesino, este podía aprovechar esa circunstancia para revelar el verdadero fin de los Curiosos de Mitra, desbaratando sus planes, sin ser para nada molestado.

Claro que también podía ser una maniobra de Esther para anticiparse al posible acusador... Pero en este caso, ella debió de obrar en otra forma; debió confesar que en las sesiones se hablaba de política, pero restándole importancia. Debió decir que se dedicaban a estudiar los diferentes regímenes y que, en la reunión sorprendida por el encapuchado, habían tratado, casualmente, de los sistemas totalitarios, considerando su posible aplicación en nuestro país, pero desde un punto de vista completamente objetivo.

También debió ocurrírsele que el intruso podría ser algún agente del SIC, el mismo Yarce, ¡y hasta el propio Cheste!, y entonces... ¿por qué la denuncia?

No. Decididamente, aquello no estaba claro.

Y la oficiosidad de Zelada, tampoco.

—Después de la conversación que tuve con Haroldo Pinel en el Hidro Club —manifestó Cheste al cabo de un rato—, no puede sorprenderme el saberlo interesado en una edición americana de la gangrena europea. Pero Augusto Lascano... ¿será posible que el fraude electoral le haya impresionado hasta ese extremo?

—A propósito de Pinel... —señaló Quelño, dirigiéndose a Zelada—. Supongo que será algo así como secretario general, ¿verdad?

—Eso es. Creo que usted ha dado con el término exacto —replicó el médico, sonriendo levemente.

—Es verdaderamente notable. ¡Curiosos de Mitra! —murmuró Bernal, con cierta amarga sonrisa—. Mitra, el verídico, el benéfico, el previsor, el compasivo, el justiciero, el bueno: el mito pagano, símbolo de virtudes, que aparece siempre tocado con un gorro frigio, ¡con un gorro frigio!, es el forzado testafiero de una banda de salteadores políticos. ¡Qué sarcasmo indecente!

—Y... ¿no hablaron nada del programa que piensan aplicar? —indagó Quelño, dispuesto a saberlo todo.

—De la administración interior, no —respondió el inagotable Zelada—. Sin embargo, algo interesante dijeron.

—¿Y qué está esperando para repetirlo? —atropelló el magistrado—. ¡No se haga el interesante, amigo...!

—Es que... ¡es demasiado fuerte!

—¡Alá...!

—Bueno... —se decidió el médico—. Haroldo Pinel no se anduvo con paños tibios... Comenzó proclamando la evidente

decadencia de la civilización llamada occidental y la inminente ruina de las naciones pacifistas. Afirmó la impostergable necesidad de militarizar el país, de inocular la fiebre armamentista, de regimentar los sindicatos... Que el dilema era de hierro, someter o someterse, amos o esclavos, arriba o abajo. Que los próximos años serán de lucha, de guerra a muerte y que, para salvarse, la República ha de ser fuerte, muy fuerte, más fuerte que las demás. Que nuestro país tiene una misión continental, que le corresponde la dirección de todo el sur, que no puede mantenerse dentro de la estrechez convencional de sus fronteras, que debe derramar su espíritu histórico sobre todo el hemisferio...

—¡Siga, siga...! —instó Quelño, entusiasmado.

—Que la Nación debe crear el Imperio. Y debe hacerlo a costa de las pequeñas repúblicas, de las que carecen del genio guerrero considerado en su esencia regeneradora, de las que no tienen una trayectoria de destino en lo universal. La Nación debe desbordarse en una expansión redentora, para libertar a sus hermanas oprimidas por una vergonzosa tiranía de entrecasa, y para fijar la conciencia racial del continente indoamericano, despojándola de los brotes bastardos de una religiosidad sentimentalista, de una cultura disolvente y de una moral afeminada.

—¡Pero ese Haroldo Pinel está loco...! —consiguió articular Yarce, víctima de apoplética indignación.

—No, no está loco —rebatía Bernal, afectando más serenidad de la que tenía—. Estar loco significa haber perdido la razón, y Haroldo Pinel, como sus maestros y modelos, no ha perdido la razón, ¡ha perdido el alma...!

—Yo les advertí que era demasiado fuerte... —dijo Zelada, en tono de disculpa—. Pero aun hay más...

—Diga... —exhortó el juez de Instrucción, poniendo cara de circunstancias.

—Haroldo Pinel sienta un principio fundamental de soberanía: “Donde quiera que haya un ciudadano de la Nación, está la Nación misma”. Por consiguiente, en territorio poblado por ese ciudadano, debe establecerse la ley de la Nación; cualquiera que sea el territorio, y sea cual fuere el estado que lo administra. Por eso, la Nación debe ser tan fuerte como la más poderosa de la Tierra, para garantía de sus legítimos derechos, para defensa de sus dominios adquiridos y para la conquista de zonas industriales, necesarias para la transformación de nuestras materias primas. No es justo que la Nación sufra las consecuencias de la superabundancia de estos productos, mientras existen países extranjeros que, careciendo de ellos, mantienen industrias manufactureras que los explotan. “¡Que nos entreguen las regiones fabriles que necesitamos para nuestro desenvolvimiento económico! ¡La Nación tiene derecho a reclamar esos espacios vitales para su desarrollo...! ¡Y los exigiremos!”.

—Supongo que también pedirá colonias para trasladar a ellas nuestro sofocante exceso de población... —indicó Cheste, que ya había recobrado su buen humor.

—Eso es seguro —admitió Quelño, en el mismo tono—. Y a cambio de ellas, ofrecerá la paz...

—Una paz duradera... —añadió Yarce.

—Como dicen ahora, una paz viril... —concluyó Bernal.

—¡Pues vaya con los Curiosos...! —bostezó el magistrado—. ¡Hay que ver todo lo que dicen en una hora...!

—¡Hay que oírlo...! —se apresuró a enmendar Zelada—. Y eso que no se lo he dicho a usted todo...

—¿Eh?, ¿pero todavía falta algo? —clamó el juez, aplastado por aquel bloque informativo.

—Falta la palabra del senador Augusto Lascano —concretó el médico, ensañándose con el indefenso paciente.

—Hable... —suspiró este, con un hilo de voz.

—Pues bien, el senador Lascano sustenta una tesis verdaderamente original.

—La habrá leído en los astros... —opinó Cheste, sin mayor entusiasmo.

—Él considera que todo extranjero radicado en nuestro país es hijo adoptivo de la Nación. Por consiguiente, esta debe velar por sus intereses y defenderlos aun contra la voluntad de los mal aconsejados inmigrantes, que suele haberlos. Ahora bien, todo individuo que abandona su país natal deja en él una extensión de tierra a la que tiene derecho y, como al ingresar en la Nación transmite a ella sus derechos, la Nación debe reclamar las tierras que deben pertenecer a sus hijos adoptivos y establecer en ellas su soberanía.

—Es indudable que eso no se le ha ocurrido a nadie antes, porque si no ya lo hubiéramos leído en los despachos telegráficos de Europa —reconoció Cheste—. O en alguna exigencia diplomática destinada a proteger las minorías... inmigrantes.

—¡Es sencillamente estupendo...! —comentó Quelño.

—¡Grotesco...! —definió el prefecto.

—No es otra cosa que la sublimación del Estado-tutor... —prefirió exponer mi primo.

—El senador Lascano —continuó Zelada— no considera peligrosa cierta infiltración extranjera, pues dice que cuantos más extranjeros vengan a nuestro país, más tierras podremos reclamar en los de su origen. Y sostiene, como lógica consecuencia, que la fuerza de la Nación debe estar dispuesta a liberar ese territorio nuestro del imperialismo que lo sojuzga.

—Pero esa teoría se opone a la formulada por Pinel... —arguyó Cheste—. Si donde hay un ciudadano está su Nación misma, nosotros vamos a salir perdiendo... Hay muchos más extranjeros aquí que compatriotas en el exterior.

—Eso también está previsto —solventó Zelada—. Porque por algo quieren hacernos los más fuertes de la Tierra...

—Parece claro —intervino Yarce—. Hay una teoría para cada caso, y cuando las teorías molestan, alcanza con la violencia. ¡Es la ley de la selva...!

—Ahora comprenderás lo tradicionalista que es el hombre —hizo notar Cheste, con lánguido acento.

—Me parece que eso es todo —dijo Zelada, abriendo los brazos—. Estaba hablando Lascano cuando comprendí que me habían descubierto porque hubo un silencio muy significativo...

—Ni que decir que le estamos muy reconocidos —agradeció el magistrado—. Su colaboración es muy estimada.

Volvimos a la casa.

Y después, nos fuimos.

—Esa teoría del senador Lascano es monumental... —decía Cheste, mientras regresábamos a Torre de Agua.

—Es aun más descabellada que la de Pinel —contestó Yarce—. Y además, como tú señalaste, la contradice, o mejor dicho, la esteriliza, y ambas desaparecen...

—Ahí está precisamente lo encantador —prosiguió Bernal—. Los teóricos del sistema son así... totalitarios... Y quieren terminar con todo, ¡hasta con lo suyo!

Y siguió manejando tranquilamente.

—Pero siempre les queda la zarpa —añadió al cabo de un rato como si hablara consigo mismo.

(¡Bárbaros...!).

Cuadro tercero

Jueves 7 de abril, a las 9 hs. En Juncal 1502

Aquel día Bernal Cheste se levantó a las ocho de la mañana. Aun más que ese extraño fenómeno, nos admiró su consiguiente actitud. Después de mantener una prolongada conversación telefónica, entró en el comedor. Y...

—¡Hermoso día para pescar...! —pronunció con énfasis—. ¿Alguien quiere acompañarme?

El capitán Yarce detuvo una tostada en mitad de su camino a la boca. Miró a Cheste, luego a la ventana y terminó haciendo un gesto de indiferencia, comiéndose la tostada.

—Castil viene conmigo —agregó Cheste, sonriendo finamente.

—¿Ah, sí...?, ¿y dónde es la cosa?

—Ya lo verás.

Bernal salió del comedor, fue en busca de su sombrero y se encaminó a la puerta. Yarce lo siguió a regañadientes. Y yo tras ellos.

En el portón de la calle Hernández, el comisario Castil nos esperaba en un coche del Secretariado, acompañado por los agentes Orduña, Despores y Fresnedo.

—Aquí tiene lo que mandó disponer, capitán —le dijo el comisario, mostrándole varias palas y picos.

El prefecto miró sucesivamente las herramientas, luego a Castil y por fin a Cheste.

—¿Qué juego es este? —preguntó, dedicando a mi primo una mirada aniquiladora.

—¿Adónde vamos? —indagó Castil.

—A pescar, comisario —satisfizo Cheste.

—¿Con palas y picos!? —se admiró aquel.

Cheste no contestó. Subió al Hispano y nosotros lo imitamos... Aunque Yarce mantenía una furiosa lucha entre la cólera que lo asaltaba y la curiosidad que lo poseía.

—¡Sígame...! —ordenó Cheste al comisario.

Y abandonamos Torre de Agua.

Cuando llegamos a la esquina de Juncal y Paraná, Cheste detuvo la marcha.

—Ya llegamos —anunció, apeándose. Y encaminándose al 1502 de Juncal, oprimió el timbre.

—Pero..., ¿qué diablos vas a hacer? —estalló el prefecto.

—Voy a buscar los peces... —repuso Bernal, con un dejo de aprensión.

—¿En dónde? —inquirió el otro, ingenuamente.

—Hay uno que desapareció hace tiempo, y el pequeño debe estar con él.

Cuando Méndez nos abrió la puerta, Cheste entró decididamente, indicando a Castil que hiciera pasar a los agentes con sus herramientas.

—¡Por Dios, Bernal...! No vendrás a buscar... —murmuró Yarce, con voz ronca—. ¡Sería espantoso!

—Me temo que sea casi seguro.

La presencia de Antonio Ruiz Haedo cortó el diálogo. Y cuando Cheste le explicó el motivo de nuestra visita, el senador cambió bruscamente de color. Un temblor recorrió todo su cuerpo, desembocando en sus manos vacilantes.

Por la puerta del patio salimos al jardín. Inmediatamente, Orduña, Despores y Fresnedo comenzaron a trabajar bajo las directas órdenes de Cheste, a quien secundaba Castil.

Antonio Ruiz Haedo miraba con ojos extraviados cómo los agentes del SIC cavaban y levantaban el terreno. Primero fue entre el depósito y el portón; luego, en los canteros apoyados en el muro oeste; más tarde, frente al dormitorio de Escudero, entre la ventana enrejada y los blancos del tiro al arco; por fin, entre estos y el muro sur. Se trabajaba en silencio. Los agentes cavaban sin tregua, acicateados por la esperanza del éxito. Ya estaban entre el depósito y los blancos de tiro. Jadeantes, sudorosos, redoblaban sus esfuerzos, animados por Castil. Yarce estaba junto a mí, con los nervios en tensión, mordisqueando la boquilla de su pipa.

—¡Aquí hay algo, capitán! —gritó el agente Despores.

Castil empuñó una pala y comenzó a sacar tierra precipitadamente. Nos acercamos al pozo que la actividad combinada de los cuatro pesquisantes ahondaba por momentos.

Pronto ante nuestra vista apareció lo que Cheste esperaba. Lo que Yarce temía.

Allí, extendido sobre la tierra removida, había un cadáver, el cadáver de un ser humano. Su estado de descomposición era tan avanzado, que hacía imposible su reconocimiento a primera vista.

Pero lo que nos llevó al paroxismo del horror no fue el espectáculo de aquellos huesos descarnados, sino algo pequeño, insignificante, pueril. Un objeto destinado a cobrar expresión dentro de las manos de un niño, y al que su presencia en aquel sitio hacía más siniestro, más terrible, que la misma carroña carcomida.

—¡Dios me asista! —imploró Ruiz Haedo, con el rostro demudado.

Cristián Yarce, como clavado en el suelo, parecía fascinado por aquel molde de lata oxidada. Por aquel juguete de playa, que debió servir para fabricar peces de arena...

Bernal Cheste disimulaba su emoción contemplando la copa de un ciprés. Se volvió lentamente al capitán y lo asió de un brazo.

—No podía ser de otra manera, Cristián —le dijo con voz alterada—. Enrique Ayala murió el 19 de febrero. Era el delfín...

—¡El delfín...! —repitió Yarce, en tono neutro.

La voz de Castil, desmatizada, nos trajo un eco de realidad.

—¿Qué hacemos, jefe? —preguntaba.

—¿Qué...?, ¡ah!, sí...

—¡Por favor, comisario...! —intervino Cheste—. ¡Haga algo!, pida una camilla, y que se lleven el cuerpo para identificarlo.

—¿No es Ayala?

—No puede ser otro... —replicó mi primo—. Pero es necesario...

Regresamos al interior de la casa.

—¡Qué desgraciado sino...! —se lamentaba el senador.

La jubilosa entrada de Carlos en la biblioteca, puso una nota grotesca en aquel ambiente trágicamente pesado.

—“Era un jardín sonriente...”¹⁹— recitaba.

—¡Carlos...! —bramó el senador—. ¡Sal de aquí antes de que...! —Y levantó un puño airado.

—Váyase, Carlos... —le pidió Bernal—. Ahora no comprendería.

Antonio Ruiz Haedo ordenó a Soto un servicio de cognac. Luego de apurada la bebida, y mientras el temulento Carlos nos observaba desde la puerta del comedor, entre los pliegues del cortinaje, mi primo se dirigió al senador.

—Lamentaría parecer inoportuno... —comenzó— pero es menester que le formule una pregunta.

¹⁹ “La rosa”, poema de J. y S. Álvarez Quintero.

—¿Qué es...? —le contestó una voz cansada.

—¿Es verdad que su hermano Pedro le prestó a usted una revista sobre ganadería?

—Sí. Yo le pedí un ejemplar dedicado a la Exposición Rural, porque me interesaba conocer ciertos detalles...

—¿Y cuándo se lo trajo?

—Unos días antes de mi viaje a los lagos.

—¿Dónde la guardó usted?

—En ninguna parte. Esa revista estuvo siempre sobre una mesa del hall.

—¿Cuándo la devolvió usted?

—Poco después de mi regreso.

—¿La llevó usted a Nahuel Huapi? —apuró Cheste.

—No. Y hube de lamentarlo, porque tenía interés en consultarla durante el viaje.

—Ha sido algo más que lamentable... —terminó Bernal, ante el mudo estupor de Ruiz Haedo.

El senador no estaba como para soportar interrogatorios. El hallazgo del cadáver de Ayala en su jardín lo había anonadado. Y se retiró a sus habitaciones.

Nosotros volvimos al jardín, donde Castil y los agentes procuraban restaurar el anterior aspecto del por ellos maltratado terreno.

En la puerta del patio nos encontramos con Carlos.

—¡Usted me gusta, Bernal Cheste...! —le dijo, tendiéndole los brazos—. Su repugnancia por el servilismo rebañero...

—Ya está otra vez el borracho... —murmuró Yarce, con acento de disgusto.

—... de las expresiones multitudinarias...

Cheste se dirigió a Carlos, obedeciendo a una súbita inspiración. Por lo menos, así me pareció.

—Dígame, Carlos, ¿usted no pasea de noche por el jardín? —le preguntó con velado interés.

—A veces me levanto dormido y...

—¿De qué color son sus pijamas?

—¿Mis pijamas...! —se asombró Carlos—. Pues.... los tengo blancos, grises, castaños...

—Entonces ya sé quiénes son los merodeadores que asustaron a Soto y a la cocinera —declaró Cheste, volviéndose al prefecto.

—Así que los dos son el mismo... —musitó el capitán, rascándose la barbilla.

—¿¡Eh!? ¿Yo soy el fantasma? —Carlos se golpeó el pecho, agitando la cabeza—. ¡Lo sospechaba...! ¡Qué gracioso!, ¿verdad?

—¡Mucho! —aseguró Yarce, con cara de pocos amigos.

—Usted no me interpreta, capitán —se quejó el otro—. Yo soy un convencido de la suprema jerarquía...

—Vamos, Bernal... —invitó Yarce.

—... de los valores humanos, cuya reivindicación...

—Un momento, Cristián, que me he acordado de algo —lo contuvo mi primo, que se volvió al tambaleante orador—: Usted me habló hace tiempo de una junta de leones en el jardín..., ¿qué es eso?

Carlos Ruiz Haedo miró a mi primo con aire ausente.

—¿Leones...?!

—Sí. Por la noche...

—¡Ah...! Fue hace mucho tiempo..., el año pasado...

—¿Y qué pasó...?

—Nada... Mi primo, Haroldo Pinel..., que trajo unas cuantas cabezas de león, trofeos de caza...

—¿Para qué? —intervino Yarce.

—Para repartirlas entre los miembros de esa sociedad de..., los Curiosos de Mitra... —repuso Carlos—. Mi hermano tiene una colgada en el dormitorio...

—¿No sabe por qué lo hizo? —insistió el prefecto.

—Ellos dicen que el león es el símbolo de... —Carlos se encogió de hombros—. ¡Yo qué sé...!, ¿por qué no se lo pregunta a ellos?

Y con un gesto de fastidio, se alejó en dirección a la cocina. En busca de un auditorio menos exigente.

—¡Carmen...! —decía, llamando a la cocinera—. El insobornable idealismo que nos impulsa hacia la conquista de nuestra propia entelequia...

En el jardín, los agentes del SIC seguían trabajando.

Según nos informó Castil, el cuerpo de Ayala ya había sido enviado a la morgue.

—Vaya tranquilo, capitán —le dijo—. Yo me quedaré con los muchachos hasta terminar esto. No va a quedar como estaba, pero por lo menos lo dejaremos nivelado.

Conducido por Bernal, el Hispano rodaba suavemente en dirección al Ameltax Club.

—¿Qué te decidió a buscar el cadáver de Ayala en el jardín de Antonio Ruiz Haedo? —preguntó Yarce, encendiendo su pipa.

—Tú recordarás que cuando comentamos la última carta de Un lector, yo te dije que Ruiz Haedo habría completado su probable coartada reversible enterrando a Ayala en el jardín de su casa —respondió mi primo, con lentitud—. Claro que cuando Salcedo declaró haber visto al teniente de navío, las cosas ofrecieron otro aspecto.

—Pues no comprendo cómo, a pesar de eso, se te ha podido ocurrir que Ayala estuviera realmente muerto.

—Es muy sencillo —replicó Cheste, mirando a su interlocutor—. Se me ocurrió en cuanto me di cuenta de quién podía ser la persona a quien Salcedo vio vistiendo el uniforme de Enrique Ayala.

Cristián Yarce se dio una palmada en la frente.

—¡Pero es claro...! —articuló con énfasis.

—Solamente uno pudo hacerlo...

—Solamente uno —ratificó Bernal.

Y llegamos al club.

Cuadro cuarto

Jueves 14 de abril, a las 19 hs. En el Ameltax Club

Durante la semana que siguió al hallazgo de un cadáver en el jardín de la casa del senador Antonio Ruiz Haedo, el cual fue identificado como Enrique Ayala, teniente de navío de la Armada, que había desaparecido en la noche del 19 de febrero, volvió a tomar cuerpo entre el público la sensación de culpabilidad que, acerca del jefe conformista, habían conseguido casi eliminar el discurso del senador Pinel y la tercera carta de Un lector.

Para muchos, aquello era algo definitivo. Y el asunto se consideraba poco menos que resuelto.

El ambiente político estaba en extremo agitado, hablándose de plantear la cuestión en el Congreso.

El senador Augusto Lascano, en nombre del sector renovista de la Cámara Alta, preparaba ya el correspondiente pedido de explicaciones; y se decía que su actitud sería imitada por los representantes de los partidos menores.

Pero lo que provocó la sorpresa unánime de todos los círculos, fue la conducta del senador Haroldo Pinel, quien se adhirió al grupo parlamentario, que exigiría del senador Ruiz Haedo un deslinde terminante de la situación.

Era el 14 de abril.

Bernal Cheste acababa de llegar del teatro Calderón, y había subido a su cuarto.

Cristián Yarce y yo lo esperábamos con impaciencia, porque habíamos recibido una comunicación telefónica de Julio

Zelada, atendida por Teudis, en la que nos pedía que acudiéramos al Ameltax Club, a las siete de la tarde, pues tenía algo interesante que decirnos.

Por regla general, Cheste no suele apurarse por nada. Y aquella tarde no hizo una excepción. Seguramente, Zelada podría esperar...

No faltaba un minuto para las siete, cuando salimos de Torre de Agua. Pero aun debería sufrir el espíritu puntualista del capitán Yarce.

Porque fuimos detenidos por un mensajero que, enviado por Mauricio Baena, nos llevaba otra carta de Un lector. ¡Y ya iban cuatro...! Decididamente, el anónimo colaborador de *Prensa Gráfica* se lo había tomado en serio.

Pero esta vez exageraba. Por lo menos, así nos lo hizo suponer la nota agregada por Baena, en la que expresaba que la carta no sería publicada por considerársela inconveniente.

—Ya la leeremos luego... —murmuró el prefecto, guardando el sobre en un bolsillo. Y despidiendo al mandadero con unas monedas.

En un saloncillo contiguo a la biblioteca, el doctor Zelada nos aguardaba en compañía de Wifredo Z. Quelño.

Como era de suponer, el juez ya estaba al tanto de lo que nos quería decir el médico. No en balde había llegado antes...

—El doctor Zelada les explicará... —nos dijo, con aire condescendiente.

El aludido prescindió de circunloquios.

—Se trata de los testamentos de María Urrutia... —manifestó, entrecruzando los dedos de sus manos—. Hay algo que no ha sido tenido en cuenta...

—Lo escucho —respondió Yarce, sin entusiasmo.

—El Desconocido ha asesinado a los tres legatarios del testamento ológrafo. Pero..., ¿y si este fuera anulado?

—Su demanda habría sido satisfecha favorablemente —terció Cheste, acariciándose el bigote.

—Sí, desde luego... Pero si lo que el Desconocido quiere es la fortuna de María Urrutia, mi supervivencia se torna problemática, ¿no le parece?

—Así que usted también se siente amenazado... —re-flexionó mi primo—. ¿Y cómo podría el Desconocido alcanzar la fortuna en litigio, mediante el primer testamento?

—¿Sospecha usted de su primo Antonio? —interrogó Yarce.

Julio Zelada no parecía hallarse muy a gusto.

—Yo no quiero llamar la atención sobre nadie —advirtió—. Pero hay un detalle en el primer testamento, un cierto inciso...

—¿Qué quiere usted decir? —inquirió el prefecto.

—Ustedes saben que el testamento solemne incluía también una condición: el plazo de un año a contar desde el día de su lectura.

—Y bien...

—Y también establece que en caso de morir uno de los herederos antes de cumplida la condición...

—El otro heredaría el total —terminó Yarce, sin disimular su impaciencia—. O sea, que usted sospecha de su primo Antonio, del senador Ruiz Haedo...

—Que, de acuerdo con el testamento ológrafo, no espera más que la muerte de su hermana Gertrudis, para hacer suyo el millón —observó Cheste, agitando un dedo.

—¿Y para esto nos ha hecho venir? —se quejó el capitán—. Le aseguro que para nosotros no hay nada de nuevo...

—¡Es que no me dejan hablar! —se justificó el otro—. Ustedes se apresuran a extraer conclusiones de mis palabras, y claro... ¡ustedes se lo dicen todo!

—Pues hable usted... —indicó el prefecto, algo mohíno.

—Bien. Volviendo al testamento solemne y a los apartados que tratan de su condición, veremos que también está prevista la muerte de los dos herederos. Ya que, faltando estos, se llamaría a la sucesión a los colaterales legítimos, hasta el sexto grado.

—¿Y eso qué importancia puede tener? —indagó Yarce—. Si la señora Urrutia de Ruiz Haedo no tiene familia...

—Eso es lo que usted cree —dijo Zelada, entre desdeñoso y burlón—. Pero lo cierto es que el senador Augusto Lascano es hijo de un primo hermano de María Urrutia, lo que lo hace su pariente en quinto grado. —Y sacando un papel, nos mostró el cuadro genealógico que confirmaba su aserto. (Ver página siguiente).

—Es una mala noticia para el fisco —comentó Bernal, disponiéndose a examinar el pliego que tomara Yarce.

—Y Lascano ha insistido mucho en que fuera anulado el segundo testamento... —hizo notar Quelño, refiriéndose a las conversaciones mantenidas en el seno del Tribunal Arbitral.

—No tiene nada de particular —arguyó Cheste—. Al fin y al cabo, él es el representante del doctor Zelada y es lógico que defienda sus intereses.

Wifredo Z. Quelño se aclaró la garganta.

—Sin embargo —expresó—, no creo que esto modifique la situación. Pues a pesar de las extrañas apariencias que rodean al testamento ológrafo, Haroldo Pinel y yo nos inclinamos a considerarlo válido. Aunque, eso sí, los tres estamos de acuerdo en que el laudo sea diferido hasta que la muerte de María Urrutia esté debidamente aclarada.

—Pero la muerte de los tres legatarios... —insinuó el prefecto.

—El Tribunal considera que el Desconocido especula con las cláusulas del segundo testamento —declaró Quelño, en tono que no admitía réplica.

—¿Cuánto hace que no se reúne el Tribunal? —demandó Zelada, fumando meditativo.

—Desde el mes pasado... —replicó el magistrado, ajustándose los quevedos.

—Me lo suponía —musitó el médico—. Y ahora será distinto...

—No veo por qué...

—Porque Haroldo Pinel se retirará del Tribunal —explicó Zelada, alzando la voz.

—¿¡Que se retirará...!?! —dudó Quelño, frunciendo la nariz.

—No es para sorprenderse —intervino Yarce—. Siendo el delegado de Antonio Ruiz Haedo, no le queda otro camino... Ahora que se ha puesto de parte de los que acusan a su tío...

—No lo acusan —rectificó el juez—. Solo le exigen una explicación satisfactoria...

—Como usted quiera. Pero es indudable que a él no le hace maldita la gracia —señaló el capitán—. Y mucho menos tratándose de su sobrino...

Julio Zelada asentía con la cabeza.

—Como que han tenido un altercado bastante violento... —apuntó, sin levantar la vista.

—¿Una disputa...? —quiso determinar Quelño—. ¿Cómo?, ¿dónde?, ¿cuándo?

—Quizá no tenga importancia... —opinó Zelada, con expresión ambigua. Y sonrisa falsa.

Pero al juez de Instrucción no le interesaban mayormente las consideraciones personales de Zelada. Y exigió un relato de lo ocurrido.

—Sea como sea, usted debe decirnos todo lo que pasó —dijo con voz ligeramente áspera.

—Si ustedes lo estiman necesario...

—Sí. Pero trate de ser breve —recomendó Yarce, temiendo una afónica profusa.

—Muy bien. La escena tuvo lugar en casa de Antonio, el sábado último —comenzó el médico—. Estábamos los tres en la biblioteca, cuando Pinel se refirió a la muerte de Salcedo. No recuerdo bien sus palabras, pero no he podido olvidarme de lo mal que le sentaron a Antonio. La cosa es que empezaron a discutir... En determinado momento, Pinel llegó a insinuar que Antonio sabía más de lo que reconocía... Mi primo se puso furioso, recordándole su actitud anterior... “No puedes decir eso, tú mismo me defendiste en la asamblea del partido”. Pero Pinel aseguró que ahora no lo haría: que aquello lo había hecho por cuidar la unidad partidaria, que a él no le importaba quién fuera el asesino...

—¡Y entonces...! —se admiró el juez—. ¿Por qué pide ahora explicaciones?

—Porque ha sabido que el disparo de la bala de cera, que yo recibí, no fue más que un recurso del Desconocido, que quería matarlo a él, a Haroldo Pinel, que tiraría su flecha después que yo —explicó Zelada, con leve acento de fastidio.

—Otro que empieza a tener miedo... —murmuró Cheste, desde el fondo de su sillón. Repantigado.

—¿Cree usted que Pinel sospecha realmente de Antonio Ruiz Haedo? —preguntó Quelño, dirigiéndose al médico.

—Eso es lo que parece... —repuso este—. Porque cuando mi primo citó la carta de Un lector, Pinel le preguntó quién era el que se ocultaba tras ese seudónimo, agregando: “¿Acaso no te ha defendido siempre?”.

—También lo defendió el propio Pinel... —observó el prefecto.

—Lo mismo arguyó Antonio —continuó Zelada—. Y fue entonces cuando Pinel trajo a colación el descubrimiento del

cadáver de Ayala en el jardín... “No pretenderás afirmar que es otra desgraciada coincidencia...”

—Supongo que después de esa frase, el tío expulsaría de su casa al insolente sobrino —manifestó Bernal, levantando la cabeza. Que se volvió a apoyar en el respaldo.

—Con muy malos modos, por cierto —confirmó el narrador—. Y creo que de no haber estado yo allí..., el asunto degenera en pelea. ¡Había un ambiente...!

—¿Y cómo terminó la cosa? —indagó el incurable magistrado. Siempre ávido.

Con la retirada de Pinel, que salió después de advertir a Antonio que no continuaría entendiendo en el arbitraje de los testamentos.

Durante un rato, Julio Zelada trató de explicarnos lo comprometida que había sido su situación, ya que, siendo por completo ajeno a la disputa, debió presenciarla durante todo su desarrollo, resultando infructuosas sus tentativas de conciliación.

—Menos mal que Pinel consiguió dominarse... —decía—. Porque si no... ¡allí hay un tiroteo!

Y describía el momento culminante, cuando la tensión llegó al máximo... Antonio Ruiz Haedo señalando la puerta con gesto airado y Haroldo Pinel contemplándolo desafiante, con aire púgil... Pero no hubo nada. Porque Pinel lo pensó mejor y decidió marcharse. Con mucha dignidad.

¡Bah...!

Por fin, viendo el poco interés que despertaban sus comentarios, él también lo pensó mejor. Y optó por callarse. Y terminó yéndose.

—¡Bueno...! Ustedes me dispensarán..., tengo unas visitas que hacer...

Nosotros lo dispensamos. Y él se fue como si tal cosa.

Cristián Yarce empezó a atascar su pipa.

—Por lo visto, el objeto de la cita era instruirnos acerca del parentesco del senador Lascano... —expresó, oprimiendo el tabaco.

—Y contarnos la inédita disputa... —añadió el juez—. Lo que es este Zelada, no pierde el tiempo...

Cheste escuchaba con los ojos cerrados.

—Es raro que Ruiz Haedo y Pinel tuvieran semejante conversación en presencia de Zelada —dijo, perezosamente.

—De modo que Pinel deja el Tribunal... —reflexionó el prefecto. Tendrán que elegir otro...

—Y Zelada desconfía de Augusto Lascano... —señaló Quelño—. Yo no sé en qué va a parar eso...

—¿Qué hay de la nueva carta de Un lector? —demandó mi primo con voz monótona.

El capitán lo miró sorprendido. Luego metió la mano en un bolsillo y sacó el sobre que llevara el mensajero. Wifredo Z. Quelño tomó a su cargo la lectura...

“Señor director de *Prensa Gráfica*:

”Es con profunda indignación que me decido a escribir estas líneas, sublevado por la absurda campaña difamatoria emprendida contra el senador Antonio Ruiz Haedo, en quien vuelven a cebarse las especies canallescas del arroyo.

”Por un momento he creído que las razones expuestas en mi última carta habían disipado para siempre las torpes sospechas formuladas. Pero no ha sido así. Ha bastado el hallazgo del cadáver de Enrique Ayala en el jardín del senador, para que los interesados en perderlo redoblen sus esfuerzos.

”La opinión pública parece cerrar los ojos a la realidad. No se ha considerado el asesinato de Federico Salcedo dentro de su verdadero marco; antes bien, se prefiere achacar su responsabilidad al acusado de siempre. No se ha tenido en cuenta la oscura actuación del senador Haroldo Pinel, quien no ha podido

explicar de manera terminante por qué faltó a su promesa de ir a buscar a la víctima a casa del senador Ruiz Haedo, su propio tío. Sin embargo, Haroldo Pinel era la única persona que sabía dónde estaba Salcedo.

”El senador Pinel, que defendiera brillantemente al jefe de su partido en una memorable asamblea, se ha puesto ahora de parte de sus enemigos. Su conducta no puede ser más contradictoria; ¿por qué se convierte de defensor en atacante?, ¿es su tío más culpable ahora que entonces?

”Haroldo Pinel no juega limpio. A más de sobrino, él ha sido hasta hace pocos días el brazo derecho del senador Antonio Ruiz Haedo, a quien debe su actual posición en la política nacional. Él conoce como pocos las costumbres del jefe conformista y las de su familia; él ha tenido siempre la puerta abierta en esa casa; nadie como él sabría desenvolverse en sus habitaciones y dependencias.

”¿Qué influye sobre Haroldo Pinel?

”Hay una constancia moral irrefutable. El haber sepultado a Ayala en el jardín de Antonio Ruiz Haedo no es más que un eslabón en la abominable cadena de infamias fraguadas contra el jefe civil del conformismo.

”Ya es hora de que despierte en la conciencia popular, el espíritu de justicia.

”Saludo al señor director con toda consideración,

”Un lector”.

—¡Es algo bochornoso! —exclamó el prefecto del SIC—. Esa carta es un hato de cobardes insinuaciones contra el senador Pinel...

—Sin embargo, dice algo muy puesto en razón —aseguró Quelño—. Pinel no fue a buscar a Salcedo, porque se quedó dormido..., y él era el único que sabía dónde estaba.

Bernal Cheste tomó la carta en sus manos, incorporándose a medias.

—Como siempre, papel y sobre vulgares —murmuró—. No, Wifredo, está demostrando que no era el único... Esta vez me ha defraudado Un lector...

—Pero insiste en la defensa de Ruiz Haedo...

—Sí; y la carta está escrita en el tono que emplearía un profesional de la política —replicó Bernal, dejándose caer hacia atrás—. ¡Ah..., qué bien se está aquí...!

El magistrado se volvió a Yarce.

—De veras, ¿eh...? Un lector no dice nada interesante, ni siquiera habla del zodiaco... —lamentó.

—Ha preferido desahogar su veneno, destilándolo...

—Yo esperaba que formulara alguna hipótesis... —confesó Quelño—. Porque discurre muy bien...

El capitán estaba de mal humor.

—¡Que se vaya al infierno Un lector...! —dijo con rabia—. Ya tenemos bastante con lo que tenemos... Asesinatos a uno por mes, testamentos, juguetes, zodiaco, ¡y los Curiosos de Mitra...!

Wifredo Z. Quelño tenía ganas de hablar. Y cualquier tema le venía bien.

—Hasta ahora, el Desconocido se ha dedicado a podar nombres del testamento ológrafo... —recordó—. Y si sigue por ese camino, el próximo candidato parecería ser Gertrudis...

—¿Gertrudis?! —se sorprendió Chestre, alzándose vivamente—. Usted querrá decir la vaca, ¿verdad?

—No; yo no quiero decir pavadas...

—Sin embargo, si la vaca se hubiera refugiado en Egipto, el pavo sería su favorito, mejor dicho, el pavo real —repuso Chestre, sonriendo abiertamente.

—Pero, ¿de qué estás hablando? —indagó Yarce, amoscado.

—De la vaca...

—¡Y qué diablos de vaca es esa? —insistió el otro, en tono agrio.

—Esa vaca... son dos vacas...

—Le parecerá muy chistoso... —reprochó Quelño, de mal talante.

—No, mucho no. Yo le voy a explicar... Si la vaca es la que se escondió en Egipto, todo va bien. Pero si es la que estuvo vigilada y que luego anduvo errante, cruzando a nado los mares, entonces...

—¿Entonces qué...? —gritó el prefecto, fuera de sí.

—Entonces... es probable que a Gertrudis Ruiz Haedo le ocurra algo el 20 de abril.

—¿Estás seguro?

—¡Hombre...!, seguro no puedo estarlo. Pero, como ha dicho muy bien Gertrudis, parece la víctima más inminente, siempre que el Desconocido continúe interesado en el segundo testamento.

—Eso significaría que el senador Ruiz Haedo...

—Es el Desconocido... —aventuró el juez.

—O aquel a quien el Desconocido quiere culpar —amplió Cheste, espaciando las palabras.

—De cualquier manera, no me inspira confianza —reconoció el prefecto—. Hay que tener en cuenta su idiosincrasia: es un hombre taimado, falaz, insidioso... Bien podría ser Un lector...

—Desde luego, es un hombre muy falso, pero también muy hábil —convino Quelño, agitando la cabeza.

—En este caso, Antonio Ruiz Haedo es algo más que todo eso, pero mucho más... —afirmó Cheste, con aplomo—. Es un dios, el rey de los dioses del Olimpo.

Cuadro quinto

Miércoles 20 de abril, a las 15 hs. En el Senado

A las cuatro de la tarde comenzaría la primera sesión de tablas del Senado Nacional.

El hecho en sí no era para destacar. Al fin y al cabo, todos los años ocurría lo mismo. Los señores senadores reiniciaban sus tareas parlamentarias y venían poseídos de un gran espíritu de iniciativa. Que siempre resultaba falso.

Como la edad de una actriz.

E inútil.

Como una conferencia de paz.

Pero esta vez la función se prometía extraordinaria. Porque se anunciaba un espectáculo fuera de abono: el pedido de explicaciones al senador Antonio Ruiz Haedo, a quien se consideraba complicado en el tenebroso asunto de los juguetes.

Wifredo Z. Quelño, Cristián Yarce, Bernal Cheste y yo estábamos de acuerdo en que no debíamos faltar.

Y no faltamos.

Fue por esta razón imperativa que llegamos al Congreso poco después de las tres.

En el Salón de los Pasos Perdidos encontramos los del senador acusado, quien se acercó a nosotros, arrastrando su cojera al ritmo de su bastón.

—¡Esto es el fin! —nos anunció con furiosa energía—. Pulverizaré esa calumnia en una forma que nadie se imagina. ¡Yo le enseñaré a Lascano cuántas son cinco...!

—Pero el senador Pinel —inició Quelño, tímidamente.

Antonio Ruiz Haedo no lo dejó terminar.

—Yo le taparé la boca a ese traidor... —aseguró, crispando un puño. Y cerrando el otro sobre el del bastón.

El capitán Yarce se hizo notar.

—Por motivos que me reservo, senador, he ordenado que su casa sea vigilada durante todo el día de hoy —manifestó—. No me agradaría otra sorpresa trágica...

—Ya lo he notado, capitán —replicó el otro—. Desde medianoche sus agentes se han apostado dentro y fuera de mi casa. Creo conocer las causas y créame que se lo agradezco.

—¡Ojalá pueda decirle que no hay de qué...!

El senador se disponía a despedirse, requerido por unos amigos que lo aguardaban, cuando Bernal Cheste se dirigió a él.

—Dígame, senador, ¿ha pensado usted que el Sol entra hoy en el signo de Tauro? —preguntó, con voz amable.

El interpelado miró fijamente a mi primo.

—Sí —contestó—. Pero no me he entretenido demasiado... ¿Por qué?

—Porque suele haber raptos...

El efecto que esta frase produjo en Ruiz Haedo fue considerable. Pero se mantuvo erguido, mirando a Cheste a ojos cegarritas.

—¿Está usted seguro...? —inquirió, con indudable aprensión. Y algo de sorpresa.

—Sí, completamente seguro —respondió Cheste, con voz lenta pero incisiva.

El caudillo conformista no esperó más.

Y apenas se hubo apartado de nuestro lado, su sobrino Haroldo Pinel buscó nuestra compañía.

—Ese hombre me preocupa... —nos dijo—. A veces temo que nuestra actitud resulte demasiado severa.

—¿Ah, sí? —pronunció Quelño, casi instintivamente.

—Sí, no puedo acabar de creer que sea mi tío el autor de esos crímenes execrables...

—Francamente, no lo entiendo a usted —confesó el juez.

—Es posible —admitió Pinel—. Por eso quiero acabar con esta situación equívoca. Mi confianza en él se ha resentido mucho últimamente, pero mi más íntimo deseo es que su inocencia quede establecida en forma definitiva.

—Lo comprendo. Pero sus métodos no pueden resultar gratos a su tío... Él considera que usted lo ha traicionado.

—Lo sé —expresó Pinel, agitando la cabeza de arriba a abajo—. Y estoy decidido a hablar con él antes de la sesión. Quiero que sepa que no estoy contra él, sino que mi conducta obedece a directivas sanas. Porque es necesario terminar de una vez.

—¿Y cómo?

—No hay más que dos soluciones. O su inocencia queda demostrada de una vez y para siempre, o es sometido a la acción de la justicia para satisfacción de todos.

Dicho esto, en un tono que no dejó lugar a dudas sobre la firmeza de sus propósitos, el senador Pinel se dirigió al bar, en busca de su tío.

Seguimos paseando en silencio.

Yo trataba de imaginarme lo que sucedería poco después. Pero mi pensamiento no estaba de acuerdo. Él prefería concentrarse en Paraná 1280. ¿Sería el departamento de Escudero escenario de un nuevo crimen? Y Gertrudis Ruiz Haedo...

Alguien habló a nuestra espalda.

Y los cuatro nos dimos vuelta. Para encontrarnos frente al senador Augusto Lascano y a su hijo Reinaldo.

¡Ellos también nos buscaban...!

—Hoy terminará este asunto —dijo el senador renovista, a modo de saludo—. Yo espero que Antonio Ruiz Haedo tenga algo que decir en su descargo...

—¿Y que acuse a otro? —demandó Cheste, afectando indiferencia.

Si es que puede probarlo...

Cristián Yarce quiso aprovechar el momento para hacer una pregunta que él consideraba importante.

Y se la formuló al senador Lascano. Diciéndole que existía un testigo que afirmaba haberlo visto en la esquina de Montevideo y Juncal el día de la muerte de Escudero y a la hora aproximada en que el asesinato tuvo lugar.

—¿Es eso cierto?

Augusto Lascano no vaciló en decir que sí.

—Y creo haberlo admitido antes, por lo menos implícitamente —agregó.

Como lo supusiera Cheste, el jefe renovista había salido de la farmacia sita en aquella esquina, después de hablar por teléfono a lo de Ruiz Haedo, anunciando que llegaría a las once en vez de hacerlo a las nueve, que era la hora convenida para su entrevista con Escudero.

A una pregunta de Quelño, el senador Lascano contestó que había postergado su visita porque, habiendo sentido un mareo, decidió dar una vuelta para tomar un poco de aire.

—Una vuelta un poco larga... —comentó el prefecto.

—Puede ser... —concedió Lascano—. Pero como fue hasta el balneario...

El capitán pareció satisfecho con aquella respuesta. Y el magistrado también. Por lo que la conversación prosiguió en tono amable. Comentándose el desarrollo de la pesquisa y las posibles consecuencias que resultarían de la interpelación al senador Ruiz Haedo.

Quizá Cheste estuviera un poco brusco...

Y Reinaldo Lascano no esperara aquella pregunta...

Porque Bernal se refirió a los cortapapeles. Primero, al desaparecido del departamento de Escudero cuando este fue asesinado; y segundo, al del contralmirante.

—Usted ha de saber que con ese mataron a Salcedo...

—Sí...

—¿Se sospecha acaso del contralmirante? —terció Augusto Lascano, poniendo cara de asombro.

—No, todavía no —replicó mi primo, sonriendo sutilmente—. Porque parece ser que la plegadera le fue robada en la mañana del domingo 13 de marzo... Y, claro está, él sospecha de los que fueron a buscarlo para ir al Tigre...

—¡Ah...!

Luego de esta exclamación, que hicieron al unísono, padre e hijo se miraron comprensivamente. Y buscaron un pretexto para marcharse. Porque no estaban a gusto.

Hallada la excusa, el senador renovista se despidió con una inclinación de cabeza.

—¿Vamos...? —invitó a su hijo, tomándolo de un brazo.

Pero Bernal Cheste se había propuesto sustraer a Reinaldo de la égida paterna.

Y usó de su tono más afable para pedirle que se quedara. Manifestando que tendría mucho gusto en conversar con él de cierto asunto...

Muy importante, por cierto, el tal asunto.

Reinaldo Lascano comprendió que no podía negarse.

Y se quedó.

—Entonces, te veré luego —le dijo su padre, palmeándolo amistosamente.

Y por fin se alejó el senador Lascano. Bastante contrariado. Renegando por lo bajo.

—¿De qué se trata? —inquirió el joven Lascano, volviéndose a mi primo.

Pero este quiso prolongar su expectativa. Y tardó un rato en decir que del cortapapeles...

—¿Sabe usted quién es el ladrón? —sondeó Reinaldo.

—Yo sospecho de alguien que creyó que se llevaba el de Escudero, ignorando que había otro igual. ¿Y usted...?

—No sé lo que quiere decir...

—Por lo menos comprenderá que los mellizos Ruiz Hae-do tenían que conocer la existencia de los dos cortapapeles...

—Supongo...

—Y siendo así, no queda más posible sospechoso que uno a quien todos conocemos..., ¿verdad, Lascano?

Este advirtió que las alusiones de Bernal no podían ser más transparentes.

Y hubo de resignarse. Admitiendo que él había tomado el cortapapeles del contralmirante por el de Escudero, agregando que se lo había llevado con la intención de entregárselo al prefecto del SIC.

—Pero nunca imaginé que fueran a quitármelo.

—¿A usted también se lo robaron? —interrogó Yarce, con acento arrebatado.

—Aunque parezca mentira, así fue —ratificó Lascano, recobrando su aplomo.

—¿Y por qué no me lo comunicó?

—Porque quise averiguar por mí mismo quién había sido. Luego mataron a Salcedo, y temí resultar sospechoso.

Ante sucesivas preguntas del juez de Instrucción, Lascano declaró que había notado la falta del cortapapeles al regresar a su casa. Y que no tenía idea de quién había podido sacárselo. Ni en dónde.

—¿Cómo pudieron saber que usted lo tenía? —insistió Quelño, muy interesado.

—Tal vez alguien me viera tomarlo...

Yo me hice la reflexión de que quizás el mismo contralmirante... En ese caso, no mentiría al afirmar que se lo habían robado, pero continuaría en su posesión. Y entonces...

Entonces comenzaron a sonar las campanas, llamando a los senadores al recinto.

La sesión iba a comenzar.

Reinaldo Lascano fue en busca de su padre y nosotros nos dirigimos al palco desde donde habríamos de presenciar aquella memorable jornada parlamentaria. Aunque de lo último tendría muy poco.

Era tanta la expectativa ambiente, que el quórum fue casi total. En realidad, tenía que ser mucha, para movilizar a veintiocho senadores.

A las 16:10 hs. el presidente del cuerpo concedió la palabra al senador renovista Augusto Lascano, quien comenzó diciendo que hablaría en nombre y defensa de la sociedad, trágicamente escarnecida por la insanía criminal de un Desconocido.

Sr. Lascano: —No he venido a este recinto para acusar a nadie, ni me anima el deseo de atacar adversarios o enlodar reputaciones. Vivimos un instante crítico para la más preciada de nuestras garantías: la seguridad personal. Una tentativa frustrada y cuatro asesinatos cometidos alevosamente, más aún, alambicadamente, han proyectado su sombra sobre varias personalidades de nuestros círculos más destacados. Es verdaderamente lamentable traer la consideración de semejante asunto a esta sala, pero la voz de la calle acusa casi directamente a un miembro de este cuerpo, y el Senado de la Nación no puede permanecer indiferente. Por esta razón, señor presidente, mi sector

solicita que se exija del señor senador Ruiz Haedo una declaración terminante que alcance a desmentir los cargos acusatorios que se han formulado contra él.

El señor presidente está un poco confuso. Pero atina a decir que será puesta a votación la moción del señor senador Lascano.

Y no se pone.

Sr. Ruiz Haedo: —Pido la palabra. No quiero que la fuerza de la mayoría pueda imponerme lo que quiero hacer de grado. Veo con profundo dolor que los infames rumores callejeros hallan eco en este recinto que debiera ser agosto. Se me acusa solapadamente de una serie de delitos que no he cometido; se busca el eufemismo fácil para cohonestar la calumnia vil; se disfrazan los conceptos mintiendo las palabras y se provoca mi caída, tendiéndome la mano.

Sr. Lascano: —¿Me permite?

Sr. Ruiz Haedo: —No se dé por aludido el señor senador.

Sr. Lascano: —No me doy por aludido, pero quiero claridad en las expresiones del señor senador.

Sr. Ruiz Haedo: —Esté tranquilo. Yo no he querido referirme al señor senador.

Sr. Pinel: —Permítanle. Todos confiamos en la inocencia del señor senador, pero consideramos que la dignidad del Senado requiere una definición categórica de la actual situación equívoca en que se halla el señor senador.

Sr. Ruiz Haedo: —Al señor senador no le convendría que mis definiciones fueran demasiado categóricas.

Sr. Pinel: —No sé lo que pretende el señor senador, pero es hora de abandonar las reticencias y abordar el asunto de frente. Hay que hablar claro.

Sr. Ruiz Haedo: —Para exigir cuentas, es imprescindible tener la conciencia limpia.

El senador Ruiz Haedo se dirige luego a la Presidencia.

Sr. Ruiz Haedo: —Señor presidente: estoy dispuesto a contestar todas las preguntas que me sean formuladas.

Y pasándose una mano por la frente, asió con la otra el vaso que tenía delante. Bebiendo largamente.

Sr. Pinel: —Me parece una oportuna rectificación del señor senador.

Sr. Ruiz Haedo: —Se equivoca el señor senador. Jamás me retractaré de nada, por fuertes que sean los silbidos de los reptiles que se arrastran a mi alrededor.

Sr. Pinel: —Está ofuscado el señor senador.

Sr. Ruiz Haedo: —Estoy asqueado; es más exacto.

Sr. Pinel: —El señor senador olvida que está acusado de cuatro asesinatos y de una tentativa contra mi persona...

Ruiz Haedo: —Lo que no olvido es que eres un miserable traidor...

Y se acabaron las señorías.

A esta altura del diálogo, se produce un incidente entre algunos senadores que, a falta de ideas, cambian adjetivos de grueso calibre. Y saltan de sus bancas, amenazantes.

Como zulúes.

Funcionan las campanas de alarma. Que son mal interpretadas.

Y empieza la pelea.

El público de las galerías anima a sus favoritos. Las damas nerviosas se desmayan. El señor presidente se desespera.

Y dominando el tumulto, se oyen los gritos de los senadores Ruiz Haedo y Pinel. Que se ponen de oro y azul. Como no digan dueñas.

De repente...

La detonación de un disparo fue la mensajera del pánico.

Y la sala quedó despejada. Porque los circunstantes buscaron atropelladamente las puertas de salida.

La barra también fue desalojada. Corridas. Desorden. Confusión.

Y cuando se restableció la calma...

Antonio Ruiz Haedo yacía entre dos bancas.

Muerto.

Cuadro sexto

El mismo día, a las 17 hs. El mismo escenario

Haroldo Pinel había sido desarmado. Y conducido a la comisaría del Congreso.

La consternación era general.

—No comprendo la conducta de Pinel —decía Quelño, caminando nerviosamente.

—En realidad, Ruiz Haedo lo provocó... —consideró Yarcce, con acento reflexivo.

—De acuerdo —convino el juez—. ¡Pero perder la serenidad hasta el extremo de pegarle un tiro...!

Bernal Cheste encendió un Perahuí.

—A mí me preocupa otra cosa —manifestó—. ¿Cómo es posible que Ruiz Haedo haya muerto, si la bala apenas le rozó una pierna?!

—Eso lo dirá la autopsia —repuso Quelño—. A primera vista, parece extraño, pero se citan casos... —agregó, con suficiencia.

—Tal vez Zelada pueda adelantarnos algo —terció el capitán—. Porque me ha pedido permiso para examinar el cadáver, y se lo he concedido.

Wifredo E. Quelño prefería ocuparse de otra cosa. De interrogar a Pinel, por ejemplo.

Y no hubo inconvenientes.

Cuando llegamos a la sala donde estaba detenido, el senador Pinel se paseaba lentamente. Fumando con aire preocupado.

—¿Cómo pudo usted hacer ese disparate? —demandó el prefecto, sentándose e invitándolo a hacer lo propio.

—No sé, no sé... —El interpelado meneó tristemente la cabeza—. Perdí el dominio de mí mismo...

—¿Por qué entró armado en el recinto?

Haroldo Pinel miró fijamente a Yarce antes de contestar.

—Tengo licencia de portación de armas y no me separo nunca de mi pistola... —replicó luego, con frialdad.

Cheste no disimuló un gesto de sorpresa.

(*¿Nunca...?!).*

—¿Tanto lo ofendieron las palabras de su tío? —preguntó Quelño, arqueando las cejas—. Usted tampoco fue muy amable con él...

—Sus insultos eran realmente intolerables... Sin embargo, yo procuraba contenerme —respondió Pinel, visiblemente agitado—. Pero cuando se refirió a mi padre en forma despectiva, no pude más... ¡y tiré...!

Guardamos silencio.

Pinel inclinó la cabeza, hundiendo la cara entre sus manos.

Y así, un momento.

Cuando este hubo pasado, su mirada buscó la del capitán Yarce.

—Y él..., ¿cómo está? —inquirió.

—¿Él...?

—Sí. Mi tío...

—Su tío ha dejado de ser sospechoso —dijo Cheste, con voz suave.

—¿Ha muerto...? —indagó el otro, con dolorosa ansiedad. Y obtuvo una confirmación gutural.

Haroldo Pinel palideció intensamente. El brillo de sus ojos parecía velado por una sombra de angustia.

—¡Muerto! —murmuró—. ¡Lo he matado...! —Y se retorció las manos en un gesto de desesperación.

Volvió a hacerse el silencio. Un silencio penoso, que rompió Bernal.

—Dígame, senador, ¿habló usted con su tío antes de la sesión?

Pinel dijo que sí con la cabeza.

—¿Y le explicó usted su posición?

Nuevo asentimiento.

—¿Y él cómo la recibió?

—Parecía muy tranquilo.

—¡Es extraño! —comentó el juez, mirando a Yarce.

—Sí... —contestó el prefecto, distendiendo los labios.

—A mí también me sorprendió... —confesó Pinel—. Y hasta me invitó a tomar un café...

—Entonces, se mostró conciliador... —creyó interpretar Quelño.

—Eso creí yo —afirmó el otro—. Pero su actitud amistosa no fue más que una maniobra...

—¿Sí...?

—Sí. Porque apenas iniciada la conversación, trató de presionarme...

—¿Y cómo?

—Me dijo que, si yo acompañaba a Lascano en su pedido de explicaciones, él revelaría ciertos pretendidos secretos de mi actuación política.

—¿Pública o privada? —interrogó Cheste, haciéndose el distraído.

Haroldo Pinel lanzó a mi primo una mirada recelosa.

—Pública —respondió—. ¿Qué actuación política privada puedo tener yo?

—Eso lo sabrá usted —replicó mi primo, sonriendo intencionadamente—. Usted y sus colaboradores...

Pinel enrojeció levemente.

—No entiendo —repuso, con voz opaca.

—¿No entiende?; ¡qué curioso! —fingió sorprenderse Bernal.

Pero no tuvo respuesta. No podía tenerla. Y se volvió a nosotros, francamente divertido.

—¿Verdad que es “curioso”...?

Yarce y Quelño procuraron disimular. Y Pinel también.

—¿Y qué respondió usted a esa especie de ultimátum? —le preguntó el juez, volviendo a lo de marras.

—Como usted comprenderá, rehusé rotundamente —manifestó el interpelado—. ¡Era una extorsión...!

—Muy sugestiva —expresó Yarce, pensativo.

—¿Y después...? —insistió el magistrado.

—Como yo me negara, Antonio redobló sus amenazas. Que yo desprecié... Entonces tuvimos un cambio de palabras y nos separamos en muy malos términos.

—Ahora comprendo ciertas frases de Ruiz Haedo durante el debate —dijo Quelño, con los ojos brillantes.

—Y el porqué de su confianza antes de la sesión... —añadió Cheste dedicando al prefecto una mirada elocuente.

(Iba a denunciarlos...).

—¡Es cierto...! —exclamó Yarce, juntando las manos.

(¡Los mitriacos...!).

Haroldo Pinel parecía desorientado. Pero comprendía muy bien. Porque la cosa estaba clara. Por lo menos, yo lo consideré así.

¿Qué efecto habría causado en el Senado la revelación de las verdaderas actividades de los Curiosos de Mitra?

¿No hubiera relegado a segundo plano la consideración de las presuntas responsabilidades de Antonio Ruiz Haedo en el caso de los juguetes?

Sin embargo... Antonio Ruiz Haedo no podía probar su denuncia. Ni siquiera fundamentarla. Y el efecto sería fugaz...

Probablemente llegara a decirse que se trataba de un recurso... Que había querido sorprender al Senado, para burlar el pedido de explicaciones... Y que pretendía vengarse de sus interpelantes, calumniándolos... En fin...

Un ordenanza entró. Y dijo que el doctor Julio Zelada insistía en hablar con el capitán Yarce.

El prefecto salió al pasillo. Regresando en compañía del médico.

—He examinado el cadáver... —manifestó Zelada, con aire sombrío—. Y la herida no ha sido la causa...

—Pero entonces... —balbuceó Quelño, confundido.

—Presenta síntomas de envenenamiento —afirmó el otro—. Aunque resulta muy extraño, yo diría que Antonio ha bebido cicuta...

—¡Cicuta...! —repitieron tres voces sorprendidas.

—Las extravasaciones sanguíneas son bien características... —agregó Zelada.

—Parece que se cuida el ambiente —comentó mi primo, con enigmática displicencia.

—Así que... —insinuó Yarce.

—Solo la autopsia podrá establecer con exactitud cuál ha sido el veneno ingerido... —expresó el médico—. Aunque insisto en que se trata de un alcaloide de la cicuta.

Haroldo Pinel se incorporó, tendiendo sus manos en dirección a Zelada.

—¡Julio...! ¿Estás seguro? —demandó, con voz plena de expectativa.

—No me cabe la menor duda.

—Entonces yo... —comenzó Pinel.

Zelada lo contempló durante un momento.

—Tú has tenido suerte... —le dijo, en tono amargo—. La herida de Antonio es demasiado leve y no puede haber influido...

Aquellas palabras de Zelada, devolvieron a Pinel toda su tranquilidad. Y no era para menos. Pero creaban un interrogante angustioso. ¿Quién...?

Porque Antonio Ruiz Haedo había sido envenenado. Y aquel día el Sol entraba en el signo de Tauro. ¿Sería otra vez el Desconocido? En ese caso, ¿dónde estaba el juguete?

Antes de dejar a Pinel, Wifredo Z. Quelño le comunicó que sería remitido al SIC.

—Es cuestión de días, senador... —aclaró, como disculpándose—. Para guardar las formas...

—Naturalmente —apoyó Cheste, con sarcasmo—. Al fin y al cabo, no se trata más que de una tentativa de homicidio...

Cristián Yarce sonrió levemente. Pero Quelño simuló no haber oído.

—La semana que viene estará usted en libertad, senador —prosiguió, en el mismo tono amable—. Ni se hablará de desafuero...

—¿La semana que viene...?! —se admiró Bernal, abriendo los brazos—. Francamente, señor juez, no me explico este rigor...

Haroldo Pinel sonreía desdeñosamente. Y callaba. En realidad, estaba deseando que nos fuéramos. Y fue complacido.

Mientras nos dirigíamos a las antecámaras del Senado, Cheste emparejó con Julio Zelada.

—Dígame, amigo, ¿conocía su primo Antonio el verdadero objeto de los Curiosos de Mitra? —lo interrogó.

—¡Hombre...! —se sorprendió el médico—. No sé por quién lo iba a saber...

—Pues yo conozco alguien muy indicado...

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Y entonces por qué me lo pregunta? —demandó Zelada, sonriendo abiertamente.

—¿Por qué se lo dijo? —inquirió Yarce—. ¿No quería usted conservar el secreto?

—Quise ponerlo en guardia. Y además...

—La discreción es algo muy superior a sus fuerzas, ¿verdad? —Interrumpió Cheste, ofreciéndole un cigarrillo.

—Es que el asunto valía la pena...

—¿Lo sabe alguien más? —indagó Quelño, receloso.

—No, nadie más.

—Menos mal —suspiró el prefecto—. Y usted va a hacer el favor de no divulgarlo...

—Contralmirante a la vista —anunció Cheste a media voz, señalando con un gesto a Pedro Ruiz Haedo.

El marino caminaba en dirección opuesta a nosotros. Cabizbajo. Cuando nos cruzamos, levantó los ojos del suelo. Y nos miró con dolorosa expresión.

—Bueno... —murmuró, con voz apagada—. Parece que el asunto se acabó... Era él, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Zelada, solícito.

—Si era Antonio... el Desconocido...

Wifredo Z. Quelño se apresuró a intervenir.

—No, contralmirante. No es como usted cree —dijo, meneando la cabeza—. Al contrario, tenemos casi la certidumbre de que su hermano ha sido asesinado...

—¡Claro que ha sido asesinado! —replicó el otro, enfureciéndose—. ¡Ese canalla de Haroldo...!

—No, Pedro... —lo atajó Zelada—. No eres justo...

—¿Cómo...? ¿Acaso no ha sido él quien disparó?

—Sí. Pero apenas alcanzó a herirlo... Antonio ha muerto envenenado...

—¡Envenenado...! —repitió el contralmirante, abriendo los ojos desmesuradamente—. ¡No es posible...!

Por escéptico que fuera, hubo de convencerse ante los argumentos de Zelada. Pero no por eso depondría su encono contra Pinel.

—Estaría la bala envenenada... —aventuró, obstinado.

No sé si sería figuración mía, pero cada vez que hablaba del envenenamiento de Antonio Ruiz Haedo, el rostro de Julio Zelada parecía nublado por una sombra de preocupación. Y creo que Cheste también lo notó.

—Nada permite suponerlo —expresó el médico, contestando a la sugestión de Pedro Ruiz Haedo.

Este no tardó en proseguir su camino. Y Zelada se fue con él. Ambos se alejaron discutiendo. Como parientes que eran.

Nosotros también reanudamos la marcha.

—Estuvo usted inconveniente con Pinel.... —le reprochaba Quelño a Bernal—. Olvida usted su categoría...

—En cambio, usted la tiene muy en cuenta —repuso Cheste, con malicia—. ¡Un senador conformista...!

—Se equivoca usted —protestó el magistrado, molesto.

—Tiene usted razón —admitió mi primo—. Haroldo Pinel es un emboscado que conspira contra nuestras instituciones, un bárbaro que reniega de la civilización occidental, un energúmeno que repudia el espíritu cristiano... ¡es el eslabón perdido...!

—¡Eso no importa ahora! —se impacientó el juez, alzando la voz—. Cada cosa a su tiempo. Estamos investigando crímenes y no discutiendo doctrinas políticas...

—¿Doctrinas?! —se admiró Cheste—. No sé a qué le llamará usted aberraciones...

—Como usted prefiera —cortó Quelño, con acritud—. Lo que interesa de momento son los crímenes del Desconocido, y de eso debemos ocuparnos.

—¿Y qué tiene que ver en ello la categoría de Pinel?

—Debe usted considerarlo y tratarlo con prudencia.

—¿Como usted?

—Sí, como yo. ¿No sabe usted lo que es tacto?

—Uno de los cinco sentidos.

Wifredo Z. Quelño no era un hombre impulsivo. Que si no...

—Me refiero al tacto diplomático —aclaró—. A ese tono particular en el decir...

—¡Ah...! Y dígame, en este caso, ¿se trata de engañarlo o de dejarnos engañar?

De la sala donde solía reunirse el bloque renovista del Senado, salió una figura conocida. El senador Augusto Lascano, que se acercó a nosotros en busca de noticias.

Entre Quelño y Yarce le proporcionaron todas las que deseaba saber. Que eran algunas.

—¡Es terrible! —comentó luego—. El destino es implacable...

Nadie se atrevió a contradecirlo. Era cuestión de tacto.

—Vengan, vengan... —nos invitó, conduciéndonos a una salita.

Cuando estuvimos sentados, el jefe renovista nos abarcó en miradas sucesivas. Acariciando nerviosamente la cinta que colgaba de sus lentes.

—Yo tengo la solución... —declaró, agitando un índice encorvado.

—Yo lo preveía, lo preveía...

Seguíamos esperando.

—¿Ustedes no han comprendido? —demandó.

Debimos reconocerlo.

—Me lo suponía —murmuró—. Pero yo se lo voy a decir...
Antonio Ruiz Haedo era culpable...

Pausa.

—Y considerándose perdido..., optó por suicidarse...

La revelación estaba hecha.

Y nosotros asombrados.

—Bueno, ahora ya lo saben..., ¿eh? —terminó Augusto Lascano, poniéndose de pie. Y con una risita de despedida, regresó donde sus correligionarios.

A Yarce no le disgustaba la teoría.

—Parece muy razonable... —decía.

—Pero yo no lo creo —discordó Bernal—. Antonio Ruiz Haedo no era hombre para suicidarse...

—Sin embargo, si fuera crimen habría juguete...

—El cadáver es más necesario.

—¿Y si Ruiz Haedo era el Desconocido...? —insistió el prefecto.

—En ese caso habrían terminado las visitas del Sol —terció Quelño—. Mejor dicho, las asimilaciones...

—Claro —apoyó el capitán, que vislumbraba el fin de sus dificultades—. Y Ruiz Haedo representaría...

—Positivamente el Sol —aseguró Cheste, interrumpiéndolo—. Aunque no sé si lo será en el sentido que tú supones.

—¿En qué sentido, dice usted? —indagó Quelño.

Bernal Cheste miró fijamente al juez.

—Antonio Ruiz Haedo fue el toro solar... que raptó a la Luna... —le dijo, con voz firme y arrastrada.

—¡Por Dios, Bernal! —invocó Yarce—. ¿Qué quieres decir?

—Yo no sé si quiero decirlo... —confesó mi primo—. Porque todo es una fantasía infernal.

—Pero usted sabe algo... —expresó Quelño, insinuante.

—Sí. Yo estoy convencido de que Antonio Ruiz Haedo fue el responsable del secuestro de Olga Lascano.

—¡Olga Lascano! —gritó el prefecto, llevándose ambas manos a la cabeza—. ¿Pero qué puede tener que ver, ¿cómo puedes afirmarlo?, ¿qué pruebas hay...?

Cheste hizo una mueca de disgusto.

—Esas tres preguntas tienen una sola respuesta —manifestó—. El senador Ruiz Haedo ha sido identificado con el toro..., y asesinado hoy, 20 de abril.

—Pero...

—No hay pero que valga —negó Cheste, en tono definitivo—. Por más que lo busques...

—Entonces el Desconocido...

—El Desconocido imaginó su fantástica asimilación zodiacal, inspirándose en el rapto de Olga Lascano —concluyó Bernal—. Que es la fuente de todo..., ¡absolutamente de todo...!

Y encendió un Perahuí.

Cuadro séptimo

Jueves 21 de abril, a las 16:05 hs. En el SIC

Lain Xiquena había prometido enviar el informe sobre la autopsia del cadáver de Antonio Ruiz Haedo, en las primeras horas de la tarde.

Pero el tiempo pasaba...

Yarce y Quelño discutían.

¿Dónde habría sido envenenado el senador Ruiz Haedo?

¿Cuándo...?

—Yo creo que antes de ir al Senado...

—De ninguna manera. Tuvo que ser estando allí...

Y no lograban ponerse de acuerdo.

Bernal Cheste fumaba distraídamente.

Yo reflexionaba sobre lo inesperado de la muerte de Antonio Ruiz Haedo. Y además..., ¡aquella trágica manera de probarse que él no era el Desconocido...!

Todos habíamos temido por Gertrudis. Pero el Desconocido eliminaba a los beneficiarios del testamento ológrafo, cuando sus partes habían sido acrecidas por las de las víctimas anteriores. Y no parecía ocuparse de la condición...

—Ahora heredan los mellizos... —dijo Quelño, reanudando la conversación.

—O Zelada..., si se decidieran ustedes a anular el segundo testamento —observó Yarce, haciendo espirales en un papel—. Y tal vez se acabaran los crímenes...

Esta última frase fue dicha a media voz. Pero su intención habría de prestarle una extraña resonancia. Porque el segundo testamento era la guía. Él señalaba quién debía morir..., y el Desconocido lo asimilaba al zodiaco...

El informe médico forense había llegado.

—Según Xiquena, el senador Ruiz Haedo fue envenenado con bromhidrato de cicutina... —anunció el prefecto, cuando lo hubo leído.

Cheste se volvió lentamente.

—Zelada tenía razón... —señaló Quelño, pensativo—. La cicutina es el principal entre los alcaloides de la cicuta...

—Pero es un veneno de acción muy rápida... —objetó Cheste, sin dirigirse a nadie en particular.

—Lo que confirma mi hipótesis de que el senador fue envenenado dentro del edificio del Congreso —manifestó el juez, gravemente satisfecho.

—Bueno... —admitió Yarce, con cierto resquemor—. Pero, ¿y en qué momento?

—¡Ah!, eso... —Y el magistrado abrió los brazos, poniendo las manos a la altura de sus hombros, con las palmas hacia afuera—. Tal vez fuera en el bar...

El capitán anotó otra posibilidad.

—Quizás el vaso de agua... —murmuró—. Aunque no va a ser posible establecerlo. Demasiado tarde...

—¿No dice más que eso el informe? —inquirió Cheste, poniéndose de pie.

—¿Y qué más quieres que diga?

—Supongo que establecerá cómo fue administrado el tóxico...

—Eso sí. Por vía bucal...

—Por lo tanto —intervino el juez—, queda demostrado que la bala con que lo hirió Pinel no estaba envenenada.

—Eso no precisaba demostración —repuso Cheste, en tono indiferente.

—Pinel declaró que Ruiz Haedo lo invitó a tomar café... —recordó Yarce, frunciendo el ceño—. Bien podría ser que...

—Podemos interrogarlo... —sugirió Quelño, limpiando sus quevedos empañados.

Bajamos un piso, y nos dirigimos a la sala donde se alojaba el senador Pinel.

En aquel momento, el detenido se hallaba conversando con unos amigos, que se retiraron al llegar nosotros.

Haroldo Pinel parecía muy animado y nos recibió con deferencia.

—Dígame —lo abordó Cheste—, ¿recuerda usted con quién estaba el senador Ruiz Haedo cuando usted se le acercó en el bar del Congreso?

—¡Cómo no! —respondió Pinel, amablemente—. Cuando yo lo llamé, mi tío tomaba café en compañía de sus dos hijos y de su hermano Pedro.

—¿Y volvió a tomar café con usted?

—Sí. Era muy afecto a esa infusión...

—¡Hum...! Eso explica algo que parecía inexplicable...

—¿El qué? —preguntó, rápido, el magistrado.

—Algo... —replicó Cheste, sin mirarlo.

Wifredo Z. Quelño se mordió los labios. Y Pinel sonrió, displicente.

—¿Vio usted a alguien más en compañía de su tío? —demandó el prefecto, con voz tranquila.

—Sí. Cuando nos separamos, Julio Zelada se acercó a su mesa y creo que habló con él.

—¿Y después? —insistió el capitán.

—¿Después?!

—Sí. Después... Fuera del bar.

—¡Fuera del bar...! —repitió, pensativo, el senador—. No sé, no creo... ¡Ah, sí! Ya habían sonado las campanas llamando a sesión, y yo me dirigía al recinto, cuando, en uno de los pasillos, vi a mi tío que conversaba animadamente con Reinaldo Lascano...

—¿Y eso le extrañó?

—No excesivamente —contestó Pinel, ambiguo—. Los hijos no siempre están de acuerdo con sus padres, y quizá fuera este el caso... Además, Raquel...

El tono de su última frase no dejó lugar a dudas sobre su intención manifiesta.

Yarce y Quelño se consultaron con la mirada, y ambos parecieron coincidir. Porque se levantaron para marcharse. Pero Pinel los detuvo.

—¿Llegó ya el informe del forense? —indagó.

—Sí —replicó el juez—. Y confirma lo adelantado por Zelada. Su tío murió envenenado con bromhidrato de cicutina.

—Zelada no dijo eso... —rectificó Pinel—. Él habló de un alcaloide de la cicuta...

—Bueno..., es más o menos lo mismo —condescendió el magistrado—. El alcaloide es la cicutina...

—¡Ah, ah...! —exclamó el otro, comprendiendo. O fingiendo comprender—. ¿Por eso me preguntaron lo del café?

—Si a usted le parece... —repuso Cheste observándolo fijamente.

—Es una posibilidad...

—Siendo usted quien es, me extraña que no sea médico —dijo Bernal, en tono contrariado—. Claro que su experiencia de cazador le habrá enseñado algo de botánica, ¿verdad?

—Desde luego... —admitió Pinel, honestamente desconcertado—. Siempre se aprende.

—Me lo suponía —expresó mi primo, con acento reflexivo—. Quizá sepa también algo de astronomía, pero a la música no le encuentro aplicación..., ¿y usted?

—¡¿Yo...?! —se admiró el otro—. ¡Pero si no sé lo que está usted diciendo...!

—Si es así, no puede contestarme —concluyó Cheste—. Su actitud lógica...

Haroldo Pinel miró sucesivamente a Quelño y al capitán. Pero estos no pudieron corresponderle. Porque sus ojos estaban fijos en Bernal, que parecía muy preocupado.

—Naturalmente, todo no puede coincidir... —murmuró mi primo, meneando la cabeza—. Tiene que ser aproximado...

El asombro de Pinel iba en aumento. En la misma proporción que la impaciencia del prefecto.

—¿Por qué habría de ser yo médico? —se decidió a preguntar el senador—. ¿Por qué ha de extrañarle que no lo sea?

Cheste encendió un Perahuí antes de contestar.

—En realidad, no tiene mayor importancia —dijo por fin—. ¡Pero suceden cosas tan raras...!

—Será como usted dice... —concedió Pinel, encogiéndose de hombros.

Al fin y al cabo...

—¿Qué...?

—Nada... Que renuncio a comprender.

—Sí, hace usted bien. Quizá sea preferible...

—Sin embargo, si usted me dijera qué lo preocupa...

—¿Qué haría usted?

—Trataría de ayudarlo.

—No creo que pudiera...

—Probemos. ¿De qué se trata?

—Ya que insiste... Me preocupa la muerte del toro...

—¿Qué quiere usted decir? —inquirió Pinel, contrayendo la frente.

—¿Ha visto? No puede usted ayudarme...

—Pero no era de eso de lo que estábamos hablando... —protestó el senador, algo incomodado.

—Estábamos hablando de todo —puntualizó Cheste—. Hasta de sus rodillas...

—¿Cómo...?! —chilló el otro, en la cumbre del asombro.

—Sí —ratificó Bernal—. Yo podría haberle dicho que cuidara usted de sus rodillas..., porque una herida de flecha le sería fatal... Siempre que no fuera usted un usurpador, claro está.

Después de aquello no había nada que decir. Y no se dijo.

Yo supongo que Pinel se quedaría meditando las extravagantes ocurrencias de Cheste... ¡Y ya tenía en qué entretenerse...!

Nosotros regresamos al despacho de Yarce.

Cheste caminaba a mi lado, con las manos en los bolsillos, y tarareando suavemente. El capitán iba adelante, con el ceño adusto... Y Quelño trataba de entablar conversación, pero no lo conseguía.

En la Prefectura nos aguardaba el doctor Zelada. ¿Qué vendría a decirnos?

Porque las visitas de Julio Zelada siempre se traducían en noticias. Aunque solían ser tan exclusivas, que resultaba difícil comprobarlas.

Cuando Zelada conoció el dictamen del doctor Xiquena, levantó las cejas en forma perceptible. Y encanutando los labios, dejó escapar un silbido.

—Me lo temía... —murmuró, golpeando una mano contra la otra—. ¡El bromhidrato...!

Cristián Yarce terminó de encender su pipa.

—Es raro que el Desconocido haya preferido esa sal de uso tan poco frecuente..., ¿verdad? —dijo, expeliendo una espesa bocanada de humo.

—Quizá la tuviera muy a mano... —opinó Cheste, cruzando las piernas.

Nuestro visitante hizo un gesto de significado inconfundible.

(Voy a tener que hablar...)

Y miró alternativamente al prefecto y a mi primo, sin mover la cabeza.

—¿Decía usted algo...? —inquirió Bernal, solícito.

—No..., es decir..., todavía no lo he dicho...

—¿Qué es...? —indagó Quelño, maquinalmente.

—Pues..., que yo tengo bromhidrato de cicutina en mi laboratorio...

—¡Hum...!

—Y ayer, después de examinar el cadáver de Antonio...

—¿Empezó usted a desconfiar? —interpretó Yarce.

—Exactamente. Y en cuanto llegué a casa, fui al laboratorio..., y comprobé que había desaparecido un sobre de cristales de bromhidrato de cicutina.

—¿Y usted deja abierto su laboratorio?

—Casi siempre.

—Entonces, no puede haber duda... —concluyó el prefecto. Bernal Cheste entabló diálogo con Zelada.

Usted sabe que su primo Antonio tomó varios pocillos de café antes de la sesión...

—Sí...

—Y dígame, ¿pudo el café demorar la acción tóxica del bromhidrato...?

—Y..., yo creo que sí. Aunque la cicutina, y por consiguiente sus derivados, es un veneno de acción rápida; el café

actúa sobre ella, como sobre todos los alcaloides en general, haciéndola insoluble —explicó Zelada, tras breve reflexión—. Claro que luego..., cuando los jugos gástricos hacen su oficio...

Wifredo Z. Quelño miró a Cheste con ojos interrogantes. (*¿Era eso...?*).

Y Bernal asintió con la cabeza.

Hubo un momento de silencio. Que fue de expectativa. Porque Zelada aún no había dicho a qué venía...

Sin embargo, su palabra era inminente.

—Oiga, capitán... —comenzó.

—¿Qué...?

El médico no se decidía.

—¿Qué pasa? —insistió el prefecto.

Zelada arrojó la colilla de su cigarrillo.

—Quiero decirles algo..., aunque no sé si..., tal vez cometa una indiscreción, pero...

—No puede callarse, ¿verdad? —sonrió Cheste.

—¿De qué se trata? —apremió Quelño, sobre ascuas.

La respuesta del médico fue matizada con acentos insinuantes.

—Del senador Lascano... Anoche fui a verlo a su casa para considerar la situación creada por la muerte de Antonio... Por el testamento sabe usted...

—Sí. ¿Y qué...?

—Pues usted verá... La criada me hizo pasar, diciéndome que el senador me recibiría enseguida —Zelada hablaba lentamente, como buscando crear atmósfera—. Pero el caso es que hacía ya diez minutos que esperaba, y Lascano no aparecía. En vista de eso, tomé una revista que había sobre la mesa, y me dispuse a pasar el tiempo... Sin embargo, no pude interesarme en la lectura, porque un rumor confuso me distraía... Agucé el oído, y me pareció percibir una voz entrecortada..., como un sollozo..., que venía del piso alto...

—Y usted subió, ¿eh...? —malició Cheste.

—Sí, temí que hubiera ocurrido algo. La escalera tiene una alfombra muy mullida, y yo cuidé de no hacer ruido al subir. —El médico miró fijamente a Yarce, antes de proseguir—. Por el espacio que abría una puerta entornada, se veía luz... Era el dormitorio de Olga... Me acerqué más, casi hasta el umbral, y oí una voz que monologaba. Miré adentro y pude ver al senador Lascano sentado en la cama de su hija, con la mirada extraviada... Tenía en sus brazos una muñeca, con la que parecía hablar... A su alrededor, estaban amontonados los juguetes que fueron de Olga...

Julio Zelada nos repitió las palabras que oyera de labios del senador Lascano, en aquel su delirio conmovedor. Y mientras hablaba, sus ojos no se apartaban de la ventana que daba sobre la plaza Lavalle. Quizás emocionado...

—Augusto Lascano seguía arrullando a la muñeca, y yo... De pronto sentí una respiración a mis espaldas. Me di vuelta rápidamente, y vi a Reinaldo.... con el rostro ensombrecido...

—¿Y qué le dijo...? —preguntó Quelño, de inmediato.

—Nada de lo que temí en un principio —respondió Zelada, estirándose el cuello de la camisa.

—Bueno, pero...

—En cambio, me habló del estado de su padre.

—¿Pero no es usted su médico...? —observó Yarce, extrañado.

—Sí...

—Entonces...

—Que yo sea su médico no quiere decir que haya tenido oportunidad de verlo en los instantes críticos. ¿No le parece?

—Claro, claro... —intercedió Quelño, nerviosamente.

Zelada continuó diciéndonos que, según Reinaldo Lascano, el senador había sufrido varias crisis desde la muerte de Olga. Pero que nunca lo vio como entonces.

—Tan afectado...

Cuando terminó de hablar, Julio Zelada nos contempló expectante, como un examinando. Su relato llevó a mi ánimo una sugestión maldita. Era como la suma de todas las deformaciones. Me pareció que el mundo perdía sus contornos para fundirse en la locura. En un cascabel grotesco.

Bernal Cheste se dirigió a Zelada con voz opaca.

—¿Y usted qué opina? —demandó.

—¿Personalmente? —inquirió el otro, receloso.

—No. Como profesional.

Zelada no contestó hasta pasado un momento.

—Yo lo considero como un caso de alucinación —manifestó al cabo—. Es un estado de pérdida de conciencia, provocado por el dolor que le ocasionó la muerte de su hija. En esos momentos, el senador acaricia a la muñeca y conversa con ella porque cree que es verdaderamente su hija Olga...

—¿Podría traer consecuencias graves, eso? —indagó Quelño, interesado.

Y el prefecto acompañó la pregunta del juez con un movimiento de cabeza.

—Podría ser que llegara a sentir impulsos suicidas... —expresó Zelada, pensativo—. Pero en ese caso, no se mataría influido por la pena, sino que lo haría atraído por la imagen creada...

—Y dígame, esos estados de alucinación, ¿son compatibles con una idea fija que lleve al sujeto a obrar en forma consciente? —planteó Cheste, estudiando atentamente el semblante de su interlocutor.

—Eso depende de que la idea fija sea creada o no por el sujeto —aclaró Zelada—. Pero, en todo caso, las alucinaciones serían siempre sobre el tópico de la idea fija.

Eran casi las seis de la tarde.

Cumplido el objeto de su visita, el doctor Zelada abandonó la Prefectura, escoltado por la mirada distraída de Bernal Cheste. Pero no tardó en volver.

—¡Ah, me olvidaba...! —dijo desde la puerta.

Y avanzando hasta el escritorio de Yarce, depositó sobre la carpeta un objeto diminuto. Blanco y delicado.

—Mi prima Gertrudis me encargó que les trajera esto...

El capitán echó el busto hacia atrás, contemplando aquello con los ojos muy abiertos. Entre sorprendido y desconfiado.

Wifredo Z. Quelño estiró una mano para tomar el juguete. Que exhibió a nuestras miradas.

Y Cheste esbozó una sonrisa, al ver la rapidez con que el brazo judicial se abatía sobre el indefenso toro de celuloide.

Cuadro octavo

El mismo día, a las 22:15 hs. En Torre de Agua

La cena tocaba a su fin.

Wifredo Z. Quelño encendió su habano y entornó los ojos con expresión beatífica. Con la tranquilidad de conciencia de quien no ha hecho nada. Como un ministro. Como un ministro que no hace política, dirán ustedes...

Indudablemente, nuestro invitado se sentía feliz. Y no pensaba ya en el espinoso caso de los juguetes...

En cambio, el capitán Yarce no tenía otra cosa en la cabeza. Claro que él era militar. Y su concepto del deber no le permitía ciertas autonomías...

Bernal Cheste jugaba con el torito de celuloide.

—Bueno..., ya está aclarado, la asimilación es completa —dijo poniendo el juguete contra una botella—. Desde luego, la esposa de Antonio Ruiz Haedo era el ave mítica que ponía huevos de oro. Porque este toro también fue cisne...

El prefecto, que paseaba por la pieza, tuvo un primer impulso de ira. Pero consiguió dominarlo. Se recostó en la pared, cruzó los brazos y posó su mirada en Cheste.

—Hace mucho tiempo que vengo oyendo tus frases..., digamos..., absurdas... —expresó con lentitud—. ¿No crees que tu afición por lo desconcertante dura ya demasiado?

Bernal lo contempló fijamente.

—¿Estás dispuesto a escuchar la verdad, por increíble y descabellada que te parezca? —preguntó.

—No creo que nada pueda sorprenderme.

—Eso lo dirás después —replicó mi primo—. Pero te advierto que, si no he hablado antes, fue porque tenía la seguridad de que no me creerías. Y todo se hubiera perdido.

Quelño pareció despabilarse.

—¿Fue por eso que nos lo iba diciendo en pequeñas dosis incomprensibles? —demandó, sacudiendo su cigarro. Y soplando luego la ceniza que cayó sobre su ropa, esperó la respuesta.

—En realidad —manifestó Cheste, sonriendo—, aquellas reflexiones que ustedes calificaron de idioteces no fueron más que un elemental curso de introducción al conocimiento de la delirante fantasía del Desconocido.

¡El Desconocido...! ¡La imaginación del Desconocido...!

En aquella memorable sobremesa, Cheste nos revelaría cómo habían sido asimilados los signos del zodiaco... Y nosotros debimos comprender que era vano desconocer su exactitud. Aunque más pareciera fábula...

Las últimas palabras de Bernal electrizaron el ambiente con una carga de ansiosa expectativa.

Cristián Yarce esperaba, alerta, con todos sus sentidos conjugados en intensa dependencia. Y mientras encendía su pipa, en cuyo hogar parecía buscar no sé qué pérdidas esperanzas.

Los movedizos ojos de Quelño buscaban en el rostro de mi primo un reflejo de sus pensamientos. Y, no hallándolo, se inmovilizaban, mirando fijamente a través de los cristales de sus lentes...

—Como dije en otra ocasión —prosiguió Cheste—, lo importante en este caso era saber cómo establecía el Desconocido la relación entre los signos del zodiaco y las víctimas elegidas.

—¡Adelante, adelante...! —instó el juez, impaciente.

—En un principio, el hecho de que Rubén Escudero fuera asesinado en Acuario me hizo pensar en una adaptación bíblica del zodiaco. Ya saben ustedes por qué. Pero cuando consideré atentamente el asunto, comprendí que no era por ahí. Más tarde, y por poco tiempo, tuve en cuenta la posibilidad de que el Desconocido realizara sus asimilaciones en forma caprichosa, esto es, usando en cada caso la correspondencia que más le convenía.

—¿Una semejanza de nombres, por ejemplo? —indagó Yarce, lanzando sucesivas aureolas de humo.

—Exactamente —confirmó Bernal—. Y por eso advertí, en vísperas de Aries, la eventualidad de que el mayordomo Méndez fuera identificado con el carnero de Mendes, antigua ciudad del Egipto inferior...

—Lo que, en esa ocasión, los hechos se encargaron de rectificarle... —observó Quelño, con suavidad.

Cheste ignoró el comentario. O lo que fuera.

—Y por fin, tres días después de la muerte de Federico Salcedo, alcancé la verdad. Ciertas palabras de Gertrudis Ruiz Haedo me señalaron el camino...

Mi primo guardó silencio. Contemplando, abstraído, el humo de su Perahuí.

—Hubo también una frase de Augusto Lascano... —agregó.

—¿Y...? —lo urgió Quelño, compelente.

—Conjunción copulativa —repuso Bernal, sin inmutarse. El juez se volvió a Yarce, como solicitando su intervención.

—Esperamos que nos digas cuál es esa verdad —terció este, prefiriendo una actitud paciente.

—Simplemente... Mitología griega...

—¿Qué...?

—¿Cómo...?

—El Desconocido adoptó las representaciones griegas del zodiaco y buscó su correspondencia con los personajes que

le interesaban —aclaró Cheste, a media voz—. De esa manera, cada uno de estos encarna, para él, un dios o un héroe legendario de la antigua Grecia...

—¡Eso es una pesadilla! —definió Yarce, negativo—. Es tan absurdo que me impresiona como si hubieras perdido la noción de lo presente.

—No, Cristián, es inexorablemente exacto —aseguró Cheste—. Y voy a demostrarlo...

—Pero, ¿cómo es posible? —resistió el capitán, que no se resignaba.

—Como es notorio, el rey del Olimpo es Zeus, o Júpiter, y alrededor de él se agrupan las demás divinidades —continuó Cheste, recostándose en el respaldo de su butaca—. En cuanto constaté que todos los signos zodiacales tienen una relación más o menos directa con Júpiter, siempre de acuerdo con las concepciones griegas, no tuve dificultad en identificar al rey de los dioses, centro del cielo griego, con el senador Antonio Ruiz Haedo, jefe del partido oficialista y eje de la situación que planteaba el caso de los juguetes.

—¡Es sensacional...! —exclamó Quelño, espontáneamente.

—Dilucidado este punto fundamental, era necesario saber a quién representaba la primera víctima: la señora María Urrutia de Ruiz Haedo.

—De acuerdo con la fecha en que murió, y teniendo en cuenta el juguete abandonado por el Desconocido, no podía significar otra cosa que la cabra... —opinó el magistrado.

—Efectivamente, la cabra... —admitió Bernal—. Pero no a secas, sino una determinada. Porque María Urrutia fue madre de leche de Antonio Ruiz Haedo; y si este es Júpiter, aquella es su nodriza, la cabra Amaltea, cuyo cuerno es el de la abundancia... Y para los griegos, Amaltea ocupaba el signo de Capricornio.

El eco de las palabras de Cheste parecía salir del pozo de nuestra angustia. Y nadie cobró voz para interrumpir.

—Consideremos ahora a Escudero, que murió en Acuario. Los eruditos no se han puesto de acuerdo en la adjudicación de este signo, y creo que los mismos griegos tenían varias opiniones al respecto. Pero en fin... Para unos, representa a Deucalión, padre y regenerador del género humano, o hijo de Prometeo, a quien Júpiter encadenó a una roca. Para otros, es Aristeo, cuidador de abejas, que tomaba y dejaba su alma a voluntad. Y para los más, es Ganímedes, príncipe troyano llevado al cielo por Júpiter para hacerlo su copero.

—Entonces, el pequeño autómatas de lata...

—Eso, y el ser Escudero protegido y secretario de Antonio Ruiz Haedo, me decidieron a identificarle con Ganímedes, favorito de Júpiter, a quien servía la divina ambrosía, o sea, el agua de la lluvia...

—¿Sería por eso que el Desconocido dejó la canilla abierta? —se preguntó Quelño, acariciándose la calva.

—No se olvide de que también llovía... —advirtió Cheste, con acento burlón.

Pero el juez estaba demasiado preocupado como para hacer caso de bromas.

Y Cheste prosiguió...

—Llegamos a la desaparición y muerte de Enrique Ayala, en Piscis. Se ha querido ver en esta figura, a los peces que ayudaron a Venus y Cupido a huir del gigante Tifón, y también se busca en ella al delfín que llevó a Anfitrite ante Neptuno, que la hizo su esposa. Ahora bien, Neptuno, dios del mar, es hermano de Júpiter; por consiguiente, no es aventurado identificarlo con el contralmirante Ruiz Haedo, hermano del senador. Si a esto agregamos que fue Ayala quien presentó a Esther Latour al contralmirante, y que estos se casaron, estará claro que ella es Anfitrite y que Ayala es el delfín...

—Jamás pude imaginarme nada parecido... —confesó Quelño, pasándose un pañuelo por la frente.

—Ahora está claro el significado de los juguetes —expresó el capitán—. Pero, ¿cómo explicas el barquito de papel...?

—Hecho con una hoja de revista que ostentaba la fotografía de un carnero —añadió el magistrado.

—Ese es uno de los detalles que me dio más trabajo... —reconoció mi primo—. Teniendo en cuenta que fue asesinado en Aries, Federico Salcedo debería ser el carnero; sin embargo, el barquito parecía querer referirse a la caza del albatros...

—¡Es cierto...!

—¿Qué relación podría haber...?

—Es algo verdaderamente retorcido —anunció Ches-te—. Porque al hacer el barquito con aquella hoja ilustrada, el Desconocido condensaba varias ideas...

—No entiendo —declaró Yarce, frunciendo la boca.

—Ni yo —coincidió Quelño.

—Para los griegos, el carnero del zodiaco es Crisomalo, animal maravilloso dotado de palabra, que cruzó de Europa a Asia por los aires, llevando en su lomo a Frixo y Helé. Al llegar a Cólquida, término de su viaje, Frixo sacrificó el carnero a Júpiter, y colgó su vellón de un haya. Y este es el mismo vellocino de oro que provocaría más tarde el viaje de los argonautas.

—Todo eso es muy lindo, pero, francamente... —musitó Yarce, por completo desconcertado.

—Yo vislumbro algunos puntos de semejanza... —manifestó Quelño, con voz no muy firme—. A saber: el carnero hablaba, y Salcedo pronunció un discurso contra Antonio Ruiz Haedo en la asamblea del Partido Conformista; para llegar a Cólquida, el carnero debió volar sobre las aguas del Helesponto y del Ponto Euxino, y Salcedo intervino en la caza del albatros defendiendo su trofeo... El carnero fue inmolado a Júpiter, y Salcedo...

—¡Por vida de...! —exclamó el prefecto, cortando abruptamente su frase—. ¿Quiere decir que fue asesinado en obsequio del senador Ruiz Haedo...?

—Quizá el Desconocido buscara esa apariencia... —repuso Cheste, en tono reflexivo.

—Esto es demasiado para mi pobre cerebro... —murmuró el capitán, tomándose la cabeza con las manos. Y apoyando los codos en sus rodillas.

Quelño se volvió a Cheste, luego de contemplar al prefecto...

—A pesar de todo, la asimilación de Salcedo no me parece terminante —arguyó—. Porque todos los hombres hablan, y son muchos los que navegan... En cuanto al crimen, este siempre sería posterior a la adaptación.

—Esa misma reflexión me hacía yo antes de caer en la cuenta del detalle revelador —replicó Bernal, agitando un índice que apoyó en su frente. Porque Federico Salcedo era el albatros...

—Ya lo sé... ¿Y qué...?

—Pues que el albatros, ave marina, se llama también carnero del cabo...

Aquello era excesivo.

Y por un momento, llegué a temer que un acceso repentino nos hiciera prorrumpir en nerviosas carcajadas.

Cristián Yarce abandonó su sitio.

—¡Esto es sofocante! —masculló, yendo a abrir una ventana. Paseándose luego por delante de ella, como un imaginaria.

Cheste se sirvió un vaso de agua. Y lo apuró con ansia.

Quelño pidió café.

—Todavía hay algo más sobre Salcedo... —dijo Bernal, reanudando su exposición—. Así como el testamento de María Urrutia está representado por el cuerno de Amaltea, el vellón de

oro de Crisomalo simboliza, a ojos del Desconocido, los doscientos mil pesos que debía heredar Salcedo como único legatario sobreviviente... Y su muerte los ofrecía al senador Ruiz Haedo...

—Que también ha muerto —señaló Quelño, paladeando el café que le trajera Teudis.

—En Tauro —concretó mi primo—. He ahí el error más grave que he cometido hasta ahora... —indicó con acento fatigado—. Yo conocía la adaptación mitológica del zodiaco, pero el testamento ológrafo me desorientó. Mejor dicho, la condición del testamento ológrafo...

—Tú no podías adivinar... —justificó Yarce, sin detener sus idas y venidas.

—Pero debí comprender...

—No veo qué.

—El signo de Tauro admite dos representaciones, dentro de la mitología griega, claro está... La más generalmente difundida por los diversos autores es la que lo relaciona con el rapto de Europa. Júpiter, transformado en toro, sorprende a la princesa fenicia y, lanzándose al mar, la lleva a la isla de Creta. Pero algunos poetas han sostenido que este signo del zodiaco corresponde a Io, a quien el mismo Júpiter metamorfoseó en vaca, encargando a Argos su custodia.

—Y tú creíste que lo era Gertrudis...

—Naturalmente. Ni por un momento se me ocurrió que Antonio Ruiz Haedo pudiera estar amenazado. Al contrario, todo se juntaba para señalarlo como el más sospechoso. En cambio, la condición del segundo testamento hacía temer por Gertrudis: además, ella misma se quejó de que el senador no la dejaba salir, que la hacía vigilar por Soto...

—Era muy lógico pensar así...

—Desde luego. Y porque era lógico, nos engañó el Desconocido. Porque contaba con ello... —expresó Cheste, con

amargura—. Y pudo matar a Antonio Ruiz Haedo en nuestras propias barbas...

—De cualquier manera... —insinuó el otro.

—A mí se me debió ocurrir que Antonio Ruiz Haedo había secuestrado a Olga Lascano, antes de que el Desconocido me lo señalara con la muerte del toro... —lo interrumpió Bernal.

—Y dijo usted ayer que el Desconocido se inspiró en el rapto de Olga Lascano... —reflexionó Quelño, agitando suavemente la cabeza.

—Eso fue lo que le dio la idea... Y de ahí partió la primera adaptación: la de Antonio Ruiz Haedo a Júpiter.

—Entonces —balbuceó Yarce, deteniéndose.

Pero no dijo más. Y reanudó su paseo.

—De acuerdo con lo dicho, la pequeña Olga sería Europa... —dedujo Quelño, sin mucha dificultad, por cierto.

—¡Claro, hombre...! —ratificó Cheste, con gráfico ademán—. Y supongo que Augusto Lascano será Agenor, primer rey fenicio... Y que su hijo Reinaldo interpretará a Cadmo, una de las representaciones simbólicas del Sol, que sale en busca de su hermana raptada...

El prefecto se detuvo frente a Cheste.

—¿Por qué dijiste antes que el toro también fue cisne? —le preguntó a boca de jarro.

—Porque Júpiter tomó la forma de un cisne para seducir a Leda, la noche de negras alas... Y de ella tuvo tres hijos que nacieron de dos huevos de oro: del uno, Helena, la aurora resplandeciente, de rosados dedos; y del otro, los Dioscuros, Cástor y Pólux, que representan la Luna y el Sol...

—Esa correspondencia parece clara —observó el juez.

—Sí... —convino Cheste. Helena sería Raquel, aunque no me parece que tenga su temperamento; y Cástor y Pólux serían los mellizos Carlos y Pablo, los cuales morirán el 21 de mayo...

Cristián Yarce casi se abalanzó sobre mi primo.

—¡Eh!, ¿qué estás diciendo? —gritó, tomándolo por los hombros—. ¿De dónde sacas que los mellizos morirán el 21 de mayo?

—Mi querido capitán... ¿Has olvidado que ese día el Sol entra en Géminis, y que este signo corresponde a los Dioscuros? —adujo el otro, desasiéndose.

El prefecto se vio huérfano de respuestas. Que huyeron de su garganta. Y se fue a sentar lejos de nosotros.

—Esto está muy interesante —murmuraba el magistrado, frotándose las manos—. ¿No sabe a quién representa Gertrudis...?

—Se pone usted exigente... —reprendió Cheste, sonriendo con indulgencia—. Yo no puedo saber más adaptaciones que las señaladas por el Desconocido, o sea, las correspondientes a sus víctimas, y alguna que otra muy inmediata...

—Pero Gertrudis es inmediata...

—No tanto como parece, porque no se puede fundar en el parentesco, simplemente...

—Usted habló una vez de dos vacas...

—Una de ellas era lo...

—¿Y la otra?

—Juno, que se escondió en Egipto transformada en vaca, mientras duró la guerra entre los gigantes y los dioses.

—Así que usted supone que, para el Desconocido, Gertrudis Ruiz Haedo es Juno...

—Teniendo en cuenta que es hermana de Antonio y Pedro Ruiz Haedo, y considerando su carácter y su condición de ama de casa, bien puede comparársela con Juno, la diosa implacable, reina del Olimpo, y hermana de Júpiter y Neptuno...

—Pero Juno también fue esposa de Júpiter...

—Las adaptaciones tienen que ser aproximadas... —respondió Bernal—. Porque hay una realidad que el Desconocido

no puede modificar... Además, una cosa como la que usted dice estaría muy mal vista en estos tiempos. Digo yo...

Wifredo Z. Quelño permaneció callado un momento. Que no fue largo.

—Su demostración ha sido muy brillante —le dijo a Cheste—, pero se ha olvidado usted de Sagitario...

Y sonrió irónicamente.

—No me he olvidado... —rectificó el interesado—. Sino que lo dejaba para el final, porque, a más de frustrado, no tiene las mismas características de los demás...

—¡Pero se trata del primer paso del Desconocido...! —alegó Quelño, enfático.

—De acuerdo —concedió Cheste—. Y en eso está, precisamente, su diferencia fundamental... Porque el atentado de Sagitario fue realizado antes de existir el segundo testamento de María Urrutia. De manera que el Desconocido no pudo guiarse por él...

El juez meditó un instante.

—Eso es indudable —admitió al cabo—. Pero, ¿por qué querría matar a Pinel?

—Esa es la incógnita...

—Quizá por ser uno de los Curiosos de Mitra...

—Yo también lo he pensado —expresó Cheste—. Y si fuera esa la causa...

—Es muy probable...

—En eso reside la dificultad. En cuanto a lo demás... De acuerdo con la interpretación griega del zodíaco, el signo de Sagitario ofrece tres representaciones, originarias de otras tantas comarcas. Para la mayoría, es el centauro Quirón, famoso cazador de Tesalia, que enseñaba la medicina, la astronomía y la música...

—La asimilación resulta fácil... —opinó Quelño, con petulancia—. Ya que Pinel también es un famoso cazador...

—Las otras figuras son igualmente adaptables a Pinel —señaló mi primo—. Porque Crolo, hijo de Eufernia, nodriza de las Musas, fue el más intrépido de los cazadores del Parnaso. Y en cuanto a Hércules...

—¡Naturalmente, hombre...! Nada que decir... —interrumpió el juez, alzando los brazos.

—Sin embargo, hay un detalle curioso... —advirtió Bernal, con acento indefinido—. Quirón fue quien enseñó a Hércules el manejo del arco...

—Realmente, no veo...

—Y Quirón murió a raíz de una herida en la rodilla, provocada por una flecha que, involuntariamente, le disparara Hércules. Ahora, reflexione usted sobre la bala de cera, y no olvide que Zelada es médico.

Hubo un silencio. Que yo aproveché para hacerme un lío con Zelada, el senador Pinel y sus posibles y arbitrarias relaciones con Sagitario, Hércules y el centauro Quirón.

El capitán Yarce tornó a pasearse por delante de la ventana. Con las manos en la espalda.

Cheste lo contemplaba con curiosidad.

—¿En qué estás pensando, tan preocupado...? —le preguntó, en tono amistoso.

El prefecto se detuvo, para mirarlo fijamente.

—¿Por qué deja el Desconocido esos juguetes...? —demandó, agitando una mano de dedos crispados.

—Yo creo que para confirmar lo que él descuenta que nosotros supongamos...

—¿Cómo, cómo...? —inquirió Quelño, estirando el cuello.

—El Desconocido esperaba que nos diéramos cuenta de la adaptación zodiacal, y dejaba los juguetes para que no nos cupieran dudas de que así era.

—¿Y por qué los sigue dejando?

—Para que no creamos que Ruiz Haedo se ha suicidado... Yarce caminó hasta la puerta, y regresó. Apresuradamente. —¿Crees que el Desconocido tiene interés en que sepamos la asimilación mitológica? —indagó, encarándose con Cheste.

—Supongo que sí —respondió Bernal—. Porque me parece que el Desconocido tiene mucho interés en que se encuentre un culpable... Que no sea él, desde luego.

Quelño volvió a pedir café.

Cuadro noveno

Viernes 22 de abril, a las 18:45 hs. En Juncal 1502

—¿Dónde estaba esto? —interrogaba el capitán Yarce, agitando entre sus dedos el toro blanco de celuloide. Gertrudis Ruiz Haedo tuvo una sonrisa desdeñosa.

—¡Dónde... dónde...! —masculló, con desprecio—. No hacen más que preguntar, no sirven para otra cosa, ¡polizontes...!

Ante la insistencia del prefecto, los ojos de la solterona adquirieron un brillo malicioso.

—Vino envuelto en este papel... —declaró luego, tendiendo a su interlocutor una marquilla de cigarrillos Perahuí.

Bernal Cheste se precipitó, casi, sobre ella. Arrebatándosela al capitán.

—¡Pero es el colmo...! —decía mi primo, dudando entre reírse o ponerse serio—. ¡Ya..., hasta se mete conmigo...!

—Yo diría que se burla... —opinó Quelño, regocijado.

—No me importa lo que sea —terció Gertrudis, con acento glacial—. El caso es que ese mensaje grotesco fue encontrado en el buzón de la correspondencia...

—¿Quién lo encontró? —se interesó Cheste, examinando el sobre en que llegara la marquilla—. Esto no ha venido por correo...

—El mayordomo Méndez es el encargado de recoger la correspondencia —repuso Gertrudis, en tono neutro.

—¿Cuándo fue hallado el juguete?

—Ayer por la mañana.

Y como temiendo nuevas preguntas, la poco sociable dama se dirigió a la escalera que la llevaría a sus habitaciones. Grave y solemne, como una institutriz sufragista.

—Quiere decir... —monologaba Yarce— que el Desconocido puso el juguete en el buzón anteayer, o sea, la tarde en que murió el senador...

La susceptibilidad de Wifredo Z. Quelño había sido herida por la forma en que Gertrudis nos plantara.

—Es un desaire insoportable... —manifestó, visiblemente disgustado—. Esa señorita ya me tiene... ¡hasta aquí! —Y señaló con un dedo vertical su monda coronilla.

Cheste contempló risueñamente la gráfica indignación del magistrado.

—No se lo tome tan a pecho, señor juez... —le dijo, en tono despreocupado—. Si la señora no lo hace por ultrajar su dignidad...

—¡Qué señora ni señora...! —protestó el otro, levantando un brazo en señal de fastidio—. A usted le ha dado por adjudicarle ese tratamiento...

Bernal fingió no comprender aquel desplante.

—¡Pero, Wifredo...! —exclamó, abriendo los brazos en un gesto de sorpresa—. Piense que ella se ha ganado el ascenso por antigüedad...

En la puerta del comedor apareció la indecisa figura de Carlos Ruiz Haedo. Con la mirada vaga. Y una sonrisa absurda estereotipada en sus labios entreabiertos.

—¡Salud, preclaros hijos del legamoso Plata! —pronunció con grave donaire. Y avanzó hacia nosotros...

De la conversación sostenida con él, el capitán Yarce pudo extraer preciosos datos sobre las últimas actividades del senador Antonio Ruiz Haedo.

De acuerdo con lo declarado por Carlos, en la tarde del 20 de abril su tío Pedro fue a buscar al senador para acompañarlo al Congreso; y antes de salir, habían tomado licores en compañía de Esther Latour, Julio Zelada, Raquel, Pablo, y él mismo.

—¿Quién sirvió los licores? —indagó el prefecto.

—Méndez —replicó el interpelado—. Él fue el escanciadador del engañoso zumo...

Una voz agria clamaba en las alturas.

—¡Carlos...! —llamó su tía Gertrudis—. ¡Basta de contemplaciones con esos demonios...!

—Parece que me llaman... —murmuró él, poniéndose de pie—. Veámos que quiere mi encantadora tía...

Y vacilando ligeramente, comenzó a subir los peldaños, deteniéndose luego en mitad de la escalera.

—Al dorado Helios, sobre quien convergen vuestras miradas hondas, le han sido gratas las Keres de la muerte negra —declamó, volviéndose a nosotros, con una mano extendida.

Nos miramos, estupefactos.

Cheste y Quelño se adelantaron simultáneamente.

—¿Qué significa eso? —preguntaron, casi al unísono.

Carlos Ruiz Haedo se encogió de hombros, poniendo un dedo sobre sus labios. Y chistó suavemente, como pidiendo silencio.

—Un mensajero de palabra tibia vertió en mi oído la noticia clara —expresó, en tono confidencial.

Y reanudó su ascensión. Apoyándose en el pasamanos, como en un báculo.

No tuvimos tiempo de reaccionar.

Porque alguien empujó violentamente la puerta de vaivén que daba al corredor.

Y Julio Zelada se vio ante nosotros.

—El mensajero... —musitó Cheste, torciendo la cabeza.

—¿De dónde sale usted? —inquirió Yarce, dirigiéndose al recién llegado. Quien no perdió su aplomo.

—Estaba en la biblioteca..., y como oí hablar...

—Hace ya rato que se habla aquí —contestó el prefecto, sin mucha cortesía. Y con bastante sequedad.

—Es cierto —convino el otro, sonriendo cínicamente.

—¿Cómo...?!

—Que ya lo sé.

—¿Quiere decir que ha oído...?

—Cosas muy interesantes; sí, señor.

El capitán pareció perplejo, contemplando a su interlocutor.

(¡Y todavía lo dice...!).

Wifredo Z. Quelño no hizo esperar sus preguntas. Que no fueron muchas. Porque Zelada se apresuró a reconocer que aquella tarde había tenido cierta conversación con Carlos Ruiz Haedo...

—Y le habló usted de una correspondencia mitológica...

—Le hice notar algunas coincidencias —aclaró el médico, golpeando la punta de su cigarrillo contra la uña de su pulgar izquierdo.

—¿Y de dónde las sacó usted?

—Es una pregunta delicada....

—¡Vamos, hombre!

—Ya que usted me presiona... En fin..., hablaré —se avino Zelada, que no deseaba otra cosa.

Pero antes de hacerlo, encendió su pitillo.

—Esta mañana yo tenía que ir a casa del senador Lascano, y Raquel, que lo sabía, me pidió que transmitiera a Reinaldo su deseo de que él la visitara, porque tenía que hablarle.

—Pero, ¿qué importa eso? —se impacientó el juez.

—¿Qué importa...!? Ahora va a ver... —lo detuvo Zelada, con acento sugestivo—. Como iba diciendo, fui a casa de Las-

cano, y allí me hicieron esperar en una salita. Salita esta que comunica con la biblioteca por una puerta, que estaba cerrada, aunque su banderola permanecía abierta. De esa manera, pude oír claramente las voces del senador Lascano y de su hijo, que conversaban animadamente.

—¿Y qué decían...?

—Yo escuchaba involuntariamente, sabe usted... Pero cuando comprendí de qué se trataba, me quedé espantado. Por un momento pensé en marcharme..., pero luego, acallando mis escrúpulos, en pro de la investigación, me acerqué a la puerta, procurando no perder una sola sílaba.

Al llegar a este punto, Zelada se echó hacia adelante, bajando la voz.

—Hablaban de mitología... —dijo, en un calculado susurro—. Y decían que los crímenes eran una asimilación de dioses y héroes griegos.

—¿No establecieron nada en concreto? —interrogó Cheste—. Quiero decir, ¿no personalizaron...?

—Por lo que yo entendí, el senador Lascano aseguró que cuando el Sol entraba en un signo del zodiaco, moría uno de los titulares mitológicos de ese signo. Y así me enteré de que Antonio representaba a Júpiter, María Urrutia a Amaltea, Olga a Europa...

—¿Por qué Olga a Europa...? —demandó Yarce, incisivo.

—¡Ah...! —murmuró Zelada, ambigualmente—. Parece que los Lascano han llegado a la conclusión de que Olga fue secuestrada por orden de Antonio, para impedir que Augusto concurriera al Senado cuando se trató aquel asunto de los diplomas...

La llegada de Méndez, que vino en busca del médico, a quien su prima Gertrudis reclamaba, puso inesperado fin a la conversación. Pero todavía Cheste habría de formularle una pregunta.

—Dígame, Zelada, ¿sabe usted qué le quería decir Raquel a Reinaldo Lascano?

—En absoluto —repuso el médico, ya de pie—. Lo único que puedo decirle es que Reinaldo estuvo aquí por la tarde, enseguida de almorzar.

Y como Carlos, él también subió la escalera. Aunque con más seguridad en el paso. Y más soltura en el porte.

El mayordomo se disponía a retirarse, y ya insinuaba una reverencia, cuando Cheste lo retuvo.

—Un momento, Méndez —le dije—. Tenemos algo que aclarar.

El criado se puso en guardia.

—¿Qué desea el señor?

—Quiero que me diga por qué se llevó usted el uniforme de Enrique Ayala.

Méndez cambió de color. Y Quelño de postura.

—¡Eso es! —apoyó el prefecto, con energía—. ¿Cómo lo robó? ¿Dónde estaba usted? ¿Eh...? ¡Diga!

Aún estoy dudando sobre los motivos que decidieron la consiguiente declaración de Méndez. Quizás el tono autoritario de Yarce influyera en algo, pero también es probable que el mayordomo deseara terminar de una vez.

—Aquella noche —comenzó el criado— yo había venido a buscar una ropa que me hacía falta y, al llegar a la esquina de Paraná y Juncal, vi entrar a los señores por la puerta de Paraná —explicó, señalándonos a Cheste y a mí con sendos movimientos de cabeza.

—¡Ajá! —musitó Bernal—. Y esperó usted a que saliéramos, ¿verdad?

—Sí, señor. Y después de que se alejaron, entré por la puerta de Juncal, yendo a buscar mi ropa. Por cierto que me extrañó ver salir con los señores al doctor Zelada.

—Eso no es cuenta suya —observó el capitán, severo—. Y si usted iba a su cuarto, ¿qué fue a hacer al departamento de Escudero?

Méndez sostuvo la mirada de Yarce.

—Tuve curiosidad de ver qué había pasado allí —repliqué—. Y como yo sabía dónde estaba la llave...

—Así que usted entró en el departamento y se encontró con el uniforme... —concluyó Quelño, reflexivo.

—Sí, señor.

—¿Y por qué se lo llevó? —lo apuró el juez, repitiendo, aunque con más énfasis, la primera pregunta de Bernal.

El semblante de Méndez pareció nublado por una expresión indefinida.

—Dígame, ¿me equivoco al suponer que Ayala era pariente suyo? —le preguntó Cheste, con acento suave.

El mayordomo miró largamente a mi primo.

—No, señor... —respondió al cabo, meneando la cabeza—. Enrique Ayala era mi hermano.

—¿Su hermano...?! —casi gritó el prefecto, incorporándose sobre los brazos del sillón.

—Hermano de padre —puntualizó Méndez—. Yo no fui legítimo... —agregó, humedeciéndose los labios con la lengua.

—¿Y Ayala lo sabía? —indagó Quelño, tratando de parecer amable. Y resultando compasivo.

—Sí, señor. Nuestro padre se lo dijo antes de morir...

—Siendo así, no comprendo cómo... —inició el juez.

—Yo mismo me opuse a que se conociera nuestro parentesco —lo interpretó Méndez—. Él hacía una brillante carrera, y yo no sirvo más que para criado; ¿de qué hubiera valido?

—¿Se veían a menudo? —inquirió Yarce, encendiendo su pipa.

—Sí, señor. Cuando dejaba la casa del contralmirante, venía al jardín y allí charlábamos.

—Así que la noche que murió Escudero... —insinuó Cheste, levantando apenas la vista.

—Nos encontramos a las nueve en el jardín y estuvimos juntos hasta que el senador Lascano llamó por teléfono.

Interrogado sobre la desaparición de su hermano, el mayordomo declaró que no se había enterado hasta varios días después.

—¿No creyó usted que pudiera ser el asesino? —demandó el capitán, algo irreflexivamente.

Y los rasgos de Méndez parecieron endurecerse.

—¡Era mi hermano...! —protestó, con ofendida dignidad.

—Sí, pero...

—Además, era imposible que lo fuera —añadió el criado—. Él estuvo conmigo de nueve a nueve y diez; y a esa hora, el asesino del señor Escudero debía estar ahí, en el departamento.

Mientras proseguía el interrogatorio, yo meditaba sobre la posible misión que habría desempeñado Méndez en aquella casa. ¿Por qué empeñarse en seguir de mayordomo, cuando su hermano tenía posibilidades de colocarlo mejor? Y no pude desechar la idea de que tal vez los Curiosos de Mitra... ¡Por algo se querellaba Pablo...!

Bernal Cheste hizo la pregunta de fondo.

—¿Por qué se hizo pasar usted por el teniente de navío Ayala? —planteó, posando su mirada en Méndez.

—Cuando vi el uniforme en el vestidor del departamento, comprendí que mi hermano había sido víctima de algún atentado, y que alguien quería hacerlo aparecer como huido —repuso el mayordomo—. Fue para eso que me llevé su uniforme, para aprovechar luego mi parecido con Enrique...

—Y se disfrazó usted el 19 de marzo, al mes justo de desaparecer Ayala...

—Sí, señor. Me pareció que esa noche sería más eficaz...

—¿Más eficaz...?! —se admiró Quelño—. ¿Qué quiere usted decir?

—Yo creía que el doctor Salcedo era el responsable de todo. Por eso supuse que si él veía con vida a una de sus víctimas, al mes justo de haberla atacado, se impresionaría terriblemente —explicó Méndez, con muy doméstica ingenuidad.

—De modo que usted también tenía su teoría... —comentó Cheste, con acento ligeramente sarcástico.

—¿Y qué efecto le produjo el asesinato de su sospechoso? —indagó Quelño, con aire de superioridad.

—Desconcierto, señor —replicó el criado, con voz calma—. Y además temiendo que pudiera llegar a comprometerme, quemé el uniforme de mi hermano...

—¿Desde cuándo sospechaba usted de Salcedo? —quiso saber el prefecto—. ¿Desde la muerte de Escudero?

—Sí, señor.

—Entonces..., ¿fue usted el del guante?

Méndez fijó su vista en Yarce; luego, en Cheste; y por fin, en Quelño. En los tres halló la misma expresión. Y aquello lo decidió a confesar.

—Sí, fui yo —afirmó, con entereza—. Yo estaba seguro de que el señor Escudero había sido asesinado a causa del segundo testamento de la señora Urrutia; por consiguiente, el criminal tenía que ser uno de los legatarios, y como mi hermano no podía ser...

—Tenía que ser Salcedo, ¿verdad? —concluyó Cheste, reumatando el arbitrario razonamiento del mayordomo.

—Así lo creí yo, señor —confirmó este—. Y suponiendo que estaba tratando de complicar a mi patrón...

—A quien usted consideraba fuera de toda sospecha... —reflexionó Yarce.

—Desde luego, señor —convino el otro—. Yo no podía dejar que llevara su plan adelante y procuré desbaratárselo...

—Poniendo uno de sus guantes en la pieza del muerto...

—Lo que llevaría a los señores a sospechar del doctor Salcedo —terminó Méndez, con cierta satisfacción—. Pero yo estaba equivocado...

—Ya lo hemos visto —expresó Quelño, como para sí.

La voz estridente de Gertrudis Ruiz Haedo volvió a herir nuestros oídos. Había bajado silenciosamente la escalera y, desde el último peldaño, hablaba sin mirarnos.

—¡Méndez, vaya a atender sus obligaciones! —le ordenó.

Y cuando el mayordomo obedeció, retirándose, la vieja ar-
pía clavó sus ojos de búho en el capitán Yarce.

—Usted, sanguijuela, en vez de meterse en lo que no le importa, debería averiguar quién tiene la llave de la puerta de la calle Paraná... ¡Inútil! —lo apostrofó, con rabioso desprecio.

Cuadro décimo

Lunes 2 de mayo, a las 16:50 h. En el SIC

—Yo tengo la llave de la puerta de la calle Paraná —declaró nuestro visitante, poniéndola sobre la mesa del prefecto, diez días después—. ¡Aquí está...!

Había llegado en un estado de profunda agitación. Y cuando estuvo frente a nosotros, habló de pronto, sin preámbulo ni saludo alguno.

—No puedo más... ¡Yo maté al senador Ruiz Haedo! —confesó, dejándose caer en un sillón.

—¿Usted...?! —chilló el capitán, señalándolo con un dedo extendido—. ¿Pero qué es lo que dice?, ¿se ha vuelto loco? —Y lo sacudía por los hombros—. ¡Conteste, hombre!, ¿cómo pudo usted haber hecho eso?

Fue entonces cuando el otro sacó la llave y la puso sobre la mesa.

La miramos con fijeza hipnótica. Porque allí estaba el minúsculo objeto que permitiera la comisión de tan abominables delitos. Pequeñita, niquelada, insignificante en su tremenda importancia.

Y aquel hombre abatido en un sillón decía ser el autor de la espeluznante serie de asesinatos.

—Todo ha ocurrido, porque usted buscó una vaca que tuviera en su flanco el signo de la Luna —manifestó Cheste, escrutando el rostro de nuestro visitante.

Este sostuvo su mirada, sin pestañear.

—¿Así que usted lo sabe...? —interpretó—. Entonces me comprenderá. Yo luché contra el dragón...

—Y sembró sus dientes —añadió Bernal.

Quelño se agitaba, impaciente.

—Dejemos eso, dejemos eso... —decía—. Y cuente, ¿cómo fue?, ¿cómo hizo todo?

—Yo me aproveché de las disposiciones contenidas en el segundo testamento de María Urrutia para hacer creer que el móvil de los crímenes era la herencia...

—¿Y cuál era? —apremió el magistrado.

Reinaldo Lascano perdió su mirada en el vacío.

—Yo supe que Antonio Ruiz Haedo era el responsable del secuestro de mi hermana Olga —expresó, con voz lenta y pausada—. Ella murió por su culpa, y yo decidí matarlo.

—Y para eso lo identificó con Júpiter... —observó Cheste.

—Sí. Con el raptor de Europa...

—Y usted se asignó el papel de Cadmo, que debía buscar una vaca marcada con el signo de la Luna...

—Así es —confirmó el otro—. Yo era el héroe solar... Por eso imaginé vengarme, siguiendo el camino del Sol...

Cristián Yarce no era afecto a la fantasía. Y cortó sus vuelos. Trayendo a Reinaldo a su terreno. A su terreno de él, claro está.

—Comprendo que usted quisiera vengarse de Ruiz Haedo —le dijo—. Pero, ¿y los otros...?

—Los otros fueron sus comparsas... —repuso el interpe-lado con frialdad.

La inesperada confesión de Reinaldo Lascano daba al caso de los juguetes una solución decepcionante.

Y el asunto parecía terminado.

—Reflexionen ustedes, y verán que tres de los muertos eran dirigentes del Partido Conformista —indicó el joven

Lascano—. María Urrutia no era más que un instrumento de Ruiz Haedo; y en cuanto a Enrique Ayala, sabía demasiado.

—No acabo de entenderlo —murmuró Quelño, meneando la cabeza—. Después de prepararlo tanto...

—Ya he terminado mi venganza —aseguró Reinaldo—. Y ahora, me entrego a la Justicia.

—Es un capricho... —comentó Bernal, con acento ligeramente frívolo.

Pero Reinaldo Lascano no contestó.

—¿Por qué mintió acerca del cortapapeles? —le preguntó luego, el prefecto.

—Porque me convenía —respondió el interesado—. En realidad, nadie me lo quitó después.

—¿Y para qué lo robó? —insistió Yarce—. ¿No tenía usted el de Escudero?

—¿¡El de Escudero...! —se sorprendió Lascano, palideciendo—. No..., yo no lo tuve nunca. Cuando entré en su departamento para matarlo, ni me fijé en su plegadera... Fue después que se me ocurrió la idea... cuando se le dio tanta importancia...

—Y, ¿cómo mató a Ruiz Haedo? —indagó Quelño, con acento de profundo interés.

—Cuando me separé de ustedes, minutos antes de la sesión, me encontré con él en uno de los pasillos. Le dije que yo no estaba de acuerdo con la actitud de mi padre, y le ofrecí un cigarrillo... Estaba envenenado...

¿Quién habría robado el cortapapeles de Escudero?

Mientras yo me formulaba interiormente esta pregunta, Bernal Cheste planteó otra de viva voz.

—Dígame, amigo, ¿de qué clase de tabaco era el cigarrillo que ofreció usted al senador Ruiz Haedo?

Reinaldo Lascano lo miró extrañado. Y receloso.

—Era tabaco rubio. ¿Por qué?

—Por nada..., quería saberlo...

Hubo un momento de silencio. Al cabo del cual, el joven Lascano decidió terminar.

—Eso es todo —resumió con voz cansada—. Más tarde ampliaré mis declaraciones en presencia de mi abogado.

—Hay algo que quisiera saber ahora, si usted no tiene inconveniente... —expuso mi primo—. ¿Tenía usted resuelto desde un principio matar al senador Ruiz Haedo o solo pretendía hacerlo responsable de los otros crímenes?

El interpelado reflexionó un instante.

—Desde un principio tuve la intención de matarlo... —admitió, por fin.

Previa consulta con Wifredo Z. Quelño, el capitán Yarce oprimió un timbre, llamando al comisario Castil. Quien se hizo cargo del detenido.

Ya se alejaban los dos, cuando Cheste se dirigió al juez.

—Me gustaría saber quién será su abogado... —expresó, señalando a Reinaldo con un gesto.

Y Quelño formuló la pregunta.

—Haroldo Pinel —replicó Lascano, desde la puerta.

Apenas hubo salido, Cristián Yarce dio rienda suelta a su disgusto. Que era muy superior a la satisfacción que podía producirle la solución del caso.

—Conocer todos los detalles, tener todos los datos en la mano, haberlo descubierto casi todo y, sin embargo, no haber hallado al culpable —monologaba, midiendo su despacho a grandes pasos—. Ha sido necesario que él mismo lo confesara...

El juez de Instrucción hablaba con Cheste.

—¡Estoy asombrado! —decía, juntando las manos sobre el pecho y separándolas bruscamente hacia abajo—. Jamás hubiera supuesto que ese muchacho pudiera ser el Desconocido...

—Pues, a pesar de su confesión, yo todavía no he llegado

a suponerlo —manifestó Bernal, con cierta indiferencia. Lo que provocó la irritación del prefecto.

—¡A ver! —lo increpó—. ¿Por qué no crees que ese joven sea el asesino?

—Me preocupa el cigarrillo envenenado... —declaró el otro, con acento lejano.

—¡Qué!, ¿te mareas con ese cigarrillo?

—¡Oh, no!, pero el dictamen forense estableció que el envenenamiento de Ruiz Haedo se había producido por vía digestiva... Y yo no creo que el senador se comiera el cigarrillo..., ¿no te parece?

—A mí no me parece nada —contestó Yarce, fastidiado—. Pero mientras no me expliques de dónde sacó Reinaldo Lascano la llave de Paraná, no quiero ni oír hablar del asunto.

—Bueno..., entonces no hay más que decir —terminó Cheste, encogiéndose de hombros—. Reinaldo ha confesado, tú tienes un asesino y te conformas con sus razones, muy explícitas, quizás irrefutables, pero que a mí no me convencen...

Y la cosa quedó así.

PRENSA GRAFICA

Director: MARCIAL DE AREVA

Año XVIII Buenos Aires, Viernes 20 de Mayo de 1938 N.º 6557

!!!ULTIMO MOMENTO!!!

!!! SE ESCAPO REINALDO LASCANO !!!

A PUNTO DE CERRAR NUESTRA EDICION, SE NOS ANUNCIA QUE, EN HORAS DE LA MADRUGADA, HA HUIDO DEL SECRETARIADO DE INVESTIGACIONES CRIMINALES, DONDE PERMANECIA DETENIDO, EL ABOGADO REINALDO LASCANO, QUIEN NO HACE MUCHO SE CONFESARA AUTOR DE LOS CINCO ASESINATOS QUE CONSTITUYERON LA FANTASTICA CADENA DE LOS JUGUETES, CUYO IMPRESIONANTE DESARROLLO CONMOVIERA TAN PROFUNDAMENTE A LA OPINION.

DESCONCIERTO

La evasión de Reinaldo Lascano es el "nuevo hecho desconcertante", dentro de este sensacional asunto que las autoridades consideraban policialmente liquidado.

En realidad, todos los actos del fugitivo de hoy, parecen tender a un mismo fin: sembrar el desconcierto.

Primero fué su inesperada presentación al Prefecto del S. I. C., cuando nadie se fijaba en él, después de pre-

parar tan metódicamente su impunidad.

Luego, apenas levantada su incomunicación, se negó a recibir a nadie que no fuera llamado por él. ¡Y Raque! Ruiz Hacedo fué su visitante casi diaria!! En cambio, su padre, el senador Lascano, no concurrió una sola vez...

Ahora, se ha fugado... Y lo ha hecho en vísperas de Géminis!

¿Qué significa esto? ¿Por qué se entregó entonces?

EN NUESTRA EDICION DE LA TARDE: RECONSTRUCCION DE LA FUGA.

ACTO SEXTO

Mirando por los gemelos

Cuadro primero

Viernes 20 de mayo, a mediodía. En Torre de Agua

Cristián Yarce estaba furiosamente desconcertado.

Y Wifredo Z. Quelño no lograba disimular su inquietud.

—No puedo dejar de pensar —decía— en que mañana el Sol entra en Géminis... Y que los mellizos...

—A los mellizos no les pasará nada —aseguró el prefecto, apretando los dientes—. Reinaldo Lascano, ¡maldito sea!, no se atreverá a desafiar la vigilancia que dispondré. Aunque... —Y se interrumpió, reflejando el pensamiento en su mirada.

(¡Ojalá lo intentara...!).

Bernal Cheste sonreía casi a pesar suyo.

—Usted no cree que Reinaldo Lascano sea el Desconocido, ¿verdad? —le preguntó Quelño, con suavidad.

—Todavía no —replicó mi primo, en el mismo tono.

—¿Y por qué se iba a declarar culpable no siéndolo?

—Sus motivos habrá tenido... Quizá crea saber quién es el verdadero responsable y busque distraer sospechas...

—Y entonces, ¿por qué se fugó? —insistió el juez.

—No alcanzo a suponerlo.

—¡Eso, eso...! ¿Por qué se fugó? —repitió el capitán, enfático—. Porque es culpable. Él mismo lo confesó cuando nadie le pedía cuentas... Y si no, ¿por qué diablos lo hizo?

—Tendremos que dar con él —sugirió el magistrado, con acento imperativo. O poco menos.

—Eso no pasa de tres días —afirmó Yarce, con firmeza—. Castil se ha encargado de ordenar el cierre de carreteras y la intervención de puertos y estaciones.

—Bien, bien... —aprobó Quelño—. ¿Y qué piensa hacer esta noche?

—Esta noche voy a llenar de gente la casa de los Ruiz Haedo —repuso el otro—. Va a montar guardia todo el primer turno de la Brigada Especial... ¡Y veremos qué pasa!

Quelño se volvió a Cheste.

—¿Le parece que, a pesar de todo, irá el Desconocido? —demandó con un dejo de aprensión.

—Yo creo que sí...

Yarce agitó la cabeza, con evidente disgusto.

—¡Pues yo creo que no! —contradijo—. Y deberías venir conmigo para convencerte.

—Con mucho gusto —aceptó Bernal—. Precisamente, tenía la idea de pasar la noche en el departamento de Escudero.

—¿Por qué en el departamento de Escudero? —indagó el prefecto, receloso.

—Por nada. Pero esa puerta de Paraná...

—Me parece una buena idea —se apresuró a sancionar el juez—. Lástima que yo no pueda acompañarlos... Ustedes comprenderán, ¿no?, mi señora...

—Claro, claro... —interpretó Cheste, entre irónico y comprensivo—. Usted es un hombre de hogar...

Quelño miró a mi primo de soslayo. Pero no contestó. Y se dirigió al prefecto.

—Muy bien, estamos de acuerdo —manifestó—. Pero considero que los mellizos deben ser advertidos, cuidando de que no se enteren las mujeres de la casa. Sería alarmarlas...

—Sí, sí... —murmuró Cheste—. ¡Con alarmas a la señorita Gertrudis...!

La entrada de Teudis conjuró las posibles respuestas.

—Con permiso de los señores... Un mensajero acaba de traernos esta carta, que consideramos urgente.

—¿De quién es? —inquirió Cheste, recibéndola.

—Tenemos entendido que del señor de Areva —respondió nuestro mayordomo, retirándose.

—¡Todavía Un lector...! —clamó Yarce, meneando la cabeza—. ¡Bien se conoce que no era el senador...!

—¡Vamos, hombre, léala pronto! —apremió Quelño, golpeando a Cheste en un brazo.

Y este leyó:

“Señor director de *Prensa Gráfica*:

”Ha sido necesario que el senador Antonio Ruiz Haedo fuera asesinado para que su inocencia quedara demostrada. Quizá pudiera haberse evitado este último crimen, si la ceguera oficial no se hubiera complacido en admitir la culpabilidad del jefe conformista.

”Un contubernio indigno, realizado con inconfesables fines políticos, fue la mejor protección que pudo encontrar el asesino, que aún no hace veinte días se entregara inexplicablemente a la Justicia.

”Pero no ha sido más que una farsa. Y, como siempre, se ha sacrificado todo a los compromisos de las intrigas parlamentarias. Reinaldo Lascano ha huido del edificio del SIC, y para ello fue menester que contara con la ayuda exterior y, probablemente, con la complacencia interior.

”Es inadmisibles que un asesino de la peligrosidad de Reinaldo Lascano haya encontrado expedito el camino de la fuga. Un hombre afiebrado por la más loca sed de venganza, que ha realizado sus crímenes con la crueldad más calculada, que ha jalonado su ruta sangrienta con una estela de juguetes, goza actualmente de libertad.

"No es posible que la población quede a merced de un loco morboso que mata a plazo fijo, dejando como firma macabra un muñeco de lata, un barquito de papel, una cabrita de goma; y que entierra el cadáver de una de sus víctimas, poniendo sobre su pecho un pescadito rojo, un molde de playa, como afirmando su grotesca fantasía.

"Las autoridades están en la obligación ineludible de capturar al fugitivo y de procurar el castigo de los que facilitaron su evasión, verdadero escarnio de la seguridad pública.

"Y que nadie olvide que el senador Haroldo Pinel, agresor a mano armada del jefe conformista en pleno recinto parlamentario, es hoy el abogado defensor del ejecutor material de los asesinatos. Y quizá sea algo más que su defensor...

"Saludo al señor director con toda consideración,

"Un lector".

Cuando Bernal Cheste terminó de leer esta quinta carta del virulento y anónimo colaborador de *Prensa Gráfica*, nos miró en silencio, solicitando nuestra opinión.

—¡Maldita sea! —rugió el prefecto, dando un fuerte puñetazo sobre la mesa— ¡Pero... pero...! —Y la cólera le impidió continuar, agitando los brazos con impotencia.

—Parece que Un lector está disgustado, ¿eh? —comentó Cheste, con negligencia.

—Sí —admitió Quelño—. Nos reprocha la muerte de Ruiz Haedo y sigue atacando a Pinel. Debe ser alguien muy allegado al difunto senador...

—¿Usted cree?

—Sin duda alguna —ratificó el juez—. Yo creo que debemos elegir entre el contralmirante y los mellizos...

Pero Cheste ya no lo atendía.

—Hay algo... —murmuraba, agitando los dedos de su mano izquierda—. Hay algo en esa carta que no acabo de entender.

—¿Se refiere usted al contubernio? —interrogó el magistrado—. Yo creo que está bien claro: Lascano, Pinel...

—No, no es eso —interrumpió Cheste, pensativo—. Es algo que está de más...

—Entonces, no sé —terminó Quelño, encogiéndose de hombros.

Cheste volvió a leer la carta en voz baja. Y mientras lo hacía, sus ojos iban adquiriendo brillo de comprensión.

—¡Caracoles...! —exclamó, silbando por lo bajo—. Ahora vuelvo —advirtió luego, saliendo apresuradamente de la habitación.

Y oímos que subía corriendo la escalera. A los dos minutos estaba de regreso, trayendo en una mano el molde de lata hallado sobre el cuerpo de Enrique Ayala.

—¡Es singular! —dijo sentándose, y tendiendo a Yarce la carta y el juguete—. ¿No encuentras nada de extraordinario?

El capitán leyó la carta en voz alta, observó cuidadosamente el molde oxidado y movió la cabeza sin comprender.

—No encuentro nada de particular —reconoció al fin.

—¿Y usted, Wifredo? —demandó Cheste, pasándole ambos objetos.

Mientras el juez los examinaba, mi primo se dirigió a Yarce.

—¿No sabes de qué color es el pescadito? —le preguntó, con insinuante buen humor.

—¿Cómo quieres que lo sepa, si está completamente oxidado? —protestó el otro, en tono de pocos amigos.

Wifredo Z. Quelño seguía estudiando el molde de lata.

—¡Demonio! Aquí parece que hay un resto de pintura —expresó, señalando una de las ondulaciones del borde—. Yo diría que es roja... —terminó, reajustándose los quevedos.

—¿Qué...? —chilló el prefecto, estirando un brazo y pidiendo el molde para volver a examinarlo. —¡Es verdad! Pero el color ha desaparecido casi por completo...

—Exactamente —confirmó Cheste—. Y nadie lo ha visto, ¿verdad?

—Nadie —contestó el prefecto, preocupado—. Solamente, el senador Ruiz Haedo, el comisario Castil y los agentes...

—Bien —convino Cheste—. Entonces, ¿quieres decirme cómo sabe Un lector que el pescadito era rojo?

Yarce y Quelño dilataron sus ojos en un gesto de sorpresa repentina.

—¡Pero no es posible...! —gritó el prefecto, mesándose los cabellos—. Eso significa que...

—Que el único que pudo haber visto el pescadito pintado, antes de oxidarse, es el que lo puso sobre el cadáver de Ayala, esto es, el Desconocido —concluyó Cheste, con voz lenta.

¡Un lector era el asesino!

Sí, muy bien, pero... ¿quién era Un lector?

Cuadro segundo

El mismo día, a las 23:45 hs. Escenario rodante

Aquella tarde, el capitán Yarce habló telefónicamente con Carlos Ruiz Haedo, poniéndolo en antecedentes de lo que se había resuelto.

Y la guardia quedó convenida.

Momentos más tarde, Pablo Ruiz Haedo llamó a Torre de Agua para pedirle al capitán Yarce, en tono implorante, que no fuera a descuidar la vigilancia.

—¡Por favor, que no nos vaya a pasar nada! ¡Yo no quiero morir! —habría dicho el aterrorizado Pablo.

Después de cenar, el comisario Castil, acompañado por los agentes de la Brigada Especial, se hizo presente en nuestra casa.

—Bueno, capitán —le dijo—. Si ese maldito aparece por allí esta noche, sabrá quién es el comisario Castil.

—No dudo de que todos sabremos muchas cosas —replió Cheste, enigmático.

—Lo que es Un lector, no volverá a escribir cartas... —murmuró el prefecto, mordiéndose las palabras.

—¿Un lector...?! —se sorprendió Castil.

—Es cierto que usted no lo sabe...

Y a continuación, Yarce lo puso al corriente de lo establecido por Bernal.

—¡Por mil demonios! —bramó el comisario—. ¿Y el papel, el sobre, no darán algún indicio?

—No me parece —opinó Cheste—. Pero si usted cree que puede sacar algo...

—Ya veremos... —contestó el otro—. Por lo pronto, trataré de conseguir muestras de escritura de las máquinas de todos los complicados.

—Si eso lo divierte, no tengo nada que oponer —transigió Cheste, con indiferencia.

Serían las doce menos cuarto cuando Cristián Yarce distribuyó los puestos de guardia. Que eran ocho.

Los agentes Sierra y Orduña vigilarían el jardín. Uno desde la puerta enrejada, definitivamente abierta por habersele cambiado la cerradura; y el otro, desde la puerta del patio, frente al portón que comunicaba con la finca del contralmirante. El agente Despores se apostaría en el balcón del dormitorio de los mellizos, sobre la calle Juncal. Y Lima y Fresnedo montarían guardia en el pasillo del piso alto, delante de los dormitorios; el primero, al pie de la escalera de la azotea, y el segundo, frente a la puerta del cuarto de los mellizos.

En cuanto a los demás, el sargento Chamorro se instalaría en la entrada de servicio; el comisario Castil en el zaguán de la puerta principal; el capitán Yarce se reservaba el hall; y Cheste y yo velaríamos en el departamento de Escudero.

Decidido esto, salimos rumbo a la casa de los Ruiz Hae-do. Castil y sus hombres lo hicieron en un auto del SIC, y nosotros, en el Hispano de Bernal.

La noche era oscurísima y una espesa cerrazón dificultaba enormemente la visibilidad.

Por entre la cortina de niebla se deslizaban velozmente los dos coches cuando, al llegar al cruce de Alvear y Bulnes, un súbito estampido prologó la brusca detención del auto patrullero. Castil se lanzó del coche a la par de sus blasfemias, mientras

Despores y Fresnedo se apresuraban a cambiar la rueda, que el diligente Orduña destornillaba.

—Los esperamos allí, comisario... —dijo Cheste, aminorando la marcha—. No se detengan mucho, ¿eh...?

Y seguimos nuestro camino.

—Si no llegamos pronto, me parece que a Pablo le va a dar un ataque —expresó el prefecto, cuando el Hispano enfilaba por la calle Vicente López.

Por fin arribamos a la esquina de Paraná. Y apenas corridos unos metros, el capitán Yarce se dirigió a Cheste, con voz estentórea e imperativa.

—¡Para...! —le gritó, abriendo una portezuela.

—¿Qué pasa? —inquirió mi primo, frenando violentamente.

—¡Mira...! —indicó el otro, señalando con el brazo extendido.

El corazón me dio un vuelco.

¡Por la puerta del 1280 de Paraná, salía un hombre...!

Estaba de espaldas, con el cuello del abrigo levantado y el sombrero inclinado hacia adelante. Cerró la puerta, mirando recelosamente a ambos lados de la calle, y echó a andar en dirección al sur...

—¡Eh...! —llamó el prefecto, apeándose—. ¿Qué hace ahí...?

Y echó a correr tras él.

—¡Qué tonterías hace Cristián! —musitó Cheste.

—¿Por qué?, ¿quieres que lo deje escapar? —pregunté, sorprendido.

—No; pero teniendo auto...

Y haciendo picar el Hispano, nos pusimos a la par del furtivo personaje, que apretaba el paso.

Frente a la casa que fuera de María Urrutia, Cheste me entregó el volante, disponiéndose a saltar. Y cuando lo hizo, cayó al lado del individuo que, sorprendido, solo atinó a retroceder. Pero Yarce venía a sus alcances...

En esas condiciones, la captura no podía ofrecer dificultades. Y no las hubo.

El hombre que saliera del departamento de Escudero, cubría su rostro con una bufanda. De la que se despojaba cuando yo me acerqué al grupo.

—¡Buenas noches, señores! —nos saludó luego.

Y los tres experimentamos una sorpresa ilimitada.

Porque teníamos delante al senador Pinel. Al mismísimo Haroldo Pinel...

—¡Usted! —balbuceó el prefecto, como si dudara de lo que veía.

—¡Caramba...! —exclamó mi primo, no menos admirado—. ¡Vaya una manera de trasnochar...! —Y agregó, sarcástico—: ¿No tenía otro sitio donde ir?

—¿Qué hacía usted allí dentro? —interrogó severamente el capitán.

Pero Pinel estaba muy tranquilo.

—Esperaba a alguien... —respondió, con aplomo.

—Supongo que tendrá usted una pistola... —aventuró Bernal, intencionado—. Por lo menos, usted ha dicho alguna vez que no se separa nunca de ella...

Aquello fastidió al senador. Pero a Yarce le dio una idea. Como que se incautó del arma...

—¿Adónde iba usted? —indagó luego, con voz áspera.

—A comprar cigarrillos.

—Veamos, senador... —pronunció el capitán, en tono de advertencia—. No vaya usted a equivocarse conmigo...

—No tema usted, capitán...

—Yo podría ofrecerle un Perahuí... —insinuó Cheste, tendiéndole su pitillera.

—Muchas gracias, amigo —correspondió el otro, tomando un cigarrillo—. Usted siempre me ha parecido un espíritu realista...

—Pues no se fíe demasiado... —aconsejó Bernal, sonriendo ligeramente—. Porque una cosa es ofrecer cigarrillos y otra aceptar situaciones...

Pero Cristián Yarce no estaba para escuchar diálogos.

—Yo quiero saber qué hacía usted en el departamento de Escudero —insistió, encarándose con Pinel.

—Estaba vigilando —repuso este, sin alterarse.

—¿Vigilando...!/? —se asombró el prefecto, dilatando los ojos.

—Le parece raro, ¿verdad? —interpretó Pinel, expirando una bocanada de humo—. Sin embargo, es cierto. Yo estaba en el dormitorio de Escudero, tratando de sorprender al Desconocido.

Un auto que venía a gran velocidad, en dirección a la calle Arenales, se detuvo frente a nosotros, patinando sobre el pavimento húmedo.

Y la inconfundible silueta del comisario Patricio Castil surgió del oscuro interior, precipitándose a nuestro encuentro. Como una erupción.

—¿Ya lo agarraron? —interrogó ansiosamente— ¡Suerte perra, haber llegado tarde...!

Pero cuando vio que se trataba del senador Pinel, su actitud pareció encogerse. Y él también.

—Usted no puede haber venido a matarlos... —masculló el cohibido comisario, casi en tono de disculpa.

—¿Le parece...? —se burló Pinel, rompiendo a reír.

—Esto no tiene nada de gracioso —observó el prefecto, con sequedad—: ¿Cómo entró en el departamento?

—Por la puerta.

—¿Por qué puerta? —gritó Yarce, impaciente.

—Por esa —replicó el senador, señalando la del 1280—. Es la única que tiene... ¡Ah!, y con esta llave —agregó, enseñándole una. Como si recién la recordara.

—¿Qué...?!, ¿otra llave?; pero, ¿cuántas hay, Dios bendito? —profería el capitán, agarrándose la cabeza.

Luego tomó la llave que le mostrara Pinel y la comparó con las que él tenía.

—Son exactas —murmuró, guardándose las todas.

—Esto se anima —comentó Cheste, frotándose las manos—. Esa llave se la dio Reinaldo Lascano, ¿verdad? —preguntó, dirigiéndose al senador.

Haroldo Pinel tuvo un sobresalto. Y miró fijamente a su interpelante.

—Este... —titubeó—. Bueno..., ya que usted lo supone... —admitió por fin.

—Pero, ¿qué está usted diciendo? —demandó Yarce, que parecía no terminar nunca de asombrarse—. ¿Acaso sabe usted dónde está?

—¿Quién?

—¿Quién va a ser?! ¡Reinaldo Lascano!

—¡Ah...! Supongo que estará en la cama.

Mientras se desarrollaba la precedente conversación, habíamos ido caminando y ya estábamos frente al 1502 de Juncal.

Dos agentes, que fueran encargados de conducir los autos una cuadra más al este, regresaron en el preciso momento en que Cheste tocaba el timbre.

Carlos y Pablo nos esperaban en el zaguán.

—Llegan tarde —nos reprochó el segundo, con acento nervioso—. Son casi las doce y veinte, ¡y nosotros, solos!

—¿Quién es el valiente que va a pasar la noche al sereno?
—indagó Carlos, cuando llegamos al hall.

Yarce indicó a Despores, Orduña y Sierra.

—Estos tres —dijo—. Uno en el balcón y los otros en el jardín.

—Muy bien —aprobo Carlos—. Creo que se merecen un whisky. —Y entró en el comedor.

Pablo se encaró con Pinel.

—¿Por qué viniste? —le preguntó bruscamente, mirándolo con desconfianza—. Que Raquel y Carlos te hayan perdonado, no quiere decir que tu presencia sea grata...

—Su primo ha tenido la gentileza de venir a vigilar por su cuenta —explicó el capitán, con acento no desprovisto de ironía. Y pasará la noche con nosotros.

Haroldo Pinel asintió con un gesto.

—Pues podía haberse quedado en su casa —contestó Pablo, en tono despectivo—. Que aquí no lo llamó nadie. —Y le volvió la espalda.

Carlos regresó del comedor con una bandeja. Y obsequió a los agentes.

—¡Sírvanse! —invitó—. No hay nada como esto para sentirse a gusto... ¡Yo sé lo que les digo!

Pero detrás de Carlos venía alguien más...

¿Qué haría allí el doctor Zelada?

—Los muchachos me han llamado, porque Pablo está un poco nervioso —declaró el médico, poniendo cara de circunstancias.

—Yo no he llamado a nadie —rectificó el aludido, con acritud—. Ha sido Carlos...

—Sí —continuó este—. Mi hermano está algo agitado...

—No es cierto —protestó el otro, temblando visiblemente.

—... y me pareció que Julio podría darle alguna cosa para dormir —terminó Carlos.

—Ya le he preparado una poción —manifestó Zelada, adoptando un aire profesional.

Cristián Yarce parecía dispuesto a terminar con los preparativos. Y se volvió a Castil.

—Antes de nada, quiero que revise usted el dormitorio de los mellizos... —le ordenó—. No me gustaría una sorpresa.

Mientras el comisario subía a cumplir la orden, el sargento Chamorro fue a ocupar su puesto en la entrada de servicio, y los agentes Sierra y Orduña se dirigieron al jardín.

—Todo está en orden, capitán —informó Castil, cuando hubo regresado—. No hay nada que temer...

—Bien, entonces, ya pueden irse a acostar —dijo Yarce, dirigiéndose a los hermanos.

Pero no contaba con la huésped.

—¿Quién atormenta a mi Pablo? —preguntó Gertrudis, apareciendo sobre la balaustrada del piso alto.

—Ya asoma Juno por la cumbre del Olimpo... —susurró Cheste, a mi lado.

—¡Ah, son ustedes...! —reparó ella, en tono rencoroso—. ¡Siempre los verdugos...!

Y hubiera seguido injuriándonos, de no mediar Raquel que, saliendo de su alcoba, logró llevársela consigo.

—¡Pablo, cierra bien las puertas! —gritaba, alejándose, la despótica señora—. ¡Carlos, cuida de tu hermano...! —insistía, perdiéndose en su propia estridente resonancia.

—Sí, tía... —acataron dos voces simultáneas. Una más sumisa que la otra.

Y los dos mellizos subieron a su cuarto.

—¡Dios mío, qué mujer! —gruñó Castil, meneando la cabeza.

—Es la que manda... —sintetizó Pinel, con gravedad.

—Por lo menos aquí... —añadió Zelada, pensativo.

—Desde luego —convino Cheste, acariciándose el bigote—. A los gemelos parece tenerlos en un puño...

Yarce buscó aniquilarlo de una mirada. Pero él se quedó muy fresco. Como un nudista.

Un minuto más tarde, el agente Despores entraba en la habitación de Carlos y Pablo Ruiz Haedo, para instalarse en el balcón. Y sus colegas Lima y Fresnedo se apostaban en el pasillo de los dormitorios.

La guardia estaba alerta.

—Usted ya puede retirarse —dijo el prefecto a Zelada, que permanecía sentado en un sillón.

—¿¡Retírmelo!? —se admiró el galeno—. ¿Y si pasa algo?

—Siempre llegará usted a tiempo para saberlo.

—Bueno, ya que me echan... —rezongó aquel, levantándose—. Me iré... —Y se dirigió al corredor, pensando en volver a su casa por el jardín.

—¡Haga el favor...! —lo atajó Yarce—. Salga por Juncal.

—Como usted guste, capitán —repuso Zelada, sonriendo mefistofélicamente—. Mire que había sido desconfiado, ¿eh...?

Y se fue escoltado por Castil, que cubriría su guardia en el zaguán.

Cuando todo estuvo en calma, el prefecto apagó las luces y nos encaminamos al departamento que ocupara en vida el escribano Rubén Escudero.

—Aquí tiene cigarrillos —le ofreció Cheste a Pinel, entregándole un paquete de Perahuí—. Y ya que quiere hacer guardia, la va a hacer en nuestra compañía, que es muy grata.

—¡Hombre, muchas gracias! Pero, ¿y usted...?

—Yo he venido bien provisto —contestó Bernal—. Porque me resulta intolerable estar de guardia y no fumar. Por algo no se duerme uno...

Yarce abrió la puerta, la famosa puerta del picaporte, y entramos en el dormitorio de Escudero.

—¿Podría hablar por teléfono? —solicitó Pinel, antes de sentarse.

—De ninguna manera —negó el capitán, rotundamente.

—Es que yo quisiera... —insistió el senador.

—Pues yo no quiero y se acabó —terminó el otro.

—¡Cómo...!, ¿acaso estoy detenido? —protestó Pinel, celoso de sus fueros—. Tenga usted en cuenta que mis inmunidades parlamentarias...

—Pierde usted el tiempo, senador —le advirtió Cheste, en tono definitivo—. El capitán Yarce no entiende de esas cosas. Además, usted sostiene que el hombre no debe tener derecho más que a la disciplina..., ¡y hay que ver cómo les gusta eso a los militares...!

—Está bien —respondió Pinel, algo más que malhumorado—. Pero que luego no se queje...

—¿Quejarme...?! ¿Y de qué...? —demandó el prefecto, con altanería.

—Pues..., de lo que pueda ocurrir.

Yarce prefirió no contestar.

En cambio, sacó su tabaquera de ébano y se dispuso a fumar. Que era más amable.

Al cabo de un rato de quietud, se levantó, apagó las luces y volvió a sentarse en el sofá.

—Esta noche no pasará nada —afirmó luego, concretando su idea dominante. Y su más ardiente deseo.

Cuadro tercero

Sábado 21 de mayo, a la 1 h. En Paraná 1280

En el dormitorio de Rubén Escudero, cuatro personas fumábamos en silencio. Puntos de fuego oscilantes en la oscuridad. A través de la ventana enrejada, de persianas abiertas, se adivinaba el jardín de cipreses deformados por la niebla. Las ramas de hojas ya decrepitas, parecían inclinarse al suelo, con un murmullo negro. Extendido y hondo, como el mar.

Adentro, la expectativa sofocante.

Yarce ya se había marchado a ocupar su puesto en el hall. Cheste permaneció donde estaba, Pinel se ubicó en el pequeño despacho y yo me acomodé en el vestíbulo, vigilando la puerta de Paraná.

A intervalos, un rumor de la calle, un pregón cualquiera, nos acercaba el aliento de la ciudad. El tiempo pasaba lentamente. Como filtrándose por los poros de un cedazo de tinieblas. El quejido de un mueble incógnito se dilataba en resonancias de aprensión, festoneando el silencio ominoso. Noche cuajada de ansiedad. De ansiedad tensa y alerta, preñada de sobresaltos febricitantes.

Afuera, hollando la gimiente hojarasca reseca, los pasos de Sierra y Orduña eran como el eco de su constante centinela.

Sentí crujir la escalera del hall. Y presumí que fuera el capitán Yarce, que subía al piso alto. Un momento después, un nuevo crujido, cada vez más distinto, me hizo pensar en su descenso.

A las dos de la mañana, la calma era absoluta en la vieja casa de los Ruiz Haedo.

El golpeteo de una máquina de pavimentación se desgarraba a lo lejos, llegando hasta mí, apagado por la distancia.

Nunca como entonces sentí la soledad. En aquel estrecho vestíbulo, testigo inerte del asesinato de Federico Salcedo, yo estaba al acecho, solo, con la pupila fija en el picaporte de la puerta de calle. Con un pensamiento flotante: aquel era el pasaje del Desconocido. Del insensato que buscaría añadir otro eslabón a su cadena trágica.

En la excitación angustiada de la espera, el pasado se hizo presente en mi imaginación afebrada. Como en un film, desfilaron por la pantalla de mi pensamiento los detalles de los asesinatos zodiacales. Y las visiones sucesivas se proyectaron en un solo haz de temor ante la realidad de aquella noche, de lo que aguardaba...

¿Vendría el criminal?, y si así fuera, ¿lograría burlar la estrecha vigilancia dispuesta?

¿Cómo...? ¿Cuándo...?

Las respuestas no tenían cabida en aquel mi entendimiento saturado de interrogantes.

¡Los mellizos...! Amenazados de muerte y cumplido el plazo.

¿Qué sensaciones hondas asaltarían en aquellos momentos al pusilánime Pablo? Quizás en su imaginación asustadiza se dieran cita los espectros temblorosos del terror... Tal vez la poción le hubiera deparado un sueño profundo, en que se ahogaran las negras pesadillas.

¡La poción...! ¿Y si fuera la poción...?

Y Carlos..., el alcohólico Carlos, ¿qué extraño aliento lo mantenía sereno ante el peligro?, ¿qué pensamientos brotarían de su cerebro atormentado por la bebida? El sonámbulo Carlos..., ¿también aquella noche pasaría su sueño por los

corredores de la casa?, ¿acaso hallaría la muerte en su inconsciente ronda sin objeto?

Hermanos gemelos y, sin embargo, tan distintos. Toda su semejanza física contrariada por una enorme desigualdad psicológica. Pablo, el Curioso de Mitra, buscador de fórmulas letales, tímido y furtivo, vicioso, preso de pasiones apenas dominadas, quebrantado ante la idea de la muerte. Y Carlos, despreocupado, sin método, un encandilado por el lado fácil de la vida, desenvuelto y sincero, bebedor empedernido que busca en el alcohol quién sabe qué inspiraciones, pero que transforma su frivolidad característica en una reposada firmeza, cuando es señalado por el dedo intangible de alguien que no ha de vacilar...

Y aquellos hombres en el jardín, vigilando la entrada para dar alto a la muerte..., el quién vive al Desconocido..., ¿no tiritarían de miedo más que de frío entre aquella niebla, sobre aquellos canteros, pasajero cementerio de Enrique Ayala...?

El chillido de un tranvía al tomar una curva me sobresaltó, sonando angustioso. Erizante como un silbido ofídico.

Casi temblando, contemplé con ojos atemorizados aquella especie de celda penumbrosa en que me hallaba. Y de nuevo mi vista se concentró en la puerta.

¿Vendría por allí el Desconocido?, ¿o estaría ya en la casa?

Miré mi reloj, y sus agujas luminosas me señalaron las tres menos diez. Una incertidumbre agotadora fatigaba mi cuerpo, cortando mi aliento en expiraciones sofocadas. A cada instante temía que "él" apareciera, y temiéndolo, lo deseaba. Para que de una vez por todas terminara la expectativa anhelante.

Dirigí la vista hacia el interior del departamento, a través de las puertas abiertas. A la luz blanquecina que entraba por el vidrio esmerilado de la fija banderola de la puerta de calle, los objetos cobraban un contorno sinuoso.

Yo adivinaba la presencia de Cheste en el dormitorio, fumando plácidamente tendido en la cama. ¿Qué pensamientos anidarían en la mente de mi primo? La parábola luminosa que trazó su cigarrillo arrojado al espacio, puso un respiro de luz en la caudalosa penumbra ambiente, llegando hasta mí como un mensaje de serenidad.

Y Haroldo Pinel, a pocos metros de mí, en lo que fuera el despacho de Escudero... ¿Qué inquietudes lo animarían? Me detuve por un momento a considerar su presencia. ¿Por qué habría venido?, ¿sería cierta su declaración?, ¿y si hubiera mentido...?

Nuevamente mi atención fue sugestionada por la puerta.

¿Por qué no venía el Desconocido? Me asustaba la duda, lo incierto, la amenaza... ¡Oh, si pudiera saber de dónde vendría...!

De súbito, me asaltó un pensamiento atroz. ¿Habría venido ya...? ¿Estarían los mellizos...? Pero no, no podía ser. Todo estaba previsto: la guardia alerta...

Mi desasosiego iba en aumento... Pensé que ya habría pasado un buen rato... Y volví a mirar la hora. ¡Las tres menos cinco...! ¡Tan solo cinco minutos, que mi ansiedad había multiplicado...!

Me rodeaba un silencio maligno, apenas turbado por el eco rítmico del vertiginoso latir de mi corazón. Y seguía esperando..., atento..., pendiente siempre de aquella puerta.

Y cuando llegó, la expectativa, el miedo y la ansiedad se amalgamaron en una sola sensación. Absoluta.

Empezó con un ruido leve, poco audible, como el que produce el paletón de una llave al penetrar en el ojo de la cerradura.

Observé, fascinado, el apenas visible picaporte. Que estaba inmóvil..., amenazando girar... Pero fue la puerta la que se sacudió suavemente. Alguien la había movido... Y sonó luego el tímido clic de la cerradura al deslizarse... En la puerta...

Un escalofrío helado me remontó al vértice del espanto. La angustia me atenaceó el corazón, amenazando ahogarlo.

Traté de reponerme un tanto y con mano húmeda saqué mi linterna del bolsillo, proyectando su luz hacia el dormitorio, según la señal convenida con Cheste.

Un instante después, Bernal estaba a mi lado, anhelante. Una tercera respiración me anunció la presencia de Pinel.

Todos nuestros sentidos coincidieron en el picaporte, que ya comenzaba a girar lentamente, poco a poco..., siniestramente cauteloso. Había mucho de suplicio en aquel interminable movimiento de la perilla. Y un chasquido retumbó agorero cuando la puerta inició su avance, dejando pasar la tenue luz callejera, pálida, afilada, penetrando en abanico...

¡Se abría la puerta...!

Y empujándola, una fuerza invisible.

La conciencia del peligro disipó las aprensiones sufridas, y una tensión de músculos galvanizaba mis potencias, a la vista de aquella mano enguantada, de fijos dedos de cuero, que asía como una garra el borde de cedro.

¡Allí estaba..., por fin...!

Y cuando la puerta terminó de abrirse, una silueta deformada por la penumbra apareció de perfil, recortándose en el vano. Giró suavemente sobre sí misma y, de espaldas, entornó la hoja, oprimiéndose contra ella, hasta que un segundo clic certificó su cierre.

Situados a la izquierda de la puerta, nuestra presencia era invisible para el que llegaba... Quien dio media vuelta y avanzó a tientas hacia el despacho.

De pronto se encendió la luz. Y Cheste, de pie junto al conmutador, apoyado en la pared, esgrimía una pistola en su mano derecha, apuntando al sorprendido visitante.

—Haga el favor de acercarse a ese sillón... —le dijo mi primo, señalando el del escritorio—. Y siéntese... —ordenó con voz dura, acompañándose de un ademán hecho con el arma.

El hombre obedeció, pareciendo más extrañado que medroso. Observó a Pinel con gesto interrogante, y este respondió con un encogimiento de hombros.

El recién llegado, con una sonrisa amarga, se quitó el sombrero y el abrigo, arrojándolos encima de una silla. Junto con los guantes.

Debo reconocer que su identidad me llenó de estupor... Porque, a pesar de todo, nunca hubiera supuesto que vendría...

Reinaldo Lascano...

Cuadro cuarto

El mismo día, a las 3:05 hs. El mismo escenario

—**V**eamos cómo explica usted esto... —sondeó Cheste, cuando estuvimos sentados en el dormitorio—. ¿Fue para venir aquí que...?

—Sí, para venir aquí —admitió el interpelado—. Aunque no suponía que estuvieran ustedes.

—¿Y quién suponía que estuviera?, ¿Pinel...?

Reinaldo Lascano miró a mi primo, luego a Pinel, y su expresión vacilante no logró concretarse en palabras.

—No tema confesarlo... —lo alentó Cheste—. Porque su abogado ha reconocido que usted le dio la llave para entrar en este departamento. Y a propósito de llave, ¿cuántas tiene usted de la puerta?

—Esta es la última que me queda —respondió Lascano, entregando a Cheste la que utilizara aquella noche—. Quizá le interese conservarla.

—Bueno, bueno..., esperemos que sea verdad. Porque ya es tiempo de que se acaben las llaves de Paraná —expresó Bernal, guardándola—. Y dígame, ¿cómo se las arregló para fugarse del SIC?

Reinaldo Lascano vacilaba.

—Y..., aproveché una ocasión favorable..., las sombras de la noche..., la guardia que duerme...

—¡Ajá...! —exclamó mi primo, acariciándose el labio inferior con la uña del pulgar de la mano derecha—. Así que las circunstancias favorables..., ¿no? Y dígame, ¿hace mucho que esa clase de circunstancias se llaman Haroldo Pinel?

El joven Lascano se echó hacia atrás, palideciendo visiblemente.

—Este..., usted no querrá decir que...

—Lo que yo quiero decir es que usted haría muy bien en aprovechar la ausencia del capitán Yarce —le indicó Cheste, sonriendo—. Tenga en cuenta que los interrogatorios del prefecto son mucho más comprometidos que los míos.

—Tiene razón —apoyó el senador—. Yo lo ayudé a escaparse, proporcionándole los medios —afirmó luego con toda naturalidad.

—Es inútil negar cuando las cosas no pueden ser más que de una manera —sentenció Cheste, sacudiendo la ceniza de su cigarrillo.

—Pero a veces, los que preguntan no saben cuál es esa manera —replicó Reinaldo, entornando los ojos.

—Usted sabe que no es este el caso... —impugnó Bernal, con leve acento de reproche—. Y ahora, ¿a qué ha venido usted esta noche?, ¿quería matar a los mellizos...?, ¿o también anda en busca de alguien...?

Pinel volvió a terciar en la conversación.

—Reinaldo ha venido a lo mismo que yo —declaró—. Entre los dos queríamos atrapar al Desconocido.

—¿Al Desconocido...?! —fingió sorprenderse Bernal—. Pero, ¿no es Reinaldo el asesino...? ¿no lo confesó...?

Reinaldo Lascano se decidió a hablar.

—Yo no soy el asesino —estableció, categórico—. Si me reconocí culpable, fue con la intención de desbaratar los planes del Desconocido...

—¿Usted conoce los planes del Desconocido? —interrogó Cheste, zumbón—. Debe ser por eso que tenía la llave de la puerta... —añadió, como para sí.

Haroldo Pinel se acercó a su defendido.

—Será mejor que lo diga todo —lo aconsejó, poniéndole una mano sobre el hombro.

Lascano parecía muy dispuesto. Y guardó silencio. Pero al cabo de un momento, prefirió poner sus cartas sobre la mesa. Aunque con una condición...

—Muy bien, estoy resuelto a decirlo todo... —manifestó, volviéndose a mi primo—. Pero siempre que usted me permita salir de aquí, sin que el capitán Yarce...

Se interrumpió abruptamente al notar que la puerta del corredor se abría con violencia, dejando paso al prefecto del SIC.

—Carlos se ha levantado... —Yarce tampoco terminó la frase, parándose en seco—. ¡¿Qué...?!, ¿qué...?, pero..., ¿cómo es eso? —balbucía, señalando a Reinaldo—. ¿Por dónde entró...?

—Hace casi un cuarto de hora que llegó por la puerta de Paraná —repuso Cheste, contemplando al militar, con aire fastidiado.

(¡Podías haberte esperado...!).

Y ante la insistencia del prefecto, debió relatarle los pormenores de la entrada de Reinaldo Lascano. Aunque omitiendo ciertos detalles de su conversación.

Fue entonces cuando Yarce se encaró con el prófugo, acosándolo a preguntas sobre su evasión y reclamando los motivos de su presencia en el departamento de Escudero, aquella noche.

Ante el obstinado silencio de Lascano, Cheste trató de salvar la situación.

—¿Qué decías de Carlos? —preguntó a Yarce, cambiando de tono.

—¿De Carlos...?! —repitió el capitán, sorprendido—. ¡Ah...!, ¡sí...! Decía que se levantó dormido, y anduvo paseando por la casa... Eso quería decirte, pero... esto es más importante —terminó, señalando nuevamente al joven Lascano.

—Desde luego —admitió Cheste—. Aunque puede esperar...

—¿Cómo va a poder esperar...?! ¡Si él es el Desconocido! —se indignó el capitán, agitando los brazos—. ¡Ha venido a matarlos...!

Reinaldo Lascano hizo un gesto de protesta.

—¡Eso no es cierto! —rectificó, con énfasis—. Usted mismo dice que Carlos anduvo caminando por la casa...

—Si Carlos estuvo caminando, fue porque usted no pudo pasar de aquí —respondió Yarce, ásperamente.

—Entonces usted cree que... —insinuó Reinaldo, a media voz.

—¡Y cómo no voy a creer...! Usted se confesó culpable, luego huyó del SIC. Ahora me lo encuentro aquí la noche en que se espera la visita del Desconocido... ¡Y se extraña de que crea...!

—Está bien, pero yo...

—Usted va a volver inmediatamente al Secretariado.

—¿Ahora?

—Sí, ahora. El comisario Castil lo acompañará con gusto —contestó el prefecto, levantándose y saliendo al corredor.

—La cosa se pone fea —comentó Pinel, ladeando la cabeza.

Lascano se encogió de hombros.

—¡Bah...! Ya pensaremos algo —murmuró.

—Le aconsejo que medite sobre lo extraño que resulta el hecho de que usted haya venido a cazar al Desconocido a las tres de la mañana, sabiendo que Salcedo fue asesinado antes de las dos —sugirió Cheste, en tono ambiguo.

—Es una lástima que se le haya ocurrido —musitó Reinaldo, contrariado—. Pero lo cierto es que no pude venir antes, porque había un policía delante de la puerta de la casa donde me alojaba.

—¡Hum...!, difícil de probar, ¿eh? —consideró Bernal, haciendo un gesto de duda—. Así que un vigilante frente a la casa del senador Pinel, ¿no?

—Yo no he dicho eso.

—¿De veras?

Haroldo Pinel no decía nada. Limitándose a sonreír.

Y Cristián Yarce regresó en compañía de Castil, quien pedía detalles sobre la captura de Reinaldo Lascano.

—No se atragante con preguntas, comisario —le advirtió Cheste—. No hay nada que contar. Simplemente, el fugitivo de ayer entró aquí, encontrándose con nosotros.

Patricio Castil puso mala cara. Mirando a Pinel con desconfianza.

(¿No estarían combinados?)

Pero no dijo nada.

En cambio, la voz de Yarce, se elevó acusadora...

—Usted, senador... Usted quiso avisar a Lascano que no viniera. Para eso quería hablar por teléfono.

—Los sagaces han comprendido —expresó el otro, sonriendo afablemente.

Castil, que aguardaba a que Lascano estuviera pronto para salir, se volvió súbitamente a su jefe.

—¿El señor no viene? —indagó, refiriéndose a Pinel.

—No —decidió el prefecto—. El senador se queda con nosotros.

Pinel se inclinó levemente.

—Muchas gracias, capitán —le dijo—. Yo también lo prefiero. El comisario es poco sociable...

—Y el SIC, poco pintoresco... —agregó Cheste, con burla.

Un mediano portazo rubricó la salida de Castil y Lascano. Por el 1280 de Paraná.

Minutos después, la calma quedó restablecida. Y la casa de los Ruiz Haedo sumergi6se en el silencio, una vez más.

Hasta que...

Por la mañana, Raquel Ruiz Haedo bajó las escaleras corriendo, gritando que su tía Gertrudis estaba muerta en la cama.

Cuadro quinto

El mismo día, a las 7 hs. En Juncal 1502

Daban las siete cuando subimos apresuradamente al piso alto.

En la cumbre de la escalera, delante de la puerta de los mellizos, los agentes Lima y Fresnedo no acababan de comprender lo que pasaba...

—¡A ver...! —gritaba Yarce—. ¿Quién ha entrado en el dormitorio de la señorita Gertrudis?

—Nadie, mi capitán —replicó Lima, azorado—. Solamente la señorita Raquel, hace un momento.

El prefecto volvió su mirada a Fresnedo.

(¿Y usted qué dice...?)

—Es verdad, jefe —apoyó el segundo—. Nadie ha caminado por aquí en toda la noche.

—¿Nadie...?

—Uno de los mellizos salió de su cuarto, sonámbulo, pero yo lo seguí durante su recorrido —añadió Fresnedo.

Sin decir una palabra, Bernal Cheste entró en la habitación de Carlos y Pablo Ruiz Haedo, haciendo un gesto a Yarce. Que lo siguió.

Mi primo se dirigió directamente al balcón y lo abrió.

—Sin novedad, jefe —anunció Despores, a modo de saludo—. He pasado toda la noche con los ojos bien abiertos y no he visto un alma por estos contornos —declaró, levantándose trabajosamente y estirando sus piernas entumecidas.

Cristián Yarce hizo un signo de aprobación. Y se acercó a las camas de los mellizos, a quienes Cheste trataba de despertar.

—¡Eh...! —protestó Carlos, restregándose los párpados—. ¿Qué hora es? ¡Ah... es usted...! ¿Qué dice, tan temprano?

—Vístase, Carlos —indicó Cheste, con suavidad.

—¿Otra vez ustedes? —demandó Pablo con mal humor—. Ya es de día... Entonces..., ¡estamos salvados! —exclamó nerviosamente.

—¿Ves cómo todo ha ido bien...? —le hizo notar Carlos, en tono bondadoso.

—Es que no había peligro... Lo hicieron todo para asustarme —acusó el otro, enderezándose en la cama—. ¡Son unos miserables!

—¡Cállese y vístase de una vez! —le ordenó Yarce, procurando contenerse.

Mientras los hermanos se vestían, dejamos a Lima la custodia del aposento. Recomendándole que no dejara salir a ninguno de los dos sin antes avisarnos.

Y entramos en la severa alcoba de Gertrudis Ruiz Haedo.

Cheste caminó hasta el pie de una cama de plaza y media con torneadas columnas de caoba que sostenían un dosel de terciopelo negro. Y contempló fijamente el cadáver.

Con el brazo izquierdo cruzado sobre el pecho, y acariciándose el labio inferior con la uña del pulgar de la mano derecha, mi primo parecía dudar de lo que veía.

(¡Es de no creer...!).

El capitán, apoyado en el respaldo de un sillón, examinaba la estancia. Pero sus ojos volvían siempre a posarse en el lecho, como atraídos por la inmóvil figura marfileña.

—¿Dónde está Raquel? —preguntó de pronto, mirando hacia la puerta.

—Está en su cuarto —contestó Fresnedo—. Con el senador Pinel...

El prefecto hizo una mueca. Y su mirada buscó nuevamente el cadáver de la anciana.

La cara de Gertrudis Ruiz Haedo traducía una expresión de ligero sobresalto. Pero nada más.

No había en toda la pieza un rastro de violencia. Ni el mismo cadáver la delataba.

—Ha muerto hace horas —manifestó Cheste, con el ceño fruncido.

—Y se cumplió la condición del segundo testamento... —murmuró Yarce, con acento trágico.

—Sí —convino Bernal—. Y los mellizos entran en posesión de la fortuna de María Urrutia... Si no lo anulan...

—¡Fresnedo...! —llamó el capitán—. Hable al SIC, y díga-le al comisario Castil que venga en seguida con el doctor Xique-na. Avise también al juez de Instrucción...

Cuando el agente partió a cumplir la orden, Yarce se volvió a nosotros.

—Salgamos —dijo, lacónico.

Pero Cheste no lo oía. Porque estaba inclinado sobre uno de los sillones dispuestos frente a la estufa de leña, en cuyo asiento parecía dormir el gato negro de Gertrudis.

Que también estaba muerto.

—¡Esto sí que es extraordinario! —comentó, alisándose el cabello de la nuca.

—¿El qué es extraordinario? —preguntó Wifredo Z. Quelño, que entraba agitando los brazos.

—¡Cómo!, ¿ya está usted aquí? —inquirió Cheste, asombrado.

—Naturalmente. ¡No iba a esperar que me llamaran...!

—¡Ah...!

Y Quelño también se acercó a la cama.

—Pero..., ¡es Gertrudis! —exclamó con brusco acento de sorpresa, volviéndose al prefecto. Quien se encargó de relatarle todo lo sucedido hasta entonces. Haciendo especial referencia a la entrada y captura de Reinaldo Lascano.

—Lo que no comprendo —decía el capitán—, es cómo pudo matarla...

Palabras estas que extrañaron al juez.

—¿Matarla...?! —repitió—. Entonces..., ¿la asesinaron...?

—¿Y usted qué creía...? —demandó Cheste, insinuante.

—¡Hombre...!, como les tocaba a los mellizos... —balbuceó el otro, desconcertado—. Yo pensaba que podía tratarse de una muerte natural... Las emociones sufridas durante los últimos meses, la tensión de la noche pasada... Y a su edad, el corazón...

—La hipótesis no es disparatada... —repuso Cheste, agitando suavemente la cabeza—. Pero, ¿qué me dice de eso? —indagó, mostrándole el sillón donde estaba el gato.

Quelño dilató los ojos, alzando súbitamente las cejas. Lo que constituye un gesto muy gráfico.

—¡Benito...! —murmuró el magistrado—. ¿Cómo es posible...?

—Eso no lo sé —replicó Bernal—. Pero estoy seguro de que no ha muerto a raíz de pasadas emociones...

—¿Qué quiere decir? —interrogó Quelño, perplejo.

—Que ha sido de muerte violenta.

—¡Un atentado contra el gato...! —se burló el juez, despectivo.

—Cada vez entiendo menos —confesó Yarce, molesto—. ¿A quién podría ocurrírsele semejante absurdo?

—Absurda es tu pregunta —reconvino Cheste, con voz grave—. Porque es elemental suponer que el asesino no se entretuvo en acordarse del gato. Digo yo...

—Y aunque se hubiera acordado, no lo habría reconocido —expresó Quelño, en tono jocosó—. Como de noche todos los gatos son pardos...

Cheste lo contempló, sonriendo sutilmente.

—Pero cuando son pardos no se llaman Benito... —aclaró luego, meneando la cabeza—. Ni son tan... tan “gatos”...

En el pasillo, el agente Lima cuidaba la puerta de los mellizos. Que querían salir.

Quelño hizo a Yarce un gesto significativo. Que el prefecto interpretó, ordenando a Lima que franqueara el paso a los hermanos Ruiz Haedo.

—Quizá puedan decirnos algo... —indicó el juez.

En compañía de Carlos y Pablo, nos instalamos en el pequeño vestíbulo situado a la derecha de la escalera que subía desde el hall.

Cuando los mellizos tuvieron conocimiento de la muerte de su tía Gertrudis, parecieron muy asombrados. Y poco afligidos.

—Pero, ¿cómo pudo ser? —inquirió Carlos, después de un rato—. ¡Quinientos mil pesos de whisky...!

—¡La mataron a ella...! —murmuró Pablo, agachando la cabeza.

—¿Cómo sabe usted que la mataron? —preguntó Cheste, ante la sorpresa general.

—¿Eh...?! Pero..., ¿no dicen ustedes que...?

—¡Ah, sí...!, claro...

Y diez minutos más tarde llegó el forense.

—¡Salud, muchachos...! —dijo el sanguíneo Lain Xiquena, llegando a la cumbre de la escalera—. Parece que esto marcha, ¿eh...?

Y sin reparar en la furiosa mirada de Pablo, penetró en la alcoba de Gertrudis Ruiz Haedo, precedido por Yarce.

—¿Con qué ha sido esta vez? —indagó Quelño, ansioso.

Sin responder, el voluminoso médico se consagró a su tarea. Y luego de haber examinado el cadáver minuciosamente, se volvió a nosotros. Con una expresión de asombro pintada en su semblante.

—¡Esto es muy raro...! —expresó—. Parece que se tratara de un síncope...

Pero Quelño le mostró el gato. Cuyo cuerpo también mereció la atención del forense.

—Como coincidencia, es demasiado sugestiva —declaró Xiquena, pasándose una mano por la cara—. O mucho me equivoco, o aquí se trata de un gas tóxico...

Bernal Cheste desvió su vista hacia el cuerpo de Gertrudis, y luego buscó la mirada del médico.

—¿Podría decirme la hora aproximada del deceso? —le preguntó.

Xiquena consultó su reloj y permaneció un instante pensativo.

—Ahora son las ocho y cuarto. Hará unas cinco horas... —musitó, agitando una mano—. Más o menos, alrededor de las tres.

Wifredo Z. Quelño se dirigió al prefecto.

—El asunto cambia... —manifestó, con acento preocupado—. Por de pronto, se ha roto la continuidad zodiacal...

—Pero se ha cumplido la condición... —observó el capitán.

—Y falta el juguete... —agregó el juez.

—No se preocupe, que aún quedan muchas horas... —repuso Yarce, en tono indefinido—. También faltaba cuando Ruiz Haedo...

Bernal Cheste comenzó a caminar por la pieza, deteniéndose alternativamente frente al balcón, ante la puerta del pasillo y a los pies de la cama. Por último, permaneció apoyado en la repisa de la estufa, mirando atentamente el hogar.

—Es igual a la del cuarto de los mellizos... —murmuró, ensimismado.

—¿Qué...? —se interesó Quelño.

—No puede ser de otra manera... —añadió Bernal, sin reparar en la curiosidad del otro.

Y continuó estudiando aquella chimenea situada en la pared oeste, lindante con el aposento de Carlos y Pablo...

Por fin, mi primo se agachó sobre el hogar como buscando algo. Y se irguió, levantando en su mano un trozo de bramante.

—¿Qué es eso? —inquirió el juez, acercándosele.

—Ya lo ve —respondió Cheste—. Un hilo de cáñamo...

Era un delgado cordel de unos cincuenta centímetros de largo, terminado en ambos extremos por sendos lazos, mayor uno que otro. Y formados por el mismo hilo.

—¿Tienes una cinta métrica, Cristián? —solicitó mi primo.

El capitán le entregó lo que pedía haciendo un gesto de perplejidad.

Y Bernal se dispuso a medir cada uno de los lazos, abriéndolos en circunferencia.

—Cuarenta de perímetro, trece de diámetro, más o menos... —murmuraba, midiendo el mayor—. Veinticinco, y ocho, para este otro... —Y señaló el menor, devolviendo la cinta al prefecto. Que lo miraba sin comprender el porqué de sus medidas.

—¿Para qué haces eso? —demandó, con extrañeza—. No creo que tenga importancia hallar una cuerda en la chimenea... Puede haber servido para atar cualquier paquete, y al desenvolverlo la han tirado ahí...

—Nada más común —apoyó Quelño, sentándose.

—Me gustaría echarle el ojo a ese paquete —replicó mi primo, metiéndose un extremo del bramante en la boca. Distraído.

Pero pronto hubo de sacarlo, haciendo una mueca de sorprendido desagrado. Y contempló la piola, revolviéndola entre sus dedos. Luego volvió a gustarla.

—¡Está salada! —exclamó.

—¿Salada...!? —se admiró el magistrado.

—Puede probarla —replicó Cheste, tendiéndosela.

El juez de Instrucción tomó el cordel y se metió en la boca la punta del lazo menor.

—Usted delira —le dijo Cheste, cuando lo hubo gustado—. Esto no sabe más que a cáñamo...

—¿Eh?! —chilló mi primo, abalanzándose sobre el bramante, que arrebató al juez—. A ver usted, doctor... —Y se lo tendió a Xiquena.

—¡Qué raro! —se asombró este, después de gustar el hilo por varios sitios—. Solo el lazo grande está salado.

Cristián Yarce se impacientaba.

—Estamos haciendo el ridículo... —se quejó—. Preocupándonos por si un lado está salado y el otro no, ¡es el colmo!

Quelño resolvió terminar la cuestión.

—Habrán atado algo salado con el lazo grande, y con el otro no —opinó con suficiencia—. Eso es todo.

Cheste lo miró con burlona admiración.

—¿De veras? —demandó—. Su inducción es brillante...

Y guardando la cuerda en un bolsillo, se inclinó nuevamente sobre la estufa.

Pasando la mano sobre el piso del hogar, Bernal permaneció un momento en cuclillas. Al cabo, sacó una tarjeta de su cartera, y en ella recogió algo que puso sobre la palma de su

mano izquierda. Luego se acercó al balcón y contempló bajo la luz lo que había despertado su interés.

—Dame la lupa, Cristián... —le pidió, extendiendo una mano.

El prefecto hurgó en sus bolsillos con aire de fastidio.

—Toma... Y a ver si terminas... —dijo de mal talante, al tiempo que Cheste recibía lo pedido.

Mi primo no perdió tiempo en respuestas. Sino que aplicó el lente sobre su mano izquierda, examinando detenidamente los pequeños fragmentos que en ella había depositado.

—Debí suponerlo... —musitó, dándonos a mirar su mano a través de la lupa.

Por la expresión de Cheste, comprendí que algo interesante había descubierto. Pero, en realidad, aquellos pequeños cristales cóncavos no significaban nada para mí.

—¿De qué se trata ahora? —inquirió Yarce, algo escamado.

—¿Qué anda buscando? —indagó Quelño, agitando una mano de dedos apiñados. Con las puntas hacia arriba.

En cambio, Lain Xiquena omitió las palabras. Pero tomó la lupa. Y observó largamente los pedacitos de cristal.

—Voy a guardar eso —decidió al cabo—. Es necesario analizarlo...

—¿Para qué? —preguntó el juez.

—Para ver si es verdad lo que estoy pensando —respondió el médico forense, depositando los cristalitos en un sobre.

—¿Quiere explicarse, doctor? —rogó el capitán, con voz monótona.

—¡Cómo no, amigo! Estoy pensando en un famoso asaltante polaco... Era un criminal ingenioso ese hombre...

—Que arrojaba ampolletas de gas contra sus víctimas... —agregó Cheste, sacudiéndose las manos.

—Las que morían intoxicadas —completó Xiquena—. Aunque, en un principio, se dictaminaba síncope cardíaco, el asesino no alcanzó la impunidad...

—Es que la Justicia siempre llega... —sentenció Quelño, con evidente satisfacción.

—Desde luego —admitió el médico, con suave ironía—. La policía trabajó mucho en ese caso, pero el criminal fue delatado. De otro modo, no hubiera sido descubierto jamás.

—¿Qué gas contenían esas ampollas? —indagó el prefecto, proyectando su mentón hacia adelante.

—Hidrógeno arsenical, más conocido por el nombre de arsenamina —replicó Xiquena, afablemente.

—¿Y dice usted que la muerte así provocada presenta los mismos aspectos que la producida por un síncope cardíaco?

—En la inmensa mayoría de los casos —afirmó el forense, en tono categórico.

—Que es lo que queríamos demostrar —concluyó Ches-te, haciendo un gesto displicente.

Y Lain Xiquena decidió marcharse.

—Bueno, aquí ya no hago nada —expresó, recogiendo sus cosas—. Mándenme el cadáver para hacer la autopsia...

—¿Cuándo nos enviará su informe, doctor? —interrogó el capitán.

—Tal vez esta misma tarde —prometió el forense, tomando un chicle de su pastillero.

—¿Y el análisis de los fragmentos de cristal?

—También. Y el del gato, si quieren —ofreció Xiquena, despidiéndose desde la puerta—. Hasta el mes que viene, ¿eh?

Y abandonando la estancia, se alejó escaleras abajo, mas-cando vigorosamente.

Por espacio de varios minutos, contempló en silencio la sábana con que el médico forense cubriera el cadáver de Gertrudis Ruiz Haedo.

Cheste, a mi lado, contraía las mandíbulas. Y se rascaba la barbilla. Muy preocupado.

Yarce y Quelño se dirigieron hacia la puerta. Pero aún no habían llegado a ella, cuando fue abierta violentamente.

Fue Pablo Ruiz Haedo de ojos desorbitados y gesto maligno, el que penetró. Encarándose con nosotros, con muy malos modos. Y peor vocabulario, como un conductor de ómnibus.

—¡Ustedes...! —gritó, blandiendo un puño airado—. Ustedes la mataron con su estúpida comedia de vigilancia..., como quisieron matarme a mí. Pero sepan que...

Y no lo supo. Porque no pudo terminar.

El comisario Castil, que entraba en aquel momento, lo asió fuertemente por los brazos, sacándolo afuera.

—¿Qué diablos de bicho le ha picado? —preguntó el comisario, zamarreando al enfurecido Pablo.

—Déjelo, hombre... —intercedió Cheste—. Está sobrecitado. Usted comprenda...

Castil obedeció la indicación de Bernal, soltando a Pablo, que se debatía inútilmente. Y quien, una vez libre, en el pasillo, se volvió a nosotros.

—Sobrecitado..., ¿eh? —masculló rabioso—. Ahora verán...

Y ante nuestro asombro, Pablo introdujo una mano en un bolsillo de su chaqueta, extrayendo un objeto que arrojó por el vano de la puerta. Cayendo a los pies de Yarce.

—Tomen. Ahí lo tienen... —pronunció, en tono despectivo.

Una ola de frío corrió por la habitación, a la grupa de la cosa lanzada por Pablo.

—¿Qué juego insensato...?! —tronó el prefecto, iracundo. Pero la frase murió en sus labios, abiertos en una mueca de estupor.

Queñño contempló, atónito, el objeto caído. Que Cheste recogió, poniéndolo sobre mesa. Y al apoyarlo sobre ella, un sonido inesperado descargó en la atmósfera la inquietud latente. Que reprodujo en mí la sensación de horror de aquella primera noche trágica...

(¡Cuic...!).

Pero ahora eran dos muñequitos unidos por la cadera.
¡Dos mellizos de goma...!

Cuadro sexto

El mismo día, a las 9 hs. El mismo escenario

Pablo Ruiz Haedo había regresado a su cuarto.

Y los camilleros que habrían de llevarse el cadáver de Gertrudis Ruiz Haedo se retiraron, por fin, con su fúnebre carga.

En el pasillo, Haroldo Pinel conversaba con su primo Carlos.

—Usted debería irse a descansar, senador —le dijo Ches-te, en tono insinuante.

—Prefiero ser útil aquí... —repuso Pinel, con ganas de quedarse.

Pero Yarce no lo entendió así. Y se lo hizo saber. Un poco secamente.

Ante las palabras del prefecto, el senador Pinel optó por retirarse. Muy a pesar suyo.

Un peón de la veterinaria salió con el gato en una bolsa.

El sargento Chamorro vino a comunicar la llegada del relevo.

Antes de abandonar la casa, el agente Sierra, que estuviera de guardia en el jardín, informó que aquella mañana, a eso de las ocho, el contralmirante Ruiz Haedo y el doctor Zelada habían insistido en entrar...

En su dormitorio, Pablo Ruiz Haedo, sentado en el borde de su cama, tenía la cabeza hundida entre las manos.

—¿De dónde sacó usted este juguete? —le preguntó Yarce, acercándose y mostrándole los muñequitos.

El interpelado levantó la cabeza. E incorporándose a medias, señaló debajo de la cama, a los pies, cerca de la pata izquierda.

—Ahí estaba.... lo encontré hace un rato... —declaró con voz ahogada.

—¿Cómo fue eso? —indagó Quelño, desconfiado.

Pablo miró al juez, con ojos entornados.

—Yo vine aquí a buscar un libro que tenía sobre la mesa de luz, y al botarlo se me cayó un lápiz al suelo —respondió, de mala gana—. Fue al recogerlo que vi los muñecos...

Cheste miraba la chimenea.

—Dígame. Pablo, ¿no se imagina cómo los muñecos pudieron llegar hasta su cama? —interrogó, como pensando en otra cosa.

—No sé..., no sé... —balbuceó el otro, encogiéndose de hombros.

—Pues anoche el comisario Castil revisó esta pieza y no encontró nada... —intervino Yarce, con aspereza.

—Y mucho menos ese maldito juguete de goma —concluyó el aludido, rotundo.

—Naturalmente... —murmuró Cheste—. Como que todavía no estaba...

Cinco minutos después, Pablo Ruiz Haedo había salido de su cuarto, acompañando al comisario. Porque quería fiscalizar los puestos de guardia establecidos para el segundo turno.

Por lo visto, no estaba tranquilo aún...

Bernal Cheste continuaba ocupándose de la estufa. Que estaba situada en el centro de la pared este.

Al cabo de un rato, Bernal abandonó su asiento, caminando por la pieza.

—Ya está —dijo, encendiendo un Perahuí—. La cosa es sencilla... —agregó, mirando burlonamente al prefecto.

—¡Sencillísima...! —replicó este, apretando los dientes.

—¿Qué te parece? —inquirió Cheste, señalando el hogar de la chimenea.

—Me parece grande —contestó Yarce con acritud.

—Cabe un hombre, ¿verdad?

El capitán entornó los ojos, escrutando el rostro de mi primo. Wifredo Z. Quelño se mantuvo a la expectativa.

—¿Y no crees que la del cuarto de Gertrudis debe coincidir con esta? —insistió Bernal.

Yarce tuvo un sobresalto.

—¡Por vida de...! —exclamó—. ¡Y son idénticas...! Por allí también cabe un hombre...

Quelño consideró que había llegado su momento. Y comenzó a hablar sobre las posibilidades que podrían ofrecer los respectivos huecos de ambas estufas. Desarrollando métodos y sistemas. Poniéndose muy pesado, como un profesor de contabilidad.

Prescindiendo del magistrado, Cheste tomó los muñequitos de sobre la cama, acercándose a la chimenea, en la que se introdujo. Pero no permaneció mucho tiempo en aquella incómoda posición.

—Vamos a la habitación de Gertrudis —nos indicó, saliendo de la estufa.

Un agente del segundo turno, alto y de lentes, guardaba la puerta de la que fuera alcoba de Gertrudis Ruiz Haedo.

—¿No ha entrado nadie, Ugarte? —demandó el prefecto, mecánicamente.

—No, capitán —repuso el otro—. Por lo menos, desde que recibí el puesto.

Y entramos.

Debajo del sillón en que muriera el gato, medio metro delante de la chimenea, hallamos los mellizos de goma que Cheste acababa de arrojar.

—¿Y esto...? —preguntó el juez, recogíendolos.

—Eso significa que las cosas son como yo suponía —respondió Bernal, frotándose las manos—. Y demuestra que las chimeneas se comunican...

Cristián Yace miraba ora a la estufa, ora a Cheste, y en sus ojos iba apareciendo un brillo de comprensión.

Cheste se dirigió a Quelño.

—¡Wifredo! —llamó—, ¿quiere fijarse si los muñecos están salados?

Pregunta esta que disgustó al capitán.

—Pero... ¡tú estás viendo sal por todas partes...! —refunfuñó.

Quelño tampoco pareció muy halagado, pero accedió.

—¡Es inaudito...! —murmuró—. ¡También el juguete...!

El prefecto quedó desconcertado.

—¡Antes era el agua..., ahora es la sal...! —decía en tono de protesta. Y salió al pasillo, agitando los brazos.

Nosotros lo seguimos, deteniéndolo Cheste cuando se disponía a llamar en la puerta de Raquel.

—¿Qué vas a hacer?

—Interrogarla —repuso Yarce, impaciente—. Me parece que hemos esperado bastante...

—Es cierto... —admitió Bernal—. Pero yo considero más urgente subir a la azotea...

—¡¿A la azotea...! —se asombró el otro—. ¿Y a qué...?

—Pues..., a ver por dónde sale el humo cuando están encendidas las estufas...

Mientras avanzábamos en dirección a la escalera de servicio, Quelño iba rumiando discrepancias. Y planteando dificultades.

—Pablo encontró los muñecos debajo de su cama... —reflexionaba el juez—. Pero los restos de la ampollita quedaron sobre el piso del hogar, en el cuarto de Gertrudis...

—¿Y a mí qué me cuenta...? —musitó el prefecto, distraído.

—¡Esos muñecos...! —insistió Quelño, ofendido—. Ahora cayeron debajo de un sillón... Siempre fuera del hogar...

—Quizá se vean arrastrados por su espíritu aventurero... —opinó Cheste, subiendo el primer escalón—. Aunque no debe olvidarse que la goma suele botar... ¿Por qué estarían salados los muñecos?

La escalera no crujía. Pero era un poco estrecha.

¿Qué tendría que ver la cuerda de cáñamo?

Cuando llegamos a la meseta, Cheste abrió de un empujón la puerta de la azotea. Y el aire nos dio en la cara.

La tela asfáltica que cubría el piso amortiguaba nuestro rumor de marcha. Ahogando el ruido de las pisadas.

En las inmediaciones de la esquina de Paraná y Juncal, había una sola chimenea... Y hacia ella nos dirigimos. Con toda suerte de precauciones.

Porque allí había alguien...

Un hombre vestido de azul, con la cabeza metida entre los cuatro pilarcitos altos que sostenían el casquete de material.

Quelño pisó una tabla..., que sonó grave...

Y el hombre se agitó súbitamente. Sorprendido.

—¡Salga de ahí...! —ordenó el capitán Yarce, con voz de sargento, que es más gutural.

Pero el observador de chimeneas no habría de impresionarse demasiado. Sacó lentamente la cabeza, cuidando de no rozarla contra los soportes del casquete, se alisó el cabello con ambas manos... Y sonrió...

Era Julio Zelada...

Cuadro séptimo

El mismo día, a las 10:15 hs. Escenario exterior

—¿Qué hacía usted aquí? —inquirió el prefecto del SIC, con acento severo. Y con el ceño adusto.

—Trataba de informarme... —respondió Zelada, sin inmutarse. —Como no me dejaron entrar por el jardín...

—¿Quiere decir que escuchaba usted por ahí? —demandó Quelño, señalando la ennegrecida chimenea.

—Efectivamente —confirmó el otro—. Debo reconocer que es un tubo acústico bastante aceptable.

—¿Y de qué se ha enterado usted? —indagó Yarce, conteniendo un gesto de cólera.

—De todo —repuso el médico, con suavidad.

Bernal Cheste observaba el ancho prisma de base cuadrada.

—El asunto parece claro —dijo, agitando la cabeza de arriba a abajo. Este cañón sirve de tiraje para las dos estufas...

—Usted lo ha dicho —ratificó Zelada, con fingida gravedad—. Y debido a esa circunstancia puede oírse desde aquí todo lo que se habla en ambos dormitorios...

—Dígame, Zelada, ¿conoce mucha gente esa particularidad de las chimeneas? —preguntó Cheste con profundo interés.

—Naturalmente... —contestó el interpelado—. Eso no lo ignora nadie de la familia...

—¿Qué entiende usted por “la familia”? —quiso saber mi primo, bajando la voz.

—¡Hombre...!, pues... —vaciló el médico, sorprendido—. Todos los Ruiz Haedo, sus cónyuges, Haroldo Pinel..., y yo. No creo que haya nadie más.

—¿Y podría saberlo alguno de los allegados...? —interrogó Quelño, insinuante—. De los amigos más íntimos, quiero decir.

Julio Zelada dedicó al magistrado una mueca de extrañeza. (*¡Mire con lo que sale...!*).

—No, no me parece —replicó luego—. Ni el mismo Reinaldo Lascano creo que lo sepa. Y eso que se ha pasado aquí muchas horas...

—¿Y los otros...? —insistió Quelño, obstinado.

—Pero, señor juez, ¡los otros están casi todos muertos...!

Cristián Yarce se cuidó de volver al tema. Lo que trajo como consecuencia una explicación del doctor Zelada acerca de las estufas de marras y de su común desahogo exterior.

—... y el tabique que separa ambos hogares no alcanza a dos metros de alto —terminó el médico, dirigiéndose a mi primo—. Y gracias a eso pudo usted arrojar los muñecos de una pieza a otra.

El prefecto miraba atentamente el tubo de la chimenea.

—Por ese cañón no cabe un hombre —observó, señalándolo.

—Ni un niño —admitió Cheste—. Pero sobra espacio para una ampolleta de arsenamina... Y para los muñecos...

—Desde luego, el tubo se va estrechando hacia arriba... —manifestó Zelada, golpeando el casquete.

—¡Hola...! ¿Qué es esto? —exclamó Bernal, tomando algo que había en el borde de la chimenea, entre ambos pilares de la derecha. Y nos mostró una piedra de forma irregular, casi del tamaño de un durazno.

Wifredo Z. Quelño sonrió con suficiencia.

—¿Quiere que la pruebe también? —sugirió, señalando la piedra—. A lo mejor está salada...

—Bueno, ya que se ofrece... —aceptó Cheste, con displi-
cencia—. A mí no se me había ocurrido.

Quelño se llevó la piedra a la boca...

—¡Pero esto es demasiado...! —expresó con vehemencia,
poniéndose repentinamente serio.

—¡Qué!, ¿está salada...? —demandó Yarce, torciendo el
gesto.

—Como un bacalao.

La confusión del prefecto iba en aumento.

—Cualquiera diría que la piedra y los muñecos estuvie-
ron atados a la cuerda de cáñamo... —murmuró.

—Me parece difícil —opuso Cheste, con calma—. La
piedra quedó aquí, la cuerda cayó en la estufa de Gertrudis y
los muñecos en el cuarto de los mellizos... ¿Puedes explicarme
cómo se desataron?

—No tengo la menor idea —respondió el capitán, de mal
humor.

Julio Zelada guardaba silencio. Pero no se perdía una sí-
laba de lo que hablaban los demás.

Hasta que fue interpelado por Yarce.

—¿Cómo llegó hasta aquí? —le preguntó a quemarropa.

—Por la azotea del museo —repuso el médico, señalan-
do la finca lindera por el oeste.

—¿Desde su casa?

—¡Y es claro! Vengan, que les mostraré el camino.

Precedidos por Zelada, pasamos a la azotea del Museo y
Oploteca Colonial, que se extendía al mismo nivel que la de los
Ruiz Haedo. Y por ella seguimos en dirección al sur, hasta aso-
marnos al jardín del contralmirante.²⁰

²⁰ Véase el plano de ubicación en la pág. 158.

Una escalera de hierro subía desde el jardín hasta el desván situado encima del garage. Y de allí, a su techo, elevado casi a la misma altura de la azotea en que nos hallábamos.

Siguiendo una indicación del médico, saltamos el pretil y descendimos la escalera.

—Este fue mi recorrido —declaró Zelada, ya en el jardín, poniéndose de espaldas a la rosaleta.

—Y probablemente el del asesino —agregó Cheste, con acento sereno.

Julio Zelada trató de sonreír. Pero no lo consiguió.

Y pareció turbado.

—¿Usted cree...? —balbuceó.

—Por lo menos las apariencias indican que el Desconocido tiró su ampolleta por el tubo de la chimenea... —replicó Cheste, meneando la cabeza—. ¿Y qué otro camino podría seguir...?

—A propósito de ampolleta... —dijo Yarcé, volviéndose a Zelada—. ¿Hay arsenamina en su laboratorio?

El interpelado no contestó. Y dando media vuelta, se dirigió a la casa.

Pero no penetró en ella, sino que siguió hasta su laboratorio.

—Me faltan tres ampollas... —anunció, saliendo precipitadamente. Con el rostro ensombrecido.

—Esperaba algo de eso... —manifestó Quelño, en tono suficiente. Como si lo hubiera previsto.

El prefecto se encaró con el médico.

—Después de lo que pasó con la cicutina, usted estaba en la obligación de tomar precauciones... —le reprochó.

—Y las he tomado —contestó el otro, con energía—. Desde entonces, nadie puede entrar aquí si no es en mi compañía.

—Excepto Pablo, ¿verdad? —insinuó Cheste.

Zelada sostuvo, sin pestañear, la mirada de mi primo.

—Excepto Pablo —admitió luego.

—Tal vez se llevaron la arsenamina junto con el sobre de bromhidrato... —aventuró Quelño, sin convicción.

Quizá... Aquello parecía probable...

Un caminar isócrono y pesado llegaba desde el interior de la casa. Y Pedro Ruiz Haedo apareció en el umbral de la puerta que se abría a la izquierda del laboratorio.

—Veamos qué quiere el Padre de las Aguas... —dijo Cheste, a media voz.

Al advertir nuestra presencia, el contralmirante hizo una mueca de contrariedad, que reemplazó pronto por una sonrisa de circunstancias.

—Esta mañana no me dejaron pasar... —se quejó, señalando el portón.

—El agente cumplió su consigna —repuso Yarce.

—Sí, pero se trataba de mi familia...

—¿Sabe usted lo ocurrido? —indagó Quelño.

—Me lo dijo Méndez por teléfono —respondió el marino, balanceando el cuerpo nerviosamente—. Pero no acabo de explicarme...

—¿El qué...? —inquirió Cheste, solícito.

—¡Eran Carlos y Pablo los señalados...!

—¡Ah, sí...! Eso es una cuestión de chimeneas...

—Su hermana Gertrudis fue asesinada por error —explicó Yarce, interviniendo—. El Desconocido dejó caer una ampolleta de arsenamina por el tubo de la chimenea, creyendo que mataría a los mellizos...

—Y ese tubo de tiraje sirve también para la estufa del dormitorio de mi hermana... —observó el contralmirante, con aire de comprensión—. Eso demuestra que el Desconocido ignoraba ese detalle...

—Máxime que el juguete arrojado consiste en dos muñecos de goma unidos por la cadera —añadió el prefecto.

—¡Dos mellizos...!

—Que cayeron en la pieza de Carlos y Pablo —expresó Quelño, con extraña reticencia.

Lo que me hizo sospechar que el juez de Instrucción no estaba muy seguro de que los muñecos hubieran caído desde la azotea.

Julio Zelada se dirigió a su primo...

—Y todavía no sabes lo peor... —le advirtió, en son de chanza—. Porque todo hace suponer que el Desconocido llegó a la chimenea, saliendo de este jardín...

—¡Eso es imposible! —rechazó el otro, enrojeciendo levemente.

Pero Zelada le describió el camino de la escalera del garaje como el único accesible.

Y Pedro Ruiz Haedo tuvo que admitirlo.

—Dígame, contralmirante, ¿dónde pasó usted la noche? —demandó Cheste, en el tono más amable de que era capaz.

El interpelado guardó silencio. Pero su mirada fue elocuente. (*Conque sospechas... ¿no?*).

—Vamos, Pedro..., ¡te están hablando...! —lo apuró Zelada, con el oído pronto.

—¿Quieres que conteste? Pues bien..., pasé la velada en el Centro Naval.

—¿Y después? —insistió Cheste, encendiendo un Perahuí.

Por un momento, pensé que al contralmirante le daría un ataque de rabia. ¡Porque había que ver cómo se puso...! ¡Como un basilisco!

—¿Después...?! —gritó enfurecido—. Después volví a mi casa y... y estuve toda la noche con mi mujer... —agregó, temblando de ira—. ¿Y usted...?

Con los ojos entornados, Bernal Cheste observó al marino, dejando caer la ceniza de su cigarrillo.

—Yo no —replicó luego, con equívoca dulzura.

Y Zelada tuvo que llevarse al contralmirante.

—Es indudable que el Desconocido tiene acceso a este jardín —estableció Cheste más tarde, antes de franquear el portón.

—Yo no creo que sea ninguno de la casa —opinó Quelño, escéptico—. Ni el contralmirante, ni su mujer... Y en cuanto a Zelada...

—Ellos no son los únicos... —hizo notar mi primo, antes de señalar el portoncito de la calle Arenales, apenas visible a través de la arboleda.

En la cara del prefecto se dibujó una expresión de idea repentina.

(¡Los Curiosos de Mitra...!).

Cuadro octavo

El mismo día, a las 16:25 hs. En el SIC

A mediodía, Raquel Ruiz Haedo había sido interrogada por el capitán Yarce. Pero su declaración no aportó novedades. Ella reconoció haber hallado el cadáver de su tía Gertrudis... Y nada más.

En cambio, fue algo más explícita en lo referente a sus relaciones con Reinaldo Lascano. Detalles estos que fueron confirmados más tarde por el propio interesado.

—¿Y...?, ¿llegó ya el informe de Xiquena? —preguntó Wilfredo Z. Quelño, entrando en el despacho del prefecto.

—Sí —repuso este—. Y ha confirmado el asesinato por arsenamina...

—Ratificando la hora del deceso —añadió Cheste, perezosamente.

—Alrededor de las tres, ¿verdad? —inquirió el juez.

—Entre las tres menos diez y las tres y diez —concretó Yarce, atascando su pipa.

—¿A qué hora se levantó Carlos esta madrugada? —demandó Cheste, volviéndose al capitán.

—Según Fresnedo, salió de su cuarto a las tres menos dieciséis minutos, regresando al dar las tres.

—Más o menos a esa hora entró Reinaldo por Paraná... —murmuró Cheste, pensativo.

—Y murió Gertrudis...

—Y Pablo estaba solo en su cuarto...

(¡Y esas chimeneas...!).

Bernal Cheste se puso de pie. Se despezó disimuladamente, estiró las piernas, las flexionó... Y se volvió a sentar.

—Bueno, creo que es hora de hablar con Reinaldo Lascano, ¿no? —dijo, conteniendo un bostezo.

Quelño y Yarce se manifestaron de acuerdo. Y el detenido fue llevado a nuestra presencia.

El joven Lascano entró con paso firme, buscando soluciones.

—¿Hasta cuándo me van a tener aquí? —protestó, con voz reposada—. ¿O es que ha ocurrido algo...?

El prefecto asintió con la cabeza.

—¿Los mellizos...? —averiguó Lascano, dando un paso adelante.

—No —contestó Yarce—. Los mellizos gozan de buena salud.

—Entonces..., ¿lo atraparon?

—Han asesinado a Gertrudis Ruiz Haedo —respondió el capitán, fríamente.

Reinaldo Lascano se dejó caer sobre un sillón.

—¿A Gertrudis...?! Pero, ¡no es posible!

—Y el juguete apareció en el cuarto de los gemelos —completó el prefecto.

—¡El juguete...! También esta vez... Pero, ¿ustedes no vigilaban? Se cuidaron mucho de traerme aquí, y mientras... el criminal hacía su obra... —reprochó el otro, oprimiendo los brazos de su butaca.

—Cuando yo lo mandé aquí, ella ya estaba muerta —puntualizó Yarce, severo.

—Y probablemente ya lo estuviera cuando usted entró por Paraná —agregó Quelño, mirando fijamente al abogado.

—¡No puede ser...! ¿Cómo pudieron matar a Gertrudis y poner el juguete en otra habitación? —se sorprendió el joven Lascano.

El capitán no creyó en su sinceridad.

—¿Usted no lo sabe? —preguntó, reticente—. Sin embargo, no han de faltarle motivos...

Fue Quelño quien se encargó de explicar al detenido cómo había sido muerta Gertrudis Ruiz Haedo. Y lo hizo con lujo de detalles.

—Entonces no quisieron matarla a ella... —dedujo Reinaldo, con los ojos brillantes.

—Tenga en cuenta que la hora del crimen coincide, aproximadamente, con la de su entrada por la puerta de Paraná... —recordó el prefecto, insinuante.

Reinaldo Lascano guardó silencio.

El hombre que había confesado ser el Desconocido cuando nadie lo suponía, y que lo negaba cuando todo lo acusaba, preparaba su respuesta. Y se tomaba tiempo.

—Usted tuvo hasta doce minutos disponibles para llegar desde la azotea hasta la puerta de Paraná... —insistió Yarce, tratando de presionarlo.

—Siempre que haya muerto a las tres menos diez... —arguyó Lascano, en tono aclaratorio—. Yo sé lo que usted piensa y lamento defraudarlo... Porque soy inocente...

—¡Qué cosa!, ¿no? —se mofó el prefecto—. Y si es inocente, ¿por qué se confesó culpable?

—Porque quería desorientar al Desconocido y poder atraparlo cuando fuera a...

—Sí, sí, ya lo sabemos —lo interrumpió Cheste—. Raque nos ha dicho que usted se reconoció culpable para poder desenmascarar al Desconocido. Pero eso es el para qué de su confesión, y yo quiero saber el porqué.

—Yo lo hice porque tenía un plan para...

—No, no, no —cortó Cheste, agitando un índice—. Usted confesó por algo que le hizo concebir el plan para pescar al

Desconocido. Y lo que yo quiero saber es ese algo, lo que motivó la concepción del plan, es decir, la causa.

Reinaldo Lascano posó su vista en cada uno de nosotros. Y se dispuso a hablar.

—Poco después de la muerte de Antonio Ruiz Haedo —comenzó—, su hija Raquel me mandó llamar, por intermedio de Zelada, comunicándome los temores que abrigaba acerca de una posible intervención de su tía en el asesinato de su padre.

Raquel habría oído una disputa entre ambos, en el curso de la cual Gertrudis llegó a amenazar de muerte a su hermano, el senador Ruiz Haedo.

—¿Usted qué dijo a eso? —inquirió Quelño, juntando las manos bajo su barbilla.

—Yo traté de convencerla de que estaba pensando disparates. Porque estaba seguro de que Gertrudis, a pesar de su carácter infernal, era incapaz de matar a nadie... Además, yo sabía que la muerte del senador era una nueva etapa del Desconocido.

—¿Y cómo lo sabía? —indagó Yarce, con desconfianza.

—Porque Antonio Ruiz Haedo representaba a Júpiter...

—Y en aquel momento, ¿no sospechó usted que Gertrudis pudiera ser el Desconocido? —demandó el magistrado.

—Era imposible, señor juez —contestó Lascano, sonriendo burlescamente—. Ustedes mismos comprobaron que ella estaba en Nahuel Huapi cuando mataron a Ayala, ¿no lo recuerda?

—Sí, claro... —admitió Quelño, mordiendo los labios.

—Dígame, Lascano, ¿nada más que para decirle eso lo llamó Raquel? —preguntó Bernal, metiéndose los pulgares en las sisas del chaleco—. Yo tengo entendido que ella lo consultó sobre la conveniencia de confiar sus temores al capitán Yarce. Y usted...

—Yo le dije que sería precipitado...

—Y le hizo una contrapropuesta...

—Eso es. Le propuse un plan de acción basado en mi entrega como asesino —respondió Lascano—. Y lo primero que le dije fue que su padre había sido el instigador del rapto de mi hermana Olga.

—¿Y usted concibió el plan de atrapar al Desconocido, confesándose culpable, a raíz de la confianza de Raquel?

Reinaldo Lascano miró atentamente a Cheste, como si quisiera penetrar el alcance de su pregunta.

—Sí —replicó simplemente.

—¡Ajajá...! —exclamó Cheste, enarcando las cejas—. Y dígame, ¿la llave de la puerta de Paraná también la sacó de la confianza de Raquel?

El detenido pareció desconcertado ante la inesperada mención de la llave de la puerta. Y no supo qué decir, como un ministro interpelado.

—Vea, Reinaldo —dijo Cheste, con voz insinuante—, ¿no le parece que ya es hora de confiar en nosotros?

—Tenga en cuenta que le conviene... —advirtió Quelño, persuasivo.

El joven Lascano reflexionó un buen rato.

Luego se arrellanó en su butaca, montando una pierna sobre la otra, y pidió un cigarrillo.

—Muy bien, hablaré... —decidió, encendiendo el Perahuí que le diera Cheste—. Estaba dispuesto a guardar silencio sobre los motivos de mi conducta, pero ya que la fuerza de las circunstancias me obliga...

Y dejó resbalar la frase, arrastrando la pausa.

—Puede estar tranquilo... —aseguró Quelño, con paternal condescendencia—. Yo le prometo que todo cuanto declare ahora, será considerado como no oficial...

—De eso estoy convencido —repuso Lascano, sonriendo.

—Mejor que mejor, entonces.

Pero cuando Reinaldo Lascano declaró que había resuelto hablar a solas con Cheste, negándose a hacerlo en otras condiciones, el magistrado retiró su complacencia.

Aquello no le parecía correcto. Ni mucho menos.

En cuanto al capitán Yarce, tan celoso siempre de su autoridad, consintió de muy mala gana. Porque no tenía otro remedio.

Y dejamos el despacho.

—¡Es una falta de consideración...! —se quejaba Quelño, paseándose agitado.

—¡Una vergüenza...! —mascullaba el prefecto.

—¿Qué se habrá creído...?

—¿Dónde vamos a parar...?

—¡Es el no va más...!

—¡El colmo, ya...!

Y así, durante más de diez minutos.

¿Qué habría determinado la confesión de Reinaldo Lascano?

¿Por qué se lo diría solamente a Cheste?

Yarce y Quelño terminaron deponiendo su despecho y buscaron coincidir en la curiosidad impaciente.

—¿Qué tendrá que decirle...?

—Reinaldo debe saber algo...

—Que no quiere que sepamos...

—Debe ser comprometido para alguien...

—Y Bernal le prometerá reserva...

—¡Ya llevan veinte minutos...!

Por fin, se abrió la puerta de la Prefectura y Cheste nos llamó con un gesto. Que el juez se apresuró a interpretar.

—Quizá nos enteremos de algo todavía... —murmuraba al entrar, con acento ligeramente optimista.

Reinaldo Lascano estaba de pie, dispuesto a abandonar la habitación. Y comprendiéndolo así, el capitán requirió la presencia de un agente, a quien confió la custodia del detenido.

Un momento después, Quelño se deshacía en preguntas, tratando de averiguar lo que Lascano había rehusado exponer en su presencia. Pero no logró saber gran cosa. Ni Yarce tampoco.

—Reinaldo me ha explicado el porqué de su actitud y yo lo he comprendido... —manifestó Cheste, con gravedad—. Es un caso triste, el suyo...

—Bueno, pero..., ¿qué es lo que ha dicho? —insistió el magistrado, acalorándose. Cheste le dirigió una mirada elocuente.

(Muchas cosas...).

—En primer lugar, rectificó ciertas manifestaciones anteriores —contestó luego—. Reinaldo no se entregó con el propósito de desorientar al Desconocido y atraparlo en casa de los Ruiz Haedo... Porque aun no se le había ocurrido esta segunda parte.

Cristián Yarce contempló a Bernal, con cierta fijeza.

—Supongo que seguirás creyendo en su inocencia, ¿verdad? —rastreó, en tono malicioso.

—¿Y por qué no?

—Tú te basas en su declaración sobre el cigarrillo envenenado, ¿no?

—En parte...

—Eso fue astucia.

—¿Y su asombro cuando le adjudicaste la posesión del cortapapeles de Escudero...?

—Simulación.

—¿Y nombrar defensor a Haroldo Pinel?

—Conveniencia —replicó de inmediato el prefecto, sin detenerse a considerar la extraña pregunta de Cheste.

—¿Ah, sí?, ¿conveniencia...? —se mofó Bernal, contrayendo la barbilla—. Sin embargo, Pinel hubo de ser la primera víctima de su venganza...

El capitán Yarce no atinó con la respuesta. Y acudió a Quelño en demanda de apoyo. Pero el juez se limitó a devolver su mirada.

(Buen argumento, ¿eh?).

A pesar de todo, Yarce no se convencía. Y atacó por otro lado.

—Ya que lo consideras inocente, ¿quieres decirme de dónde sacó la llave de Paraná?

Cheste esperaba la pregunta. Y la acogió con una amplia sonrisa.

—La encontré puesta en una puerta de su casa... —respondió, con acento insinuante.

—¿¡En una puerta...!?

—Sí, en una puerta —ratificó mi primo—. ¿Qué tiene de particular?

—Pero es que... —articuló Quelño, sin lograr la frase—. ¡Yo no entiendo eso...!

—Sin embargo, una cerradura me parece el sitio ideal para esconder una llave —expresó Cheste, sacando su pitillera de jade.

—¿Y sabe Reinaldo quién la puso allí? —inquirió el prefecto, capcioso.

—No...

—Pero usted sí lo sabrá... —sondeó Quelño, más interesado que burlón.

—A fe de Cheste.

Cuadro noveno

Domingo 22 de mayo, a las 20:30 hs. En el Ameltax Club

—**Q**ue un hombre se confiese autor de cinco asesinatos, teniendo ya la idea de fugarse, es algo que no me cabe en la cabeza —me decía Yarce, mientras esperábamos a Cheste en el comedor del Ameltax.

Y yo debí reconocer que aquello era, por lo menos, poco frecuente. Sin embargo, había un detalle más extraño aún... ¡Reinaldo Lascano no pensó que la casa de los Ruiz Haedo sería vigilada...!

Y en aquellas circunstancias, después de su evasión, la guardia era inexcusable.

Por eso juzgué que su plan era un poco ingenuo. O él muy aturdido.

Cuando Bernal Cheste se reunió con nosotros, era la imagen viva de la satisfacción.

—¿Qué tal? —saludó, pinchando una aceituna—. ¿No llegó el invitado?

—¿Qué invitado? —indagó Yarce, algo escamado.

—¡Cómo qué invitado...! Tu superior..., el señor juez de Instrucción... —fingió extrañarse Bernal—. Yo mismo le comuniqué tu deseo de hablar con él...

Cristián Yarce tamborileó nerviosamente sobre el brazo de su sillón.

(Esto empieza mal...).

—¿Mi deseo de hablar con él? —mascullé luego, con incipiente mal humor.

—Sí, Cristián; estoy seguro de haberte interpretado —repuso Cheste, sentándose.

Y desentendiéndose del asunto, se enfrascó en la lectura del menú.

Cinco minutos después, Wifredo Z. Quelño estaba con nosotros.

—¿Qué es eso tan extraordinario que tiene usted que decirme, Cristián? —le preguntó, apenas hubo llegado.

—No se precipite, señor juez —le advirtió Cheste—. El prefecto del SIC hablará de sobremesa. Él cree que, estudiando cuidadosamente el caso, puede llegarse a una solución satisfactoria. —Y volviéndose al aludido—... ¿Verdad, capitán?

La discreta tosecilla del maestresala cambió el plano de conversación.

Y cenamos.

Durante la comida, Cheste habló de cuestiones diversas, eludiendo el tema de los juguetes. Por cierto, Yarce no se mostró muy locuaz... Y Quelño no tuvo tiempo.

Lo cosa empezó con el café...

—Bueno..., creo que ha llegado el momento de enterarme... —insistió el magistrado, despuntando su veguero.

—No sé de qué... —murmuró el capitán, como para sí.

—¡De tus conclusiones...! —apuntó mi primo, en tono de burlona solicitud.

El juez Quelño sonrió comprensivo.

Yo creo que usted quiere hablarme de Reinaldo Lascano —expresó, dirigiéndose al prefecto—. Y he venido preparado.

—¿Ah, sí...? —musitó Yarce, con indiferencia.

Me he pasado la mañana estudiando el sumario...

—Ajá...

—Y he llegado a una conclusión —añadió Quelño, con suficiencia—. Es indudable que Bernal está en lo justo al descartar al joven Lascano...

—¿Porque nombró defensor a Pinel...? —demandó Yarce, incrédulo.

—Naturalmente —confirmó el otro—. Siendo Lascano el Desconocido, y matando por venganza, no iba a confiar en un hombre a quien odiaba..., a quien quiso matar...

—¿Y si se tratara de una maniobra? —opuso el capitán, obstinado. Al fin y al cabo, él pensaba escaparse...

—Sí, pero...

—Yo me atengo a los hechos —sostuvo Yarce—. Y lo único que hay en plata es su confesión.

Cheste hizo un gesto de contrariedad.

—¿Todavía no has comprendido que Reinaldo se entregó porque sospechaba de su padre? —planteó, con cierto retintín.

—Eso te habrá dicho él...

—¡Y claro que me lo dijo él...!

—Pues no lo entiendo —resistió el prefecto—. Si es verdad que sospechaba de su padre, no tenía por qué entregarse. Con vigilarlo...

—Eso también se me ocurrió a mí... Pero Reinaldo me hizo notar que Zelada había sido testigo de la crisis de su padre cuando, rodeado de juguetes, hablaba con una muñeca creyendo que esta era Olga. Y, además, sospechaba que el mismo Zelada hubiese oído la conversación que él mantuviera con su padre sobre la asimilación mitológica, en la mañana del 22 de abril.

—¿Y con eso...?

—Es que Reinaldo tenía la seguridad de que a Zelada le faltaría tiempo para irnos con el cuento... —aclaró Cheste—. Y de ahí su temor de que interrogáramos a su padre.

—Lo que habríamos hecho si tú no te hubieras opuesto —reprochó Yarce, con acritud.

—Yo me opuse porque consideré que no tenía objeto. Yo sabía algo que Reinaldo ignoraba...

—¿Y cómo llegó Reinaldo a sospechar de su padre? —inquirió el magistrado, volviendo de su sorpresa—. Eso es un poco fuerte...

—La duda empezó con el hallazgo de la llave de Paraná, cuya procedencia se cuidó de comprobar, en la cerradura de la puerta del despacho del senador —replicó mi primo—. Y de ahí salió todo... Él recordó que su padre había estado cerca del 1280 de Paraná, a la hora aproximada del asesinato de Escudero. También consideró que la muerte de Olga podía haber despertado su deseo de venganza, lo que constituiría el móvil de los crímenes. Además, como miembro de los Curiosos de Mitra, su padre tenía una llave del portoncito de la calle Arenales, la que le permitía el acceso al laboratorio de Zelada, de donde fuera obtenido el bromhidrato de cicutina... Y, por último, Augusto Lascano conocía la asimilación mitológica...

Wifredo Z. Quelño pareció satisfecho con aquellas explicaciones.

—Y también podría tenerse en cuenta el primer testamento... —agregó, a guisa de comentario.

—Todo eso está muy bien... —dijo Yarce, en tono pensativo—. Pero, si Reinaldo temía tanto que su padre fuera interrogado, ¿por qué tardó diez días en presentarse?

—Porque había decidido confiar su defensa al senador Pinel, y este recién salió en libertad el miércoles 27 de abril. Luego se ocupó de reconciliar a su abogado con los Ruiz Haedo, y de dar los últimos toques a su proyecto. También se encargó de ordenar la confección de dos llaves de la puerta de Paraná, las que sumadas a la que él encontrara en su casa, hacían tres:

una para entregártela en el momento de su confesión, otra para que Pinel pudiera entrar en el departamento de Escudero, y la tercera para él.

—¡Ajá...!, ¿y si nosotros hubiéramos apremiado a su padre, como yo quería?

—Entonces, Reinaldo Lascano habría confesado de inmediato.

—¿Y siempre tuvo la idea de fugarse? —indagó Quelño.

—Desde el primer momento —respondió Cheste—. Eso constituía para él un paso fundamental. Porque su confesión quitaba la posibilidad de que su padre fuera detenido, pero al mismo tiempo podía provocar el asesinato de los mellizos...

—Eso sí que no lo veo claro —murmuró Quelño, meneando la cabeza.

—Sin embargo, lo es, porque sabiendo Augusto Lascano que su hijo se había declarado autor de los crímenes de los juguetes, trataría de salvarlo matando a los mellizos... Y de ese modo, las autoridades comprenderían que Reinaldo era inocente, ya que estando detenido no podía ser culpable.

—Pero su evasión no evitaba la muerte de los mellizos... —adujo el prefecto, un tanto desorientado.

—¡Claro que la evitaba!, por lo menos, desde el punto de vista de Reinaldo. Porque, en esas circunstancias, el senador Lascano se abstendría de matarlos..., ya que hacerlo hubiera significado arrojar la responsabilidad sobre su hijo, que había huido después de confesar.

Cristián Yarce inició una sonrisa de triunfo.

—A primera vista, eso parece inobjetable —señaló, con leve acento de ironía—. Pero entonces, ¿a santo de qué fue Reinaldo al departamento de Escudero, en la madrugada de ayer?

—¿Y qué hacía allí el senador Pinel? —agregó Quelño, en el mismo tono.

Cheste se volvió al juez.

—Su pregunta es fácil de contestar —le dijo, condescendiente—. Haroldo Pinel esperaba a Reinaldo...

—¿Y Reinaldo...? —insistió el capitán, impaciente.

—¡Ah...!, eso ya es otra cosa...

—Usted nos dijo ayer que cuando Reinaldo se entregó, aún no tenía la idea de atrapar al Desconocido —observó Quelño, un poco fastidado.

—Y es muy cierto —confirmó Cheste—. Él solo pensaba en salvar a su padre y en evitar la muerte de Carlos y Pablo Ruiz Haedo.

—Como no te expliques mejor... —masculló el prefecto.

—¿De dónde sacó esa idea de atrapar al Desconocido, si él creía que era su padre? —planteó Quelño, concretando la cuestión.

—De la meditación en soledad —repuso Cheste, con acento solemne—. Porque durante su permanencia en el SIC, Reinaldo Lascano dejó de creer en la culpabilidad de su padre. El prefecto hizo un movimiento de expectativa. Y Quelño aguzó el oído.

—Sí —prosiguió Bernal—. El joven Lascano llegó a la conclusión de que alguien, el verdadero Desconocido, pretendía alcanzar la impunidad a costa de su padre, aprovechándose de ciertas circunstancias.

—El motivo es ingenioso... —expresó Yarce, escéptico—. Entre confesión, fuga y entrada por Paraná, descarta al padre y se salva él... ¡Hum...!

—¿Y quién cree Reinaldo que es el Desconocido? —saltó el juez de Instrucción, reivindicando su derecho a saber.

Bernal Cheste envolvió al magistrado en una mirada de divertida suficiencia.

(Quiere saberlo, ¿eh...?).

Luego encendió un Perahuí y expelió sucesivas bocanadas de humo.

—Se trata de un hombre que tenía absoluta necesidad de matar a los mellizos para lograr sus fines... —dijo a continuación, espaciando las palabras.

—¿Y quién es?

—¡Ah...!, no puedo decírselo... —se excusó mi primo—. Se trata de una confidencia de Reinaldo...

—En la que él mismo se traiciona —advirtió Yarce, incisivo—. Porque si ese alguien tenía absoluta necesidad de matar a los mellizos, y la que murió fue Gertrudis, es evidente que desconocía la comunicación de ambas estufas... Y ese detalle solamente lo ignoraban los Lascano.

—Así que, según usted, la cosa está entre ellos dos... —sondeó Quelño, tratando de no comprometer su opinión.

—Sin duda alguna —aseguró el prefecto—. Si no es el padre, tiene que ser el hijo... Hay pruebas circunstanciales que lo demuestran.

—Me parece una afirmación aventurada...

—¿Ah, sí...? Pues usted verá... En primer término, debemos descartar al contralmirante Pedro Ruiz Haedo; él podría haber tenido interés en el segundo testamento de María Urrutia, puesto que era sustituto de los mellizos... Y en esas condiciones, lo lógico era matarlos a ellos, pero sin exponerse a que muriera Gertrudis en su lugar...

—En eso estoy de acuerdo —admitió el juez—. Muerta su hermana, el contralmirante ha perdido toda posibilidad de heredar...

—También debemos eliminar al senador Haroldo Pinel —continuó el capitán—. Es obvio que él no pudo matar a su tía Gertrudis, ya que pasó la noche en el departamento de Escudero. Además, él debió morir en Sagitario, según demostró Bernal...

—¡Un momento...! —le atajó Quelño—. Permítame... ¿No le parece que ese asunto de la bala de cera no está del todo claro? Cristián Yarce hizo un gesto de duda.

—Y..., en realidad, es un poco turbio...

—¡Y tan turbio...! —recalcó el magistrado, bajando la voz—. Aquí, entre nosotros, ¿no cree usted que Pinel pudo muy bien fraguar esa apariencia de atentado? Se citan muchos casos...

—¡No me diga...! —se admiró Cheste—. ¿Cómo hizo para adivinarlo? Su perspicacia es un verdadero peligro para los delincuentes...

—¡Eso es una sutileza caprichosa...! —protestó Yarce, alzando bruscamente una mano—. Pensando de esa manera, yo también podría suponer que el cadáver de Ayala no es el de Ayala...

—¡Claro que usted podría! —respondió Quelño, en tono despectivo—. Como no se guía más que por indicios materiales...

—¿Y por qué quiere que me guíe? —demandó el prefecto, fastidiado—. ¿Acaso no es por indicios materiales que podemos descartar a los hijos del senador Ruiz Haedo y a la esposa del contralmirante?

—Yo no sé...

—Pues sépalo de una vez —masculló el capitán, agresivo—. Cuando la muerte de Ayala, Carlos, Pablo y Raquel Ruiz Haedo estaban en Nahuel Huapi...

—¿Está seguro de que los dos mellizos estaban juntos en Nahuel Huapi cuando desapareció Ayala? —inquirió el juez, reticente—. Tenga en cuenta que son muy parecidos...

El capitán se sintió incómodo ante la velada sugestión del magistrado. A él nunca se le había ocurrido... Y no dejó de sorprenderse.

(¡Eso no puede ser...!).

—¿Y...?, ¿no me contesta? —insistió el otro.

—Usted sabe que no puedo estar seguro... —replicó Yarce, despechado—. Pero lo que sí puedo afirmar es que Esther Latour estaba en Cacheuta.

—Siempre es algo...

En la puerta del comedor, Julio Zelada daba la sensación de estar buscando a alguien. Y no debía encontrarlo. Porque parecía molesto sin saber qué hacer, como un socialista de frac.

Por fin se decidió a interrogar a un mozo, quien le condujo hasta nuestra mesa.

Yarce y Quelño no parecieron muy satisfechos con aquella visita que interrumpía su conversación. ¡Pero no era cosa de echarlo...!

—Me he vuelto loco buscándolos —manifestó Zelada, arrojando un sillón a la mesa.

—¿Es tan urgente la noticia que nos trae? —indagó Ches-te, sonriendo afablemente.

—¡Que si es...!

—Bueno, bueno, ¿de qué se trata? —lo apuró el juez.

—Es un asunto viejo ya... Del mes de noviembre...

—¿La bala de cera?

—Exactamente —confirmó el médico—. Y creo que ha llegado el momento de aclarar definitivamente ese punto.

—En eso coincidimos todos —expresó el capitán, con cierta sequedad.

—Pues bien, ahí va... Sepan ustedes que antes de comenzar las prácticas de aquella tarde, Pablo Ruiz Haedo, que siempre era el último en tirar, me pidió hacerlo antes que yo.

—¡¿Que Pablo quiso tirar primero...?! —se asombró Quelño, ajustándose los quevedos.

—¡Como les digo! Y no solo me lo pidió, sino que insistió varias veces... Pero yo me negué rotundamente... Figúrense la pretensión, ¡tirar antes que yo...!

El prefecto no ocultó su enojo.

—¿Y recién ahora lo viene a decir? —preguntó, irritado.

—Naturalmente. Así no murmurarán luego de su discreción... —comentó Cheste, encendiendo un cigarrillo.

—¿Por qué no declaró eso antes? —insistió Quelño.

—Porque en un principio no le di importancia —contestó Zelada—. Ni por un momento se me ocurrió relacionar el pedido de Pablo con el disparo de la bala de cera.

—¿Y después?

—Después, cuando el doctor Cheste estableció que se había intentado matar al que hiciera centro en segundo término, Pablo me pidió por favor que no dijera nada acerca de su pedido. Porque no quería verse complicado...

—¿Y usted accedió...?

—Desde luego. Yo no soy persona capaz de andar diciendo todo lo que me cuentan... —respondió el médico—. Además, creía que el pedido de Pablo había sido una coincidencia...

—Entonces no comprendo por qué lo dice ahora —observó el capitán, con mal humor.

—Porque ahora murió Gertrudis... —repuso Zelada, con viveza—. ¡Y aquí nadie está seguro!

—Dígame, Zelada, ¿Pablo hubiera sido capaz de hacer centro? —demandó Cheste, con suavidad.

—¡Y claro! Todos son capaces de hacer centro.

—Así que si él hubiera tirado primero...

—Yo no estaría hablando con ustedes... —replicó Zelada, meneando la cabeza.

—Bueno, ¿y qué quiere usted que hagamos? —preguntó Yarce, abriendo los brazos.

—Y..., como fracasaron una vez, podrían insistir... Y quién les dice a ustedes que el mes que viene...

—La muerte de un médico bajo el signo de Cáncer adquiriría verdadera raíz de símbolo —manifestó Cheste, con festiva gravedad—. Aunque también podría considerarse como una represalia...

Julio Zelada sonrió forzosamente. Y se puso de pie.

—Bueno, yo no vine más que a eso —expresó, en tono decidido—. A llamarles la atención sobre quién hubo de ser la verdadera víctima en Sagitario. Y espero que me hayan comprendido...

Como no podía ser de otra manera, Quelño le dijo que sí. Que lo había comprendido.

Y el médico se fue.

—Me parece que esta vez se ha equivocado el doctor Zelada —dijo Cheste, con acento de disgusto—. No era necesario que nos viniera a decir semejante cosa...

—Pero si teme por su vida, es justo que...

—No es, precisamente, por su vida que teme Zelada —interrumpió Bernal, contradiciendo al magistrado.

El momento de silencio que siguió fue rico en miradas reflexivas.

—Yo ya he dicho quiénes no pueden ser... —recordó el capitán, reanudando la conversación.

—Sin embargo, lo interesante no es eso, sino ¿quién es? —discrepó Quelño—. Porque no basta con decir que es un Desconocido, que sigue al Sol, y que se inspira en la mitología griega... La Justicia no admite alegorías: quiere un culpable real, verdadero, tangible... ¡Un hombre de carne y hueso! —remató el juez, alzando la voz—. Eso es lo que yo quiero, que me digan quién es, ¿alguien puede hacerlo?

Bernal Cheste continuaba fumando, y después de poner en el cenicero la colilla de su Perahuí, que terminó de

consumirse lentamente, lanzando al espacio sus últimas humoradas convulsivas, se volvió al juez de Instrucción.

—Yo puedo decir quién es el Desconocido —pronunció con voz lenta y acabadamente modulada.

—¿Usted puede decirlo? —inquirió Quelño, casi gritando.

El magistrado tenía los ojos desmesuradamente abiertos, cual si intentara ver la respuesta.

—Sin el menor margen de duda —afirmó categóricamente mi primo—. Hace ya dos días que lo sé..

Cristián Yarce no pudo contenerse.

—¿Quién es?, ¿cómo lo sabes?, ¿qué pruebas tienes? —exigía, conteniendo la respiración. Con el rostro enrojecido.

Cheste lo miró serenamente.

—Mañana podré demostrarlo... —contestó, simplemente.

—Pero, ¿quién es? —suplicó Quelño, ansioso.

—No lo diré sin demostrarlo —aseguró Cheste, con firmeza—. No quiero ser discutido. Ustedes tienen los mismos datos que yo... Con una reflexión profunda y prescindiendo de adyacentes factores engañosos, pueden llegar a saber tanto como yo.

En los semblantes de Yarce y Quelño se pintó la más viva contrariedad.

Sabían que era inútil insistir.

—Sin embargo, voy a adelantarles algo... —anunció Cheste, con voz pausada—. Gertrudis Ruiz Haedo no fue muerta por error.

Y así era.

EPÍLOGO

Lunes 23 de mayo, a las 19 hs. En Torre de Agua

Nos acercábamos al fin...

Dentro de poco comenzarían a llegar los personajes del drama. Y sería el desenlace...

Bernal Cheste decidió reunirlos. Cristián Yarce los había citado...

Todos ellos comprometieron su asistencia. Algunos, de buena gana; y los otros, para no desentonar.

Cuando el reloj del vestíbulo dio las siete, entró en Torre de Agua el más rezagado de entre ellos. Y pasamos al salón. Los presentes se miraban con recelo. Y antes de ubicarse, cuidaron de elegir dónde lo hacían.

Reinaldo Lascano, que fuera acompañado por el comisario Castil, charlaba animadamente con Raquel Ruiz Haedo, sentada en un sillón próximo a la estufa.

Esther Latour, Haroldo Pinel y Carlos Ruiz Haedo formaron grupo junto a una de las ventanas que daban a la galería, discutiendo acerca del segundo testamento.

Augusto Lascano y Pedro Ruiz Haedo ocupaban el mismo sofá. El contralmirante parecía quejarse de la exigencia que significaba aquella convocatoria; y el senador se limitaba a escucharlo, sin demostrar mayor interés.

En un rincón, Pablo Ruiz Haedo fumaba nerviosamente.

En cuanto a Julio Zelada, no tardó en arrimar su sillón al de Wilredo Z. Quelño, que se encontraba a pocos pasos del capitán Yarce.

Teudis guardaba la puerta del vestíbulo, con digna suficiencia, tomando repetidas pulgaradas de rapé de una viejísima petaca de caoba estriada.

Cuando Bernal Cheste avanzó hacia el centro de la sala, la expectativa ambiente abrió paso a la ansiedad.

—¿De veras vamos a saber hoy quién es el Desconocido? —preguntó Carlos Ruiz Haedo, sin mucha aprensión.

—¿Está usted seguro de saber quién es? —indagó el contralmirante, en tono impertinente.

—No soy yo el único que lo sabe —repuso Bernal, mirando fijamente a su interlocutor.

Y se hizo el silencio.

Por un momento, todas las miradas convergieron en el contralmirante Ruiz Haedo. Luego, parecieron seguir a Cheste, que caminaba lentamente, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta.

Pero no duró mucho aquello...

—En primer lugar —comenzó Cheste, poniéndose de cara a los circunstantes—, quiero agradecerles a todos la buena voluntad que han demostrado, al acceder sin reparos a la solicitud del capitán Yarce. —Hizo una pausa y paseó su mirada por el auditorio—. Ninguno de ustedes ignora el porqué de esta reunión: la pesadilla de los juguetes toca a su fin.

Yarce y Quelño cambiaron una mirada de impaciencia.

—Al iniciar su tarea criminal, el Desconocido tenía un propósito determinado que no abandonó —prosiguió Cheste, mirando distraídamente al prefecto—. Él quería deshacerse de ciertas personas a quienes consideraba como futuros obstáculos, y para ello concibió el plan de matarlas

a todas, menos a una, endosando a esta última la responsabilidad de los sucesos.

”Desgraciadamente, nadie puede engañarse respecto a la identidad de las personas a que me he referido. Pero quizás haya una, la última, cuyo nombre sea una sorpresa, aun para el mismo interesado. Porque el Desconocido reservaba el castigo de sus crímenes a un inocente, a alguien cuya defensa resultaría laboriosa, al senador Augusto Lascano”.

Un murmullo sordo acogió las últimas palabras de mi primo. Prolongándose en comentarios aislados.

Una sonrisa ambigua apareció bajo la desproporcionada nariz del jefe renovista, quien volvió su huesuda cabeza en dirección a Reinaldo. Este hizo un gesto amistoso, pero su semblante traducía un resto de preocupación.

Cristián Yarce seguía con indiferencia el sostenido diálogo que Quelño y Zelada mantenían en voz baja como dos novios en misa.

Y Cheste continuó su exposición.

—Claro que el asesino cuidaba de no precipitar las sospechas... Y por eso, tanto los asesinatos de María Urrutia, Escudero y Salcedo, como los antecedentes de la desaparición de Ayala, parecían envolver la culpabilidad del senador Antonio Ruiz Haedo. El Desconocido quiso presentar a un Augusto Lascano que, movido por un insano apetito de venganza, pretendía cobrarse el secuestro y la muerte de su hija Olga. Como ustedes ven, todo era cuestión de apariencias..., ya que la pretendida venganza del senador Lascano consistiría en matar a los, para él, presuntos complicados en el rapto de su hija, dando la sensación de que el principal responsable eliminaba a sus cómplices, temiendo ser traicionado.

”Ahora bien, muerto el senador Ruiz Haedo en las circunstancias conocidas, el criminal se apresuró a destruir

cualesquiera hipótesis de suicidio, dejando en el buzón de la casa de su víctima el juguete que ratificaría la adaptación zodiacal.

"Y, como lo esperaba el Desconocido, es en este momento, y recién entonces, cuando Augusto Lascano comienza a hacerse sospechoso. La interpretación mitológica del signo de Tauro habría de llevarnos a hacer un paralelo entre el rapto de Europa y el de Olga Lascano; del primero, fuera responsable Júpiter, y del segundo..., siempre se sospechó de algún caudillo conformista... De ahí a suponer que se trataba, en realidad, del senador Ruiz Haedo, no había más que un paso. Y ya teníamos el móvil...

"Pero el Desconocido no se conformaba con darnos el móvil que comprometería al senador Lascano... Sino que había desarrollado sus crímenes desde un punto de vista fantástico que él consideró fácilmente atribuible al mismo senador, que, como todos sabemos, dicta una cátedra de Historia Antigua. La adaptación zodiacal, realizada a través de una arbitraria asimilación mitológica, debía hacernos pensar en una mente extraviada... Y el asesino contaba con que nosotros llegaríamos a saber que Augusto Lascano sufría extrañas alucinaciones, en el curso de las cuales hablaba con una muñeca, creyendo hacerlo con su hija Olga.

"Este fue el único motivo original de esa monstruosa concepción que durante tanto tiempo se nos antojara inexplicable. Y sin embargo..., el Desconocido posiblemente ignorara que, al desarrollar su caprichosa fantasía, nos estaba traduciendo la verdadera raíz de su objetivo final. Porque al identificar a sus víctimas con héroes y dioses fabulosos, él reeditaba la leyenda mitológica de los gigantes que pretendieron escalar el Olimpo. Hoy, como entonces, los dioses

dominantes son falsos, pero el gigante moderno no prevalecerá, aunque aquellos perezcan...”.

Cuando las últimas palabras de Bernal Cheste perdieron su postrera resonancia, el silencio fue absoluto.

La revelación era inminente. Todos la esperábamos... Inmóviles.

Pasado un instante de vacilación, Cheste hizo una seña al comisario Castil, apostado contra la puerta de la sala.

Y volvió a tomar la palabra.

—Yo no quisiera incurrir en un exceso espectacular... —dijo, con voz suave y pausada—. Pero es necesario que el asesino se vea confundido. Yo quiero traerlo a la presencia de todos, para que su misma actitud certifique su culpabilidad. Porque solo en su persona física podremos hallar la prueba irrefutable, la constancia material que reclama la Justicia.

No tardó más que un minuto... Pero fue un minuto de tensión insostenible.

Patricio Castil abrió la puerta de la sala...

Y flanqueado por los agentes Lima y Fresnedo, apareció ante nosotros, con las muñecas esposadas, el teniente de navío Enrique Ayala.

Cuando Castil apoyara su mano en el picaporte de la puerta, ni uno solo de los presentes logró permanecer sentado. Fue un nervioso movimiento colectivo. Nos levantamos como sugestionados por aquella hoja de roble que, más que a otra fuerza, pareció ceder a la presión de nuestras miradas.

Pero cuando vimos entrar a Ayala..., ¡a Enrique Ayala!

Yo no creo que haya palabras capaces de describir aquella escena de estupor integral.

Porque no era ilusión... ¡Estaba allí!

Todos a mi alrededor retrocedieron.

Esther Latour, pálida como un cirio, buscó el apoyo de su esposo, cubriéndose el rostro con las manos. Clavado en su sitio, con las facciones alteradas por el más íntimo asombro, Haroldo Pinel no quitaba sus ojos de Ayala.

A mi lado, Cristián Yarce parecía experimentar las más encontradas sensaciones. Miraba a Cheste, luego a Ayala, después a Quelño, otra vez a Cheste.

Más allá, Wifredo Z. Quelño buscaba formular preguntas que sus labios se negaban a proferir.

Con las manos aferradas al respaldo de un sofá, Pablo Ruiz Haedo temblaba convulsivamente, como ante una visión de ultratumba.

—¡Caramba con el difunto...! —acertó a exclamar su hermano Carlos, reaccionando con su frivolidad acostumbrada—. No deja de ser una sorpresa, ¿verdad?

Julio Zelada tomó a Cheste por un brazo.

—Pero, ¿no habían encontrado su cadáver? —demandó, con voz ligeramente temblorosa.

—Eso creíamos... —respondió Bernal, volviéndose—. Pero ahí lo tiene...

Y en efecto...

Allí estaba Enrique Ayala, uniformado de azul. Con la cabeza gacha, mirando torvamente. Ya vencido...

De pronto, se elevó una voz airada. Precipitándose en palabras que fueran rabiosamente contenidas.

Y una figura indignada se encaró con Bernal Cheste.

—¡Esto es una farsa grotesca...! —gritó, avanzando un paso—. ¡Ese hombre no es Enrique Ayala...!

¡Ni que hablar de cómo cayó la frase...!

Cheste giró lentamente la cabeza.

—¿Ah, no...? —dijo en tono burlón—. ¿Y quién le parece a usted que sea...?

—¡Eso no me importa! —repuso el otro, perdiendo la poca serenidad que le quedaba—. ¡Pero no es Ayala! ¡No puede ser Ayala...!

—¿Y usted cómo lo sabe? —inquirió Cheste, con calculada suavidad.

—Porque... porque... —vaciló su interpelante. Y Cheste se tiró a fondo—. Porque usted está seguro de haberlo enterrado..., ¿verdad? —lo acusó, como arrojándole las palabras.

Que nos sumieron en el pasmo absoluto.

El rostro de aquel hombre se descompuso en una mueca feroz. Se había traicionado...

¡De modo que era él...! Y entonces, ¿para qué lo anterior? ¿Y Ayala...?

El hasta entonces Desconocido retrocedió rápidamente hacia la galería.

En su mano derecha brillaba una esfera de cristal. Y en sus ojos la decisión de matar.

—No se saldrá con la suya... —masculló, amenazando a Bernal—. Esta ampolleta de arsenamina alcanza para todos. Si alguien se mueve...

Su terrible advertencia no hubiera sido necesaria. Porque nadie pensaba en moverse.

Todos los presentes permanecían como atornillados al piso... No se oía más que el rumor de los pasos del hombre que se alejaba. Caminando ahora lentamente...

Las mujeres habían perdido su facultad de gritar. Los hombres contenían la respiración.

Y el criminal, retrocediendo siempre, vigilante, con la muerte en la mano...

Por fin, alcanzó la puerta que lo llevaría a la fuga.

Estaba a unos veinte metros de nosotros. Su mano izquierda buscó el picaporte.

Seguíamos sus movimientos con indecible angustia, como suspendidos en el vacío.

Y abrió la puerta...

Sacó medio cuerpo afuera. ¡Ya huía...!

¿Por qué, entonces, aquel movimiento de su diestra? ¡Y aquella sonrisa...!

Un disparo quebró el silencio. El hombre miró brusca- mente su mano alzada... Y cayó. Tendido en la galería, el cadáver de Haroldo Pinel.

* * *

—¡Todos atrás...! —ordenó Cheste, con voz plena de au- toridad.

Pero llegó tarde. Porque ya no había nadie en el salón.

Wifredo Z. Quelño había indicado el camino. Y la reu- nión prosiguió en el vestíbulo.

Para muchos, resultaba incomprensible aquel dramático cambio de situación. No atinaban a explicárselo...

Claro que la acción de Cheste fue muy rápida...

Para los otros, los que observaban a Cheste cuando Pi- nel hizo ademán de arrojar la ampolleta, para los que lo vieron sacar la pistola, aprovechando aquel único y definitivo ins- tante... Para esos, que habían comprendido, la emoción abrió puertas al alivio...

—¡Pero, Bernal...! —suspiró el juez, pasándose un pa- ñuelo por la humedecida frente—. ¿Cómo pudo usted animarse a eso?, ¿y si le hubiera errado...?

—Usted se tiene demasiada confianza —reprochó Zela- da, dirigiéndose a mi primo—. ¡Mire que tirarle a la ampolleta...! ¿Por qué no le apuntó a la cabeza?

Cheste hizo un gesto displicente.

—Yo solo quise desarmarlo... —declaró, encogiéndose de hombros.

A pesar de todo, Cristián Yarce no estaba satisfecho.

—Te has portado como un imprudente, Bernal... —lo reprendió—. ¡Yo quería vivo al Desconocido...! Y tú debías de habérmelo procurado, en vez de exponernos a todos...

—¡Procurártelo...! —repitió Cheste, fastidiado—. ¿Y qué habría ganado yo con decírtelo...? Tú no me hubieras creído. Habrías reclamado una prueba material, que yo no podía darte.

—¿Quieres decir que...? —insinuó el prefecto, a punto de asombrarse.

—¡Claro que quiero decirlo! —afirmó mi primo, enfático—. Yo no tenía ninguna prueba contra Haroldo Pinel. Y solamente podía lograrla, obligándolo a venderse en público.

Entretanto, el supuesto Ayala, a quien Fresnedo quitara las esposas, se despojaba de sus postizos, revelándonos su verdadera identidad.

—¡Pero si es Méndez...! —exclamó Raquel Ruiz Haedo, apretando el brazo de Reinaldo.

—Ya que está aquí, bien podría servirme un whisky... —murmuró Carlos, con acento quejoso—. A mí me dan sed las emociones...

Wifredo Z. Quelño no estaba de acuerdo. A él le daban hambre. Pero no dijo nada. ¡Había demasiada gente...!

En cambio, nadie vería mal que hiciera preguntas. Y tomó por ese lado.

—¿Y cómo esperaba usted confundir a Pinel? —indagó, volviéndose a mi primo—. ¿Acaso creyó impresionarlo con una resurrección de Enrique Ayala?

—De ninguna manera, señor juez —replicó Cheste, sonriendo amablemente—. Pero no es difícil comprender que la

única persona en el mundo que podía estar “absolutamente” segura de la muerte de Enrique Ayala, era su propio asesino.

—Desde luego —admitió Quelño—. ¡Vaya una gracia...!

—Pues todo estaba en conseguir que Pinel lo reconociera, sin advertir que lo hacía... —explicó Cheste, meneando la cabeza—. La presencia de Enrique Ayala quizá lo asombrara, pero no podía asustarlo. En cambio, apareciendo el supuesto Ayala como culpable, Augusto Lascano quedaba libre de sospechas, y eso significaba el fracaso de Pinel, tanto más irritante para él cuanto que se producía en el momento decisivo. Y ahí radicaba mi esperanza... En que viendo desbaratado su plan, Haroldo Pinel tentara un último recurso: el de hacerme aparecer como un impostor que fraguaba una solución absurda. Pero esto solo podía lograrlo, poniendo de manifiesto su íntima seguridad de que el hombre que yo presentaba “no podía ser” Enrique Ayala. Y al hacerlo, se perdió.

Acompañado por el juez de Instrucción, el doctor Zelada había ido a reconocer el cadáver de Haroldo Pinel.

En el ínterin, Augusto Lascano se dirigió al prefecto del SIC.

—Ahora que está todo aclarado, puedo decirle que tengo en mi casa el cortapapeles que perteneció a Rubén Escudero —manifestó, en tono indiferente—. Lo encontré en mi archivo, pocos días después de la muerte de Antonio Ruiz Haedo...

—Ya era hora de que apareciera eso —comentó Cheste, sin darle importancia—. Seguramente, Pinel esperaba que fuera encontrado en un posible allanamiento, lo mismo que la llave de Paraná. Claro que esta la encontró Reinaldo..., ¡y hay que ver cómo complicó las cosas...!

Mientras el comisario Castil se encaminaba a la cabina del teléfono, con el fin de solicitar un furgón para el transporte del cadáver, Pablo Ruiz Haedo se acercó a mi primo.

—Yo también tengo algo que decir... —expresó, con voz apenas perceptible—. Si yo hubiera sabido que era él...

—¿De qué se trata? —indagó Cheste, solícito.

—Del asunto de la bala de cera...

—¿Acaso fue a instancias de Pinel que...?

—Sí. Él me indicó que procurara tirar antes que Zelada.

—¿Y para qué?

—Porque quería salir conmigo en seguida. Y como yo era el último en tirar...

Bernal Cheste se dirigió a todos en general.

—Una de las aristas más destacadas de este asunto, fue el conocimiento exacto que tuvo Haroldo Pinel de las posibles reacciones de las personas que lo rodeaban —dijo, elevando la voz—. La famosa trampa de la bala de cera no tuvo otro objeto para él, que el de crearse una coartada preliminar. Él estaba seguro de que Zelada desearía la pretensión de Pablo, y también sabía que, producido el disparo de la bala de cera, el mismo Zelada provocaría con sus aspavientos la atención de los circunstantes, con el consiguiente hallazgo del dispositivo situado detrás del blanco y de los proyectiles de acero contenidos en el cargador. Partiendo de ese punto, Pinel contaba con que los investigadores llegaran a establecer que el atentado había fracasado, y que estaba dirigido contra él, que era el segundo de los arqueros... De este modo, Pinel quedaba ante las autoridades como una víctima frustrada del Desconocido. Y, por consiguiente, al margen de toda sospecha.

—Yo no niego que haya sido así... —terció el contralmirante, con acento de duda—. Pero, ¿qué ganaba con que Pablo pidiera su turno a Zelada?

—Ganaba la solución de una contingencia —repuso Cheste, agitando un índice—. Haroldo Pinel cuidaba los detalles hasta la exageración y llegó a prever la posible contra de su

coartada preliminar. Porque si por un lado quedaba por quien hubo de ser la primera víctima del Desconocido, por el otro existía la posibilidad de que prendiera en el ánimo de los investigadores la sospecha de que todo había sido fraguado, precisamente, para crearse una coartada.

—Y bien...

—Pinel estaba convencido de que Pablo no hablaría...

—Bueno... —aceptó el marino, sin entusiasmo—. Pero con eso...

—Y no dudaba de que Zelada terminaría denunciándonos el pedido de Pablo, sobre todo después de la muerte de Gertrudis... —agregó Cheste, con suavidad—. Y entonces, ya no sería Pinel la frustrada víctima del primer atentado...

Wifredo Z. Quelño y Julio Zelada estaban de regreso en el vestíbulo.

—Ya se lo pueden llevar —autorizó el primero, contestando a una muda interrogación de Castil.

—Murió intoxicado por la arsenamina... —informó el médico, dirigiéndose a Yarce—. También tiene una herida de bala en la mano derecha —añadió luego, mirando a Cheste de reojo.

El furgón había llegado. Y los agentes de la Brigada Especial se encargaron de custodiar el cadáver hasta su entrega en la morgue.

De pie junto a una columna, Méndez escuchaba atentamente. Su rostro delataba una profunda satisfacción, no por silenciosa menos elocuente. Y su gesto se hacía desdeñoso al sorprender las miradas de fastidio que el contralmirante dedicaba al usurpado uniforme.

Reinaldo Lascano tenía una dificultad que plantear.

—Si Pinel pasó la noche con ustedes en el departamento de Escudero, ¿cómo pudo matar a Gertrudis? —preguntó, dirigiéndose a Cheste.

Mi primo contempló largamente a su interpelante antes de contestar.

—Celebro que sea usted, precisamente, quien me haya formulado esa cuestión —dijo luego, con acento reflexivo—. Es indudable que su confesión debió desorientar a Haroldo Pinel. Pero cuando usted cometió la ingenuidad de confiarle su defensa, las cosas evolucionaron en forma netamente favorable para él. Usted lo había convertido en el dueño de la situación.

”Pinel desarrollaba sus propios planes al facilitarle a usted la fuga. Y después, cuando usted le propuso esperar al Desconocido en el departamento de Escudero, durante la noche del 20 al 21 de mayo, él imaginó su coartada final.

”Si su padre hubiera sido detenido después de la muerte del senador Ruiz Haedo, Haroldo Pinel habría triunfado..., o por lo menos, así lo hubiera creído”.

—Eso no está claro —objetó Yarce, tendiendo los brazos.

—Yo creo que sí —respondió Cheste, agitando la cabeza de arriba abajo—. Porque una vez detenido el senador Lascano, yo hubiera demostrado que no podía ser culpable.

—¿Así que usted siempre estuvo seguro de mi inocencia? —demandó Augusto Lascano, con expresión satisfecha.

—Siempre no —contestó Bernal, en tono insinuante.

—¿Y desde cuándo, entonces...?

—Desde las seis de la tarde del jueves 21 de abril.

—¿Cómo...? —exclamó el otro, sorprendido por la extraña exactitud de la fecha.

—Sí, senador. Yo estuve absolutamente seguro de su inocencia desde el preciso instante en que me enteré de la naturaleza de sus alucinaciones —manifestó Cheste, con voz firme—. Es al doctor Zelada a quien debo esta comprobación que habría de ser definitiva...

—¿¡A mí...!? —fingió admirarse el aludido.

—Sí, a usted. Porque de acuerdo con su opinión profesional, yo llegué a concluir que las alucinaciones del senador Lascano eran incompatibles con una idea fija de venganza. Esta es siempre una idea creada por el sujeto; y las pérdidas de conciencia sufridas por su cliente eran, según usted, provocadas por el dolor que le ocasionara la muerte de su hija Olga...

Cristián Yarce hizo un gesto de impaciencia.

—Eso será muy científico, pero yo no veo la relación... —observó con aspereza.

—Sin embargo, el móvil que Pinel pretendía adjudicar al senador Lascano no era otro que la venganza, una obsesionante sed de venganza... —señaló Cheste, con acento terminante.

Wifredo Z. Quelño no parecía muy contento con aquella digresión. Él también quería saber cómo había hecho Pinel para matar a Gertrudis Ruiz Haedo.

—Usted no ha contestado a la pregunta de Reinaldo... —reprochó a mi primo, mirándolo intencionadamente.

(¿O es que no puede...?).

Cheste sonrió sutilmente. Y oprimiendo un timbre, aguardó la llegada de Teudis.

—Hágame el favor de traer la bandeja con el hielo —le pidió, cuando el mayordomo se hizo presente.

—Por fin parece haberme interpretado... —murmuró Carlos, siguiendo a Teudis con la vista.

¿Para qué querría Cheste el hielo?

Todos estuvimos atentos al regreso del mayordomo.

—Aquí está todo lo que el señor nos había ordenado preparar —dijo Teudis al reaparecer, empujando una mesita rodante.

Nadie pudo permanecer indiferente a la vista de los objetos colocados sobre la bandeja.

Y Quelño, Yarce y yo cruzamos sendas miradas de expectativa, al reconocer la cuerda de cáñamo terminada en cada extremo por un lazo, los muñecos de goma y la piedra hallada en el borde del tubo de la chimenea.

Pero también había hielo..., una barra de 30 x 15 x 5 cm, aproximadamente. Y una pelota de mano...

—Bueno, ahora lo otro... —indicó Cheste, disponiéndose a actuar.

Al cabo de un minuto, Teudis volvía con un taburete en cada mano.

—Muchas gracias. Déjelos ahí, junto al hogar de la chimenea —expresó Cheste, con acento distraído.

El rumor de las conjeturas cesó de pronto cuando Bernal, llevando la mesita frente a la estufa, puso la barra de hielo a guisa de puente sobre ambos taburetes separados.

Siempre en silencio, tomó el bramante, ajustando su lazo pequeño a la pelota. Luego de haber pasado la barra de hielo por el lazo grande, la dispuso en plano inclinado, colocando la piedra debajo, en uno de sus puntos de apoyo. Y durante un momento, la pelota suspendida osciló en el espacio... Por último, colocó los muñecos de goma sobre el hielo.

—Así fue preparado el asesinato de Géminis... —declaró Cheste, volviéndose a nosotros—. Supongan ustedes que el espacio entre ambos taburetes es el cañón de la chimenea, y que la pelota es una ampolleta de arsenamina...

"Como ustedes ven, Haroldo Pinel supo hacer las cosas. Después de haber montado todo este aparato, y ganada la calle por el portoncito de Arenales, él se las arregló de manera que nosotros lo sorprendiéramos saliendo del departamento de Esclero. Con esto creaba su magnífica coartada final...

"Porque él estaba seguro de que el capitán Yarce no lo dejaría marchar, debiendo, por consiguiente, pasar la noche con

nosotros... Ahora bien, el crimen no se vería consumado hasta que, derretida parte del hielo, la ampollita de arsenamina no se precipitara desde lo alto de la chimenea...

—De esa manera, al propio prefecto del SIC le constaría que Haroldo Pinel no podía ser el criminal, ya que lo había tenido vigilado desde dos o tres horas antes de producirse el asesinato.

—Claro está que yo no hubiera podido reconstruir este pasaje de la obra de Pinel, si no hubiese gustado inadvertidamente el lazo grande del bramante. Porque fue esto lo que me dio la idea del hielo... El que tanto una parte de la cuerda, como la piedra y los muñecos, estuvieran salados”.

El comisario Castil hizo un gesto de asombro.

—¿Y qué tuvo que ver la sal con todo eso? —preguntó, abriendo mucho los ojos.

Cheste lo contempló sonriente.

—¡Mi estimado comisario...! El hielo suele conservarse en sal... y Pinel no podía exponerse a que se le derritiera en el camino, porque cuanto más le durara, más firme sería su posición.

—El plan me parece perfecto... —opinó Zelada, frunciendo los labios—. Pero, ¿por qué puso el hielo inclinado? ¿Qué necesidad tenía de dejar esa piedra como rastro?

—Eso que usted considera casi como una negligencia, es uno de los detalles que revela hasta dónde era Pinel de precavido —replicó Cheste, sentándose en el sillón cercano a la estufa—. Porque poner el hielo inclinado era la única manera de evitar que goteara, lo que habría llamado la atención de los ocupantes de ambos dormitorios, o por lo menos, de uno. En cambio, mediante el recurso de la piedra, el agua se deslizaría por una de las paredes del tubo, llegando sin ruido hasta el piso del hogar.

—Pero al caer la ampolleta, tuvo que arrastrar el hielo que quedara —observó Reinaldo—. Y eso...

—Eso explica la ligera expresión de sobresalto que traducía el rostro de Gertrudis Ruiz Haedo.

El contralmirante estaba pensativo desde hacía un rato. Y no tardó en demostrar el porqué.

—Todo eso es muy ingenioso... —musitó, como hablando consigo mismo—. Pero Haroldo no ignoraba que el mismo tubo servía a las dos estufas.

—Desde luego que no —aceptó Cheste con viveza—. Y precisamente por eso, se sirvió de él. Porque no debemos olvidar que su fin inmediato era perder al senador Lascano. Y como este no había sido detenido a raíz del asesinato de Antonio Ruiz Haedo, Pinel trató una vez más de complicarlo, cometiendo un nuevo crimen...

”De acuerdo con la adaptación zodiacal, el 21 de mayo les tocaba morir a los mellizos; por eso colocó Pinel un par de muñecos de goma. Pero, en realidad, a él le era completamente indiferente la identidad de su nueva víctima. Habiendo dispuesto la arsenamina en la forma conocida, la ampolleta podría caer en cualquiera de los dos dormitorios. Si se rompía en la estufa de los mellizos, moriría uno de ellos, o quizá los dos; lo que mantendría la continuidad zodiacal. Si la ampolleta se quebraba en el hogar de la chimenea de Gertrudis, sería esta la intoxicada; con lo que se cumpliría la condición del segundo testamento. Pero había algo más... Y era que, aun en el caso de que murieran los mellizos, en cuanto se comprobara que la ampolleta de arsenamina había sido arrojada por el tubo de la chimenea, se llegaría necesariamente a la conclusión de que el asesino desconocía la comunicación de ambas estufas. Y en estas condiciones solamente se encontraba el senador Augusto Lascano...”

—¡Un momento! —le interrumpió Yarce—. Reinaldo también lo ignoraba...

—Sí —admitió Cheste—. Pero Pinel no lo tuvo en cuenta, porque contaba con que Reinaldo fuera sorprendido en el departamento de Escudero, pero después de medianoche y no a las tres de la mañana, como ocurrió. Él sabía demasiado que tú le impedirías hablar por teléfono...

Después de aquello, sucedió algo amable para Carlos Ruiz Haedo. Porque Cheste pidió a Teudis que sirviera de beber...

Y pasó un rato.

Julio Zelada daba la impresión de estar preocupado. Parecía experimentar cierta inquietud. O disgusto, tal vez.

—Usted está pensando en los testamentos..., ¿verdad? —le dijo Cheste, con acento malicioso.

El médico levantó la cabeza, sorprendido.

—¿Qué lo hace suponerlo? —inquirió, en tono desconfiado.

—Nada... Es una impresión que tengo.

Wifredo Z. Quelño se dirigió al senador Lascano.

—Yo creo que ese asunto debemos fallarlo lo antes posible —manifestó, con voz grave—. Quizá pudiera llegarse a un acuerdo entre las partes...

—Eso es lo que yo aconsejaría —respondió Lascano, con aire pensativo.

Dado su carácter de albacea del testamento ológrafo, Esther Latour se creyó obligada a intervenir.

—A mi juicio, lo mejor sería partir la herencia en tres partes iguales —expresó, con suave entonación—. Aunque tal vez el doctor Cheste pueda ofrecernos la solución exacta.

Cheste encendió un Perahuí, depositando la cerilla apagada en un cenicero.

—Sobre ese punto tengo formada una opinión que se me antoja correcta —aseguró luego—. Pero carezco de pruebas materiales capaces de refrendarla.

—Si fuera usted tan amable... —insinuó Augusto Lascano, invitándolo a proseguir.

—Estoy convencido de que Haroldo Pinel obligó a la señora Urrutia a redactar un segundo testamento, antes de asesinarla —declaró Chesto, con tranquila firmeza—. Yo nunca he creído en la legitimidad de ese testamento

—¡Pero es absurdo...! —exclamó el contralmirante, mirando a derecha e izquierda—. ¿Para qué iba a hacer eso Haroldo, si él no se beneficiaba...?

—No se beneficiaba financieramente... —adujo Chesto, en tono aclaratorio—. Tenga usted en cuenta que los acrecimientos y las sustituciones del testamento ológrafo se desarrollan en forma paralela a la adaptación zodiacal. Y esto era lo que convenía a Haroldo Pinel.

”Porque en un principio aparecería como sospechoso el senador Ruiz Haedo, y era necesario atribuirle un móvil... Sin embargo, no fue este el objeto principal del segundo testamento, ya que lo verdaderamente importante era lograr un marco donde incluir la condición”.

La última frase de Chesto provocó el estupor general. Nadie esperaba semejante cosa.

—Voy a explicarme... —anunció mi primo, consciente del efecto causado—. Como he dicho antes, el plan de Pinel consistía en que, muerto el senador Ruiz Haedo y descubierta la asimilación mitológica, la responsabilidad criminal cayera sobre Augusto Lascano. Ahora bien, de no haber existido el testamento ológrafo, habría sido fácil suponer que en Tauro moriría la persona identificada con Júpiter. Y es aquí donde se ve el para qué de la condición...

”A esta altura de los acontecimientos, las pruebas abandonadas contra Antonio Ruiz Haedo lo señalarían ya como culpable. Y se tendría muy en cuenta que solo le quedaba un obstáculo para entrar en posesión de la fortuna de María Urrutia; y este obstáculo no era otro que la vida de su hermana Gertrudis...

”En esas circunstancias, era natural que todos temiéramos por la seguridad de la susodicha. Máxime que el Desconocido podría haberla asimilado a uno de los titulares griegos del signo de Tauro: a la vaca Io... Y esto es lo que buscaba Haroldo Pinel: que nadie pudiera sospechar que Antonio Ruiz Haedo sería la próxima víctima...

”La muerte del senador Ruiz Haedo era fundamental para su sobrino. Y quiso tener las manos libres. Luego, aparecería en escena el senador Lascano...”

Cheste guardó silencio.

Y durante un rato, la reunión se prolongó sobre la base de comentarios. Languideciendo...

Ya se retiraban nuestros ocasionales visitantes, cuando Julio Zelada formuló una última pregunta.

—¿Qué motivos pudo tener Pinel...?

Cheste lo miró fijamente.

—Eso pregúnteselo usted a los Curiosos de Mitra... —le contestó, en tono insinuante—. Ellos lo deben saber mejor que yo.

Y cuando los aludidos se volvieron, con la sorpresa retratada en sus semblantes, Cheste remató sus palabras.

—Y supongo que habrán escarmentado.

* * *

Eran las nueve y cuarto de la noche.

En la puerta principal de Torre de Agua, Bernal Cheste

despedía a Raquel Ruiz Haedo y Reinaldo Lascano. Quienes trataban de decirle algo, hablando los dos a un tiempo.

A poca distancia, Julio Zelada procuraba oír, haciéndose el distraído..., sin llegar a parecerlo, como un mozo de hotel.

Cinco minutos después nos reunimos en la sala. Pero no llegamos a sentarnos, porque Teudis nos anunció que la cena estaba servida.

Durante la comida, Yarce quiso entablar conversación sobre los sucesos de hacía poco, pero Cheste prefirió otros temas. Quizá de sobremesa...

Y el prefecto tuvo que resignarse a esperar. Lo mismo que Wifredo Z. Quelño.

—Le voy a proponer al senador Lascano una solución conciliatoria... —decía el juez, entre dos platos—. La fortuna de María Urrutia debe repartirse entre Julio Zelada y los herederos de Antonio Ruiz Haedo.

—¿Cree usted que aceptarán los interesados? —indagó Yarce, como pensando en otra cosa.

—Estoy seguro —afirmó el otro, sirviéndose una copa de jerez—. Es lo más conveniente para todos...

—El capitán Yarce hizo una mueca que podría significar asentimiento, o indiferencia.

Y se volvió a Cheste.

—¡Bueno...! Creo que ya es hora de que nos digas cómo llegaste a saber quién era el Desconocido... —le dijo, en tono de exigencia.

—¡Eso es! —apoyó el magistrado—. ¿Cómo sospechó usted de Haroldo Pinel?

Bernal Cheste esperó a tomar su café. Luego encendió un Perahú y alejó su butaca de la mesa.

—La clave estaba en las cartas de Un lector... —manifestó luego, montando una pierna sobre la otra.

—¿Qué...?!

—¿Cómo...? ¿Qué tenían las cartas de Un lector?

Cheste levantó una mano, pidiendo calma. Y habló con voz suave:

—Vayamos por partes... Ustedes recordarán cómo de la lectura de su última carta pudimos inducir que Un lector era el Desconocido. Claro que esto no significaba un adelanto material, ya que la incógnita persistía. Pero abrió un nuevo camino... Porque entonces comencé a buscar al asesino, no a través de sus crímenes, sino a través de sus cartas...

"Cuando asesinó a María Urrutia, el Desconocido cometió un error: abandonar los trozos de franela con las huellas de sus zapatos recién lustrados. Luego, tratando de destruir la hipótesis que yo formulé en aquella ocasión, escribió su primera carta...

"Creado su personaje corresponsal, decidió servirse ampliamente de él, presentándolo como espontáneo colaborador de *Prensa Gráfica*. Y envía su segunda carta... En ella, vuelve a refutar mis conclusiones, sosteniendo que Escudero se había suicidado; y realiza su primera defensa del senador Ruiz Haedo.

"Más tarde, busca dar la impresión de que Un lector es el propio Antonio Ruiz Haedo. Y para ello, desarrolla aquel formidable alegato de las incompatibilidades psicológicas. Pero no se limita a eso, sino que insinúa que el verdadero asesino es alguien que frecuenta la casa del mismo senador...

"A raíz del hallazgo del cadáver de Ayala, Un lector escribe una apasionada defensa de Antonio Ruiz Haedo y ataca directamente a Haroldo Pinel. Aquí es donde el asesino inicia lo que consideró un magnífico golpe de estrategia.

"Después, en su última carta, nos reprocha la muerte del senador Ruiz Haedo... Manifiesta su indignación ante la fuga de Reinaldo Lascano, a quien califica de autor material de los crímenes, sugiriendo la posibilidad de que Pinel sea

el instigador... Y desliza en el texto lo que en un principio consideramos como una tremenda *gaffe*... Porque al mencionar el color del pescadito de lata, Un lector se traicionaba...

"Comprobado que Un lector y el Desconocido eran la misma persona, surgía una contradicción evidentiísima, indudablemente deliberada, porque el asesino había hecho sospechoso a Antonio Ruiz Haedo en el terreno de los hechos, defendiéndolo al mismo tiempo en sus cartas. Y si esto era así..., ¿por qué no suponer que el asesino atacaba a Pinel en sus cartas, para librarlo en el terreno de los hechos? Era una inversión lógica...

"Pero al formular esa pregunta, yo planteaba una sospecha que era necesario justificar: el asesino tendría mucho interés en descartar a Pinel.

"Ahora bien, ¿no pudo haber sido voluntaria la mención del color del pescadito de lata? Indiscutiblemente, había una razón lo bastante poderosa como para arriesgar una respuesta afirmativa. Porque suponiéndolo así, y haciéndonos saber Un lector que él era el asesino, después de haber manifestado su animosidad contra Pinel, estaría claro que este no podía ser el Desconocido. ¡No iba a atacarse a sí mismo...! Pero si bien esto justificaba mi sospecha sobre Pinel, no alcanzaba a comprobarla. Porque, a pesar de todo, siempre cabía la posibilidad de que la revelación hubiera sido involuntaria. Y en ese caso, no existiría la sutil maniobra. Por consiguiente, era imprescindible su comprobación.

"Ahora bien, el asesino era un cultivador de falsas apariencias, tanto fraguando indicios como escribiendo cartas. Y creo que esto no necesita demostración. Basta con haber leído las cartas y con recordar ciertos detalles de los crímenes de María Urrutia y Escudero, aunque más no sea...

"Pero había algo más: en el terreno que podríamos llamar puramente criminal, el Desconocido buscaba una falsa apariencia definitiva: hacernos creer que el asesino era el senador

Lascano. Y tratándose, como se trataba, de una misma persona, era dable presumir que Un lector también buscaría su falsa apariencia definitiva. Pero esta solo podría existir en el caso de que la revelación acerca del color del pescadito hubiera sido hecha en forma consciente, con el fin de descartar a Pinel. Con esto, quedaba comprobada la sospecha a que me referí hace un momento, eliminando la posibilidad de una mención involuntaria.

”Sin embargo, de la comprobación de mi sospecha sobre Pinel no surgía el conocimiento de su culpabilidad. Aunque sabía que podría obtenerla si hallaba en la conducta del propio Pinel la misma característica que destacaba el asesino: el cultivo de las falsas apariencias. Fue por esta razón que analicé las actitudes de Haroldo Pinel durante el período de la investigación. Y de esa manera conseguí lo que buscaba...

”Ustedes recordarán que cuando Julio Zelada se ocultó en el pabellón de los Curiosos de Mitra dispuesto a saber de qué se trataba, su presencia fue descubierta... Pues bien; tanto Esther Latour como el mismo Zelada coincidieron luego en declarar que Haroldo Pinel se había dirigido al encapuchado, diciéndole que, si era Enrique Ayala, podía guardar el arma que esgrimía, porque estaba entre amigos... Y es en estas circunstancias que el senador Pinel pretende dar una falsa apariencia.

”Porque no era posible suponer que Enrique Ayala, miembro de los Curiosos de Mitra, fuera a encapucharse buscando sorprender lo que de sobra sabía. Ni tampoco podía creerse que fuera a buscar protección con una pistola en la mano...

”Entonces, ¿qué significaban las palabras de Pinel? La respuesta no puede ser más clara: Haroldo Pinel quiso dar la sensación de que, en aquella fecha, 1° de abril, él creía que Enrique Ayala estaba vivo. ¿Y a quién podía interesarle establecer esa constancia delante de testigos? Solamente al asesino...

"A partir de esta conclusión, yo tuve la certidumbre de que Haroldo Pinel era el Desconocido. Pero no me bastaba con haberla logrado, sino que quise confirmarla, buscando nuevas falsas apariencias. Y no precisé más que una sola: el balazo que Pinel disparó contra su tío Antonio, en la sesión del Senado".

Bernal Cheste dejó de hablar.

Wifredo Z. Quelño y Cristián Yarce cambiaron gestos de admiración. En sus frentes, un surco de expectativa...

Fue el juez de Instrucción quien definió el momento, interpellando a Cheste una vez más.

—¿Por qué mataba Haroldo Pinel?

Y la respuesta llegó rápida, inesperada, neta...

—Porque respiraba el aliento de la Bestia.

—¿¡Eh...!?

—¡Sí! Haroldo Pinel quiso ser el César de una confederación totalitaria, y los crímenes zodiacales fueron su lucha... Como todos los poseídos por la soberbia, trató de compararse con el Sol, en su carrera hacia las alturas, usando de todos los medios a su alcance, cualesquiera que fuesen...

"Él pretendió explotar el secuestro de la democracia por el fraude electoral, en pro de su aberración mesiánica. Él provocó la publicidad de la mentira, para cubrir la verdad de sus propósitos. Él agitó el señuelo de la fortuna, buscando atraerse a los intrigantes, a los indefinidos, y a los fuertes, para luego exterminarlos... Él se volvió contra el caciquismo político, cuando ya no le servía, pretextando hipócritamente una depuración justiciera. Él hizo creer que los vicios serían destruidos, pero no hizo más que envenenar la esterilidad..."

"Y todo sería obra del destino..."

"Pero su carrera habría de ser efímera. Como Faetón, no fue más que un Sol destructor..."

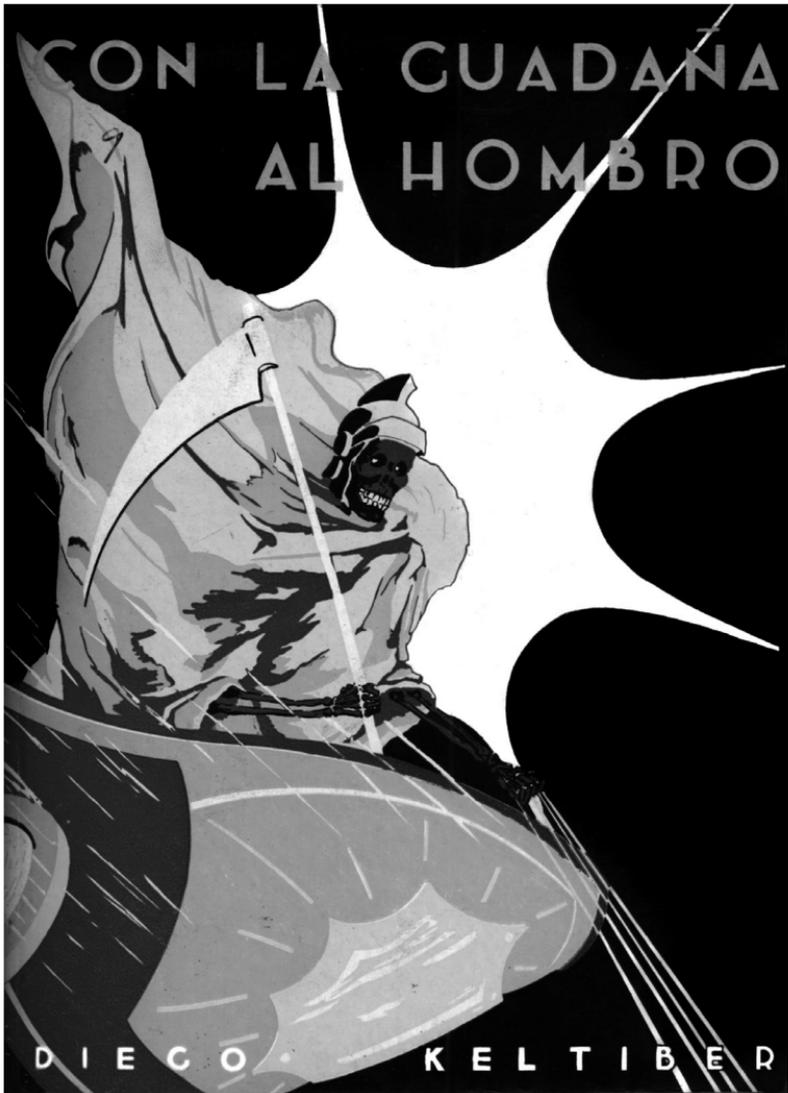
”Porque se había olvidado de Dios, como los antihombres de manos rojas y conciencia parda”.

Bernal Cheste se puso de pie. Y su voz adquirió una sonoridad extraña al pronunciar las palabras finales...

—Por esta vez, el peligro ha sido conjurado..., pero no debemos olvidar que somos una presa codiciada...

”Y quizá no pase mucho tiempo sin que la ola de barbarie levantada por los demonios de la selva tenebrosa arroje sobre las playas de América un nuevo Desconocido..., otro hijo de la muerte... Con la guadaña al hombro”...

La versión definitiva de esta novela fue comenzada el 8 de abril de 1939 y terminada el 28 de diciembre del mismo año.



Portada de la edición original.



ABEL MATEO

Bosquejo para una bibliografía

Abel Mateo y Fernández nació el 4 de marzo de 1913 en Buenos Aires. Cuando aún era pequeño su familia emigró al barrio de Pocitos, en Montevideo, Uruguay. Allí creció y conoció a quien sería la mujer de su vida: René Mercedes Velázquez, madre de sus cuatro hijos.

Antes de volcarse por entero a las letras, fundó la célebre librería Salamanca, donde, según dicen, a duras penas vendía un libro por día. No porque escasearan los clientes, sino porque se pasaba las tardes charlando con amigos como Eduardo Mallea o Ignacio Anzoátegui. Pocos años después, ese seudonegocio pasó a manos de su socio Adolfo Linardi Montero y hoy constituye una de las librerías anticuarias más prestigiosas del Uruguay, refundada como Linardi & Risso. Por ese entonces, Mateo comenzó a hacer sus primeras armas en las letras, colaborando en medios gráficos uruguayos.

Más de diez seudónimos, actividades multifacéticas y un estilo críptico y enrevesado dificultan las cosas a la hora de completar los huecos bibliográficos de este autor.

La primera novela de Abel Mateo fue *Con la guadaña al hombro*. Se trató de una edición autofinanciada. El sello que ocultó esta operación se titulaba Maygu y el arte de tapa fue realizado por el propio Mateo. Se publicó en 1940, en Montevideo.

El 13 de abril de 1946, tras casarse con René, Mateo regresó a la Argentina. Probablemente desde Uruguay comenzó a colaborar

con algunos medios gráficos porteños como la revista *El Hogar*, en la que se le atribuye la sección “La paja en el ojo ajeno”. Se trataba de una columna que recorría, con fino sentido del humor y mirada aguda, las erratas de los diarios y revistas de aquel entonces. La sección se redactaba con los aportes que enviaban los propios lectores, dos de los cuales eran premiados con un pequeño aliento monetario: “una libra esterlina”, según decía la redacción.

La segunda obra de Abel Mateo fue una pieza teatral: *Un viejo olor a almendras amargas: historia policial, un poco extraña, inconveniente para aficionados ortodoxos*. Publicada por la editorial Emecé en 1948, fue representada años después, con bastante éxito de público y de prensa, en el teatro Cervantes.

Para Emecé trabajaría como director editorial en la tarea de selección de textos y traducción. Fue quien propuso a Bonifacio del Carril como máximo directivo de la empresa y también quien rechazó algunos textos de Silvina Bullrich por considerarlos ilegibles, lo que le valió no pocas rencillas y rencores. Para completar sus ingresos, se desempeñó como responsable de Precios y Propaganda en el Consejo Agrario.

Con el seudónimo de Ameltax Mayfer (anagrama que disimulaba su doble apellido), Mateo colaboró con el cuento “Crimen en familia” para la antología *Diez cuentos policiales argentinos* realizada por Rodolfo Walsh para el número 29 de la colección *Evasión* de editorial Hachette. Ese mismo año, en la colección Naranja, Mateo publicó la serie de cuentos *El asesino está en la cárcel*. Ameltax Mayfer era un seudónimo que el autor había popularizado a través de sus frecuentes colaboraciones en la revista *Caras & Caretas* durante la segunda época de este semanario, cuando la editorial Haynes (impresores del diario *El Mundo*) lo reflotó entre 1951 y 1955. Tras la caída de Perón, la editorial —y con ella todas sus publicaciones— fueron intervenidas y dadas de baja por su tendencia oficialista.

En *Caras & Caretas*, Mateo publicó cuentos y colaboró en dos secciones fijas. Por un lado, en la columna de críticas y reseñas literarias, titulada “Los libros del mes” (firmada con las siglas A.M.F., o sea, Abel Mateo Fernández), y también con una página de análisis sobre sueños que enviaban los lectores, titulada “¿Qué ha soñado usted? Detrás de todo sueño hay algo verdadero” y que era firmada por un tal Michael Mathieu. Además de estas dos secciones, es probable que la sección astrológica se debiera también a la ubicua pluma de Mateo.

La revista *Caras & Caretas* fue el ensayo preliminar de muchos de sus cuentos, que pocos años después formaron parte de sus últimos libros. Renuente a acreditar su nombre, fueron firmados con los seudónimos de Shemus O’Keltiber, Ameltax Mayfer o Troyan Japrysh. Esta colaboración literaria se extendió desde abril de 1952 hasta fines de 1954.

Mateo también colaboró con dos secciones en el pequeño magazine *PBT*, revista hermana de *Caras & Caretas* (también a cargo de la editorial Haynes y vehículo aún más evidente de la propaganda peronista de aquellos días). La primera se llamó “Filosofismas al contado” para la que utilizó su seudónimo más humorístico: Tales de Fulánez. Se trataba de reflexiones, epigramas y frases pseudofilosóficas en clave cómica. La columna se publicó desde el número 946 (5 de noviembre de 1954) hasta el 996 (28 de octubre de 1955). La otra sección se tituló “Del asesinato como recreo intelectual” (evidente referencia al ensayo literario de Thomas de Quincey) y estaba firmada por Walter Ego (seudónimo habitual en los prólogos de Mateo). Esta columna se extendió durante 48 entregas, desde el número 948 (19 de noviembre de 1954) hasta el 996 (28 de octubre de 1955). En la sección, Mateo analizaba las novelas policiales, género que por aquellos años había alcanzado fama gracias al *boom* de publicaciones que llevaban a cabo diversas editoriales como Emecé,

Acme, Malinca, Molino, Tor o Kraft. En la columna, Mateo se explayaba sobre autores nacionales o extranjeros y dejaba caer pistas acerca de su propia obra. Es una pieza imprescindible para comprender la forma en que el autor entendía el policial y cuáles eran para él sus límites. Por ejemplo, llama “pornográfica” a toda la literatura negra que publicaba la editorial Malinca. Acusación que de hecho enfrentó la editorial cuando fue procesada por el fiscal De la Riestra, a principios de los años sesenta.

En 1955, publicó el libro de relatos *El asesino cuenta el cuento* para la editorial El Triángulo Verde. Misteriosa colección y casa editora en la que, muy probablemente, Mateo estuvo involucrado como editor o consejero literario.

Un año después, publicó su segunda novela, *Reportaje en el infierno*, con la editorial Carlos Lohlé, con arte de tapa del propio Mateo. Esta novela fue llevada al cine en 1959 por Román Viñoly Barreto (film que además fue considerado perdido durante mucho tiempo). También editó en Emecé otra compilación de cuentos, que estuvo unificada por los extravagantes personajes de Boanerges Cid y su mujer Pili Osmaburgo. El contario se tituló *Un detective original, el aire y Aldebarán*.

En 1960 reincidió en el cuento con *El bosque y cinco árboles: relatos*, otra vez en Emecé. Su última colaboración en vida fue el cuento “La posada del ojo de Dios” publicado durante 1964 para la antología reunida por Juan Jacobo Bajaría *Cuentos de crimen y misterio* (editorial Jorge Álvarez). El único libro que volvió a reeditarse tras su muerte fue la pieza teatral *Un viejo olor a almendras amargas*, en una discreta edición de la editorial Huemul durante 1977.

Su obra inédita es profusa. Entre sus manuscritos pueden mencionarse *La acera de enfrente siempre es la otra* (segunda parte de *El asesino está en la cárcel*); *El asesino juega el juego* (continuación de *El asesino cuenta el cuento*) y los libros de rela-

tos *Cerezas por hierro viejo* y *El misterio de Aldebarán*. La novela inédita y perdida *Agua y juguetes en clave de sol* (probablemente relacionada con *Con la guadaña al hombro*) y los dramas humorísticos de *El señor de la barba tupida* y *Cuando Cupido es tuerto*. Toda su obra es de carácter policial, género que fue, desde siempre, su vehículo predilecto de expresión a la hora de escribir literatura de ficción.

Sus últimos seis años de vida los dedicó a corregir y completar su titánica obra ensayística *De la novela humana y sus misterios*, de la que solo se conocen fragmentos dispersos en las revistas en las que colaboró.

Murió el 20 de diciembre de 1966 por complicaciones de una cirugía.

Este ejemplar se terminó de imprimir
en el mes de marzo de 2023
en los talleres gráficos de Área Cuatro.

En 1940, el por entonces desconocido escritor Abel Mateo y Fernández autofinanció la edición de su primera novela, *Con la guadaña al hombro*. La obra dio inicio a uno de los estilos más excéntricos y originales de los que tiene memoria nuestra literatura de misterio. Inhallable desde su primera y única edición hasta la fecha, fue considerada por el especialista estadounidense Donald Yates el puntapié inicial de la renovación del género policial en nuestro país, en cuya senda relucirían poco después apellidos como los de Jorge Luis Borges, Manuel Peyrou, Rodolfo Walsh o Castellani.

Compleja, laberíntica y plena de personajes, *Con la guadaña al hombro* abordó la metodología literaria de la escuela detectivesca inglesa hasta sus últimas consecuencias, en ocasiones superándola en sus complejidades y en sus giros argumentales y, en otras, parodiándola sutilmente desde su ambientación porteña.

Abel Mateo fue uno de los autores más prolíficos de la literatura criminal argentina y un auténtico especialista en la materia. Esta reedición recupera uno de los textos más embrollados e ingeniosos de ese canon.



Disparos
EN LA BIBLIOTECA



EDICIONES
BIBLIOTECA
NACIONAL



ISBN 978-987-728-168-2

9 789877 281682